intervalo
ALBUM
10
OBRAS COMPLETAS De:
Guy de Maupassant • Alberto Vacarezza
María Alicia Domínguez • Ina Dahl
Elizabeth Stantor • Camilo Castello Branco
Synnove Christensen • Francina Siquier
Luisa M. Linares • R. Pérez y Pérez
$28-



SUMARIO



Inés Fonsagreda, hija de un militar destacado en Ceuta, conoció en casa de su padre al joven duque de Monrey que se hallaba también allí a causa de su carrera de aviador militar.



Los jóvenes simpatizaron de inmediato y, poco después, esta simpatía se concretaba en un noviazgo que quizá contrariaba planes matrimoniales más ambiciosos por parte de la madre del joven duque. Así pensó Inés al recibir la carta de excusa que fríamente explicaba las . . .



. . . razones de su ausencia en la ceremonia de la boda. Sin embargo, era justo reconocer que la asignación que envió el nuevo matrimonio, puntualmente, cada trimestre, era verdaderamente principesca.

Inés sabía muy bien que la madre de su . . .



. . . marido, viuda ella también, pero cuya fortuna era personal y no heredada del marido, puesto que inclusive el castillo de Monrey lo había salvado ella con su dinero, estaba en su derecho retirar toda ayuda a sus hijos.



Pero demasiado orgullosa, y sabedora de que el mísero sueldo de teniente de aviación no hubiera permitido a su hijo vivir de acuerdo al rango que le daba con su título de duque, única herencia de su padre, contribuía generosamente a facilitarle a éste las cosas.



Casi un año duró la dicha de Inés junto a su esposo. Luego, repentinamente murió su padre, dejando a su madre en un estado de postración. A pesar de los cuidados de Inés, no pasó mucho tiempo cuando está murió.



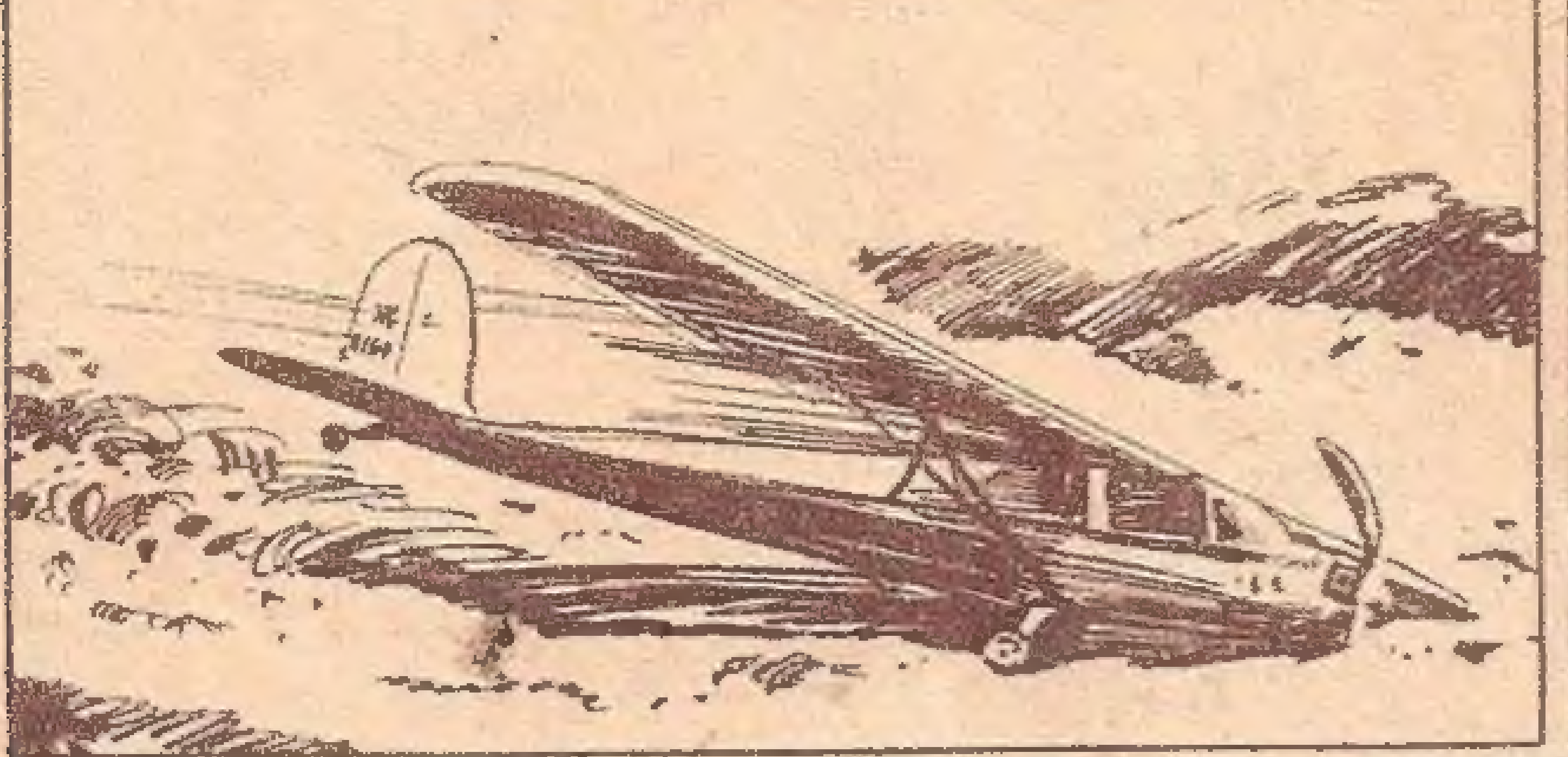


Hija única de un hogar que había sido para ella todo bondad y cariño, Inés se quedaba horas y horas como pasmada, pensando en los que se habían ido. Y fue precisamente la solicitud de su . . .



. . . marido que intentaba distraerla, lo que precipitó la catástrofe de su vida. En efecto, cansado de probar todo inútilmente, Luis, que así se llamaba el duque de Monrey, le propuso una tarde ir a dar un paseo en avión.

Inés, que siempre lo había deseado, aceptó casi contenta. Pero su alegría fue muy breve. Apenas despegaba el avión cuando cayó espantosamente a tierra, llevándose la vida de su marido.



Pasado el primer momento de dolor, Inés reaccionó valerosamente y fue a refugiarse junto a su tía Sinda, una madrileña hermana de su padre que puso a su disposición lo poco que tenía.



En realidad, su suegra la dejó prácticamente abandonada cuando se presentó en Ceuta con el sólo fin de llevarse el cadáver de su hijo. Inés, a quien el médico había ordenado guardar cama a fin de evitar una posible conmoción interna, la tuvo que dejar hacer.



Nunca más supo de su familia política y la asignación económica le fue cortada totalmente. Es decir, Jorge, el único hermano de Luis que se hallaba en el mar en el momento de la muerte de éste, le escribió una carta poniéndose a su disposición para lo que quisiera.



Una vez en Madrid, Inés decidió no ser una carga para su tía y, gracias al doctor Valverde y a unos vecinos del mismo departamento que apreciaban mucho a doña Sinda, consiguió varias clases de francés.



Pero naturalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir.Las antiguas relaciones de su marido se enteraron, pasmándose de que la madre del duque de Monrey dejara que la viuda de éste se viera en situación tan difícil como para tener que ganarse la vida. Como consecuencia de tales habladurías. . .



...Inés recibió cierto día la embajada del administrador de su suegra, asignándole una mensualidad bastante apreciable que ella rechazó.



¿Por qué ahora y no antes? Flora Monrey se había acordado demasiado tarde de que ella también llevaba su apellido. Fue preciso que Flora misma descendiera de su pedestal escribiéndole de su puño y letra una carta.



En ella le rogaba trasladarse al castillo de Monrey en calidad de hija. Rogaba en nombre de Luis y pedía a Inés que perdonara su omisión anterior en recuerdo de aquél.



El recurrir al nombre del muerto fue muy astuto de parte de la orgullosa castellana, ya que fue esto lo que decidió a la joven viuda a trasladarse a Monrey. Su tía Sinda, además, insistió en que en efecto, era aquello lo que el pobre hubiera deseado y lo que se debía haber hecho desde el principio.



Naturalmente, el primer encuentro de las dos duquesas en el patio del castillo de Monrey a la llegada de Inés en automóvil, fue más bien difícil, pero Flora Monrey, nada sentimental y acostumbrada a ocultar en sociedad sus impresiones. Por ello asumió la responsabilidad del...

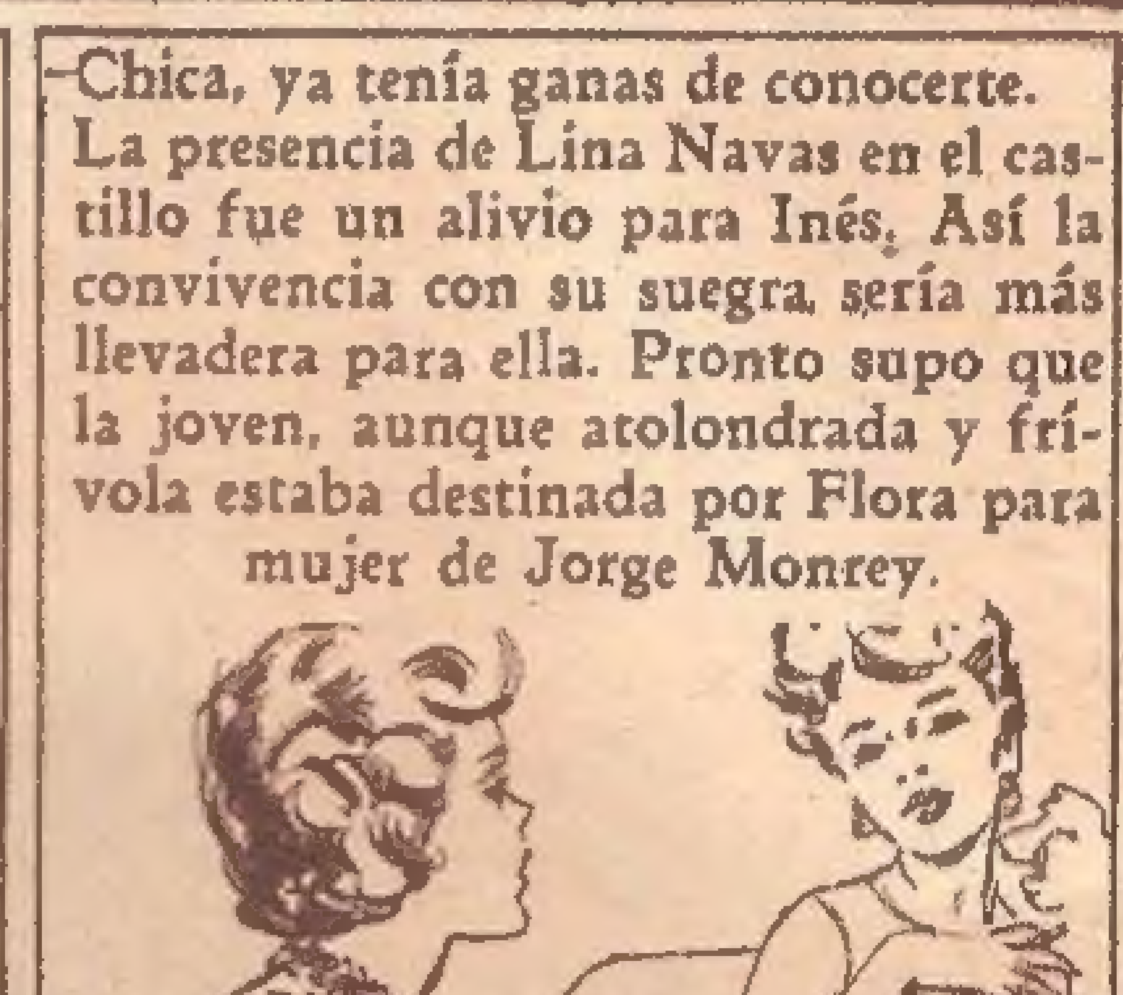


...trance y besó discretamente y con naturalidad a aquella nuera que había ignorado hasta el momento. Luego se volvió hacia una muchachita muy mona que había junto a ella y la presentó:



La marquesa de Navas de Robleda, Inés. Mi hija, la duquesa de Monrey, Lina.

–Chica, ya tenía ganas de conocerte. La presencia de Lina Navas en el castillo fue un alivio para Inés. Así la convivencia con su suegra sería más llevadera para ella. Pronto supo que la joven, aunque atolondrada y frívola estaba destinada por Flora para mujer de Jorge Monrey.



Este era el único hijo que le que daba y lo que era peor, que había sido también destinada a Luis hasta que apareció ella. Inés, desbarató los planes de su suegra. Esto se lo contó la misma Lina sin pizca de rencor, que en el fondo no era mala, y además como dijo ella:

La verdad es que a mí, Luis no me parecía nada mal, pero en realidad, todo había sido un arreglo de Flora con mi tutor. Sabes, yo no tengo padres...y bueno, el proyecto no salió.





Y se rió divertidísima a carcajadas. Inés, pensativa, se dijo si el actual proyecto le resultaría a Flora. Temía que Jorge se pareciera a Luis. Y aquella impresión había sacado de él en la breve escapada que hiciera a Ceuta.



Lina era mona sin exceso, tenía cierta gracia y simpatía pero, sin saber por qué, Inés deseó temerosamente que aquel proyecto resultara, y cuando llegó Jorge al castillo . . .



. . . éste detuvo la mirada sobre ella con expresión de ansiedad y también de compasión hacia la joven mujer que adivinaba había sufrido tanto; ella tuvo como una impresión súbita de pena en acecho.

El marino, por su parte, sin ninguna clase de presentimiento peligroso, se inclinó y le besó la mano.



Pocos días después el jardinero de Monrey enseñaba a Inés una rosa de un bellísimo color coral, explicándole que había conseguido aquel producto después de grandes trabajos y gracias a una fórmula que había traído el duque Luis.

—Aún no tiene nombre, señora duquesa. Si el señor duque hubiera vivido, ya la hubiera bautizado a su placer. ¿Es maravillosa, verdad, Manuel?



Inés se volvió rápidamente y se encontró con que Jorge estaba a un paso escaso de ella y proseguía sonriente:





La llamaremos "Duquesa Inés". Y se inclinó con tan natural y grave cortesía ante la joven viuda, que ésta no pudo menos que sentirse orgullosa y halagada por tan caballeresca distinción. Pero a la duquesa madre no pareció sentarle tan bien la galantería de su hijo.



En cambio Lina aplaudió la idea diciendo que la rosa no podía haber tenido un nombre mejor. Pero fuera de eso, la muchacha que desplegaba para Jorge . . .



. . . toda la gama de sus coqueterías, puso en adelante el mayor cuidado en rehuir su compañía, que por otra parte, conociendo los proyectos de su suegra, no hacía nada por imponerla. Flora advertía esta táctica de su nuera, y la agradecía.

Por fin un día que se hablaba de un paseo a caballo, comprendió que debía intervenir para que Inés, que no se movía del castillo, saliera un poco.

Podrían llevar también a Inés.



A Lina no le hizo ninguna gracia la ocurrencia de su suegra. Poco después, subían en el automóvil para bajar al pueblo. Junto a ella y Jorge . . .



. . . cabalgaba la duquesa Inés en magnífico caballo. A lo largo del paseo dieron con una caravana de gitanos, y Lina, ya olvidada de su enojo, pidió a una mujer que les dijera la buenaventura.



Esta, de cabellos blancos y sueltos sobre sus hombros, no era una de aquellas gitanas sino más bien una pobre campesina transtornada. Por eso pidió a Lina que la dejara tranquila.



Lina, terca y voluntariosa como una niña, se burló:



Inés retrocedió con su caballo queriendo interrumpir a la mujer que recitaba sus palabras con una voz monótona y rostro de iluminada. Pero ella prosiguió sin inmutarse:







Apenas pronunció la mujer estas palabras, cuando Inés espoleó a su montura que salió al galope y no paró hasta el castillo. Una vez allí, con pretexto de un fuerte dolor de cabeza, no asomó a la hora de la cena.



A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, comprobé por las ojeras de Lina que no había sido la única en pasar la noche preocupada. En cuanto a Jorge no se hizo visible hasta la hora del almuerzo.

Poco después. Jorge anunció que se iba a San Sebastián. La duquesa madre se sintió vivamente contrariada, pero se veía a las claras que su hijo había tomado su resolución y no había nada que hacer. Su aspecto era impenetrable.



Inés quizá vislumbró un destello de la verdad, pero vedose a sí misma el pensamiento. Y Jorge se marchó.



Mientras estuvo fuera, Inés trató de no pensar en él aunque le costaba mucho. Porque la verdad era que ni a sí misma se atrevía a confesarse.



En cuanto a Lina, a raiz de aquella marcha intempestiva, estaba tan contenta en su inconsciencia como si nada hubiera pasado. Y ¿es qué había pasado algo acaso? se decía Inés en determinados momentos. Luego, cuando por fin Jorge volvió para la época de las...



...cacerías en los bosques circundantes al castillo, y lo hizo rodeado de un círculo de amigos alegres y dicharacheros, llenando a Lina de atenciones y dedicándole a ella sólo un helado cumplimiento como si fuese, para él la persona más lejana del mundo...



..Inés sintió que, sin saber por qué, algo se le apagaba dentro. Sin embargo, Jorge no pudo mantener mucho tiempo su careta, sobre todo al ver que uno de sus amigos, Quiquí Sorrosal, hacía la más asidua de las cortes a Inés.



En un aparte que tuvo lugar durante la velada que todas las noches se improvisaba en el castillo, ella, al observar tristeza en sus ojos, se conmovió súbitamente y le preguntó:





Esto último se le escapó a su pesar y enrojeció violentamente. Pero ya no había tirantez en su aspecto. Otra vez era el Jorge de antes.

¿Te has acordado mucho de mí?

Todo el tiempo

Inés se dio cuenta de su imprudencia al ver el júbilo reflejado en su mirada. Felizmente se acercaron algunos invitados y pudo alejarse para recobrar la calma. Pero al día siguiente, durante un paseo a una hostería cercana...





Jorge la sorprendió allí y se sentó tranquilamente junto a ella:

¡Qué siestecita, Inés!

¿Y Lina? ¿No debías estar con ella, Jorge?









Ni una palabra más se cruzó. Jorge e Inés se miraron un instante al emprender la marcha. En los ojos de ella había angustia que él trató de disipar con una enérgica mirada en la que parecía recomendar serenidad. ¿Serenidad?

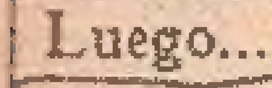


De pronto oyeron unos gritos. Era un chiquillo que se ahogaba y, antes de que nadie pudiera evitarlo, Lina se lanzó con su caballo para salvarlo. Mas luego, una vez junto al niño, un remolino pareció envolver al grupo que no avanzaba hacia la orilla.



Mientras tanto, Jorge y Quiquí Sorrosal que se habían lanzado tras de ella, llegaron en su auxilio. Pasado el susto, todos felicitaron a Lina por su hazaña, pero Inés, muy pensativa, nada le dijo.





Luego...

No me has felicitado y tienes razón, porque mi abnegación de hoy no ha sido más que cobardía. Ni siquiera me importaba la suerte del niño.



Sentía, en cambio, lo fácil que hubiera sido dejar que nos llevara la corriente y acabar con todo. Si no hubieran venido los otros no sé qué hubiera ocurrido...



¿Es por Jorge? ¡Oh Lina! ¿Cómo puedes haber pensado eso? Me iré, Lina. Me iré de Monroy mañana mismo.



Profundamente creyente, Inés se asustó ante la desesperación de aquella alma tan débil, cuyos principios religiosos pocos sólidos vacilaban al primer choque de contrariedad, y temía lanzarla a la muerte y a la condenación eterna.



¿Ser ella la causa de una muerte así y morir a su vez de remordimiento? Y ante el horror que le causó tal suposición, hizo impulsivamente su promesa.



Pasó una noche espantosa, y cuando al día siguiente muy de madrugada partió antes de que los demás se levantaran, para evitar que Jorge entorpeciera su partida, se dio cuenta de que la promesa que había hecho a Lina, iba a ser terrible de cumplir.





En Madrid, la tía Sinda la acogió una vez más con cariño y algo de sorpresa. Luego, al ver como Inés languidecía, comprendió que algo grave había ocurrido en el castillo. Por otra parte, Flora, su suegra, siguió enviándole su generosa mensualidad.

A veces Inés se hacía la ilusión de que su suegra intervendría en su favor, y que, después de todo, Lina quizá se conformara y aquellas cosas espantosas que dijera no hubieran sido más que mentiras...



...forjadas para alejarla a ella a quien sabía compasiva. Entonces se rebelaba contra la egoísta que así luchaba por un amor que no le estaba dedicado. Pero,¿y si después de todo era cierto que aquella muchachita cometía una barbaridad?



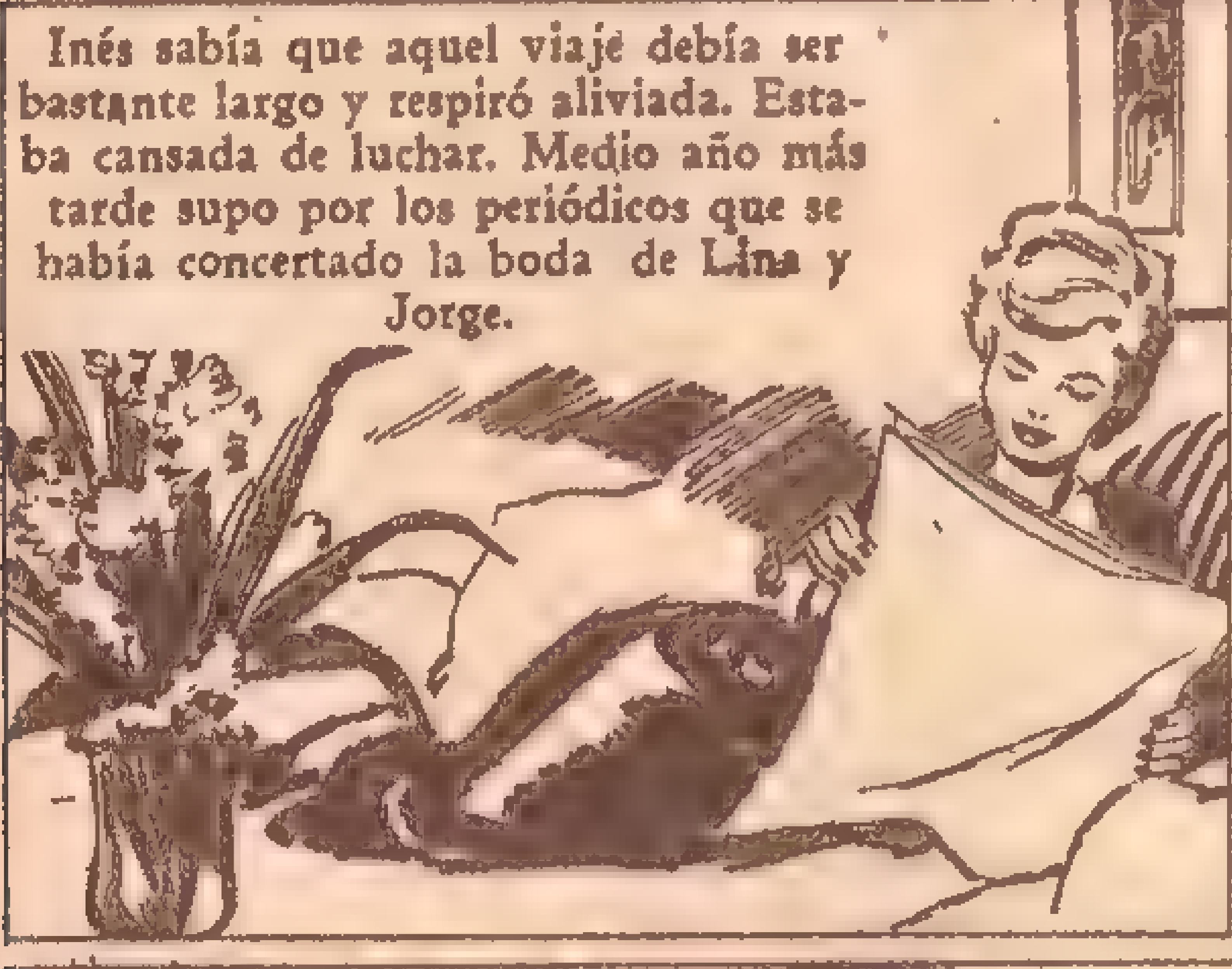
En estos sombríos pensamientos fueron pasando los días para Ines que, desde luego, fue perdiendo la ilusión de que su suegra renunciara a...



...sus proyectos en favor de Lina, y una indignación sorda hacia aquella mujer de ideas fijas le hizo afianzarse en su aislamiento
Como ella lo esperara, Jorge la siguió a Madrid...



...a fin de pedirle una explicación que nadie le daba en el castillo. Inés se negó a recibirle. Y fue inútil que insistiera hasta el momento en que,llamado a bordo de su buque,tuvo que partir sin verla.





...sintió un sobresalto en el corazón al ver a Jorge que se mostró con ella con una cortesía distante en los breves momentos qu se hallaron juntos. En cuanto a Lina,saltaba a su alrededor como un pájaro dichoso llenándola de besos.

La pobre Inés casi sonreía al observar su dicha. ¡Si por lo menos supiera hacer feliz a Jorge!, pensaba en su melancolía. Habiendo renunciado a todo para ella, sólo se consolaba al pensar en una posible felicidad para su hermano.



Así trataba de pensar en él. Como se piensa en un hermano muy querido. Cuando partieron los novios e invitados, Flora, que aunque no se lo confesaba había aprendido a admirar a esta extraordinaria nuera suya, y pese a ..



...si misma había comenzado a encariñarse con ella, le rogó que se quedara a acompañarla siquiera un tiempo. Sorprendida, Inés aceptó prometiéndose marchar en cuanto se hablara de la vuelta de los novios.



Flora, por su parte, había adoptado una nueva actitud desde la boda de su hijo y asombraba a Inés por la humildad que la misma entrañaba, preguntándole frecuentemente:

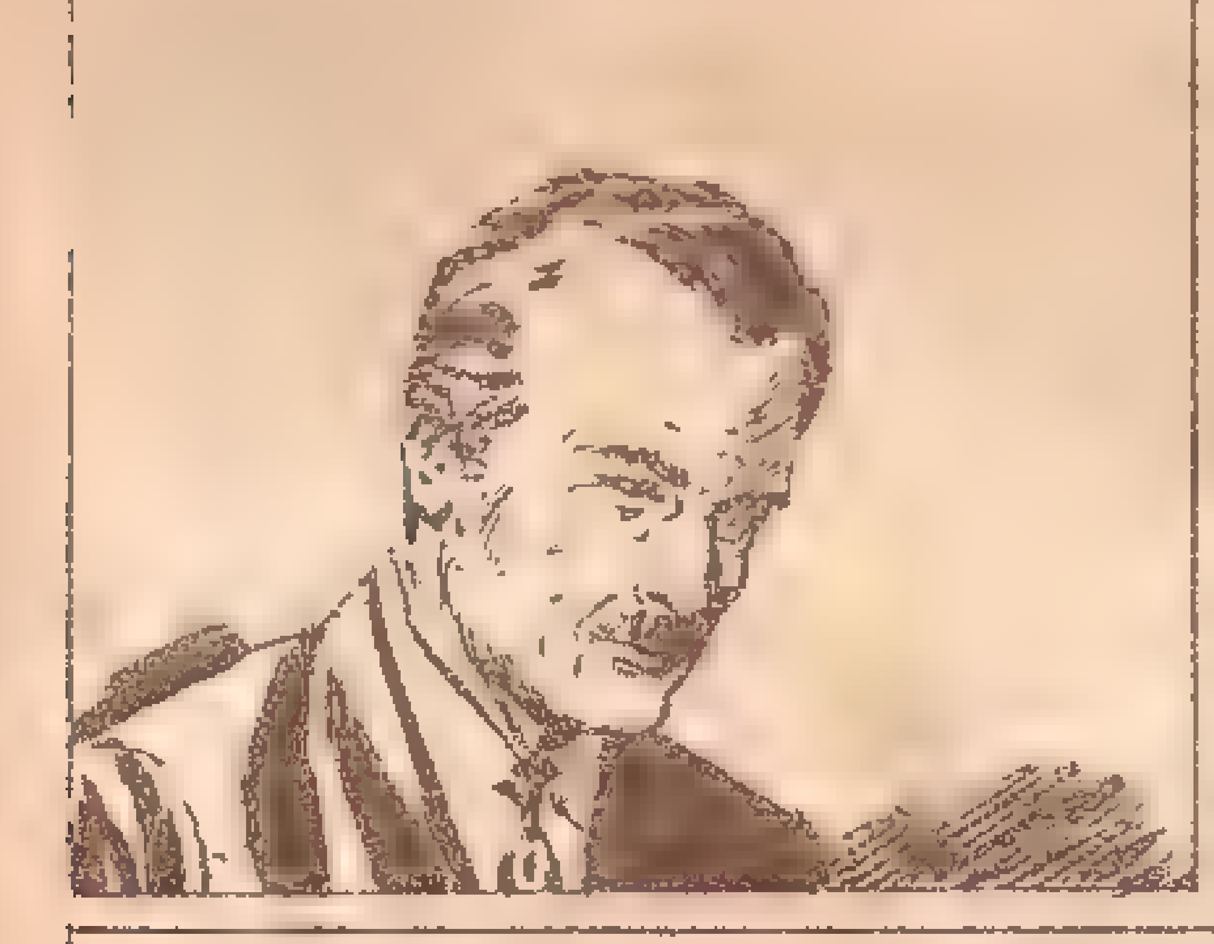


Inés callaba pensando que, en todo caso, si se había equivocado ya era tarde. Y se decía que la locura y la obcecación de las gentes en el mundo, generalmente, sólo cedía cuando ya era demasiado tarde.



Ella misma, ¿habría hecho bien al cederle el campo a aquella Lina, tan cabeza de chorlito? En fin, ahora ya está hecho, y cómo yo no debo permitirme ni siquiera este pensamiento, lo mejor es que levante el campo de una vez para cambiar de ambiente.

Poco después, estaba nuevamente en Madrid. Aquel año lo pasó relativamente distraída gracias a Quiquí Sorrosal que no se convencía de que ella no fuera nunca a hacerle caso.



Además, Quiquí le había caído muy en gracia a doña Sinda, y con el pretexto de llevar caramelos y bombones a la señora, no había forma de echarle de la casa.



En este cielo relativamente despojado de nubes, cayó como una bomba la noticia de que Lina había muerto al nacer su primer hijo. Con un telegrama que era un grito de angustia, Flora rogaba a Inés que no la abandonara en aquel trance.



Inés voló a Monroy sin pensarlo dos veces. ¿Por quién iba a Monroy? se preguntaba a sí misma durante el viaje. ¿Por Flora que tanto le había hecho sufrir en su vida, por el niño cuyo desamparo maternal le conmovería, o por Jorge?



Ni ella misma lo sabía. Sólo sabía que debía ir y fue. A su llegada, Jorge no estaba en el castillo, pues había ido con el cadáver de Lina a Coria, donde las Navas de Robleda tenían su panteón.



Lina había pedido ser enterrada en el mismo sitio donde estaba su madre. Flora comentó:

Ella veneraba su recuerdo como un culto, quizá porque no la conoció. Murió siendo ella muy pequeña.

Inés recordó con verdadera compasión a Lina, pensando que la pobre había carecido, en su infancia, de una madre. Quizá aquello explicara muchas de sus excentricidades y defectos. Murmuró:

¿Y el niño? Quisiera verlo.

"Madame", que estaba presente, se levantó a una seña de Flora y volvió al poco tiempo con su desmedrada criatura que se perdía envuelta en ricos pañales.
Inés sintió una piedad intensa por el pobre niño y le tendió los brazos.



El pequeñín fue más suyo que de nadie. Toda su vida se concentró en aquel pequeño ser. A veces, cuando dormía, la duquesa madre lo contemplaba embelezada.



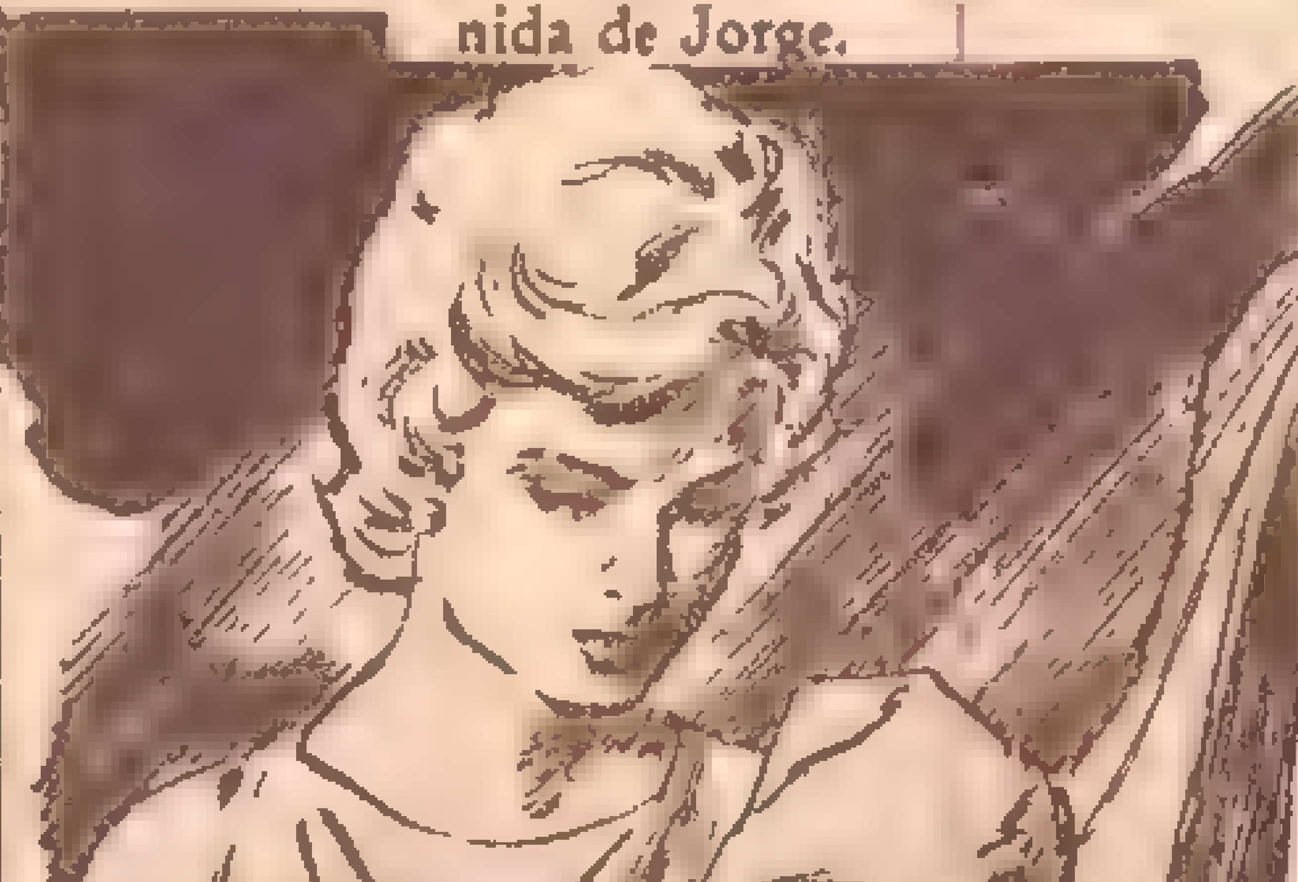
Y casi siempre, al salir de tales arrobamientos, su palabra traicionaba su pensamiento:

(¡Si pudiéramos sacarlo a flote!)

Se diría que sí, porque engordaba y comenzaba a reírse y a fijarse en las cosas. Jorge, que casi no lo vio con los trajines de la muerte de Lina, se había quedado en Madrid arreglando ciertos asuntos de la herencia.



Según decía Flora, se iba a llevar una sorpresa cuando lo viera, porque el chico había cambiado totalmente de aspecto, aunque bien claro se veía que siempre sería pequeño y esmirriado. A Inés le preocupaba la venida de Jorge.



¿Qué actitud debía adoptar? Después de pensarlo mucho decidió que su postura se inspiraría en la de él. Es decir, bailaría al son que le tocaran.



Y llegó Jorge.
No estaba neurasténico, ni muerto de pena como correspondía a un viudo inconsolable; pero su aspecto era un poco grave y estaba de acuerdo con su traje de luto. Al ver a Inés no hizo ningún gesto de incomodidad.



Ya sé por mamá que tengo que agradecerte el magnífico aspecto del bebé, de quien, según dice, no te separas.



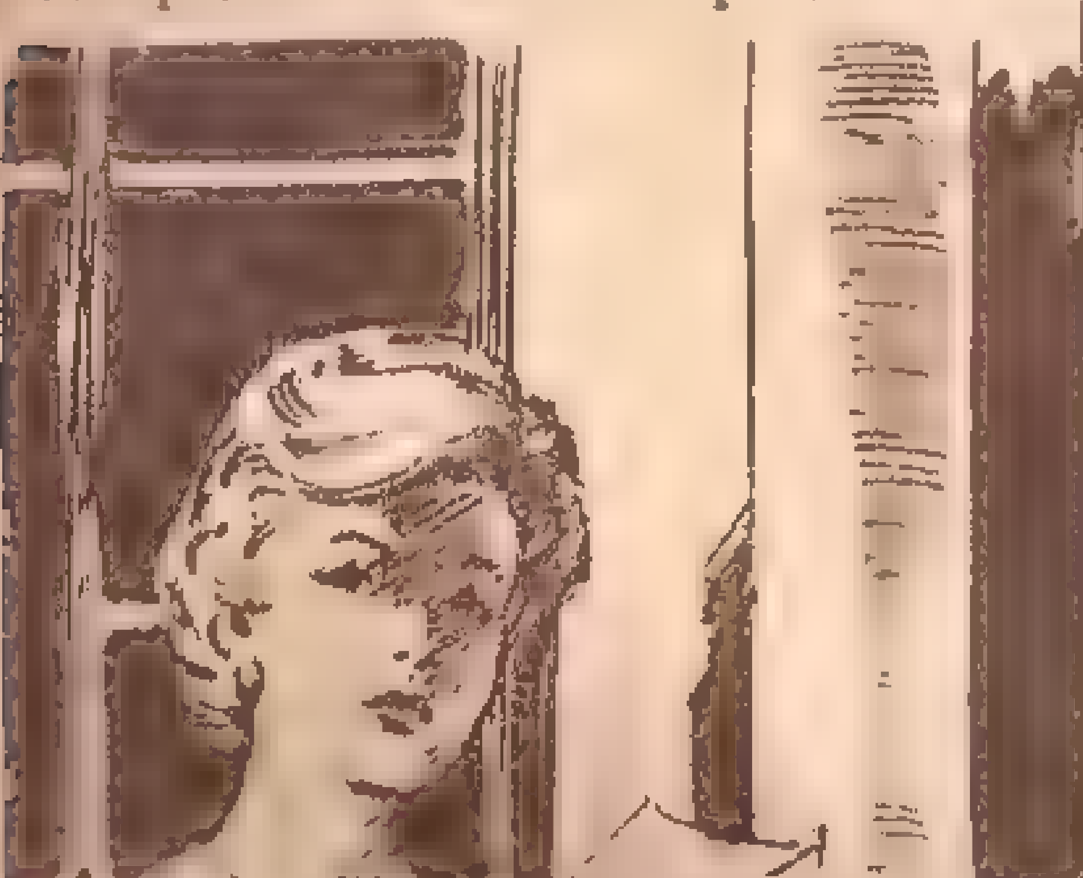
[illegible] todo ofreció en el castillo el mismo aspecto de hacía dos años, sólo que ahora no estaba Lina para armar cigarrillos. Si no fuese por el niño que dormía en su cuna, se hubiera dicho que todo había sido un sueño.



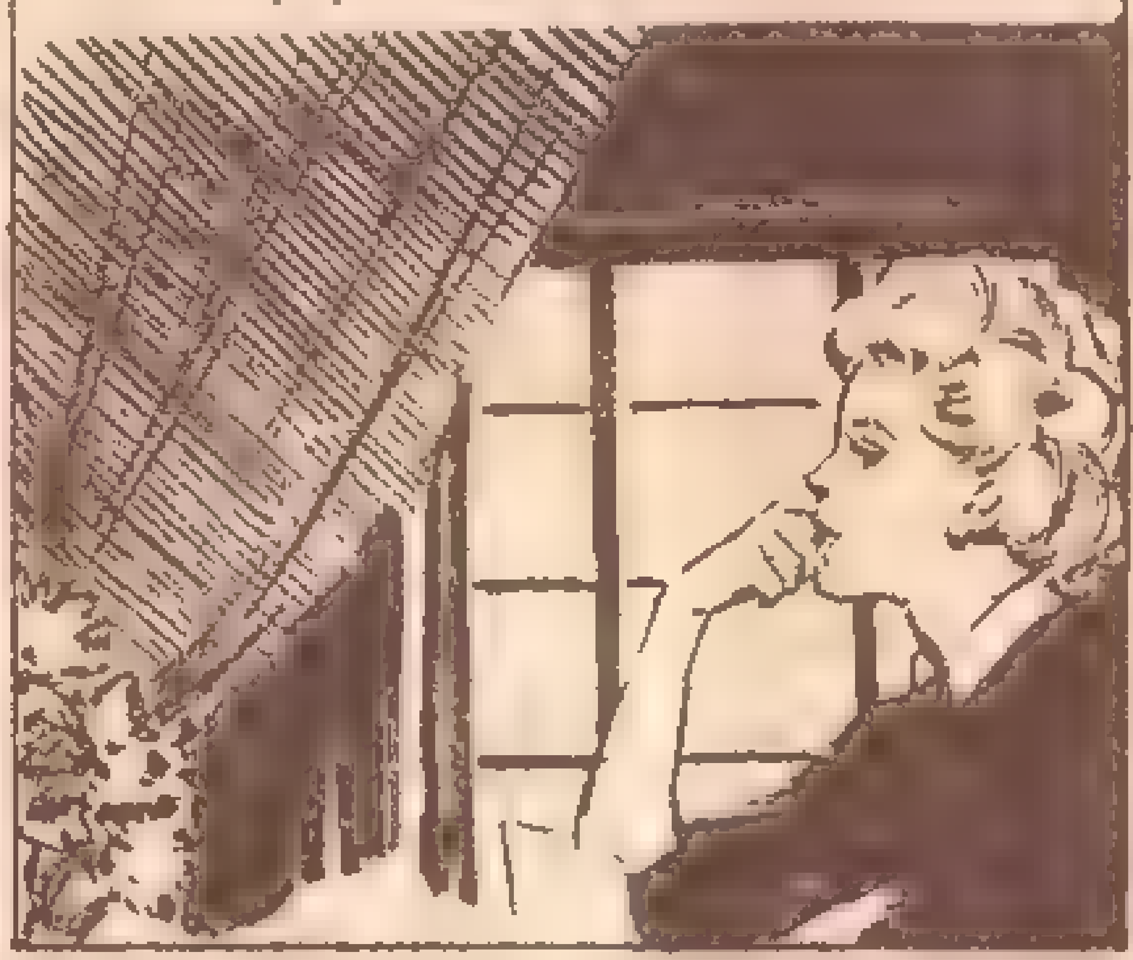
El trato de Jorge, un poco embarazado en los primeros días, se normalizó luego volviendo a ser natural y cariñoso como si jamás hubiesen mediado entre ellos nada más que una buena amistad.



Pero pasó el tiempo y Jorge tuvo que partir en misión diplomática. Y luego de varios meses, recibió Inés una carta en la que aquél le decía que necesitaba rehacer su vida, y que sabía que nadie como ella para el caso.



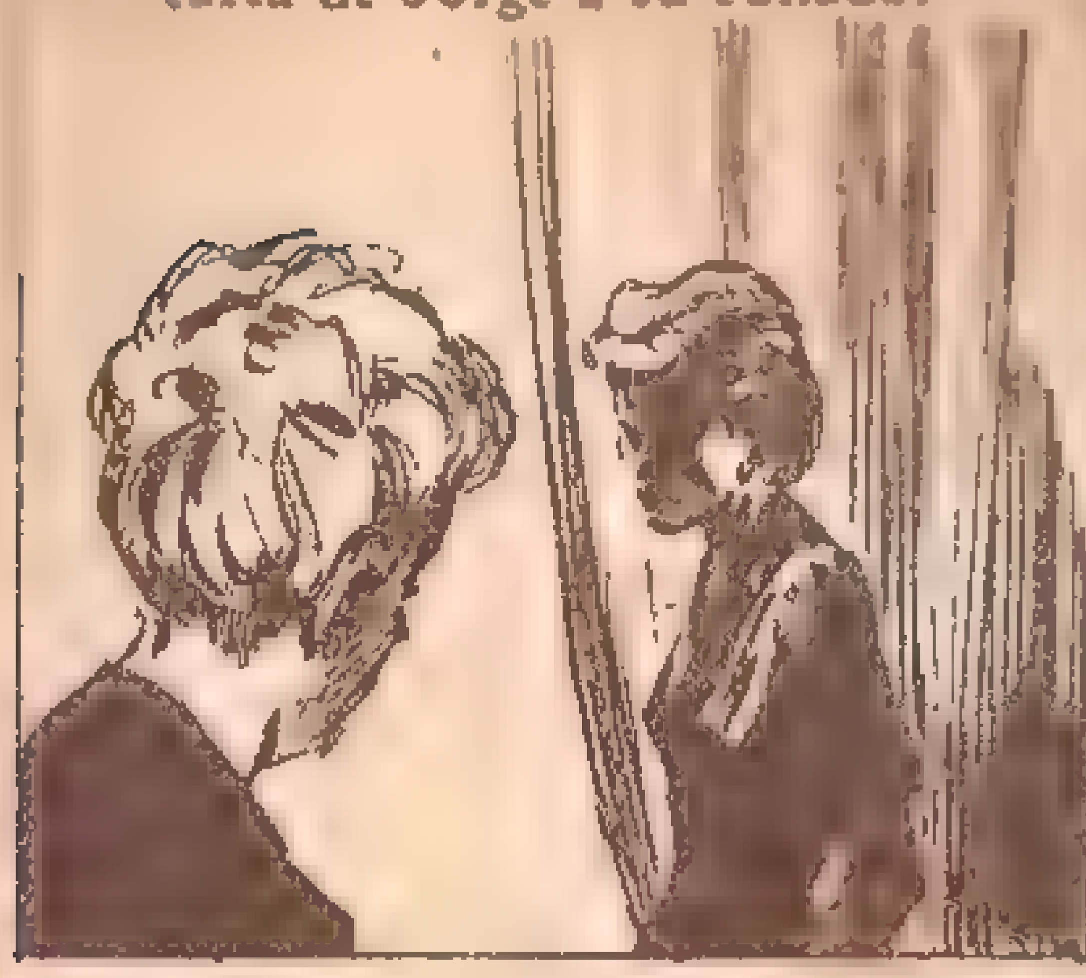
Si una vez él se casó con otra, ello sólo se debió a su rechazo. Le rogaba ahora que lo pensara bien, pues, a breve plazo, estaría nuevamente en Monroy y le solicitaría su respuesta.



Inés no sabía a qué santo encomendarse para disimular su nerviosidad. Suponía que Flora sabía que ella había recibido carta de su hijo, y suponía que se imaginaría de lo que se trataba, aunque a decir verdad, al trato de Jorge con...



ella había sido tan natural durante su estancia en el castillo, que no había por qué imaginar nada. Pero, había otra explicación para aquella carta de Jorge a su cuñada?



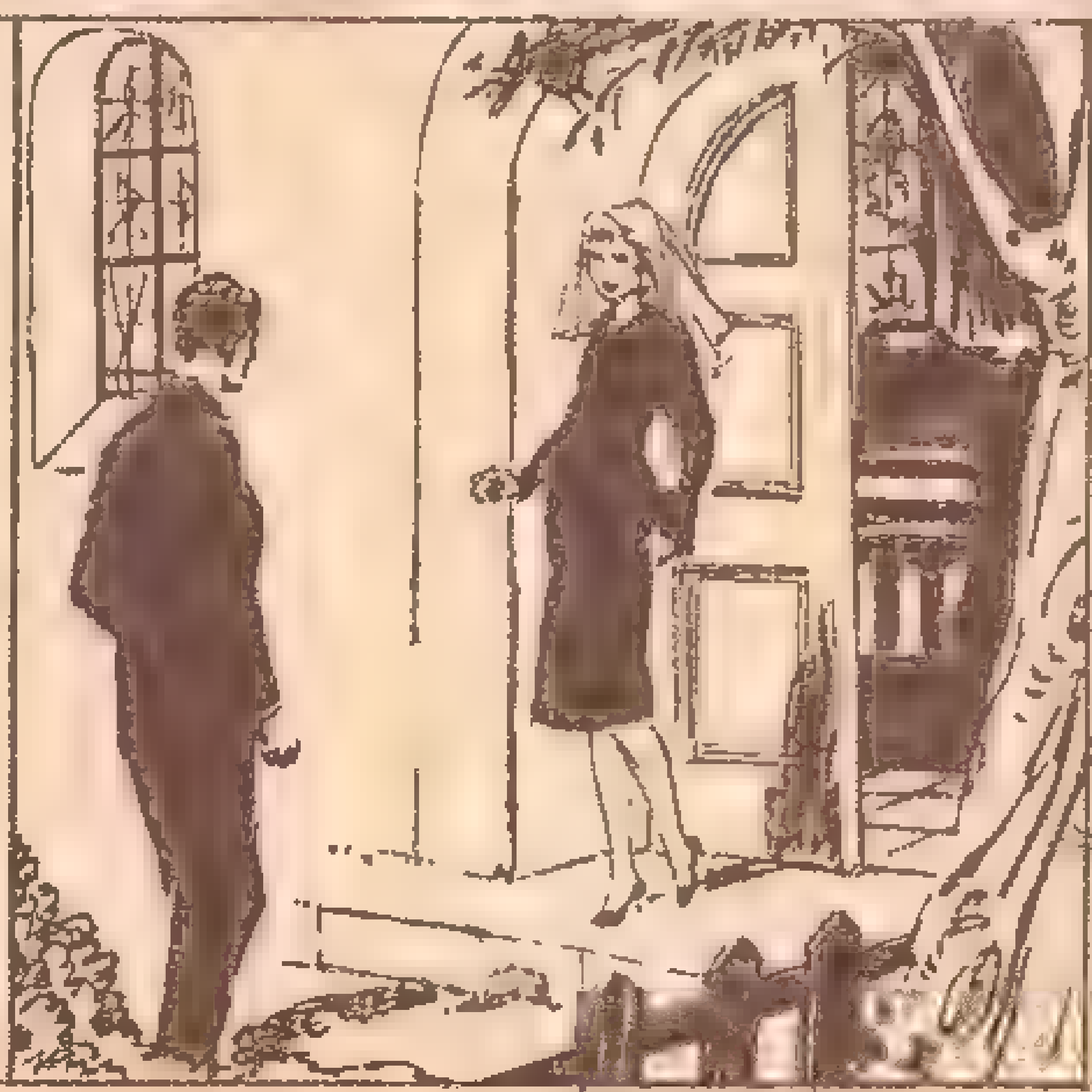
Pensó que aquel proyecto de su hijo con respecto a su deseo de convertirla en su mujer, molestaría todavía a Flora como lo había molestado cuando se casó con Luis.



Aquel temor la detenía y seguía sin decirle nada. Era cierto que Flora se había humanizado mucho y que quizá incluso ahora deseara el casamiento a causa del niño.



Inés se sentía paralizada en su presencia cuando se trataba de hablarle de sus sentimientos o de los de su hijo. Cuando éste llegó lo hizo por sorpresa y tropezó con él una tarde a la salida de la pequeña capilla del castillo.



Sin duda la había estado esperando al saber que se encontraba allí. Inés, sobresaltada por el brusco encuentro, se detuvo.

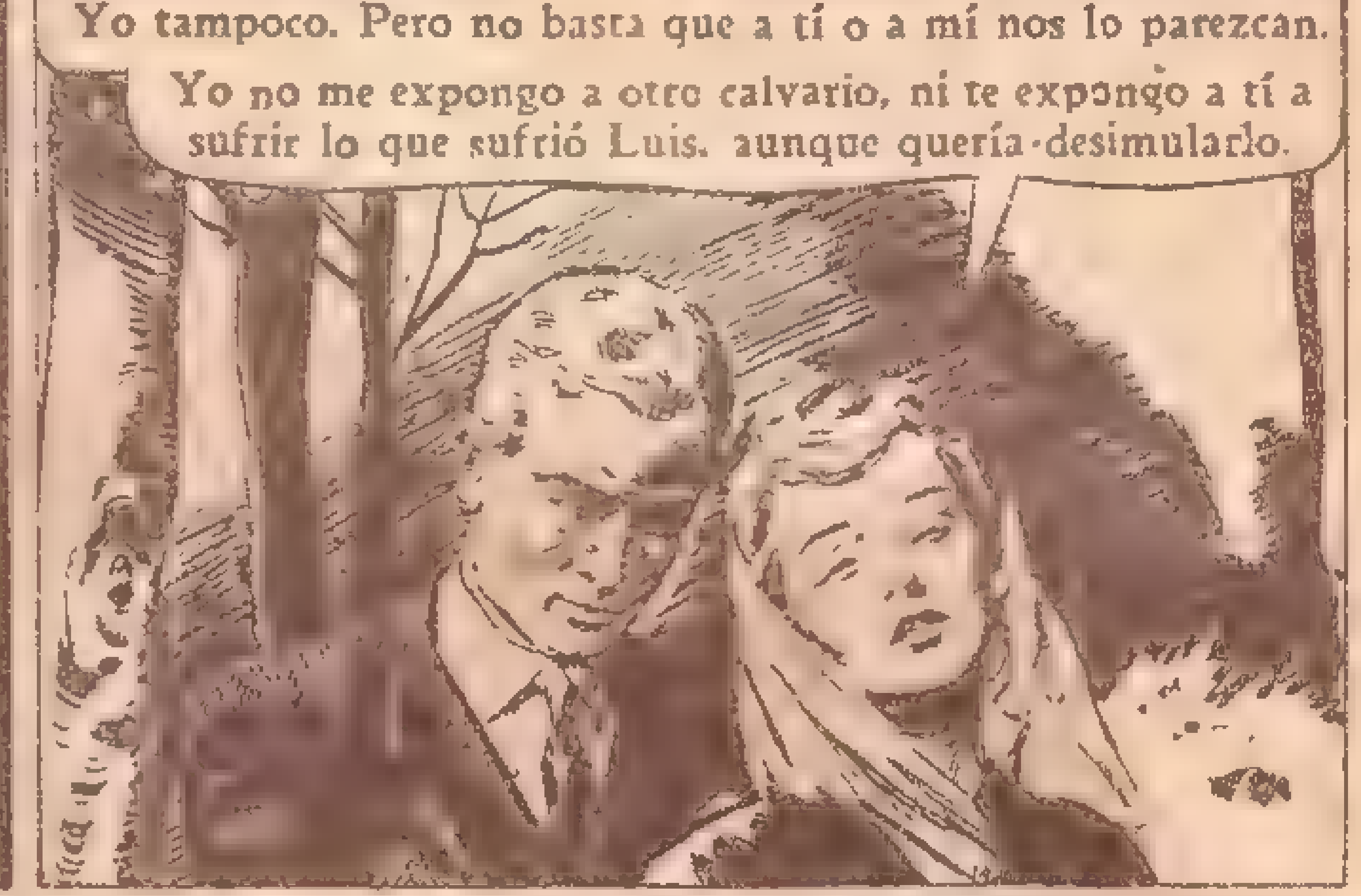


















"¿Habló con ella? ¿Tuvo tiempo de hacerlo antes de que el niño enfermara y todos anduvieran de cabeza en el castillo?" Inés no lo sabía y la verdad era que mientras duró la enfermedad, sólo se preocupó, como los demás, del pequeño.



Luego cuando Dios se lo llevó de una meningitis, comenzó a pensar de nuevo en su propio asunto. Muerto el niño, su candidatura no tendría tan buena acogida ante Flora. Jorge volvía a quedar en las condiciones en que se hallaba antes de casarse con Lina.



Es decir, libre para elegir la novia más pretensiosa que hubiera rechazado, probablemente, el tener que encargarse del hijo de la otra. Pero Inés estaba deshecha por la muerte del pequeño y por tanta tristeza en torno.



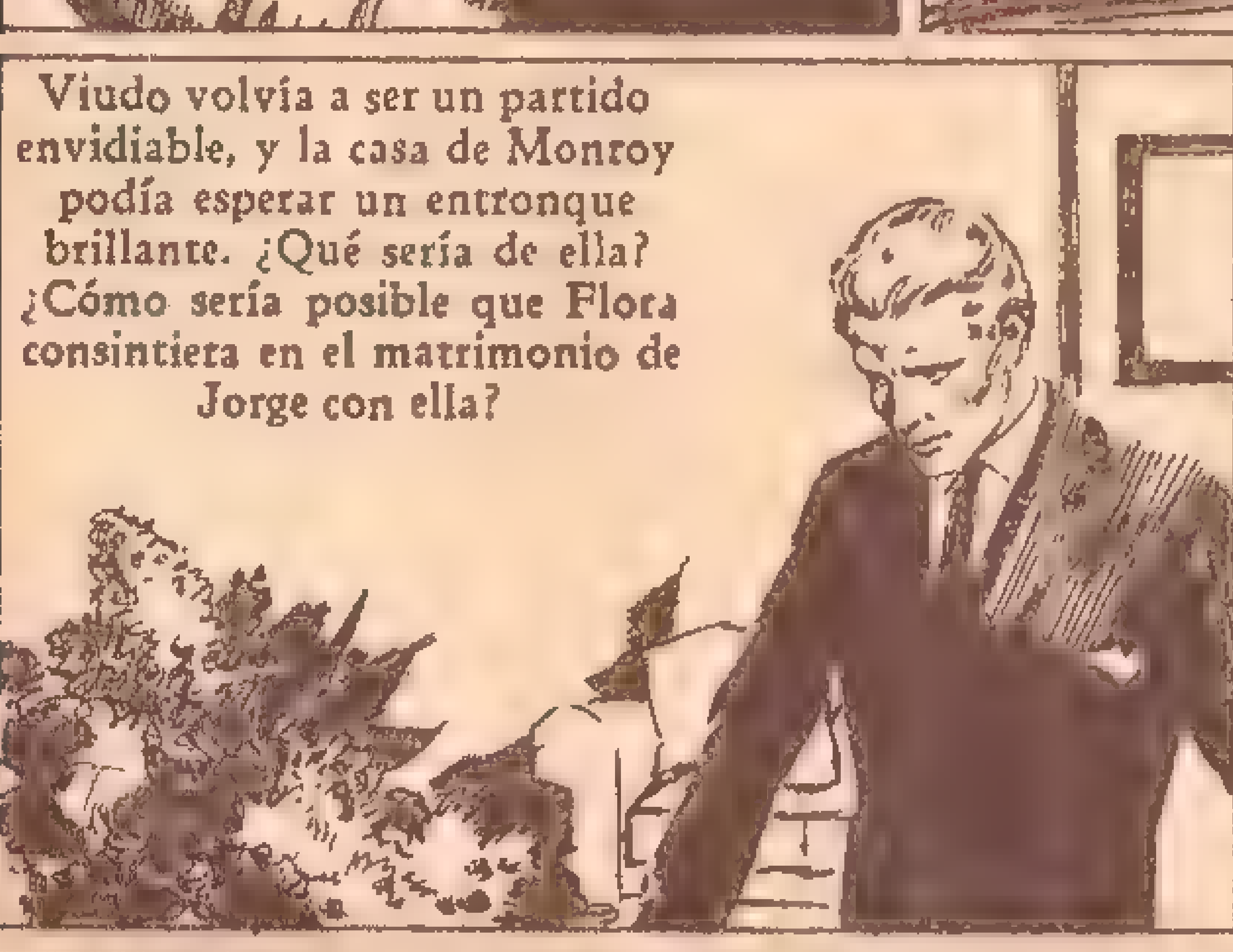
Ya no quería luchar, y se entregaba a la voluntad de Dios. Mientras tanto, una sombra de duelo flotaba sobre el castillo, y Jorge, incapaz de resistir el ambiente, salía todas las mañanas en automóvil diciendo que se iba por ocho días.



Pero al anochecer volvía invariablemente, sin valor para distanciarse de Monroy. ¿Qué le ataba, el dolor o el amor; la muerte o la vida? Inés, más triste que nadie, pensaba que esta vez perdía definitivamente a Jorge.



Viudo volvía a ser un partido envidiable, y la casa de Monroy podía esperar un entronque brillante. ¿Qué sería de ella? ¿Cómo sería posible que Flora consintiera en el matrimonio de Jorge con ella?



Pasaron días tremendos para todos: Jorge, hundido en su melancolía y Flora materialmente hecha un trapo, física y moralmente. Pero por fin se acercaba la primavera, y con su llegada, Inés recibió una visita en su cuarto.



Se trataba de su suegra que llegaba con cierto empaque solenme. Le preguntó si le podía conceder un momento de atención como si estuviera pidiendo audiencia, e Inés se asombró de verla en sus habitaciones y le acercó una silla.



¡Si se tratara de aquello! Hacía un momento que se habían separado en el comedor luego de tomar el desayuno. Jorge la miraba insistentemente, pero ello no había podido descifrar su mirada.



¡Estaba tan lejos de su pensamiento que durante esos días se estuvieran ocupando de ella! Y sin embargo así fue.




Me veré no sólo muy honrada sino completamente feliz, si te dignas borrar para siempre el recuerdo de pasados agravios y me das el derecho de llamarte, por segunda vez, y ahora con todo mi amor, "hija mía".





Sin saber cómo, Inés se encontró entre los brazos de Flora y divisó a Jorge, pálido e impresionado, en espera de una mirada suya. Y cuando más tarde paseaba con él por la terraza del castillo, hubo un momento en que, estrechándose las manos, se decían ambos con los ojos: "Pero, ¿es posible que se pueda ser tan feliz en este mundo?"

FIN



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El Comendador

POR C. CASTELLO BRANCO

ADAPTACIÓN

Camilo Castello Branco célebre escritor portugués del siglo pasado, nació en Lisboa, en 1825. Por propia decisión, puso fin a su vida en 1890. Ha sido llamado **O mestre da lingua portuguesa**. La pieza que publicamos hoy, pertenece a su libro **Contos do Minho** (Cuentos de Miño)



Aquella helada y lluviosa mañana del 6 de enero de 1832, la tía Bernabé, devota de los Reyes Magos, llegó con su escoba y su alcuza para abastecer las lámparas hasta la iglesia de Santa María del Abad. Al acercarse a la puerta, se detuvo repentinamente, se persignó, espantada, y exclamó...



La tía Bernabé, viuda del tejedor Bernabé, quien sólo le había dejado su nombre y una choza, acababa de oir, efectivamente, el llanto de un niño, junto a la baja pared del atrio. Se acercó a ese sitio, y, entre las raíces de un árbol, vio un envoltorio. En ese momento apareció Juana, la criada del cura.

Vio cómo la tía Bernabé levantaba del suelo el pequeño envoltorio, y, saliendo de la puerta de la casa del cura, donde se había asomado...



La verdad es que Juana había comprendido todo a la primera ojeada. Empezó a protestar. Esa madre sin alma podría haber dejado el chico en otro lugar. ¿Qué iba a hacer el señor cura con el? La iglesia no era una casa de expósitos. Mejor sería que la tía Bernabé lo llevara ella misma al hospicio que funcionaba en el pueblo vecino. Pero la tía Bernabé se enfadó, asistida de una inesperada energía, y ordenó a Juana que llamara al cura.



La tía Bernabé debió esperar un rato, tratando de abrigar al pequeño contra su seno. Al fin regresó la criada...

El señor cura está listo. Vaya a buscar al tío Isidro para que ponga agua en la pila bendita.





Así fue como llegó al mundo Melchor Bernabé, bautizado con ese nombre por recuerdo del día en que fue hallado, y por el primero de los Reyes Magos. El cura de Santa María del Abad, a pedido de la tía Bernabé, le dio ese nombre, y ella, su apellido. El cura aseguró que era una locura que la tía tomase a su cargo al huérfano, puesto que ella apenas si tenía para comer. Pero la tía Bernabé se mantuvo firme y lo llevó a su choza.


La criatura sobrevivió, creció y se tornó robusta y alegre. Entre los siete y ocho años aprendió a leer, y en las horas libres llenaba la rueca u ovillaba las madejas, pues la tía Bernabé tejía ahora para ella y para ese hijo que le había mandado Dios, y que su matrimonio nunca le había dado. Muy pronto, Melchor ganó las simpatías del vecindario, que conocía su historia, pero se cuidaba muy bien de narrársela. El gran cariño que el muchacho demostraba por su madre adoptiva y el modo en que la cuidaba y mimaba, suscitaban los elogios de todo el mundo. Una tarde, la tía Bernabé...

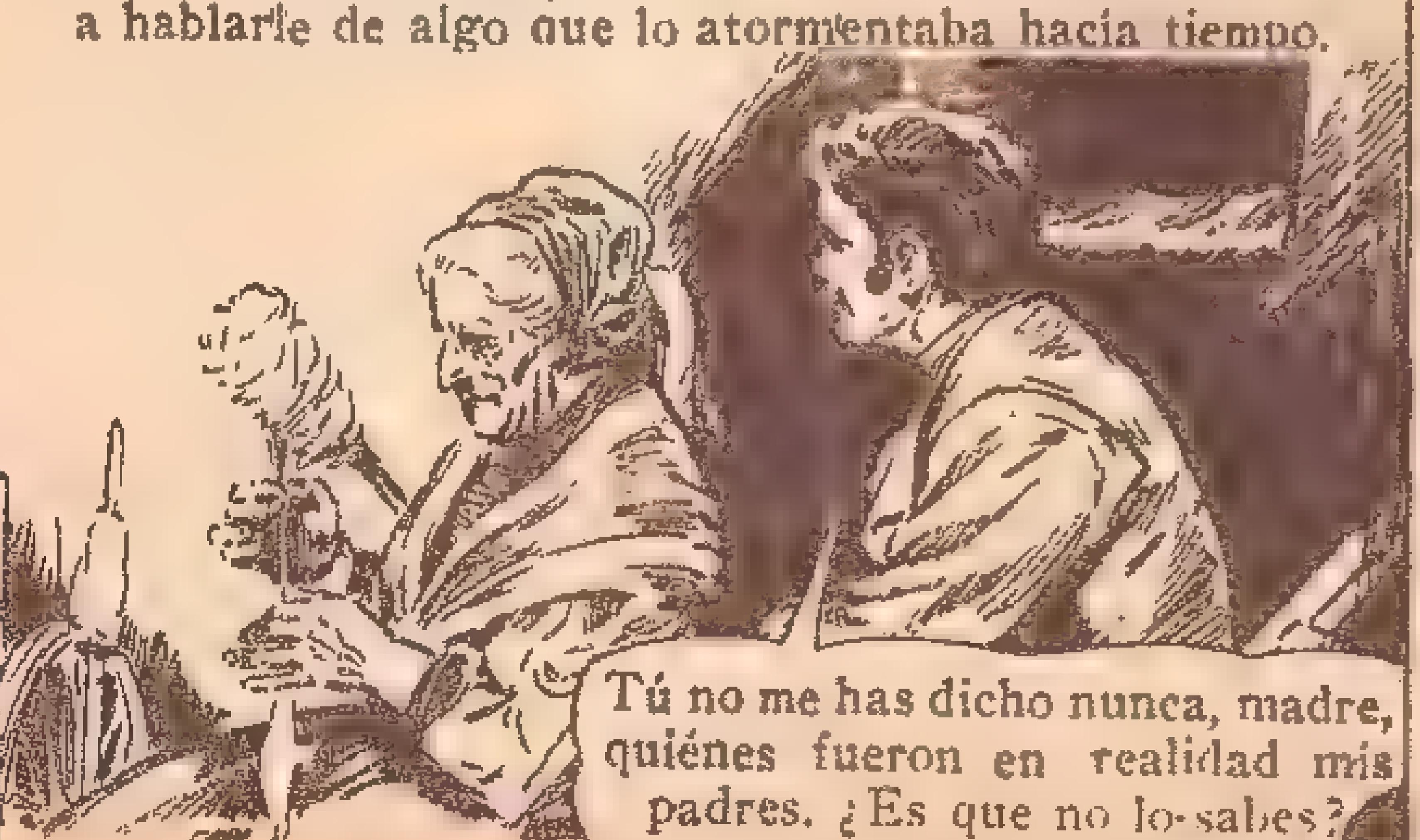

... llegaba a su casa de entregar un tejido, cuando vio a Melchor jugar con una niña. La tía se acercó rápidamente...
¿Qué haces, Bernabé?... ¿Por qué no estás en casa?
Esta niña es muy buena y ha jugado conmigo, madre. Se llama María.

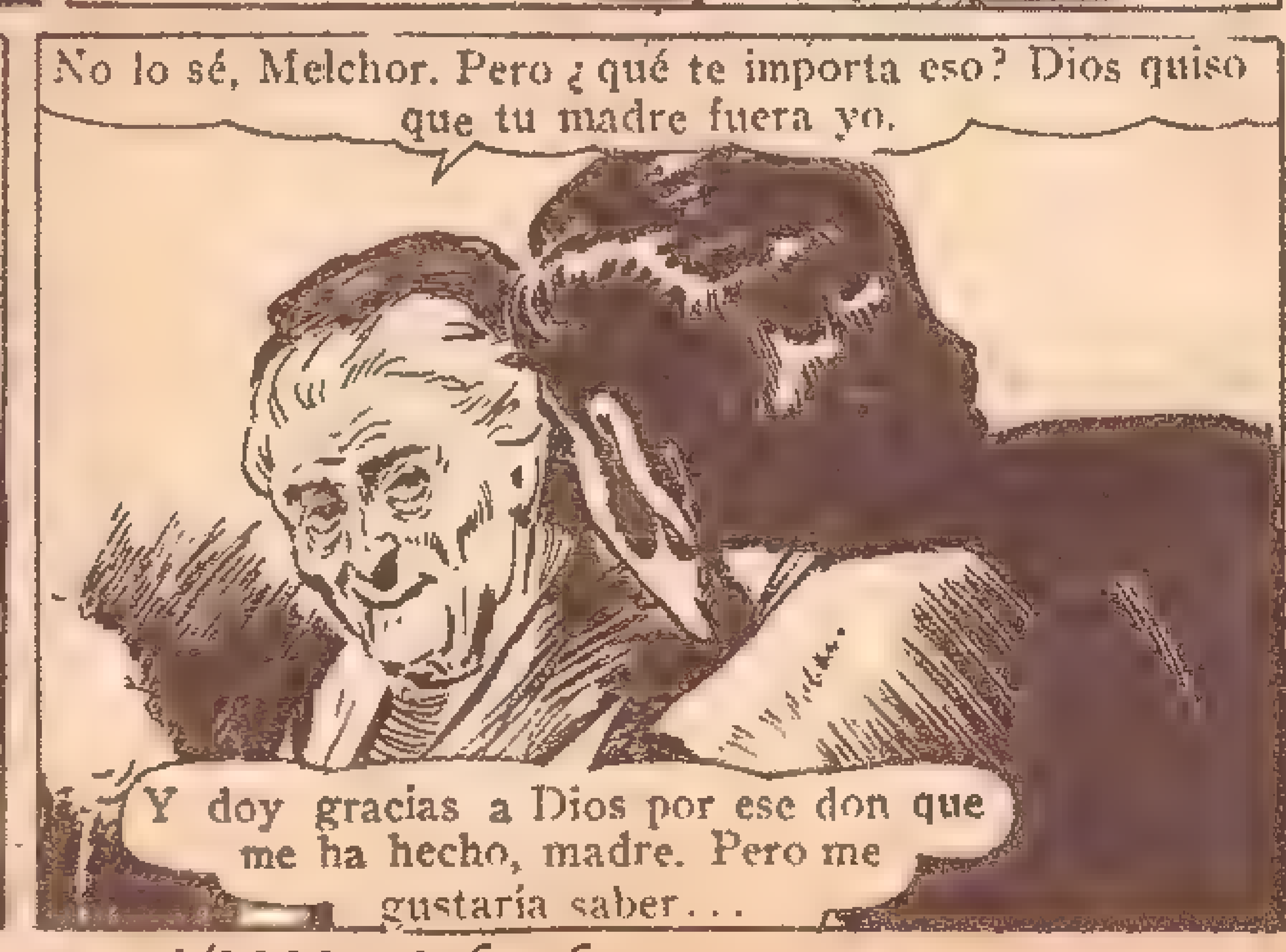

La niña había quedado inmóvil, sonriendo, sus ojos azules muy abiertos. La tía fue a decir algo, pero en eso apareció, al extremo de la calle, un campesino, con todo el aspecto del labriego rico, y se acercó, a grandes trancos...
¡María!... ¿Qué haces con ese desarrapado? ¡Pronto, ven aquí!

La niña vaciló un instante, pero obedeció, de pronto, corriendo en dirección a quien la llamaba. La tía Bernabé tomó de una mano a Melchor y se lo llevó. El niño volvió la cabeza...
¿Quién es ese hombre malo, madre?
No es un hombre malo. Es Silvestre Ruivo, el padre de María. No debes jugar con las niñas ricas, Melchor.


Melchor frunció el ceño y no dijo nada, mas se veía que no estaba dispuesto a obedecer en esto a su madre. El había oído hablar de Silvestre Ruivo, y lo había visto, alguna vez. Sabía que era el campesino más rico del lugar. Tenía tres hermanos clérigos, famosos por haber participado en las guerrillas de la usurpación y luego en las matanzas de Braga. Pasó el tiempo, y la tía Bernabé no volvió a acordarse de aquella niña. Pero Melchor sí se acordaba.


Muchas veces recordó aquellos ojos azules, que, en su imaginación infantil, y algo inclinada a la fantasía, fueron comparados sucesivamente con los de una princesa, un hada y una reina. Volvió a verla, muchas veces, a la entrada de la iglesia. Y la pequeña le sonreía siempre graciosamente, aunque a hurtadillas. Melchor fue creciendo, y a los dieciocho años era un mozo de buena planta, ni feo ni lindo, pero...


... agradable por la tierna solicitud que demostraba en todo momento por su madre adoptiva. Una tarde en que la tía Bernabé tejía en su rueca, Melchor se animó a hablarle de algo que lo atormentaba hacía tiempo.
Tú no me has dicho nunca, madre, quiénes fueron en realidad mis padres. ¿Es que no lo sabes?


No lo sé, Melchor. Pero ¿qué te importa eso? Dios quiso que tu madre fuera yo.
Y doy gracias a Dios por ese don que me ha hecho, madre. Pero me gustaría saber...

Y el muchacho quedó en suspenso, los ojos soñadores. La tía Bernabé no le había ocultado nunca que ella era su madre adoptiva, pero siempre había eludido hablarle directamente del modo y las circunstancias en que lo conoció.. El caso es que hasta las manos de Bernabé habían llegado algunas novelas, que le había prestado el maestro, y él soñaba. ¿No sería acaso un príncipe? ¿Quizá el hijo de un comendador?



Y veía en su imaginación a una gran señora, que descendía de una carroza ante esa pobre cabaña, para reclamarlo a él, a Melchor, que en seguida sabría que una serie de poderosas razones habían obligado, contra su voluntad, a esa pobre madre a abandonarlo, aunque no dejaba de experimentar la molesta sensación de que era bien difícil que existiera alguna razón capaz de justificar a su madre por lo que había hecho.



Sin embargo, esa época fue la más feliz para Melchor. Cuando sus tareas le dejaban un rato libre, partía solo, al bosque, acompañado de su perro, y sin olvidar colocarse al cinto la pistola que le regaló la tía Bernabé, y que ésta heredó de su difunto marido, el tejedor. En esos paseos, solía pasar muy cerca de la finca de los Ruivo, con la oculta esperanza de ver a María, convertida ya en una gallarda moza.

Esa tarde, Melchor llegó, como otras veces, hasta la finca de los Ruivo. Cediendo a una violenta tentación, se internó en el parque de la finca, para tenderse bajo um árbol. Estaba allí, los ojos semicerrados, cuando oyó crujir una ramillas en el suelo. Abrió los ojos, y una verdadera aparición lo dejó deslumbrado.



Rojo de vergüenza, se enderezó, hasta ponerse de pie. María, frente a él, sonreía, no sin cierto temor.







Melchor se sintió de pronto lleno de coraje y dió un paso...







Y, antes de que Melchor pudiera responder una palabra, salió velozmente, a la carrera. Melchor pensó que había temido ser descubierta, y, ocultándose entre los árboles, salió del bosque. Una vez fuera, echó a andar, casi frenéticamente, al azar. Las palabras de María repiqueteaban en sus oídos. ¡El jueves! ¡El jueves! Melchor sentía al fin de un modo claro, inequívoco, el llamado febril del amor.



Aquel jueves, Melchor acudió a la cita. Debió esperar largo rato, pero, al fin, apareció María. Llegaba muy agitada, pues disponía de escaso tiempo. Esa tarde había hecho una excursión con sus hermanas y unas amigas, y se había escapado un momento para verlo. Muy pronto se oyeron las risas de las muchachas, y Melchor debió huir.



Pero volvieron a verse, en varias oportunidades, y no pasó mucho, por cierto, hasta que Melchor confesó a María su amor. Esta no tuvo necesidad de responderle, pues la respuesta la obtuvo Melchor por sí mismo. En un arrebato, la atrajo hacia sí y la besó. María, en seguida, dijo que serían desdichados, pues su padre se opondría a que ella se casara con él, un huérfano sin ninguna dote.



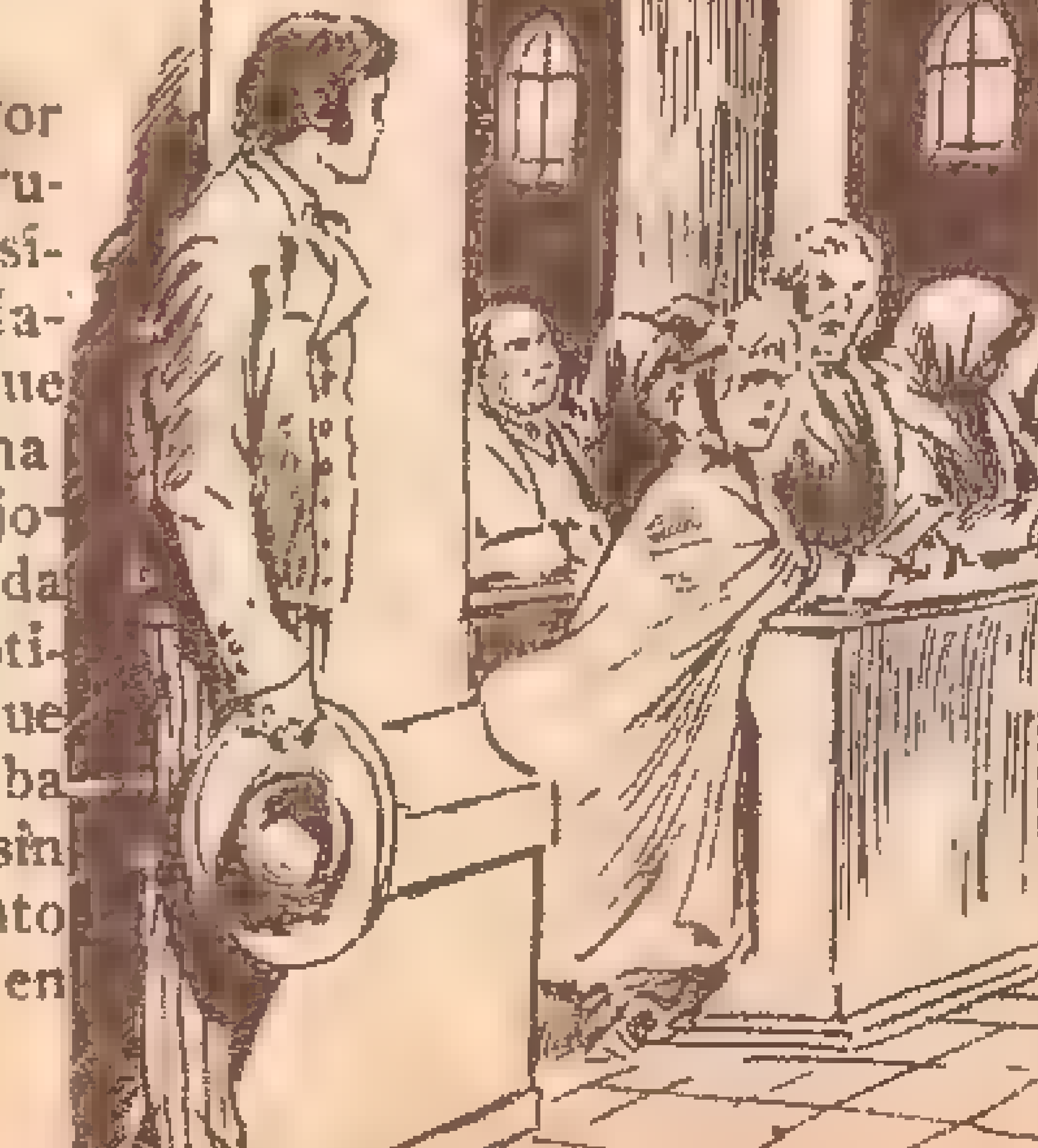




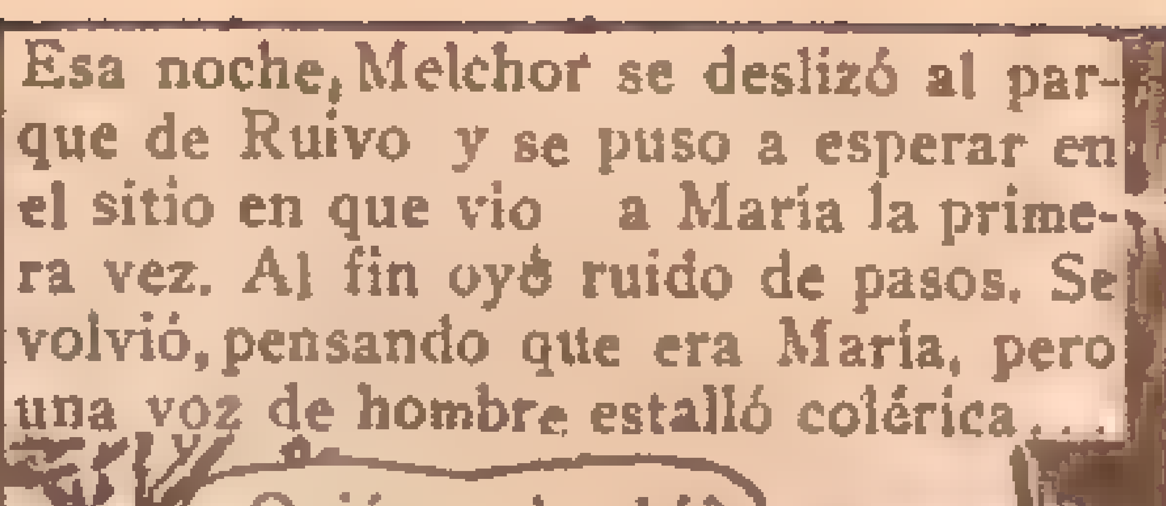
El cura suspiró ante la ingenuidad del muchacho. Lo aconsejó, le pidió que se apartara de María. Los tres clérigos, tíos de la muchacha, eran muy influyentes...

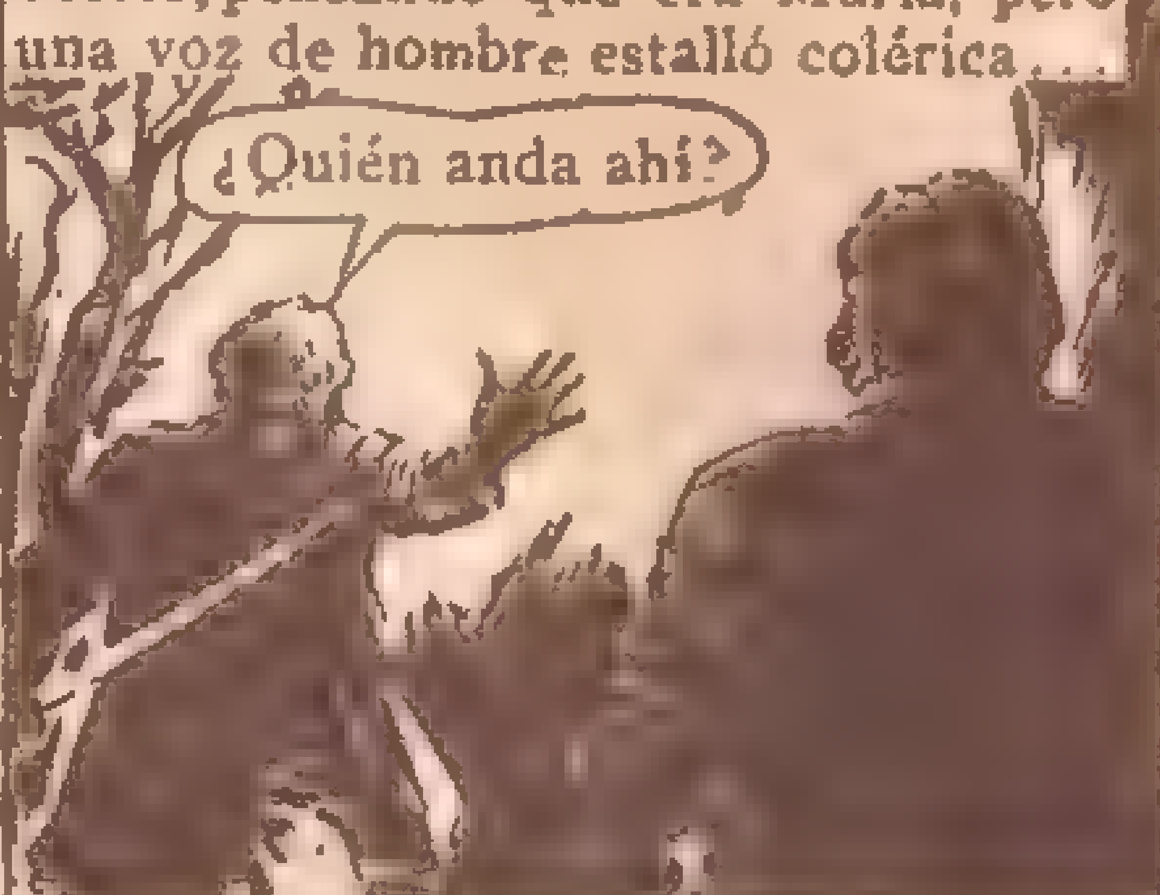


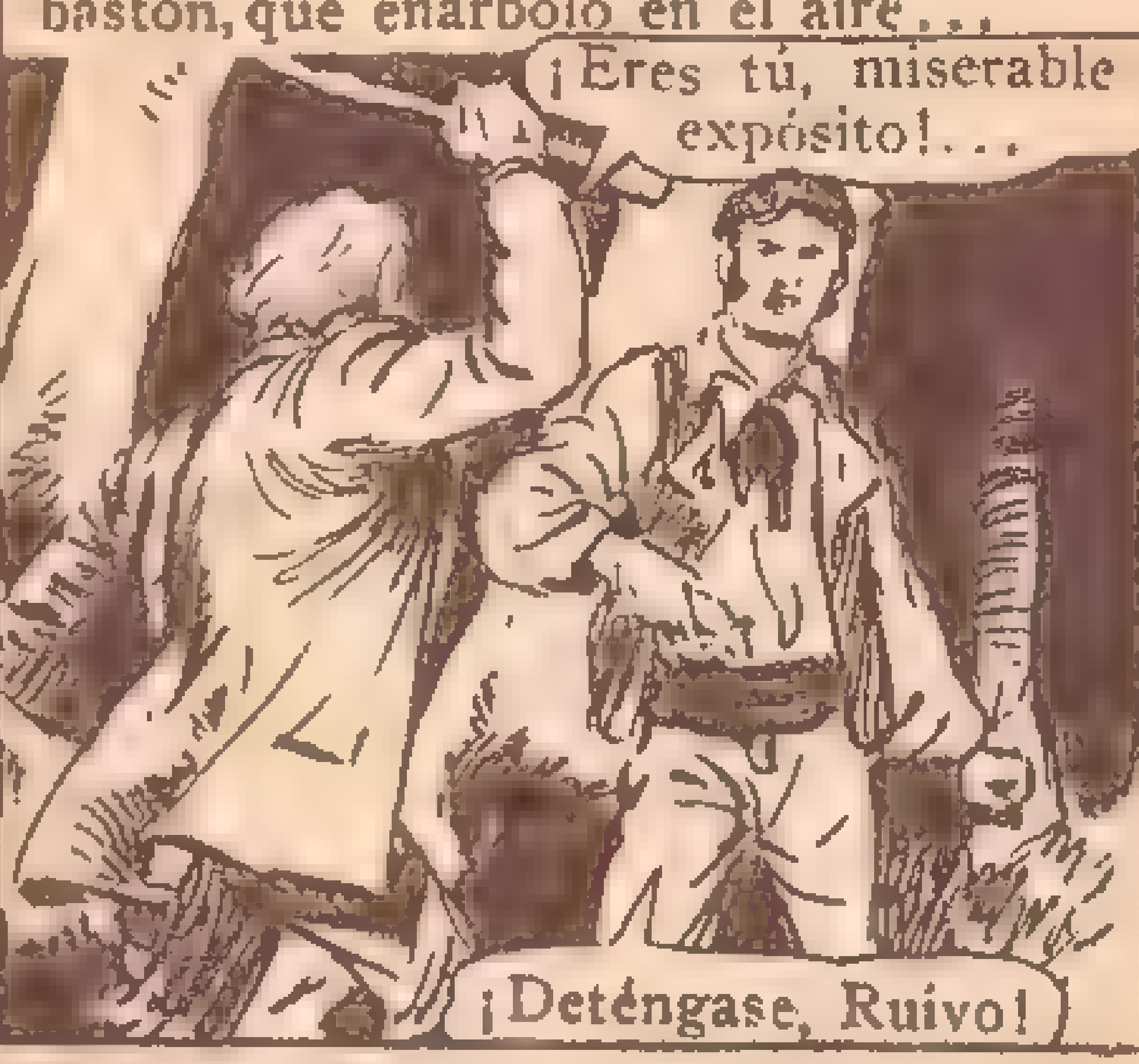
Pero bien pronto el candor del joven debía sufrir un rudo contraste. En los días siguientes, no pudo ver a María. Tuvo la certeza de que algo ocurría, cuando una mañana, en la iglesia, la joven, que parecía demacrada y triste, le hizo imperceptible seña. Notó, además, que Silvestre Ruivo lo miraba con ira. Se las arregló, sin embargo, para pasar junto a María, en el momento en que ella...

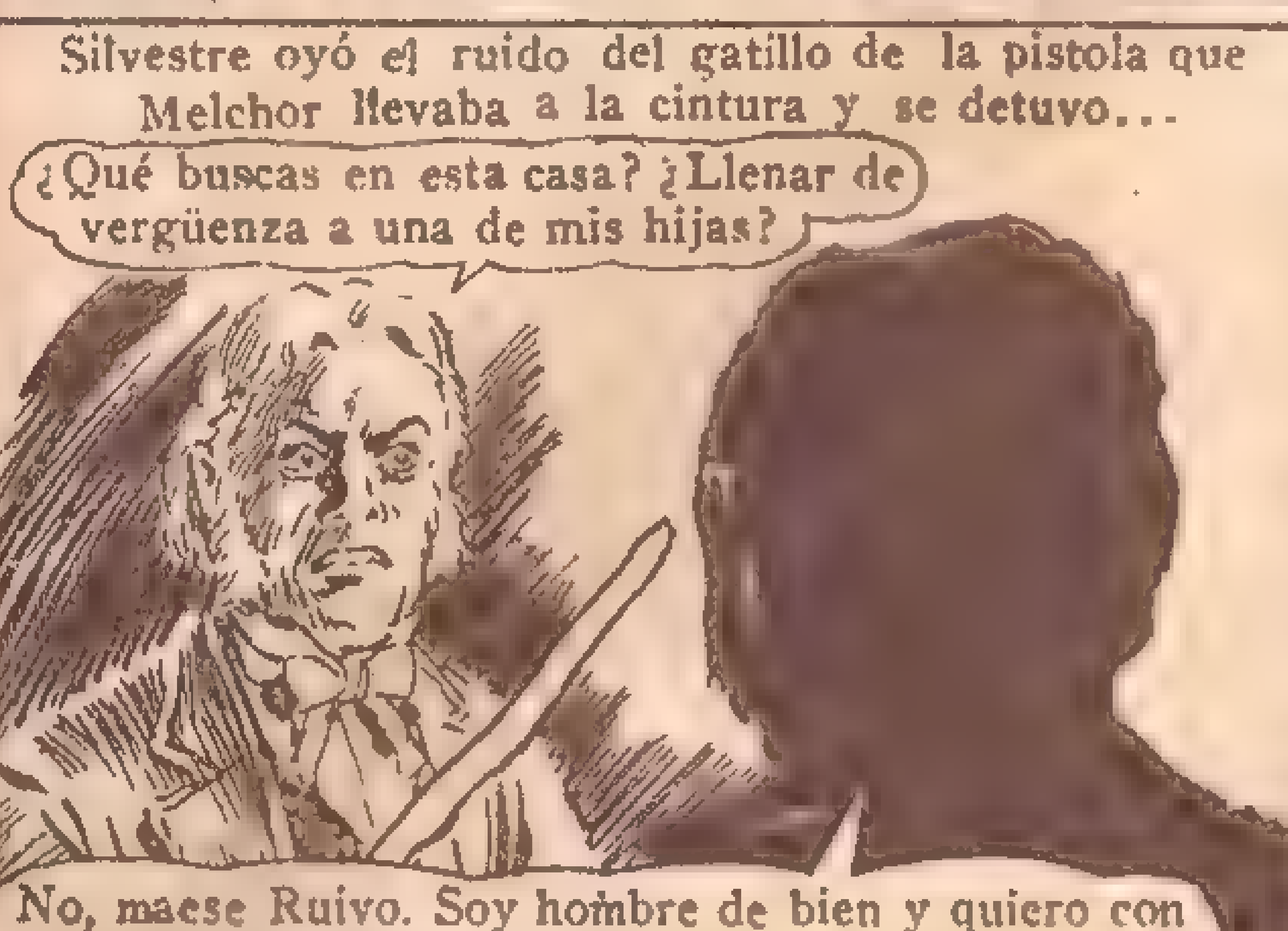










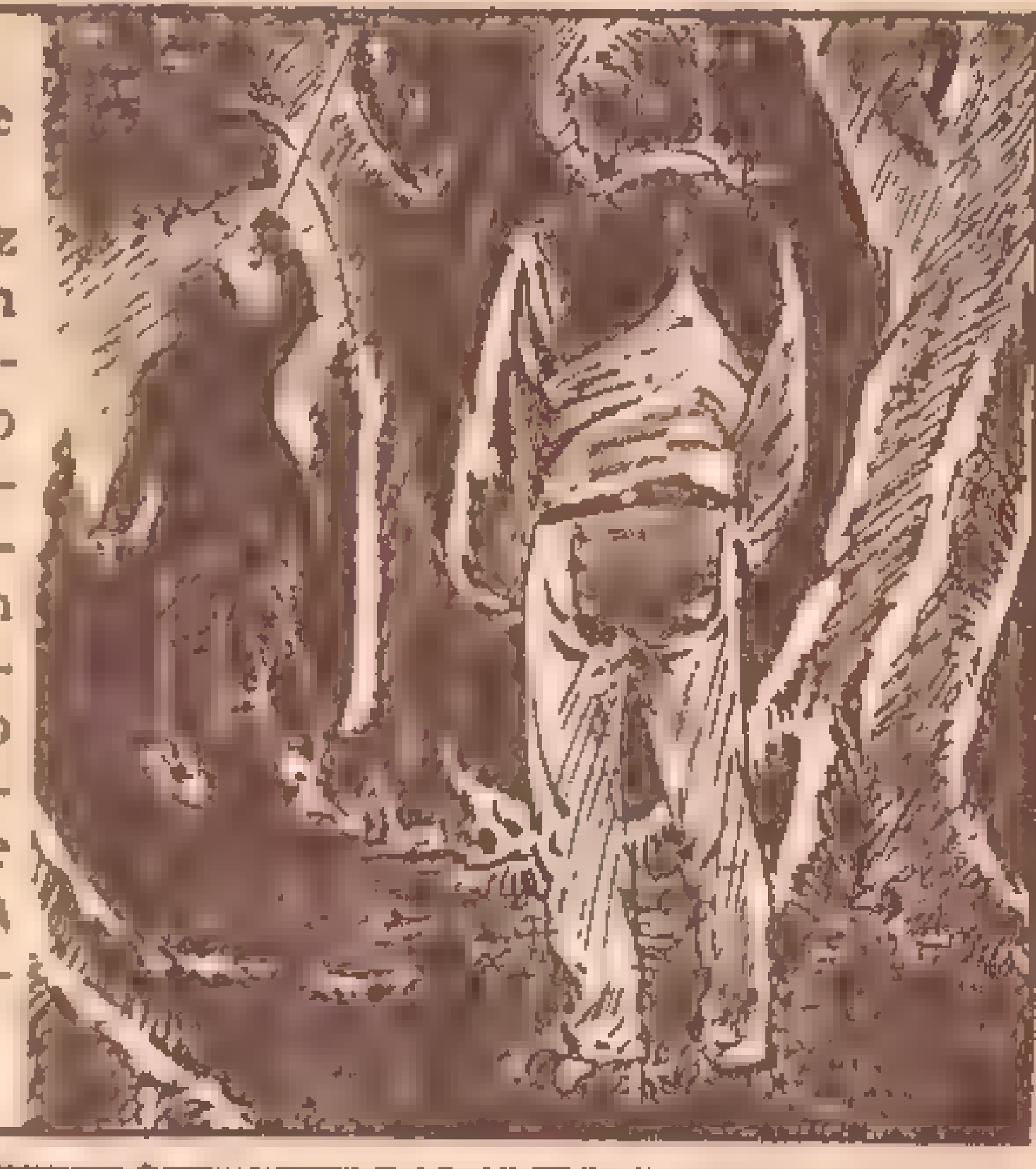




El frío tono del muchacho, la resolución que se advertía en su voz, parecieron detener a Ruivo. Agitando el bastón en el aire, amenazó a Melchor...

¡Me la pagarás, tunante!

Le volvió las espaldas, y se alejó a grandes trancos. Melchor emprendió a su vez el regreso, con la muerte en el alma. No había duda: alguien, que los habría visto juntos a él y a María, había revelado el secreto. Tenía razón el cura, y él era un cándido al suponer que Ruivo iba a darle su hija. Pero lo que más deprimía su espíritu era la idea de que María había obedecido a su padre, de que lo había abandonado.



Esa noche, en su camastro, no pudo dormir. Al alba, se levantó junto con la tía Bernabé.

¿Por qué has madrugado tanto? Yo iré al mercado. Dejaré allí en venta unos tejidos.

Puedo ir yo, madre. ¿Por qué has de ir siempre tú?



Pero la tía Bernabé se mantenía firme en esto. Sólo ella sabía obtener el precio que deseaba. Melchor no servía para comerciante. Se fue, al fin. Melchor salió a la puerta de su choza y vio cómo se enrojecía en el horizonte el primer fuego del alba. Sí, lo repudiaban porque no era nadie, nada más que un expósito. Él había soñado que un día sus padres aparecerían, como en los cuentos de hadas. Pero, estaba visto, la vida no era un cuento de hadas.



Todo ese día, Melchor lo pasó entregado a sus negros pensamientos, haciendo su trabajo como en sueños. Regresó del mercado la tía Bernabé, y notó en seguida el semblante apesadumbrado del muchacho. Pero, aunque lo llenó a preguntas, no logró sacarle una sola palabra. Por la noche, Melchor, como si necesitara la compañía de aquellos lugares en que otrora fué tan feliz, se encaminó hacia la encina grande del bosque...



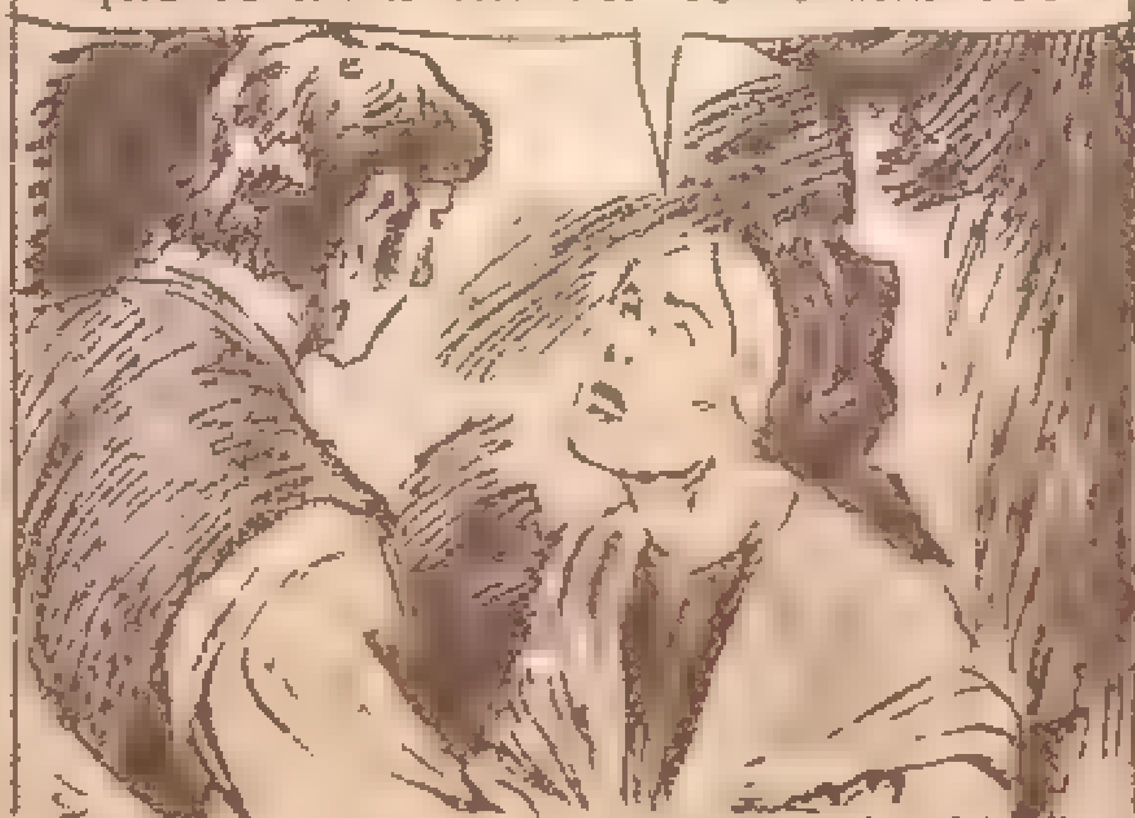
María, muy llena de coraje, le dijo entonces que había sido duramente reprendida por su padre...

Me han encerrado a pan y agua, pero he podido escapar por la ventana...



¿Cómo has venido aquí? ¿Y si no me hubieras hallado? ¿Qué habrías hecho, sola, de noche?

El temor de estas posibilidades aturdía a Melchor de sólo pensarlas. María dijo que su corazón le había afirmado que él vendría.



Y, aproximándose a él, en un rasgo magnífico de sacrificio...





El pobre Melchor en vano discutió, rogó, luchando con su propia dicha, al oír tales palabras. Las palabras fueron suprimidas por los besos. Y, dos horas después, ambos se encaminaban hacia el pueblo a pedido de María, a casa del cura. —Tendrá que casarnos—dijo María—, pues nos hemos casado ante los ojos de Dios. Ya casado, no podrá enrolarte. Llegaron así al pueblo.



María se resistió. En ese momento, el sargento que comandaba la patrulla dio un grito...

¡Alto! ¡Melchor Bernabé, te he visto!

Melchor echó mano a la pistola que llevaba al cinto. Pero temió por María. Volviéndose hacia ella...

¡Ve a tu casa, te lo ordeno! ¡No deben verte! ¡Haz lo que te digo!

La muchacha intentó resistirse, pero la voz imperiosa del joven la doblegó. Llorando, se aferró a su brazo...

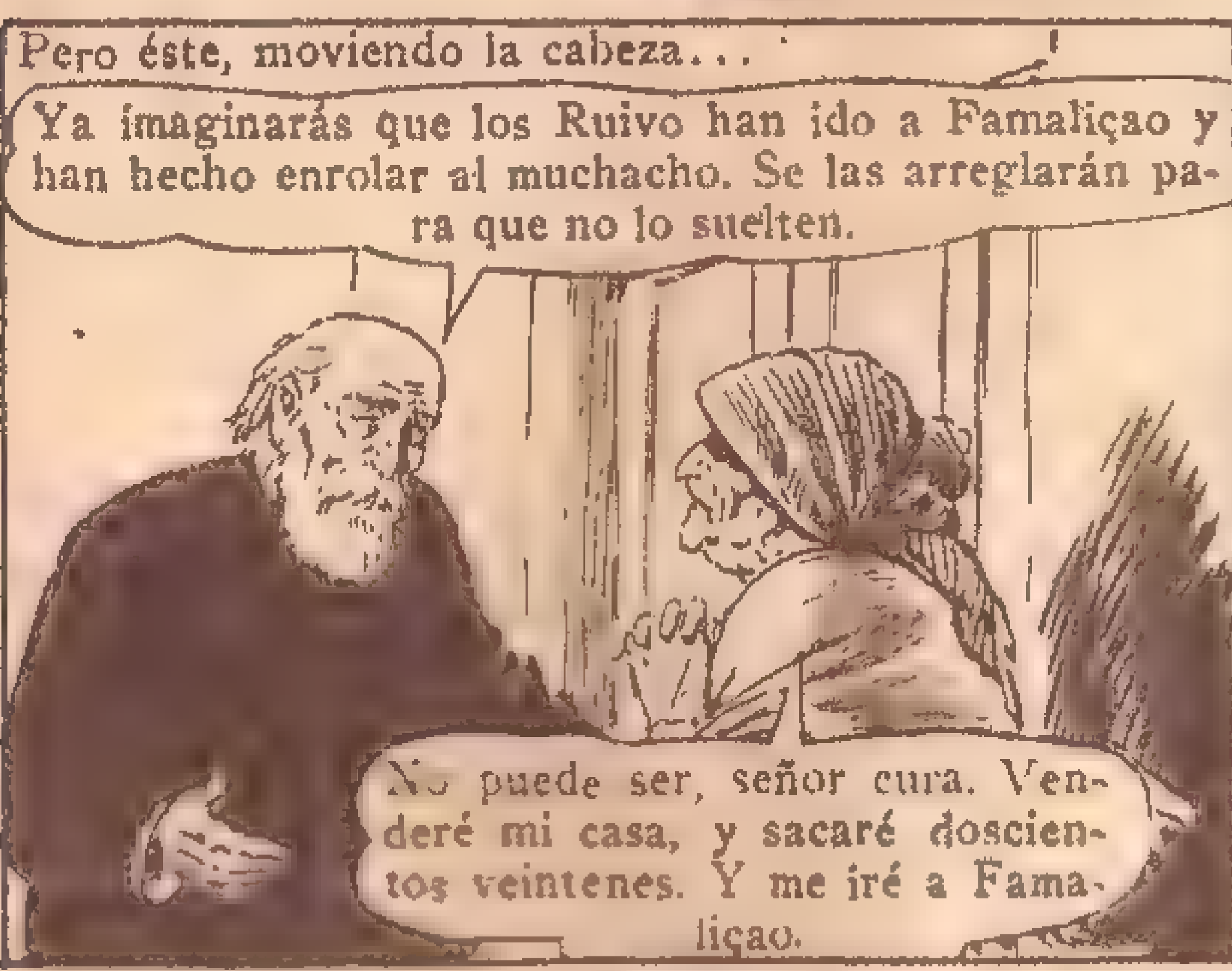
¡Te esperaré, Melchor! ¡Te esperaré toda la vida!

Melchor impulsó hacia atrás a María, sorprendido de que los soldados no indagaran sobre ella, y avanzó. María se quedó mirándolo, y vio que los soldados formaban en torno de Melchor y se alejaban, en la noche. Estuvo largo rato así, hasta que se perdieron de vista. Luego recordó la orden de Melchor, y se fue, lentamente, a su casa, sin importarle que la vieran.



Cuando la tía Bernabé supo que se habían llevado a Melchor para que cumpliese el servicio militar, creyó volverse loca. Acudió al cura, y éste la enteró de lo ocurrido, pues ya la historia, que además María no había querido ocultar, se había difundido por el pueblo. La tía Bernabé pensó entonces en vender su casa y pagar para librarlo, y así se lo dijo al cura.

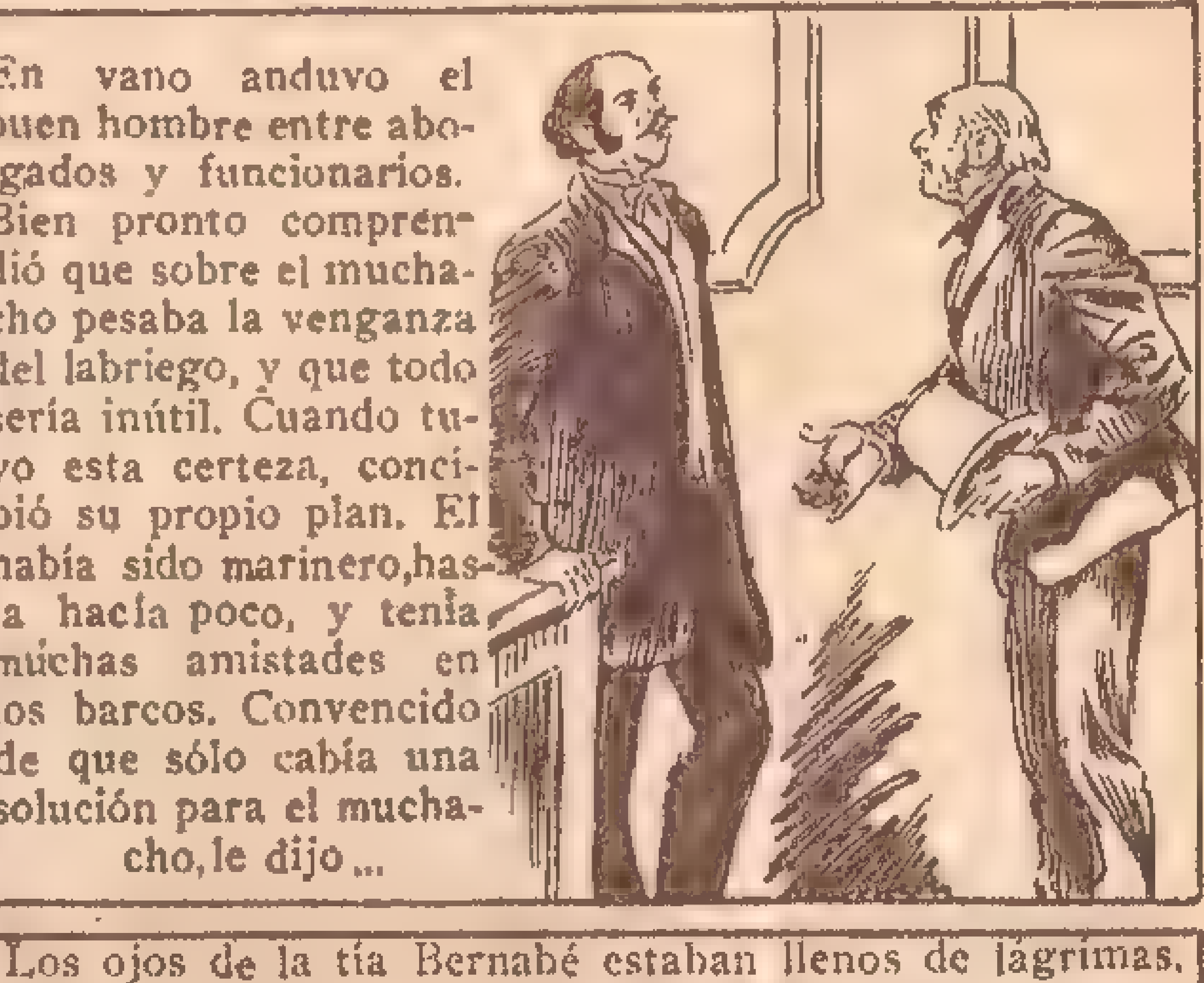


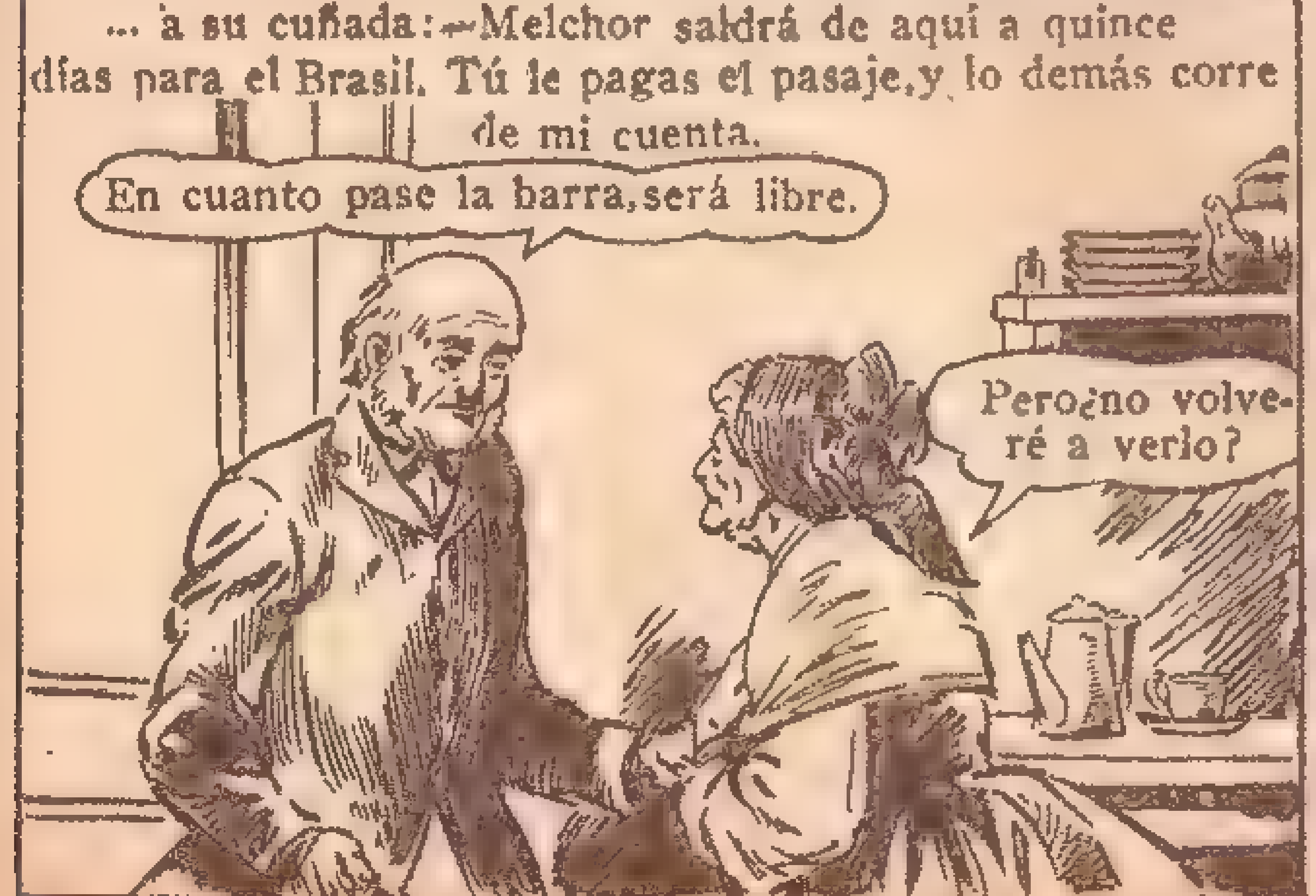


Tercamente, la animosa anciana se puso en campaña. Había sabido que Silvestre Ruivo tenía encerrada a su muchacha, esta vez bien cuidada, para que no escapara. Una beata de una parroquia lejana deseaba esa choza, para estar cerca de la iglesia de Santa María del Abad, cuyo párroco era su confesor. Aconsejada por él —lo que le valió algunas calumnias de parte de los Ruivo—, la compró en doscientos veintenes.

Al llegar a Famalicao con el dinero, la tía Bernabé supo que a Melchor lo habían enviado a Braga, al cuartel del Populo. Resolvió entonces pedir consejo a su cuñado, un excelente hombre que vivía en Villa del Conde. Fue a verlo, y, cuando supo lo ocurrido, se ofreció para iniciar los requerimientos, y alojó en su casa a la cuñada. Pero, como profetizó el cura, estos fueron desatendidos.



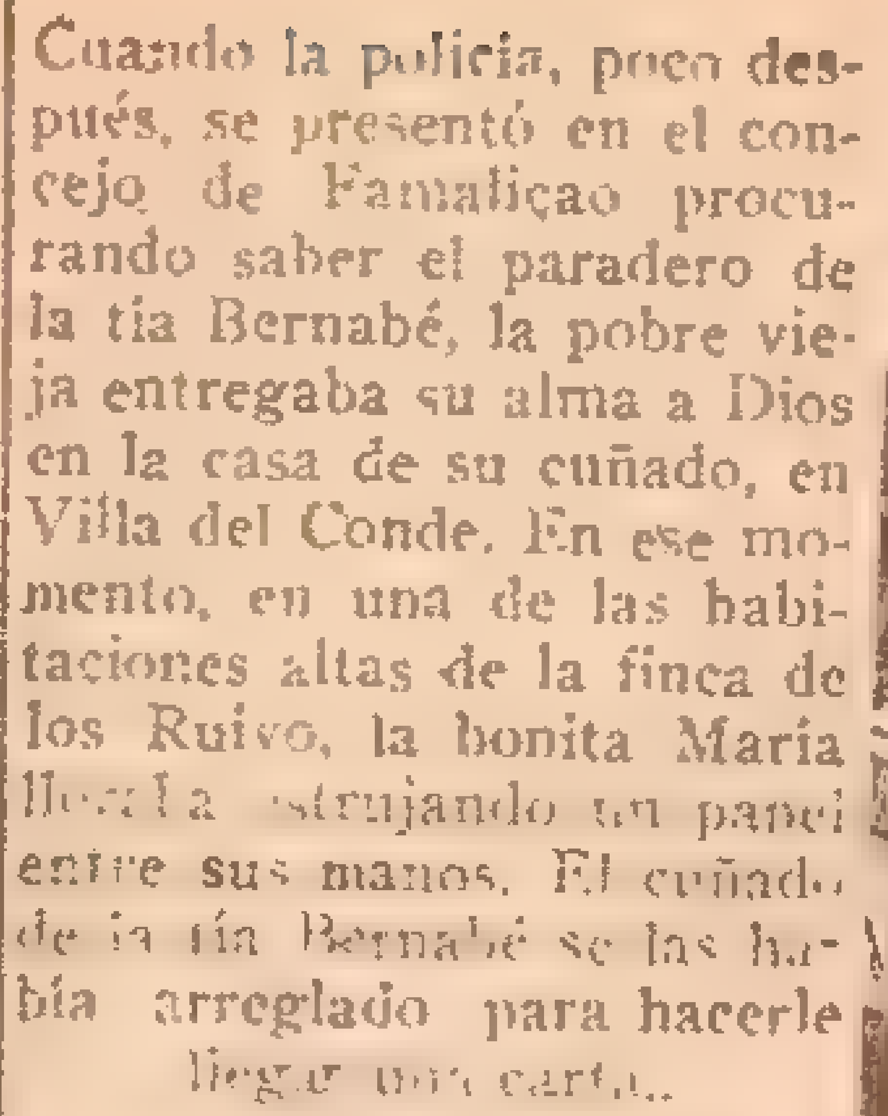




Los ojos de la tía Bernabé estaban llenos de lágrimas. —Y ¿qué prefieres? —preguntó el cuñado—. ¿Verlo aquí de soldado y que lo maten a palos?

¡En el Brasil podrá labrarse un porvenir! ¡Tú te quedas conmigo, y basta! Tendrás de comer y un jergón donde dormir.

En marzo de 1852, la **Concepción** se hizo a la mar desde Villa del Conde. Entre sus pasajeros iba el desertor. Allí se llamaba José da Silva Guimaraes. A medida que el barco se alejaba, los ojos del mozo se llenaban de lágrimas. En la terraza del Castillo, la tía Bernabé, viendo desaparecer a lo lejos las velas de la **Concepción**, también lloraba. Tuvieron que llevarla en brazos hasta la casa de su cuñado.



Cuando la policía, poco después, se presentó en el concejo de Famaliçao procurando saber el paradero de la tía Bernabé, la pobre vieja entregaba su alma a Dios en la casa de su cuñado, en Villa del Conde. En ese momento, en una de las habitaciones altas de la finca de los Ruivo, la bonita María lloraba estrujando un papel entre sus manos. El cuñado de la tía Bernabé se las había arreglado para hacerle llegar una carta...



...que Melchor le había escrito "Volveré –decía esa carta–. Volveré siendo alguien. Espérame." Y, en sus sollozos, María repetía:





Ya se sabe que el tiempo no se detiene. Tampoco se detuvo en la aldea a la partida de Melchor. Pasó un año, y otro, y otro. Nunca se veía a María por las calles. Sólo en la misa del alba velada, cuando acudía a la iglesia. Decían que el padre la tenía encerrada, pero también que vivía encerrada por su propia voluntad. Sus hermanas se casaron y salieron de la casa. Mas ella quedó allí, en la gran habitación de la planta alta. Y así ocurrió con otros años, hasta que se cumplieron ocho de la partida de Melchor.

Una tarde de 1860, los parroquianos del mejor hotel de Famaliçao vieron, muy excitados, que un poderoso caballero, escoltado por criados negros y blancos, llegaba hasta el mostrador. Todos trataron de aguzar los oídos para oír el nombre del que, al instante, imaginaron como un magnate brasileño.



Las reverencias del conserje revelaban bien a las claras la impresión que le producía este nombre. Ya los diarios de Porto habían anunciado la llegada de uno de los más fuertes financieros de Pelotas, Estado del Brasil. Llevaba bigote tupido, patillas a la inglesa, cabello espeso levantado en rulos, que le encuadraban la frente. Bajo este rostro tan aderezado, habría podido adivinarse el mismo rostro enérgico del otrora incauto Melchor.

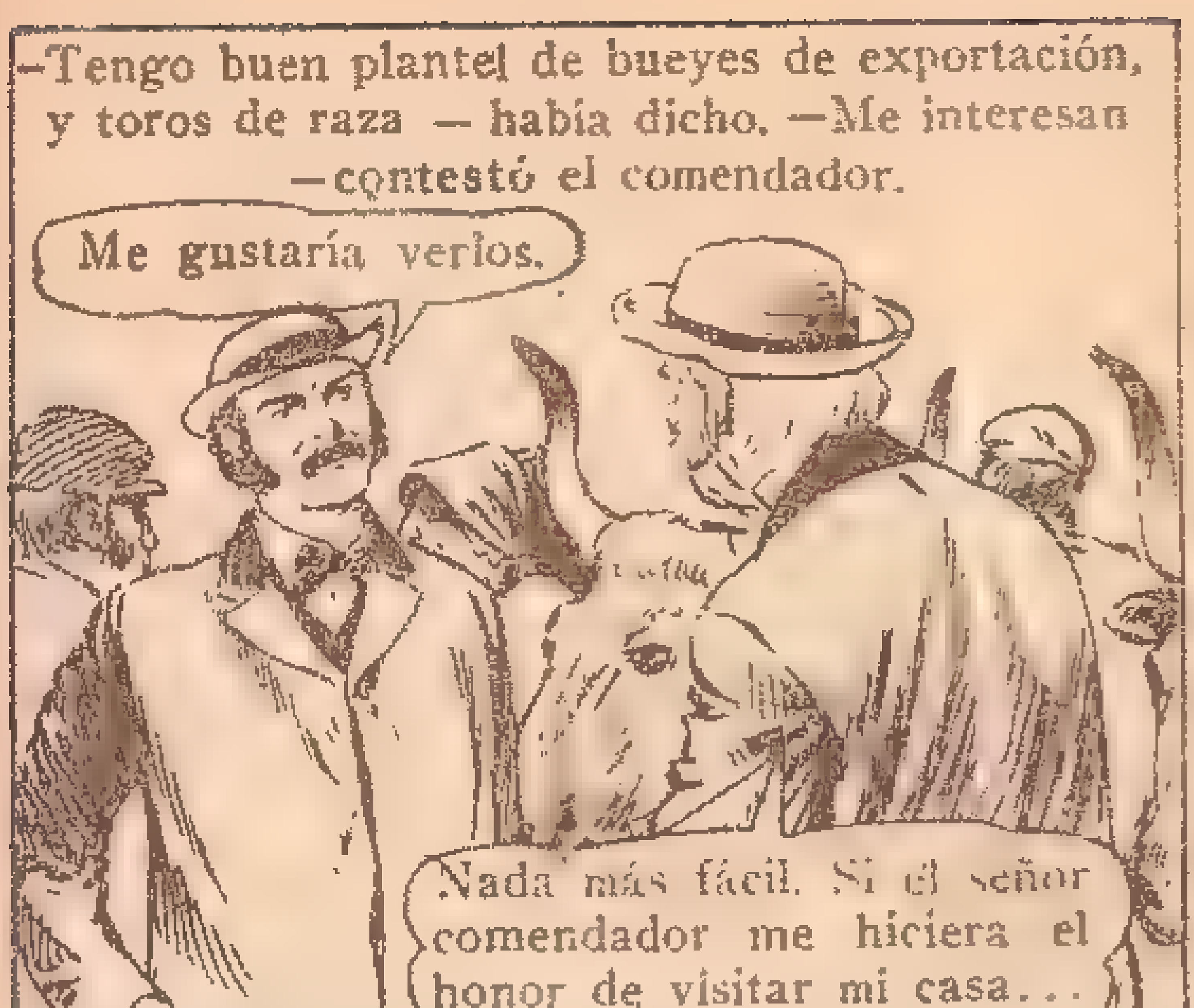


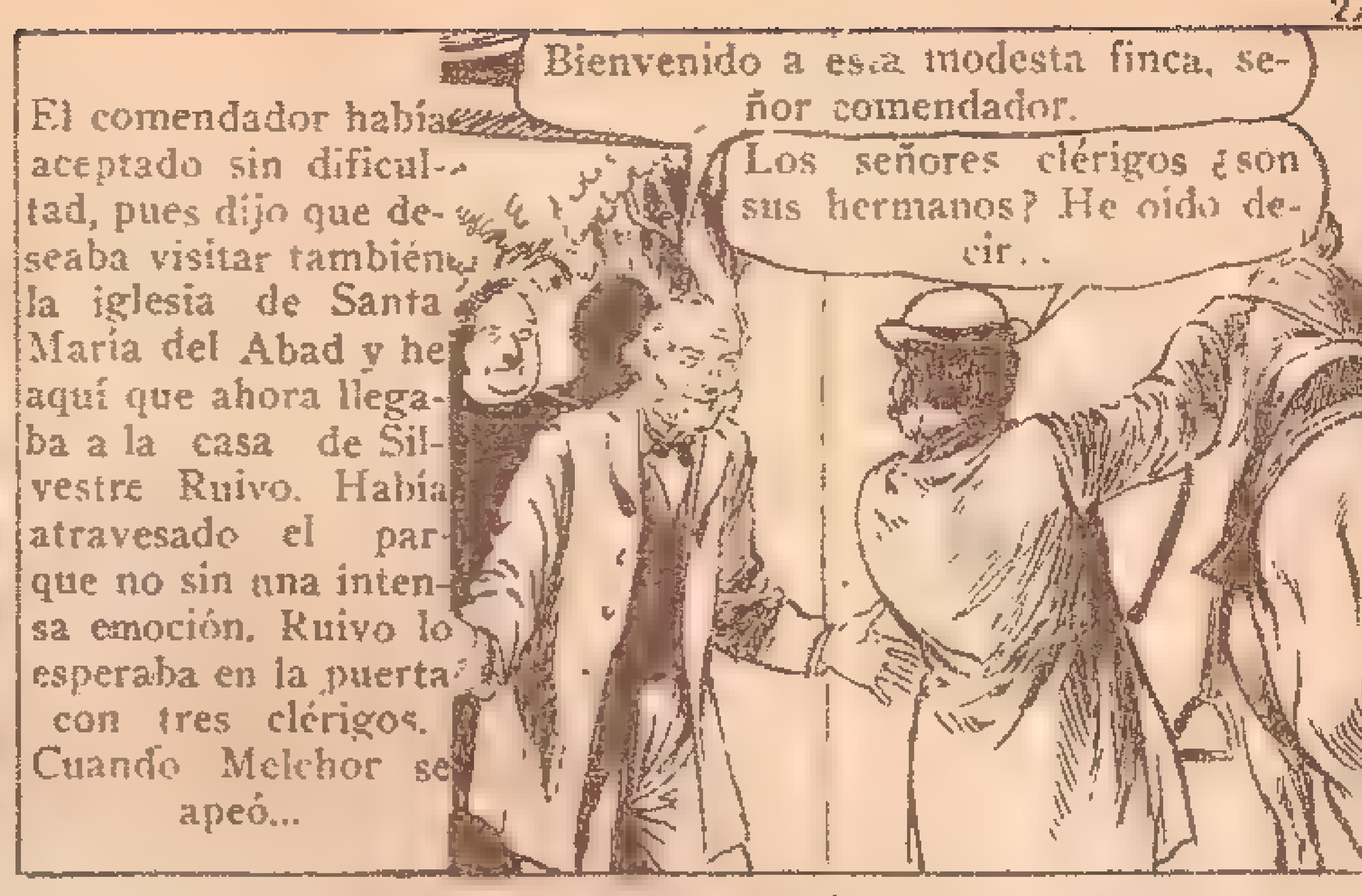
Al tercer día de hospedarse en Famaliçao, los huéspedes del hotel vieron al comendador partir a caballo. Uno de ellos, bien informado, expresó al otro...

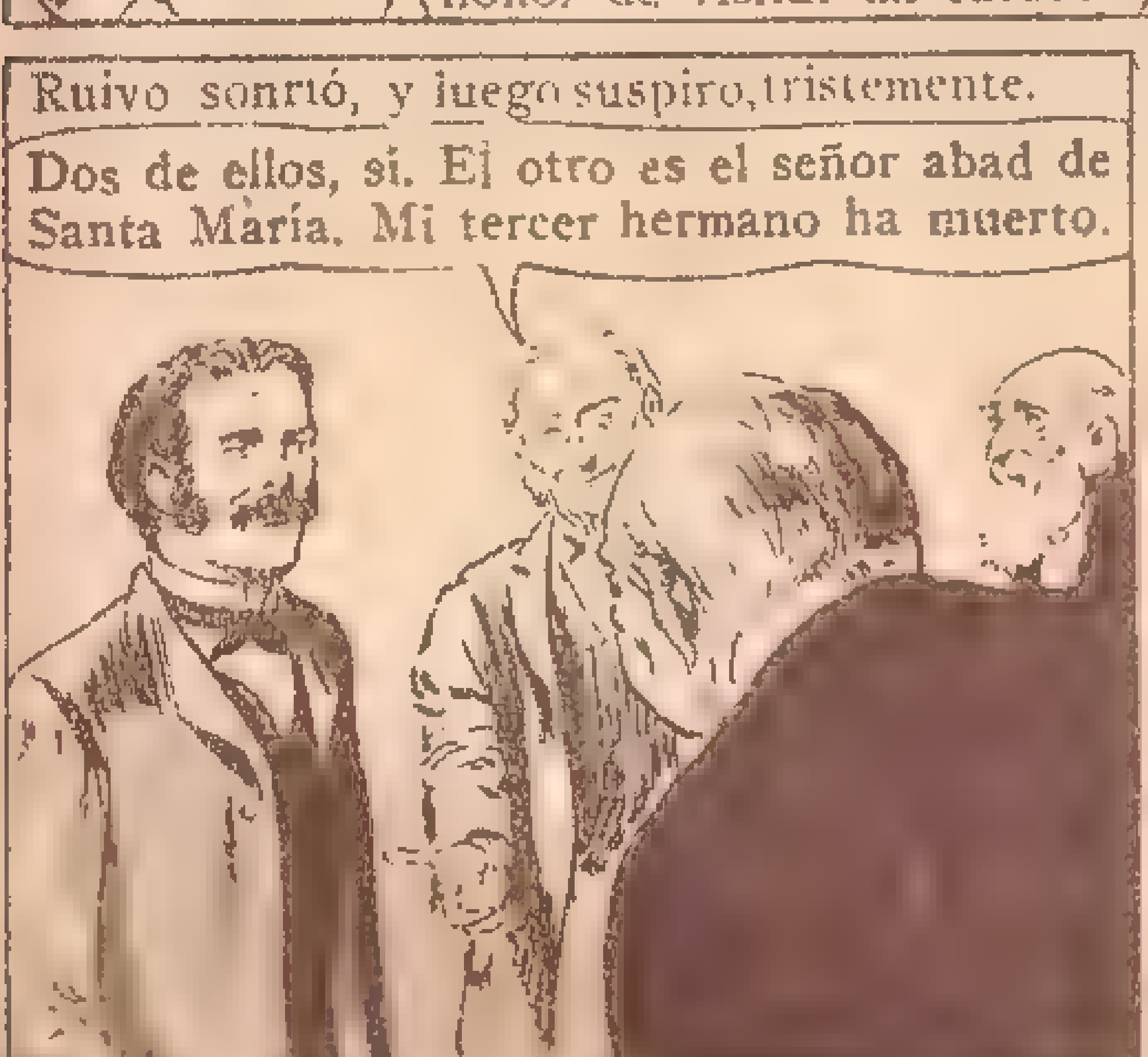
Va a la aldea vecina. Quiere ver la iglesia de Santa María del Abad.

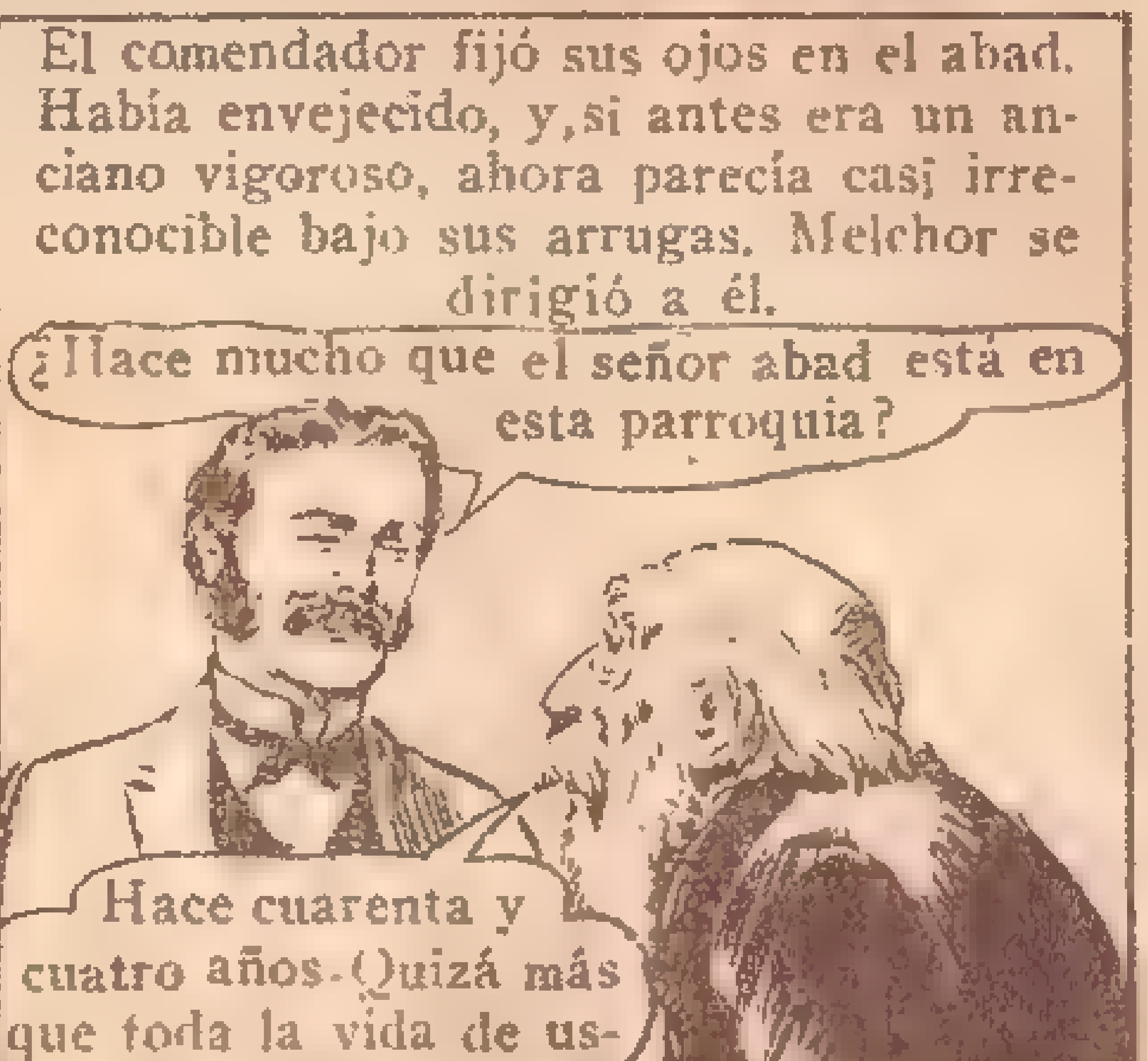


Mientras tanto, el comendador cabalgaba, escoltado por dos criados. El día anterior, había estado en la feria, donde Silvestre López, llamado Ruivo, vendía las yuntas de bueyes para exportación. Se había acercado, mostrando interés. Muy excitado, Silvestre Ruivo se había deshecho en atenciones.







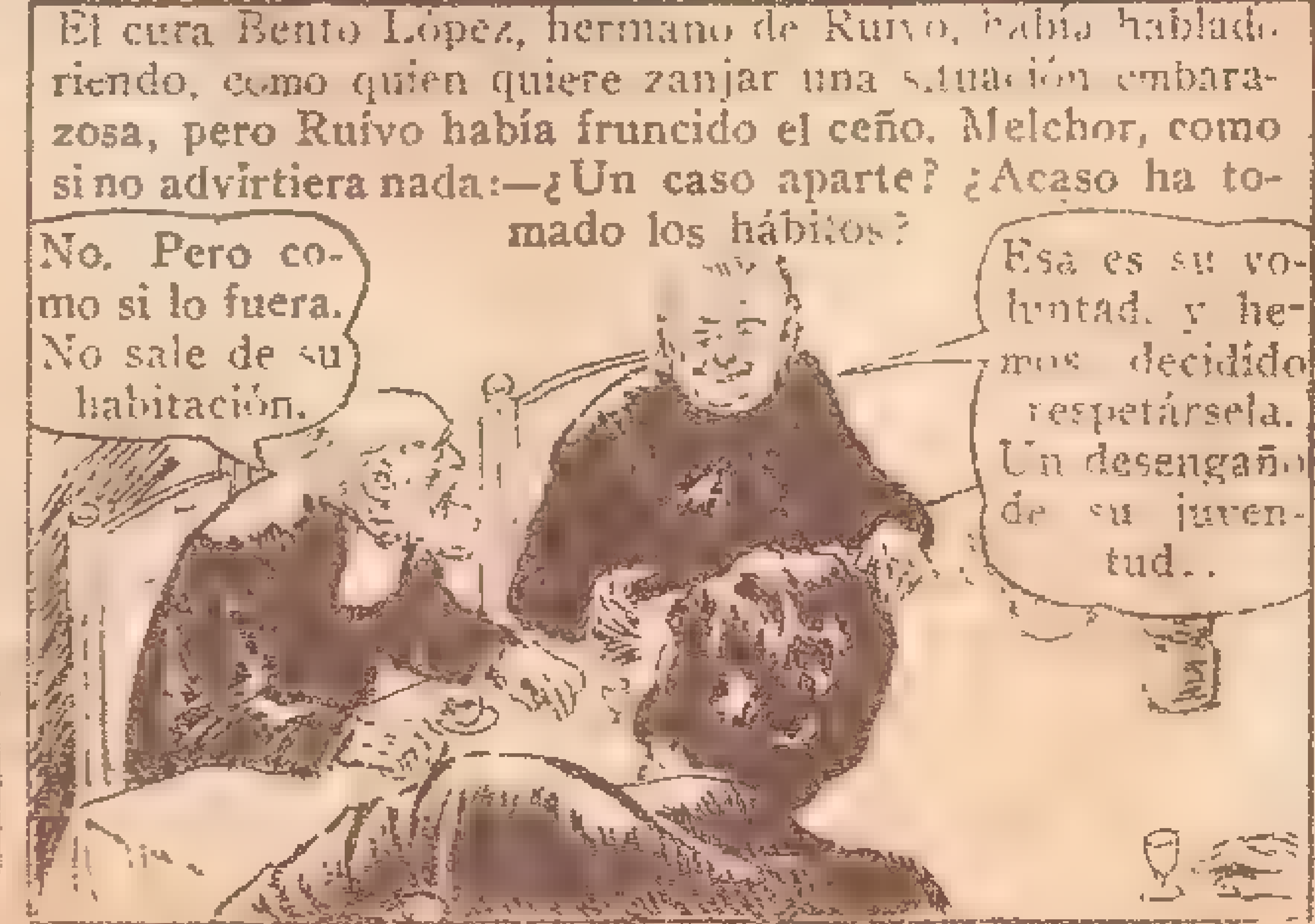


Melchor aparentaba, en realidad, más de cuarenta años, aunque no había cumplido los treinta. Sintió que algo se oprimía en su pecho. Ese buen anciano, pues, era el mismo que lo había bautizado, aquel que debió casarlo con María. Antes del atardecer, Ruivo y el comendador dieron una vuelta a caballo por los prados, viendo los bueyes y los toros de exportación. De regreso, la...



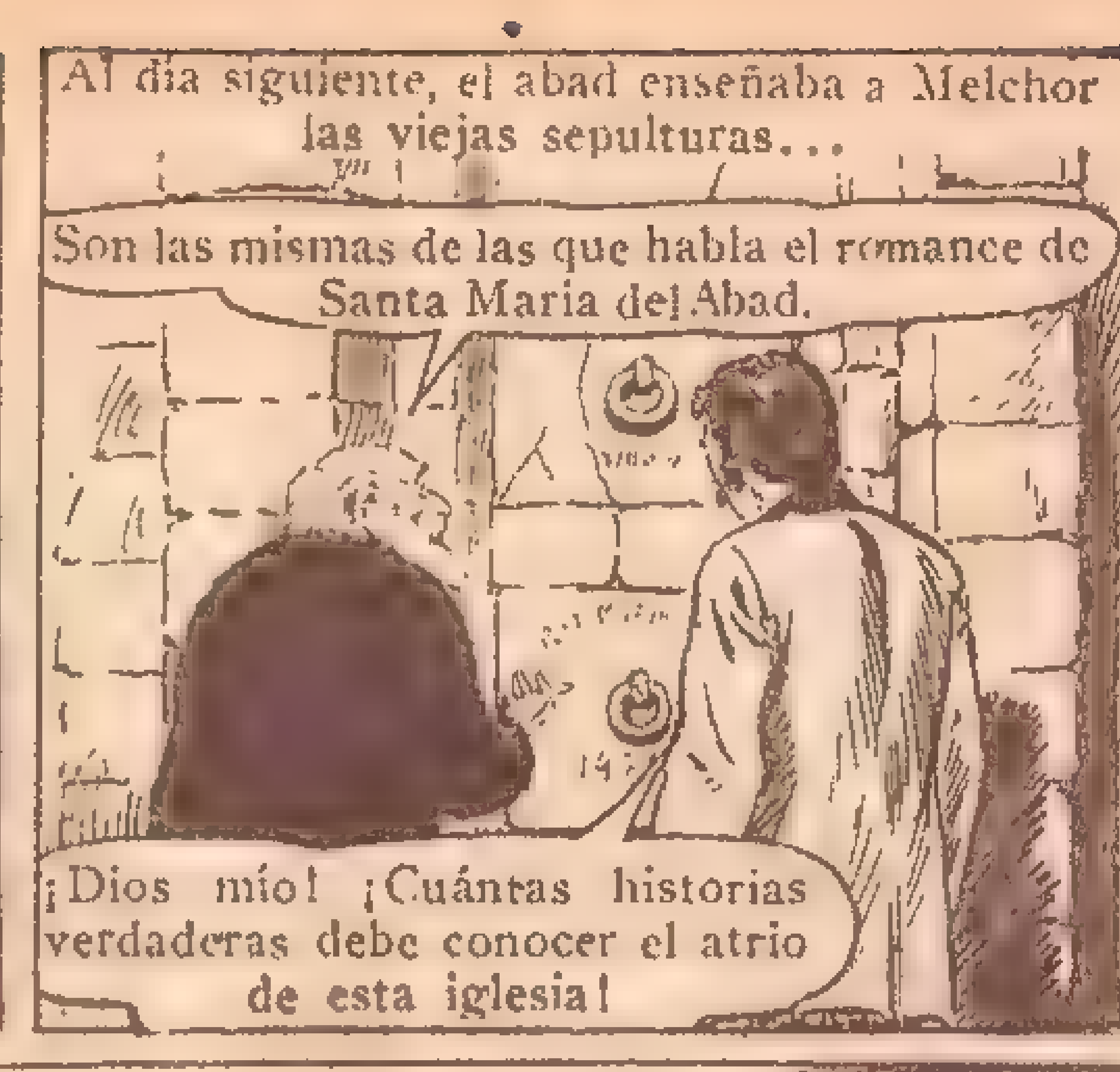


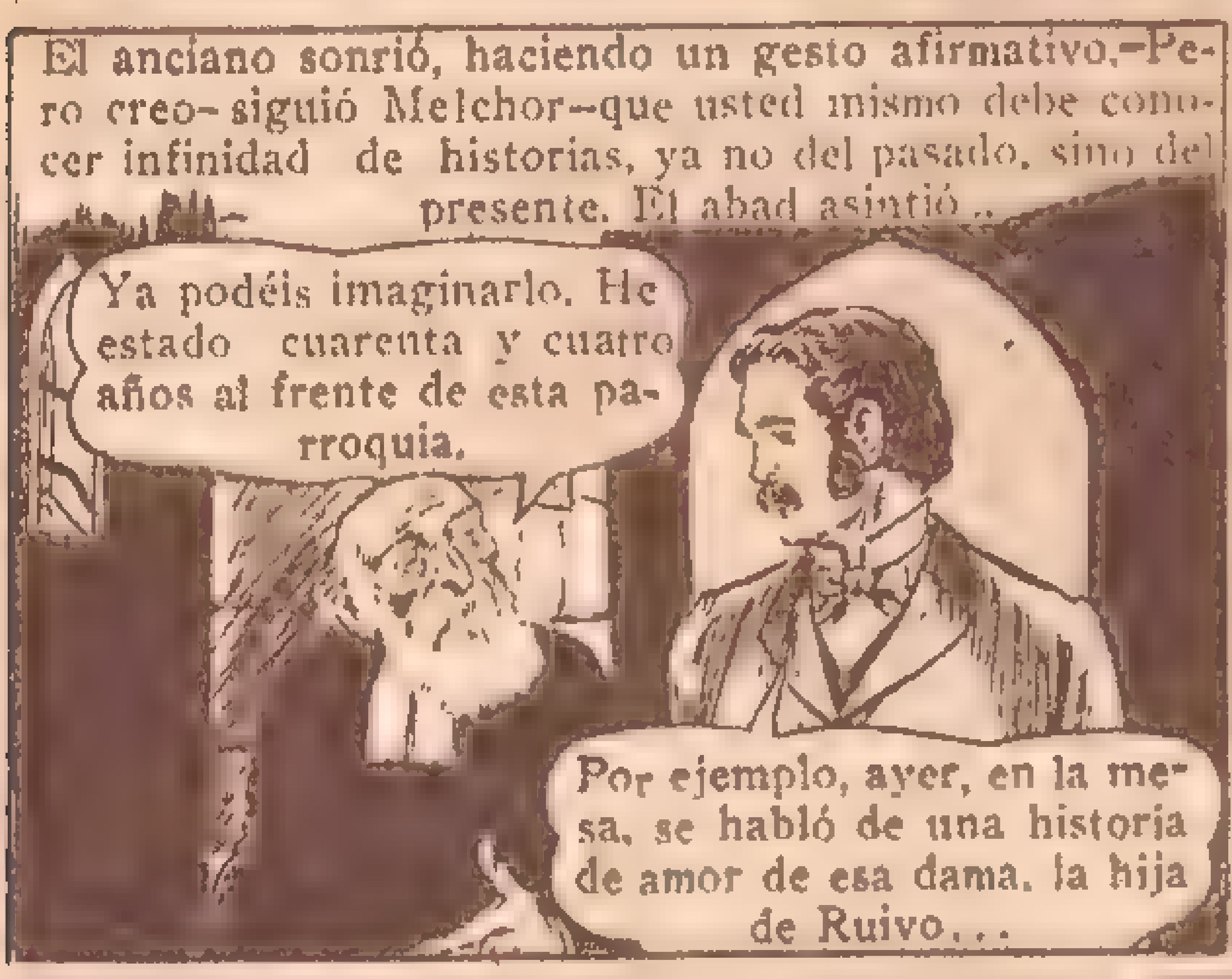




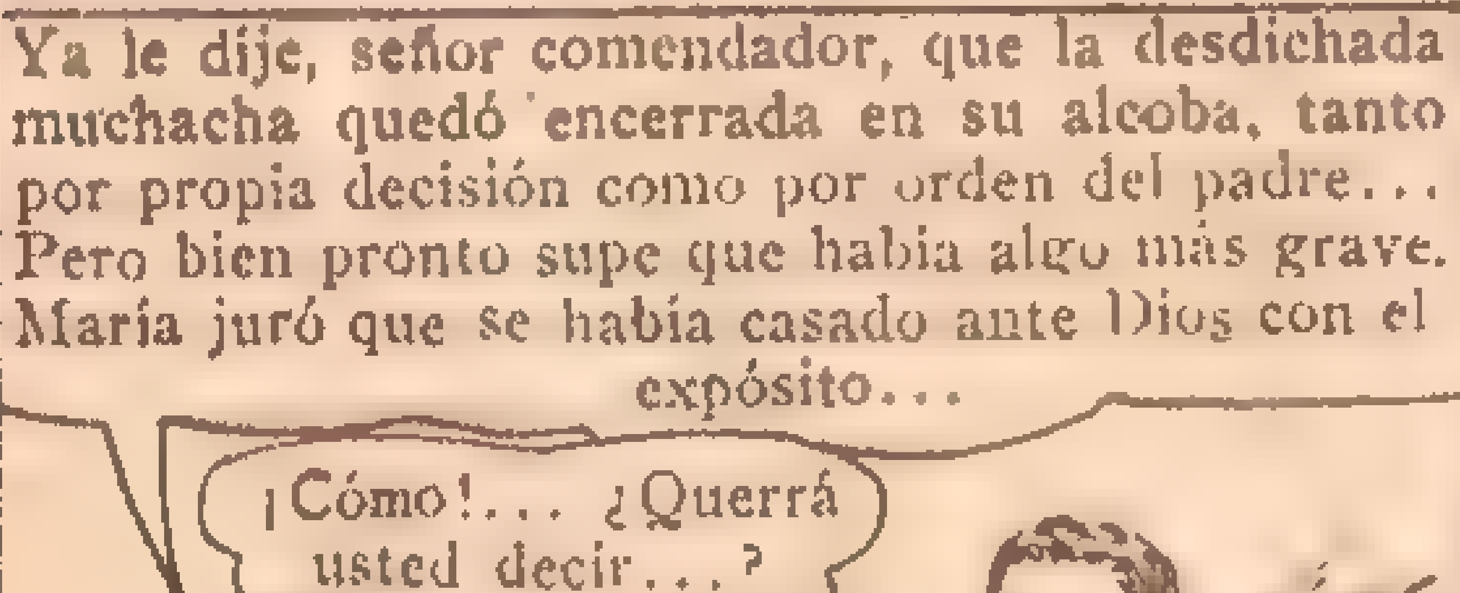
Bento López completó su frase con un gesto vago, como si deseara no insistir en el asunto. Ruivo empezó entonces a hablar de sus ganados, y Melchor no tuvo oportunidad de insistir. Luego de la cena, pasaron a una gran galería, donde los criados sirvieron café y licores. Allí, Melchor preguntó al abad si podía verlo al día siguiente, pues deseaba visitar unas sepulturas célebres de Santa María del Abad. El aceptó gustoso, y la velada concluyó agradablemente.



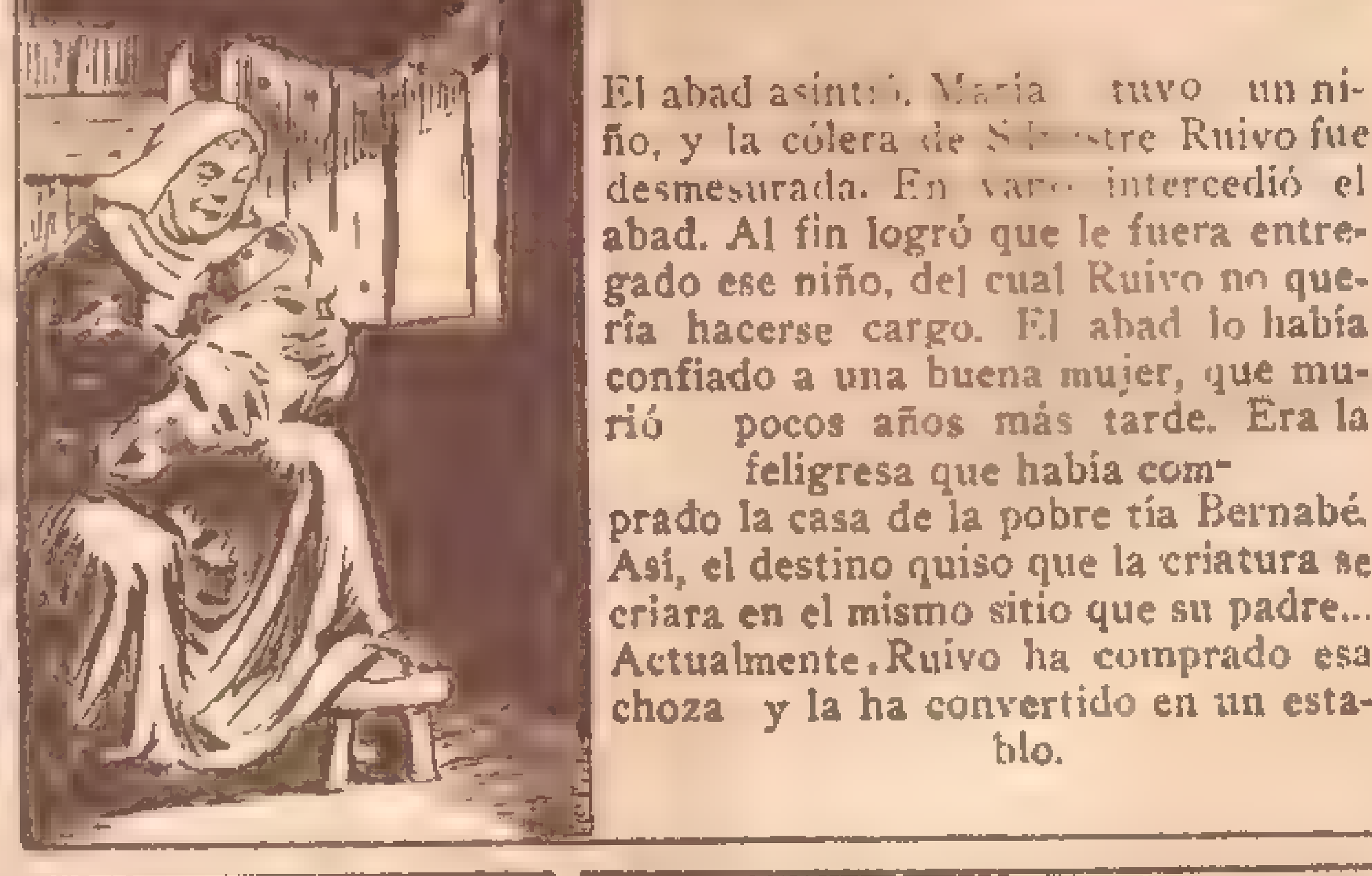


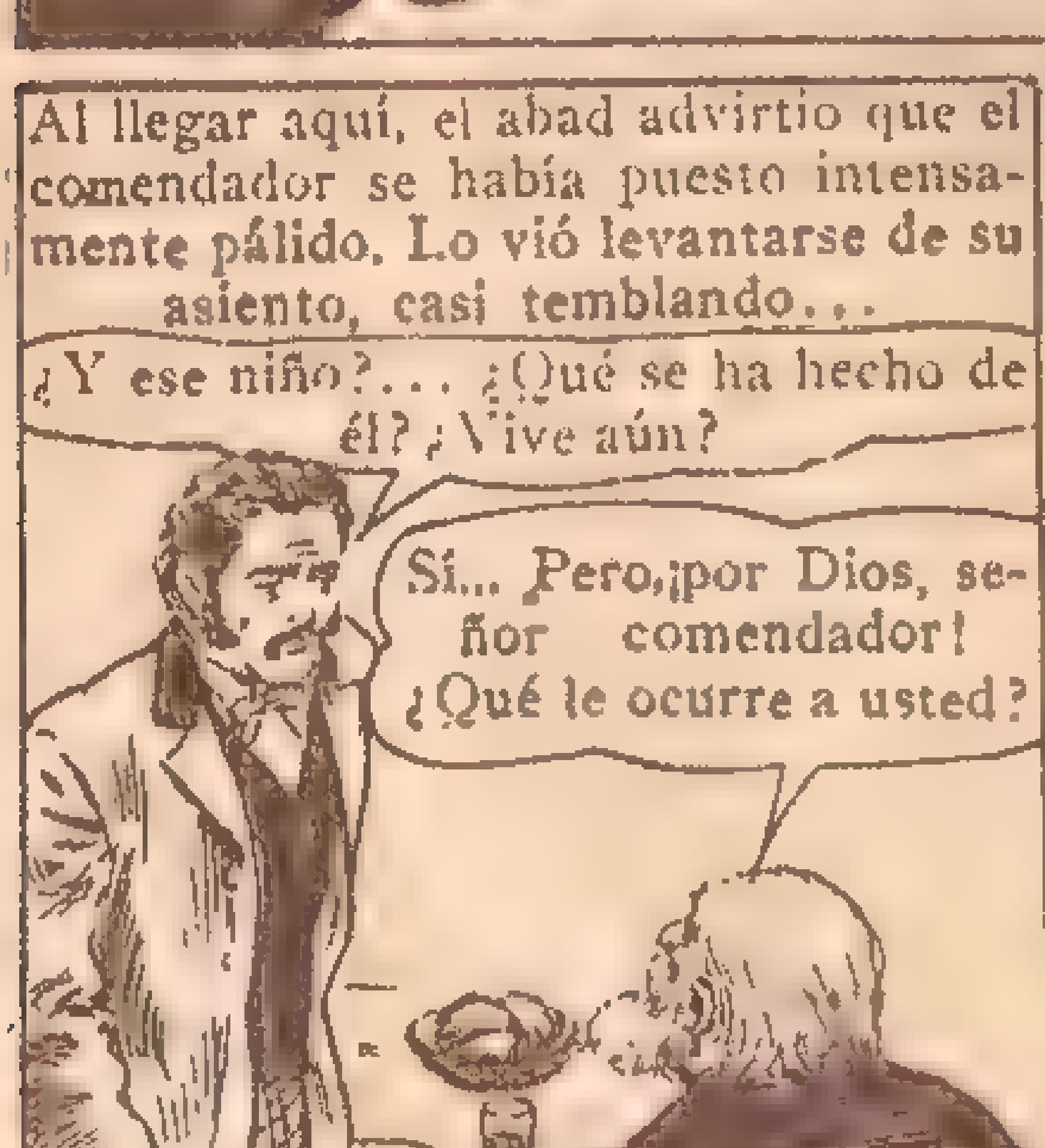


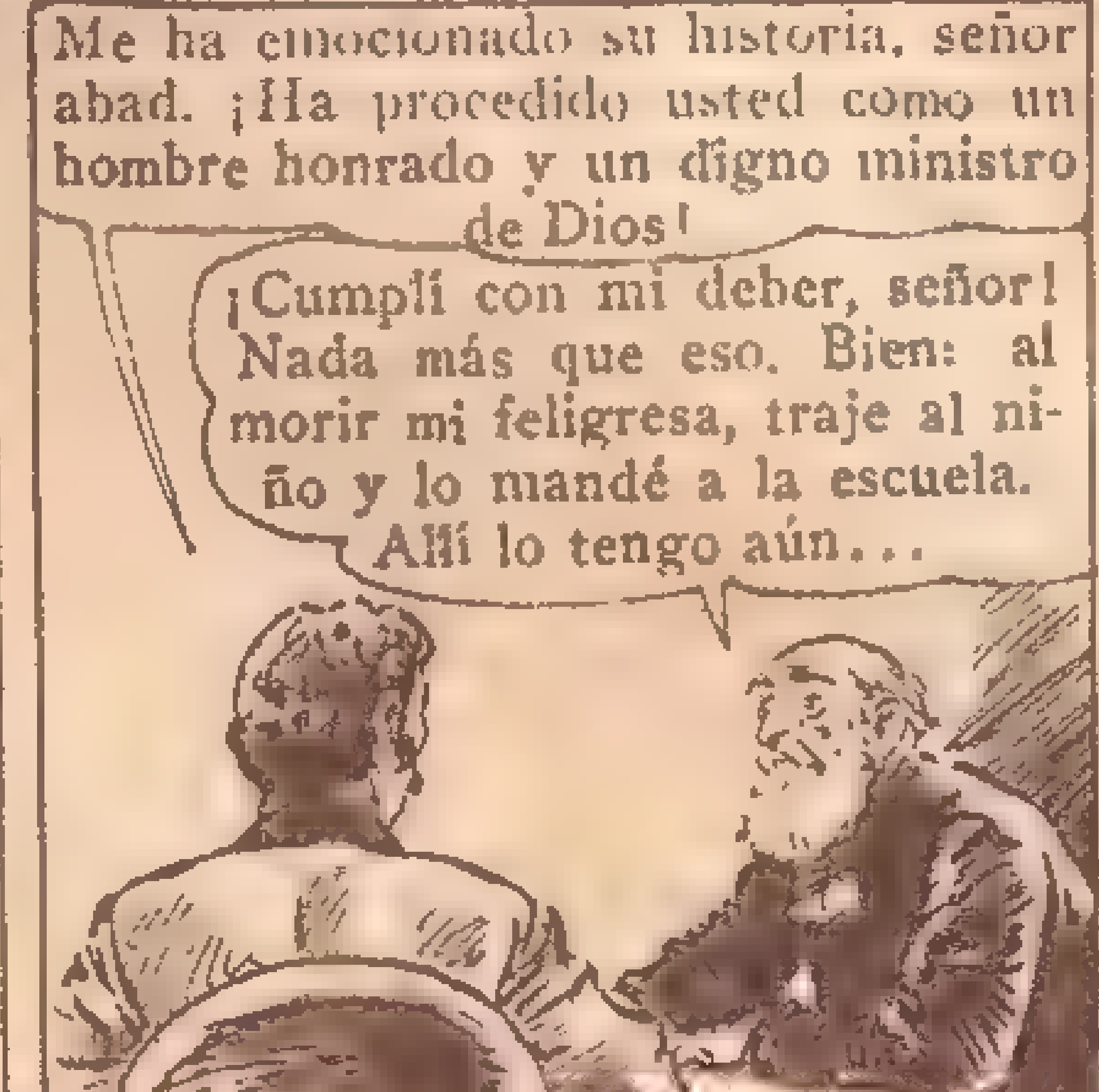
El abad hizo un ademán, como si ese recuerdo lo encolerizara.–No veo por qué no he de contársela–dijo–.Todo el pueblo la sabe. Y como Melchor se mostró muy interesado, el abad le relató todo lo ocurrido ocho años antes. Habían llegado a casa del abad, donde éste invitó a Melchor a compartir su almuerzo. El aceptó, y, durante la comida, rogó al abad que prosiguiera con su relato.





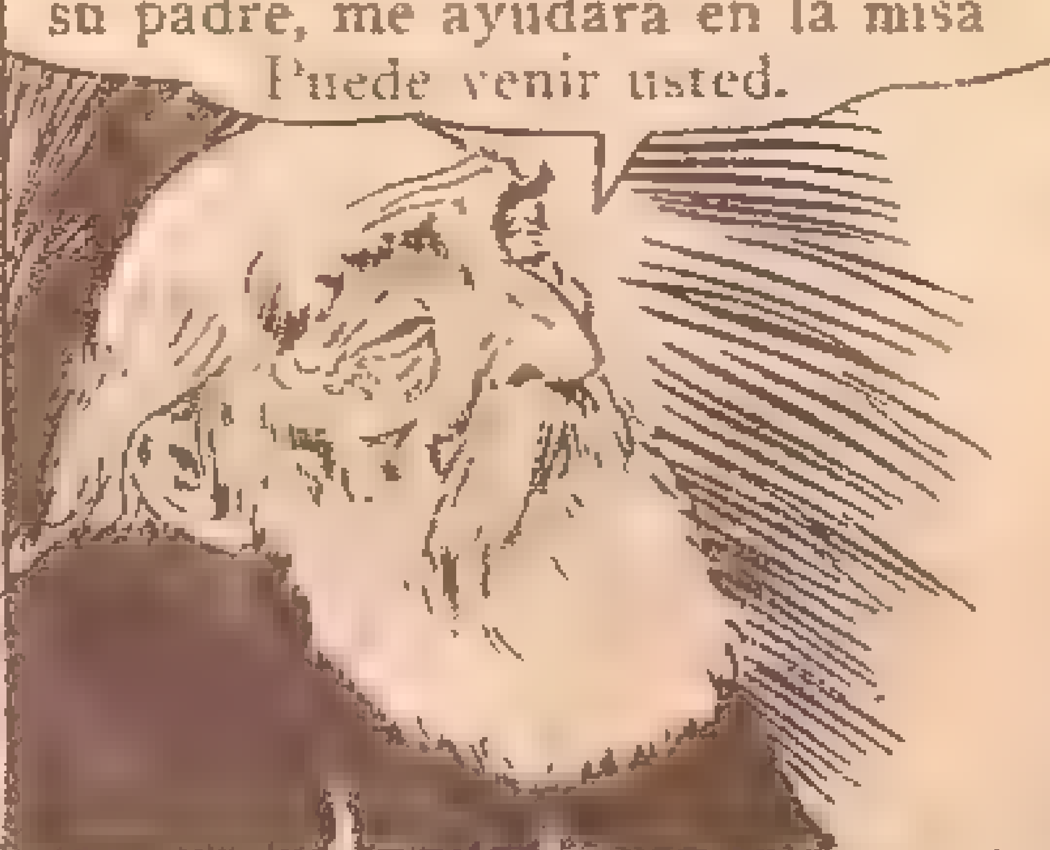




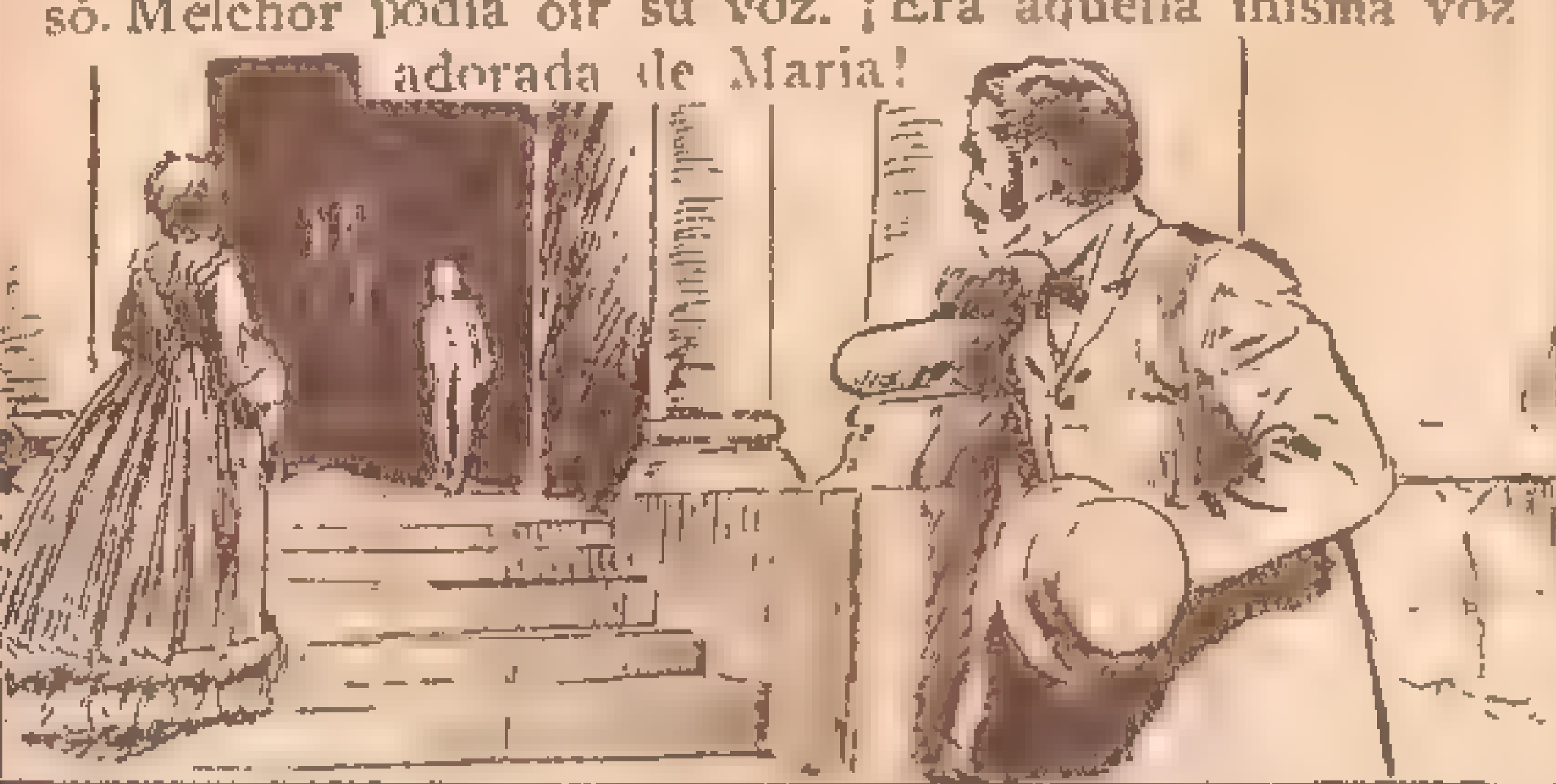






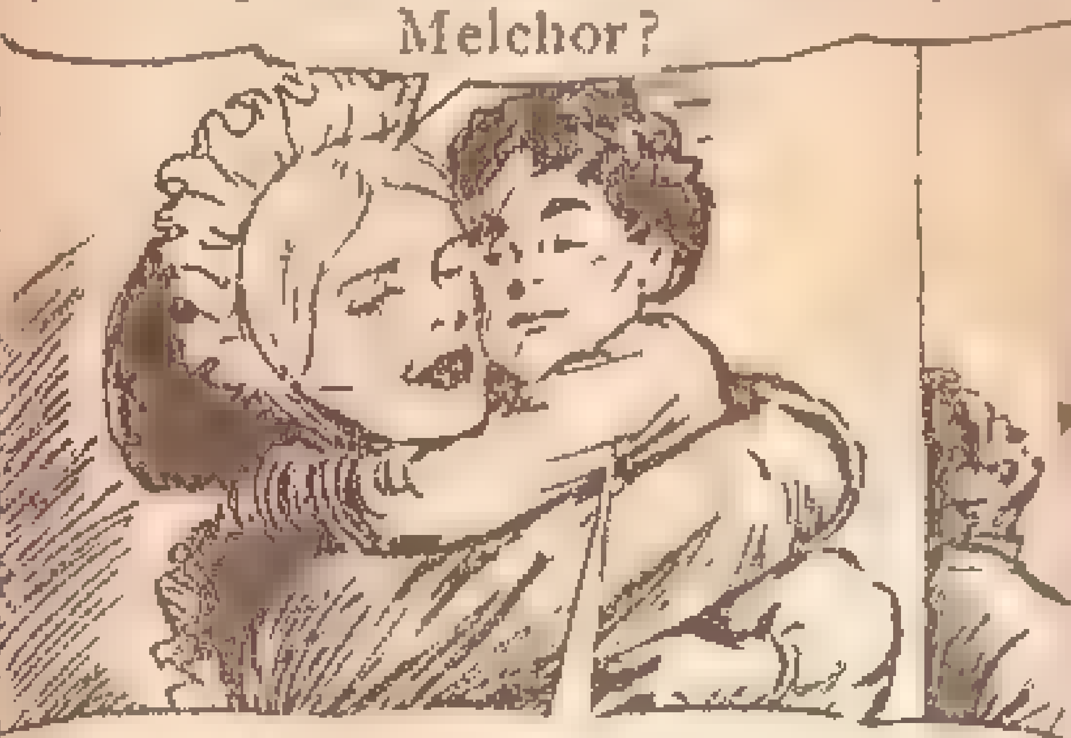


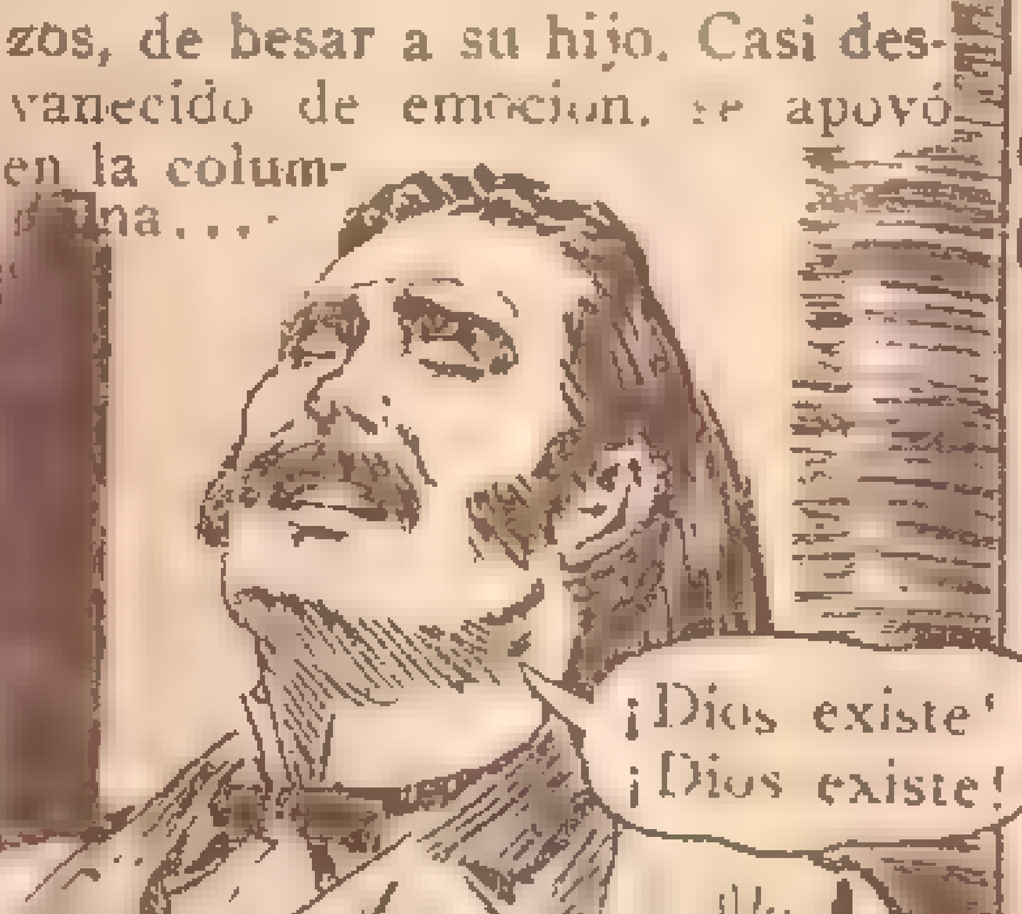




¿Has rezado ya Melchor?

He rezado solo, madrecita. El señor cura no ha entrado aún.











La misma codicia que un día obligó a Silvestre Ruivo a negar su hija a Melchor, le hizo ahora entregársela alegremente, como si él también hubiera sido beneficiado por el milagro. Las bodas de Melchor y María se efectuaron ese mismo día, pues Melchor tenía una autorización en regla del arzobispo para celebrar el matrimonio sin previa lectura de amonestaciones. La única dote que Melchor exigió para su mujer...

...fue la vieja choza de la tía Bernabé, que Ruivo había comprado para convertirla en establos. Allí se levanta ahora un regio palacete, donde viven Melchor, María y su hijo. También vive el abad de Santa María, viejo y tullido. Todas las mañanas es llevado desde su cama hasta un sillón por el joven Melchor, a quien adora. Al retirarse de la iglesia...



...por invalidez, Melchor, María y su hijo fueron a rogarle que viviera con ellos. El viejo abad dejó que unas lágrimas corrieran por sus ojos, y dijo:

Yo os bauticé, yo os casé. Dios quiere premiarme ahora haciendo que vosotros me cerréis los ojos. A El debemos los cuatro nuestra felicidad.

FIN

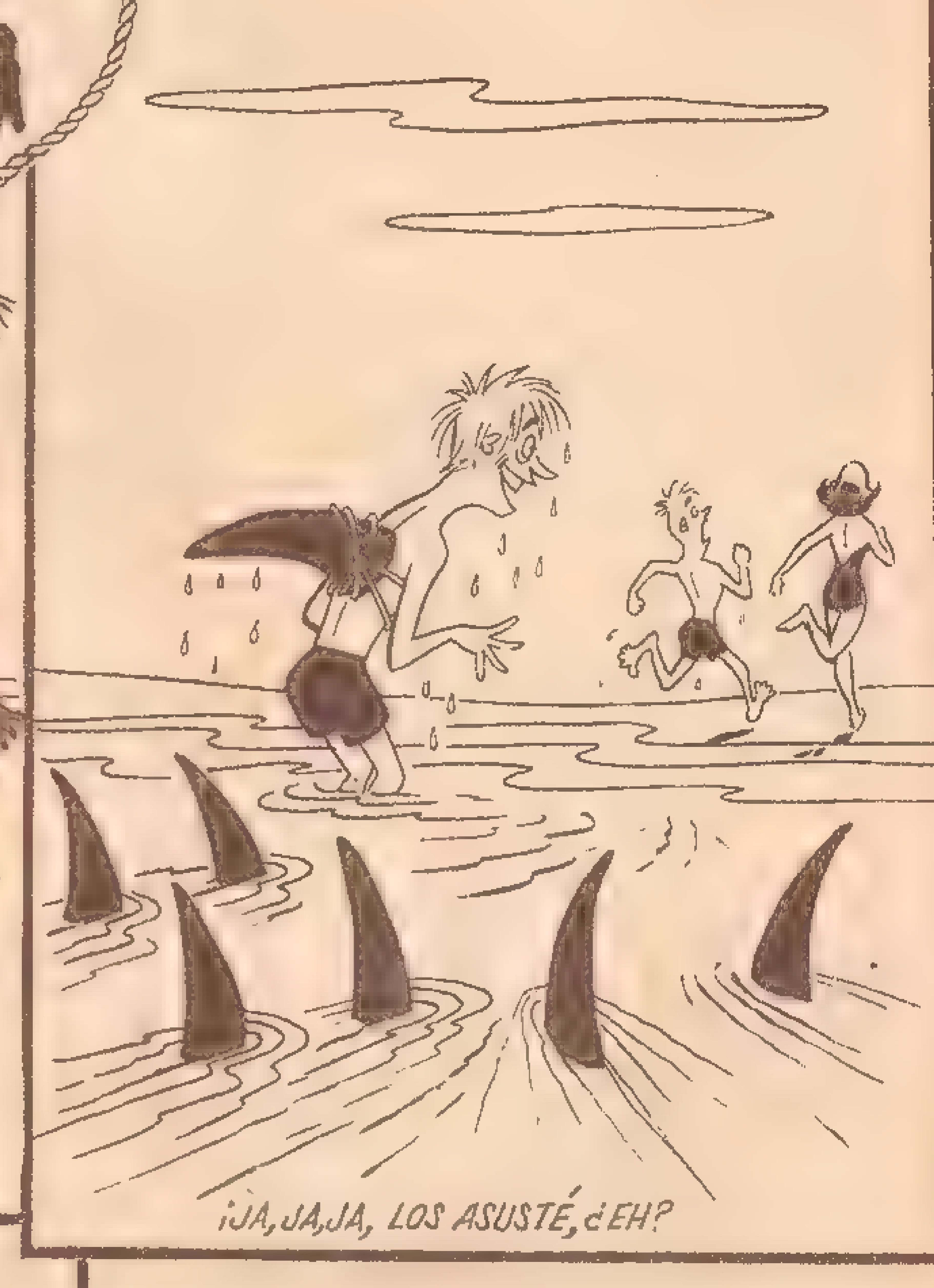
Vacaciones en la playa

Por ALFREDO FERRONI

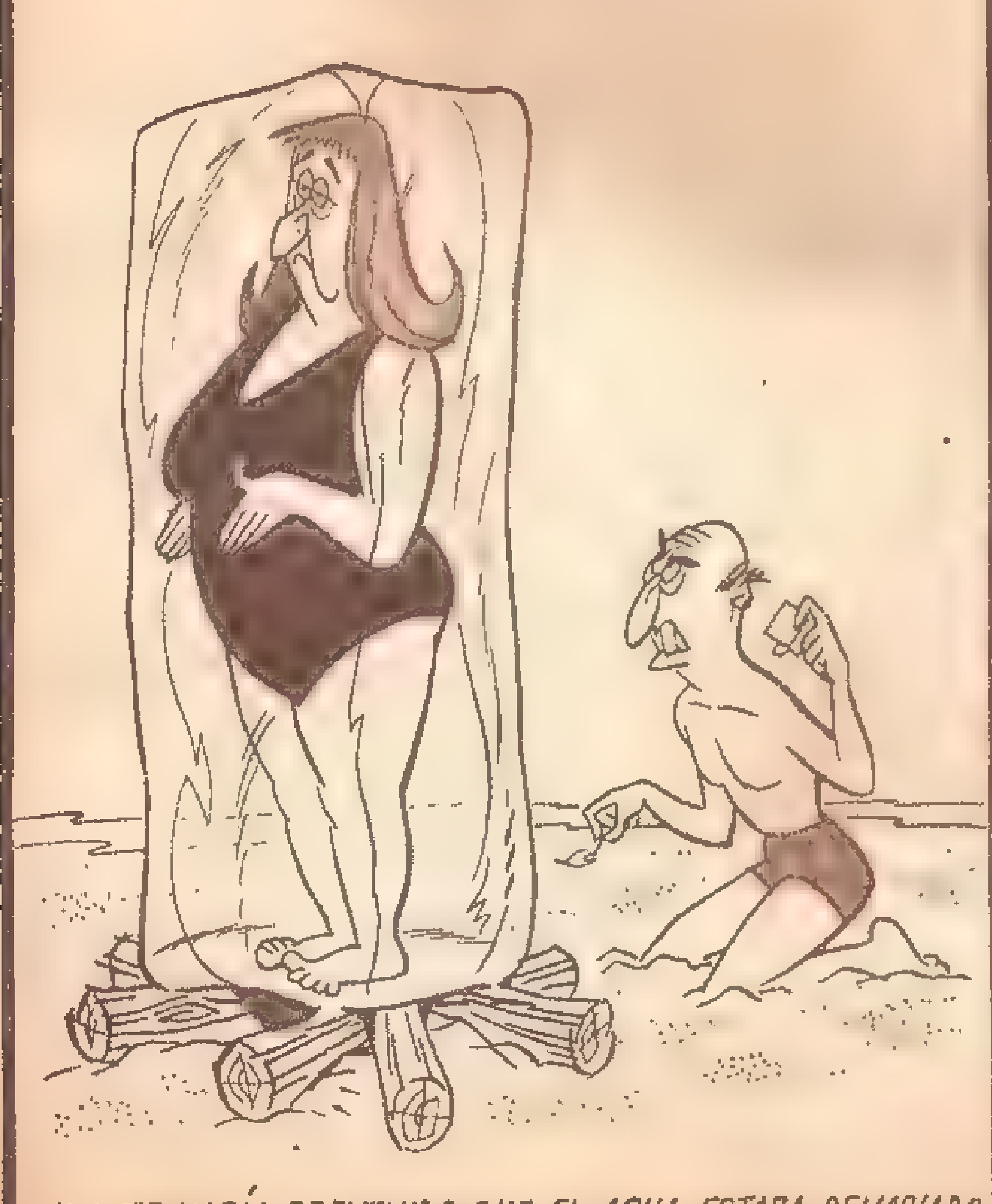




¡CÓMO EXTRAÑA LA OFICINA!



¡JA, JA, JA, LOS ASUSTÉ, ¿EH?



–¡YO TE HABÍA PREVENIDO QUE EL AGUA ESTABA DEMASIADO FRÍA PARA BAÑARSE!

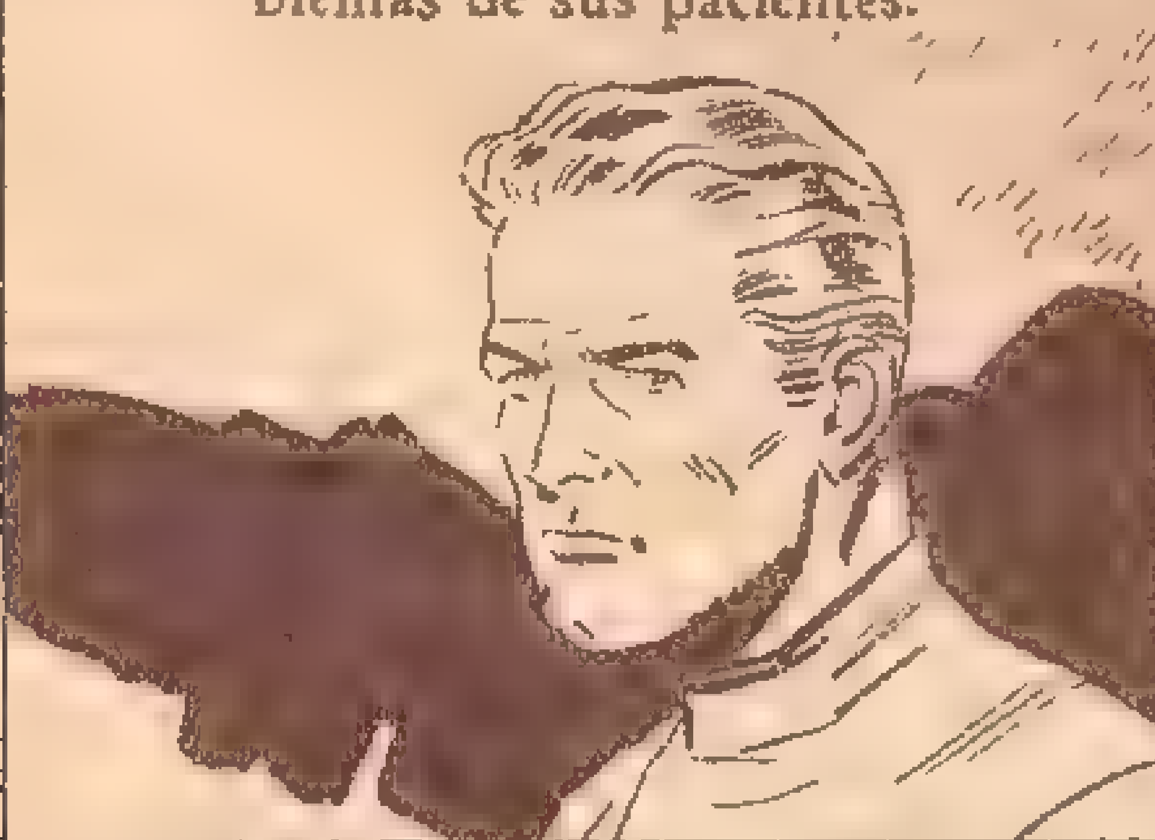


–¡YA LO SÉ!... OTRA VEZ TU MUJER TRAJO QUINCE VALIJAS Y SE OLVIDÓ TU TRAJE DE BAÑO...



Difícil tarea iniciar un relato, siendo su principal protagonista el Destino, tan caprichoso y fantástico, que se complace a veces en la simplicidad, y en otras ocasiones desencadenando tragedias. Hilos invisibles mueven los seres humanos en el gran teatro del mundo y un aterrador interrogante los marca a su nacimiento.

La respuesta decisiva se encuentra muchas veces en un lugar tan frío e impersonal como es el consultorio de un médico y Karl Hansen solía pensar en ello Por eso trataba de hacer suyos los problemas de sus pacientes.



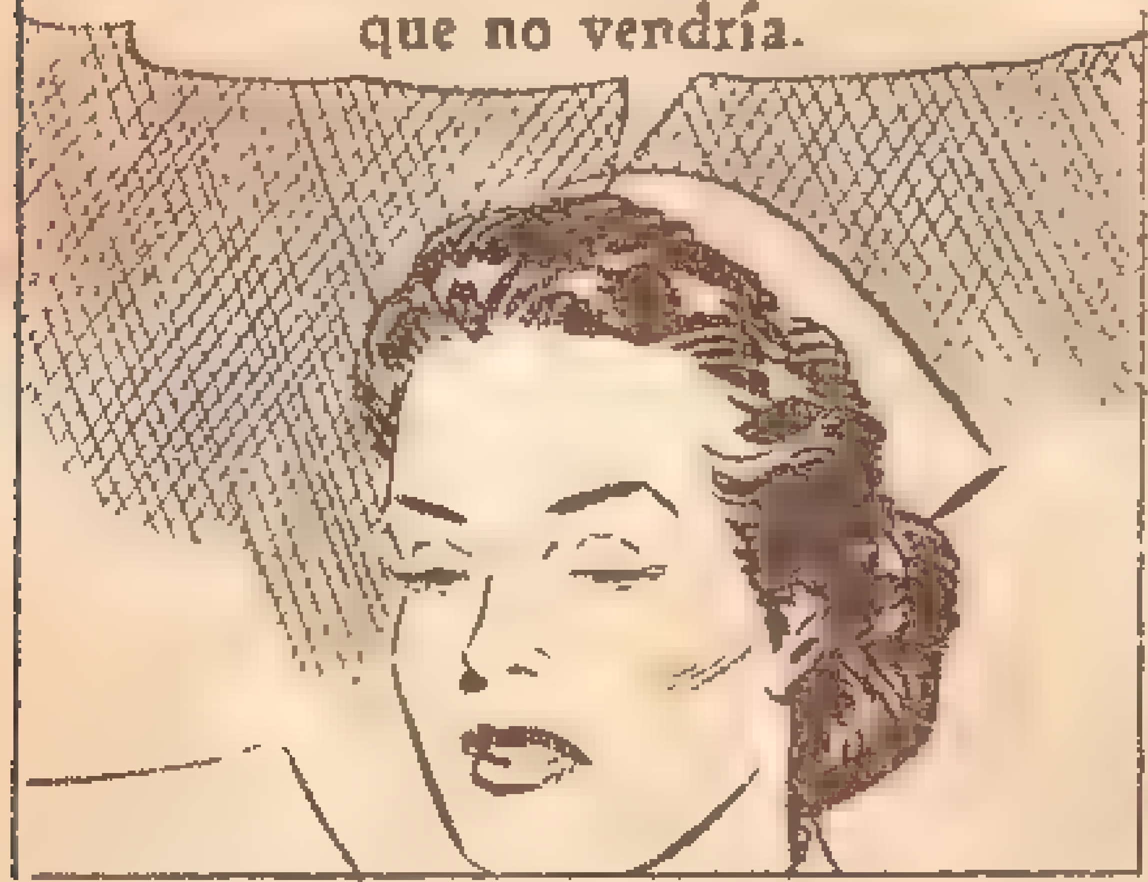
Aquél era en su vida tan atareada, sólo un día más, pero estaba marcado como principio para un final insospechado para muchos.



Sabrina Danley, su enfermera, interrumpió el trabajo.

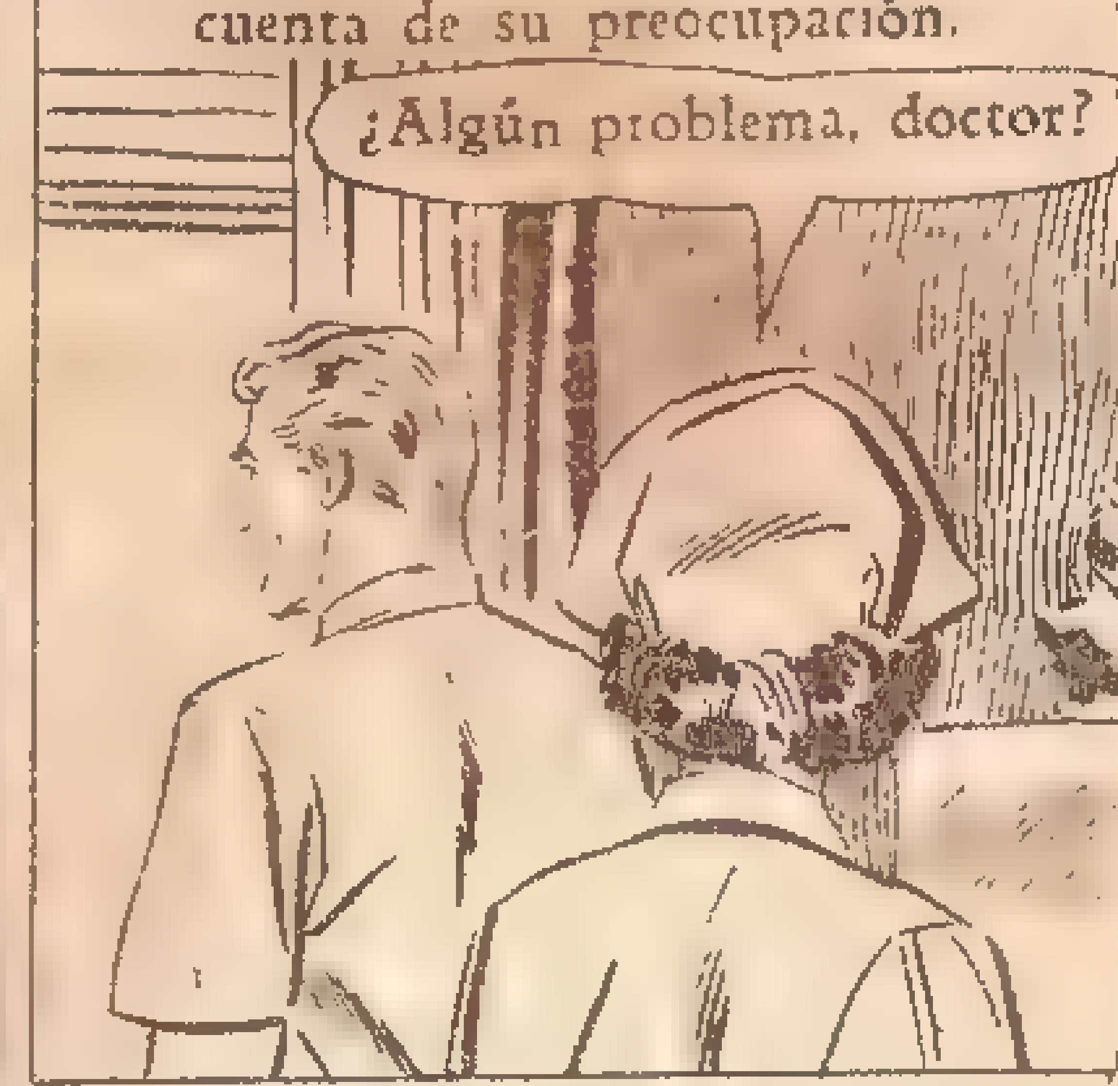


La señora Kruschner, el señor Marlowe, la señorita Blower y un paciente recomendado por el doctor Nagler, llamado Pietro Martino. La señorita Vernier citada para hoy, ha avisado que no vendría.





Karl miraba la calle y Sabrina, tras seis años de trabajar a su lado, se dio cuenta de su preocupación.



Es posible. Gracias por su interés, pero voy a tratar de olvidarlo para comenzar la tarde con optimismo. ¿De manera que Christian Marlowe está citado? No olvide, Sabrina, que es el conquistador más temible del Reino Unido...



La joven aceptó la broma sonriendo. Entregada a su profesión, llegaba a olvidarse que sólo era una muchacha de 25 años y que aún no conocía el amor.



Karl terminó su cigarrillo, contemplando el rostro de una mujer de belleza extraordinaria que le dedicaba una sonrisa desde la fotografía puesta sobre su escritorio.

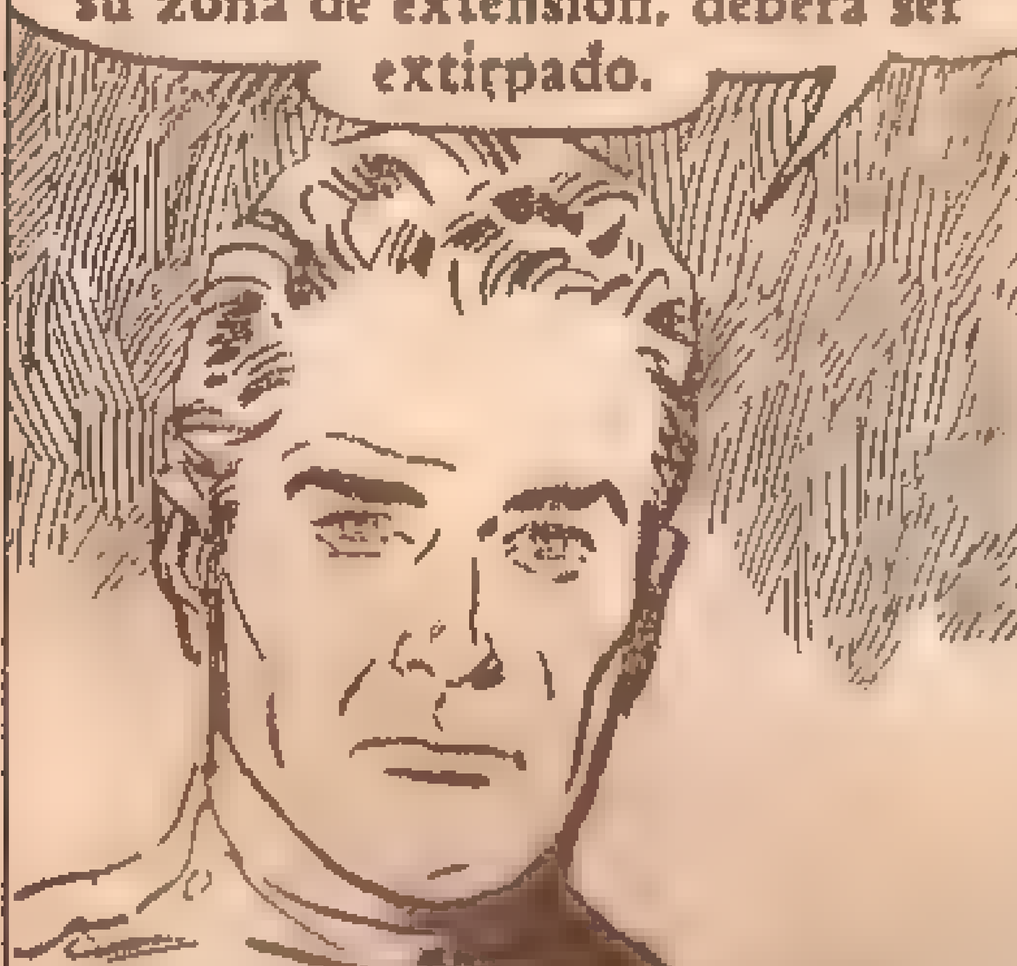


Bárbara Kruschner ofreció su mano en la que brillaba una esmeralda, para el beso respetuoso de Karl. En su rostro impasible, únicamente sus ojos evidenciaban su agitación anterior.

No tengo todavía diagnóstico definitivo.







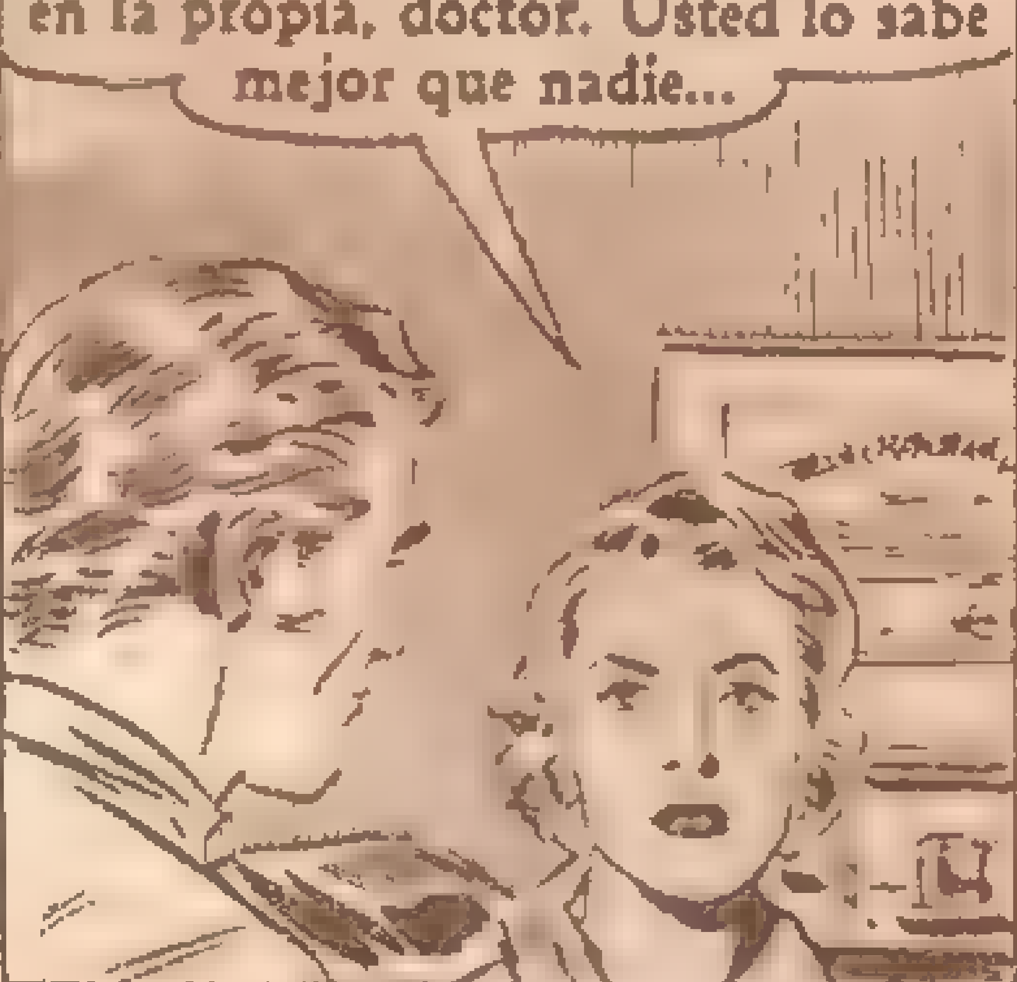
El único signo visible de emoción fue el temblor de las arterias en el cuello, luego...

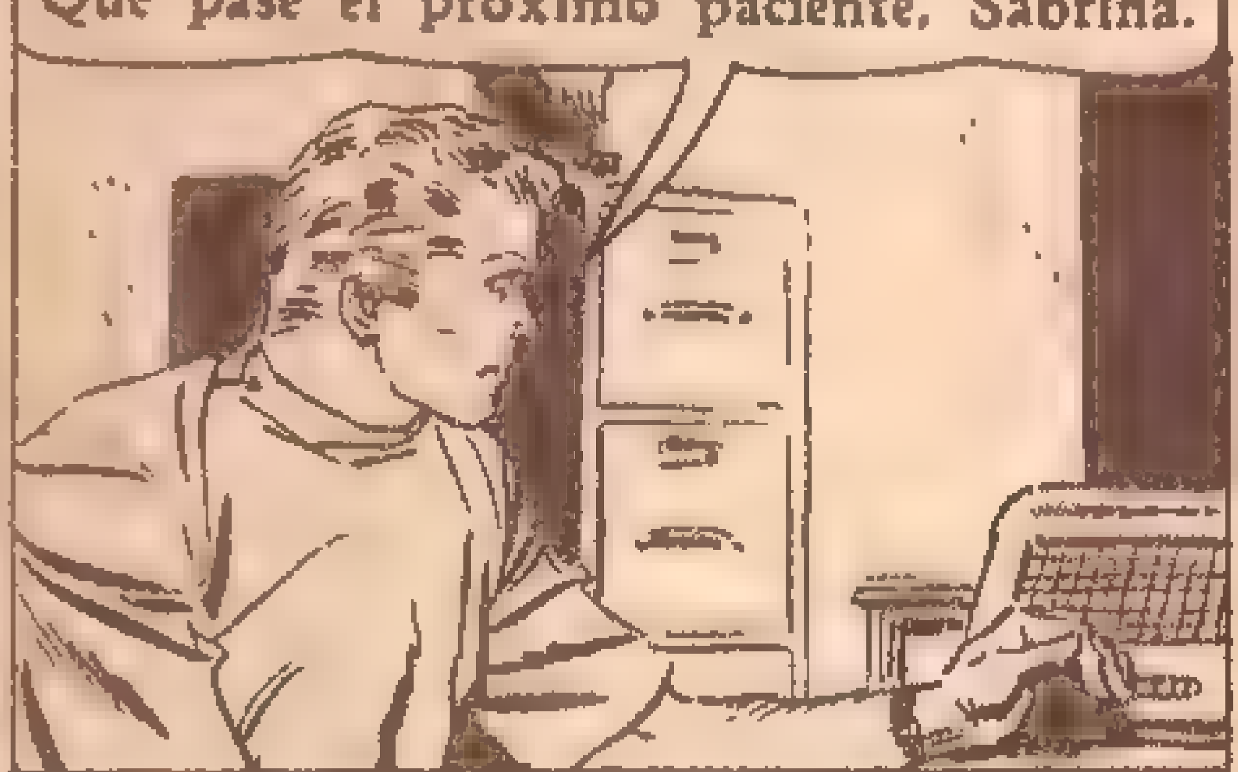
Evidentemente, ello implica un peligro mortal.

No puedo prometerle que no habrá riesgos...







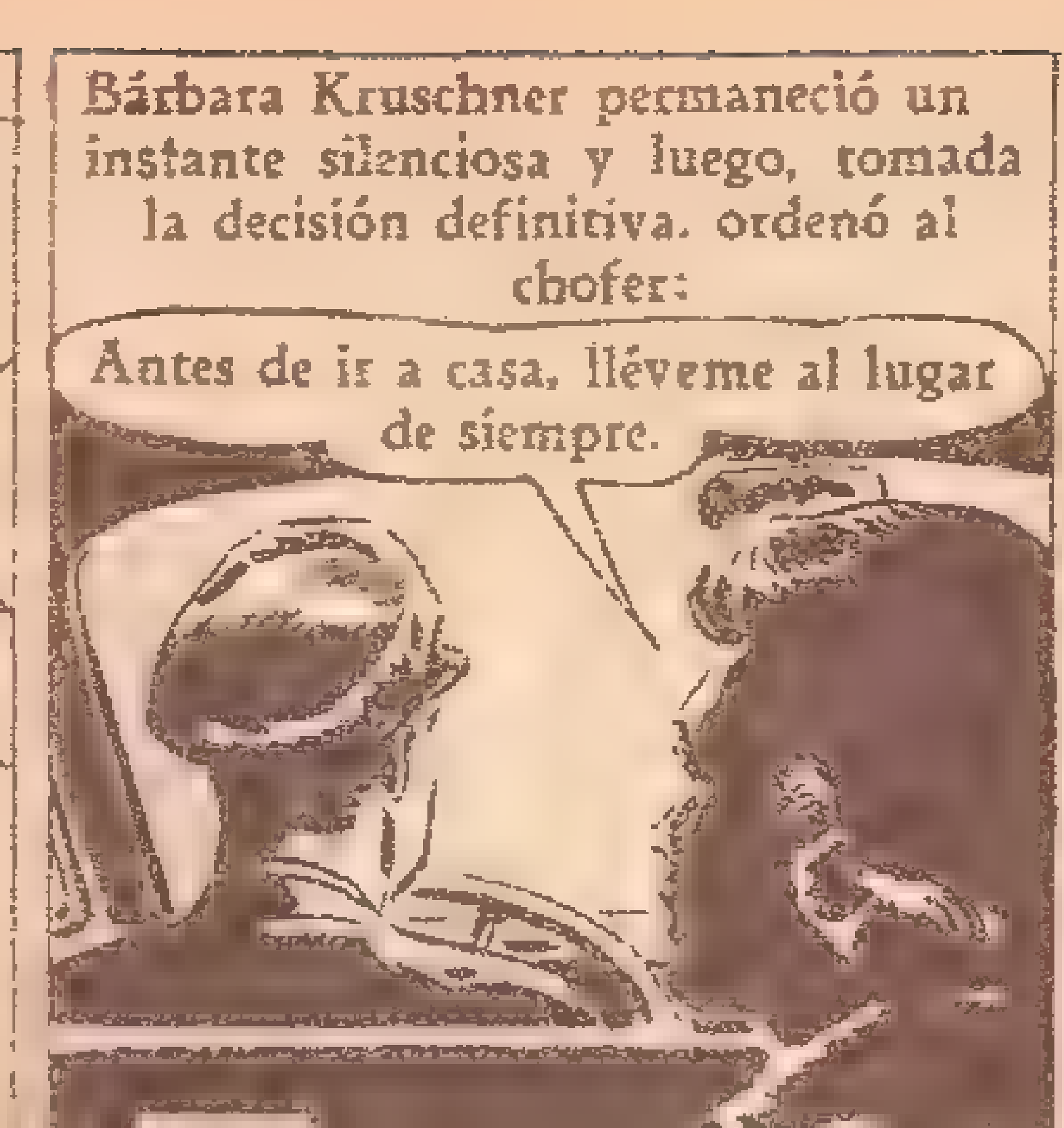


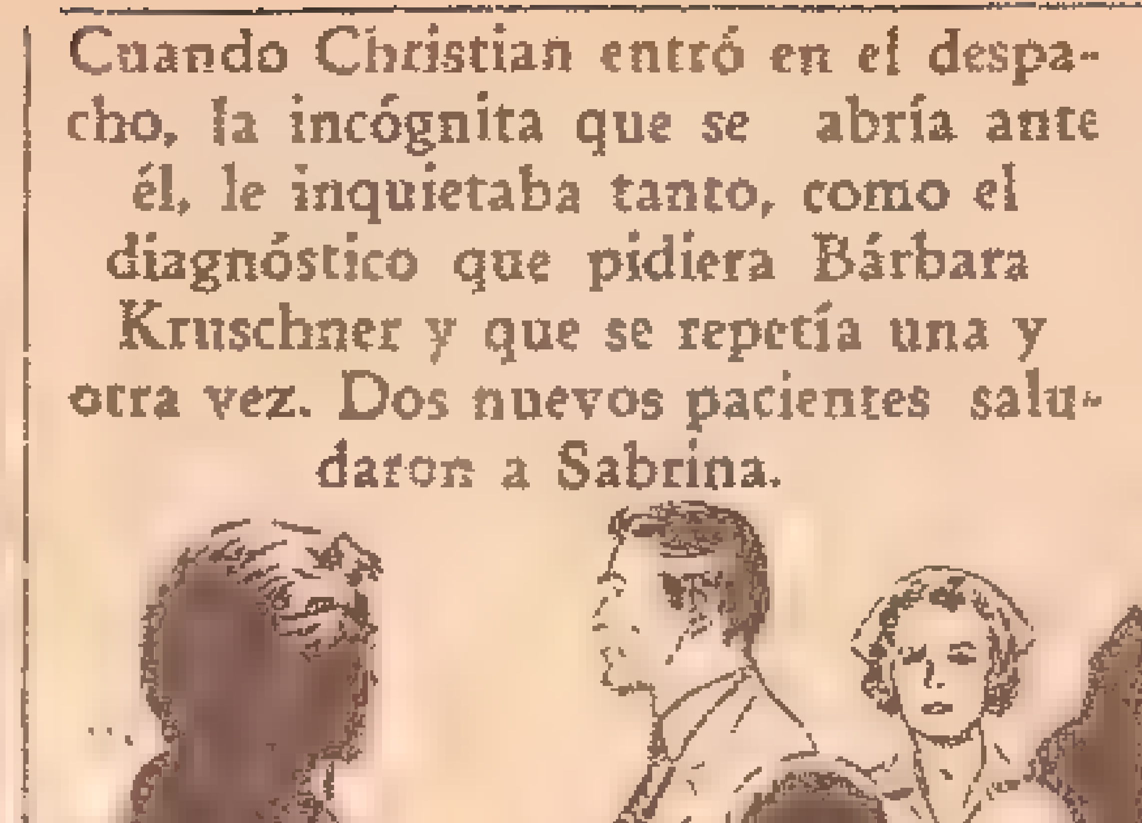
Señor Marlowe, puede pasar.

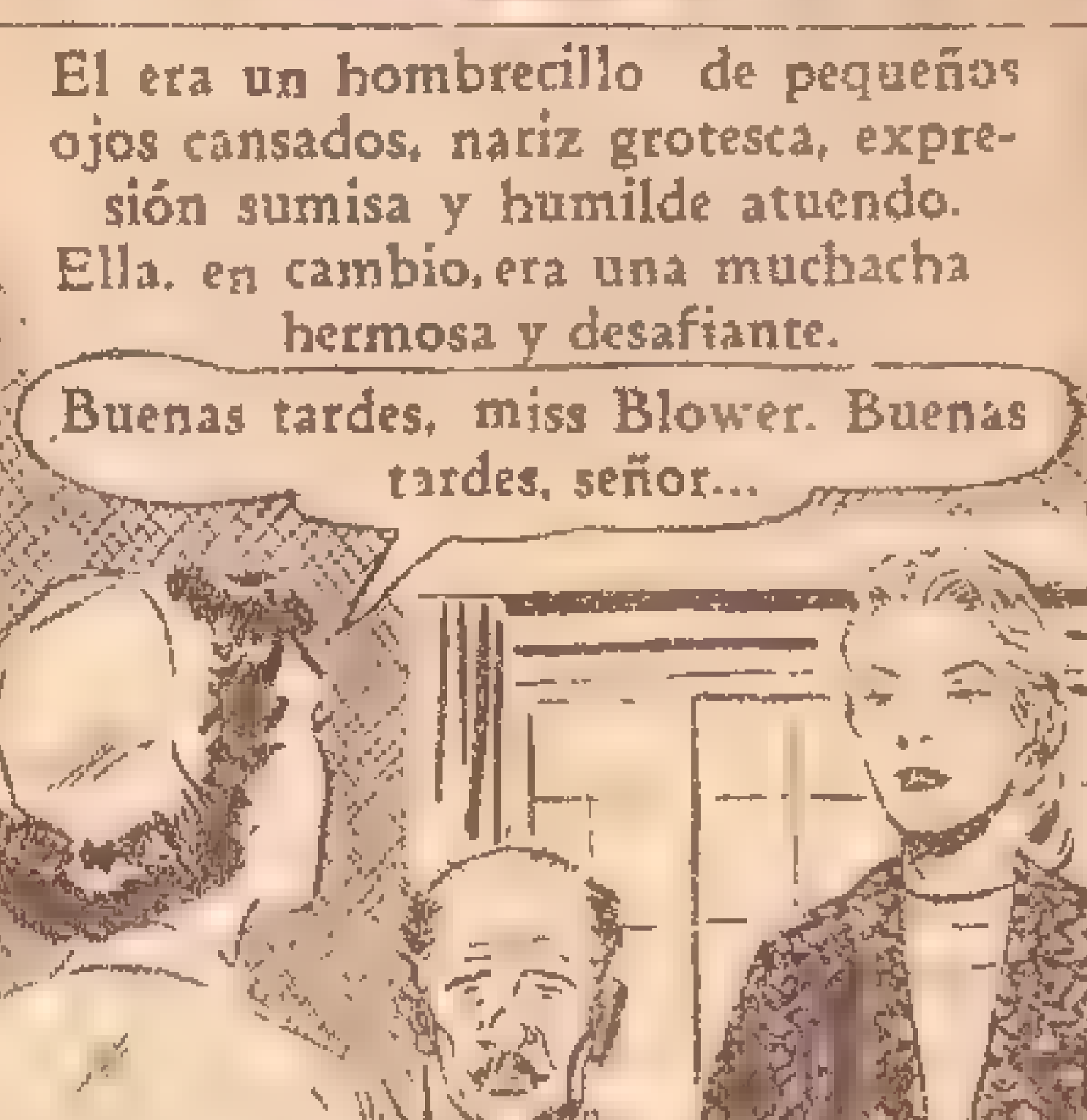
Quisiera seguir contemplándola. Y no necesita ruborizarse. Si pienso algo malo no lo digo, porque me doy cuenta que su corazón y sus sentimientos están bien controlados bajo su almidonado uniforme.

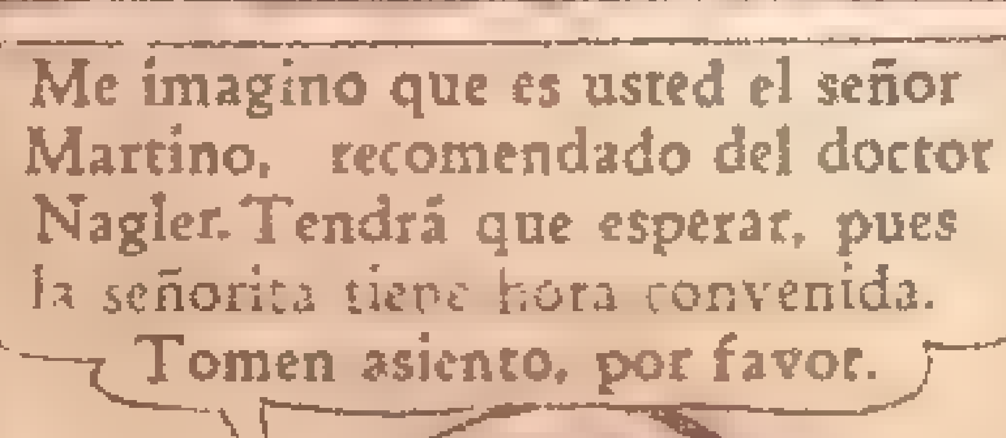


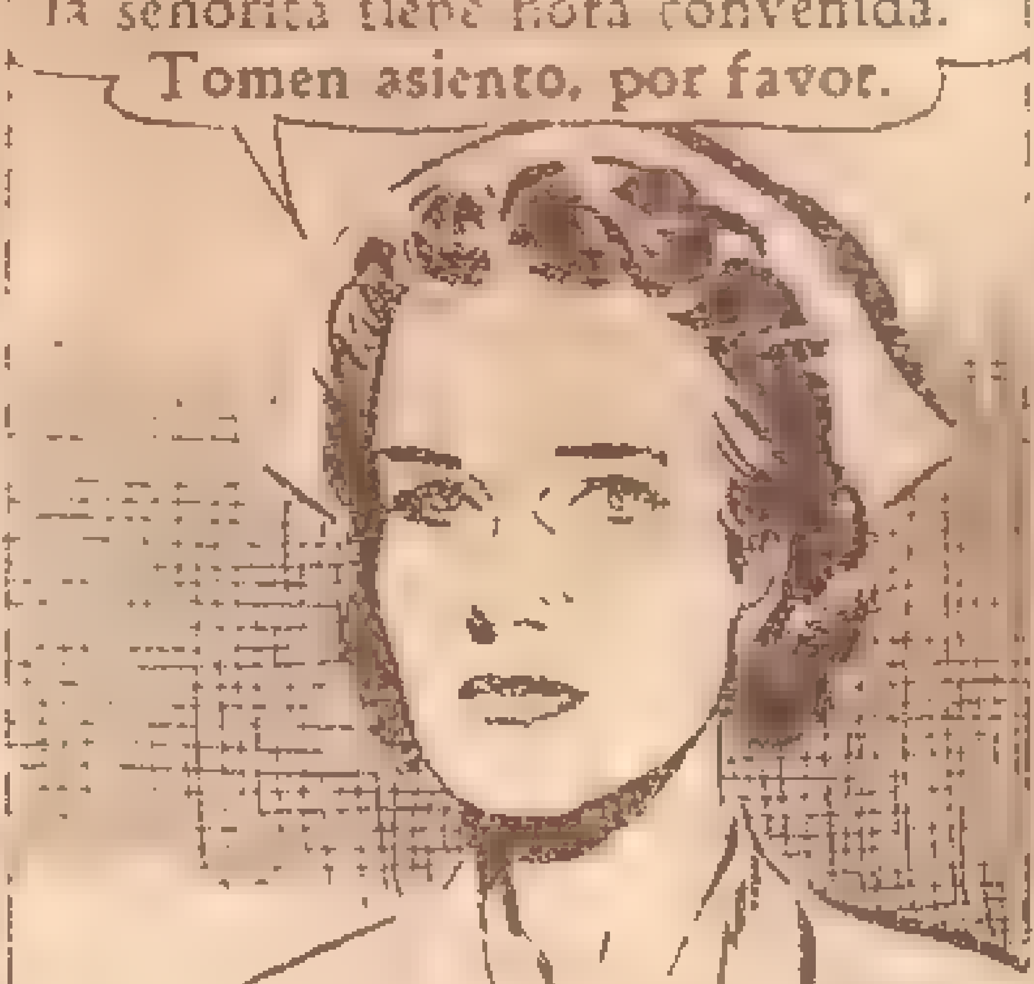

Bueno, yo...
¡Oh, ya sé! Sin haberle dicho nada se siente mortalmente ofendida. Es la clase de chica que me indigna y que considero maravillosa.


Bárbara Kruschner permaneció un instante silenciosa y luego, tomada la decisión definitiva, ordenó al chofer:
Antes de ir a casa, lléveme al lugar de siempre.

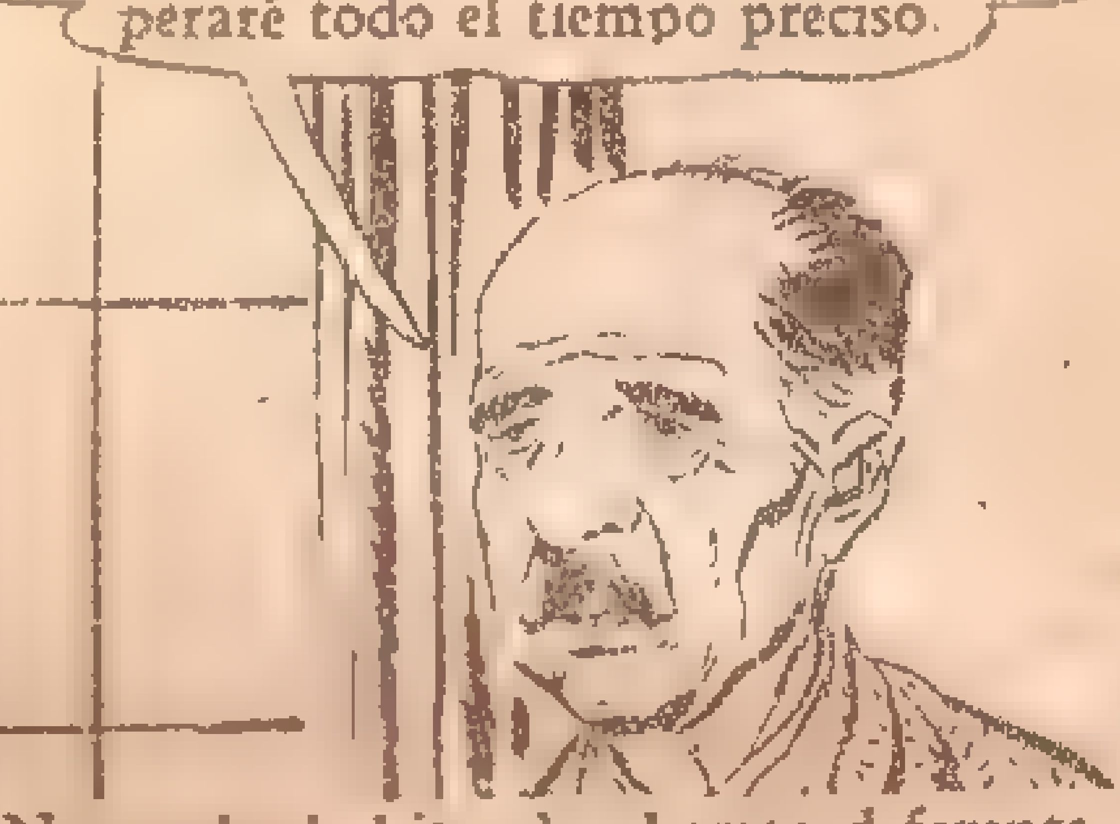

Cuando Christian entró en el despacho, la incógnita que se abría ante él, le inquietaba tanto, como el diagnóstico que pidiera Bárbara Kruschner y que se repetía una y otra vez. Dos nuevos pacientes saludaron a Sabrina.


El era un hombrecillo de pequeños ojos cansados, nariz grotesca, expresión sumisa y humilde atuendo. Ella, en cambio, era una muchacha hermosa y desafiante.
Buenas tardes, miss Blower. Buenas tardes, señor...


Me imagino que es usted el señor Martino, recomendado del doctor Nagler. Tendrá que esperar, pues la señorita tiene hora convenida.
Tomen asiento, por favor.




Gracias, señorita. Sí, por supuesto, esperaré todo el tiempo preciso.

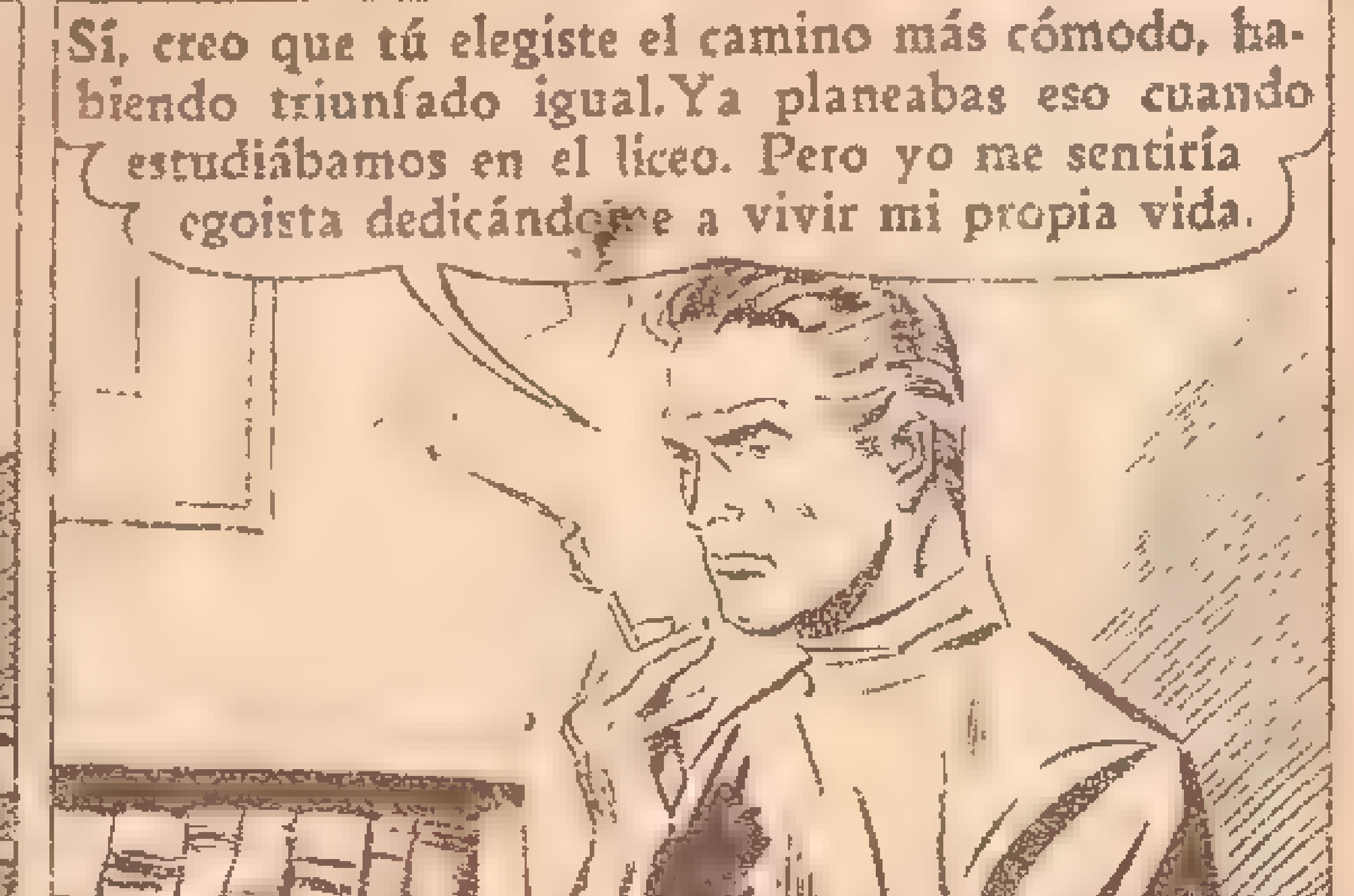

No estaba habituado al trato deferente, sino a pasar ignorado en todas partes. Y también el lugar lo intimidaba. Jamás, por sí mismo, hubiera consultado un médico como aquél.

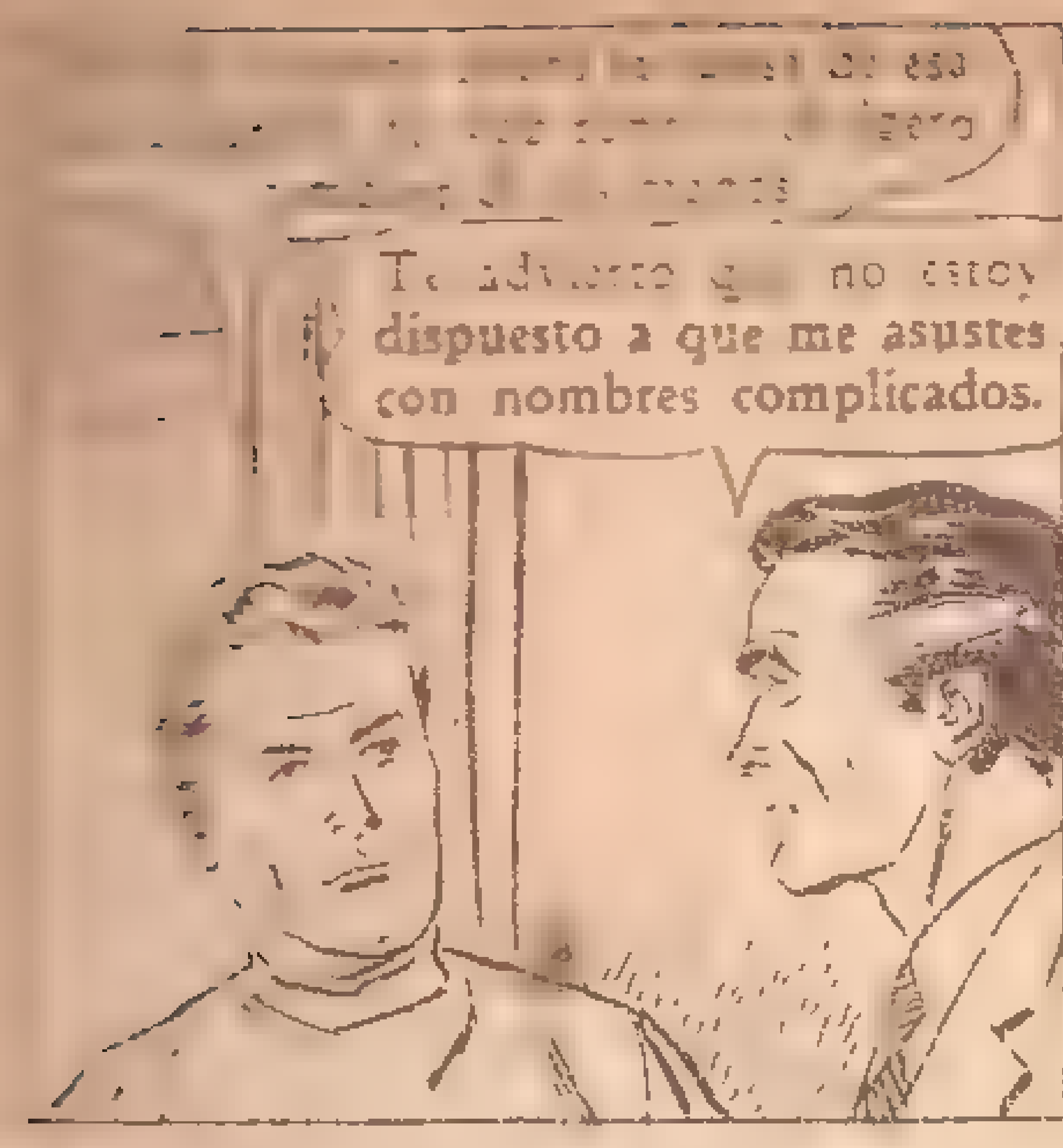

De manera que hoy me visitas como paciente...
Bueno, sólo quiero consultarte una pequeña molestia...


Has hecho bien. Ahora te examinaré.
¿Cómo está Deborah? Hace siglos que no la veo.


Los músculos de Karl se contrajeron y su mirada se dirigió nuevamente hacia aquél rostro de mujer que sonreía.
Deborah está perfectamente, gracias.

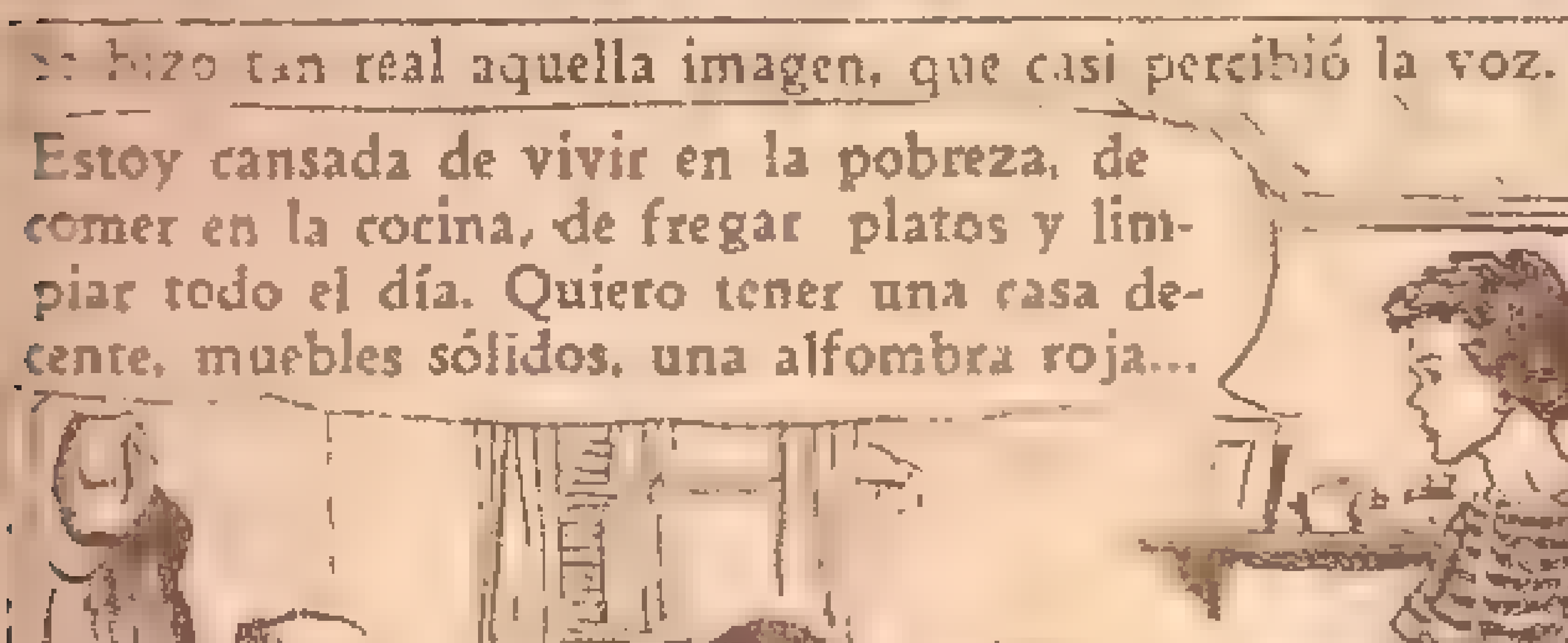

También Christian contempló la fotografía.
Tiene una sonrisa maravillosa. La dedicación a tus pacientes te impide estar junto a tu mujer, gozar de la vida... Por eso no te envidio. ¿Qué sacas con tener una esposa tan bella?


Sí, creo que tú elegiste el camino más cómodo, habiendo triunfado igual. Ya planeabas eso cuando estudiábamos en el liceo. Pero yo me sentiría egoísta dedicándome a vivir mi propia vida.















Mary, te ruego...

Y he tenido que pasar hambre y privaciones a tu lado. Verme humillada por todos. Ser la última que atienden en las tiendas. Deja que se case con John y no sueñes más.

Si me dan la bonificación que espero, Angela podrá tener sus muebles.

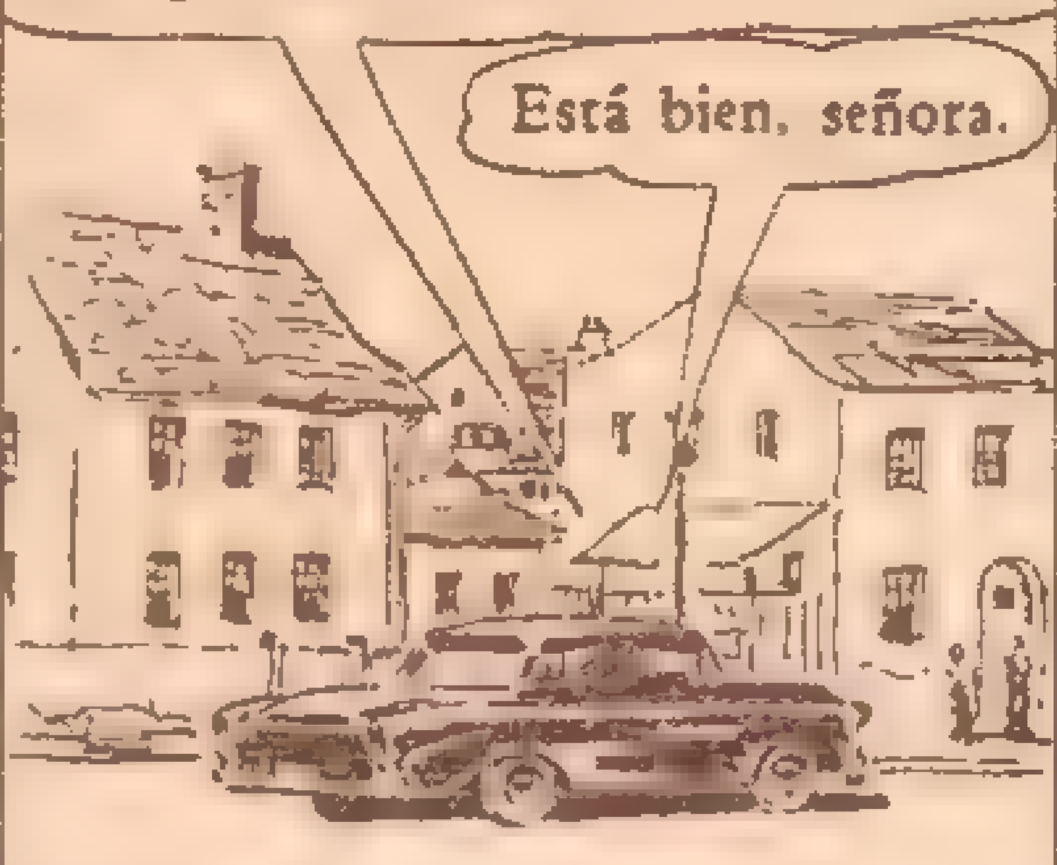
Nunca llegará. Como las anteriores. John es fuerte, trabajaremos los dos.

Y el pequeño Sergio, como siempre, terminó de herirle.

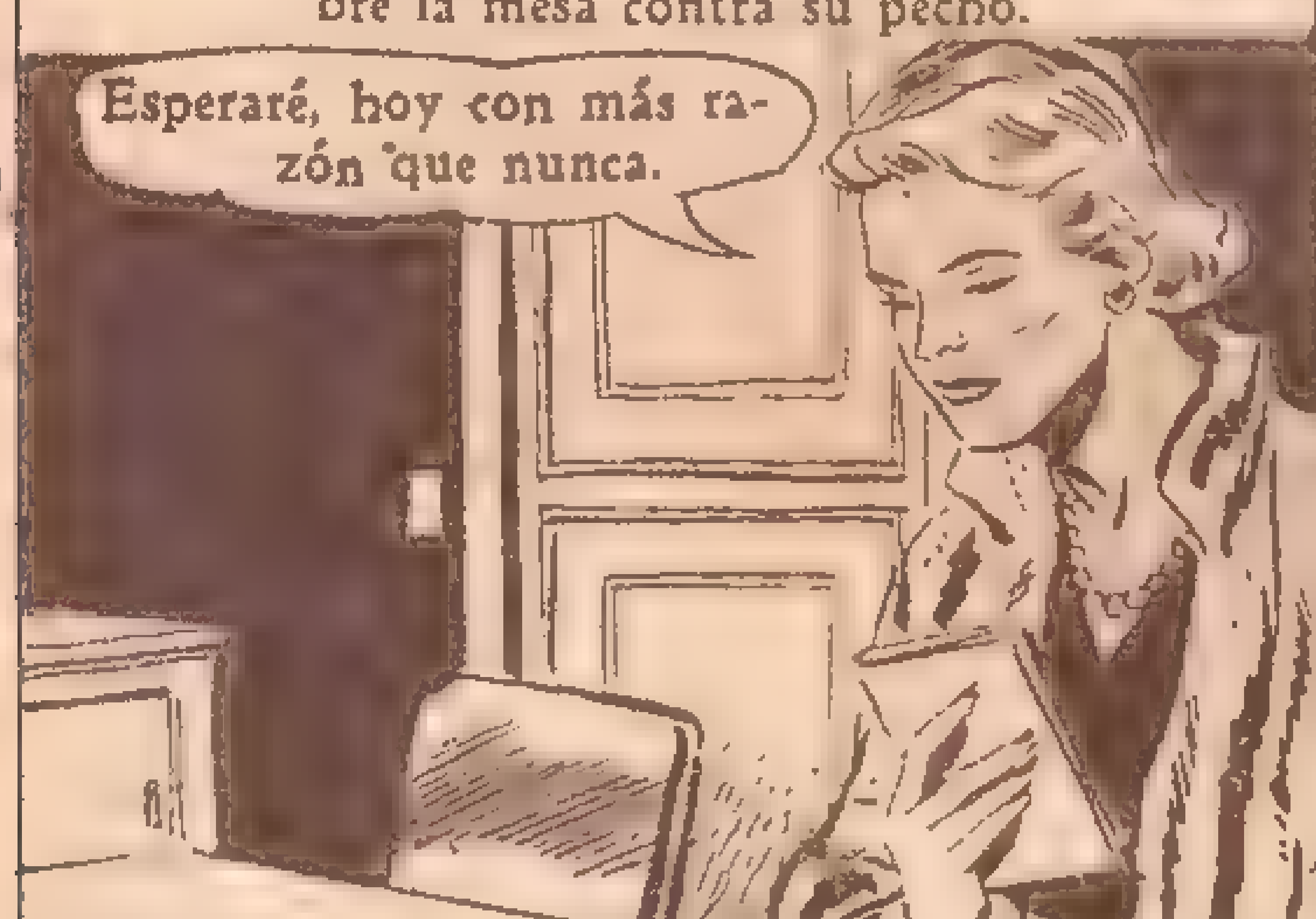
John no es un enclenque como papá, por eso no trabajará nunca en una oficina, por un sueldo de hambre.

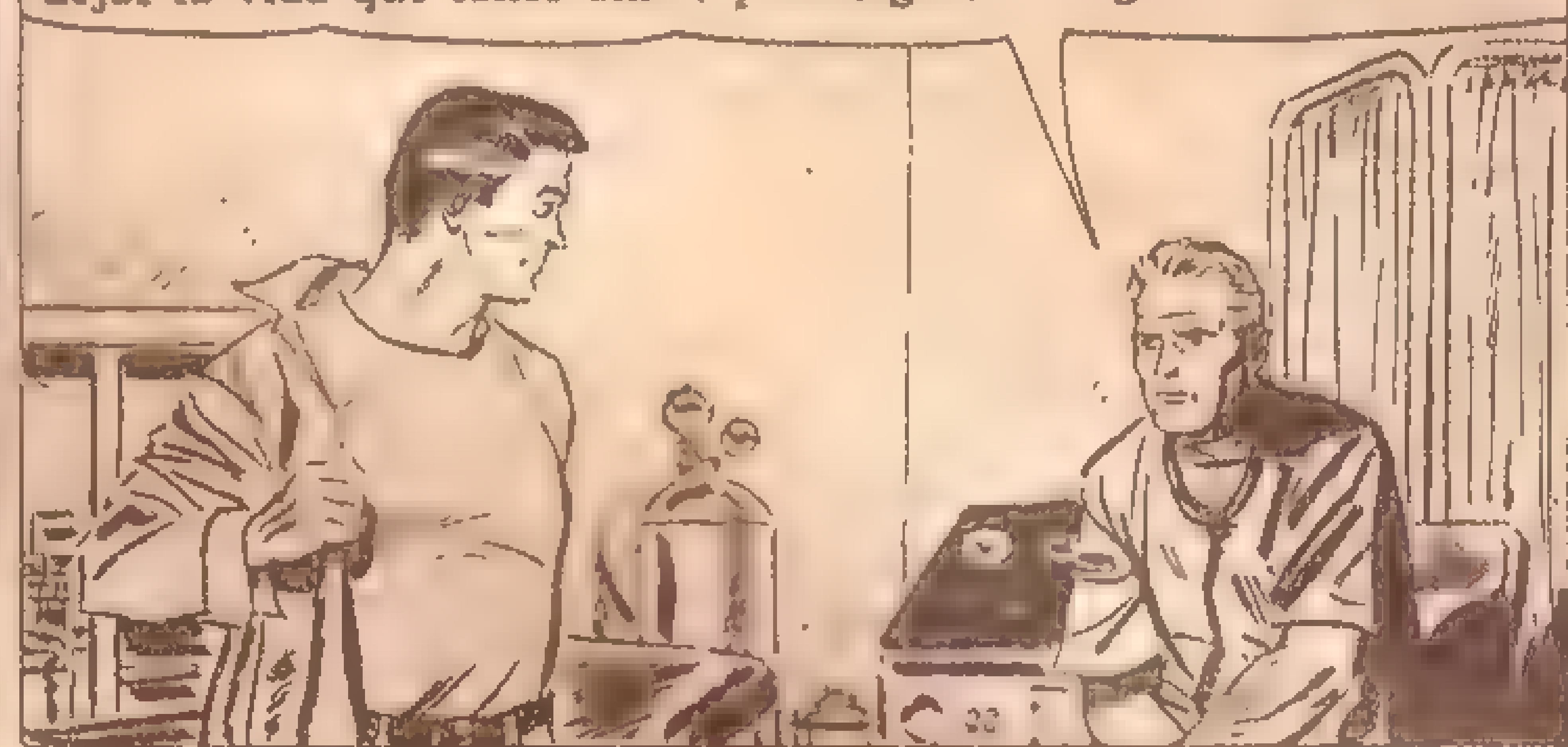



La voz dulce de Sabrina fue una caricia para él.
¿Se siente mal, señor? ¿Puedo ofrecerle algo?
¡Oh no, señorita! Usted es demasiado gentil conmigo.


El auto se había detenido frente a una casa de aspecto humilde.
Puede irse. Si el señor ha llegado, dígale que fuí a hacer unas compras.
Está bien, señora.

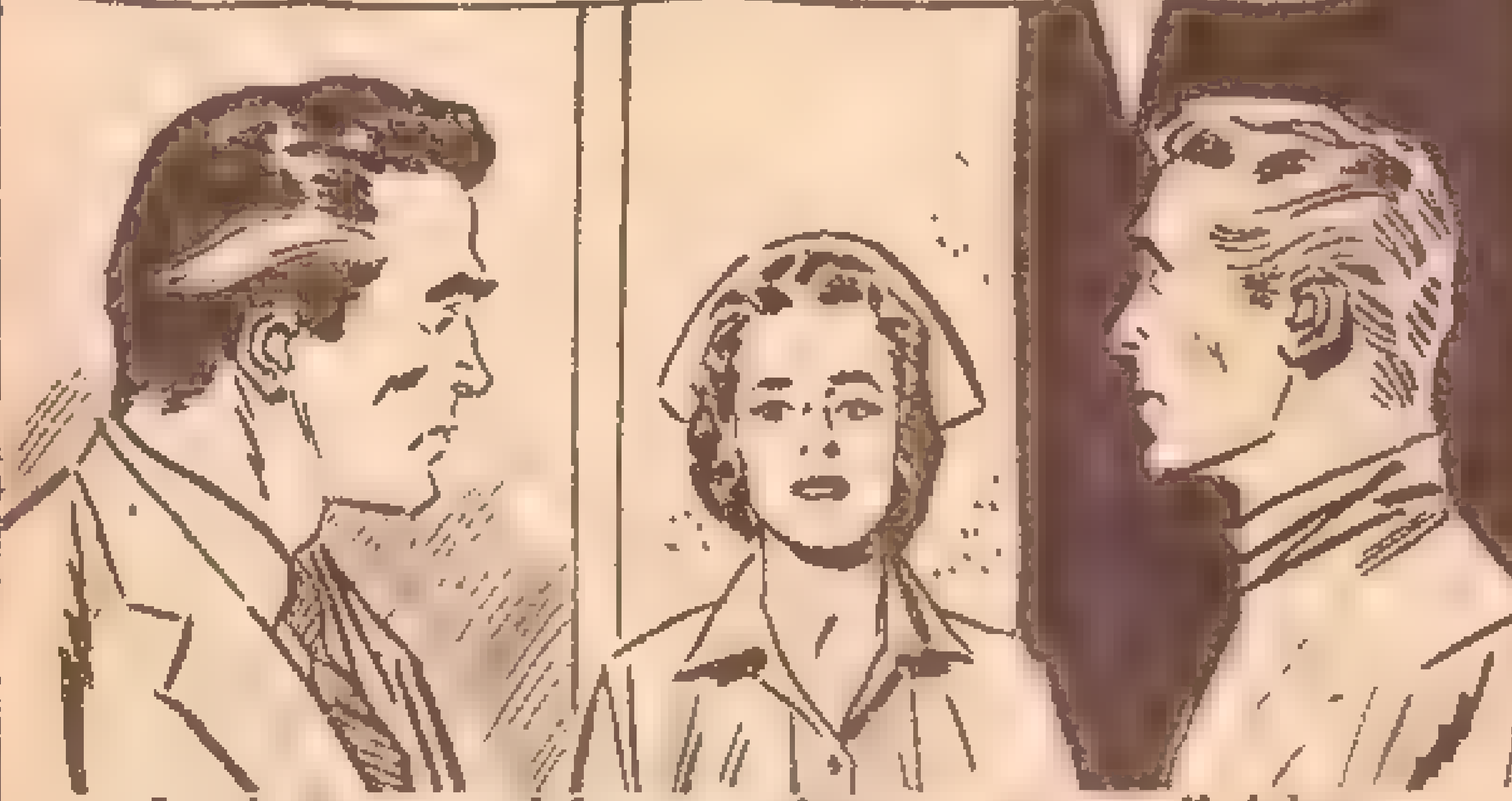

Bárbara Kruschner abrió con su propia llave la puerta de aquella casa. Y ya en el hall...
No la esperábamos tan pronto. Richard ha salido.


Un cambio se había operado en el rostro de Bárbara, que, sonriendo, oprimió un libro que viera sobre la mesa contra su pecho.
Esperaré, hoy con más razón que nunca.


Mientras...
Es más serio de lo que creía. El corazón está dilatado y los pulmones saturados de tabaco. Hay que hacer análisis. Y por lo pronto dejar la vida que tanto amas, para seguir un riguroso tratamiento.


Intentas asustarme. Como médico y como amigo y en ésta última condición, eres capaz de aconsejarme un casamiento, una existencia reposada, etc., etc.
No es broma, Christian. Tu vida peligra si no obedeces mis indicaciones.


El rostro de Christian se cubrió de palidez. Sus puños se crisparon y fue en ese momento cuando...
Disculpe, doctor. Han llegado las radiografías de la señora Kruschner.


Bien, Sabrina. Anote al señor la dirección del lugar al que debe ir para las radiografías y análisis.
La joven captó las emociones que se reflejaban en el semblante de Christian y con dulzura se dirigió a él:

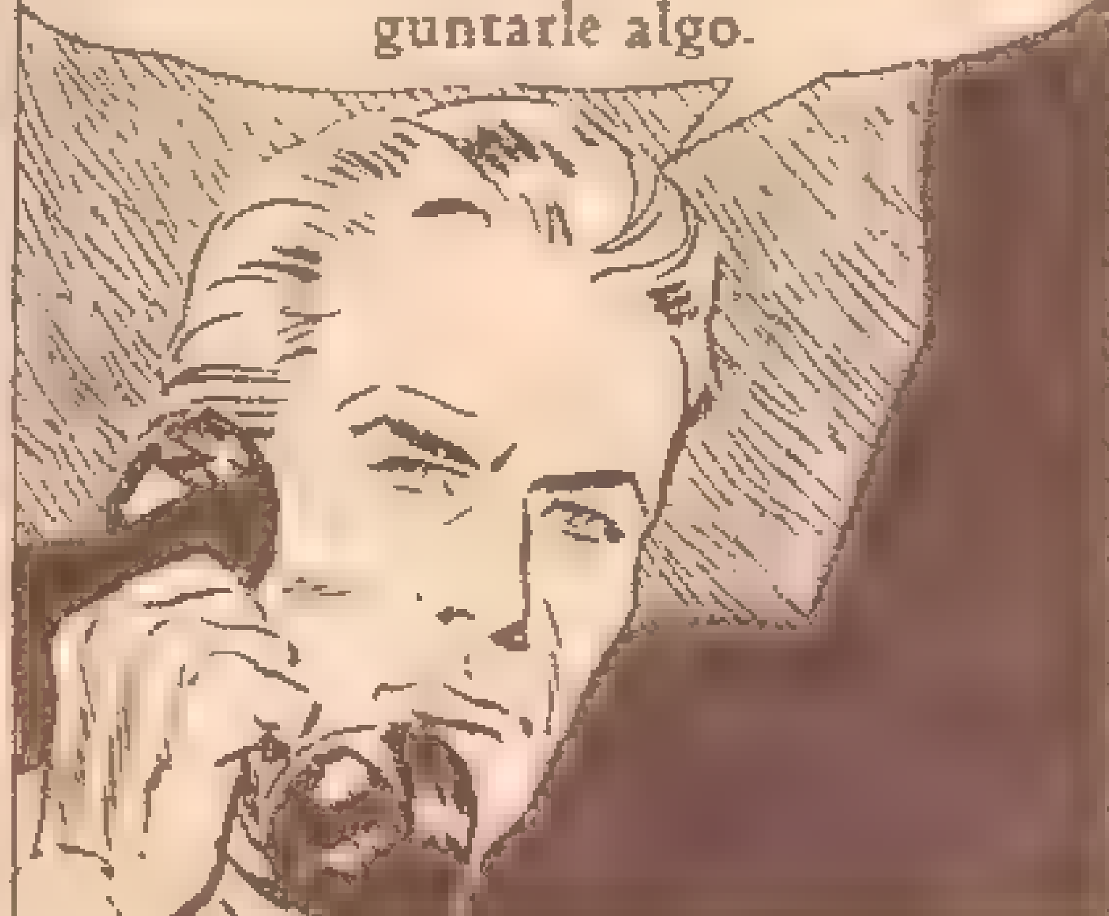

¿Tiene la bondad de acompañarme, señor Marlowe?
Adios, Christian. Te avisaré para que vuelvas. No acostumbro a ser tan brusco, pero te aprecio demasiado para no decirte la verdad y más sabiendo que sabrás soportarla.













—Lo comprendo. Estamos en una situación terrible.

Nosotros la hacemos mas complicada. Tu indecisión para enfrentar las cosas, arruina hasta estos momentos, en que estamos solos y podríamos ser dichosos.



Procuró desplegar todo su seducción, hasta que él...

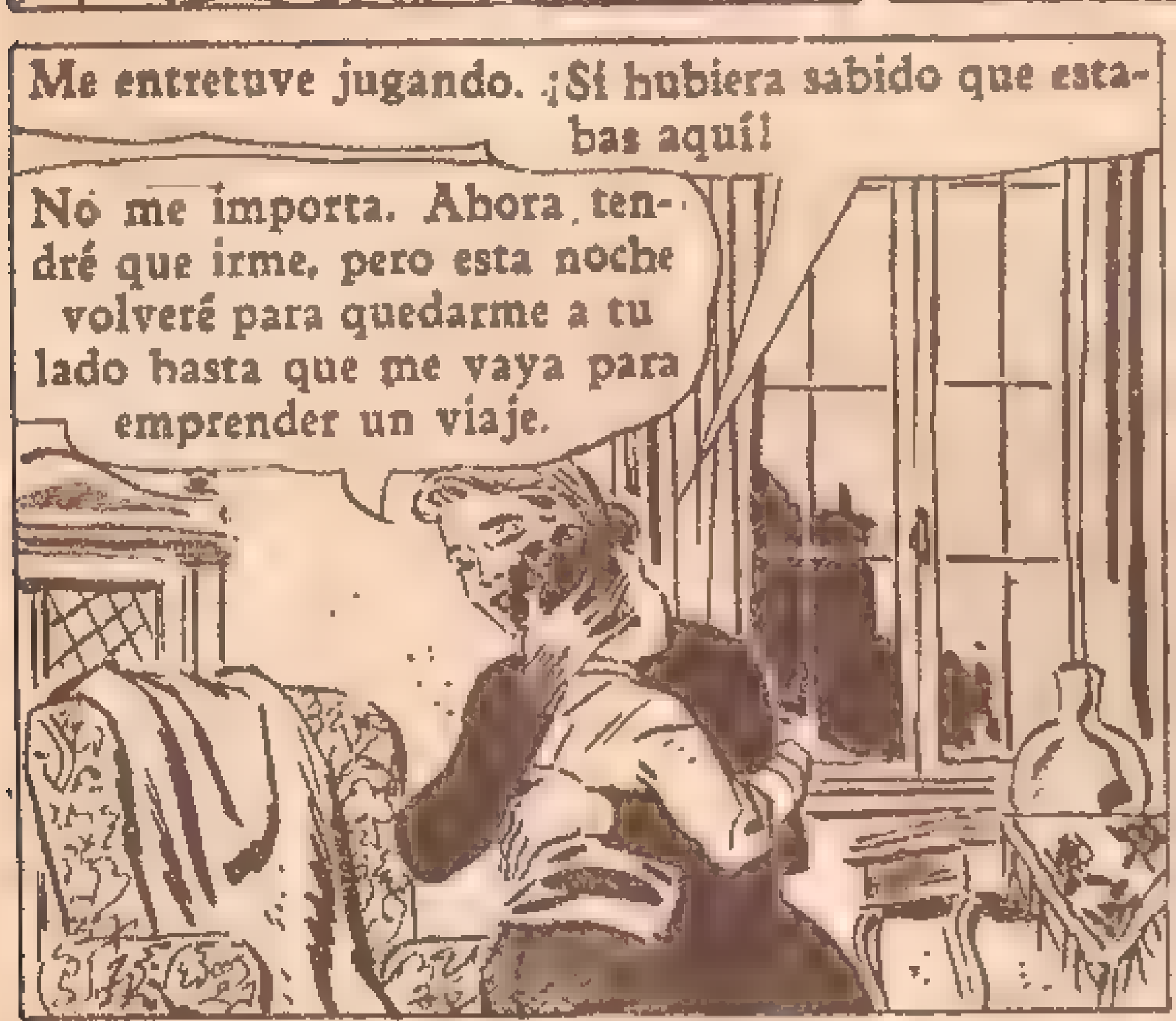
¡Me siento con fuerzas para enfrentarlo todo! Y tú, realmente, mereces ser feliz.




Es mi estado nervioso. Consultaré al doctor Hansen mañana. ¡Si te decidieras a hablarle a Sheila!
Lo haré. ¡Te lo prometo!


Había vencido, pero no podía gozar del momento por su malestar. ¿Y si tuviera alguna enfermedad grave? Sería como un castigo. No ya por quitarle el novio a otra, sino porque esa "otra" era su hermana.


Entretanto...
Había sido larga la espera de Bárbara pero ya el hombrecito corría radiante a sus brazos.
¡Mamá! ¡Mamita!
¡Richard querido!

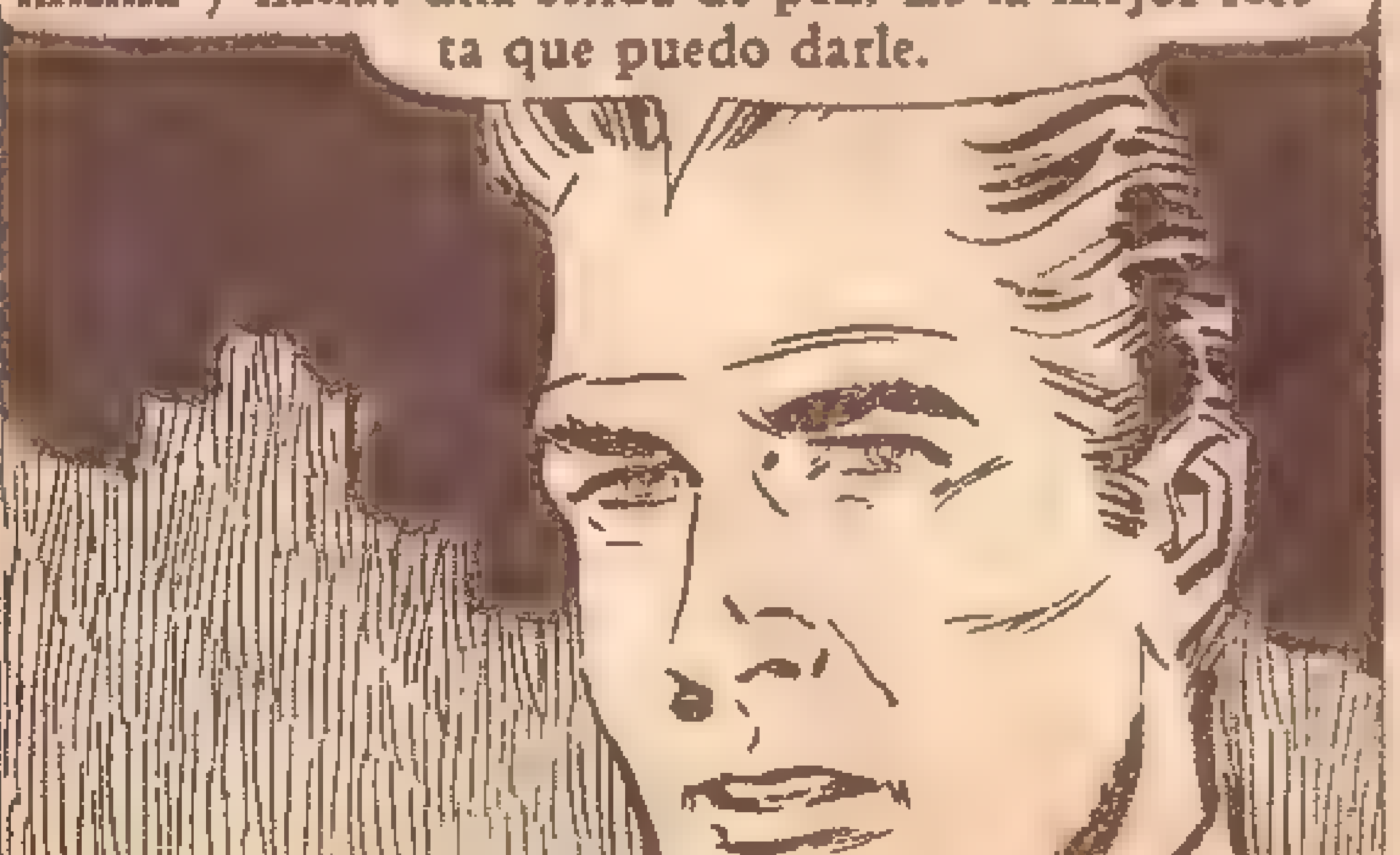

Me entretuve jugando. ¡Si hubiera sabido que estabas aquí!
No me importa. Ahora tendré que irme, pero esta noche volveré para quedarme a tu lado hasta que me vaya para emprender un viaje.

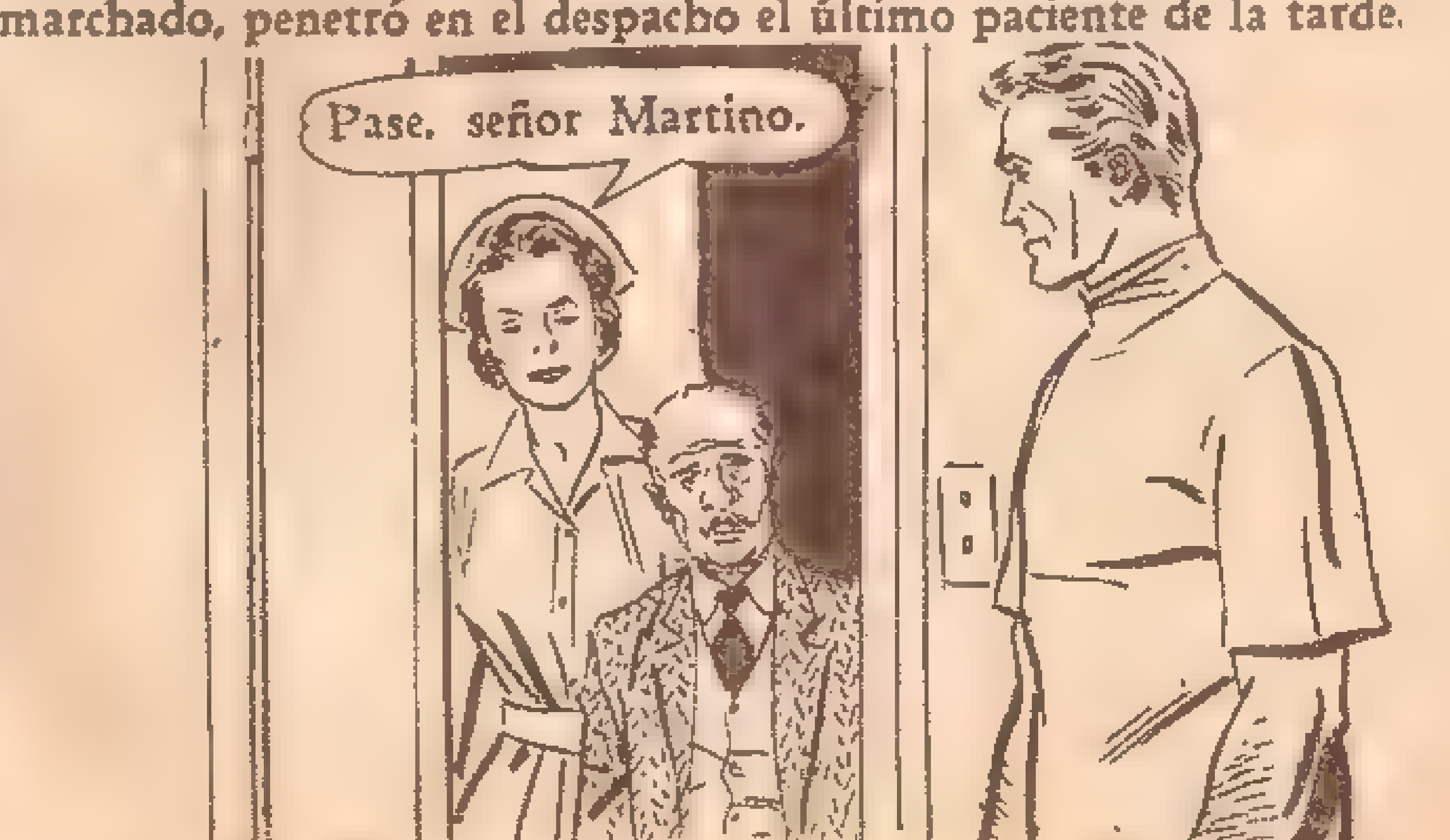

Estaba decidida a enfrentar a su esposo y no seguir escondiendo aquél hijo. A vivir junto a él las horas que Dios le concediera, fueran muchas o pocas, abandonando si preciso fuera, la casa lujosa, las joyas, la fortuna de Iván Kruschner, y por ello...
Iván, tengo que hablar contigo.


Y así, mientras Bárbara enfrentaba a su esposo, Evelyn sentía fija en ella la mirada escrutadora del médico que la conocía desde tiempo atrás.
Su tensión emocional es manifiesta.


Usted sabe que las cosas no han sido fáciles para mí. Poseo una fortuna pero Sheila, cinco años menor que yo, ha conseguido siempre arrebatarme todo.
¿Está segura de que es así? Tal vez lo imagina usted, Evelyn.


La mano de Karl se posó con suave firmeza en el hombro de la muchacha tan necesitada de ayuda espiritual.
No debe abandonarse a sentimientos mezquinos ni torturarse, provocando su desdicha y la de otros. Es inteligente y hermosa...


...y resulta lamentable que se obsesione creyendo descubrir en los otros un antagonismo que quizá sólo existe en su interior. Procure encontrarse a sí misma y hallar una senda de paz. Es la mejor receta que puedo darle.


"Como médico y como amigo..." siguió hablando tratando de encontrar las palabras precisas. Y cuando Evelyn se hubo marchado, penetró en el despacho el último paciente de la tarde.
Pase, señor Martino.



Moría la tarde multicolor y maravillosa. Moría en las calles, asida a los árboles, a la tersura de los cristales, llevándose muchas ilusiones, pero dejando una esperanza de amanecer. Una tarde más para muchos, aunque decisiva para unos pocos.
Evelyn debía encontrar una nueva senda, y...





En compensación a tu bondad, yo quería hacerte feliz y decidí verlo crecer a escondidas, aunque con ello se desgarrara mi corazón de madre.

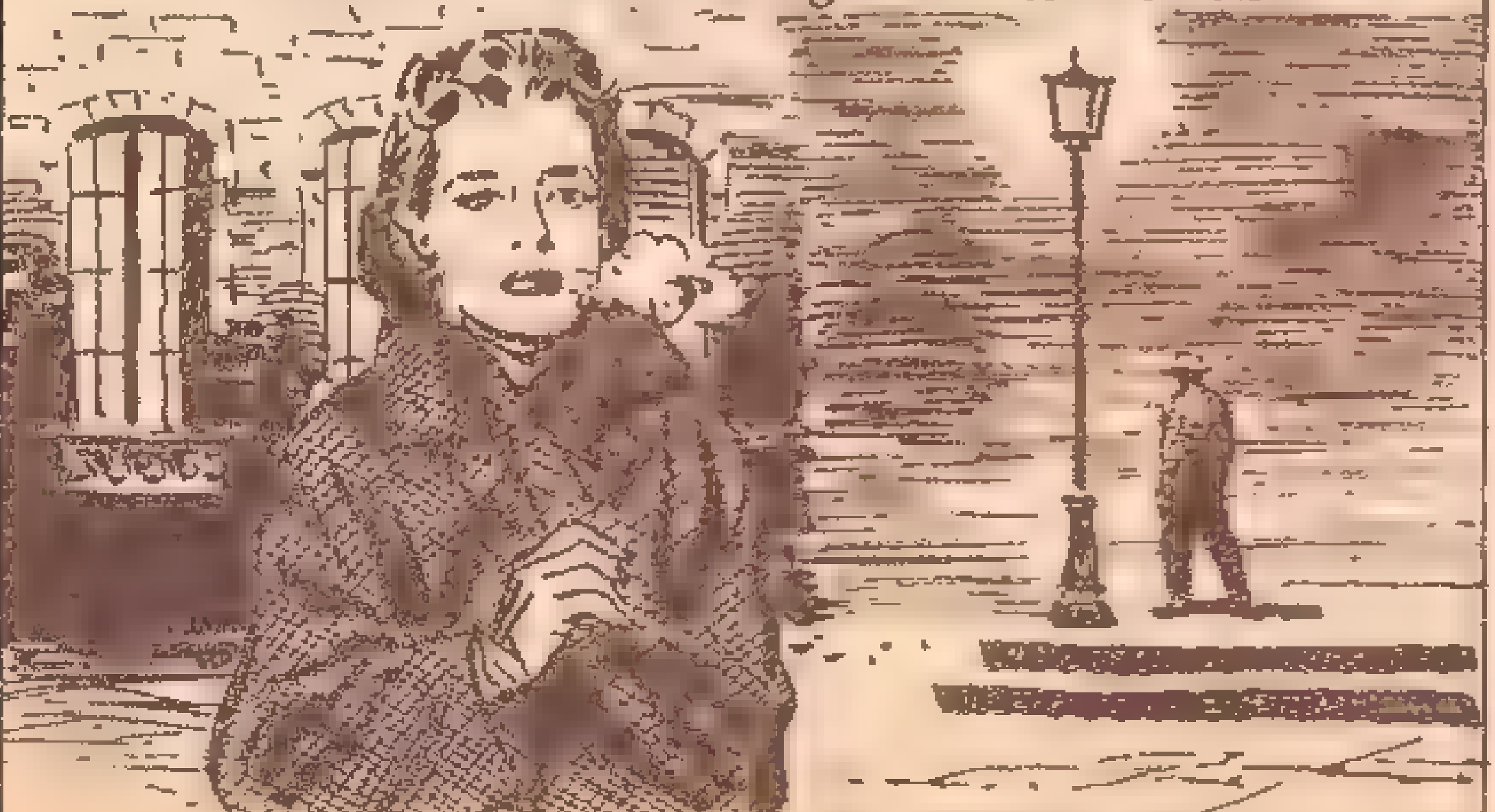
¿Y ese secreto tan celosamente guardado durante años lo descubres ahora? ¿Qué te ha impulsado a ello?

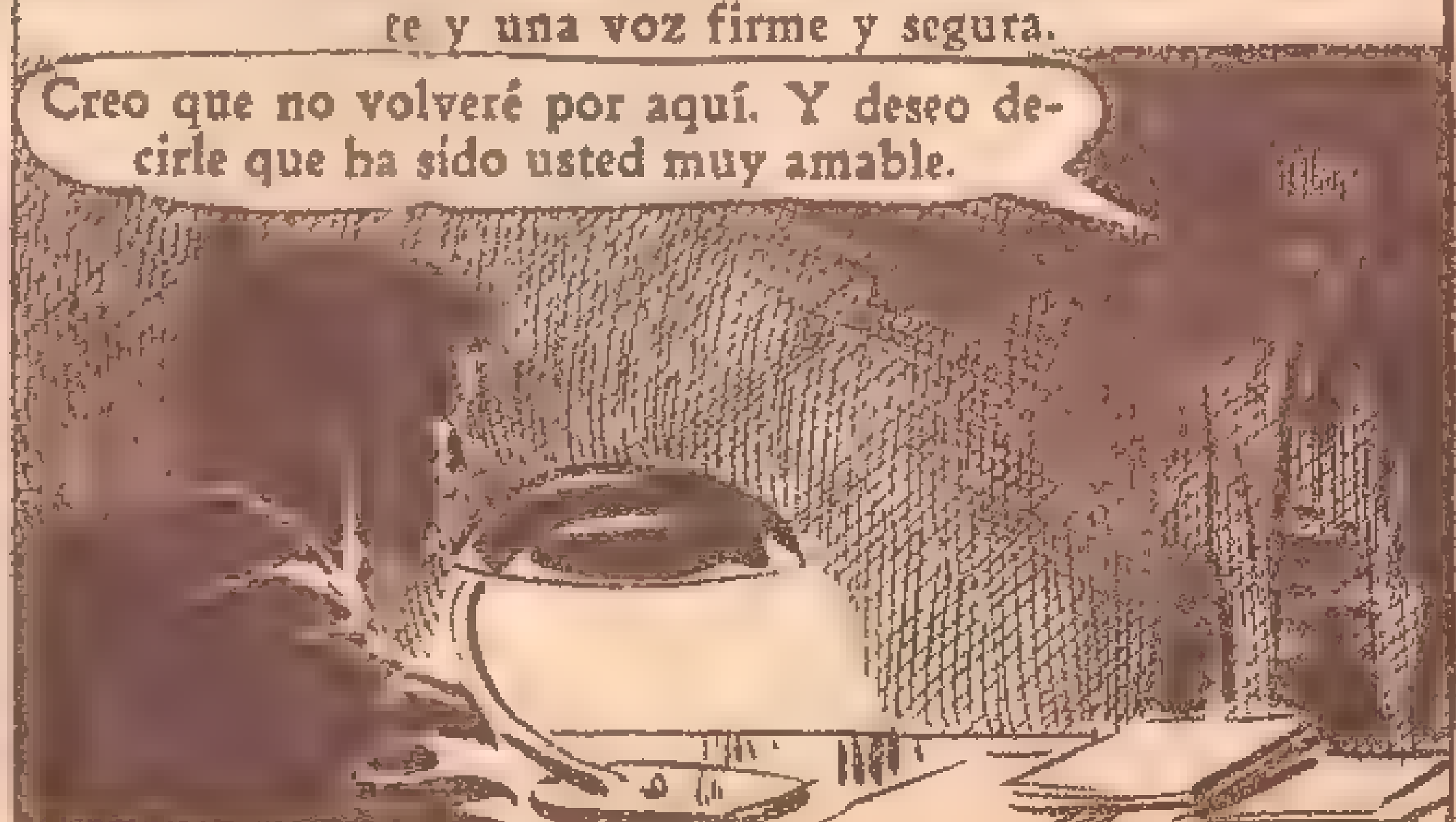


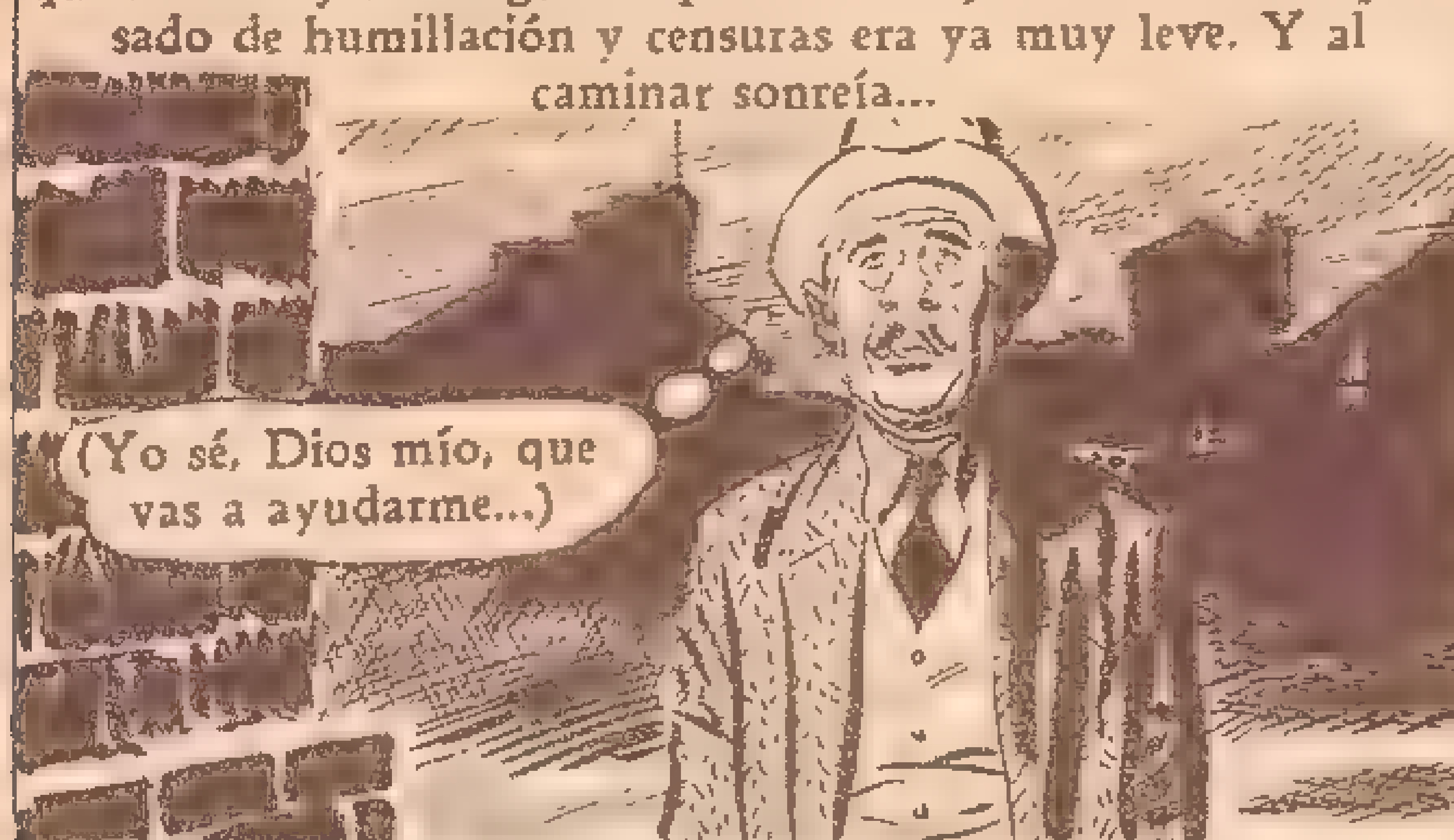
¡No sabes lo que dices! Tus palabras me hieren tanto como tu conducta. ¡Y yo que creía conocer todos los secretos de tu alma, todos tus pensamientos!

Señor, un llamado urgente.

La doncella había interrumpido la drámatica escena.

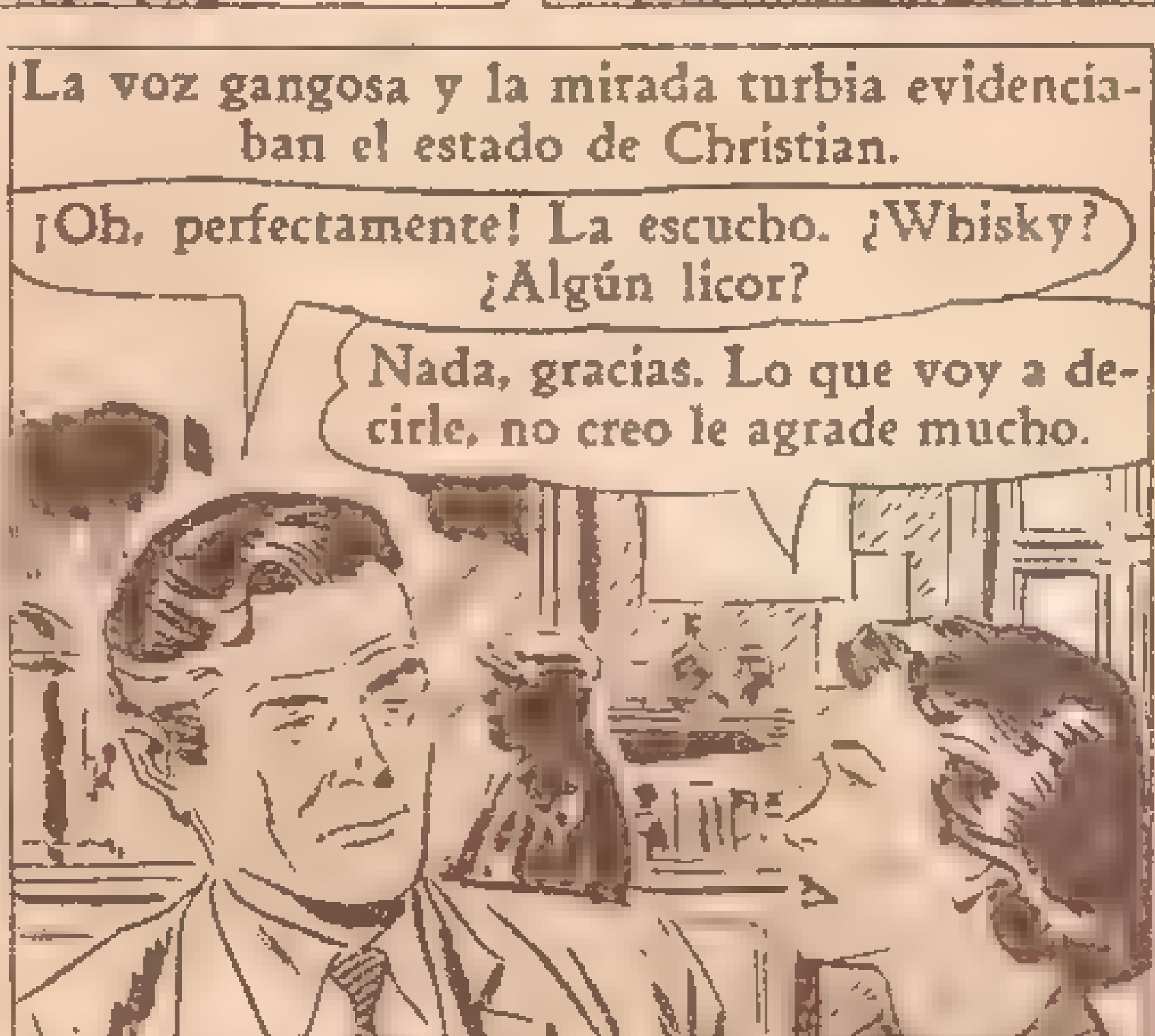





El hombre tímido e insignificante, había tenido su momento de grandeza ante el diagnóstico definitivo de su enfermedad que no le dejaba ninguna esperanza. El peso de todo un pasado de humillación y censuras era ya muy leve. Y al caminar sonreía...
(Yo sé, Dios mío, que vas a ayudarme...)


Las luces del bar atrajeron la mirada de Sabrina y entonces lo vio. Un impulso incontenible la obligó a acercarse.
Señor Marlowe...


En sus ojos había infinita tristeza, pero trató de hallar el tono de siempre.
¡Hola! ¡Está usted más linda sin el uniforme! ¿Puedo invitarla?
Quisiera hablarle...

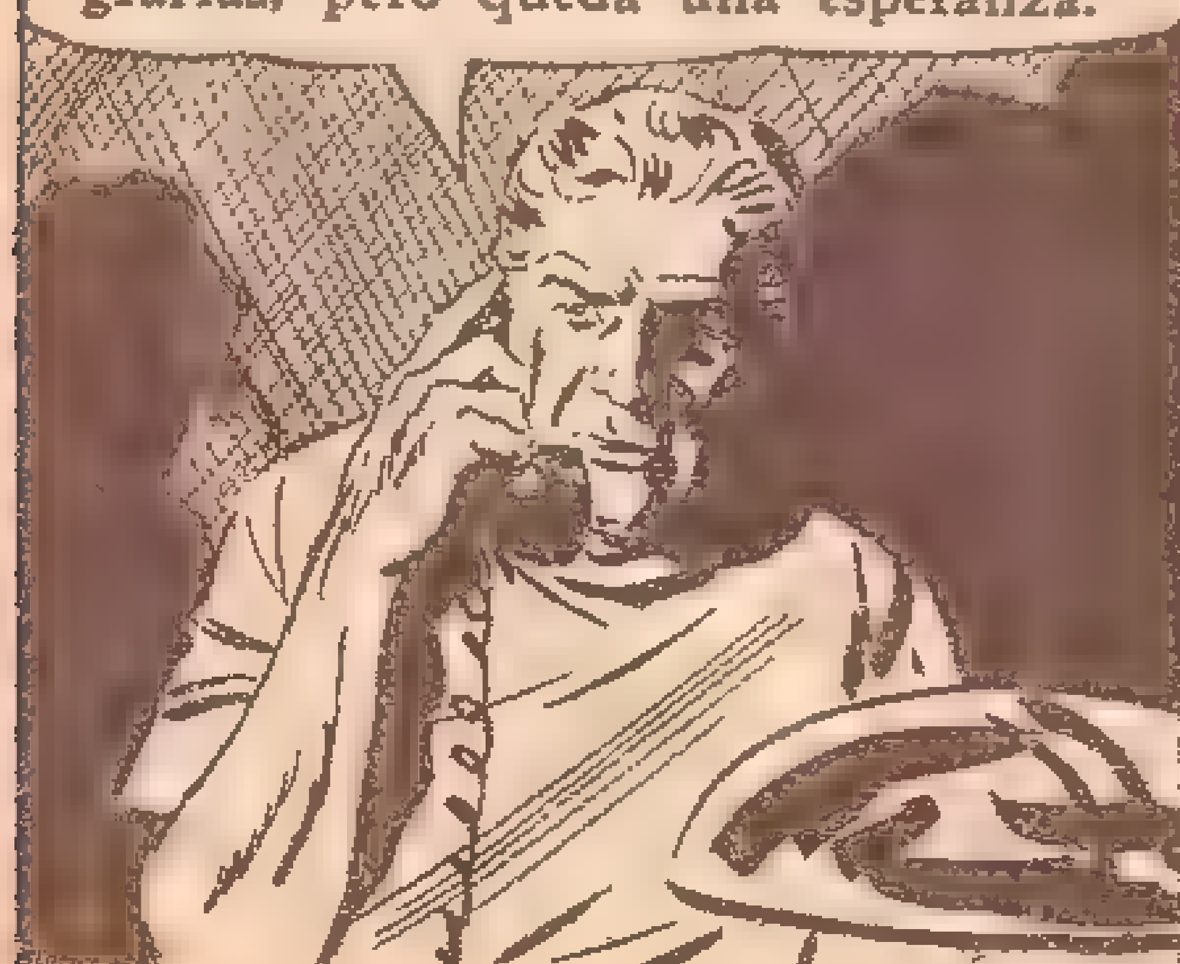

La voz gangosa y la mirada turbia evidenciaban el estado de Christian.
¡Oh, perfectamente! La escucho. ¿Whisky? ¿Algún licor?
Nada, gracias. Lo que voy a decirle, no creo le agrade mucho.


¡Es usted un cobarde, señor Marlowe!

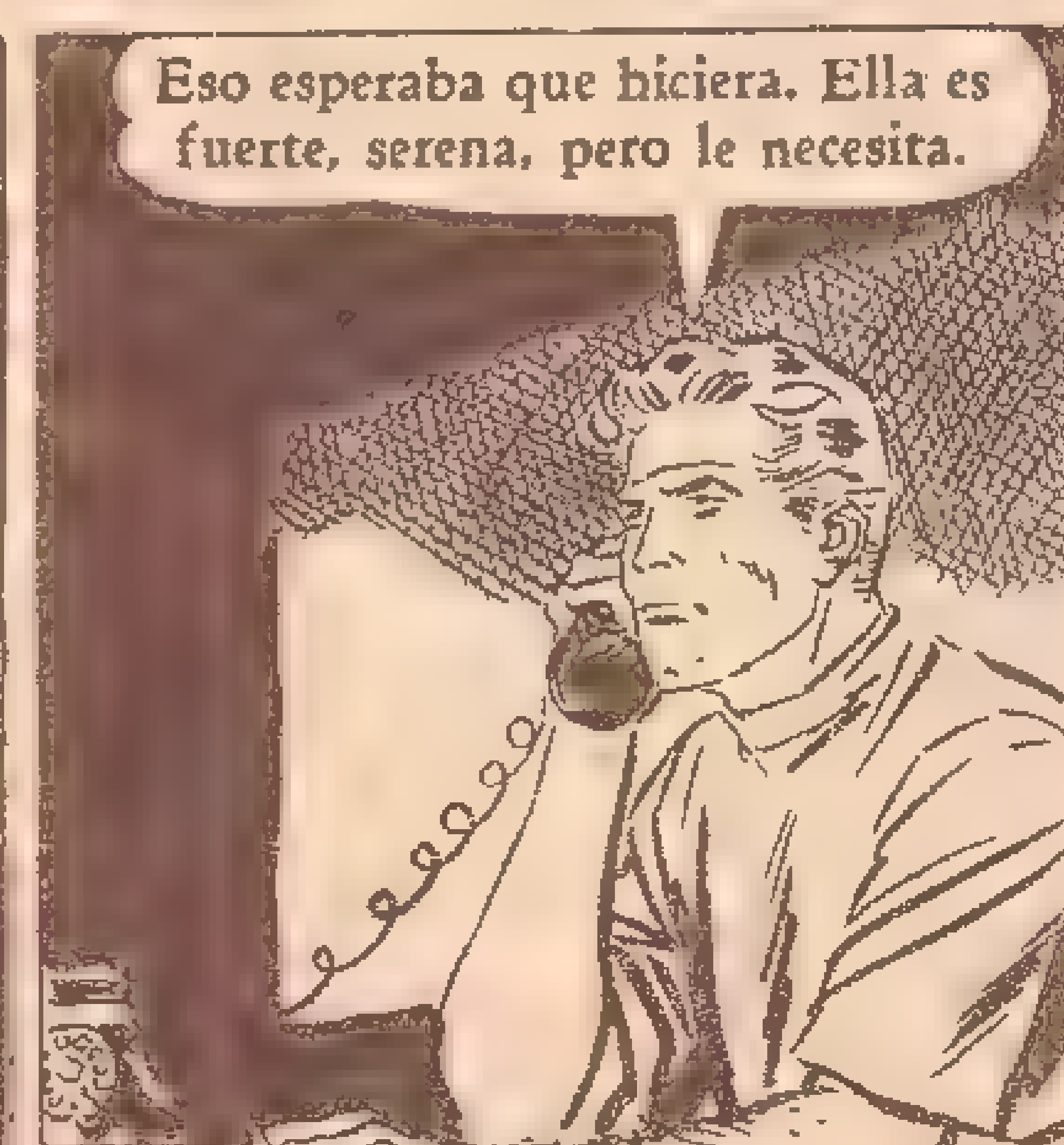

Era duro escuchar aquello y saber que era verdad. Y le costó ímprobo esfuerzo mostrar algo de su antigua arrogancia.
¡Muy interesante su opinión! ¿Podría ser un poco más explícita?


Rojas las mejillas por la turbación que experimentaba, pero decidida, Sabrina dijo a Christian Marlowe cuanto pensaba de él.

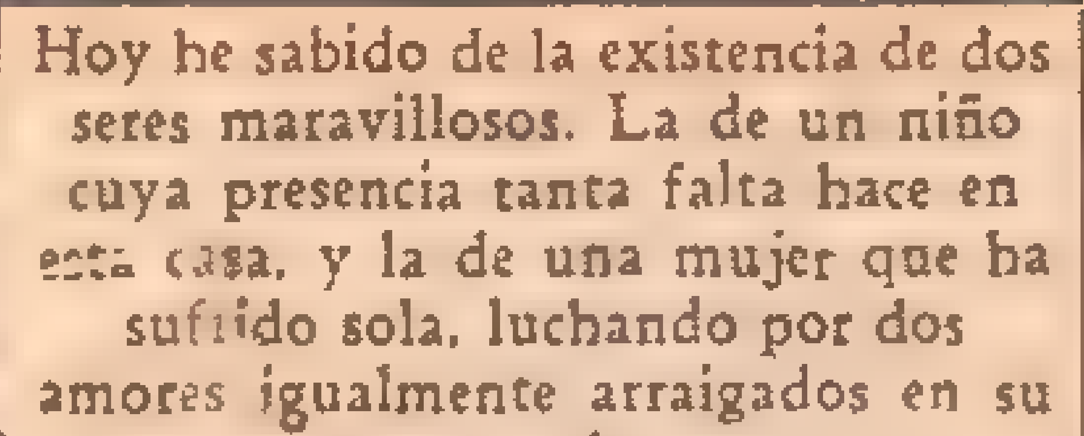

Mientras Iván parecía anonadado.
De manera que ella...


Deseaba encarar el riesgo de la operación durante su ausencia. Su estado es grave. He estudiado las últimas radiografías, pero queda una esperanza.


Comprendo, doctor. Pasaré mañana a hablar con usted porque, por supuesto, suspendo mi viaje.


Eso esperaba que hiciera. Ella es fuerte, serena, pero le necesita.









Sabrina sabía que sus palabras le habían herido cruelmente, pero le había dolido esa reacción cobarde al conocer el peligro que le amenazaba.

Yo pensaba que era usted un hombre que sabía luchar.

Me creía fuerte. Consideraba que mi cuerpo jamás podría ser vencido.

El doctor Hansen le dio una posibilidad. Debe usted cambiar de vida y yo esperaba eso de usted, no lo que ha hecho.







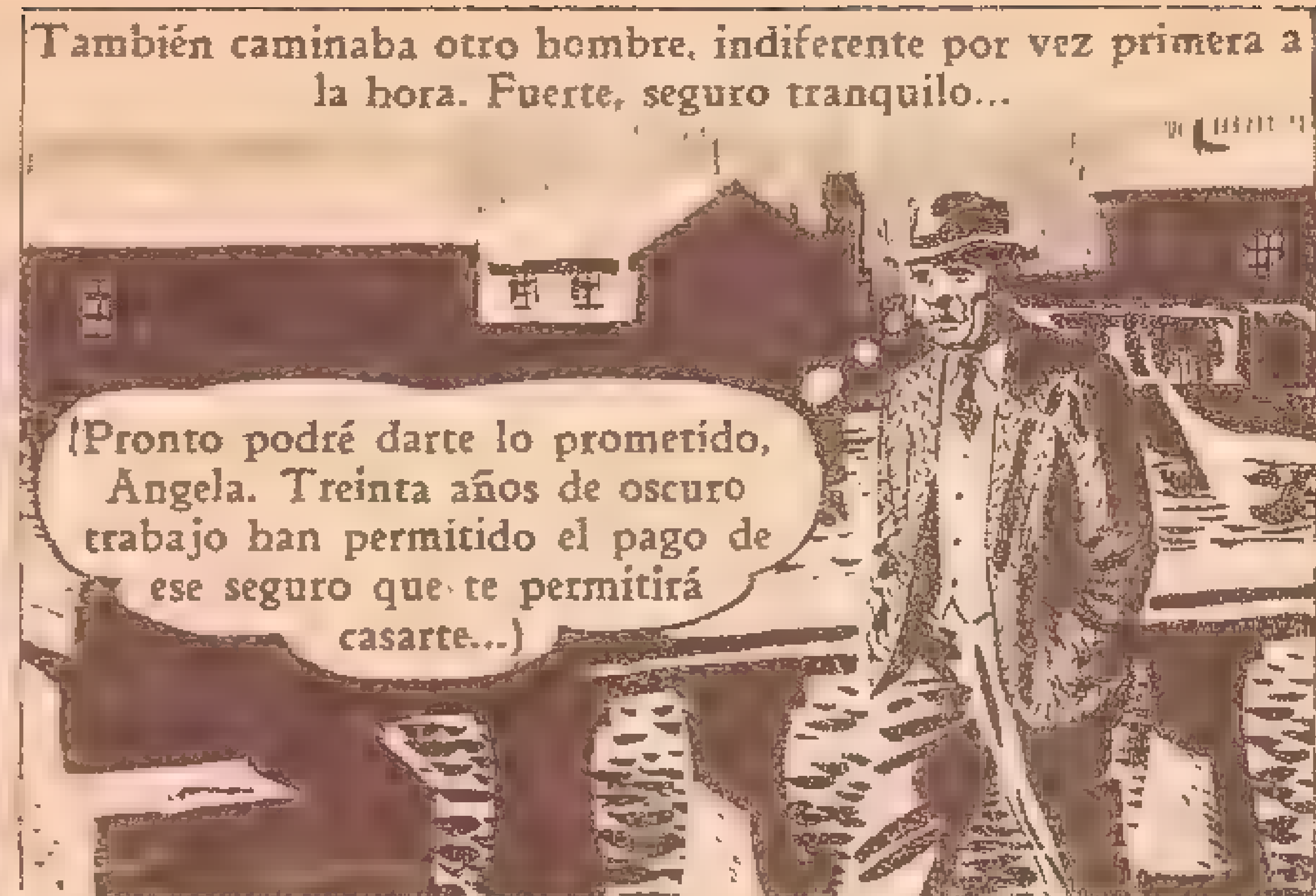
¿Y por mí, que nada represento en su vida, arriesgaría hasta su reputación?

Es usted un caballero, no creo que me lleve a ningún lugar inadecuado, pero si preciso fuera, iría también. Me sé íntegra y fuerte.



La niebla azulada flotaba por las calles de Londres. Al salir del bar, sintió nuevamente frío, aunque la presión de la mano de él era algo candente en su brazo. Y un poco al azar, emprendieron su camino en la noche.



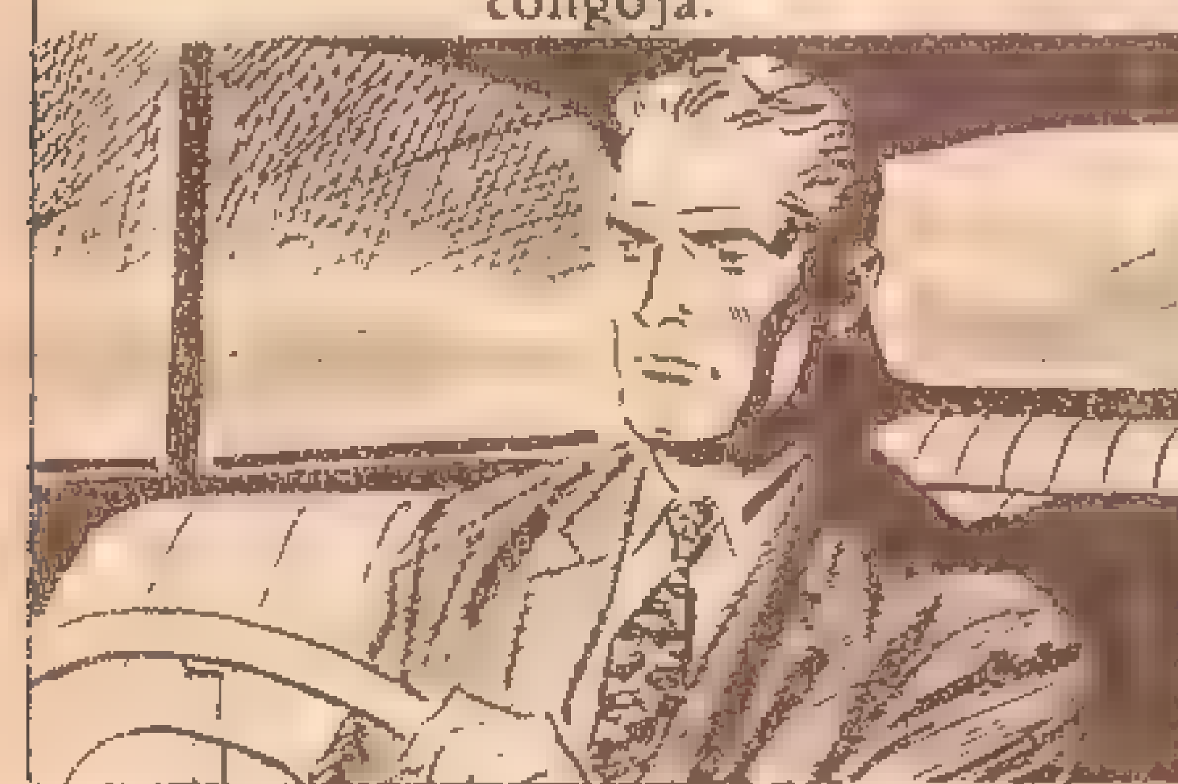


(...que hará que tu madre obtenga algo de lo mucho que ha deseado y que dará oportunidad a tu hermano de estudiar. No es una fortuna, por supuesto, pero es mucho más de lo que esperabais todos. Por eso estoy contento. Me duele dejaros, pero Dios lo ha dispuesto así.)



(Jamás ha hecho mal a nadie y tampoco he sabido de ambiciones ni odios. Creo por ello que puedo hacer un pedido. ¡Quisiera que todo fuera tan rápido, que a nadie causara molestias! Y perdóname, Señor, si ésto no es de tu agrado.)

Karl apretó el acelerador. Su tarea había terminado, pero pensaba aún en quienes, al salir de su consultorio, se habían enfrentado con el destino. Era un trance duro y lamentable no poder ayudarles en esas horas de soledad y congoja.



No saber siquiera a veces como se resolvían muchas incógnitas. Así, ignoraba que en ese instante, una muchacha corría para alcanzar un tren.



Alcanzó el estribo y unos brazos la izaron. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, absorbiendo la última visión de Londres.



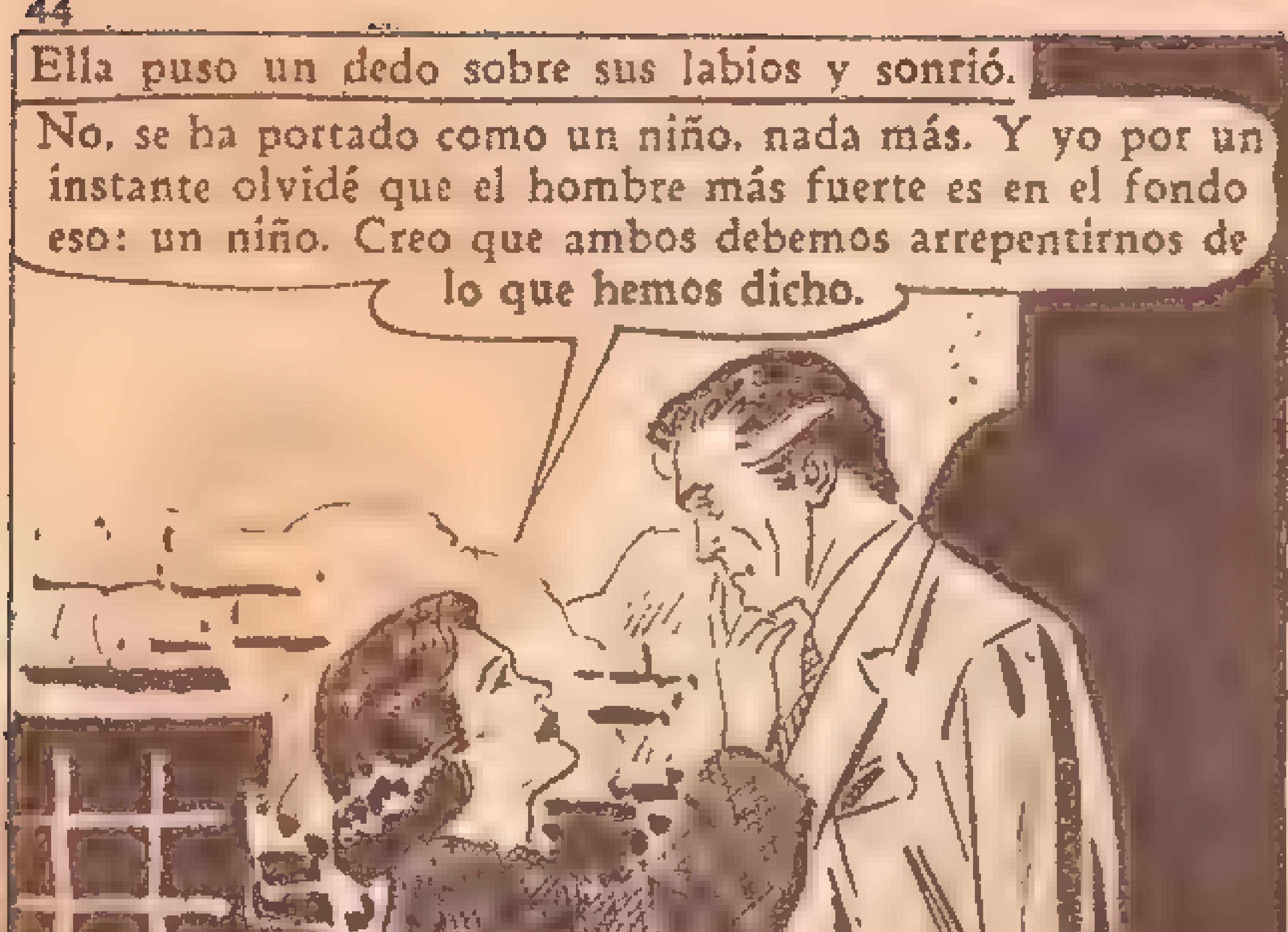
De perder ese tren, quizá no hubiera tomado otro pasado el ímpetu de su primera decisión. La ciudad iba quedando atrás, junto con un pasado de inútiles sufrimientos y odios. Harry comprendería que sólo había estado deslumbrado y en cuanto a Sheila, ignoraría siempre lo que había estado a punto de ocurrir.



Las lágrimas resbalaban suavemente por su rostro. No se renuncia a algo sin sacrificio, y además ¿qué seguridad tenía de que esa nueva Evelyn a la que había dado vida sería feliz?

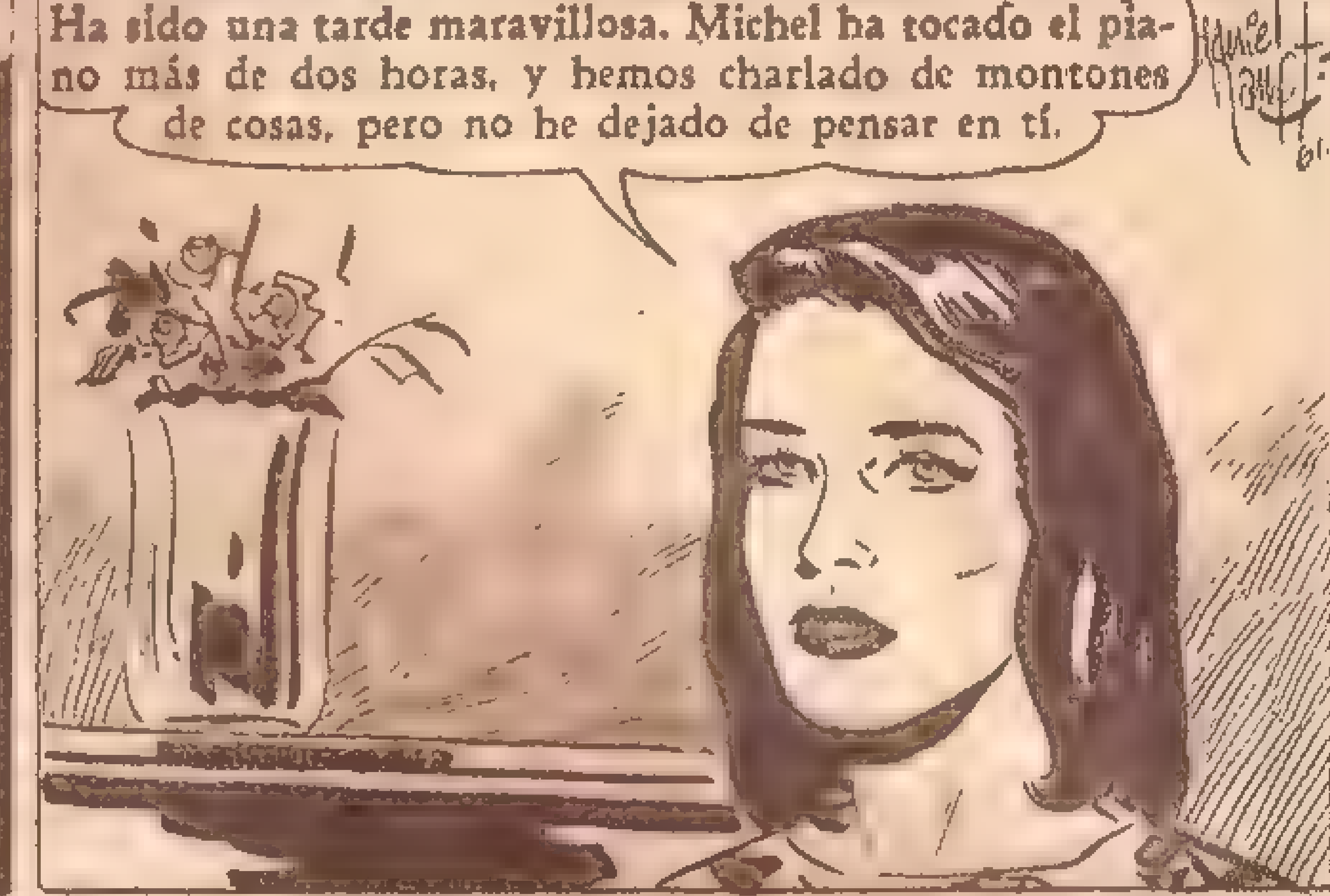


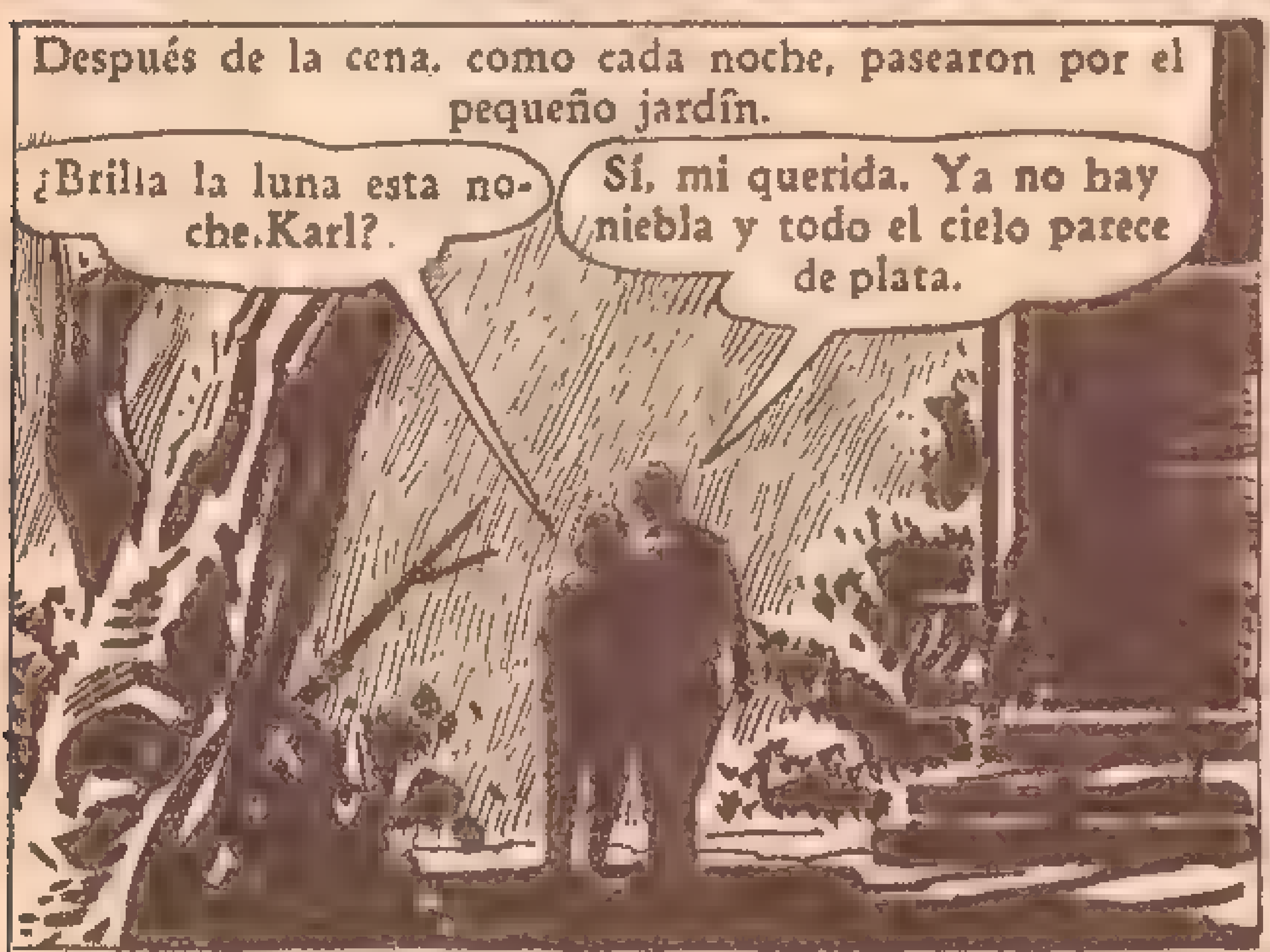

¡Cuán dulce fue para ella esa solicitud del desconocido!
Recuerdos de un pasado definitivamente cerrado para mí.
Esas lágrimas son entonces la lluvia que borrará las huellas
¡Si eso fuera cierto!
Lo será. Además, este vagón va a París y en esa ciudad está ya la primavera. Podría decirle muchas cosas acerca de ella, pero París mismo se las dirá.
Marlowe se sentía intimidado. La limpidez de aquellas pupilas que enfrentaron "su" mundo desvanecían su entusiasmo.
No le agrada esto, ¿verdad?
Importa poco que me agrade.
Karl estrechó la mano de su amigo Michel.
Me alegra encontrarte todavía aquí. ¿Cenarás con nosotros?
Lo siento, pero debo marcharme. ¡Ah, recibí un llamado para ti!
¿Dejó el nombre?
Bueno, era del hospital Queen Mary. Habían llevado a un hombre encontrado muerto en la calle de un síncope cardíaco y llevaba unas indicaciones tuyas. Quieren saber más datos. Un tal Pietro Martino.
Apretó los puños impotente. Una vez más la Muerte reía ante él. Pero al recordar al hombrecillo, pensó que quizá aquello había sido lo mejor.
Hablaré en seguida
Karl, eres tú, ¿verdad?
Sí, querida.
Entretanto, Christian y Sabrina...
¡Vamos! ¿Para qué seguir con esta comedia? Usted no se divierte. Quizá otro día podamos ir a bailar. Hoy creo que ya tengo bastante.
Eso es lo que esperaba que dijera. Y por supuesto, en otra oportunidad, cuando usted haya seguido su plan de curación, aceptaré sus invitaciones.
¿Es cierto eso, Sabrina? ¿Está segura de no desperdiciarme? Usted es maravillosa y yo me he portado como un bruto.



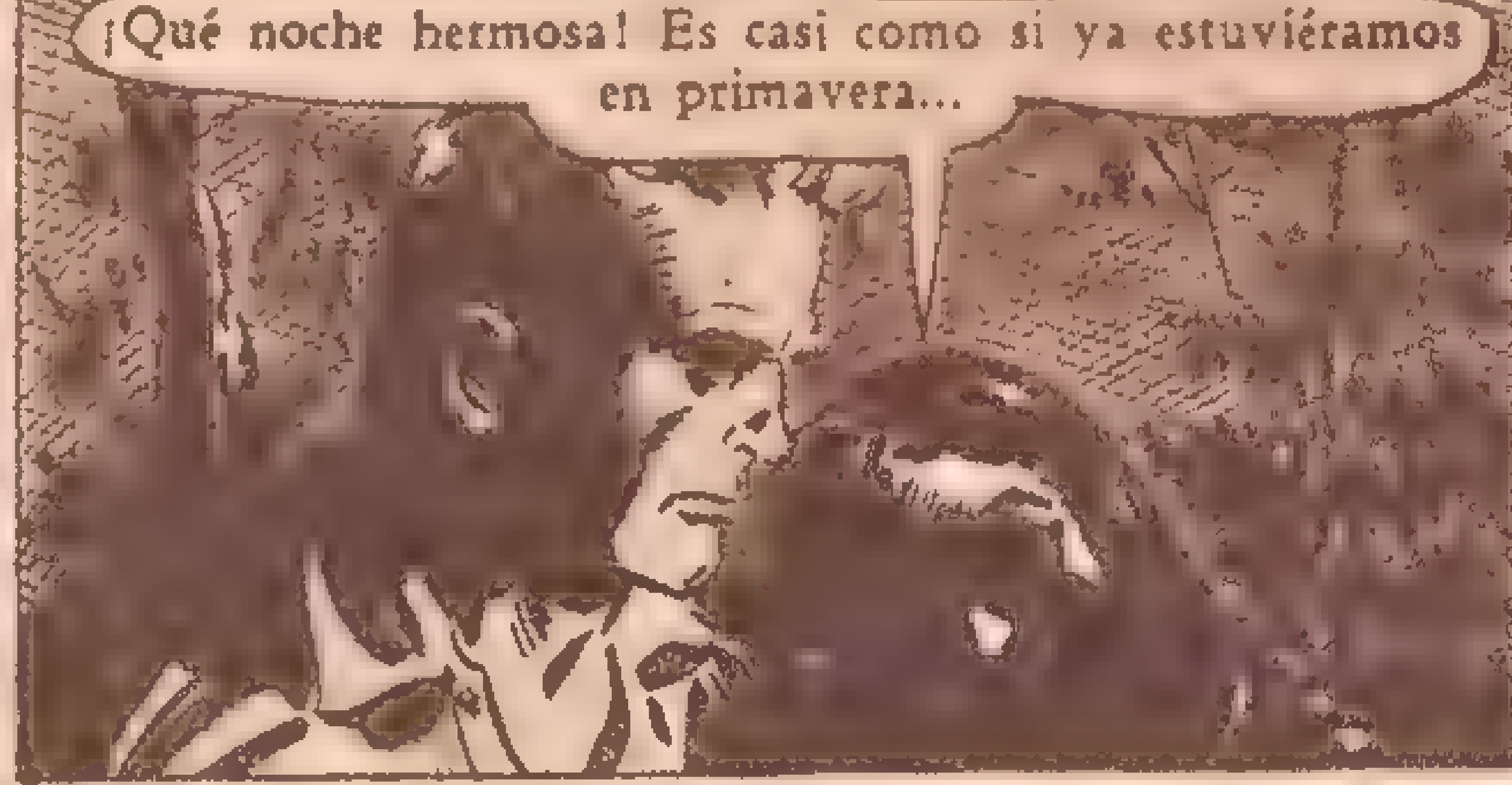








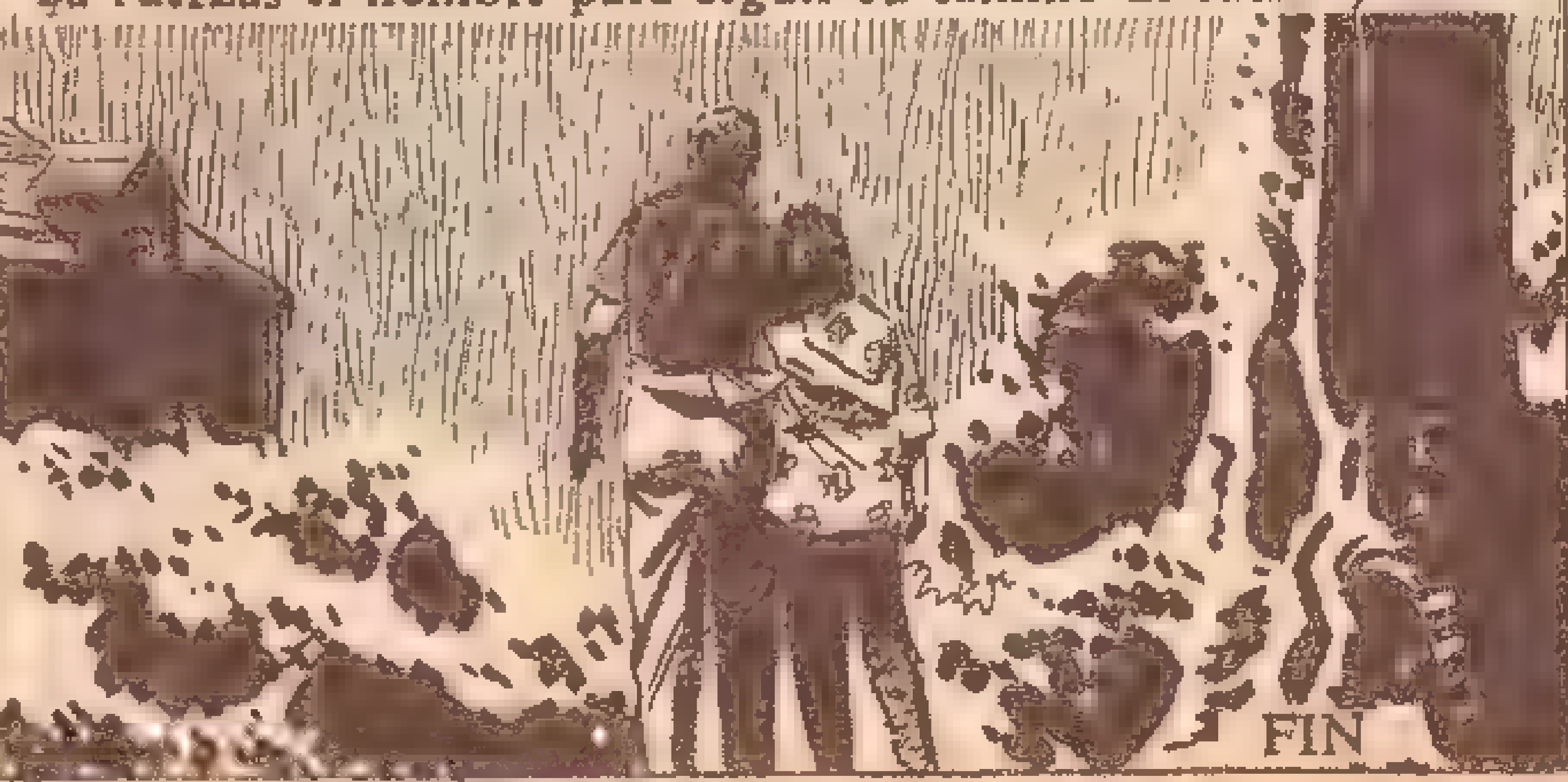
Pese a su dominio, la amargura había asomado a su voz. Porque si Karl Hansen podía curar a muchos, nada podía hacer por su propia esposa, que en un lamentable accidente del auto que él mismo conducía, perdió por completo la vista.



¡Esa primavera cuyos colores y matices nunca más podría contemplar! El rostro de Karl se hizo duro, porque le resultaba todavía difícil aceptar la prueba. Pero como siempre, pensó que su pena no podría ser nunca como la de ella y la besó.



En las noches de Deborah nunca más habría estrellas, pero Karl había llegado a saber que todo esplendor estaba dentro del alma de aquella maravillosa criatura que había aceptado su cruz sin una protesta, sin una lágrima. Y en ella encontraba fuerzas el hombre para seguir su camino de lucha y de fe.




A REIR
—Será mejor que se entregue; ya tengo a su cómplice.
—¿Dónde habré puesto el pececillo mientras limpiaba la pecera?
—No, yo no boxeo, pero no te imaginas cuántas mujeres se fijan en mí cuando los llevo por la calle.

CASI SIEMPRE TE ADORO

por LUISA M. LINARES

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ÁNGEL BORISOFF



Fernanda García y Ferris de Torren era, en opinión de muchos de los habitantes del pueblo de Ensenadas, la chica más difícil de casar en varias millas a la redonda. Y ella lo sabía. Ya en dos ocasiones había tenido sendas desiluciones con dos...

...elegantes muchachos de los que iban a Ensenadas a veranear. Primero el uno, y luego el otro, se habían batido en retirada al conocer las verdaderas circunstancias de la vida de la muchacha. Un tío medio loco con mucho apellido y ninguna peseta...

En el fondo, Nan, que así se llamaba para todos, les había dado la razón. ¿Por qué iban a cargar con ella y con el barón de Ferris de Torren? Porque lo cierto era que ella pasaba con respecto a su tío, que había sido padre y madre para...



...su horfandad, por todos los matices de la furia y el cariño, según las ocasiones. Pero también era cierto que jamás abandonaría a aquel que, siendo muy niña y habiendo muerto sus padres, la había recogido para darle casa, educación y cariño.

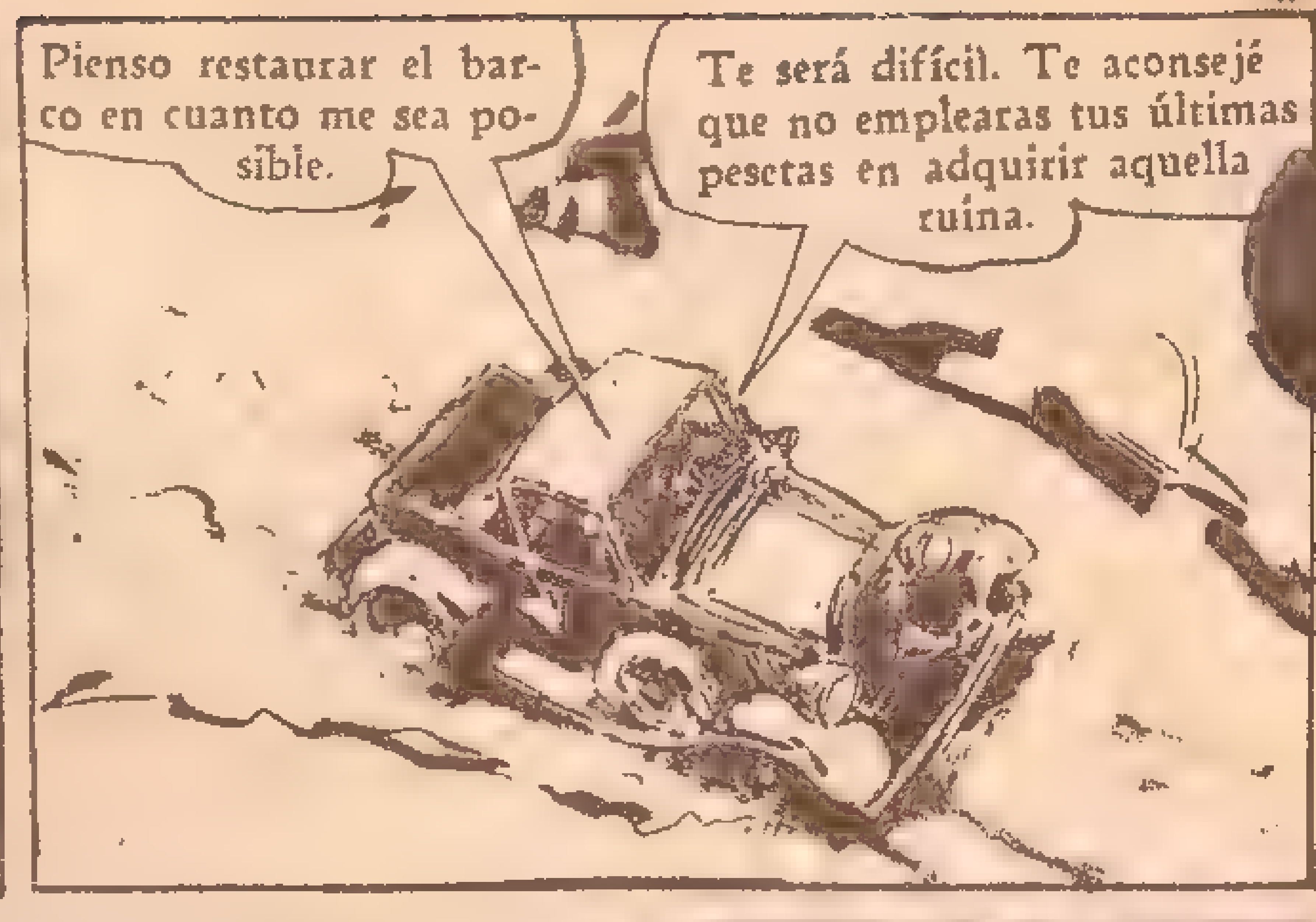
Aquel solterón medio chiflado podía, pues, contar con su sobrina que se dedicaba a desfacer los entuertos que él a diario cometía y a trabajar en el diario de la localidad a fin de ganar unas pesetas que le ayudarían a sostener aquella situación.

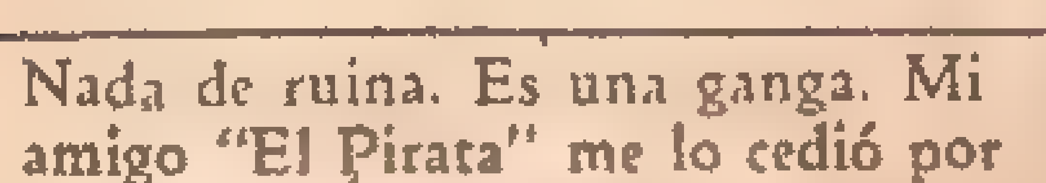


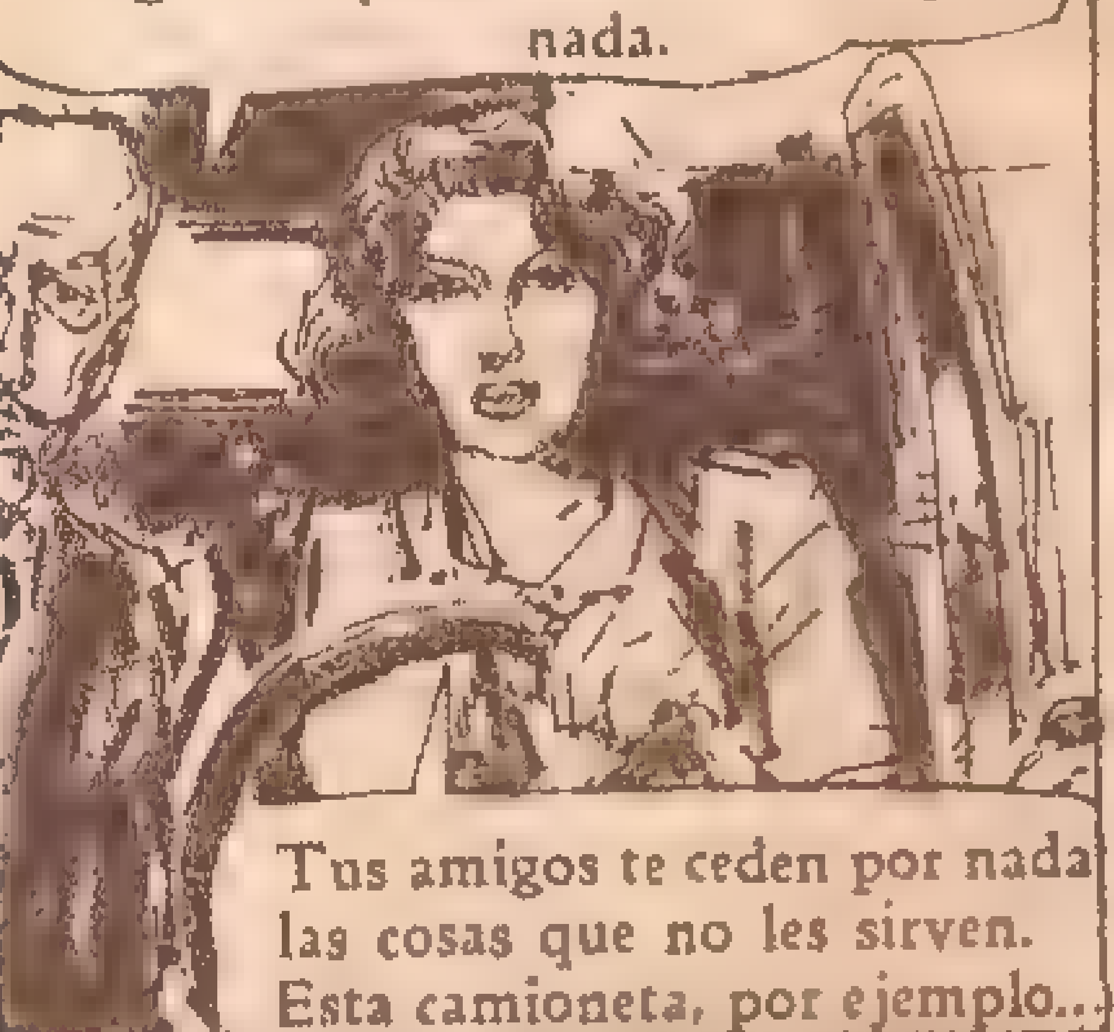


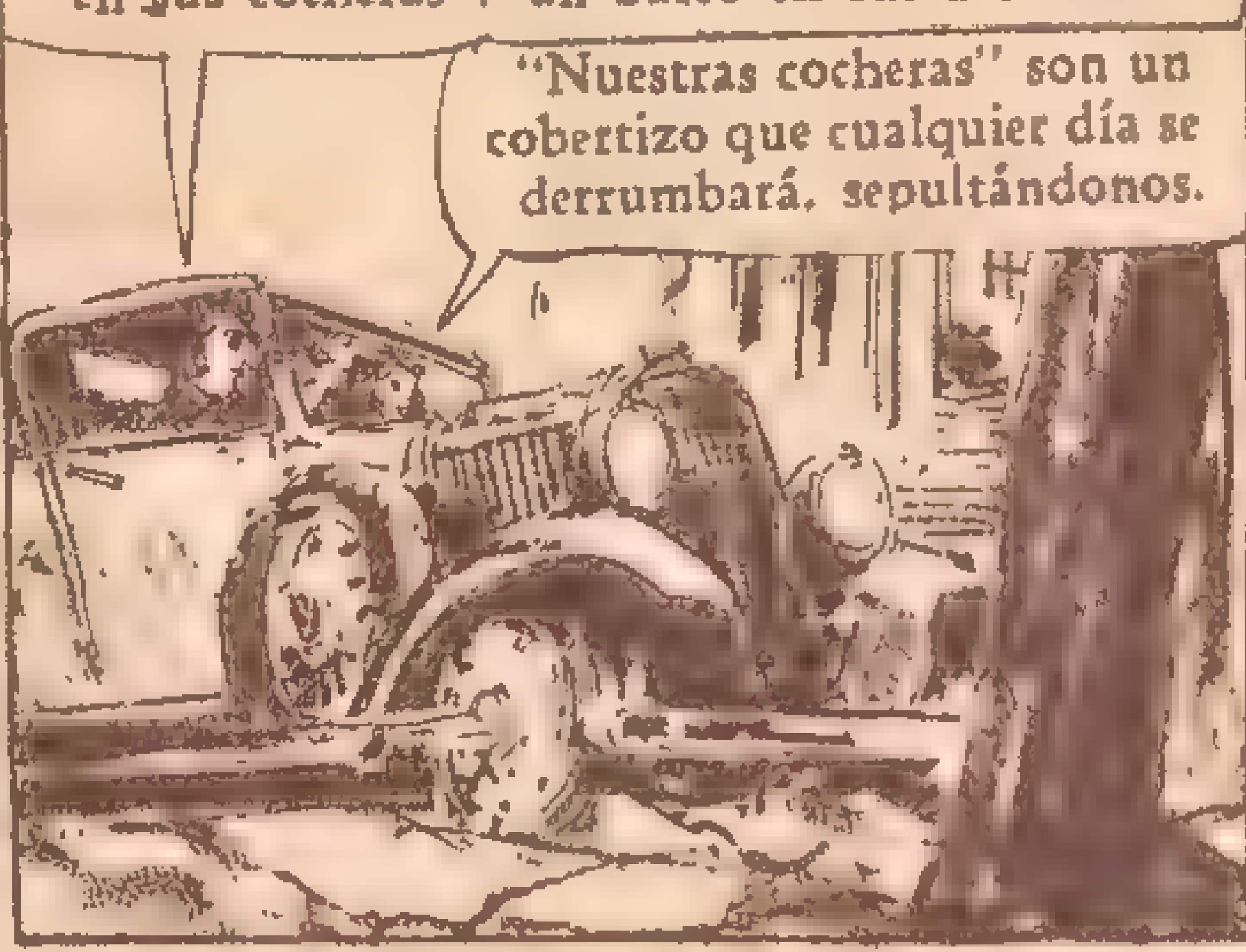
A los cincuenta y ocho años, el barón había ya liquidado la fortuna de sus mayores y sólo le quedaban un caserón y...



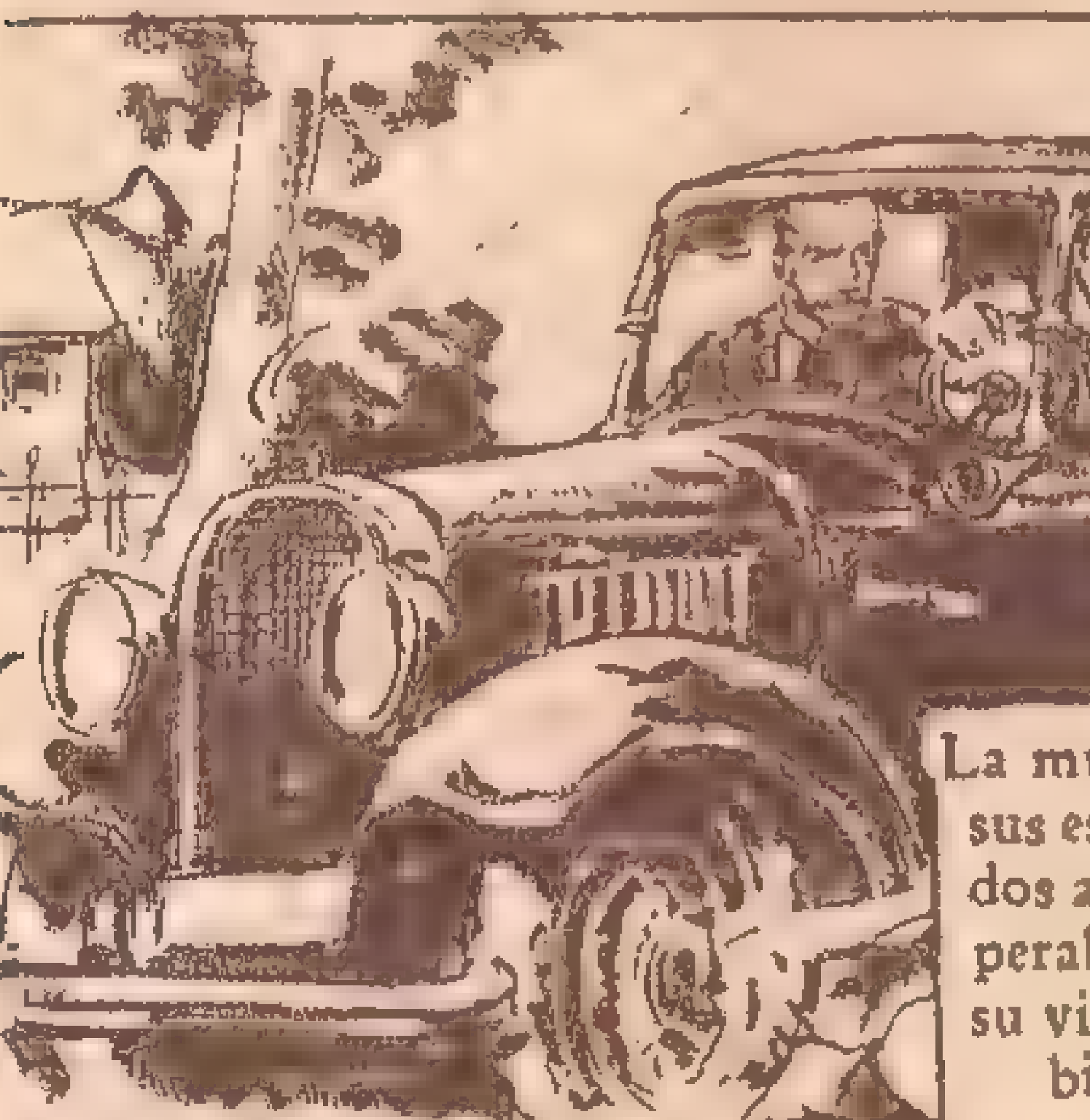












...un cierto margen de tranquilidad y seguridad. Y he aquí que al llegar aquella mañana a la redacción, se encontró con un paquete y una carta para el último señor de Ferris de Torren, de su editor.



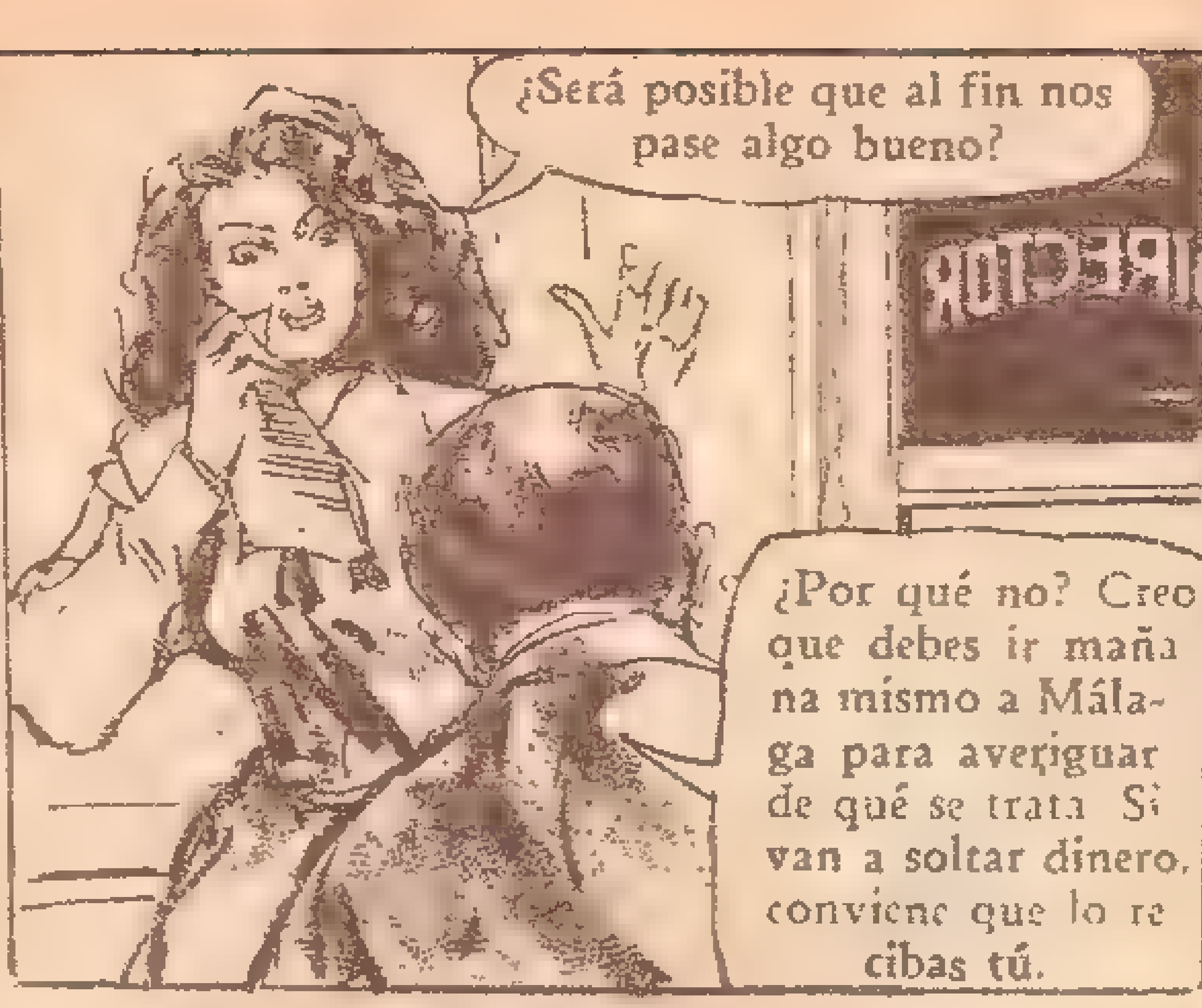


Mientras así hablaba, Nan abría la carta dirigida a su tío. mientras el director que la conocía desde niña le preguntaba:

¿Cómo? ¿Es que no respetas su correspondencia privada?

Nadie abriría sus cartas si yo no lo hiciera. Las deja olvidadas, sin abrir, como señales en los libros.

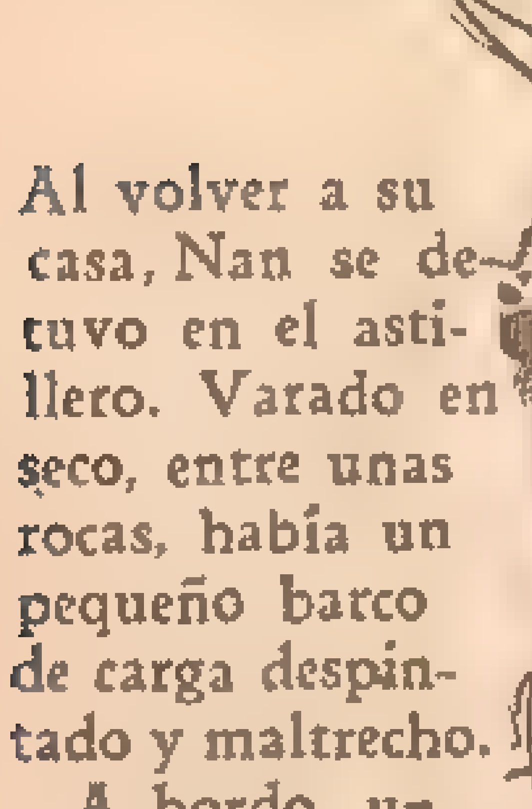

El editor ruega a "tía Amelita" que vaya la antes posible a Málaga para hablarle de un asunto de gran interés.

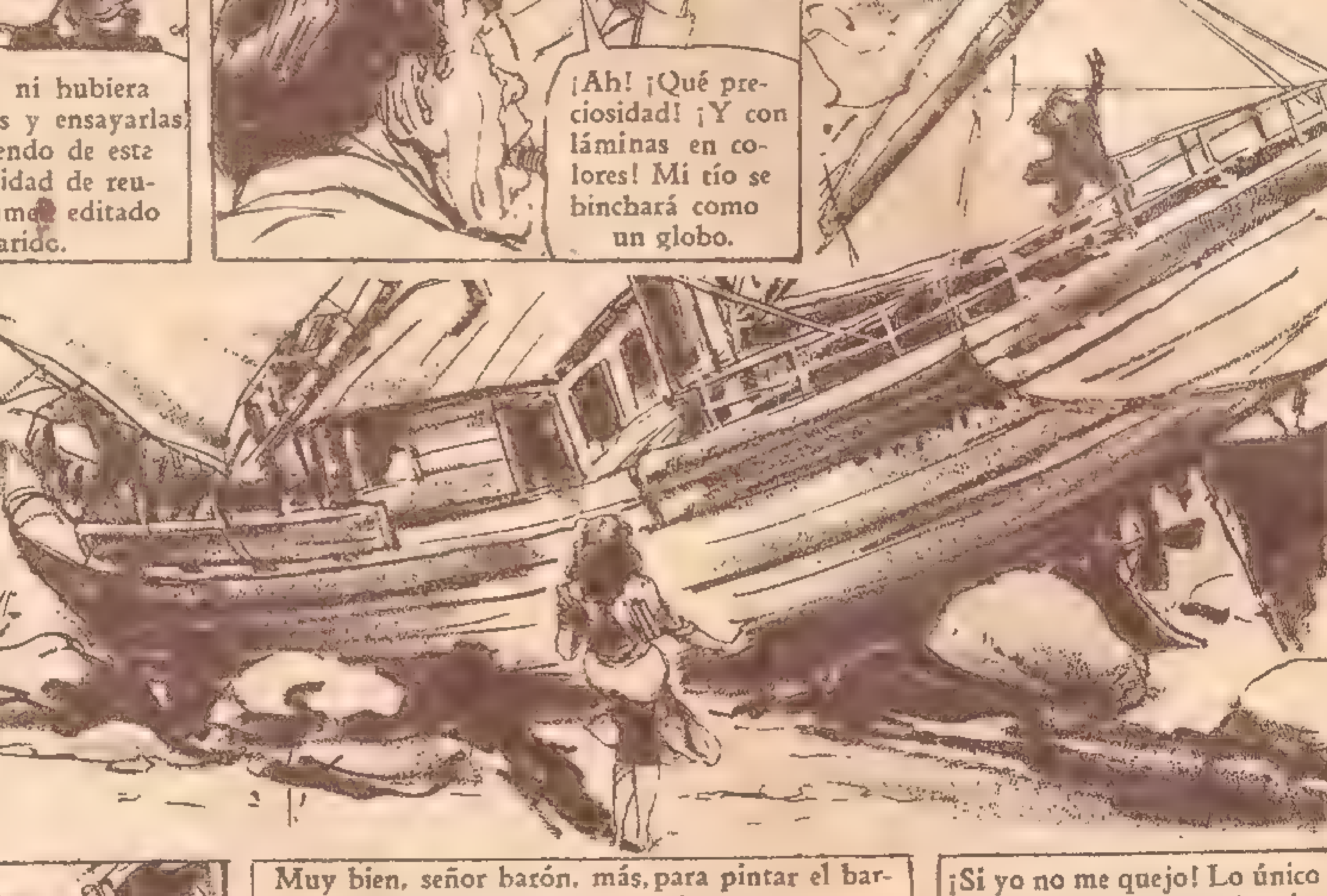

¿Será posible que al fin nos pase algo bueno?
¿Por qué no? Creo que debes ir mañana mismo a Málaga para averiguar de qué se trata. Si van a soltar dinero, conviene que lo recibas tú.

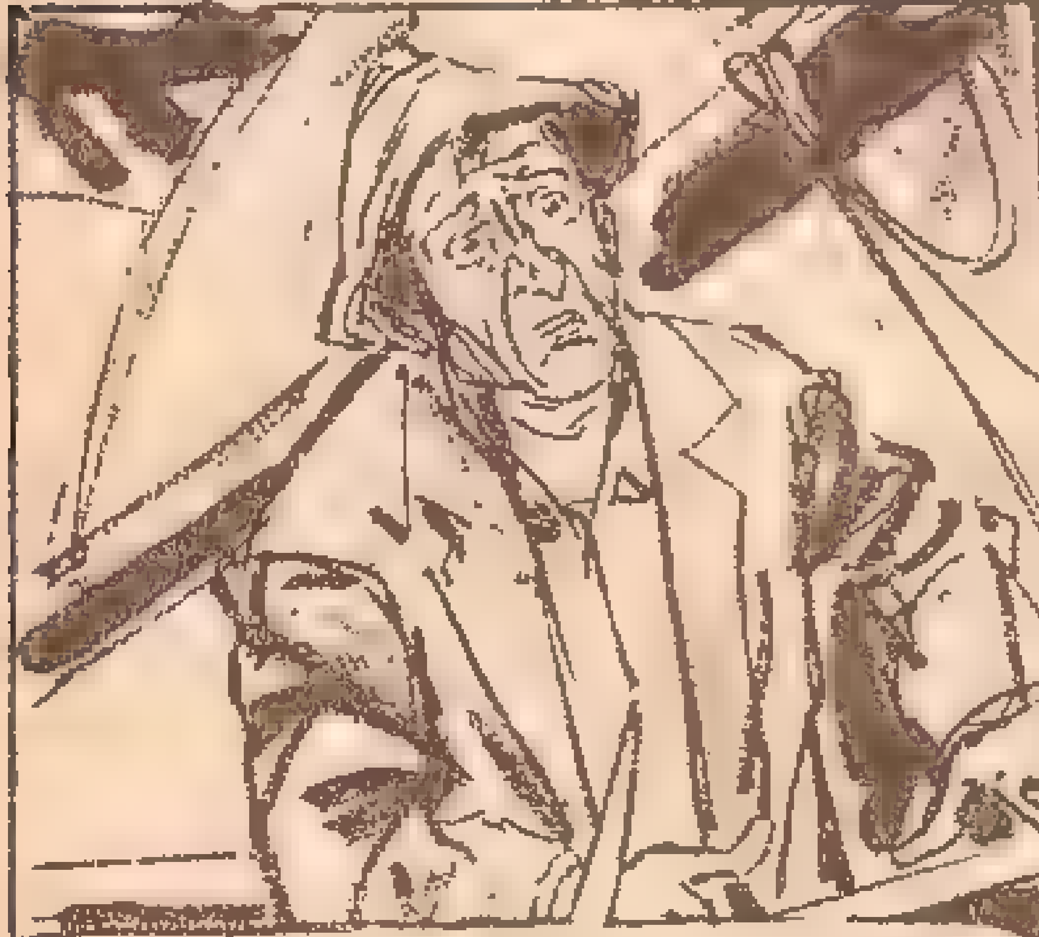

De no haber hecho publicar diariamente en el periódico las recetas de cocina de "tía Amelita", no las hubiera podido leer casualmente la esposa del editor...


...de Ensenadas, ni hubiera podido recortarlas y ensayarlas en su casa, surgiendo de este modo la oportunidad de reunirlas en un volumen editado por su marido.


Abrió el paquete febrilmente, y...
¡Ah! ¡Qué preciosidad! ¡Y con láminas en colores! Mi tío se hinchará como un globo.

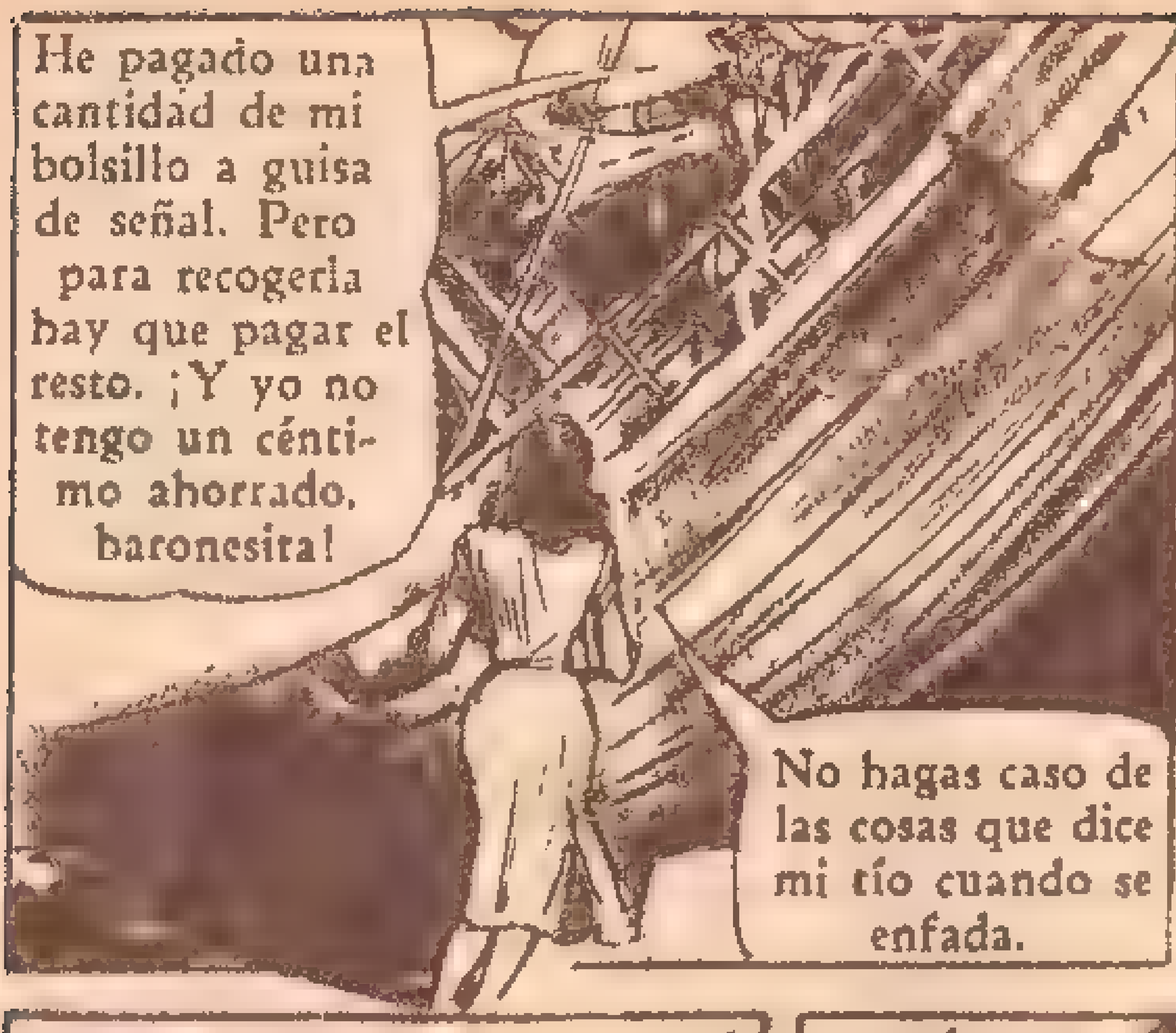



Al volver a su casa, Nan se detuvo en el astillero. Varado en seco, entre unas rocas, había un pequeño barco de carga despintado y maltrecho. A bordo, un hombrecillo desgarbado agitó los brazos con grandes aspavientos.


¿Sabes lo que me dijo, Nan? "Cierra la boca, Puñaladas". ¿De dónde quiere que saque una plancha metálica de seis y medio por tres? Y entonces yo le dije:


Muy bien, señor barón, más, para pintar el barco, necesito brocha y pintura.
No sé qué sería de mí sin tu ayuda, Puñaladas. Eres un genio y estamos abusando de que tienes un corazón muy grande.

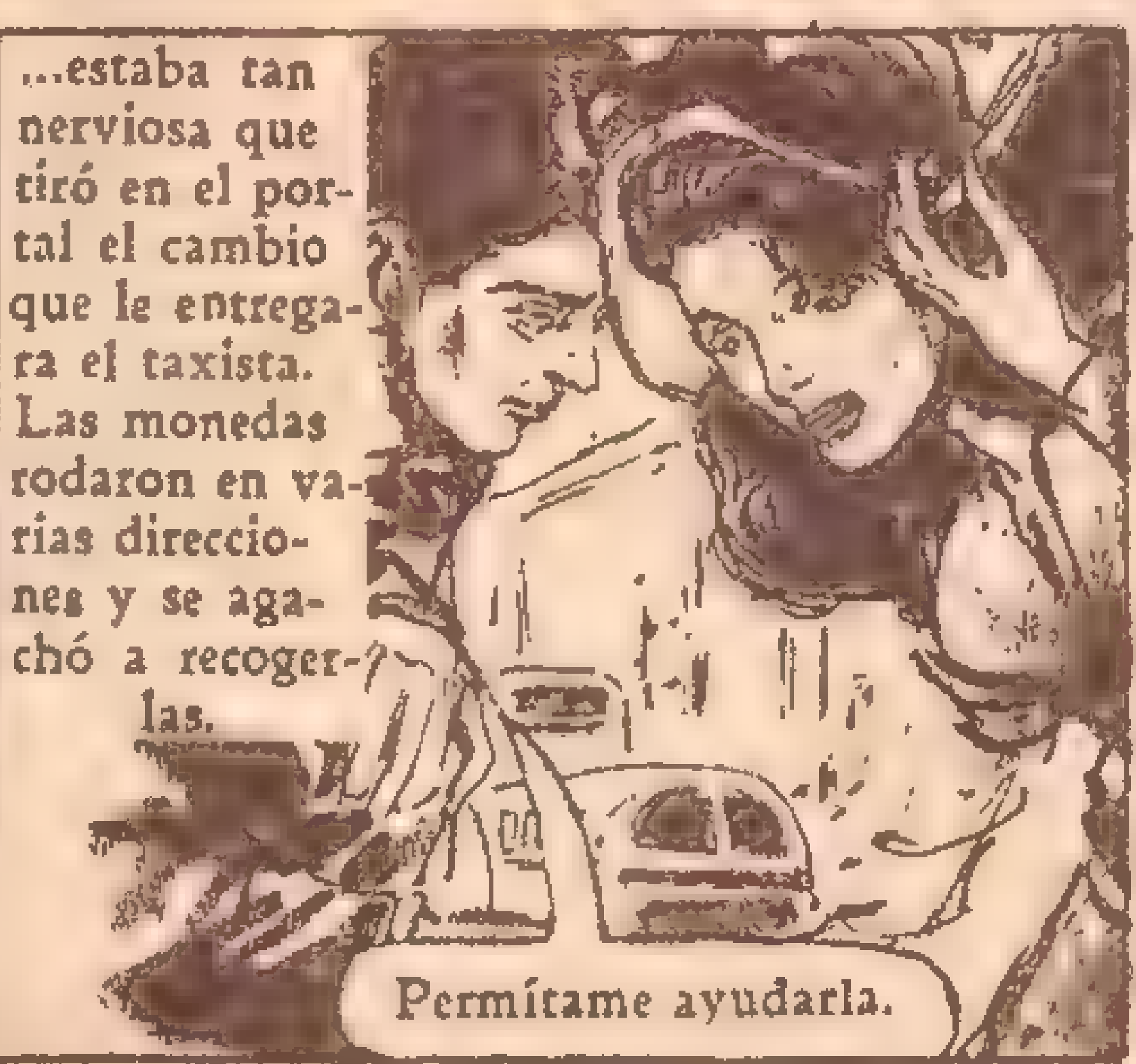

¡Si yo no me quejo! Lo único que pido es que me den elementos para trabajar.





Cuando nuestra chica bajaba al día siguiente del taxi que había tomado en la terminal de los ómnibus que llegaban de Ensenadas, y...







..."Ediciones A.S.I.A." Su compañero de ascensor empujó aquella puerta, y luego se alejó por un amplio pasillo, dejándola sola en el vestíbulo.









Nan tomó asiento en un mullido sofá. Se alegraba de poder descansar un poco y recobrar ánimos antes de la entrevista. No estaba acostumbrada a celebrar visitas de negocios. Aquella sería la primera, y se sentía nerviosa.



Tenía que afrontar aquella responsabilidad, porque su tío, caprichosamente, tal vez porque habiendo discutido con Puñaladas y Nan se había puesto de parte de éste último, decidió con indiferencia implacable, negarse...



...a revelar al editor su auténtica personalidad. En vista de ello, Nan, con heroica resolución, echó sobre sus juveniles hombros la personalidad de "Tía Amelita", dispuesta a no perder lo que podría ser un manantial de ganancias.





Don Miguel, el director del periódico y doña Niní, la maestra de Ensenadas que finalizadas las clases en la escuela les daba una manito en la redacción, habían apoyado aquella decisión, y con sus mejores augurios y bendiciones partió de Ensenadas.

Ya en el ómnibus oía el tableteo de las máquinas de escribir. Sacó un papel y comenzó a echar cuentas anotando todo lo que haría si tenía la suerte de que el editor le pagase.



Necesitaban ante todo comprar pintura para el barco, la plancha metálica, pagar el sueldo de la cocinera, liquidar la inagotable factura del fontanero, remediar al pobre Puñaladas...



Naturalmente, eran indispensables millones de cosas más, que prefería no anotar. Desalentada, se revolvió en el asiento. Ni con diez libros de cocina resolvería la situación

¿Haciendo cuentas?

La voz que habló a su lado era la del joven que la había ayudado a recoger las monedas: su compañero de ascensor. Nan enrojeció guardando el papel precipitadamente.

¿Puedo hacerle compañía? Yo soy Rafael Soto, para servirla.















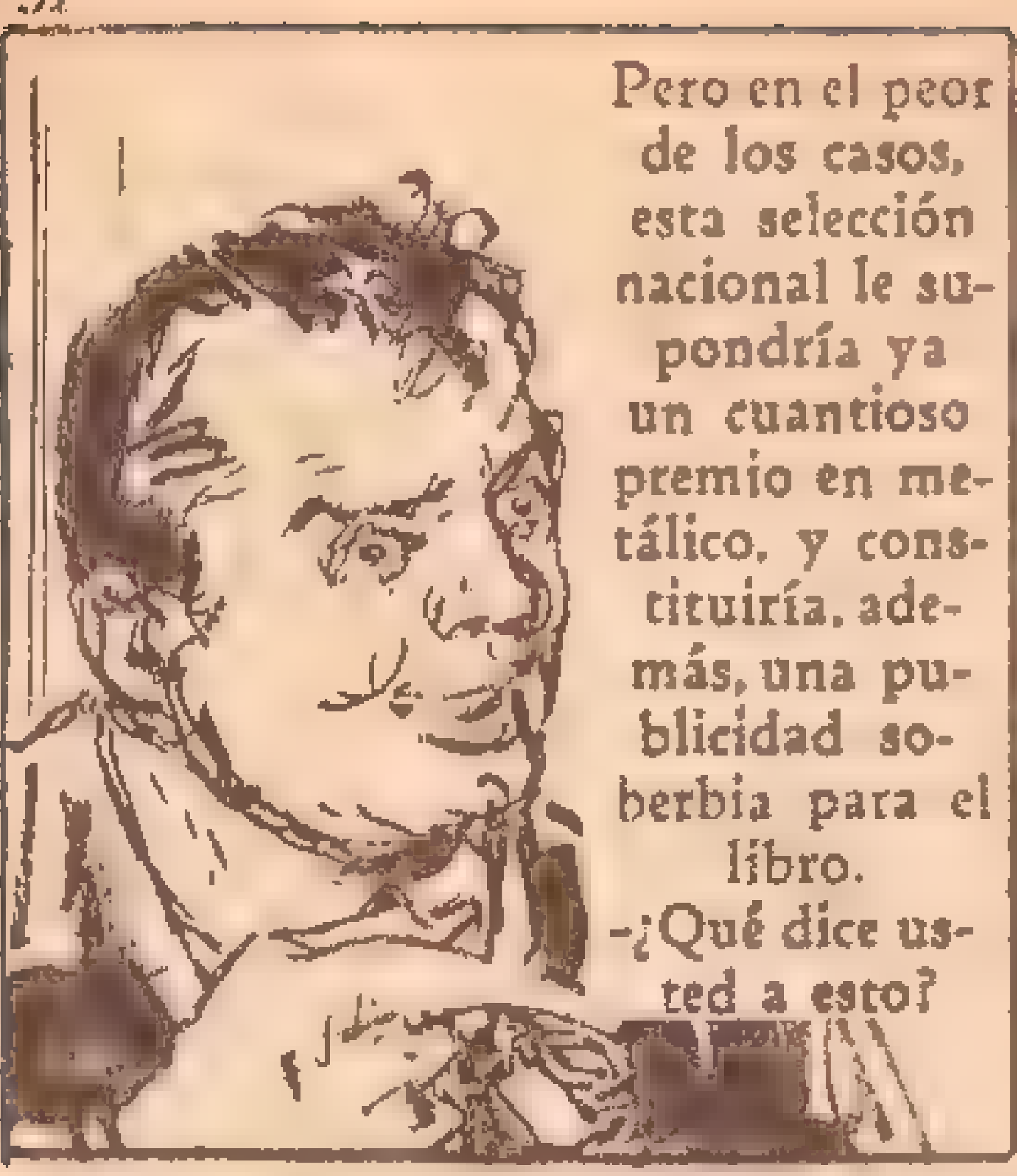




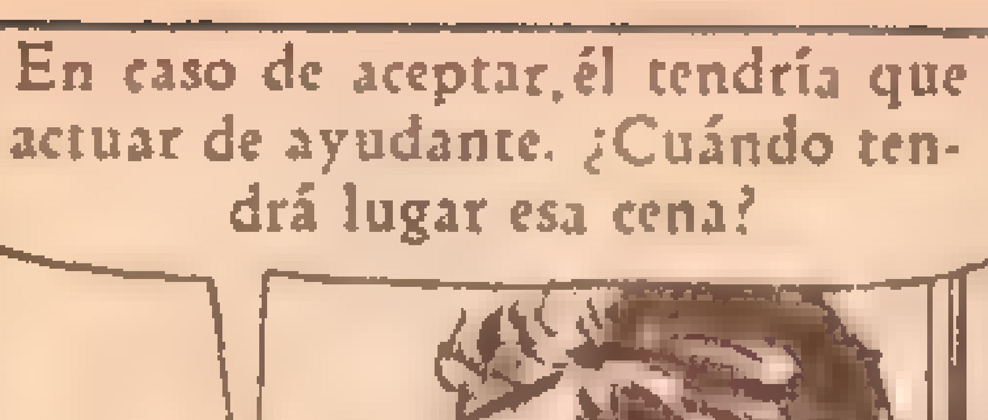
De puro sorprendida, Nan apenas podía hablar.

¿A mí? ¿Ofrecerme qué?... ¿Una comida en ese Congreso? No entiendo...




Pero en el peor de los casos, esta selección nacional le supondría ya un cuantioso premio en metálico, y constituiría, además, una publicidad soberbia para el libro.
-¿Qué dice usted a esto?


Hizo un gesto elegante con las manos, como si pusiera a sus pies un extraordinario lote de dinero, éxitos y gloria. Nan empezó a sentirse aquejada de raros temblores.
Dinero... Claro que me gustaría ganarlo... Me... me encantaría.

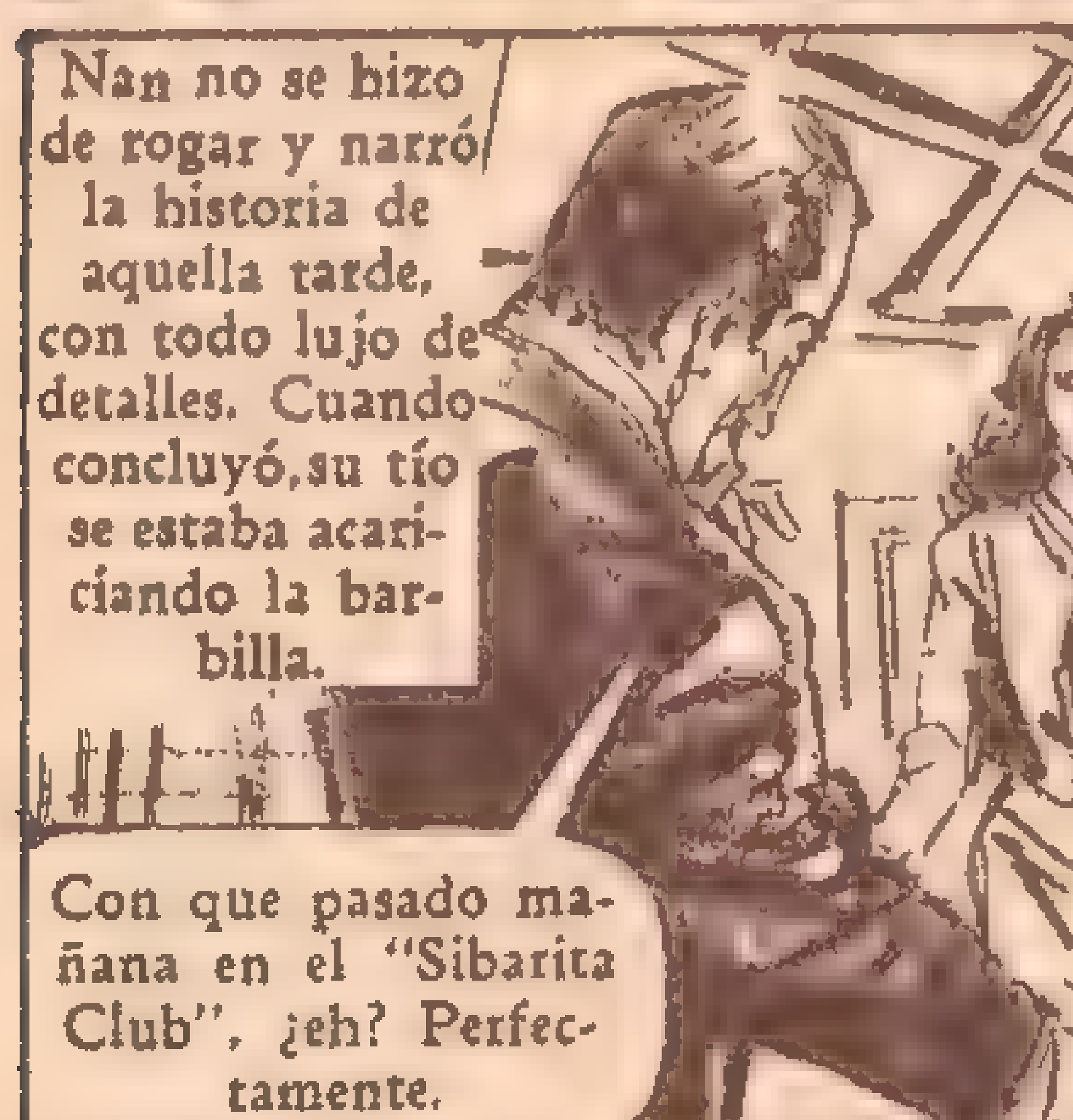

En caso de aceptar, él tendría que actuar de ayudante. ¿Cuándo tendrá lugar esa cena?


Debe decidirse, ya que se nos ha ocurrido la idea con retraso.


El banquete está fijado para pasado mañana por la noche. ¿Podría darnos la respuesta esta misma noche?


Nan estaba aturdida y deseando salir al aire libre para pensar con un poco de calma. Pero por lo visto no podría hacerlo todavía por un rato, por lo menos en soledad. La voz de Rafael Soto decía a su lado:
La llevaré en mi coche hasta la estación del ómnibus.


Y esa noche en casa de los Ferris de Torren...
Bien, ¿qué te dijo ese pirata?

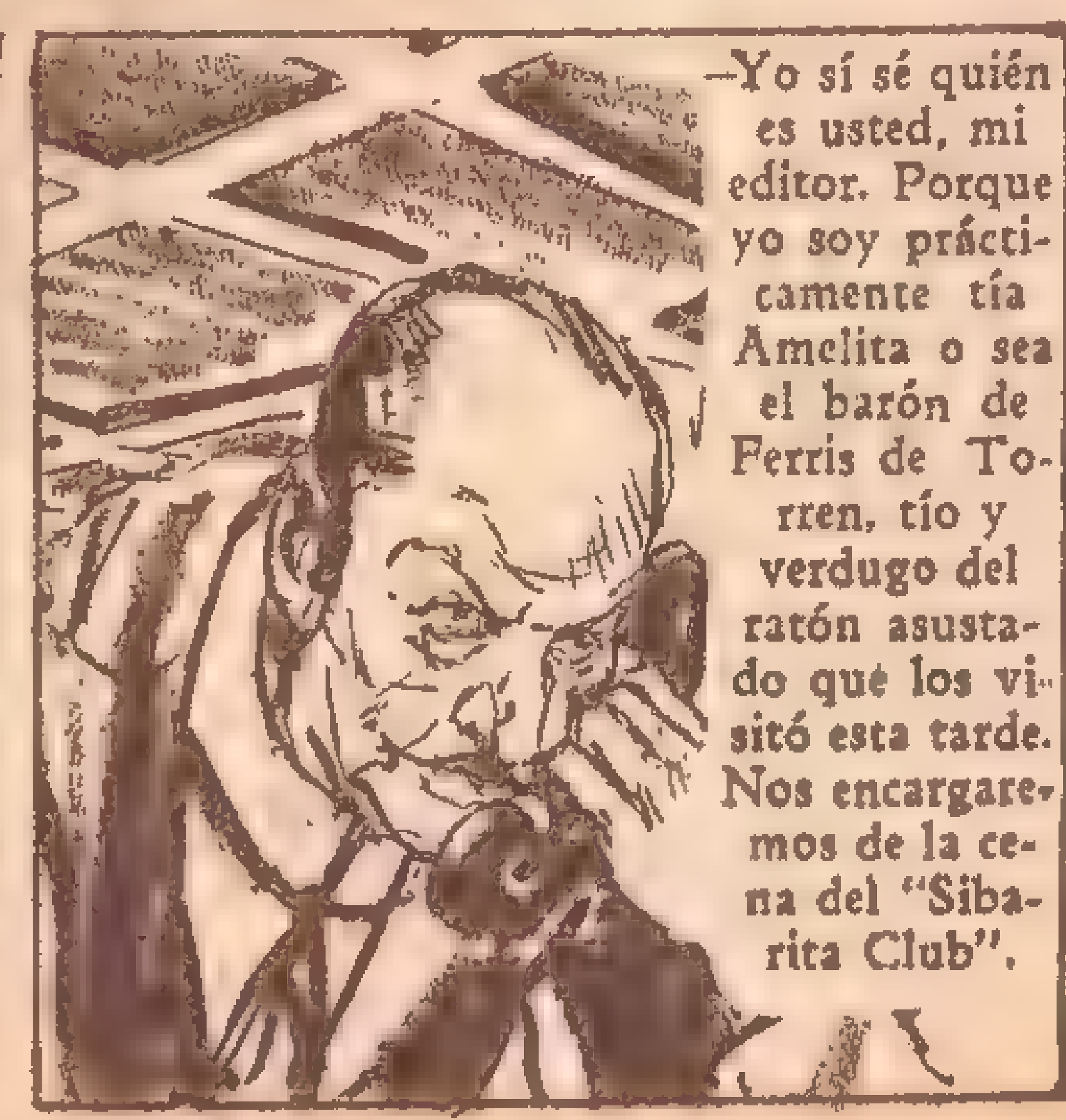

Nan no se hizo de rogar y narró la historia de aquella tarde, con todo lujo de detalles. Cuando concluyó, su tío se estaba acariciando la barbilla.
Con que pasado mañana en el "Sibarita Club", ¿eh? Perfectamente.


Llama a Mágala y dile a tu grupo de majaderos que aceptas el encargo y que tu tío te acompañará como ayudante. ¿No te hace gracia, Fernanda?


De pronto se interrumpió...
Hablaré yo mismo con esos señores. Será mejor. Pide esa conferencia, sobrina.


Sin saber si alegrarse o echarse a temblar por el triunfo logrado, Nan se acercó al aparato. Poco después decía:
Están al habla

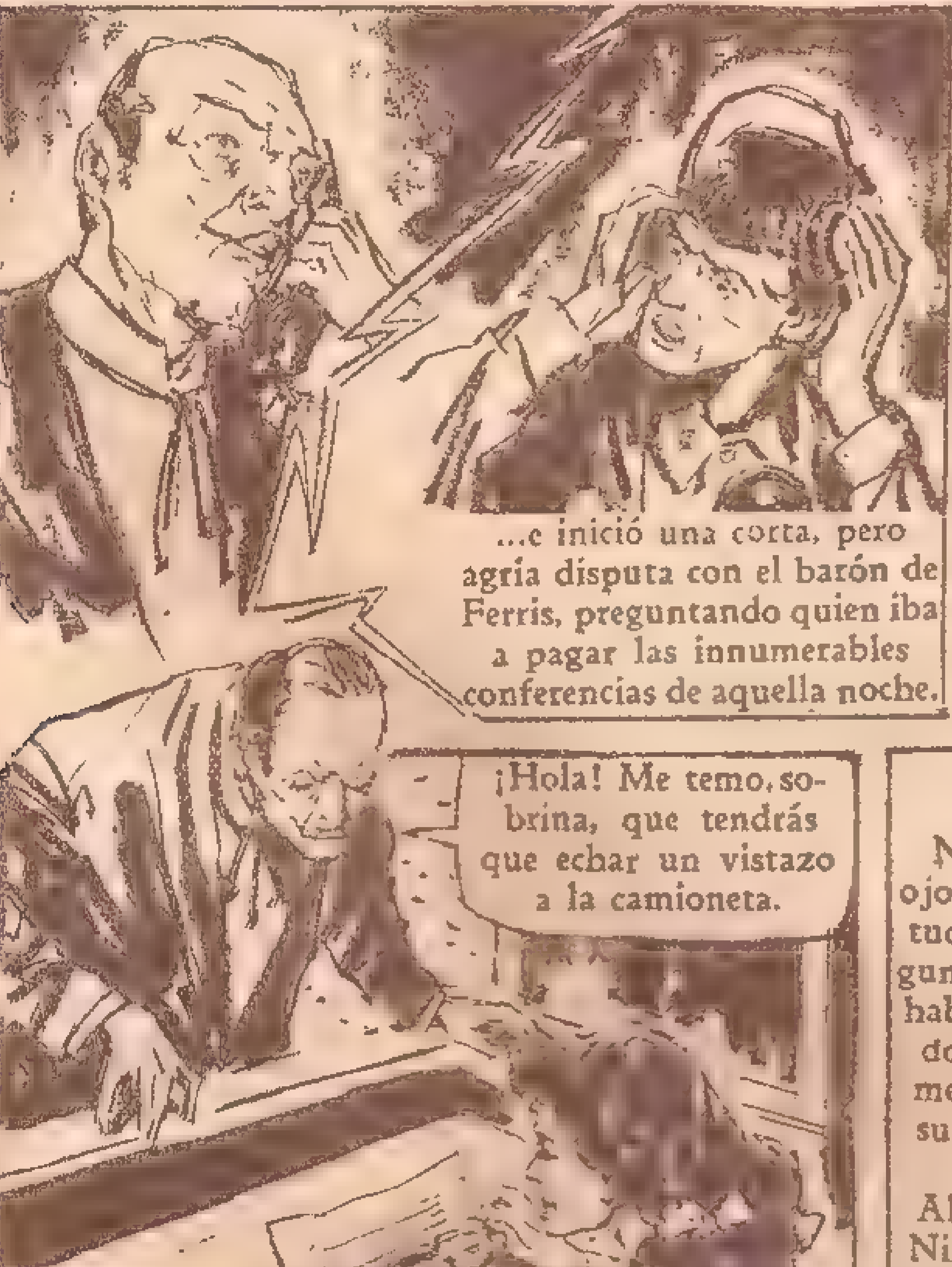

Con gesto altivo, el barón tomó el auricular.
Habla el barón de Ferris de Torren. ¿Cómo? ¿No sabe usted quién soy?


-Yo sí sé quién es usted, mi editor. Porque yo soy prácticamente tía Amelita o sea el barón de Ferris de Torren, tío y verdugo del ratón asustado que los visitó esta tarde. Nos encargaremos de la cena del "Sibarita Club".


Ya verá cómo nos divertiremos juntos en París. Sí, perfectamente. Volveré a llamarle dentro de media hora para facilitarle el menú.

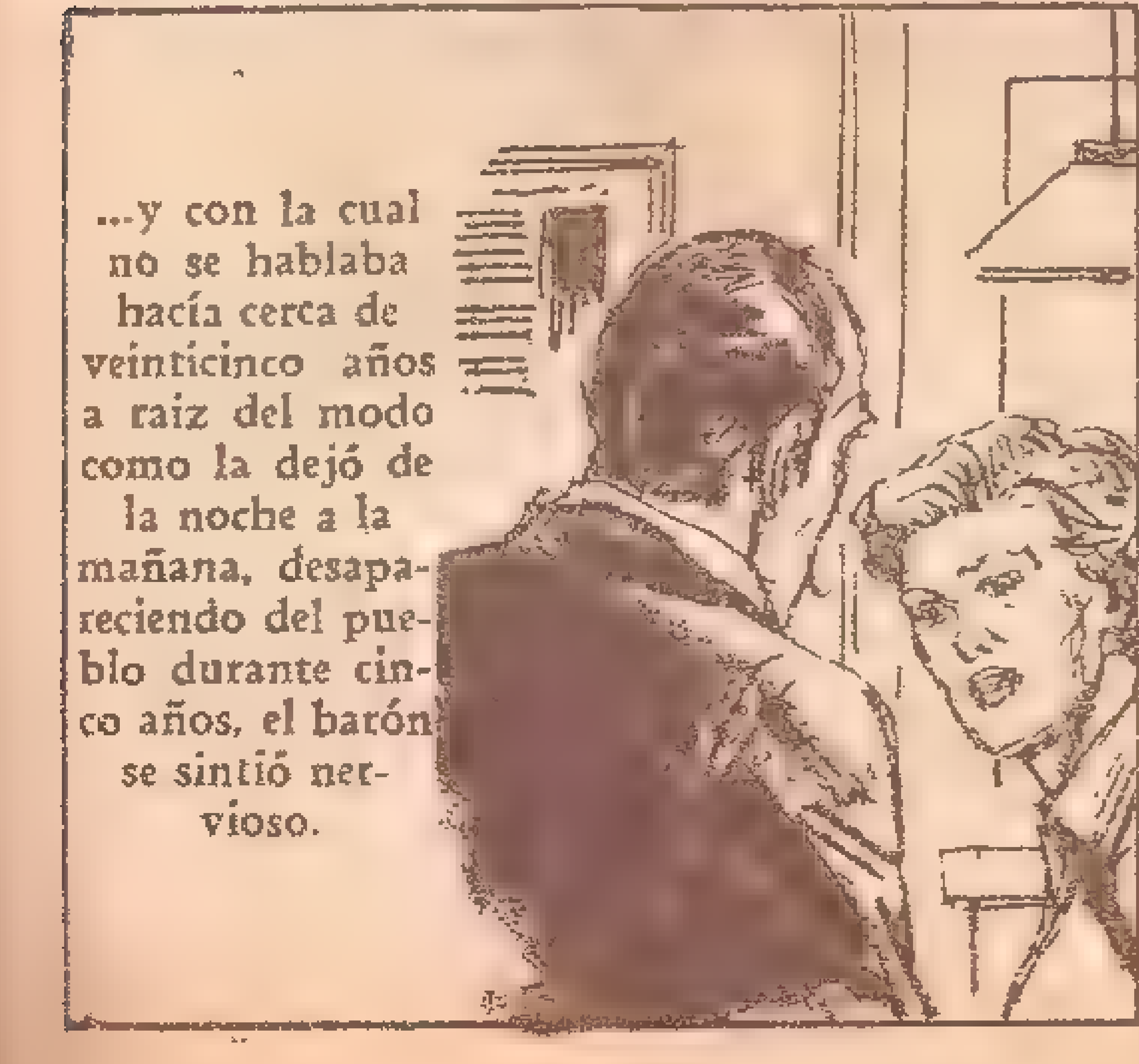

También haré una nota indicando cuanto necesito. Sí, telefonearé más tarde. No, no dejaré de hacerlo. Hasta luego, señor Aparicio.


No dejó de llamar en efecto. El barón de Ferris de Torren se apoderó del teléfono y mantuvo en perpetuo estado de alarma a la telefonista de Ensenadas. A las dos de la madrugada, la resistencia física de dicha señorita sufrió un colapso...

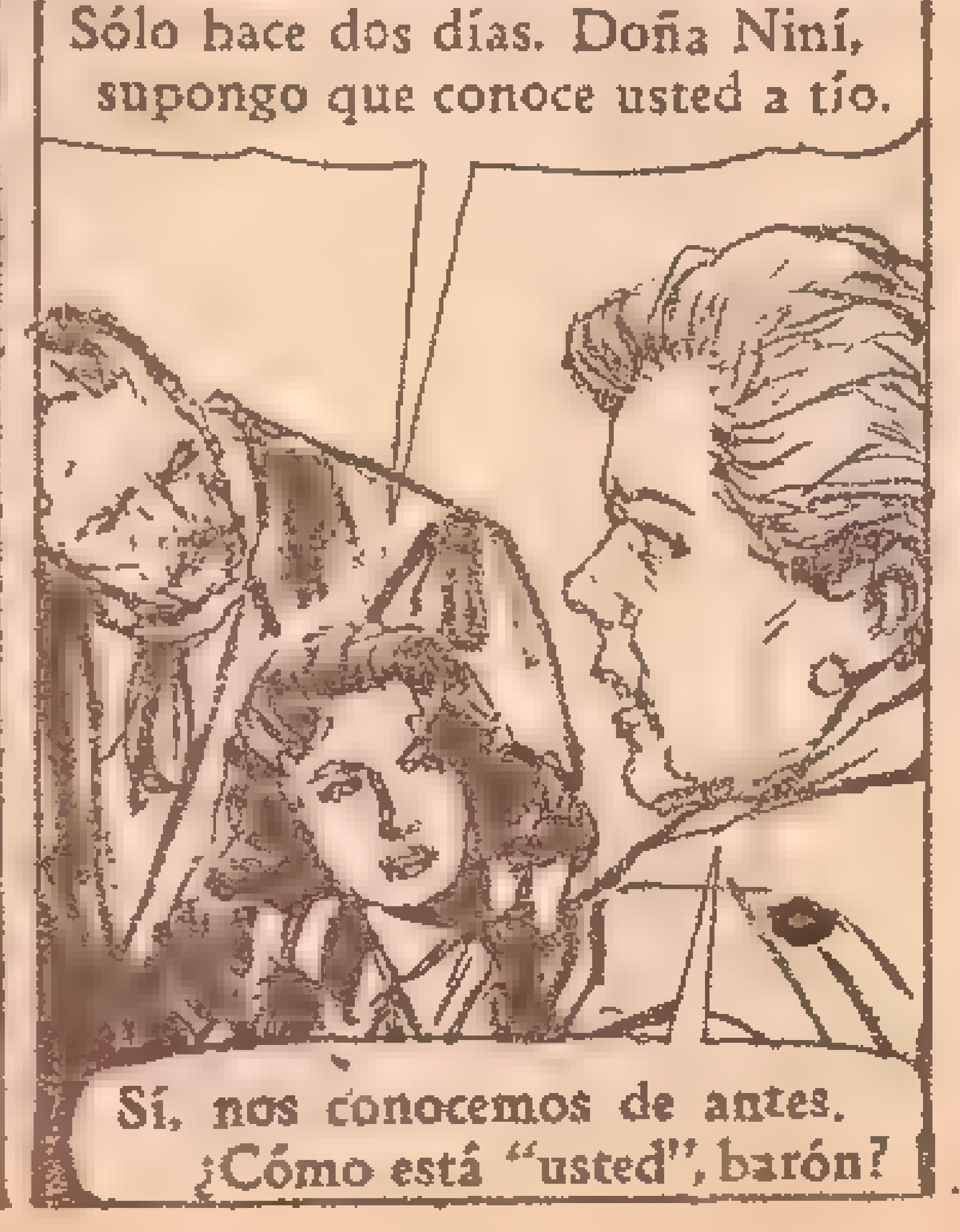

...e inició una corta, pero agria disputa con el barón de Ferris, preguntando quien iba a pagar las innumerables conferencias de aquella noche.
¡Hola! Me temo, sobrina, que tendrás que echar un vistazo a la camioneta.


A la mañana siguiente, Nan echaba ojeadas hacia el mar y la playa. De pronto, aquel panorama desapareció de sus ojos obstruidos por la figura de su tío.

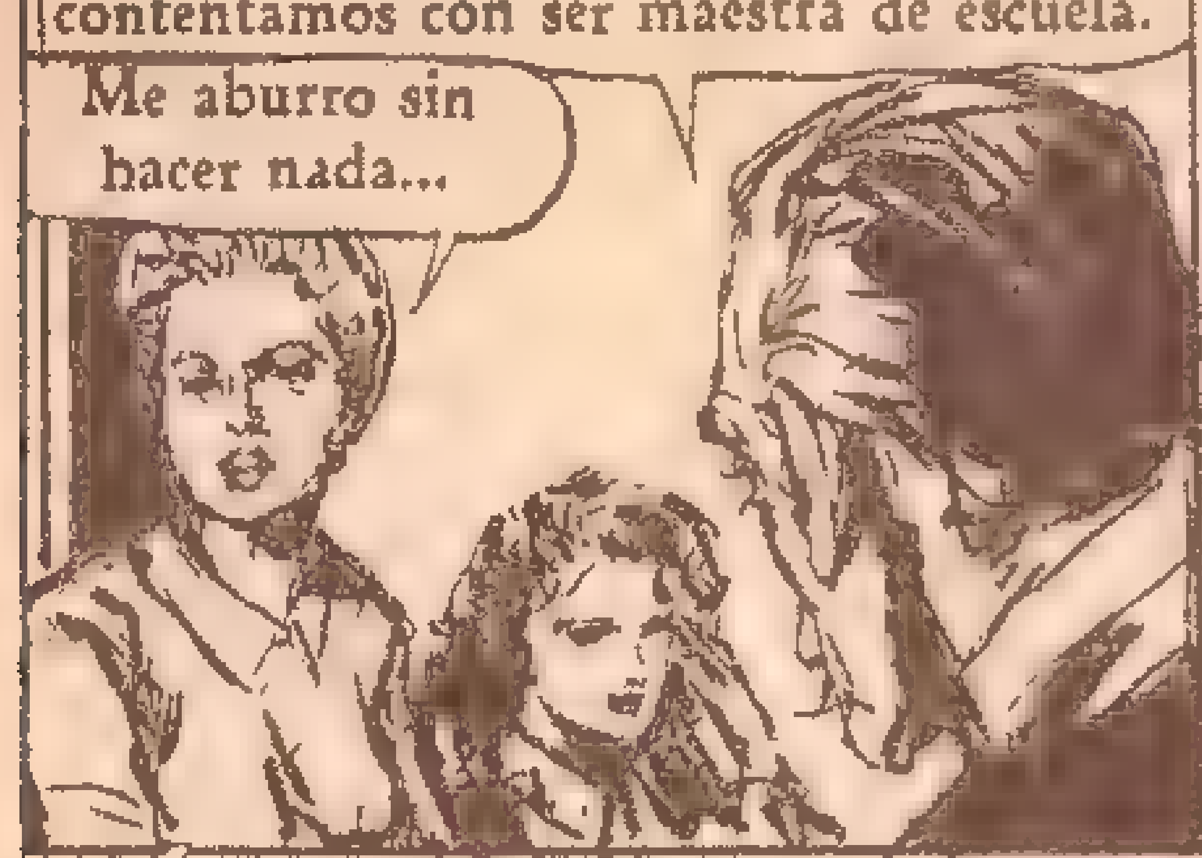

Nan alzó los ojos con inquietud e iba a preguntarle si ya la había destrozado definitivamente, cuando su tío desapareció.
Al ver a doña Niní, de quien había sido antiguo novio...


...y con la cual no se hablaba hacía cerca de veinticinco años a raiz del modo como la dejó de la noche a la mañana, desapareciendo del pueblo durante cinco años, el barón se sintió nervioso.


¿No saludas a doña Niní?
¿Doña Niní? No me dijiste que estaba contigo en el periódico...


Sólo hace dos días. Doña Niní, supongo que conoce usted a tío.
Sí, nos conocemos de antes. ¿Cómo está "usted", barón?













Mientras tanto, silenciosamente, Nan salía de la oficina soñando con que, si ella no se casaba nunca, quizá todavía doña Niní fuera capaz de cargar con su tío. Y casado con aquella mujer tan sensata, aún podía el barón mejorar un poco.



Con tales ilusiones llegó hasta la camioneta abandonada. Y estaba inclinada sobre el motor de la misma cuando oyó una voz a su espalda que la hizo sobresaltarse.

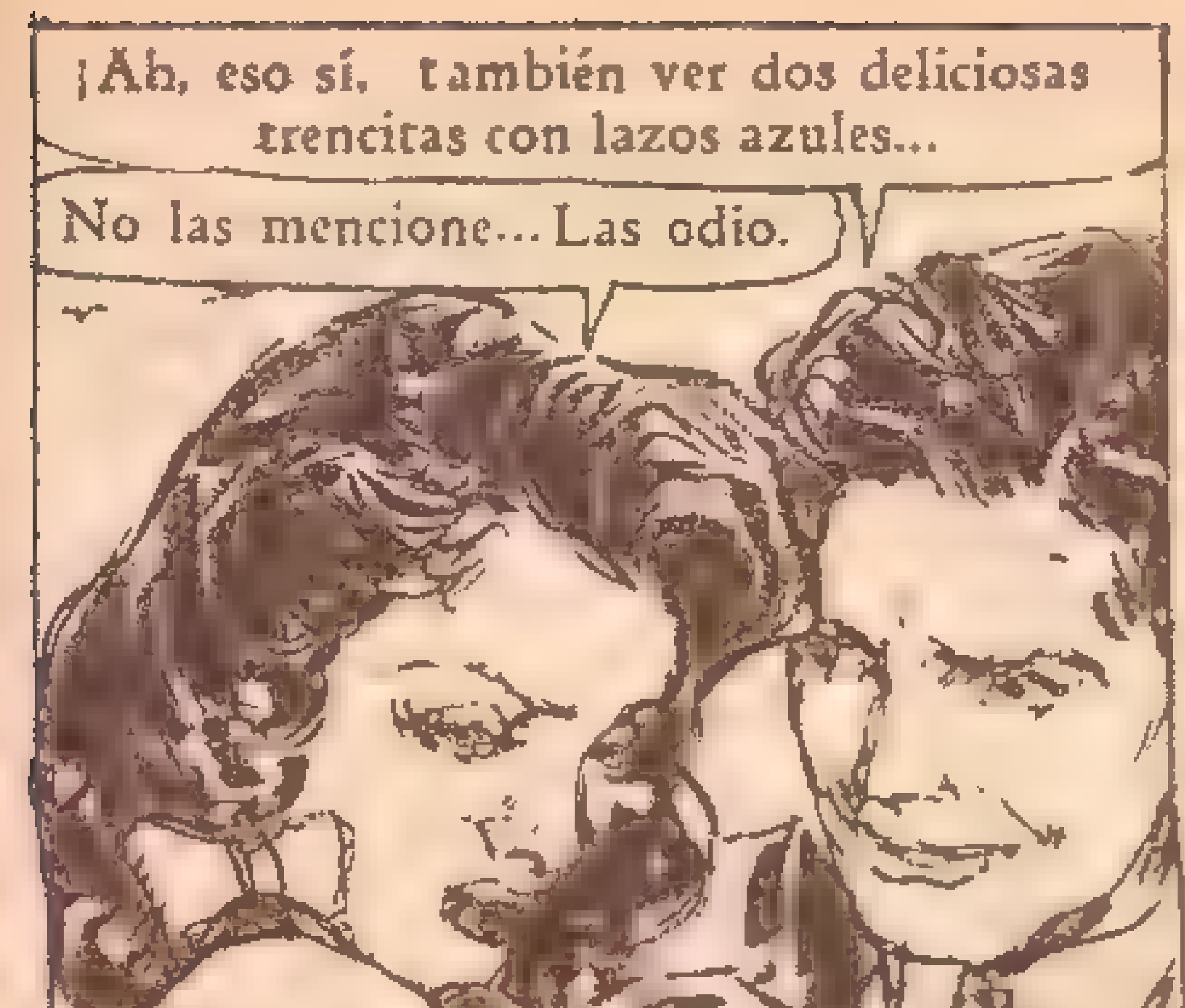
¿Qué tal, tía Amelita?...





Nan había por fin recuperado la voz para contestar el saludo. Pero íntimamente estaba maldiciendo los viejos pantalones que llevaba puestos y su pelo recogido en dos trenzas absurdas.

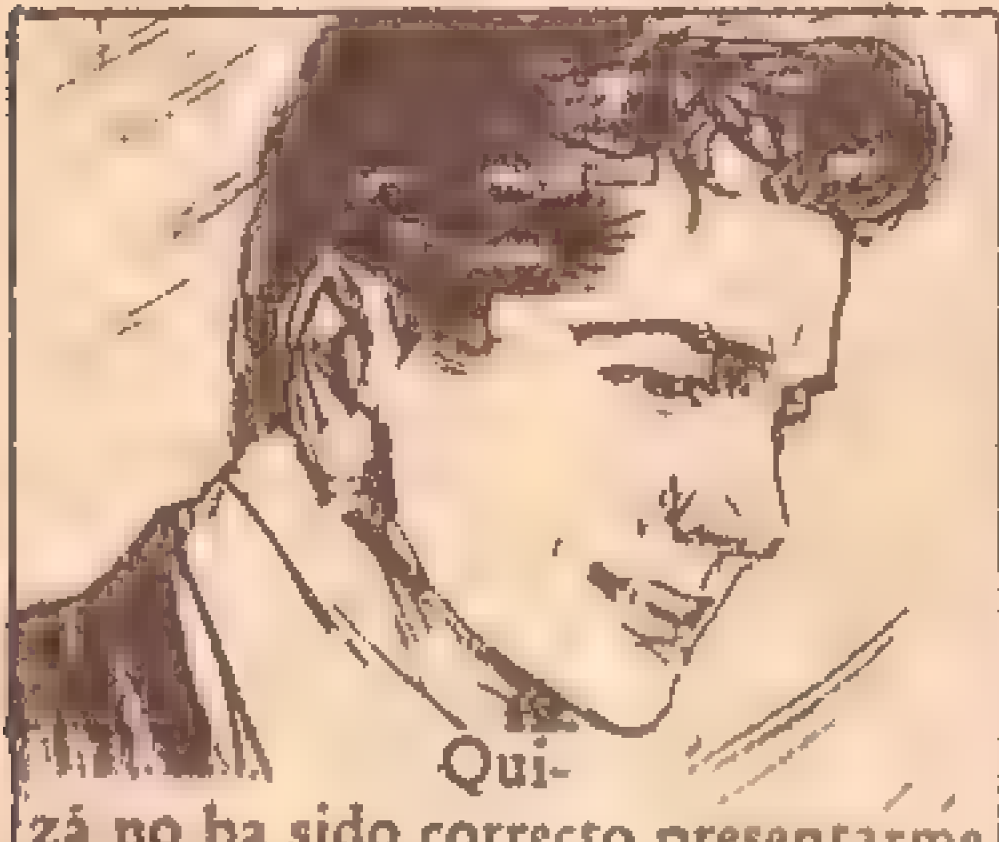








Repentinamente Nan había decidido dejar a un lado sus complejos. En el fondo estaba contenta de ver allí a Rafael



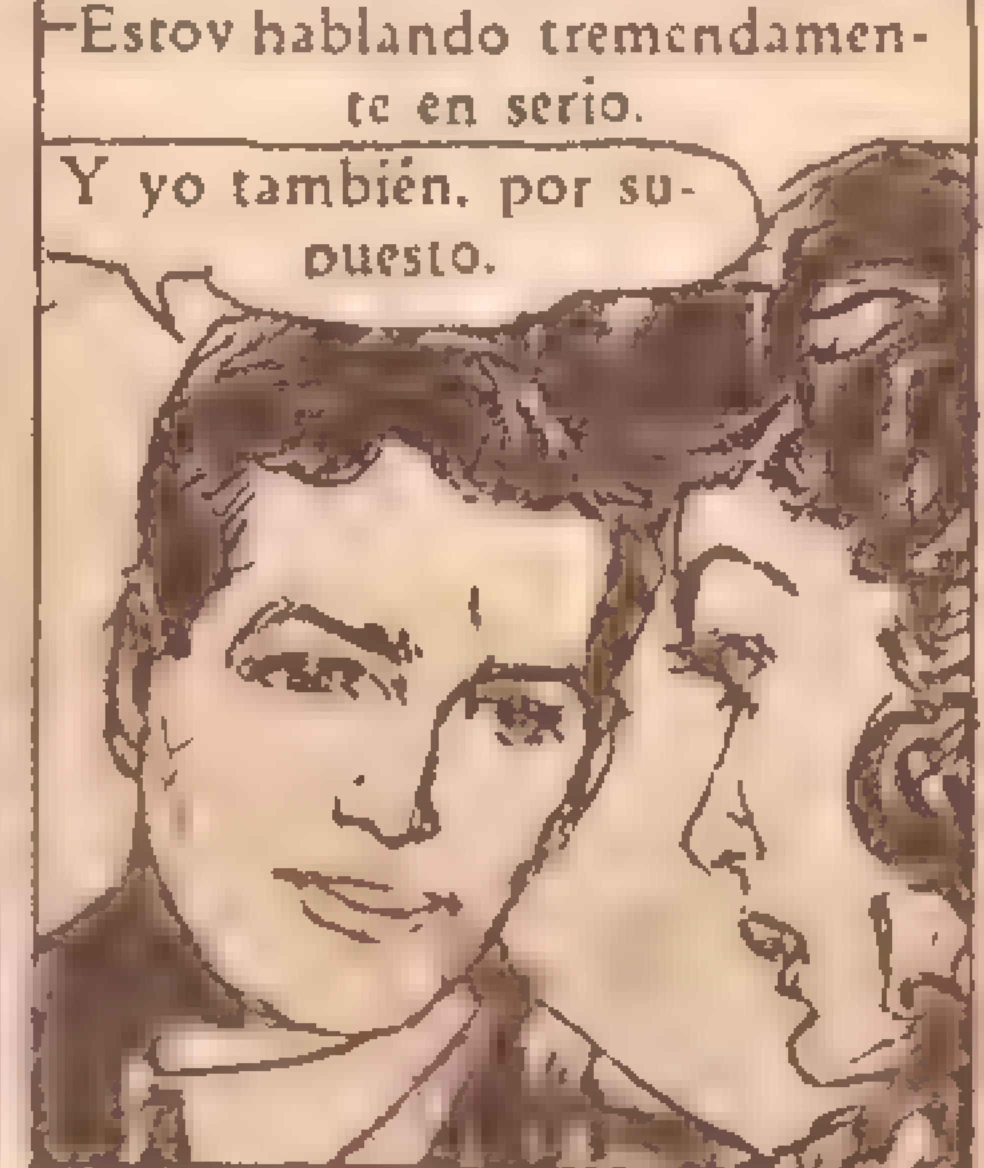
Le aconsejé que sería más práctico traer personalmente las últimas instrucciones. Su tío debe de ser un hobre extraordinario. Antes de regresar me gustaría mucho saludarle.



Por favor, oriénteme un poco. ¿De dónde surge ese impulso maravilloso que hace brotar la chispa?

Quisiera saberlo yo también para precaverme del encanto de ciertas trencitas.







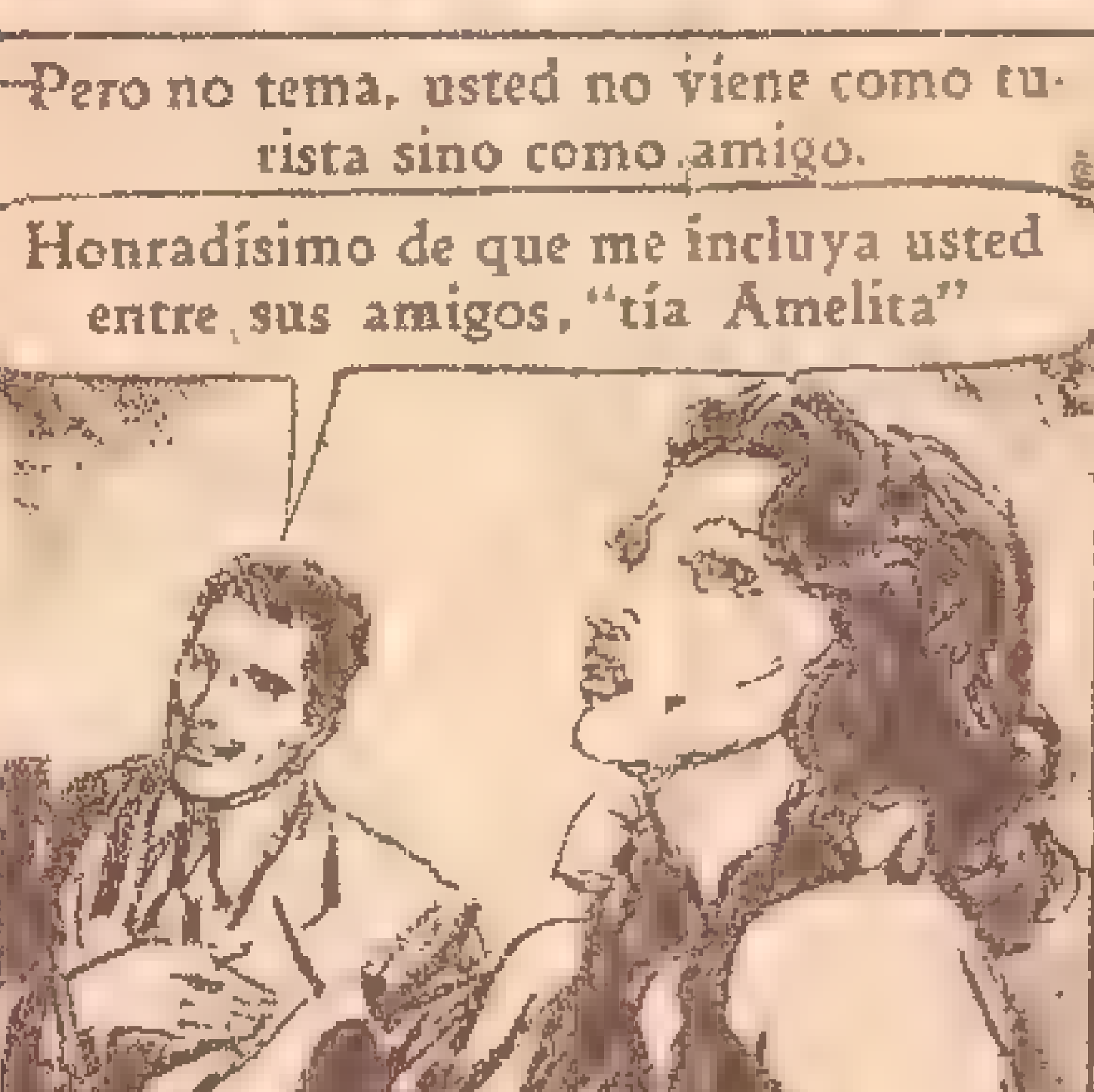




Habían dejado atrás el portalón y caminaban bajo las palmeras que sombreaban el sendero interior. Pasaron junto a la huerta un poco abandonada.







Pasaron junto a una acequia deteniéndose finalmente ante la casa. Entraron y Rafael comprobó que, a pesar del estado ruinoso del escaso mobiliario, la casa tenía un encanto singular.

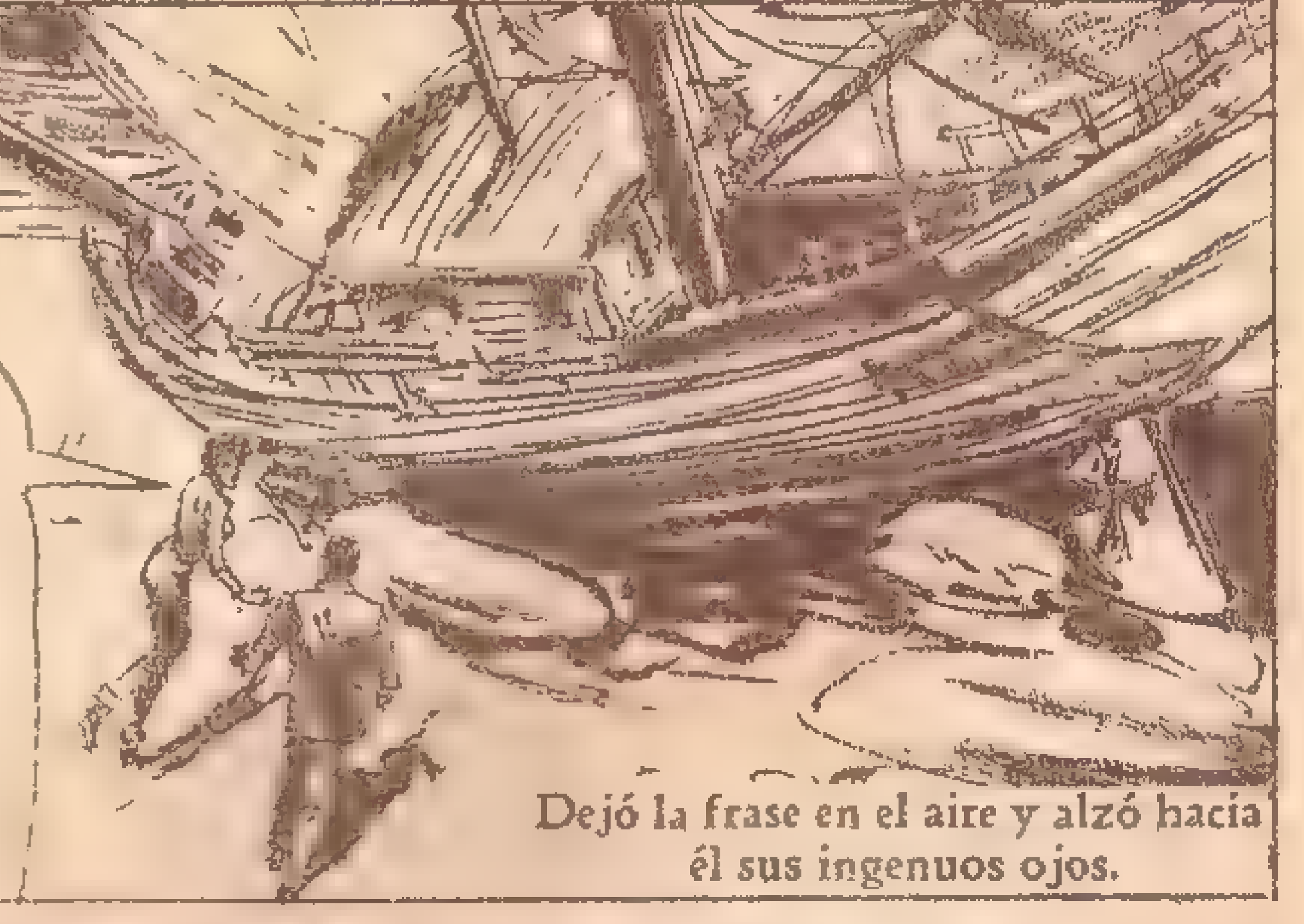


Sus gruesos muros, la admirable escalera de madera labrada que conducía al primer piso... Todo ello era magnífico y melancólico por el estado en que se hallaba.

Salgamos de nuevo al sol, ¿quiere? Aquí hace siempre frío.

Salieron al aire libre, y Nan lo condujo hacia una pequeña playa particular.

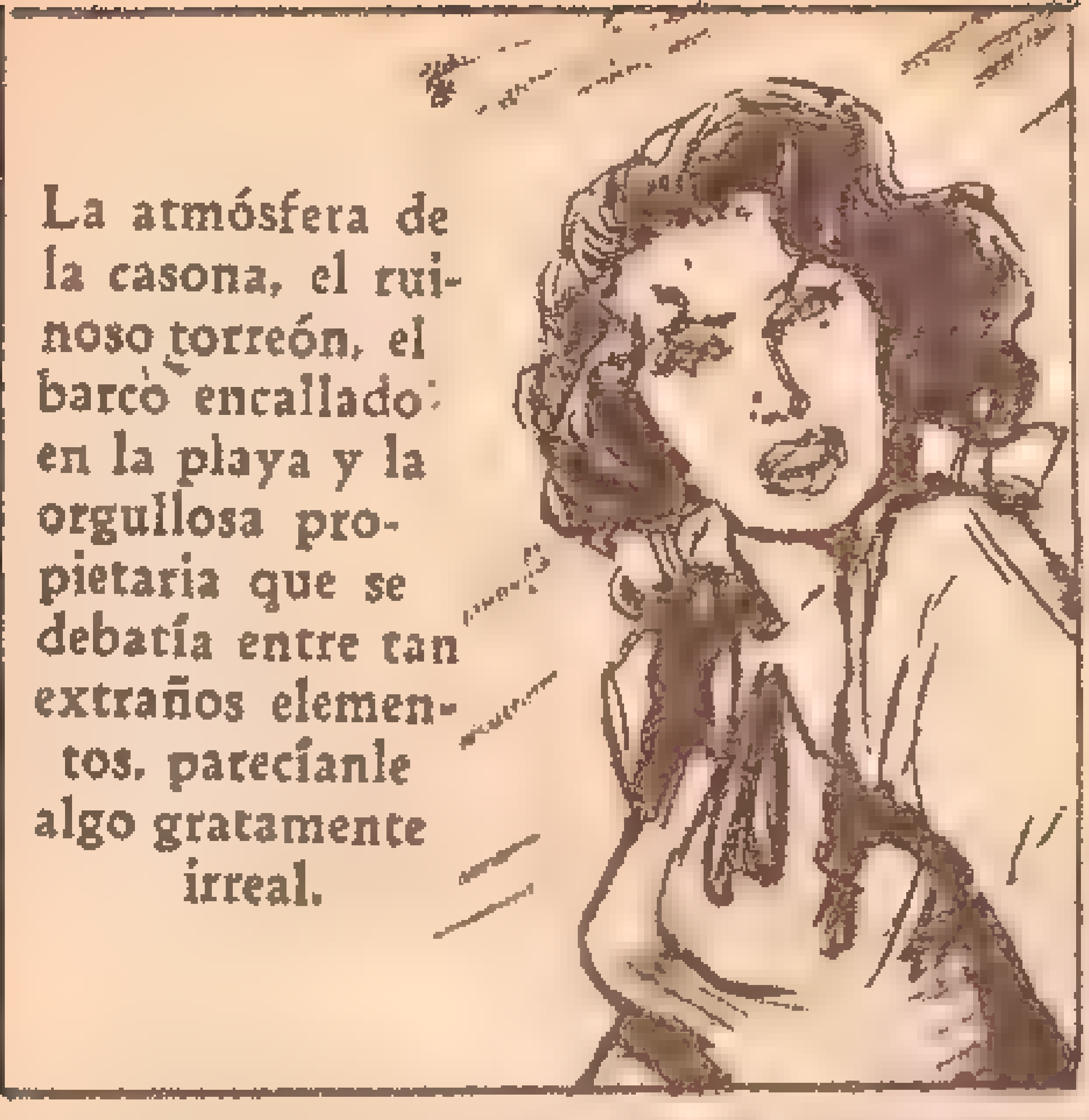
La llamamos "El Astillero" en recuerdo de pasadas grandezas. Ahora estamos reparando ese barco para revenderlo. Pero las reparaciones son costosas, y..



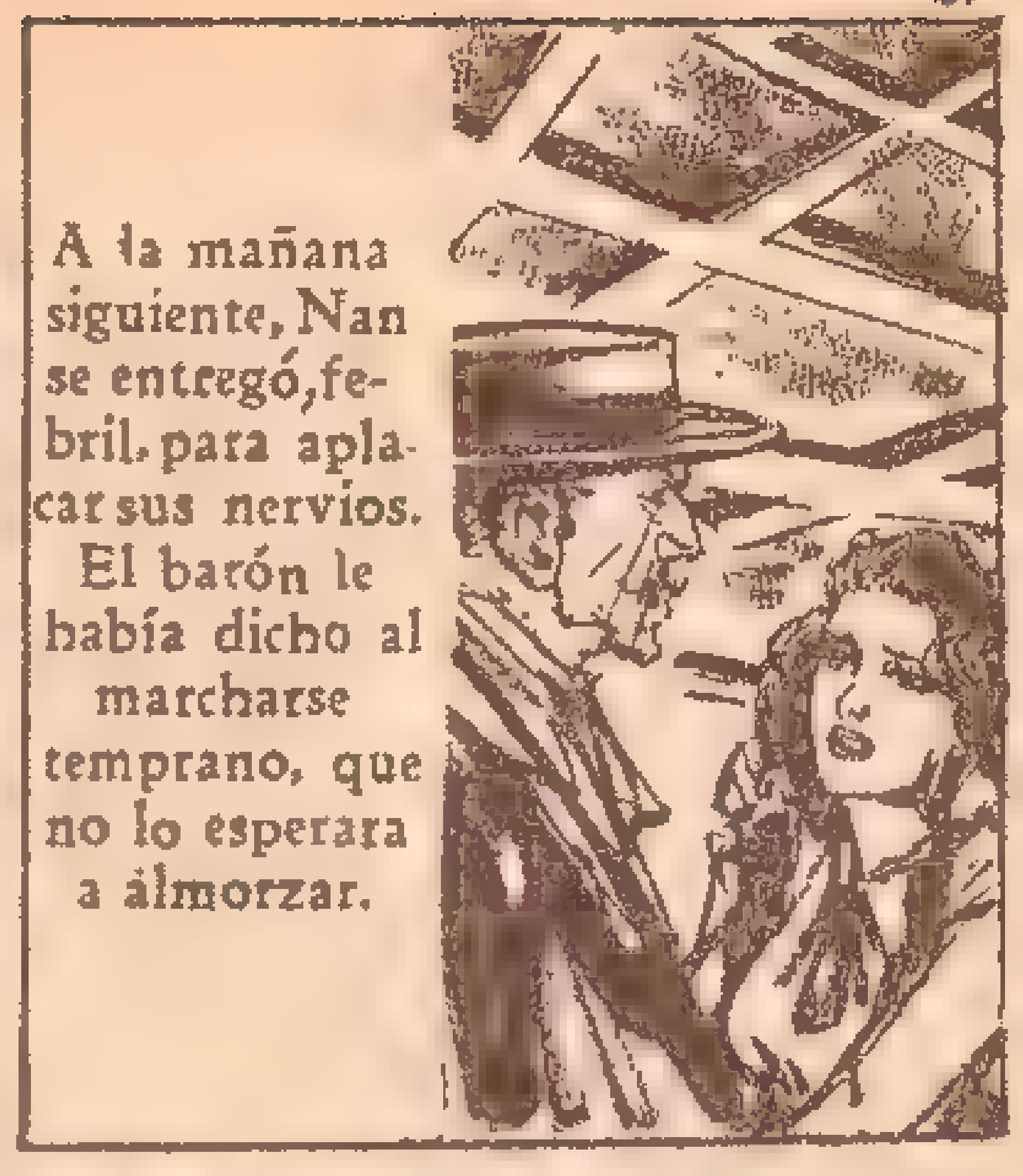


Tras aquellas visitas al hogar de la muchacha, le parecía conocerla mucho mejor. Adivinaba la dura lucha contra las circunstancias adversas y admiraba su valor. De buena gana hubiera puesto a sus pies todos los premios gastronómicos de la tierra.

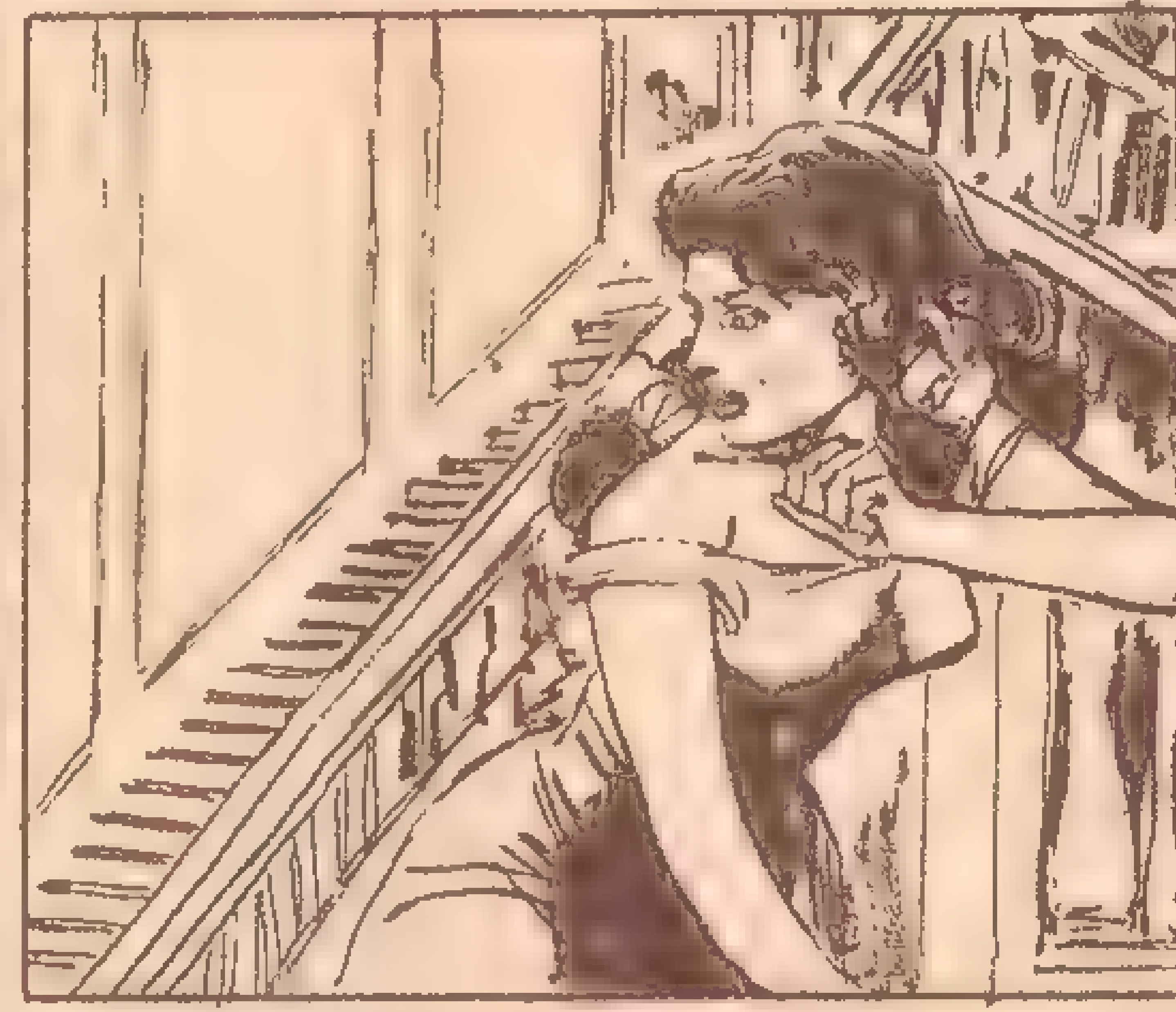






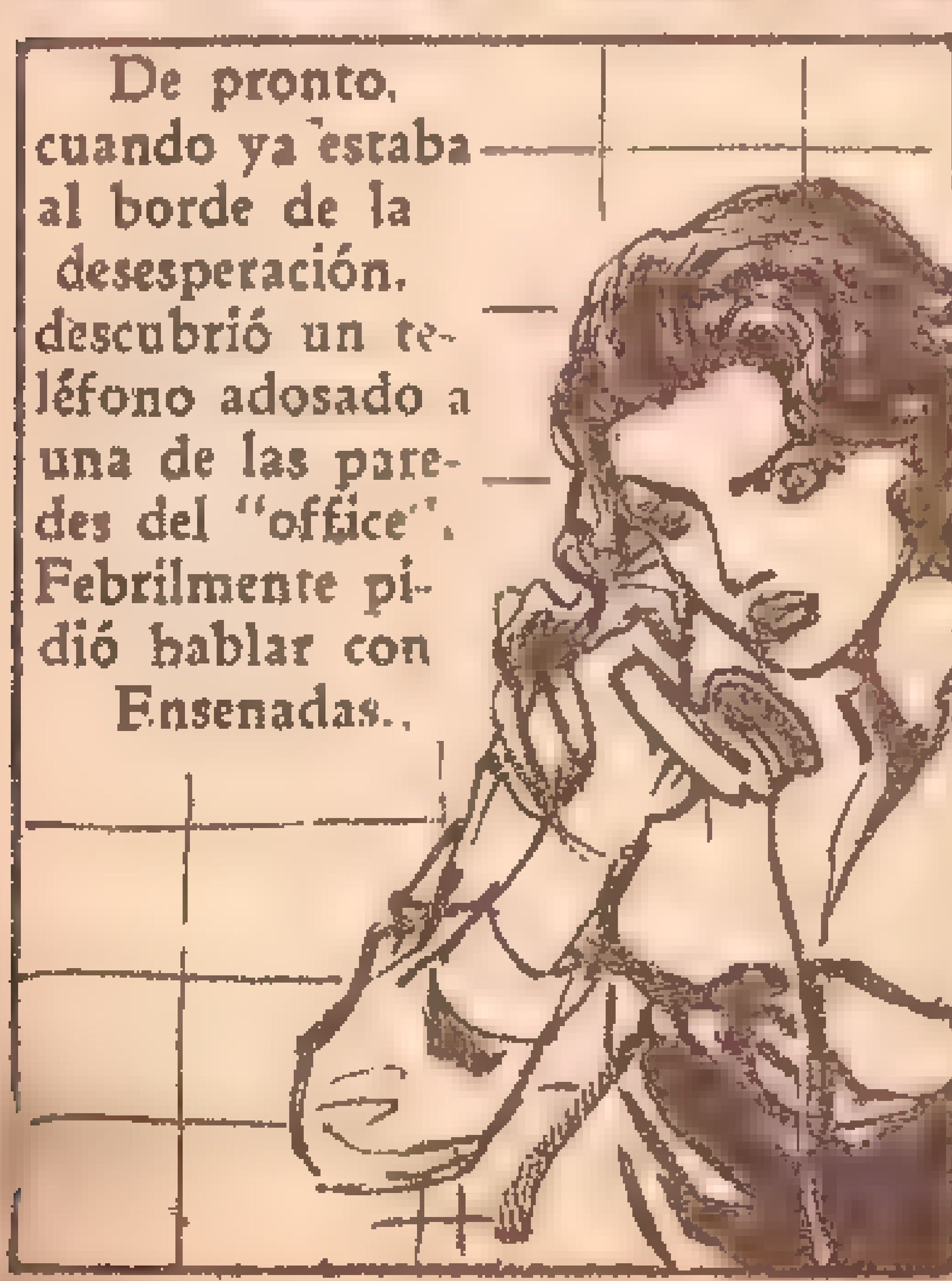


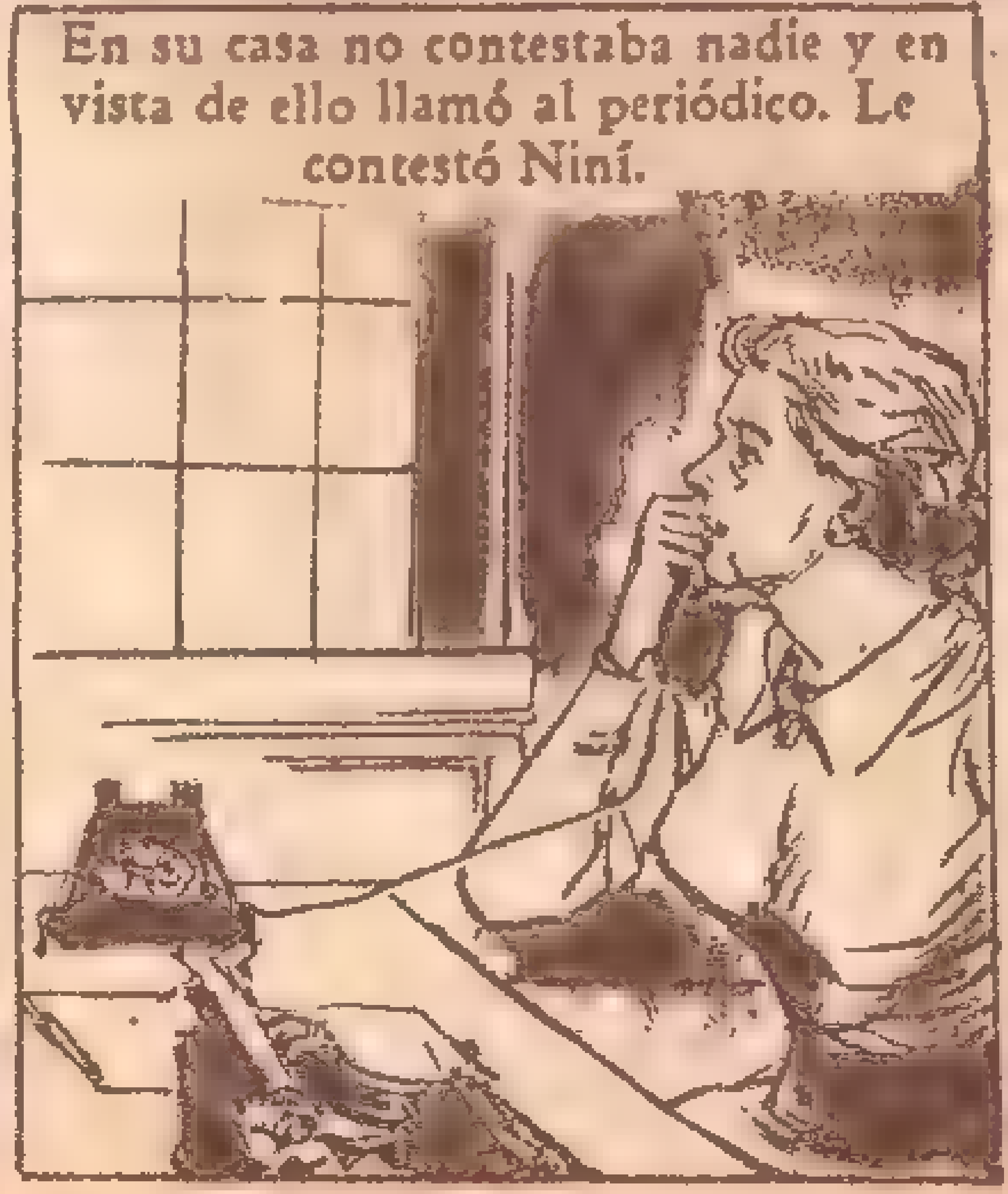














Nan se lo dio y aguardó anhelante. Consultó el gran reloj de pared cuyo sonoro tictac la hipnotizaba. Si doña Niní conseguía dar pronto con su tío, todavía llegaría a tiempo.

Elevó una muda plegaria para que doña Niní encontrase a aquel monstruo maligno.

Cuando sonó el timbre del teléfono...

¿Eres tú, Nan? ¡Ha ocurrido una cosa horrible! ¡Tu tío está en la cárcel!

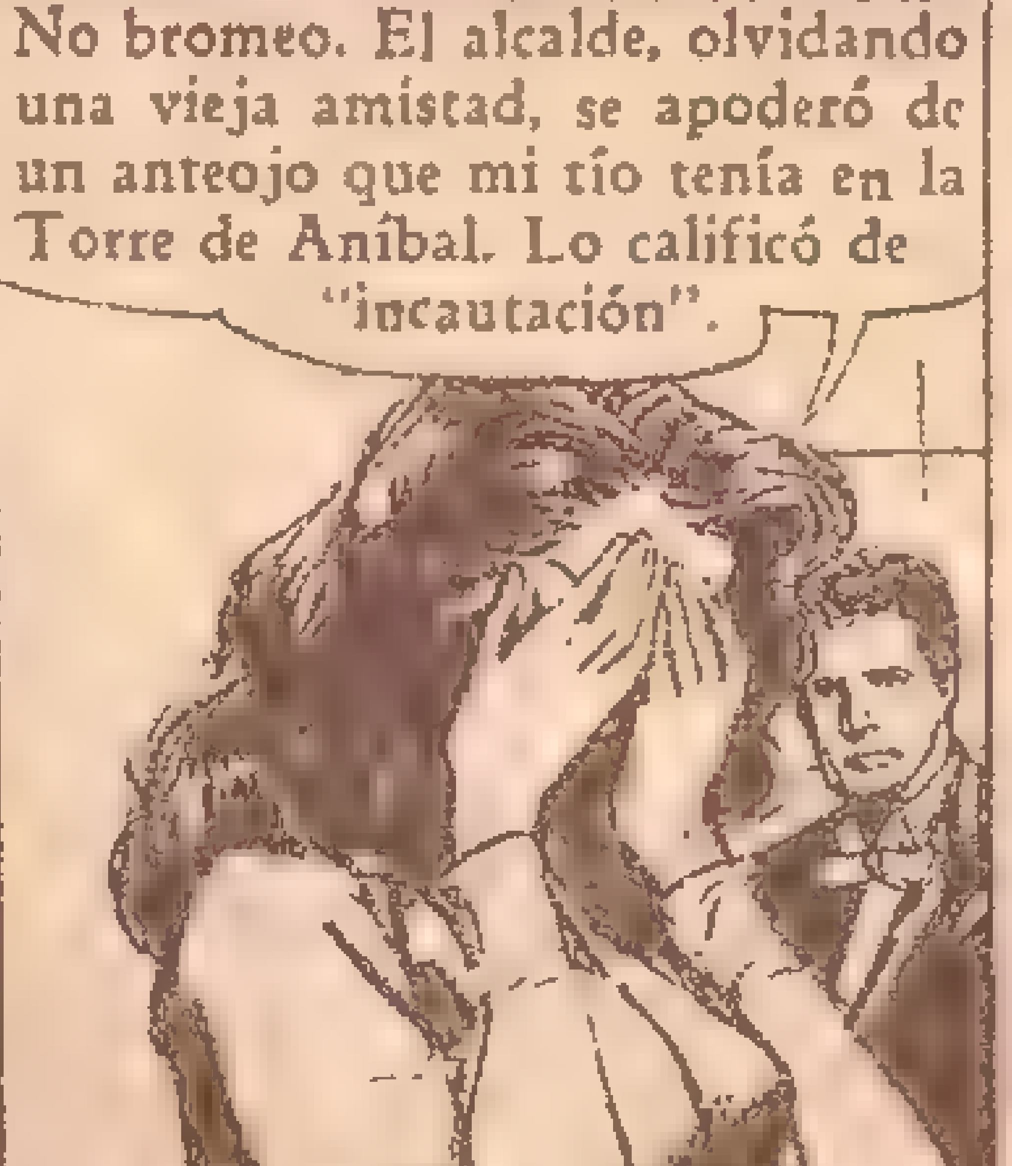
Pero, ¿qué ha hecho?

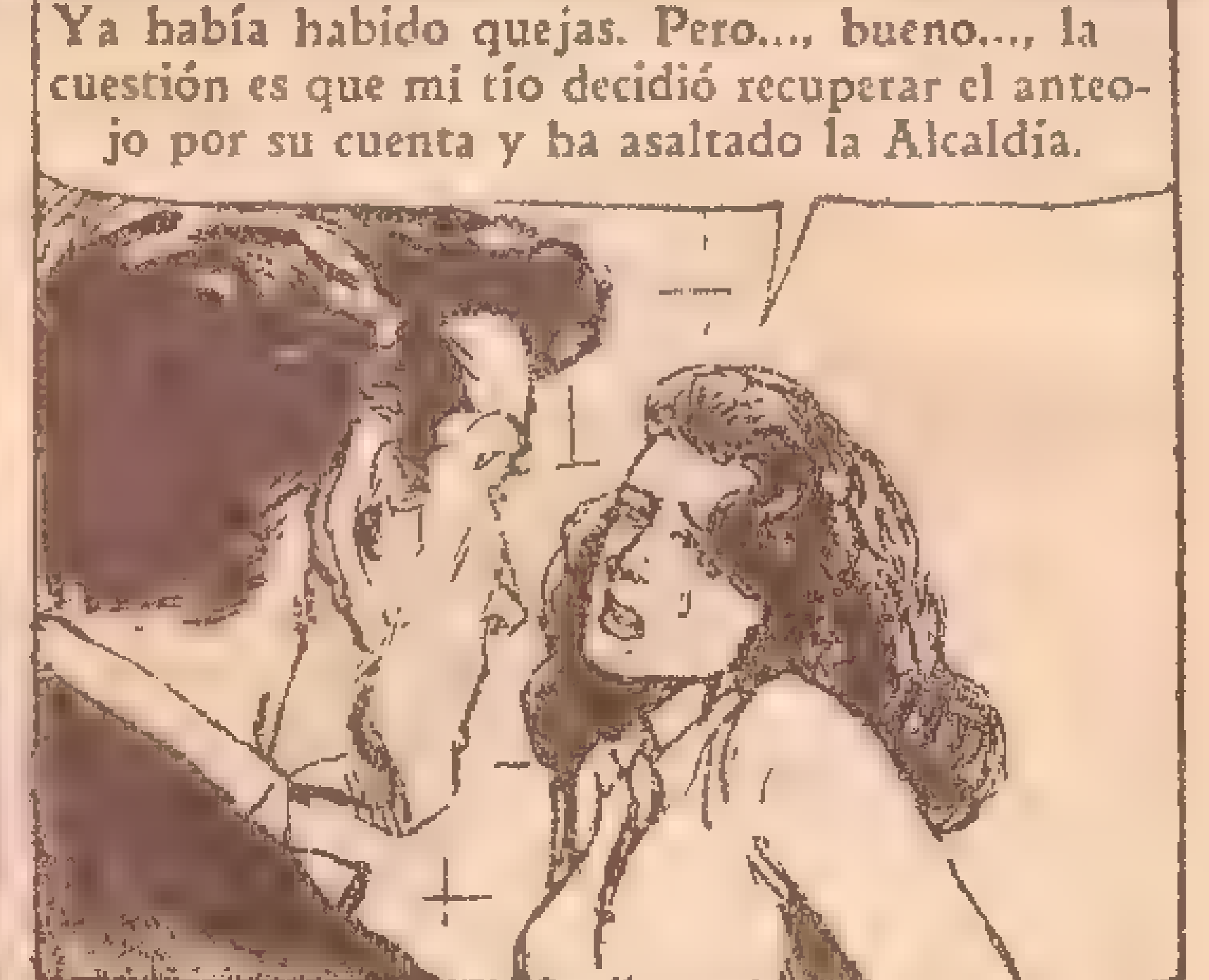
Cuando doña Niní se lo hubo explicado, Nan comenzó a sollozar:

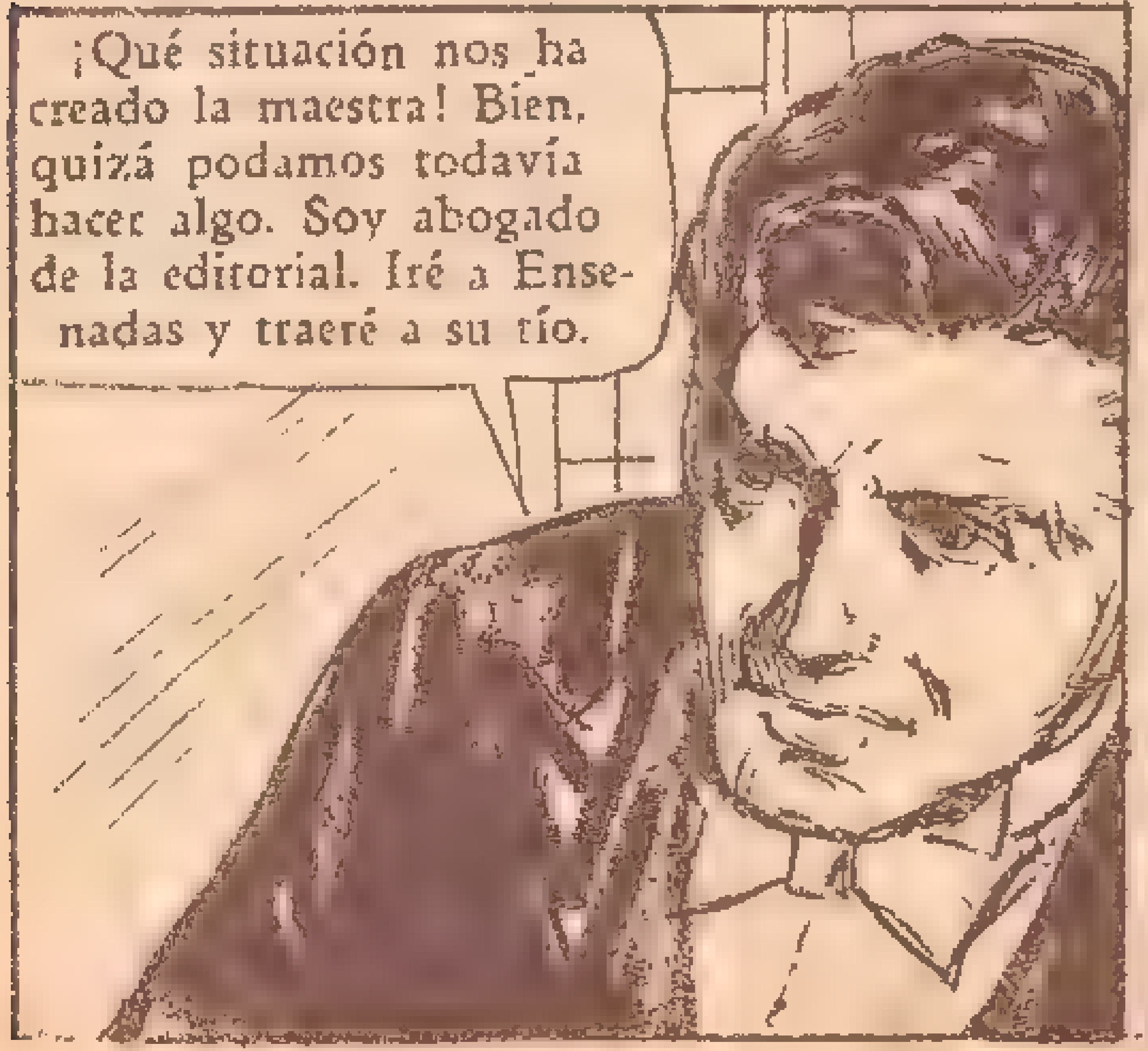
Pero..., ¡no es posible! Hay que sacarle de ahí. Hay que hacer algo.

Pero..., "tía Amelita", ¿qué le sucede?











Más tarde el barón vivió horas de apoteosis en la cocina del "Sibarita Club". Estaba libre bajo fianza, y con el limpio mandil se sentía encantado manejando cremas, pastas y especias sin aturdirse.



Habíase transformado en la eficiencia en persona. Ni siquiera admitía la ayuda de su sobrina que, sentada en una banqueta, comenzaba amodorrarse. De pronto la sobresaltó la voz de su tío gritando:

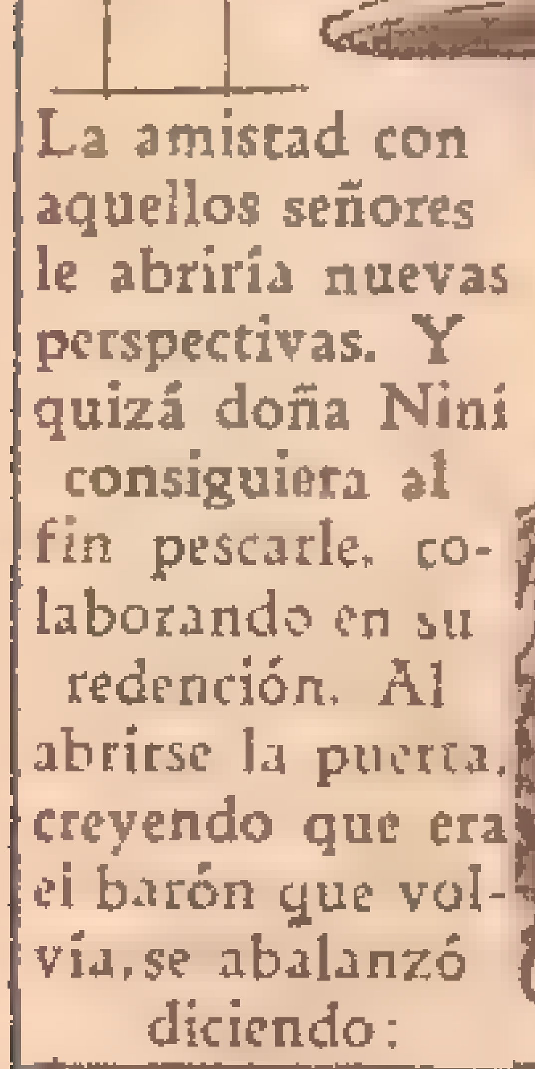




Y como nadie viniera para llevárselo, agarró él mismo la bandeja y..."¡Señores míos! Hay que probar esto en el acto, antes de que se malogre mi creación!"



De pronto llegó a oídos de Nan el eco de una nutrida salva de aplausos. Empezó a vislumbrar un porvenir más rosado.

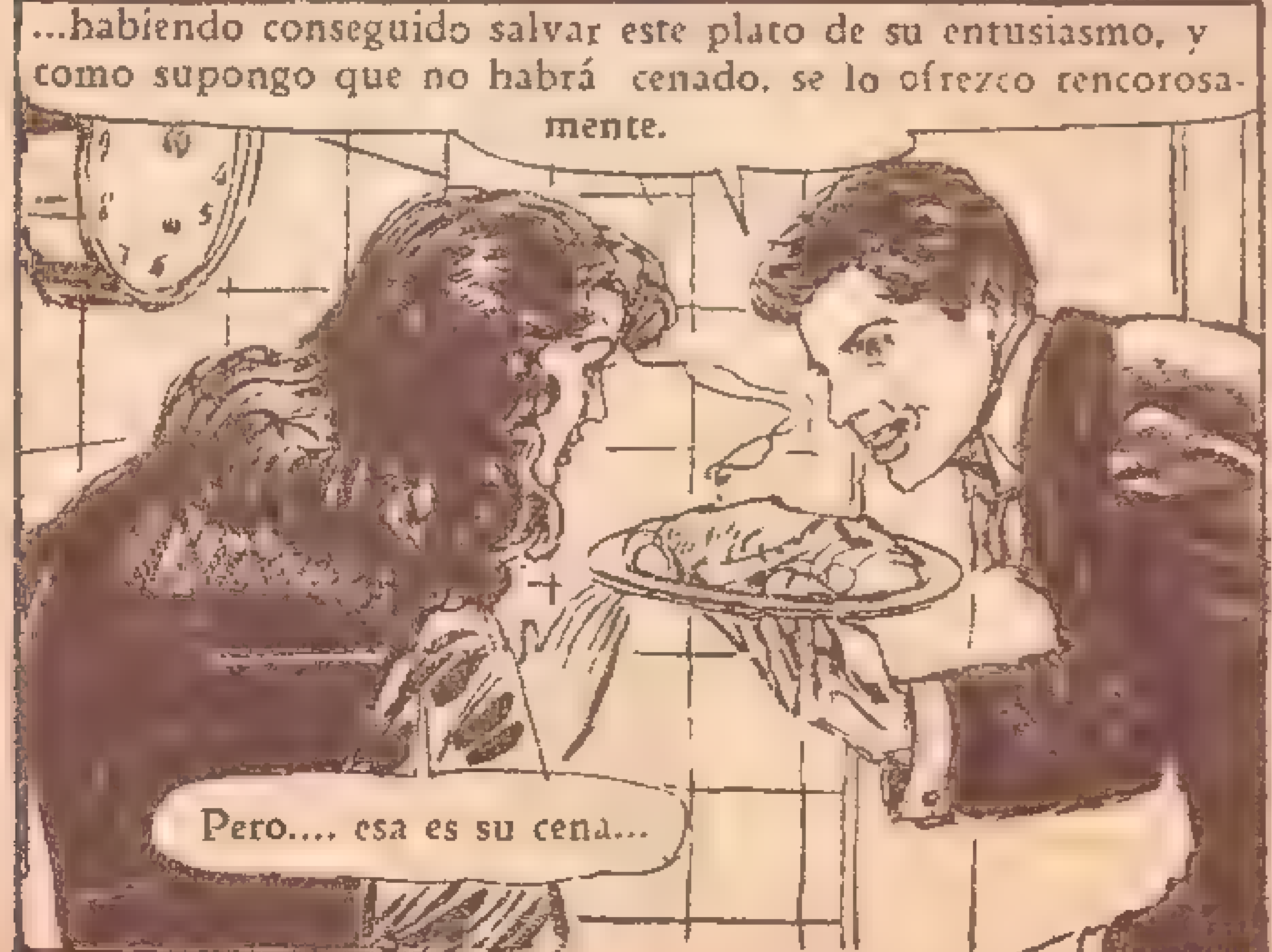


¡Tío..., tío..., te adoro, es decir, casi siempre te adoro!

Sólo cuando era tarde comprendió que se trataba de Rafael y no del barón.



Vamos, vamos, "Trencitas", siento no poder recibirle en mis brazos porque no se dirigía a ellos, pero...





HUMORADAS

—En esta cabaña encontrará usted descanso y paz.

—¿Cuando entenderás que el encargado de las ventas aquí soy yo?

—Imagínate la diferencia que hay entre una ametralladora y un rifle; la primera es algo así como tu madre cuando habla, y el segundo algo así como cuando hablo yo.

LA FAMILIA LINDEMAN

Por SYNNOVE CHRISTENSEN

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE VICENTE LE VOCI

La autora de esta bella novela fue laureada con el "Gran Premio de la Literatura Escandinava". Hay en el relato una suma de valores artísticos y de matices humanos, interesantísima. El carácter de Anne Lindeman resulta inolvidable por su arrogancia, su singularidad y su fuerza.

Anne Lindeman no pudo olvidar jamás la muerte de su madre, la angustia de que dio muestras su pobre papá, el famoso pintor, el dolor de sus dos hermanitas, y la férrea voluntad con que abuela Kileman dominó sus nervios.



Y Anne compadeció al padre, pero admiró el valor de la anciana robusta, coronada de cabellos blancos, la dueña de Gorsgstad, la posesión magnífica donde la joven Rikke Lindeman había querido morir.



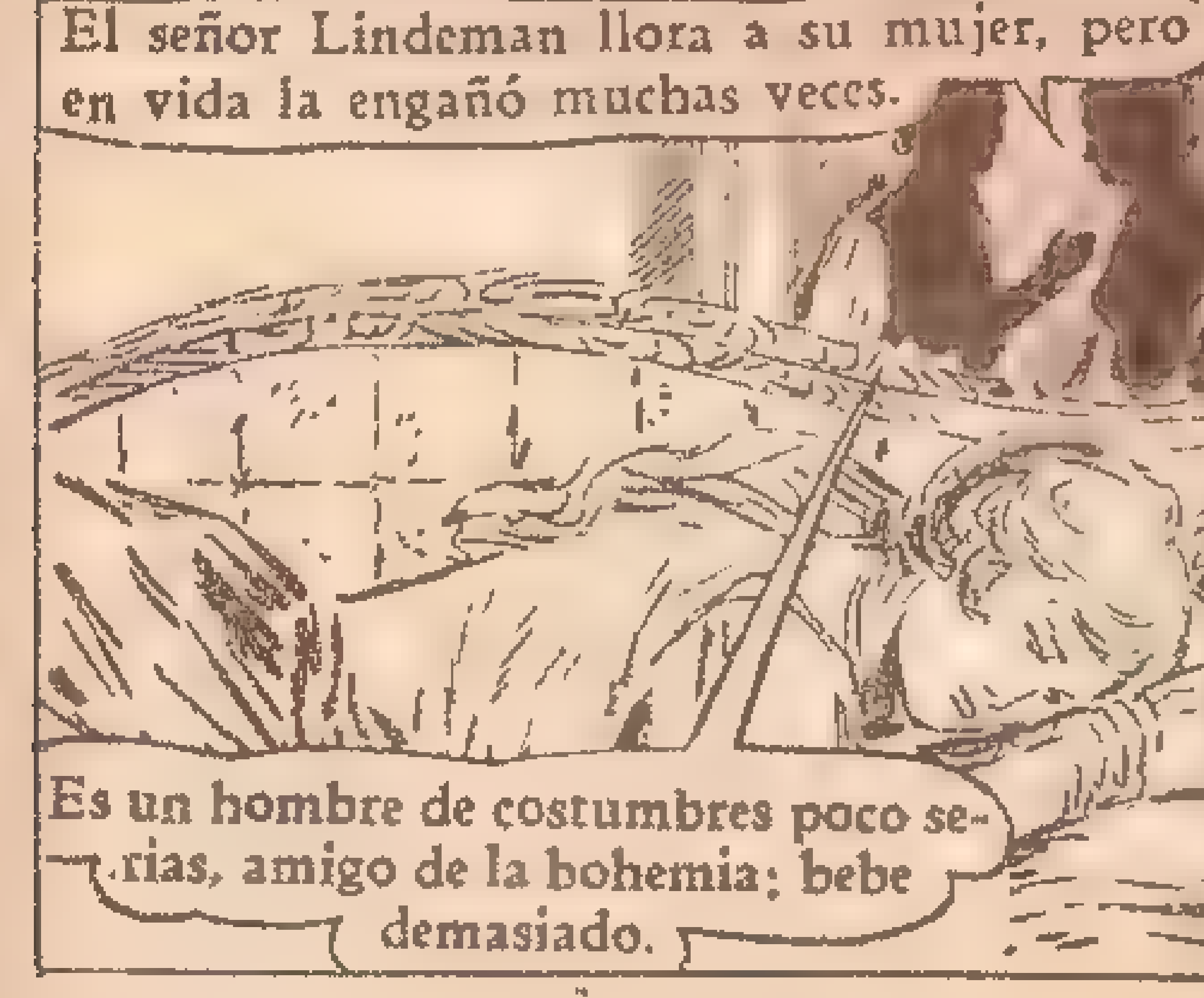
Lindeman lloraba: —¡Dios mío, no podré vivir sin ella! Se encerró en la habitación donde yacía el cuerpo sin vida de la esposa y comenzó a pintar la imagen querida, como en un rapto de locura que le duró todo un día.



Cuando tuvieron que echar la puerta abajo, pues no quería abrirla, hallaron al pintor desmayado al pie del lecho fúnebre. La esposa parecía viva en el cuadro. Abuela Kileman trató desdeñosamente al yerno como lo hiciera siempre.



Anne, que lloraba echada en un hondo sofá, oyó comentarios de los criados.



El corazón de Anne, que acababa de cumplir quince años, padeció lo indecible. Amaba al padre y lo admiraba. ¿Cómo pudo él engañar a una mujer tan dulce, tan bella como Elizabeth?



Ella nunca se había quejado. Respetaba al marido, obedeciéndolo en todo. Verdad que a veces llegaba ebrio y a altas horas.



Pero la señora nunca le riñó, por el contrario, lo trataba con suave dulzura en esos casos y tal vez por ello, Lindeman la amaba tanto y ahora la lloraba así.

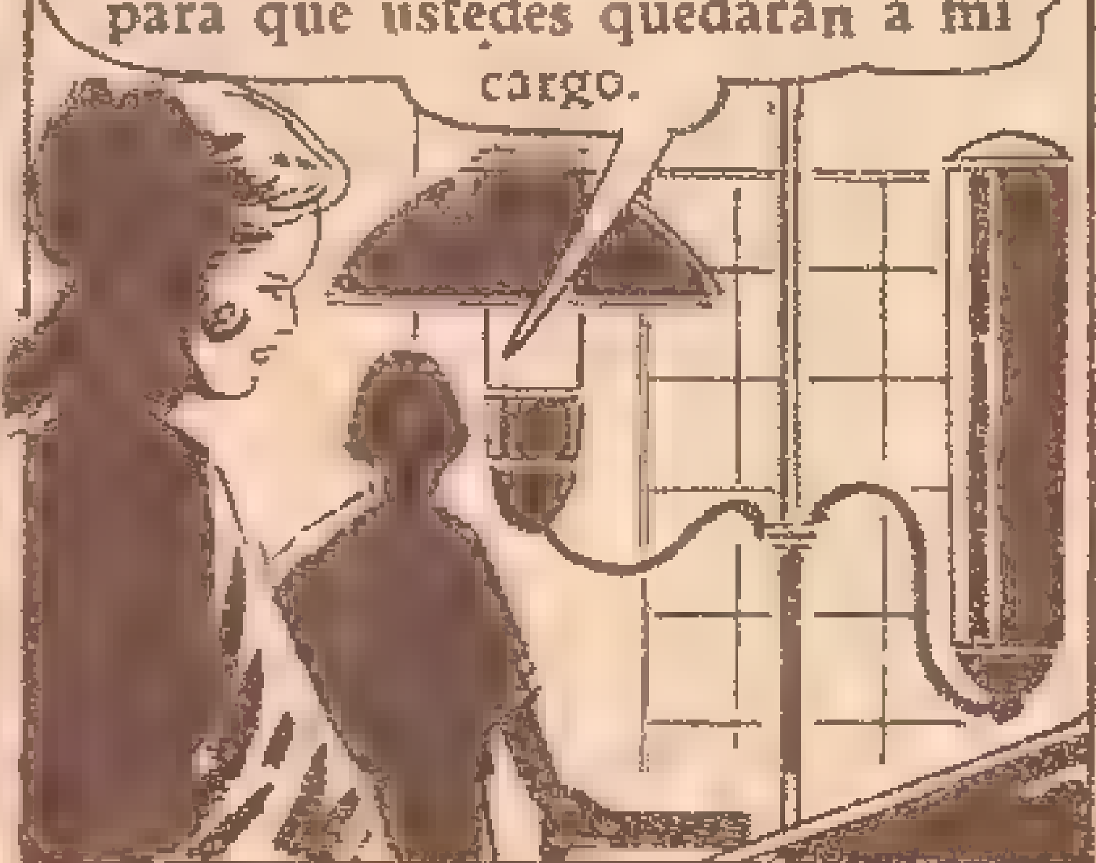


Eran tres las niñas de la muerta, además de Anne, la rubia Trine y Anne Bi, la pequeña. La abuela pre-



fería a la mayor que se le parecía en el físico y en el carácter. Cuando quiso prevenirla contra su padre, la chica se irritó con la abuela.

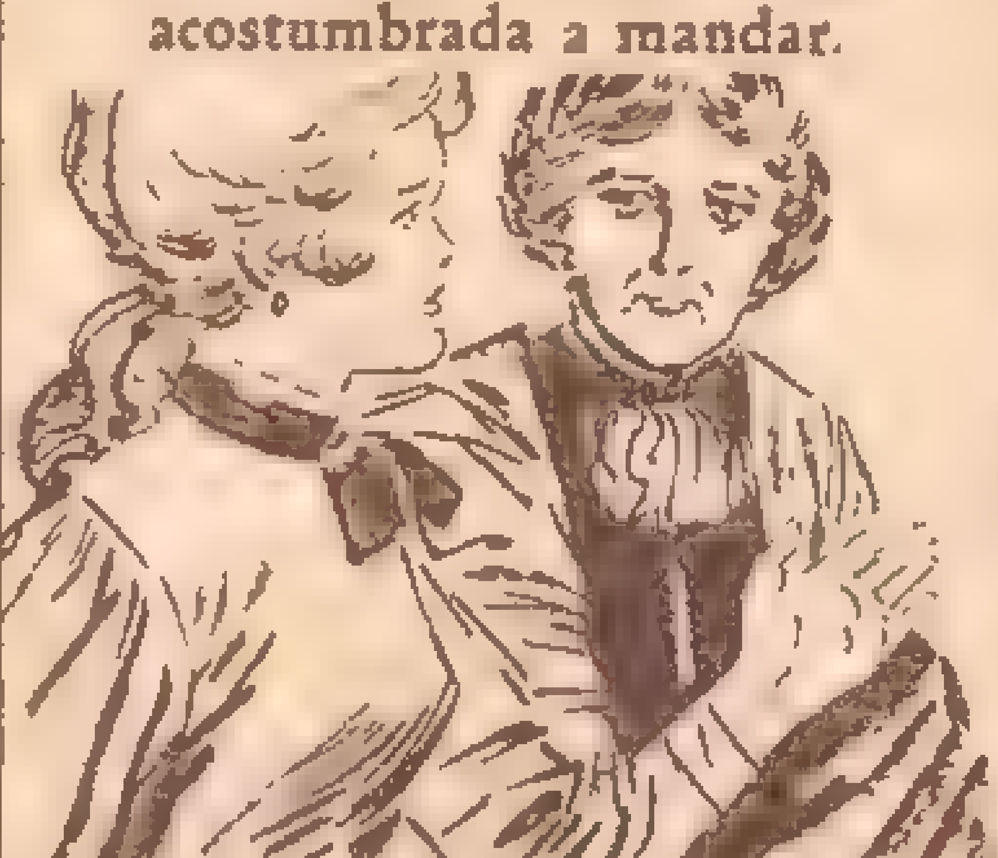
—Mamá lo quería y yo también. No soporto que usted hable mal de papá. Es un gran artista y nos ama con todo su corazón.



Anne se enfureció: — ¡Nunca, abuelita! ¡Aunque sea usted rica, prefiero vivir en la pobreza, pero en mi hogar con las chicas y mi padre!



Por un rato las miradas de la niña y de la anciana se cruzaron como dos aceros. Y la anciana reconoció su propia fibra en la chiquilina que se erguía frente a ella, acostumbrada a mandar.



Cuando llegaron los miembros de la familia Kileman, Anne vio que sin excepción parecían despreciar a su padre. Eran muy ricos, terratenientes, burgueses, vestidos con lujo ostentoso, pelucas blancas y encajes en las mangas.



Sólo el sacerdote, hermano de la abuela, el Padre Kileman, trató con afecto al viudo en la cena de aquella noche, que para la jovencita resultó horrible. No pudo pasar bocado y tenía frente a sí, el rostro de cera de su padre.



Le pareció a Anne muy aguda e inteligente, que aquella familia orgullosa profería conceptos despectivos contra Lindeman y el arte en general.



Fue una noche larga, dolorosa... Trine y Anne Bi dormían cuando Anne se despidió con un beso de su padre: —No te aflijas, pronto estaremos lejos de aquí.



Se durmió llorando mientras rezaba por la madre, ya bajo tierra del cementerio. A la madrugada la despertó la voz enronquecida del padre:



Aquella tragedia completó la angustia de Anne, cuando tendida bajo los árboles vio el incendio de la que fuera magnífica propiedad y orgullo de los Kileman.



No tardó en poder acercarse a la anciana que yacía sobre la hierba, asistida por varias personas. La anciana abrió los ojos, había padecido profundas quemaduras. El sacerdote la confortaba, de rodillas, Anne corrió desesperada.



"¡Abuelita, abuelita!" Y tomó una de las manos heridas para besarla. Entonces advirtió la mirada inteligente y tierna de la moribunda, exclusivamente dirigida a ella, su nieta mayor.

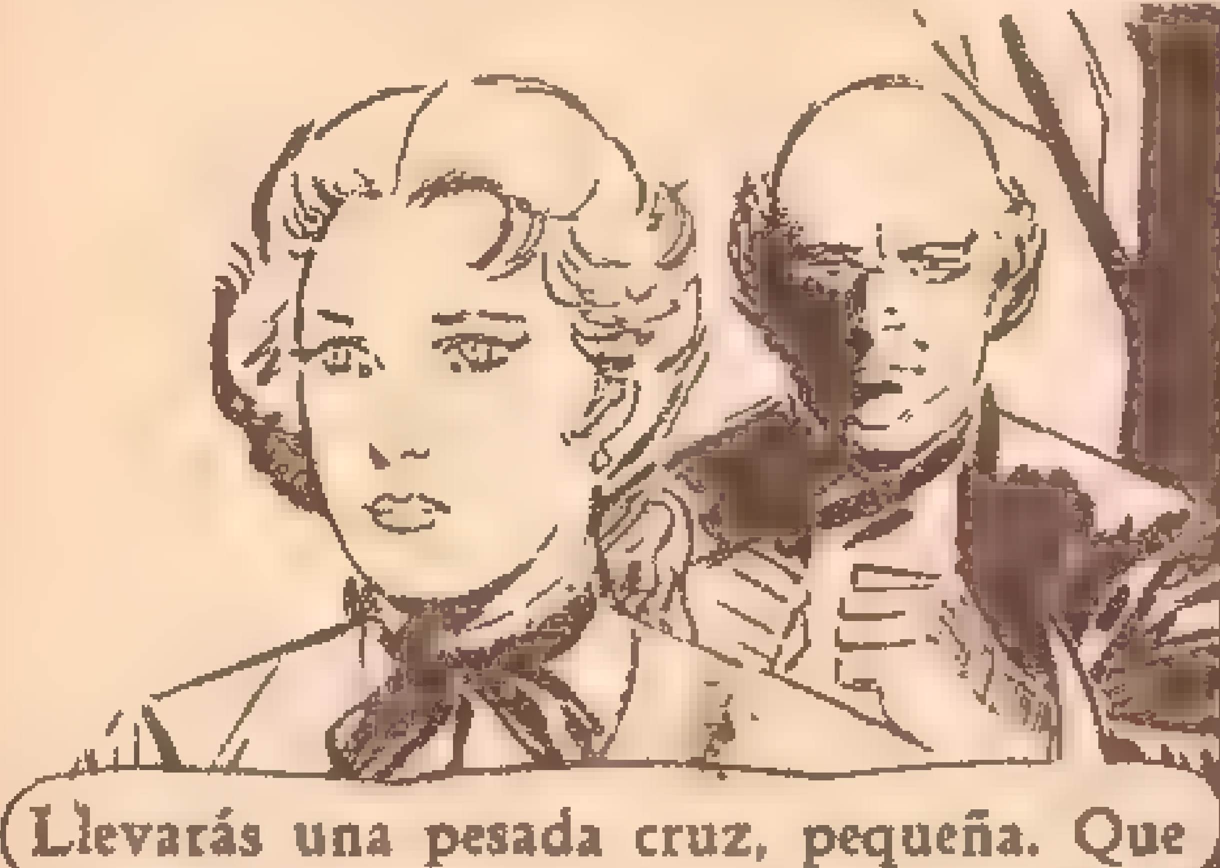


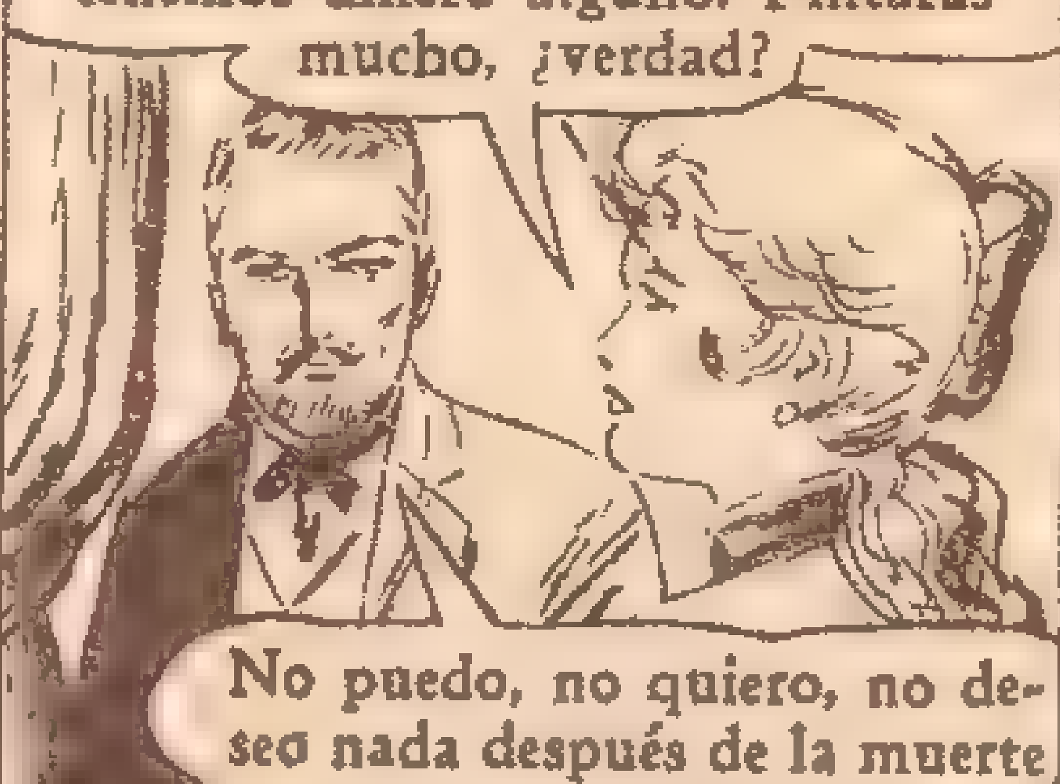
Y la que fuera sostén y columna de una fuerte familia, pareció querer legar su destino a la muchachita. Hubiera querido decirle...



...muchas cosas. Sus ojos expresaron honda ternura: luego se desprendió de la cruz de oro que llevaba al cuello y la tendió a Anne. Fue el último esfuerzo...

















La fiel Kari dirigió una mirada de inquietud y tristeza a la jovencita. —Si has de sustituir en todo a tu madre, es necesario que aprendas a conocer a tu papá, y...

...a disculpar sus errores..., como ella lo hizo siempre, porque lo quería.









Fue algo muy duro para el tierno corazón de la niña, ver a su padre a quien admiraba frente a una mesa llena de botellas vacías, ausente la mirada, muy pálido, ebrio.



Reprimía su dolor y su repulsión ante el hombre vencido que la miró con ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, mientras le decía: —La pequeña Anne Lindeman se asemeja a su santa madre. Dios bendiga a ambas. Pero este pecador no tiene remedio.



Los fuertes brazos de Karl llevaron al pintor hasta el coche que esperaba a la puerta de la taberna. Anne pudo ver los ojos burlones, las sonrisas de los parroquianos y la expresión despectiva de algunas personas que pasaban por la calle.



"¡Qué verguenza!" Comprendió que por culpa de su padre, ella y sus hermanas serían objeto de desprecio y hasta de irrisión. ¡Entonces, la dura, la orgullosa abuela Kileman tenía razón cuando subestimaba al padre como toda la familia!



Y sin embargo, era un hombre bueno en el fondo y genial como artista. Ya en casa hizo preparar el baño para Jacobo. Y cuando le hubo alcanzado su hermosa peluca blanca y la chorrera de encajes, lo besó en ambas mejillas: —Estás muy guapo, papá.



Hans Jacobo Lindeman volvió a pintar con entusiasmo, sentía remordimientos. En esos días recibieron una invitación de una señora muy rica de la ciudad.



El pintor miró a su hija, severamente: —No puedo tocar ni cantar. Mi duelo es demasiado reciente. Ustedes sí, han de asistir a esa reunión. Es preciso que tengan ambiente social en esta ciudad donde mi conducta puede perjudicarlas.



Kari buscó en los cofres de la señora Lindeman preciosos vestidos para las niñas. Anne llevó uno de gasa y moaré rosa viejo; Trine fue vestida de azul y Anne Bi de tul blanco.



Jacobo dio a su hija mayor un aderezo de turquesasque fuera de la madre y collarcitos de granate a las menores.



Estaban realmente hermosas cuando salieron bajo sus capas de terciopelo, acompañadas del padre con levita de raso estampado y encaje de color marfil.



—Estás fantásticamente bonita—dijo a Anne la señora Gron, que era robusta y con ojos bondadosos, celestes. "Creo que serás la reina de la fiesta".



No hay mucha competencia —pensó la niña— mirando a las numerosas damas casi viejas que, muy enjoyadas, llenaban los salones. Lindeman brindaba rodeado de hombres.



Estaba la fiesta en su apogeo cuando llegó el hermano de la dueña de casa, un marino mercante de estampa recia, cuya voz y risotadas se oyeron en la puerta.



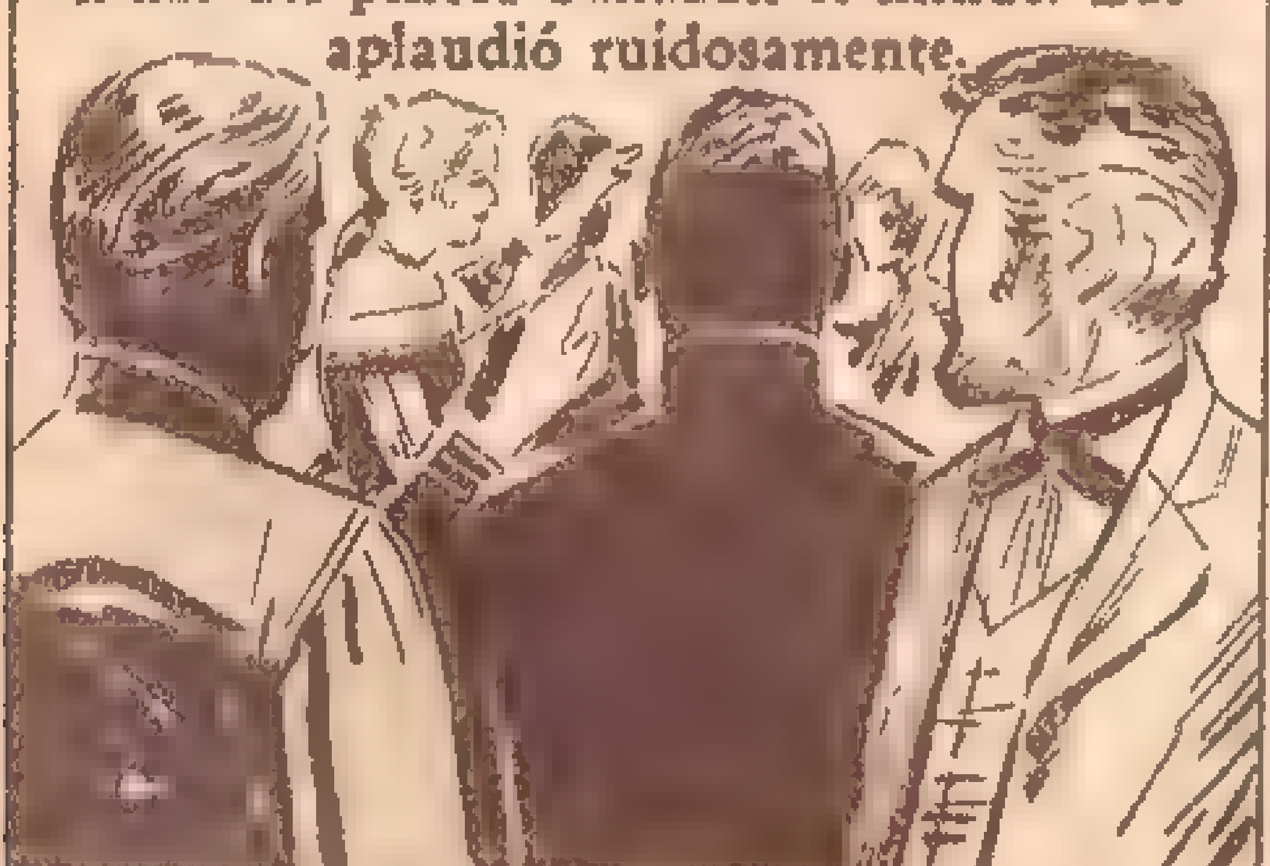
El lobo de mar pidió perdón por su tosca indumentaria. Y cuando la hermana le presentó a Anne, pareció conmovido. Lo más notable de su rostro grueso y tosco eran los ojos de un azul puro como los de la señora Gron, luminosos de bondad.



Las fuertes mandíbulas le afeaban la cara, pero había en él un aura de salud, de fuerza y de alegría que encantaron a muchos de los invitados.



En el transcurso de la noche, el marino pareció estrechar amistad con Lindeman brindándole numerosos jarros de ginebra. Luego dejó de beber para admirar como las tres niñas del pintor bailaban el minúe. Las aplaudió ruidosamente.



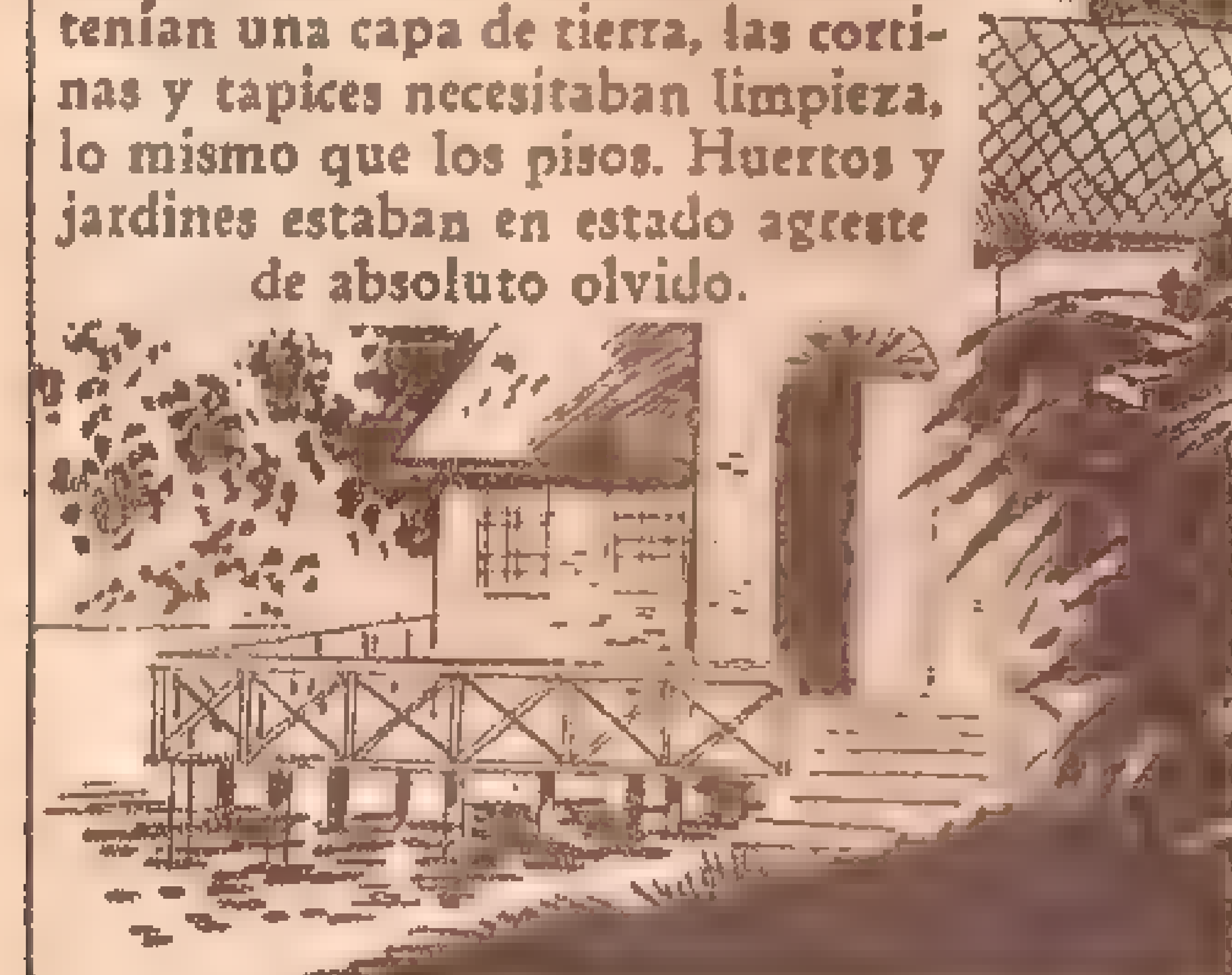
Desde esa noche, la visita del lobo de mar se hizo frecuente en casa de Lindeman.



Y una vez invitó a todos a viajar en su barco y conocer su hogar de la isla. La travesía fue encantadora. La enorme mansión impresionó de modo raro a Anne.



Se veía riqueza y abandono en todas partes. Los muebles dorados tenían una capa de tierra, las cortinas y tapices necesitaban limpieza, lo mismo que los pisos. Huertos y jardines estaban en estado agreste de absoluto olvido.



Fue sincera y dijo al capitán: —Esto es como un tesoro que se brinda a las polillas. El hombrote rió con su vozarrón profundo: —Tienes razón, pequeña hada rubia. Soy muy rico, pero desde que me quedé viudo las sirvientas lo arruinan todo.



Anne advirtió el abandono, casi la suciedad de las mujeres que sirvieron la mesa; estaban desgreñadas y hacían las cosas de mal humor. La chica pensó: —Ya las enseñaría a cumplir lo suyo. Kari me ayudaría en todo esto.



Lindeman se dedicó a visitar largamente la espléndida bodega de su amigo; las niñas menores corrieron por los senderos del jardín y Anne quedó con su huésped a solas, sentados ambos a la entrada de la casa; Anders fumaba su pipa.

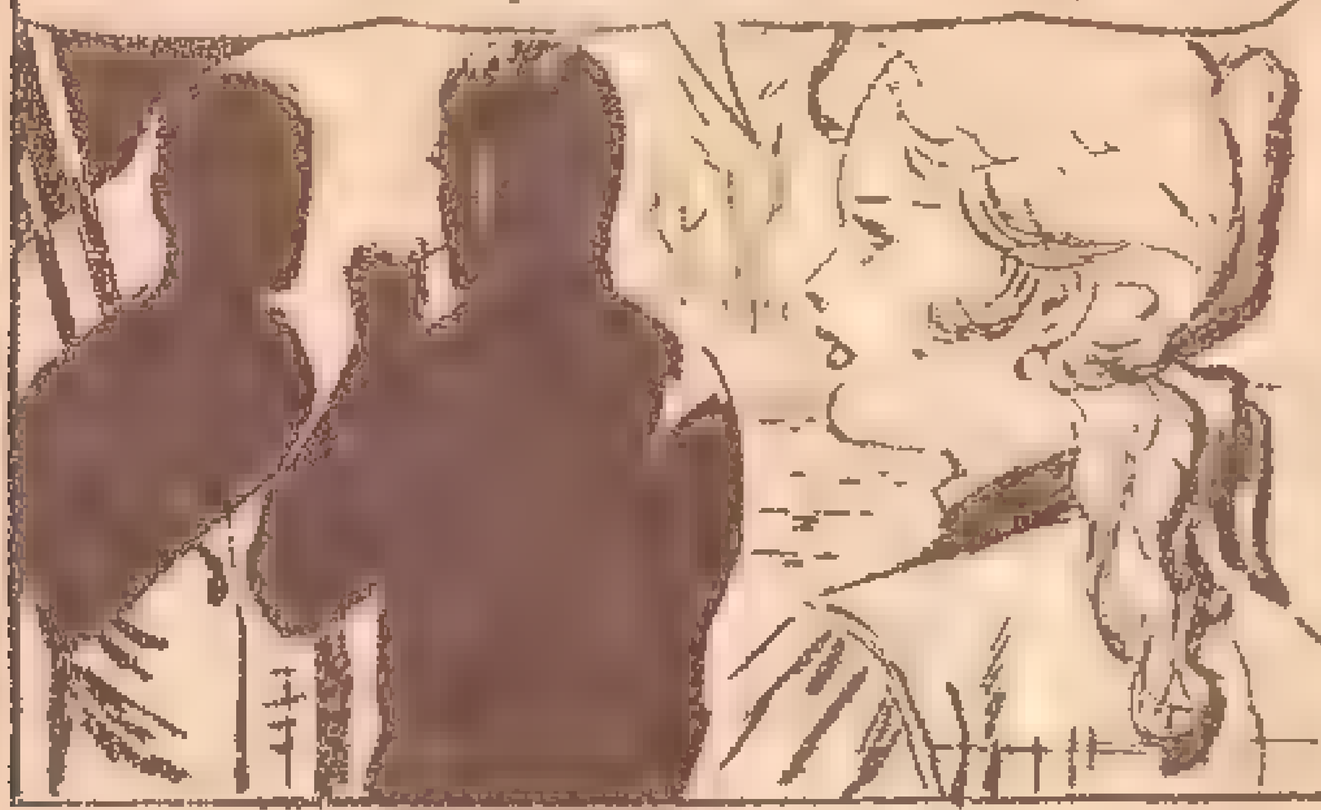


Sus ojos de mirada suave y algo triste miraron pensativos a la niña. Iba a decirle algo, pero en ese momento vieron acercarse al pintor, vacilante:



Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas y las mejillas le ardieron, rojas de vergüenza.



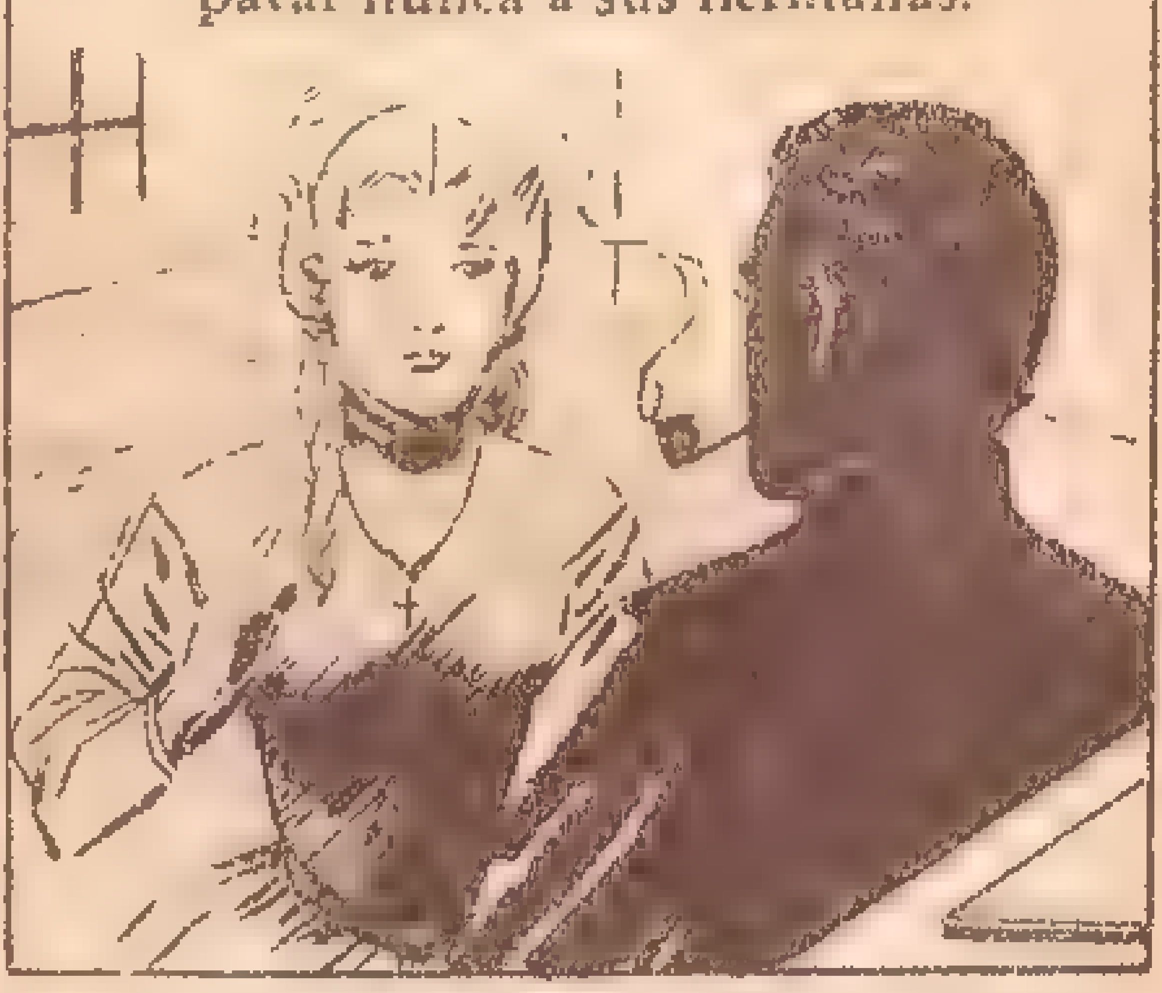

Vio Anne cómo el capitán trataba a su padre con amable condescendencia y de qué modo procuró que las niñas no advirtiesen el estado del pintor
Vayan a ver cómo funciona el gran reloj del comedor; hay un desfile de campesinos.


En ese momento, Anne sintió la necesidad de un apoyo en su vida difícil. Enrojeció ante ese pensamiento no solo de miedo sino también casi de repulsión. Había interpretado las miradas y los silencios del marino como lo que encubrían: amor.


Aquella noche durmió mal, despertándose bañada en angustiosa transpiración. Había soñado que se casaba con el grueso lobo de mar para salvar de la miseria y del descrédito a su padre y a sus hermanitas. Trine y Anne Bi debían casarse un día...


Era ella quien sutituiría a la madre muerta. Entonces, ¿por qué no aceptar el sacrificio de su propia suerte en aras de una boda conveniente?
Abuela Kileman era capaz de un sacrificio por la familia. Me parezco a ella.


Oleson tardó unos días en hablar con el padre de Anne pidiéndole su mano. El artista se puso furioso; entonces el capitán con mucha calma lo puso al tanto de la situación.

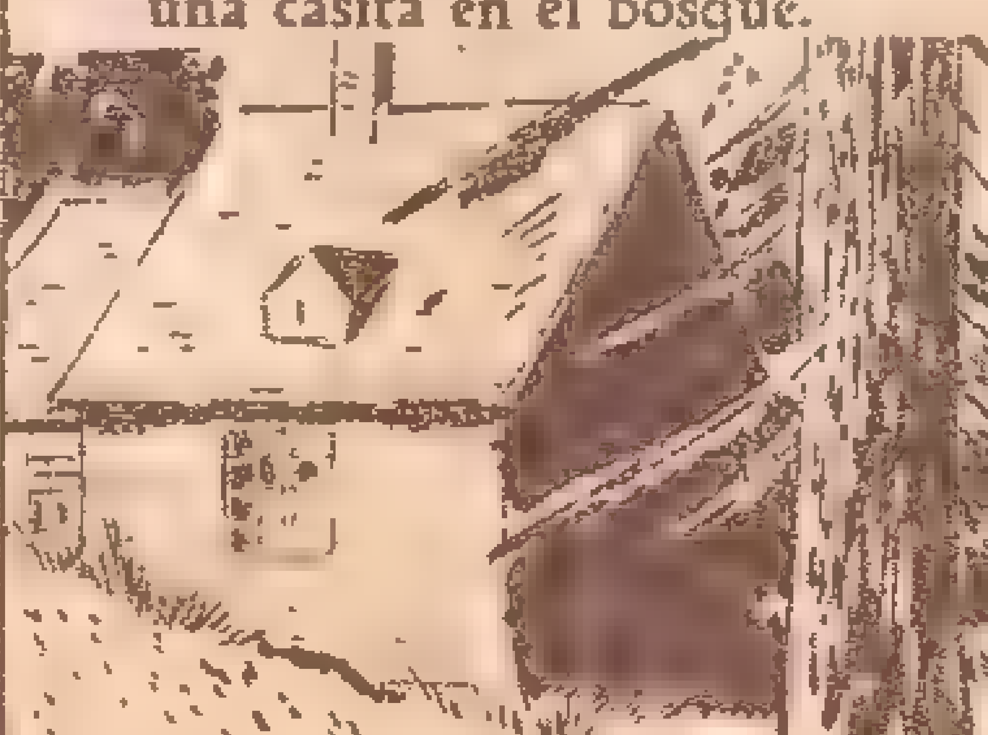

Anne acepta ser su esposa, transformar la vida de su marido, con tal de que éste a su vez le prometiera no desamparar nunca a sus hermanas.


Fue algo muy sincero, pero carente de tacto por parte de Oleson confesar aquello al padre de las niñas. Este pareció anonadadao. Esa noche bebió más de la cuenta. Al otro día habló con su hija mayor: —No sabes lo que te propones:...
...Anders es viejo para ti, además se trata de un hombre rudo, feo, basto. El matrimonio es algo muy serio...


..."y para toda la vida." Anne estaba muy pálida, pero sostuvo la mirada de su padre al contestar: "El capitán es un hombre bueno y fuerte. Nosotras necesitamos quien nos apoye..., porque tú..., papá..."


Y se interrumpió, llorando.
Yo soy un bohemio y un ebrio consuetudinario. Es verdad. Dios me perdone.


También él lloró entonces. Y ambos se abrazaron en silencio. La boda se llevó a cabo con todo esplendor. Lindeman dio a su hija todo el suntuoso ajuar y las joyas de su esposa.


Hubo bailes por tres días, fogatas, bebidas para los campesinos y los marineros de la isla donde vivía el capitán y a donde se trasladó Anne, acompañada de Kari y sus hermanas. El padre fue a vivir a una casita en el bosque.


Al poco tiempo, Anders Oleson tuvo que hacerse al mar con sus rudos marinos. Sabía que su joven mujer le tenía gratitud y afecto, pero que era imposible que lo amase. Estaba, sin embargo, contento de haberse casado con ella.

La casona abandonada se había transformado con la presencia de la joven señora. Impuso un trabajo metódico a la servidumbre, la uniformó. Daba ella misma el ejemplo con sus hermanas levantándose temprano. La granja, la huerta y el jardín, prosperaron.



Cuando Oleson regresó de su largo viaje con un rico cargamento y muchos regalos se sorprendió ante el lujo y la comodidad que había en su casa.



Para acallar su melancolía y la oscura sensación de su fracaso sentimental, Anne trabajaba mucho y de diversas maneras. Un día ad



virtió que la pequeña capilla del lugar tenía las paredes muy viejas y agrietadas. En el acto concibió una idea:

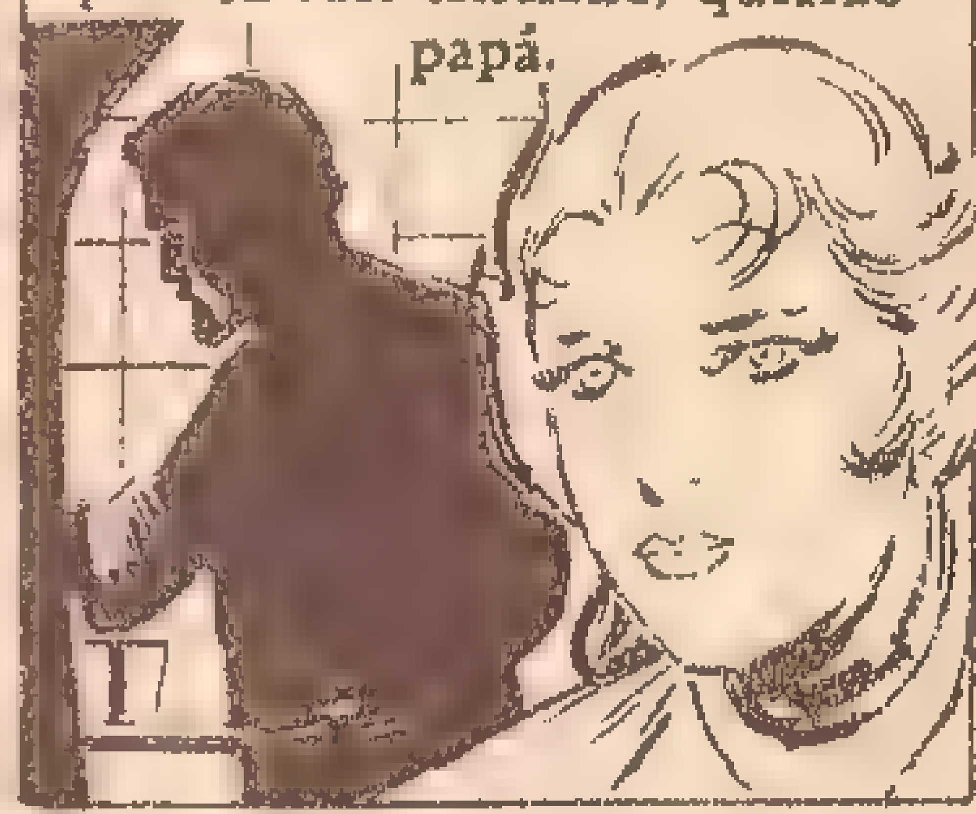
"Iré a buscar a papá y a proponerle que restaure esto y pinte hermosas imágenes." Como Oleson salía de viaje, la muchacha se fue con Kari al antiguo pueblo donde estaba la casa paterna. Lindeman la había vendido y vivía en la casita del bosque.



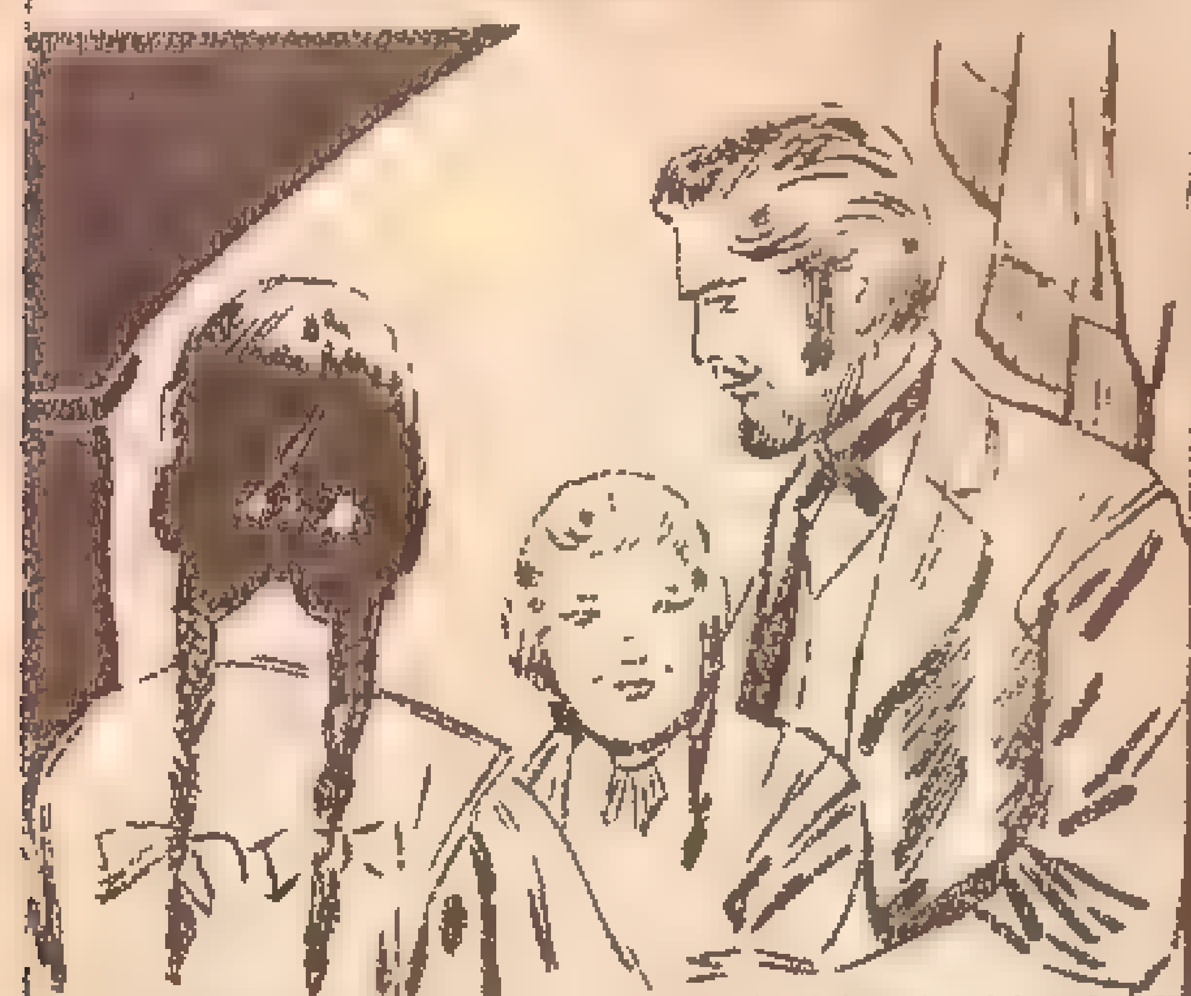
Costó mucho trabajo convencer al padre de que se radicara en la isla con su yerno y sus hijas. Anne fingió admirablemente que le hacía falta su presencia:



Lindeman había envejecido mucho, pero conservaba su modo atildado de vestir. Llevó colores y pinceles cuando Anne le dijo: —La capilla de la isla espera tu arte cristiano, querido papá.



Trine y Anne Bi, tanto como la fiel Kari, celebraron mucho que Hans Jacobo se hubiera resuelto a vivir con ellas.



Anne veía muchas veces la mirada triste de su padre, cuando iba a llevarle una merienda a la iglesia donde pintaba subido a los andamios, hechos por su pericia: —Baja, baja del cielo a comer, papá.



¿Cómo podía ella pensar en todo y en todos, olvidándose de su propia dicha? Y Lindeman, casado por amor, nunca jamás consolado de la pérdida de su Elizabeth, sufría por su bella hija que no conocería el sentimiento más bello de la vida. La admiraba mucho, viéndola en todo: caritativa con los pobres, madre de las...



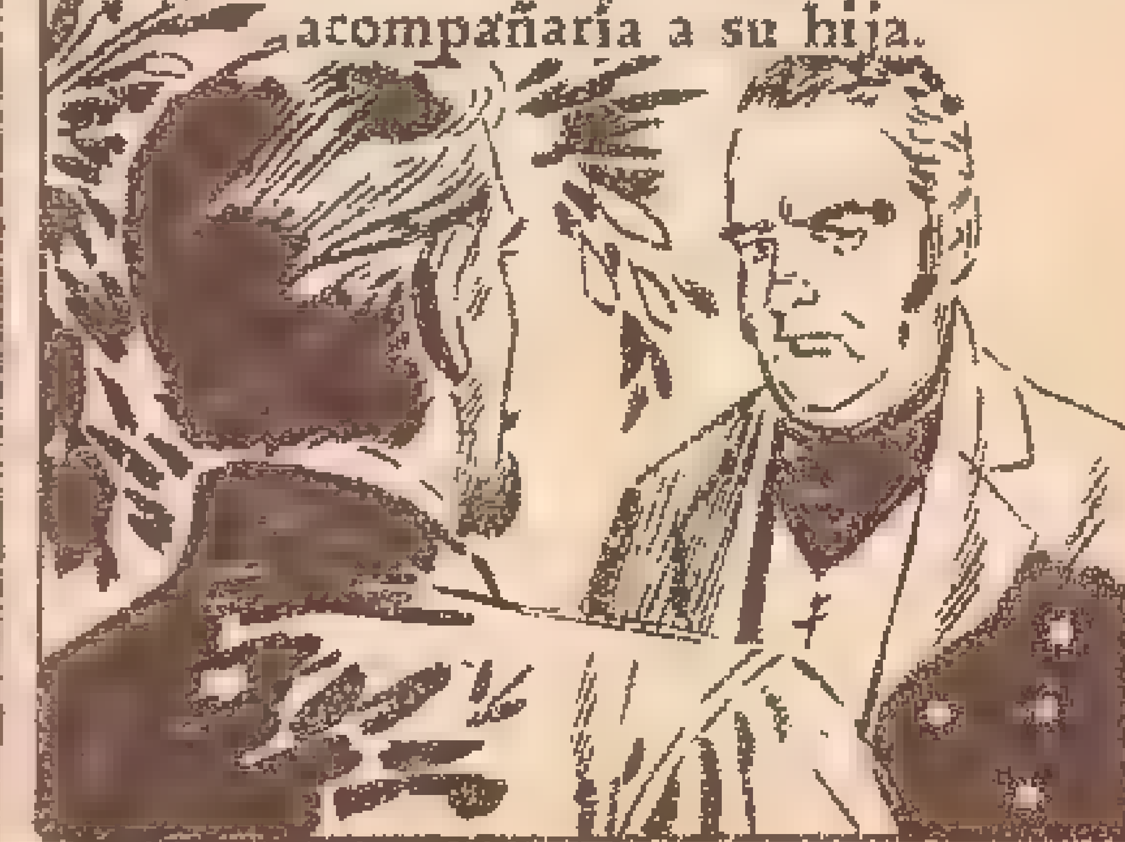
...hermanitas, providencia de los enfermos, alma y nervio de la mansión de Oleson. Cuando llegó el viejo marino más pesado y rojo que al marcharse, debido quizá a los múltiples esfuerzos realizados, Anne cayó muy enferma:



Kari y las hermanas, lo mismo que otras mujeres del pueblo y de la servidumbre, procuraban aliviarla de su mal y realizaban las tareas que antes hiciera ella.



Fue entonces cuando Lindeman propuso a su yerno que dejase ir a la esposa con su tía de Cristianía, Gertrudis, que era también su madrina y estaba casada con un industrial poderoso de la ciudad. Hans Jacobo acompañaría a su hija.



"Luego regresaré para concluir la pintura de la Iglesia y vigilar el hogar, mientras tú navegas, Anders." El marino que estaba muy inquieto por la salud de su mujer accedió de buen grado. Colmó de ropas finas y joyas las maletas de Anne.

Le dio bastante dinero y la besó llorando: —Que vuelvas sana, querida mía. Anne quiso que su fiel Kari cuidase de las hermanas y de la casa.



Pero al alejarse en el buque que la llevaba con su padre, no pudo menos de pensar en que hacía mucha falta a las niñas. Lo dijo al padre con amarga sonrisa: —Por lo menos, papá...

..."no quiero morirme hasta que Trine y Anne Bi sean felices." Lindeman no respondió. En lo más hondo de su alma sentía dolor y remordimiento. Si él hubiese sido un hombre valeroso y trabajador...

(Anne pudo también aspirar a la dicha y al amor.)



Tía Gertrudis, una gruesa y alegre mujer, recibió con mucho cariño a su sobrina y a su hermano, brindándoles las habitaciones más lindas de su palacete. Berg, el marido, se mostró igualmente cordial y generoso. A los días, se marchó Lindeman.

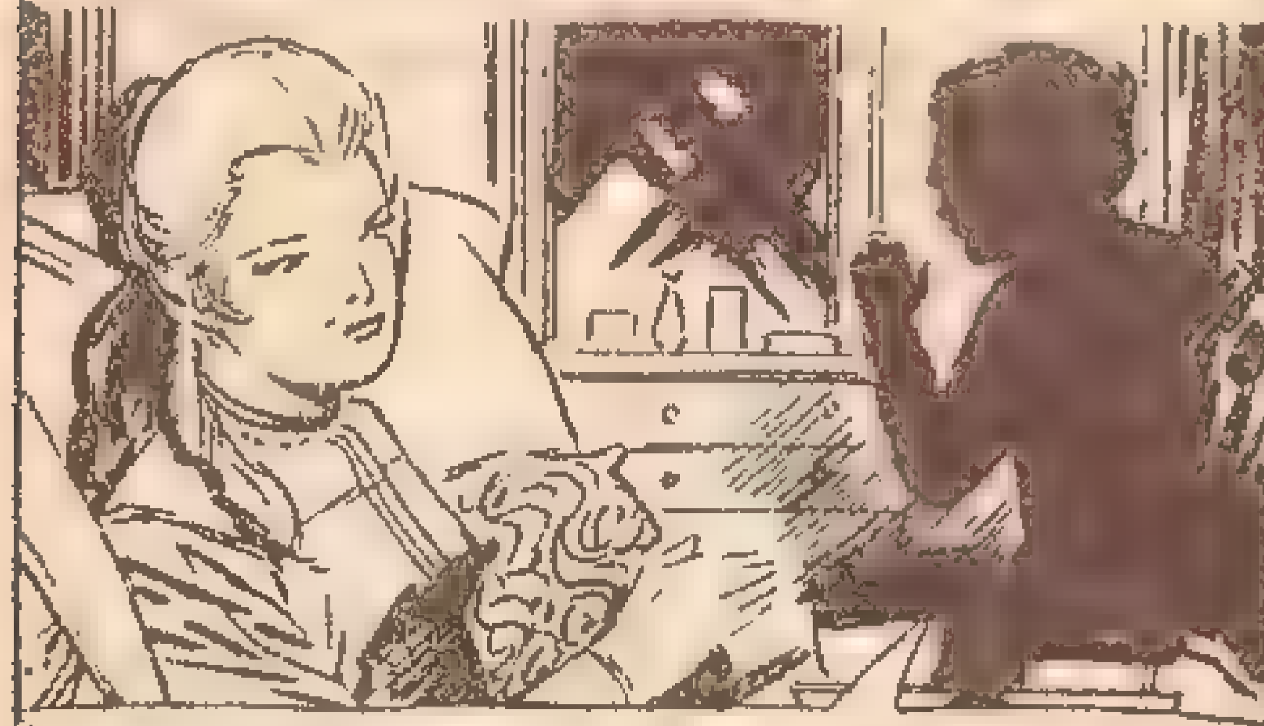


"Te confío a mi hija, que es también tu ahijada, Gretrudis; puedes imaginarte que su vida íntima no es feliz. Está casada con un hombre viejo, basto, aunque muy bueno.

Se sacrificó por sus hermanas..., por mí que no valgo nada."



El cariño de tía Gertrudis se manifestó en muchas cosas: desde el halago con que servía a la joven su desayuno sabroso en la cama, hasta los regalos que le hacía.

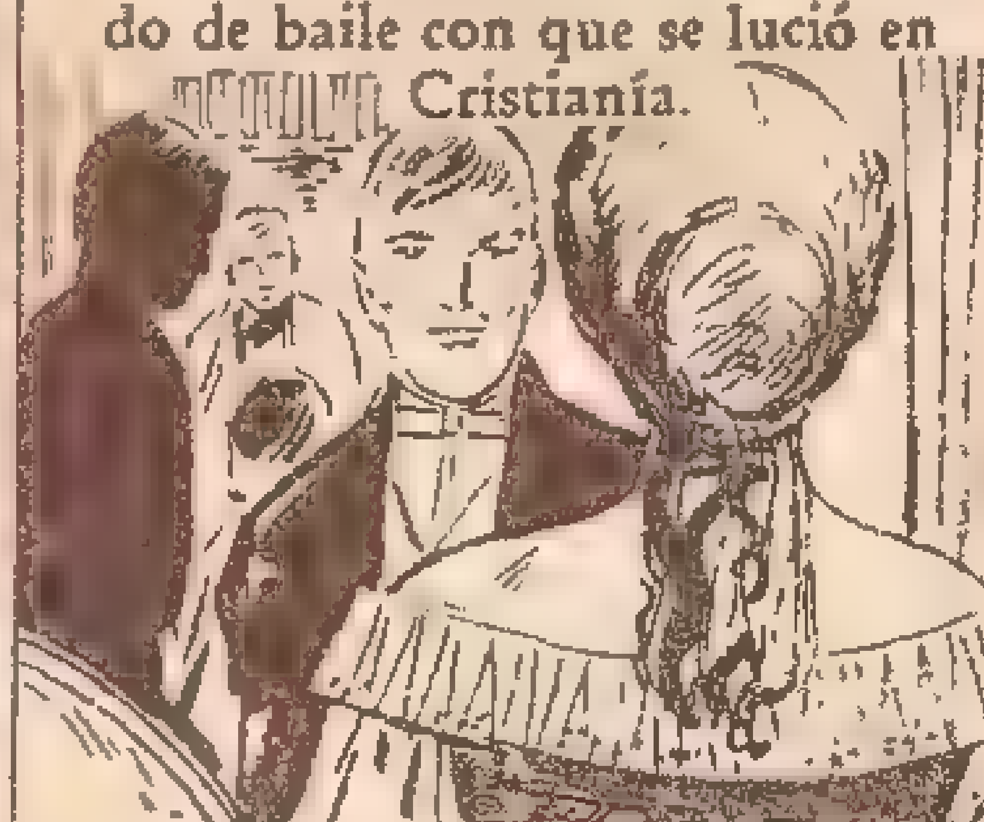


Te encargué un maravilloso vestido de seda azul para el gran baile de primavera.

El vestido llegó bordado con zafiros en el descote y con su correspondiente aderezo de las mismas piedras que realzaban la belleza rubia y delicada de Anne. Ella pudo olvidar sus desilusiones y su enorme responsabilidad.



Los Berg eran poderosos y respetadísimos. Para cumplimentar a la visitante, dieron fiestas las principales familias. Pronto, en la ciudad, Anne fue llamada "la dama de azul" alusión al primer vestido de baile con que se lució en Cristianía.



Fue en una de esas fiestas donde un sueco, el joven Olson Largerfeldt, la sacó a bailar tantas veces que al final debió rehusarse, gravemente.



La contemplaba con muda admiración. Desde esa noche se convirtió en una especie de sombra de Anne. La mañana que le envió un canasto de rosas, ella experimentó una sensación parecida al miedo y a la felicidad.



Esperó a verle otra vez para decirle, sin apartar sus ojos de aquella profunda mirada gris y noble: —Estoy casada con un hombre muy bueno, señor Largerfeldt.

No debí venir sin él. Pero he estado muy enferma... Además mi esposo es marino.



“Y sus obligaciones le llevaron lejos; mi padre me acompañó a Cristianía”. El no dejaba de contemplarla mientras hablaba, y sus ojos revelaron sincera admiración. —Es usted muy semejante a una niña, la niña de algún romance de leyenda.

Me causa profundo, irreparable dolor, saberla casada. Porque...

Prefiero que no hablemos, señor Olson.

Tengo que decírselo: nunca amé hasta hoy. Perdóneme, si se lo confieso.





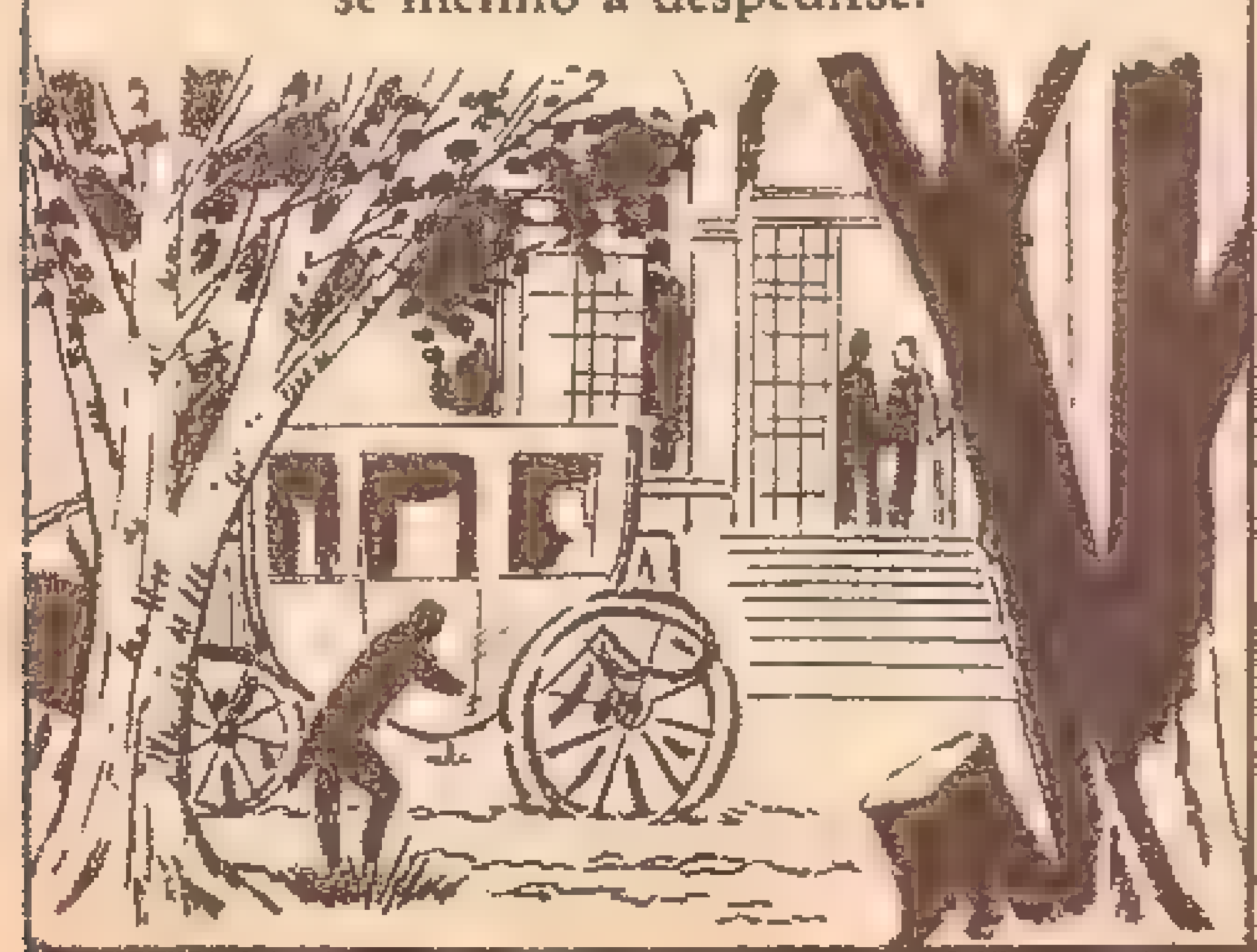
















Habían hecho muy mal si dudaron de su fortaleza. Ella recordaba de pronto la sonrisa difícil de la abuela Kileman, sobre el césped, muriéndose, mientras su posesión era presa de las llamas. Era su descendiente y sabría siempre ser digna.



Las hermanitas, Kari y la servidumbre, la recibieron muy felices con música, bailes y una exquisita cena. Anne retomó sus obligaciones con frialdad y eficacia.

Has cambiado, Anne, a veces pareces de piedra.

Surgió de pronto un conflicto: Trine se había enamorado de un mozo muy rico, Lars Frederick, el cual también la amaba mucho, pero estaba dominado por sus padres.

Ellos quieren que salga a navegar antes de casarme y me consideran pobre.



El orgullo de la hija de Lindeman se rebeló, fuerte, indomable. —Ya arreglaré yo las cuentas con esos Frederick. Son ricos de verdad, pero tú tendrás tu buena dote. Oleson me lo prometió, cuando nos casamos.

Lars, un mozo débil, muy rubio, no agradó a Anne; pero amaba a su hermanita y ella a él. Eran jóvenes y tenían mucho camino de juventud que andar. ¡Dichosos de ellos! El capitán Anders llegó en esos días. El corazón de Anne se contrajo al verlo.



Parecía hinchado por la bebida, rojo como un crustáceo. Por inevitable asociación de ideas, evocó la figura cortés y gentil del caballero sueco. Pero luego la rechazó para saludar a su marido y besarlo en ambas mejillas.



Esa tarde, sentada en el brazo del sillón que él ocupaba frente a la estufa, mientras fumaba y bebía ginebra, le habló de la boda y de la dote de Trine. Era preciso mostrarse cautelosa, llena de cariño y hábilmente femenina.

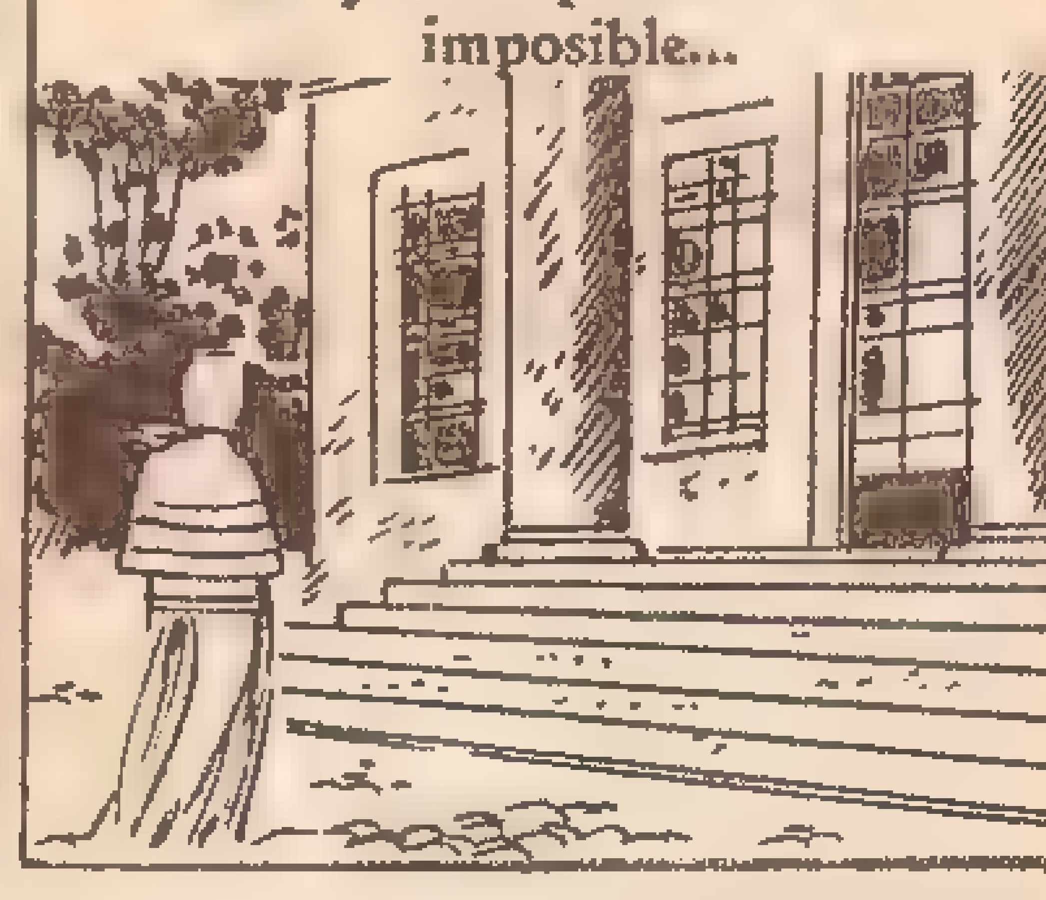


Triunfó como siempre que luchaba por los demás. "¿Qué se han creído esos Frederick, enriquecidos con sobras de pescado descompuesto?"

Ya verán si mi cuñada es rica o no.



Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas; besó a su esposo. Aquel corazón de oro, no admitía quizá comparaciones con el otro, el del perdido sueño imposible...



Anne misma fue a invitar a los Frederick para invitarlos a su casa. Tuvo lugar una fiesta que hizo época. Y cúando se trató de la dote de Trine, los futuros suegros quedaron sorprendidos por su magnitud.



El casamiento se celebró con mucho boato. Anne encargó su vestido a la capital, lo mismo que todo el ajuar de la hermana y de Anne Bi.



Pero cuando mediaba la fiesta, sintió de pronto un enorme cansancio. Los rostros juveniles de la novia y de su esposo resplandecían de felicidad... Algo que ella, Anne, jamás conocería.



La consoló admirar el templo enriquecido por las pinturas místicas donde Lindeman había revelado su talento más puro y que todos hallaron maravillosas.

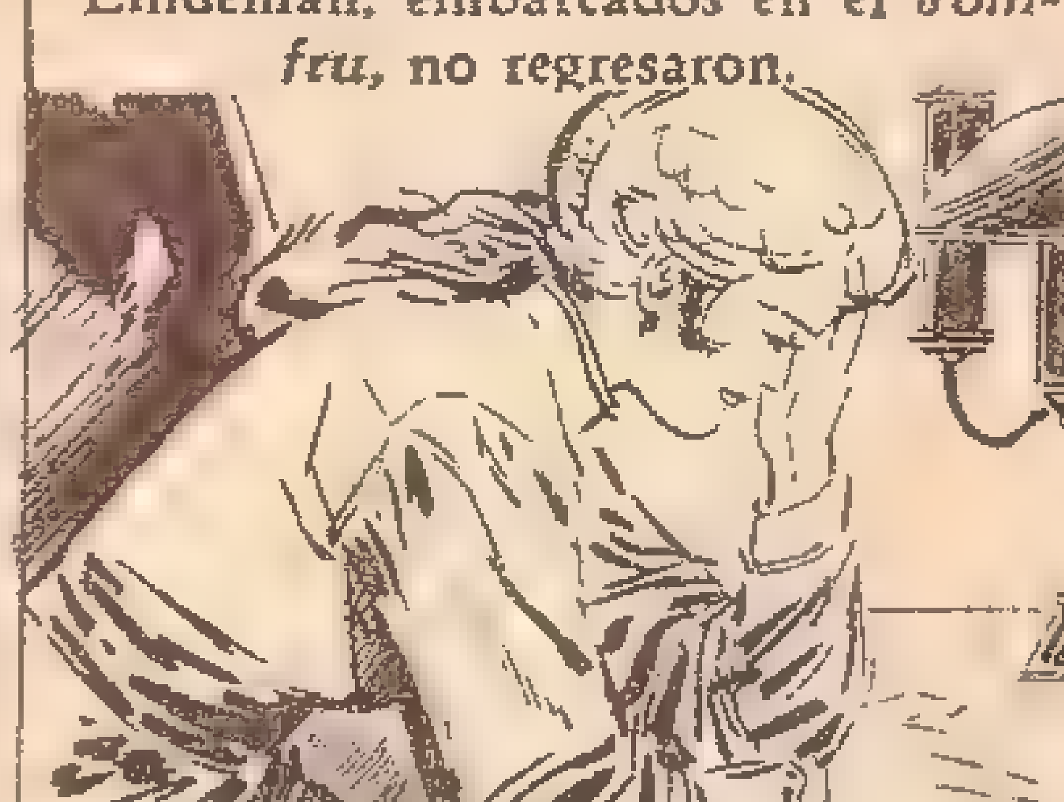
(Que Dios me tenga en cuenta esto que hice en su servicio. Me hará mucha...)



..."falta el día del Juicio". Y Anne experimentó una extraña sensación de consuelo al pensar que por ella el padre había creado esa belleza religiosa. Había seres —pensó— destinados a procurar el bien de los demás aún a costa del suyo.



Trine y Lars Frederick eran muy felices. Por aquellos días, cuando Anne dedicada a la casa y a la educación de Anne Bi, sentíase tranquila, sobrevino una tragedia. Oleson y Lindeman, embarcados en el *Jomfru*, no regresaron.



A cargo del segundo y de algunos marineros llegó el buque desmantelado, aunque a salvo casi todas las mercancías.



El desastre se explicó sencillamente: un golpe de mar había barrido a Anders y a Oleson en plena tormenta, cuando estaban quizá demasiados ebrios de aguardiente escocés. No fue posible hallarlos.



Anne creyó morir. Jamás pudo imaginar que aquellos dos hombres, menos fuertes que ella, le hubieran sido tan indispensables. El marido, con su rudeza bondadosa, el padre con su incurable bohemia. Los lloró amargamente, hasta sentirse agotada.



Vistió de luto severo como una anciana y empezó a exigirse más trabajo. Kari la reñía a veces: "Te pones imposible, Anne. Recuerda que no tienes treinta años."



Quedó inmensamente rica. Y lo hizo sentir como beneficio en la isla. Su posesión recordaba Gorsgstad, el dominio de su abuela Kileman. Y ella misma a veces se mostraba dura y exigente con los labradores y los campesinos.

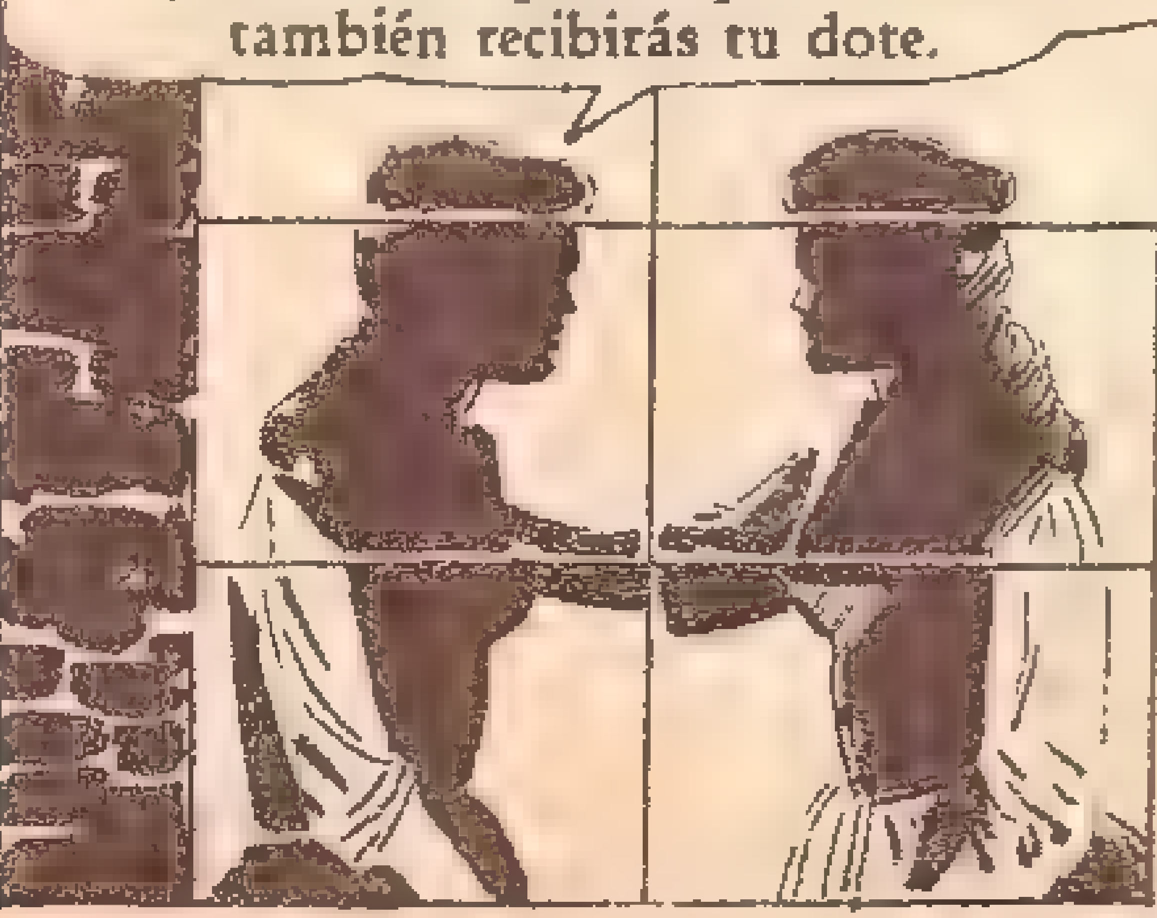


Pero todos la respetaban y la querían. Pese a los esfuerzos de Kari no abandonaba el luto, lo cual la hacía parecer más joven, aunque no lo advirtiese.



Kari, enamorada de un marinero, le confesó que no quería casarse por no abandonarla. Entonces Anne rió por vez primera desde hacía casi tres años.

¡Mujer, si vale, quiero que te cases! Y también recibirás tu dote.



—¿Y vivir lejos de ti? —preguntó la fiel Kari llorando. Anne respondió casi con dureza: —Es ley de la vida.

¿Acaso no vive lejos mi propia hermana Trine?



Kari recibió, pues, su buena dote y la señora le brindó una fiesta que hizo época, aunque ella no asistió, porque no iba a ninguna parte, sino al templo y a visitar sus pobres y sus enfermos.



Anne Bi le recordaba sus quince años, con el pelo color de trigo y la risa pronta y las bromas y juegos. Era inteligente. Hablaba francés e inglés a la perfección y tocaba el arpa como un ángel.



La adusta institutriz que había contratado para su hermana, fue encargada de llevarla a las fiestas de ese año en que la niña comenzaba a actuar



El mismo sacerdote aconsejó a Anne que aliviara su viudez. Era malsano aquel empecinamiento de soledad y duelo. La joven sonrió y por vez primera se permitió confesarse a sí misma que llevaba también luto por su juventud sacrificada.



El sacerdote trató de hacer luz en aquella alma orgullosa. Pero fue en vano.—Tarde o temprano —dijo— Dios te humillará para que aceptes el dolor como debe aceptarse: con amor y humildad. Anne respondió con los labios apretados: —Ya he sufrido bastante, padre. No creo que deba conocer otro límite.



Probó una nueva inquietud cuando pudo adivinar que Anne Bi estaba enamorada. Sin duda en aquellas fiestas y reuniones había conocido a alguien que le había robado el corazón ¿Quién sería? ¿Alguien digno de ella? Interrogó a miss Nolstrom, la institutriz, y supo que un acaudalado extranjero festejaba a la niña.



Era un caballero muy gentil, muy cortés, un verdadero aristócrata. Vendría pronto a hablar con la señora. Por orgullo, Anne se abstuvo de interrogar a su hermanita. Pero no dejó de observarla; parecía vivir en un sueño.

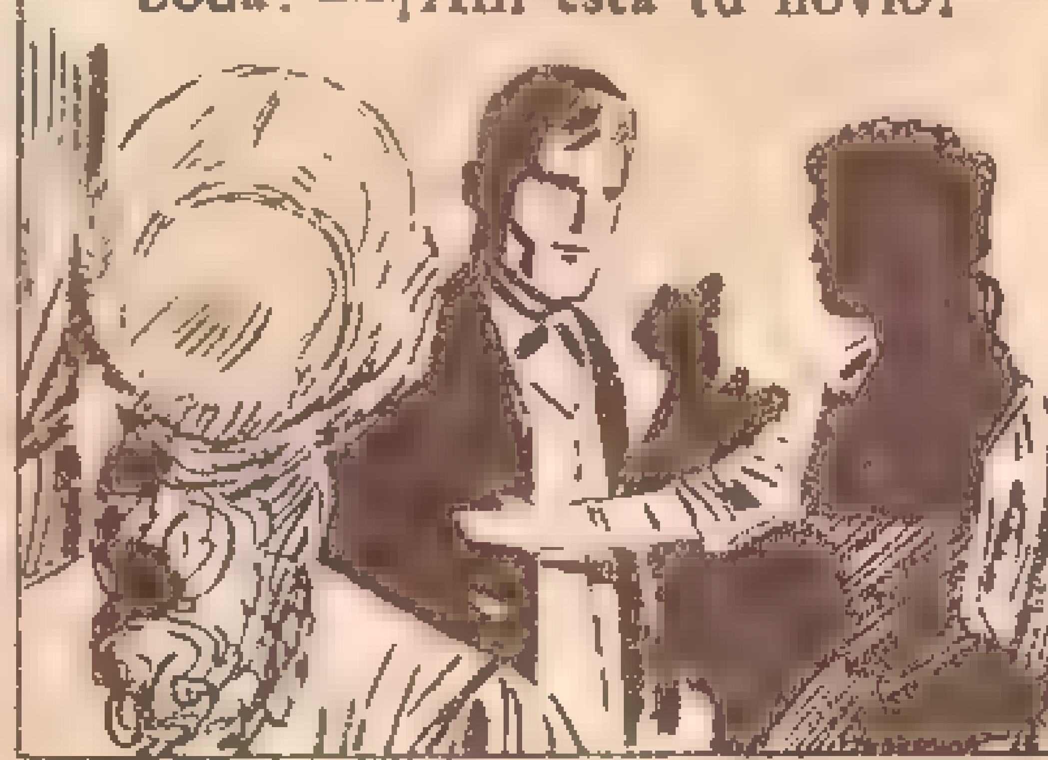


Cuando el galán se anunció, Anne Lindeman creyó que iba a desvanecerse. Se trataba de Olson Largerfeldt. Volvió a verlo y le pareció mentira. El le besó la mano y se expresó con pocas y sinceras palabras. Al volver a Noruega y pasar por esa ciudad creyó que estaba soñando: —Anne Bi es igual a usted en...



..."aquellos años, y yo no he renunciado a casarme con alguien que se apoderó de mi corazón como esta niña lo ha hecho". Ambos guardaron silencio; ella, con íntimo desprecio pensaba en la poca resistencia que tenían los sentimientos en el alma de los hombres. Papá lloraba por su madre, sin dejar de embriagarse.

Olson, que pronto la olvidaba y la sustituía, a ella que creyó no poder olvidarlo nunca. Su endurecido corazón le permitió recobrarse. Llamó a Anne Bi, luego de conversar con Largerfeldt a propósito de la boda: —¡Ahí está tu novio!



La chica saltó a su cuello besándola en ambas mejillas. Anne recordó a Trine, el día que consiguió que Anders la dotara con esplendidez. Bien; había hecho lo posible por la familia Lindeman y ahora... se quedaba sola. Esa noche recordó con ternura al esposo: había sido el único ser que la amara con desinterés y generosidad.



Por la mañana, muy temprano, se dirigió a la Iglesia. —Vengo a encargar una lámpara de plata que arderá a perpetuidad en memoria de mi marido, padre. Miró al sacerdote con ojos llenos de dolor.



El templo estaba solitario y pudo dejarse caer de rodillas, sollozando, aunque íntimamente fortalecida por la convicción de que su vida ligada a un ser noble y fiel no había sido en realidad un sacrificio como su orgullo se lo hiciera creer tantos años.



EL HOMBRE TIGRE

Por **MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ**

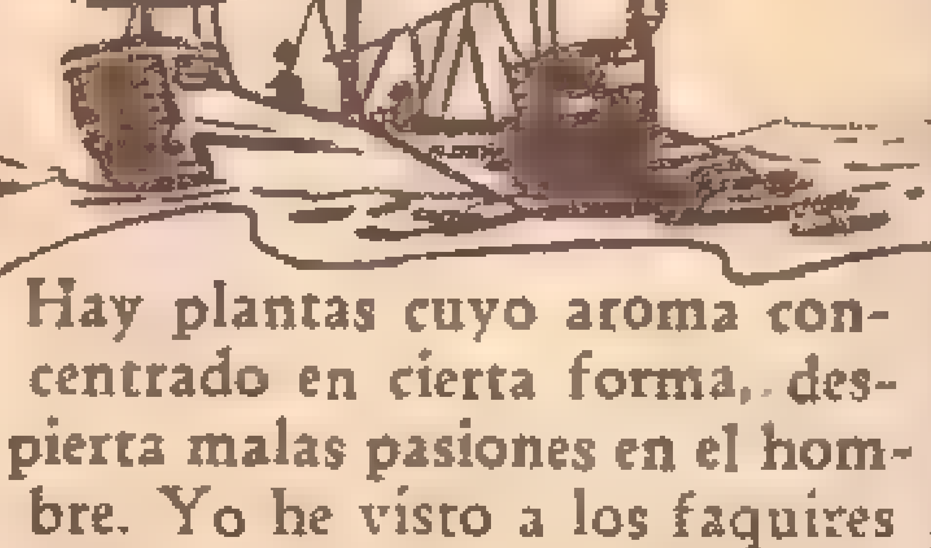
DIBUJOS DE FERNAND

Nuestra intitutriz Ruth O'Neill era una mujer tierna y generosa. Tocaba el piano como consumada artista. Mi hermana, Mimita y yo la queríamos mucho.

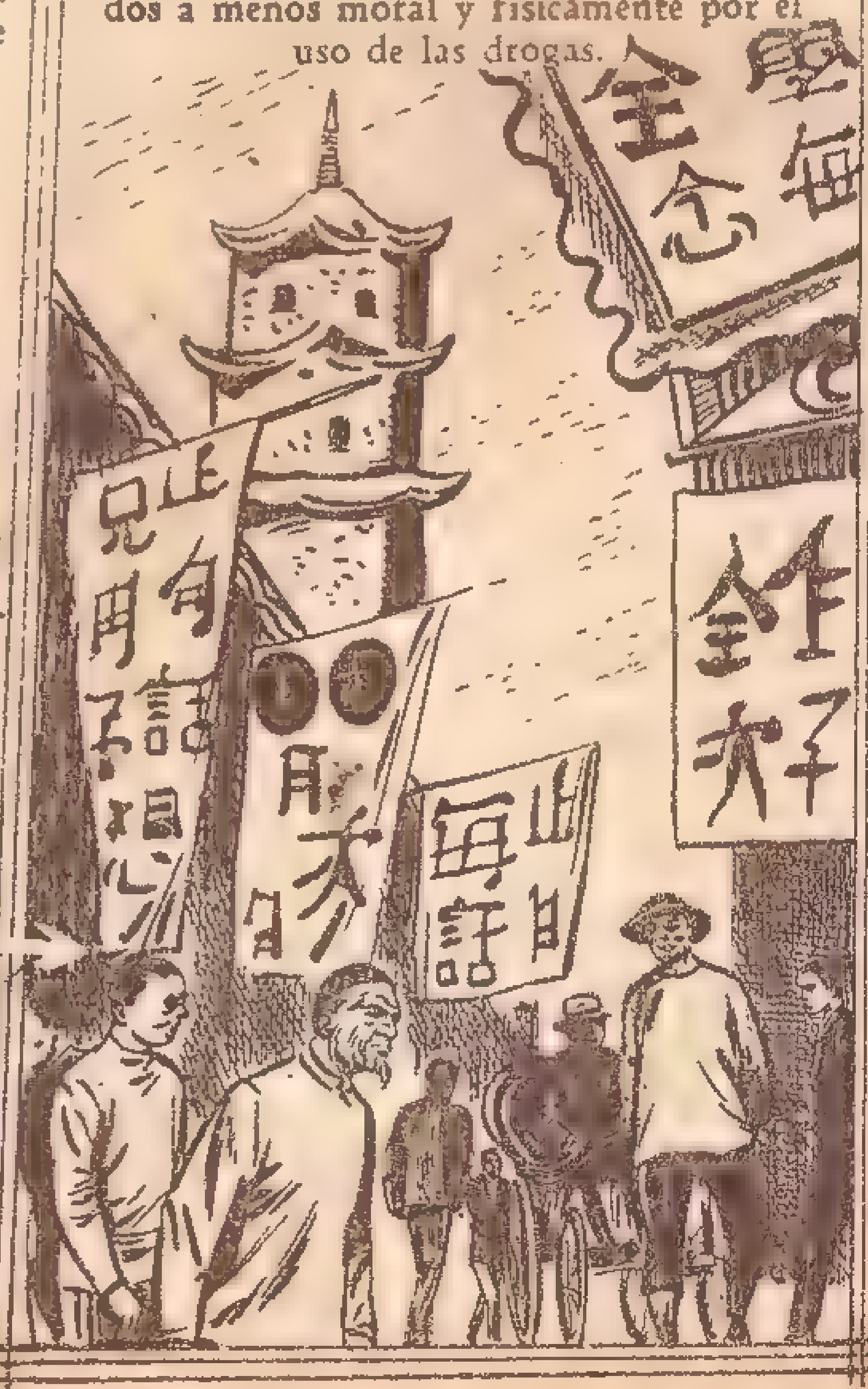
¿Por qué no nos habla de Oriente, señorita? ¡Es tan interesante lo que cuenta!



Con su voz un poquito ronca solía referirse a lo que había visto en las Indias Holandesas y a lo largo de la costa china, cuando le tocara acompañar a la anciana madre de un traficante de perlas.



Los comerciantes de Cantón empleaban agentes de policía, detectives particulares, con el fin de prevenir robos casi siempre instigados por individuos extraños, venidos a menos moral y físicamente por el uso de las drogas.

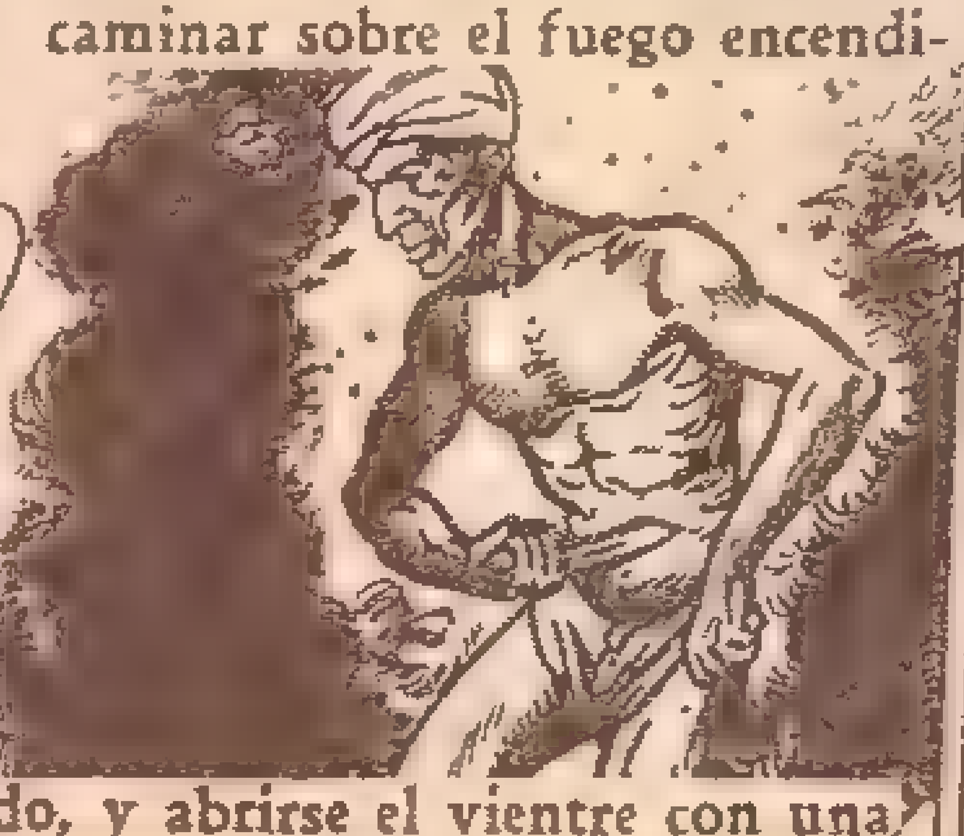


Una tarde, en pequeña reunión, miss O'Neill hablaba de Oriente.


Allí todo es misterioso. Se habla mucho de magia y otras rarezas.



Hay plantas cuyo aroma concentrado en cierta forma, despierta malas pasiones en el hombre. Yo he visto a los faquires caminar sobre el fuego encendi-



do, y abrirse el vientre con una espada al rojo.


Hay hombres llamados "nats" que viven dentro de los árboles de Burma.
Oriente es un enigma, señores. Lo conozco bien cuando estaba con los. .
..."señores Amayat. El era un poderoso comerciante en perlas, con unas gotas de sangre hindú, pese a su nacionalidad holandesa. Su mujer era muy linda. Y la anciana señora Amayat, a quien yo acompañaba, parecía una figura esculpida en marfil. Tenía la mala costumbre de fumar opio. El hijo me empleó para...
...que yo la cuidase. Era una labor delicada."
Temo que mi pobre madre muera a causa de sus excesos de fumadora.
La señora era muy amable. Una noche me puso en las manos una arquita de marfil con joyas. —De ninguna manera; ésto sería un robo, señora.
Por medio de la lectura, el relato de mis viajes y sobre todo la práctica de la religión, me...
..propuse modificar su tendencia. Hice las veces de catequista formal; le hablé de las penas que la esperaban en el otro mundo.
Tenemos un alma inmortal.. ¡Hay que salvarla!
Tuve suerte. La dama se fue reformando, insensiblemente. La que menos pareció celebrar esta resurrección moral fue la linda esposa de Amayat. Era muy elegante y coqueta en sus reuniones con príncipes orientales y diplomáticos.
Hubiese parecido mejor que Paula —así se llamaba la señora— se mostrase menos enjoyada y más circunspecta. No estimaba a su suegra, y ésta no le perdía paso. En cuanto al señor Antonio Amayat era un amable anfitrion.
Una noche, la anciana me dijo, mientras la ayudaba a desvestirse:"¿Sabe usted cuál es una de las ventajas de envejecer? La principal es perder la vista para juzgar superficies y afinarla para ver lo profundo.
Hoy he visto entre esa gente que llenaban los salones de mi hijo, varias monas, un orangután y algunas hienas... muy bien vestidos todos.
Tranquilicé a la señora, que quizá echaba de menos su odiosa droga.
Nunca me consolaré de que mi hijo se haya casado con Paula.
Le pedí que no juzgase mal a la joven. Y comencé a leerle algo interesante. Sus ojos hundidos se dulcificaron"Es usted muy noble.Ruth."
Creo en que el hombre es bueno. Espero que los malos cambien.
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

La anciana se removió en su lecho cubierto de sábanas de seda.

No hay que fiarse de mucha gente, querida.

¡Prefiero equivocarme creyendo buenos a todos!

Movió la cabeza amargamente y luego trató de explicarme por qué había comparado a las personas con los animales que citara.

No me crea usted loca. Una vez vi a un malayo transformarse en un furioso orangután.

Mi nuera, a pesar de sus lindos ojos claros y de su cutis de lirio, tiene a veces hocico de hiena. ¡La viera usted cómo se reía cuando yo estaba como esclavizada por el opio!

Confieso que aquella noche dormí poco y mal. Era indudable que mi ama no se había repuesto bien de su intoxicación. Pude llegarme al pueblo y conversé con el sacerdote quien me prometió visitar a la señora Amayat.

Cuando volví a la casa, había como siempre una reunión en el jardín. Los sirvientes javaneses, tocados con turbantes, llevaban las bandejas de plata colmadas de copas de cristal y bocadillos. Me deslicé rumbo a mi cuarto para darme una ducha y vestirme. Está mal que lo diga pero en aquel tiempo...

...era yo joven; decían que muy bien parecida y bastante coqueta. Me puse un vestido simple de seda blanca y un collar de perlas; usaba el cabello largo en trenzas anudadas en torno de la cabeza. Después de perfumarme, bajé.



No fue idea mía: los ojos claros de Paula Amayat me miraron hostiles, oscuros. El hombre que la acompañaba era tan ga-



llardo que resultaba imposible dejar de admirar su perfil aguileño, su tez dorada, su estampa señoril.



El señor Amayat se acercó a mí, afablemente, para decirme que estaba muy contento conmigo, la madre, repuesta y serena, estaba durmiendo y no tardaría en reunírsenos un rato antes de la cena. Luego me presentó al caballero que conversaba con su mujer: El maharajá de Landore, la señorita O'Neill.

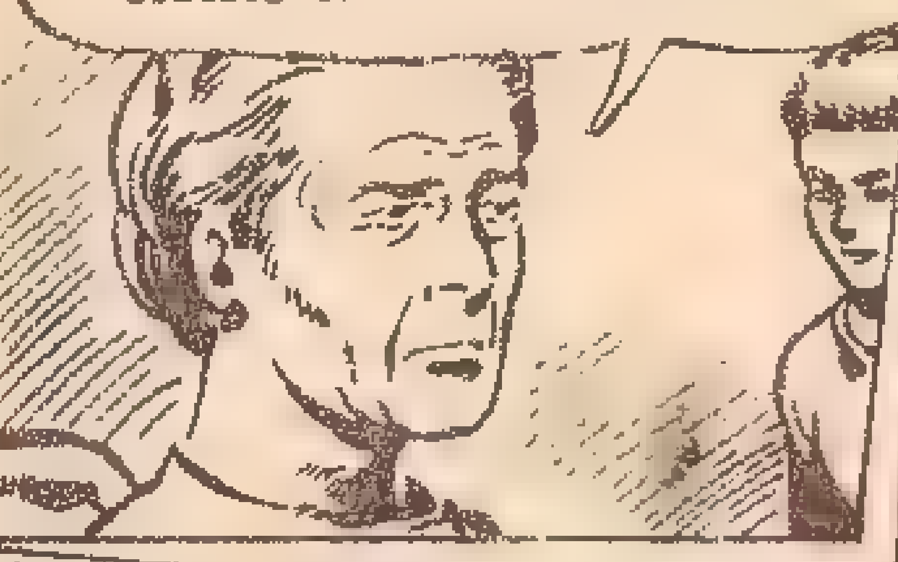


Sentí mi mano aprisionada en aquella tan fina y sensible, mientras los ojos aterciopelados parecían acariciar mi rostro. Nunca he vuelto a ver un ser parecido a aquél. Fluía simpatía, encanto, dulzura, suavidad y a la vez fuerza y energía. Se inclinó ante mí como si yo fuera una reina.

Acepté una copa de jerez y luego bailé con el príncipe de Landore. Su dominio estaba en mitad de la India y él viajaba de incógnito —me dijo— para estudiar las condiciones de su tierra y distraerse un poco.



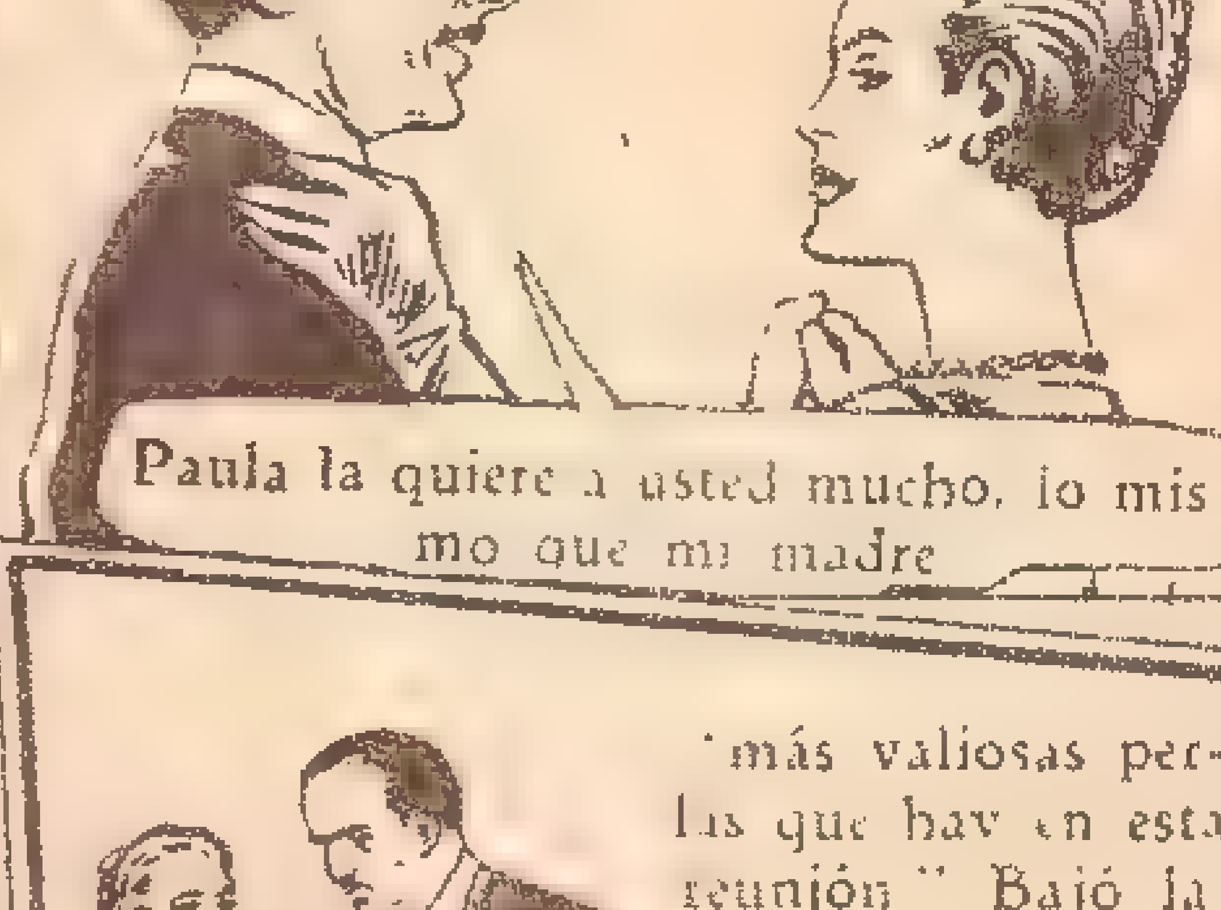
Yo nunca había experimentado especial atracción por un hombre, pero me sentí hechizada. Ustedes perdonen esta confidencia de una mujer casi vieja.
Y el maharajá —cosa increíble— me dedicó sus atenciones casi toda la noche.



La hermosa dueña de casa bailó entre sus invitados. Era tan pequeña que a veces la perdía de vista, pero sin embargo encontré por dos veces más sus ojos clavados en los míos y aquello me produjo cierto malestar.

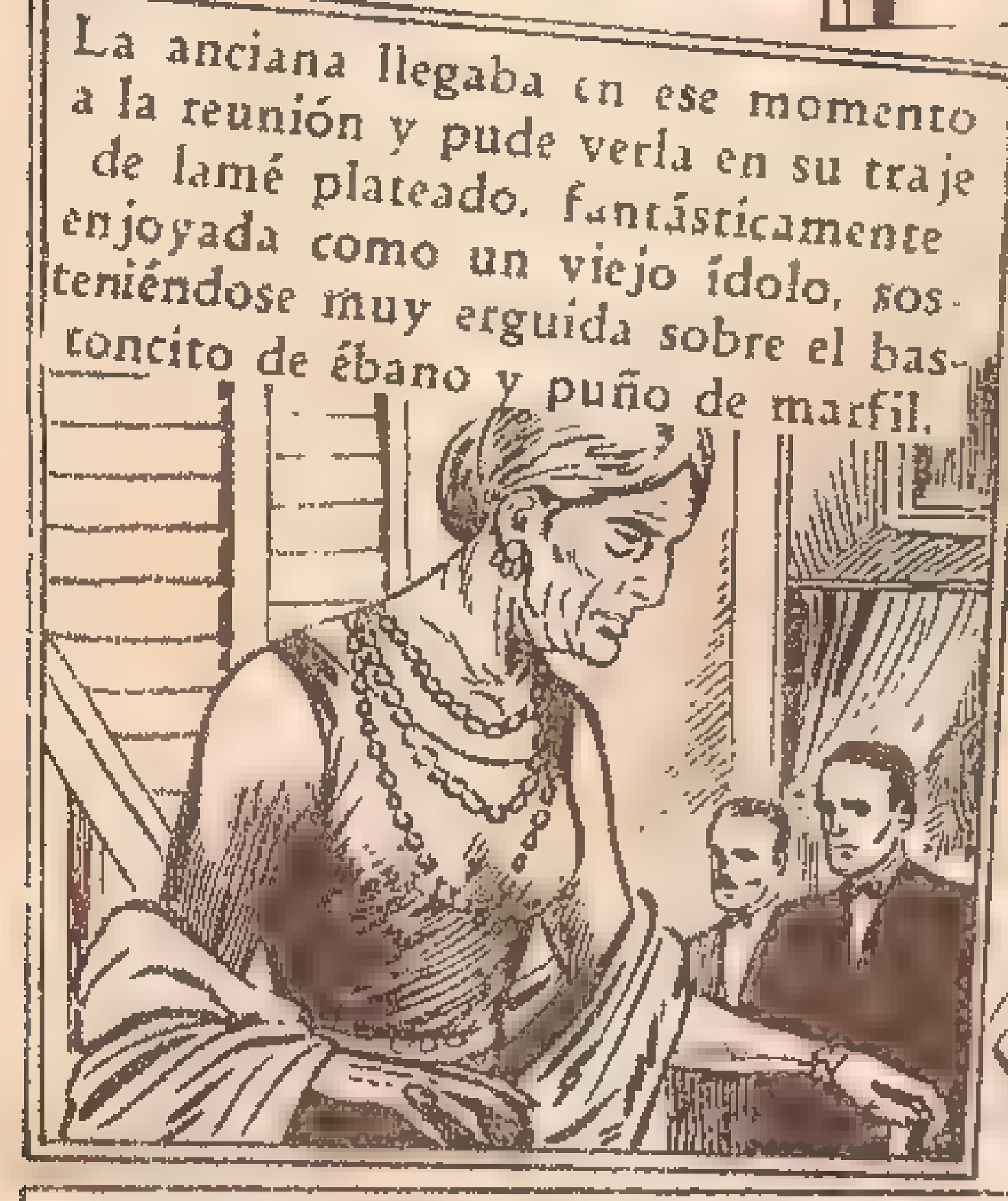


Bailé también con don Antonio Amayat, quien me elogió mucho. —Debería usted vestirse más a menudo como esta noche señorita Ruth. Mi mujer y yo quisiéramos que se casara bien.



Paula la quiere a usted mucho, lo mismo que mi madre.

La anciana llegaba en ese momento a la reunión y pude verla en su traje de lamé plateado, fantásticamente enjoyada como un viejo ídolo, sosteniéndose muy erguida sobre el bastoncito de ébano y puño de marfil.



Su cabello de plata resplandecía y admiré en la dama una gracia majestuosa. El señor Amayat sonrió al advertir la mirada con que yo envolvía a su madre.

Es interesante, ¿verdad? Y tenga usted por seguro que lleva las...

"...más valiosas perlas que hay en esta reunión." Bajó la voz para decir en tono de broma: —Quiero a mi madre con todo mi alma y se las regalé antes de conocer a Paula. En toda la costa son célebres las perlas que luce la vieja señora Amayat. De ahí que a veces mi esposa tenga sus celillos...

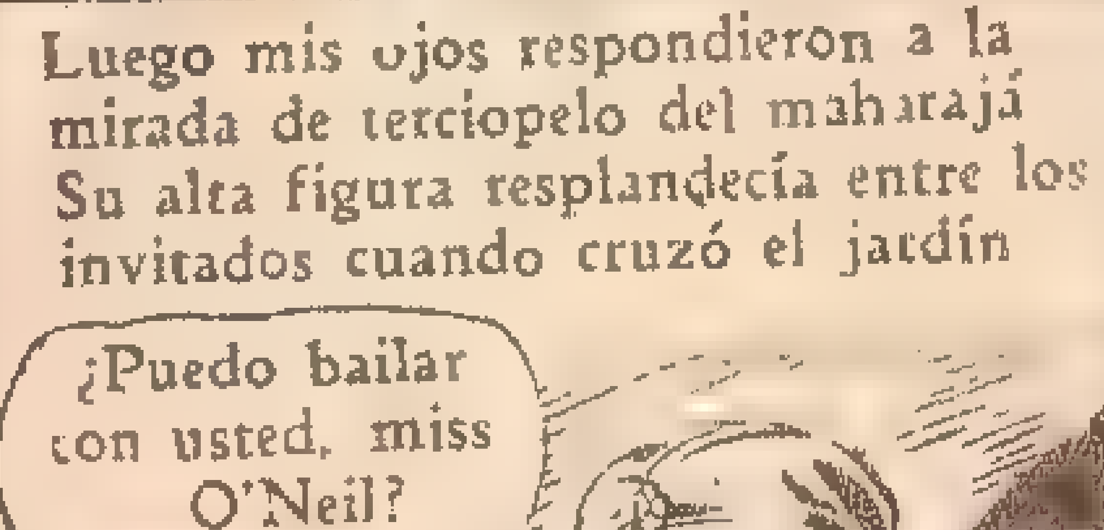
Miré a Paula; sonreía y pude comprobar algo que antes no advirtiera: uno de sus graciosos colmillos sonresalía apenas levantando el labio de coral.

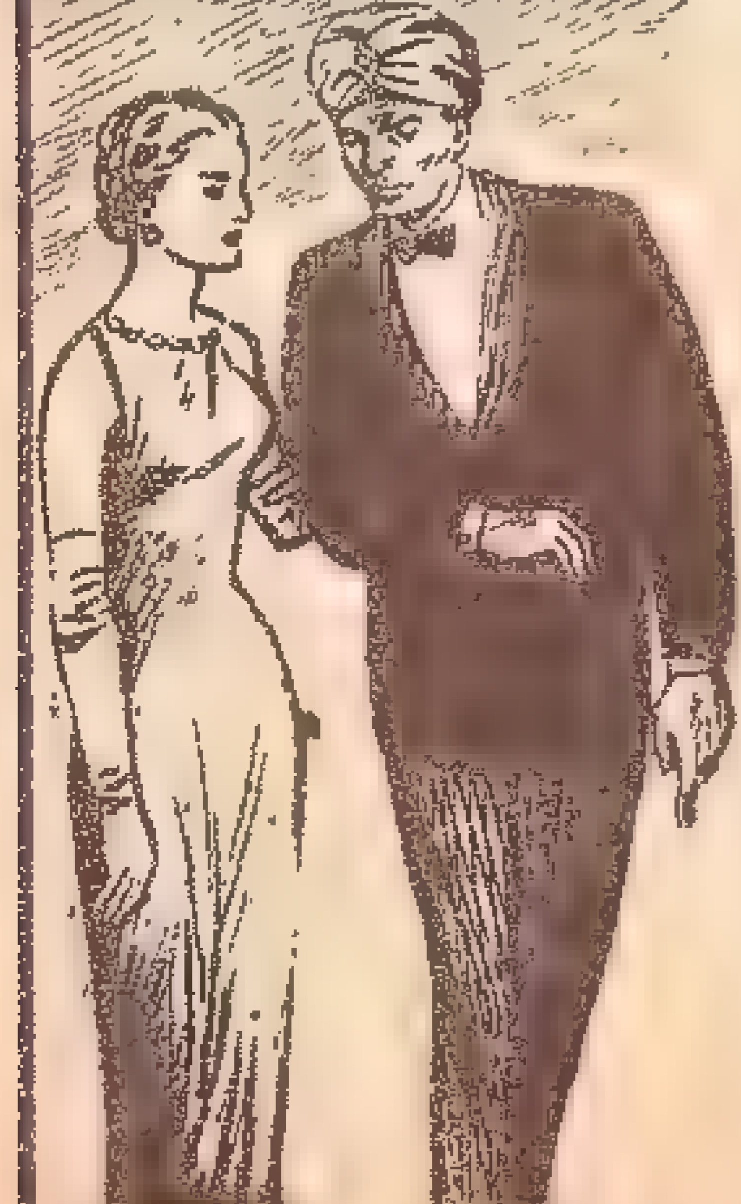
Ruth, la esperaba a usted, pero la vi en amable compañía.

Me apresuré a verificar si la señora tenía su chal de Cachemir y a llevarle un jugo de frutas. Nos sentamos juntas; ella, muy erguida, quizá orgullosa del triple largo sartal de perlas exquisitas. Vi como las acariciaba.



Luego mis ojos respondieron a la mirada de terciopelo del maharajá. Su alta figura resplandecía entre los invitados cuando cruzó el jardín.





Había luna y la miré ardosamente por entre las hojas. Un suave aroma a sándalo bajaba hasta mis labios desde la solapa del frac elegantísimo del príncipe de Landore. Esa misma noche me pidió que lo llamase por su nombre: Ananda. Llegué a mi dormitorio, ebria de ensueño y de ideal.

Thamar, la vieja sirvienta de la casa fue a buscarme de parte de la anciana Amayat que ya estaba en cama, erguida, con ojos de fiebre.


Ruth, quisiera una pipa de opio.



Se disipó mi embriaguez a impulsos de la inquietud. Y respondí, firme:

No, señora. Usted me dio su palabra de no fumar nunca más.




Los ojos rodeados de pliegues innumerables se llenaron de lágrimas.—¿Cree usted de verdad en las promesas, Ruth." "Sí, señora; cuando las formulan personas que tienen conciencia y amor a Dios."
La vi conmoverse y acarició mi rostro con su mano seca, amarilla. —Está bien, joven amiga, obedeceré su consejo. Pero prepárese usted a responder al mío cuando llegue la hora. No supe que responder. Entonces, la dama puso en mis manos el cofrecillo de marfil que una vez rehusara yo. —Son mis perlas...
Haga el favor de guardarlas bien. Siento que las acechan y le confieso que tengo miedo, mucho miedo. No hay en toda la costa un collar como el mío.
Hoy me lo dijo el señor Amayat.
—¿Y no agregó nada acerca de la codicia de esa holandesa que tiene sangre judía? —No, señora, no. Por favor, no hable usted así. Es malo para todos.
Bien, guarde mis perlas y reserve este secreto; es una súplica.
Otra vez dormí muy mal con tantas emociones encontradas. Me consoló ver al padre Dougall al día siguiente; llegó para conversar largamente con la señora, después que los hube presentado. Entre tanto, yo salí al jardín.
Estaba junto al estanque donde crecían unas hermosas Victorias Regias.
De parte de su alteza el marajah de Landore, para la...
..."señorita Ruth O'Neill." Me sentí desfallecer cuando el servidor puso un ramo de flores rojas y exóticas en manos de uno de los criados que salió a recibirlo. Luego, cuando me las dieron, me escondí en mi dormitorio para ponerlas en agua y soñar; soñar largamente...
El padre Dougall y la señora Amayat conversaban cuando yo entré en el dormitorio de la dama. Estaban enterados del regalo; quizá oyeron por la ventana la voz del mandadero. El sacerdote me miró serenamente.
Ruth, Oriente es extraño; confío en su espíritu religioso.
En cuanto a la vieja señora, se echó a reir extrañamente y dijo algo raro:
El hermoso Ananda se ha enamorado como un niño...., de pronto.
Se trata de una simple atención. Es fácil que el maharajá quiera...
Reprimí un súbito deseo de llorar amargamente. ¿Cómo iba a explicarse nadie que un príncipe se fijase en la pobre Ruth O'Neill?
...lecciones de inglés o de literatura. Y salí de la habitación, abatida. Desde ese día comencé a vivir mi sueño. Ananda se mostró generoso, exquistio y enamorado de mí. Pero yo, aunque deslumbrada, oponía a aquel desborde mis principios religiosos y no permitía al príncipe que me hablase de amor.


La mano experimentada de las mujeres es hábil en ese juego de detener las palabras de una confesión cuando la teme. Y yo lograba contener aquella. Ibamos en grupos a fiestas, reuniones nocturnas, paseos por el río...
Ananda bailaba conmigo y pude ver que el señor Amayat parecía complacido hasta que le dije: La amabilidad del maharajá de Landore es excesiva conmigo. No le doy ninguna importancia. Fue entonces cuando Paula dijo algo que me asombró: —Hace usted bien. Estos hindúes son muy complicados
Recuerdo una noche que he procurado alejar de mi memoria, una noche en que Ananda y yo tomábamos fresco en la veranda sobre las flores de pesados aromas. De pronto él me tomó en sus brazos y vi la brasa de sus ojos encendidos de amor; antes de poder zafarme ya me había besado apasionadamente.
Me retiré ofendida luego de increparle su falta de delicadeza. La fortuna y la sangre no lo autorizaban para burlarse de una muchacha que se ganaba el pan con su trabajo. Quiso decirme algo, pero huí.
Esa noche no pude dormir y salí al jardín; serían las tres de la mañana y la luna era tan clara que los senderos se veían nítidos. Me pareció que alguien lloraba en la sombra, lejos, y aunque en un primer momento pensé ver...
...de qué se trataba, de pronto sentí miedo y huí perseguida por el gemir extraño. Me costó trabajo conciliar el sueño. Muy temprano, me despertó un rumor desusado: pasos, voces...
Entre todas, distinguí la del señor Amayat.
Despierten a la señorita Ruth.
Acudí prontamente, inquieta; me requerían junto a la señora anciana.
Mi pobre madre parece muy enferma, delirante... loca.
-La llama a usted sin cesar, señorita Ruth. A mí no me reconoció... El dueño de casa estaba desesperado. Antes de entrar en la habitación de la anciana, pude ver a Paula en su bata de mañana; parecía desencajada...





Usé de toda mi energía y afecto para tranquilizar a la señora; llegó el médico y luego de auscultarla dijo que se trataba de un delirio natural causado por los anteriores excesos. Había que dejarla reposar. Indicó inyecciones y calmantes. Desde luego, yo era la indicada para cuidar a la enferma.



Los sirvientes indígenas, portadores de bandejas con refrescos y medicinas miraban con aire azorado cuando traían algo a la habitación. Amy, un chico de trece años me dijo con acento casi tembloroso
—Cuídese usted del "hombre tigre" señorita Ruth. Dicen que asaltó a la vieja señora.









El dueño de casa agregó con cierto humor: —Procure que los sirvientes no le hablen de tonterías, miss Ruth. Thamar y su hijo Lim, afortunadamente, están europeizados y no creen en el "hombre-tigre". Estarán junto a usted mientras nosotros cumplimos con quienes nos invitaron.





Jamás he sido miedosa y además yo necesitaba soñar con Ananda a la lumbre poética y plateada que parecía despertar los aromas profundos del jardín. Luego de asegurar las puertas y dos de las ventanas, me acodé en la más grande, absorta en la contemplación del paisaje exótico y en la nostalgia de mi amor.



Estaba segura de que mi sentimiento no pasaría de un sueño. Primero porque él no me había hablado de matrimonio, y luego porque mi sangre inglesa y razonable jamás me consentiría semejante unión, segura yo de que sería transitoria. Sin embargo, ¿quién me impedía soñar? Y suspiré con íntima pena...



Ignoro cuanto tiempo permanecí de tal modo. La luna de Oriente es subyugadora. Por dos veces me acerqué a vigilar el sueño de la enferma. Era tranquilo. Faltaban dos horas para que le administrase su medicina y el médico había recomendado dejarla dormir.

La magia del aire fragante me transmitió de pronto un mensaje: —Ven, Ruth. Me asomé con anhelo para distinguir a Ananda, pero no lo vi. Sin embargo, me llamaba..., quizá, desde bajo la tupida enredadera. Imploraba: Tengo que hablarte Ruth Tengo que pedirte perdón... ¡Ven un rato, querida!



La que les cuenta este episodio ha doblado la edad de aquella que lo vivió. Yo tenía poco más de veinte años. Acudí, temblando de emoción, de angustia... Era él, bajo la fronda, vestido de etiqueta con su turbante blanco: el broche de piedras ricas brilló como otra luna en la sombra.

Me tomó de la mano delicadamente y me llevó como a una niña por el camino largo del jardín, hablándome de un amor que se medía por la eternidad de los astros y por la pureza de las flores de loto dormidas sobre el agua.

Yo no sentía temor alguno pues él me trataba con infinito respeto: su mano, su voz, hasta el moreno de su rostro, eran suave como la felpa



Le dije que lo comprendía; en realidad hablé poco, ahogada por el sentimiento y por una intensa amargura, pues ni una vez él me habló de matrimonio. Pero parecía que la cinta del tiempo se había roto y que vivíamos en lo eterno.



Sin besarme, ahora me condujo otra vez por el camino de regreso a casa. Manifesté la inquietud de haber dejado sola a la anciana.

¿No me dijiste que dormía?

Luego, al despedirnos, se inclinó sobre mis manos, besándolas y el broche de su turbante volvió a fulgir: —¿Me has perdonado, Ruth?

Sí, Alteza; y espero que ya todo se aclaró entre nosotros. Adiós.


Huí con las lágrimas en la garganta, dispuesta a no conseguir que me hablara a solas nunca más Su romance cursi con la institutriz había terminado. Me lavé la cara antes de acercarme al lecho de la señora Amayat.
Duerme profundamente. Quizá reaccione.
Creo que me dormí en la butaca por espacio de dos horas, hasta que llegaron Thamar y el dueño de casa.
¿No ha visto usted a mi esposa, señorita Ruth? Regresó con dolor de cabeza de la...
..."fiesta antes que yo; creí que le habría pedido a usted que la acompañara. No la encuentro en la casa." Salté de mi asiento para unirme a los que estaban dispuestos a buscar a Paula. Había regresado en automóvil. Deduje, prontamente.
Quizá se ha sentido mal y salió a tomar el aire puro.
—Tiene usted razón; vamos a buscarla— respondió Amayat. Amanecía, cuando la encontramos tendida sobre la hierba con signos visibles de haber sido agredida por la zarpa de una fiera.
—¡Muerta; está muerta! gritó el esposo con un dolor que nos traspasó a todos. La tragedia comenzó en la casa de Amayat al rayar el alba y continuó, terrible, cuando Thamar, demudada, vino a decirnos que su ama estaba muer-
Fui a llevar el desayuno a la anciana señora y... no despierta.
El doctor habló gravemente: —La enferma ha tomado una dosis excesiva de opio. Sentí la mirada profesional, acusadora, sobre mí.
¡Debe haber un error! ¡No es posible!
La gente llenaba el palacio de Amayat. Me pareció que todos sospechaban de mí, que se me evitaba como a una leprosa. Un dolor intolerable, mezcla de remordimiento y de espanto me dominó, entonces.
Mientras llegaban los médicos y los empleados policiales, no dejaba yo de torturarme. ¿Cuándo había muerto la madre de Amayat? ¿Cuando yo oía las palabras de amor de Ananda en el jardín? ¿Fue su muerte natural?
Amy, el chico, fue de todos el único ser que pareció comprender mi desgracia. Decidí rogarle que llevase unas líneas mías al maharajá de Landore.
Por favor, Amy, dile que necesito su presencia y su consejo.
El señor Amayat estaba invisible; advertí que la servidumbre, incluso Thamar, me rehuía. ¿Creerían que yo era la asesina de la anciana señora? ¿Yo? Pero..., ¿por qué? Y de súbito recordé las perlas que ella me diera a guardar, las "más ricas y codiciadas de la costa". ¿Cómo, cómo, justificar ahora el hecho de...
... que se encontrasen en mi poder? La policía aún no había registrado mis habitaciones. Además, yo las había puesto en un pequeño hueco disimulado en el muro detrás de una tapiz, lugar indicado por la anciana.

Thamar, a quien pregunté por el dueño de casa, me contestó que estaba casi loco de dolor y no recibiría a nadie. Me vi rodeada de gente oscura, extraña, hostil, con aquel tesoro que me condenaba sin remedio. Era una evidencia más, candente a medida que pasaban las horas...



La mirada aguda y luciente de Lim el hijo de Thamar, que ahora ayudaba a disponer las habitaciones fúnebres, con pie sigiloso, la irritable manera que me evitaba su madre, me hicieron concebir la rápida sopecha:

Ese nativo asesinó a Paula para robarla y quizá a la anciana señora para desvirtuar sopechas y distraer pesquisas. ¡Yo estaba perdida!





Amy vino con la respuesta: —Su Alteza el príncipe Ananda no podría venir aquel día... Los ojos suaves del niño me miraron con la única solidaridad humana que había visto en un ser desde horas antes. Pareció conmoverse al verme llorar y puso su mano oscura sobre la mía, como para consolarme.

Entonces me atreví audazmente a confiarle: —Vuela ver a su Alteza y dile que se trata de un tesoro que sólo puedo poner en sus manos. Luego miré al chico, siempre llorando: —En nombre de tu madre, Amy, no repitas a nadie lo que te he dicho. ¿Me lo prometes?

Me miró conmovido, al responder: —Madre está en la luz; por ella, Amy hará ese favor a la joven extranjera. Y partió corriendo. Me encerré en mi habitación.

Nadie vino a traerme ni un vaso de agua. Cuando salí a procurármelo, vi deslizarse la sombra alta y delgada del hijo de Thamar.



Mientras la casa estuviese colmada de gente que entraba y salía con motivo del duelo, quizá estaba yo a salvo, pero después... Huir, era condenarme.

(Si Ananda no viene, procuraré entregar a la policía el collar, aunque me condenen.)

"No tardará en hacerse justicia. Tengo mi conciencia tranquila". Amy llegó con otra expresión más alegre: —Su Alteza vendrá a verla esta noche.

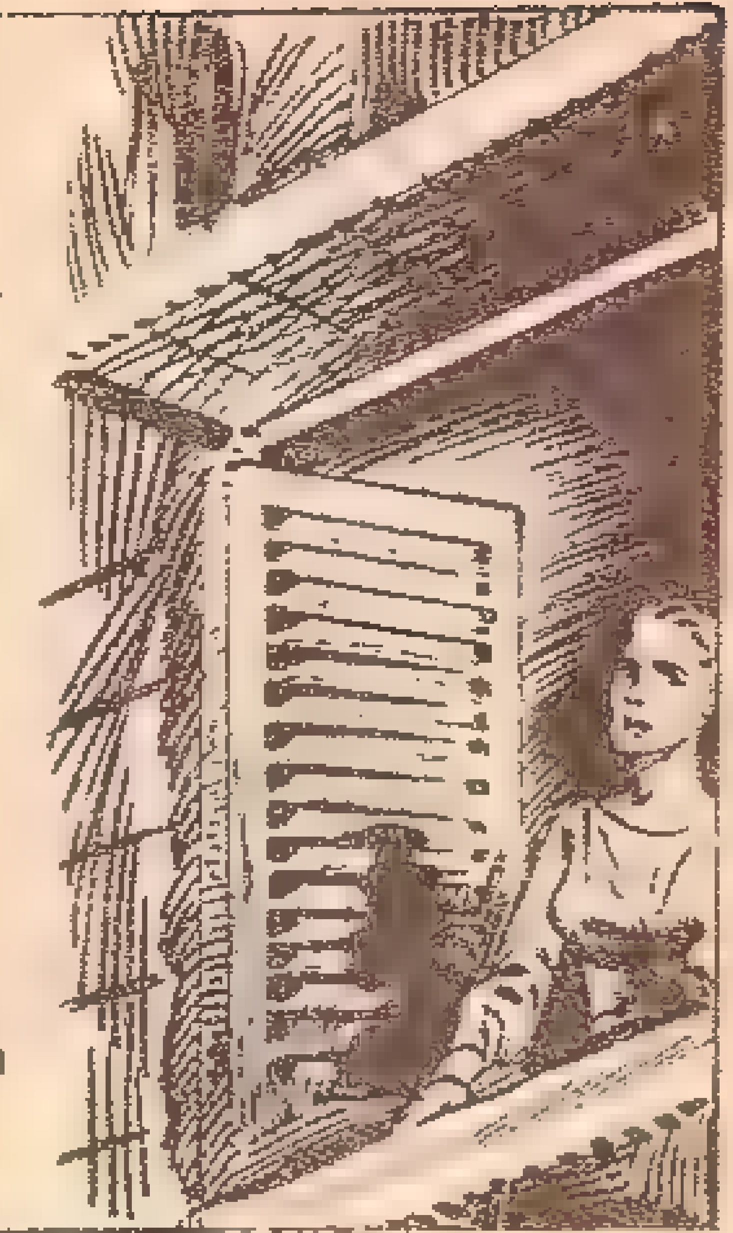
Gracias, Amy, gracias... ¡No sabes cuánto te agradezco lo que haces por mí!

Su rostro expresó algo indefinible. Luego, inclinándose, me dijo: —Amy desea suerte a la señorita extranjera. Y se fue. Hice unas unas cuantas visitas a la sala mortuoria, llena de gente de la colonia holandesa y de nativos.

Pude pasar inadvertida, procuraba descubrir la alta silueta de Ananda. No llegaba. Volví a mi habitación. Era una noche semejante a la anterior, cuando asomándome a la ventana lamenté mi suerte extraña, adversa.



En eso oí la voz de Ananda, llamándome y la alegría inundó mi corazón. Me asomé para nombrarlo en voz baja: —Estoy en mi cuarto, venga usted, se trata de algo muy grave e importante. Pareció deslizarse hasta quedar como una sombra entre la luna y yo frente a la ventana.



Le hablé casi al oído, sintiendo el anhelo desesperado e imposible de apoyar su cabeza en su pecho y de llorar:



—La señora fue envenenada mientras yo hablaba con usted anoche; todos sospechan de mí... ignoro por qué..



—Pero hay algo terrible, escuche: ella me había confiado su collar de perlas, la codicia de toda la gente de la costa, el orgullo de su hijo el traficante poderoso. Ella confiaba en mí, pero... tengo miedo. Sólo poniéndolo en sus manos, el señor Amayat creerá esta historia cuando usted se lo devuelva



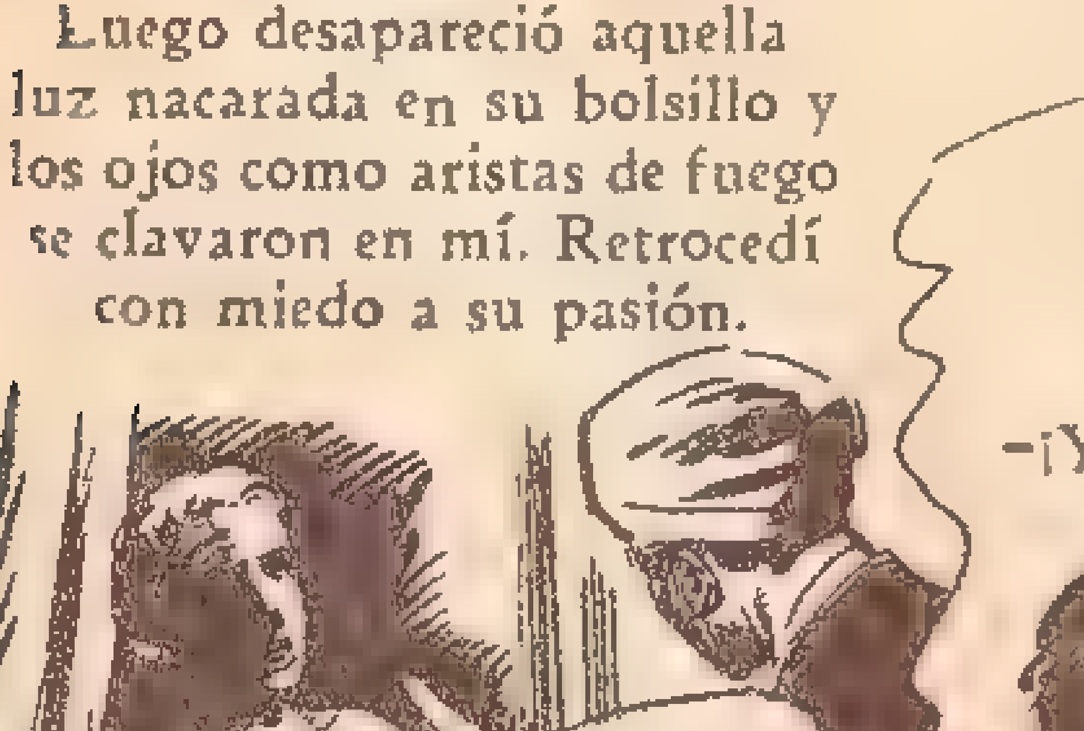
Las manos de Ananda encerraron las mías y sentí en la sien su hálito de fuego, mientras susurraba: —"¡Oh, gacela, pobrecita, entiendo lo que sufres!"... Con un movimiento esbeltísimo, como de bailarín insigne, saltó el rastel y lo tuve frente a mí, iluminado por la luna. El amor hizo desfallecer mi corazón.

—Voy a darle esa joya —murmuré, para huir a su hechizo, pues me angustiaba el temor de responder a sus besos y a su abrazo, si intentaba acariciarme. Levanté el tapiz y saqué el riquísimo estuche. Lo puse en sus manos.



Cosa extraña... En ese instante, bajo la luna clara como el día, vi aguzarse el perfil de Ananda y hacerse más finos y curvos los dedos con que tomó el estuche. Abriéndolo, hizo oscilar suavemente la sarta maravillosa.

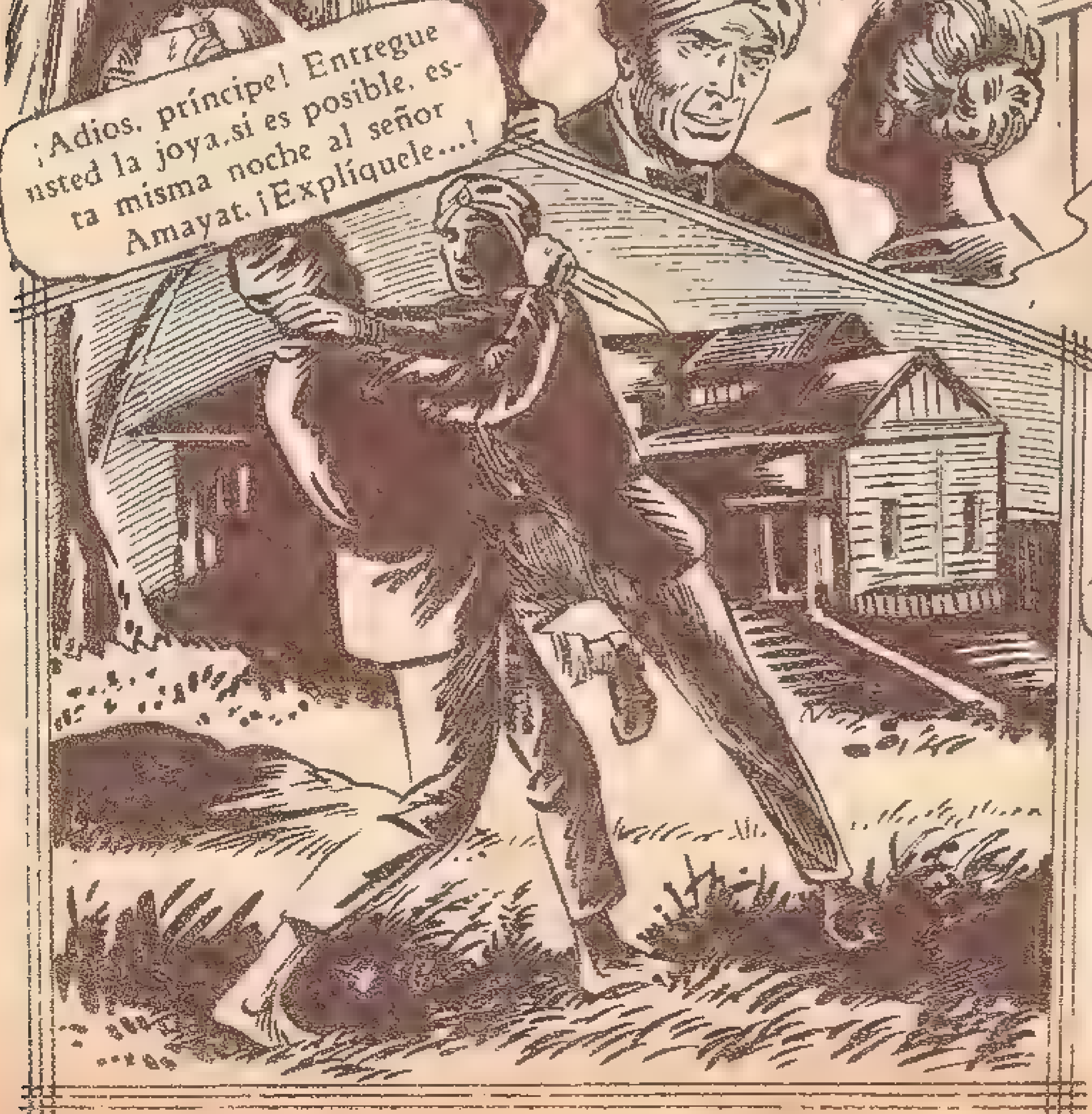
Luego desapareció aquella luz nacarada en su bolsillo y los ojos como aristas de fuego se clavaron en mí. Retrocedí con miedo a su pasión.



Sonrió descubriendo sus dientes de nácar en el rostro oscuro

—Descuide, gacela.

—¡Y ahora, márchese usted, por favor!



¡Con qué ligereza traspuso la ventana, luego de besar mis manos! Seguí con la vista su figura inconfundible. Entonces, de pronto, alguien saltó desde la oscuridad sobre Ananda. Oí una especie de rugido, y grité, fuera de mí:





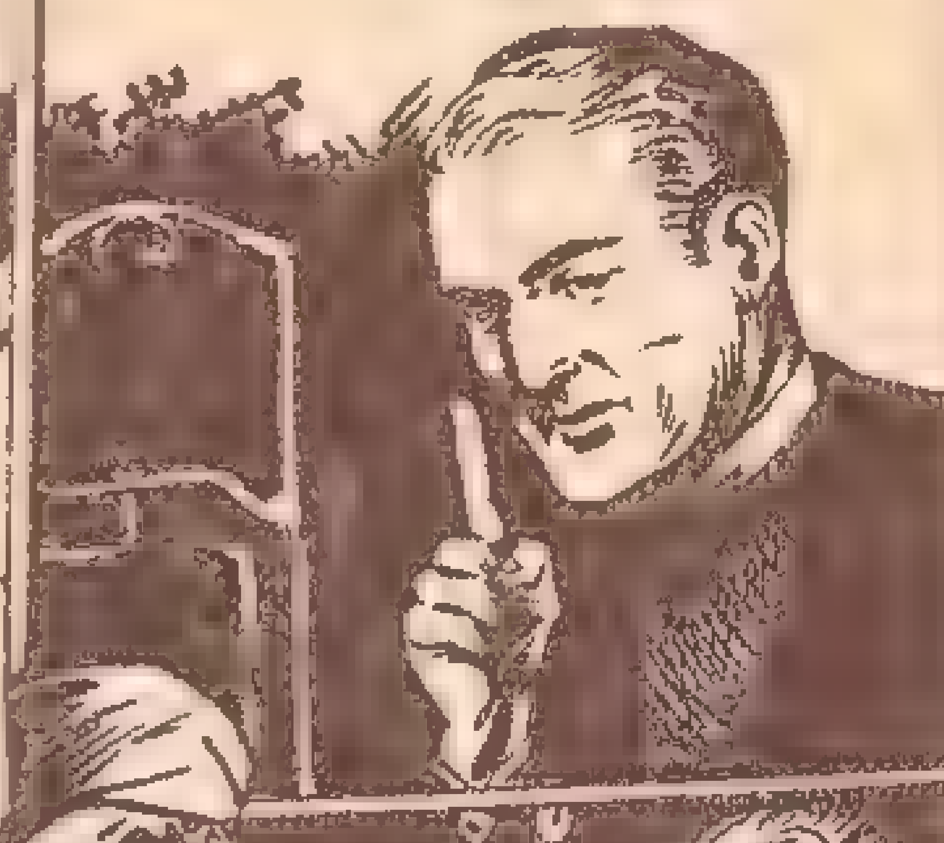
Medio loca encendí las luces. Abrí las puertas, las ventanas, gritando. Allí abajo los dos hombres rodaban en su lucha. Yo estaba cierta de que el agresor era el hijo de Thamar. Pude verlo, erguirse, con el puñal en la mano, mientras la otra figura yacía a sus pies. Gritando, me desmayé...



Todo resultó difícil para mí La fiebre que sobrevino, la debilidad en que me sumí luego, la sicosis del señor Amayat. En aquella circunstancia, mi apoyo fue el padre Dougall que vino a buscarme.

Se alojará usted en el convento de las Misioneras de María hasta que todo se aclare.

Quise preguntarle muchas cosas, pero se puso un índice expresivo en la boca. Y yo volví a caer en la fiebre y en la insconsciencia.



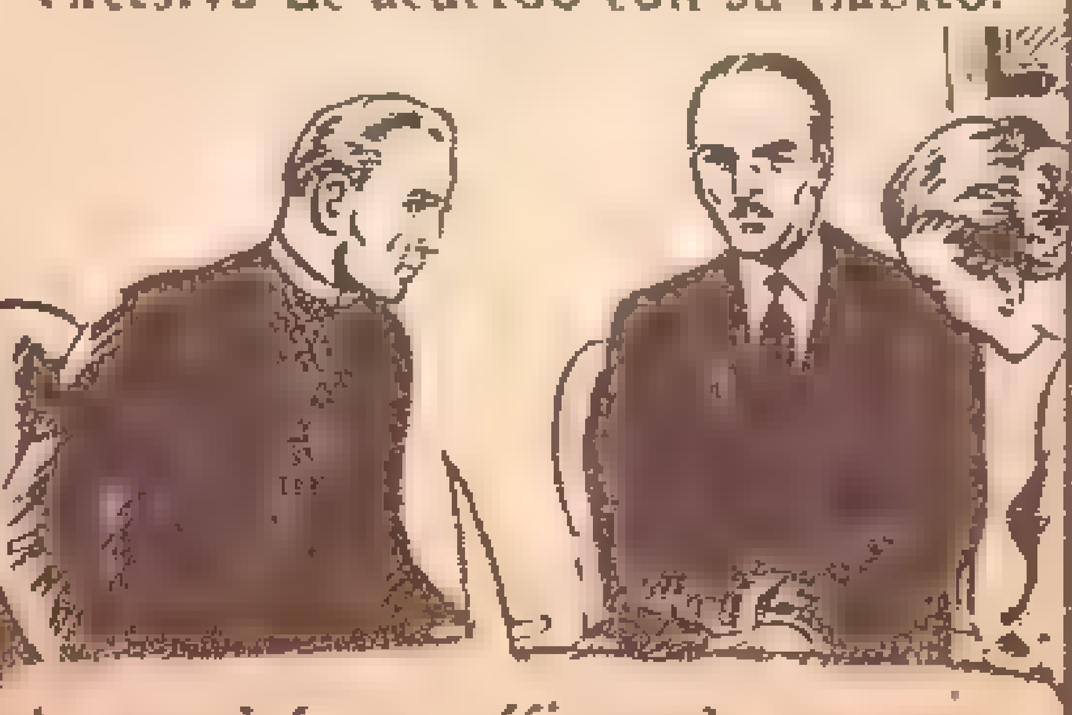
Mis pesadillas estaban colmadas de asesinos, collares de perlas, mujeres muertas que caminaban por un jardín sin límites. Fue una época aciaga. Cuando convalescía francamente, el padre Dougall vino a visitarme con el señor Amayat que parecía un anciano. Y ellos me contaron todo: –Nunca hubo tal...



' maharajá de Landore: se trataba de un hábil impostor, asesino y ladrón internacional. Vino a radicarse temporariamente cerca del comerciante de perlas más famoso del Oriente. Persiguió con su galantería a la señora Amayat, que sin embargo, no autorizó sus esperanzas nunca." Ella era coqueta por...

. 'naturalez1 —explicó su esposo— pero irreprochable. Aquel infa me procuraba Seducirla para lograr el famoso collar, ignorando que pertenecía a mi madre. Cuando lo supo, buscó otros medios. La noche que envenenó a la señora Amayat, Paula lo halló al saltar de la ventana. Era el instante en que yo había ido a bañarme y a cambiarme de vestido. Entonces asesinó a la dama...

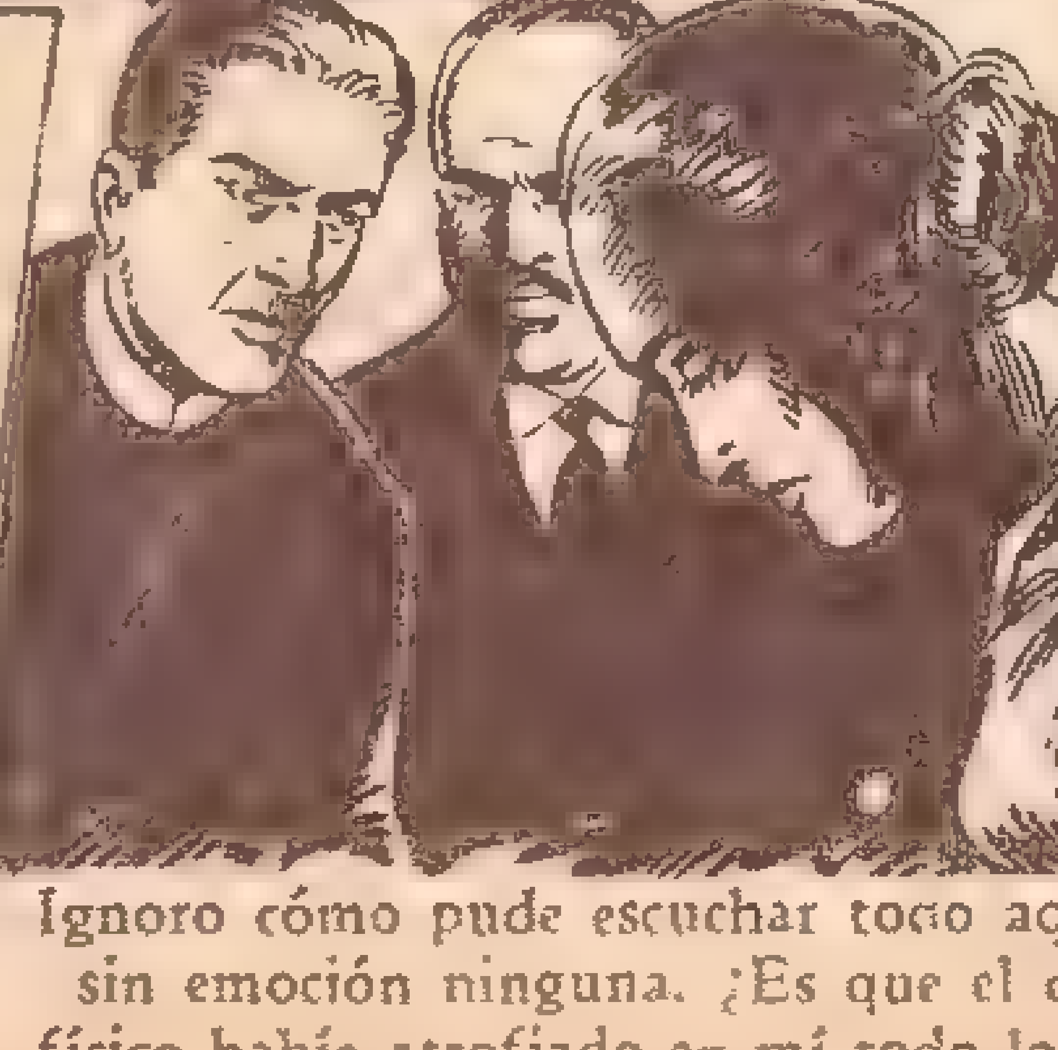
Luego procuró distraerme con su fingido amor para que atribuyesen a mi descuido la muerte de la señora que habría ingerido opio en cantidad excesiva de acuerdo con su hábito.



Le resultó magnífico saber que usted guardaba el collar.

Pero lo vigilaban estrictamente. El hijo de Thamar es policía de Burma. El recelo que la rodeaba a usted era provocado por la desconfianza, ya que el bandido parecía estar enamorado de la institutriz de los Amayat.





Ignoro cómo pude escuchar todo aquello sin emoción ninguna. ¿Es que el daño físico había atrofiado en mí todo lo relativo al sentimiento? ¿O es que en lo más profundo de mi alma *yo sabía* que Ananda era un ser malvado?

¡Pobre Paula, a quien juzgara mal! ¡Pensar que quizá agonizara mientras yo oía las palabras de amor de un asesino! ¡Pobre anciana señora Amayat, que incoscientemente tomó su pócima trágica de manos de aquél infame!

Cuando estuve sana y dispuesta a regresar a Inglaterra, el señor Amayat me hizo un regalo espléndido: un valioso collar de perlas y un cheque por dos mil libras esterlinas. Sin embargo, recuerdo con mayor emoción a Amy, el buen chiquillo, cuando vino a despedirme con un ramito sencillo

Tuve que oirlo, estupefacta: —Yo sabía que Ananda era el "hombre-tigre." Aquella noche de luna oí cómo gruñía, mirando las ventanas de la señora Paula. Por eso avisé a Lim, el hijo de Thamar y él lo vigilaba...

Tienes razón, ese asesino era un "hombre-tigre." sin duda alguna.

"Cuando lucharon vi que se convertía en un tigre: los ojos enrojecidos, el hocico, las garras, el rugido. Era un "hombre-tigre." Hay muchos". De pronto recordé la sensación que tuve cuando Ananda recibió el estuche con las perlas.

FIN





Igual que todos los días, a las dieciséis, llevó Alejandro frente a la puerta del matrimonio Maramballe el carrito de tres ruedas en el que, por prescripción del médico, paseaba hasta las dieciocho a su anciana e imposibilitada señora.



Después de colocar el vehículo al pie de la escalerilla, el criado entró en la casa. Pronto se oyó en el interior una voz furiosa que profería juramentos: era la voz del amo, el capitán de infantería retirado José Maramballe. A los juramentos siguieron portazos y ruido de sillas derribadas.

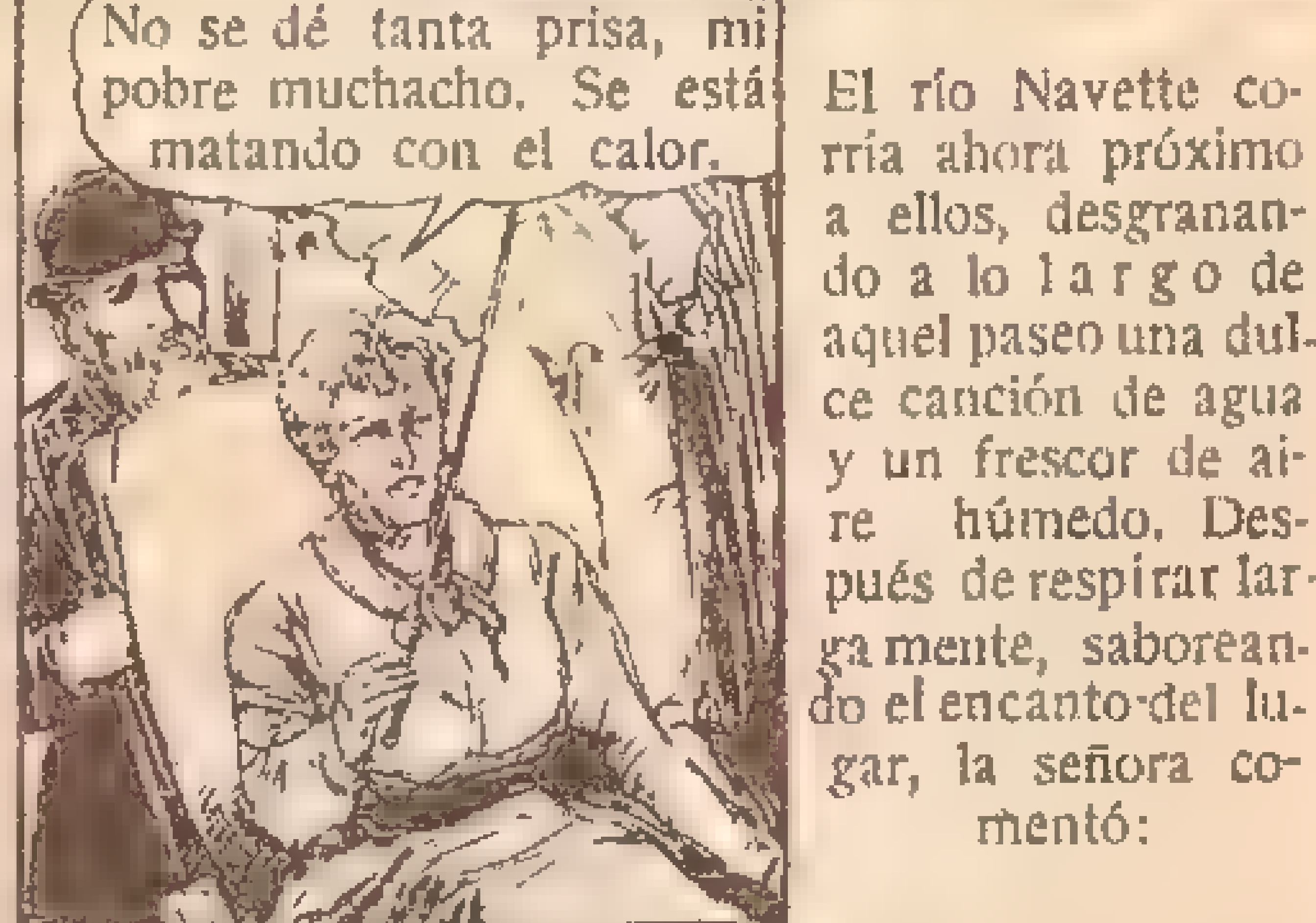
Poco después apareció Alejandro en la puerta de calle, sosteniendo a la señora de Maramballe, que había quedado extenuada por el esfuerzo de bajar las escaleras. Instalada en el cochecito, el criado se colocó a sus espaldas y comenzó a empujar el vehículo hacia la costa del río.



Diariamente cruzaban de ese modo la pequeña población, en medio de los saludos respetuosos de la gente, saludos que acaso estuviesen dirigidos al criado tanto como a su señora, porque si ésta era querida y respetada por todos, consideraban a Alejandro, aquel viejo veterano de barba blanca, como a un modelo de servidores.



El sol caía brutalmente sobre la calle. Cuando llegaron a la avenida de los tilos, la señora de Maramballe, que habíase dormido al amparo de su sombrilla, despertó y dijo con voz amable:



El río Navette corría ahora próximo a ellos, desgranando a lo largo de aquel paseo una dulce canción de agua y un frescor de aire húmedo. Después de respirar largamente, saboreando el encanto del lugar, la señora comentó:

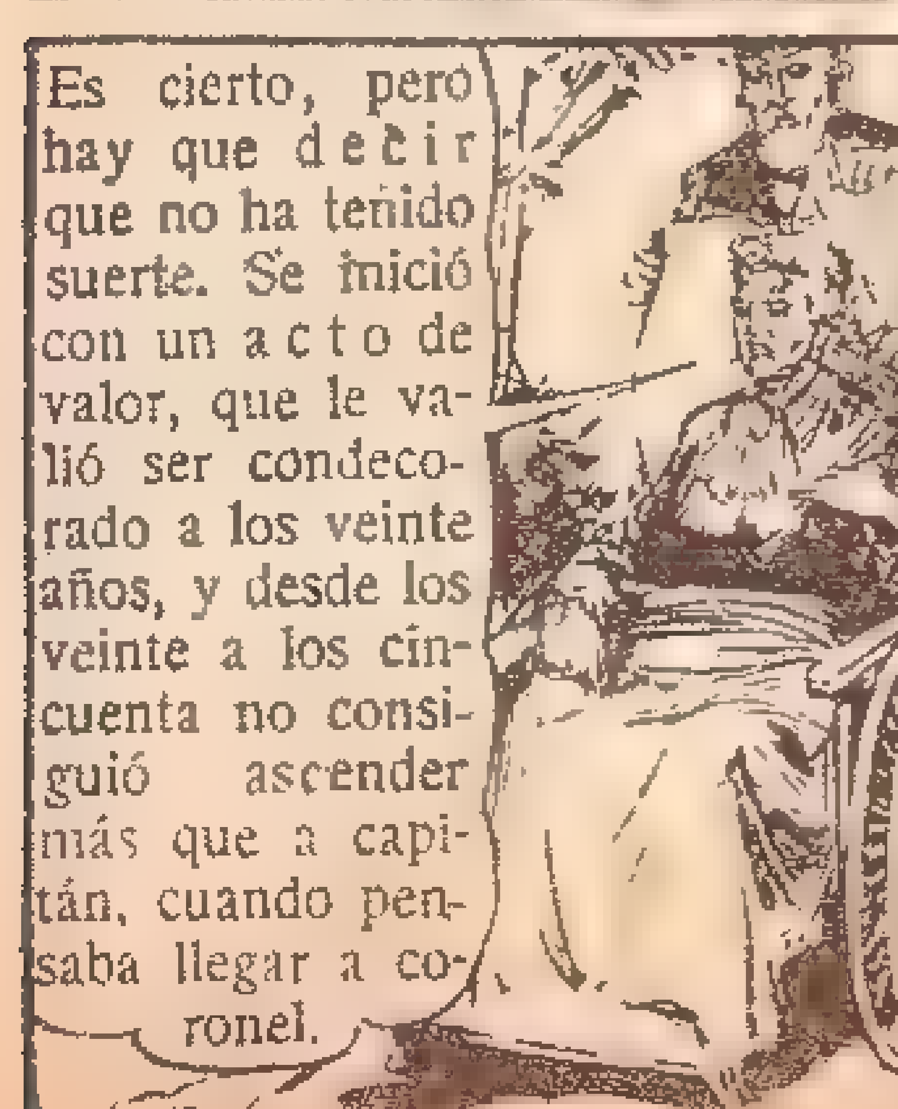


Alejandro llevaba treinta y cinco años al servicio de aquel matrimonio, primero en calidad de ordenanza del oficial y después como simple criado que no quiere apartarse de sus amos; desde hacía seis empujaba la silla de la señora. De aquellos largos años de servicio abnegado había nacido entre la señora anciana y el viejo servidor una especie de familiaridad, afectuosa por parte de ella, respetuosa por parte de Alejandro.

Su tema principal de conversación y de inquietud era el mal carácter del capitán. La señora de Maramballe siguió diciendo:

Como levantarse de malas, se ha levantado de malas. Y esto le ocurre con frecuencia desde que se retiró del servicio.

Alejandro completó el pensamiento de su ama: —La señora podría decir que se levanta de malas todos los días, cosa que le ocurría desde mucho antes de haber pedido la baja en el ejército.



El criado, con gran respeto, explicó que la culpa la tenía él, pues sus jefes no lo habían considerado por haberse mostrado siempre duro con ellos.



La señora reflexionaba. De pronto dijo: —Detengámonos un instante, mi pobre Alejandro, y descanse usted en su banco. Era un banquito de madera situado en un recodo del camino, donde se paraban diariamente. La señora Maramballe prosiguió:

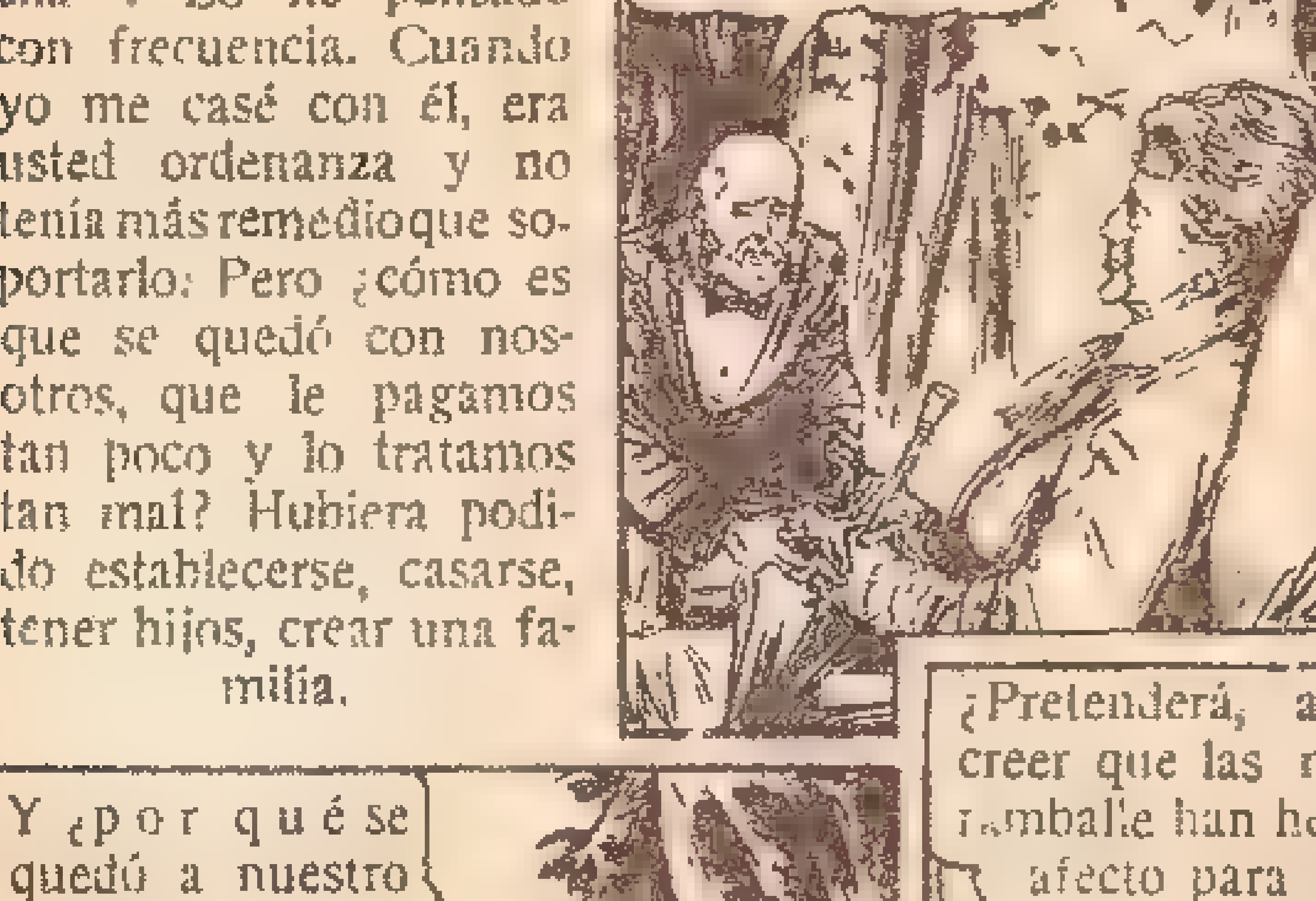


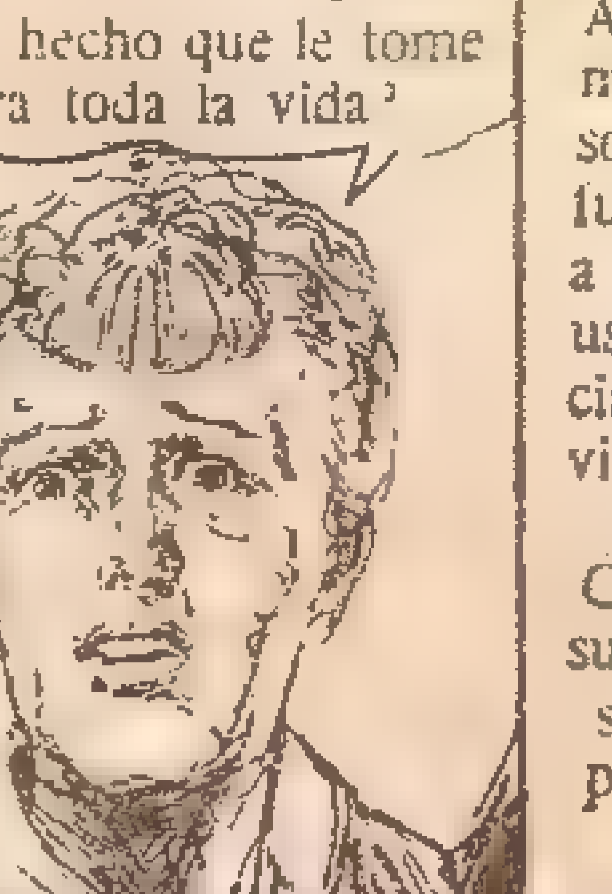
—Así es —continuó ella—. Lo he pensado con frecuencia. Cuando yo me casé con él, era usted ordenanza y no tenía más remedio que soportarlo. Pero ¿cómo es que se quedó con nosotros, que le pagamos tan poco y lo tratamos tan mal? Hubiera podido establecerse, casarse, tener hijos, crear una familia.



Y calló, pero tiraba de su blanca barba como si tirase de una campana que resonara en su pecho y él quisiese arrancar, y al mismo tiempo miraba a todas partes, igual que un hombre que se ve en un aprieto.

Usted no es un campesino. Tiene cierta instrucción.





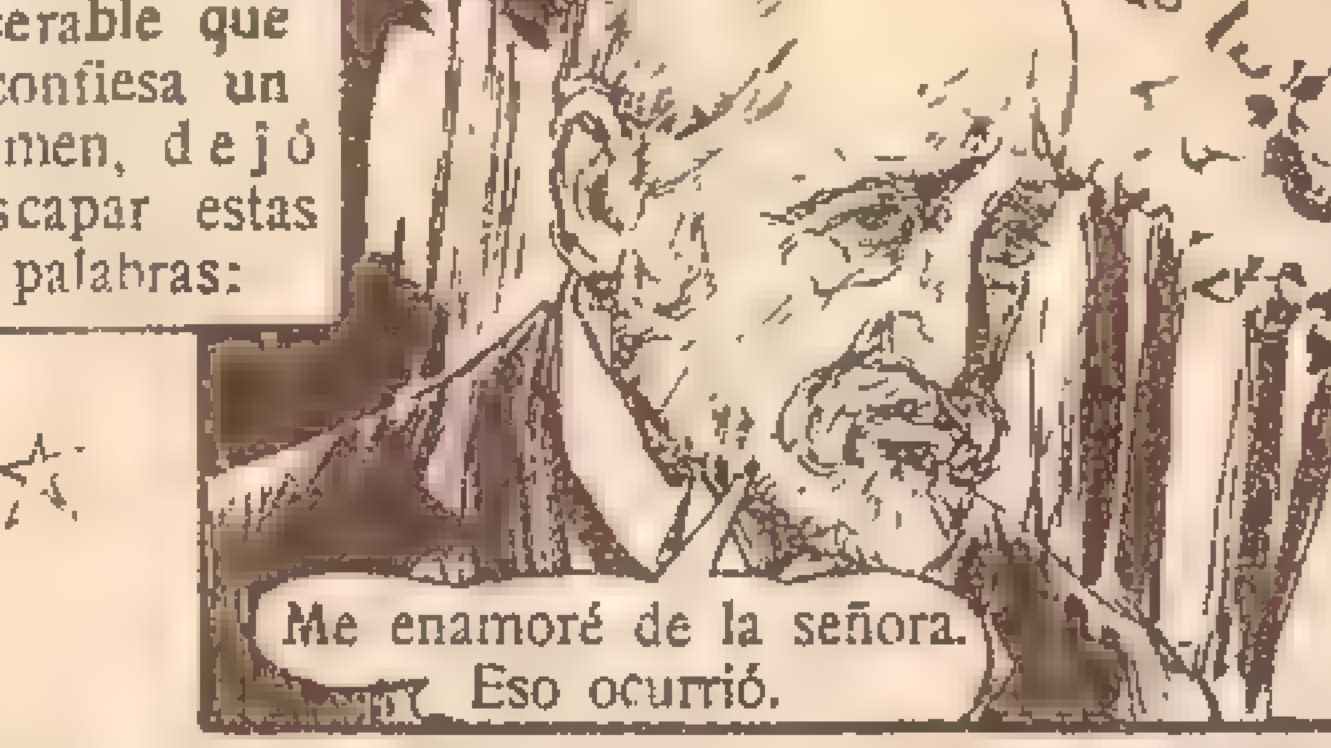
Alejandro se movía nervioso. Al fin farfulló: —No es a él... ¡Es a usted! La anciana se revolvió dentro del cochecito. Contempló a su criado con sorpresa y preguntó:



Este miró primero a lo alto, después a los lados, luego a lo lejos. Por último, con la bravura de un veterano al que se manda ir a la línea de fuego, manifestó: —La primera vez que le llevé a la señora, cuando era soltera, una carta de mi teniente, y la señora me sonrió, quedó decidida mi suerte.



Entonces, Alejandro, con el temor del miserable que confiesa un crimen, dejó escapar estas palabras:

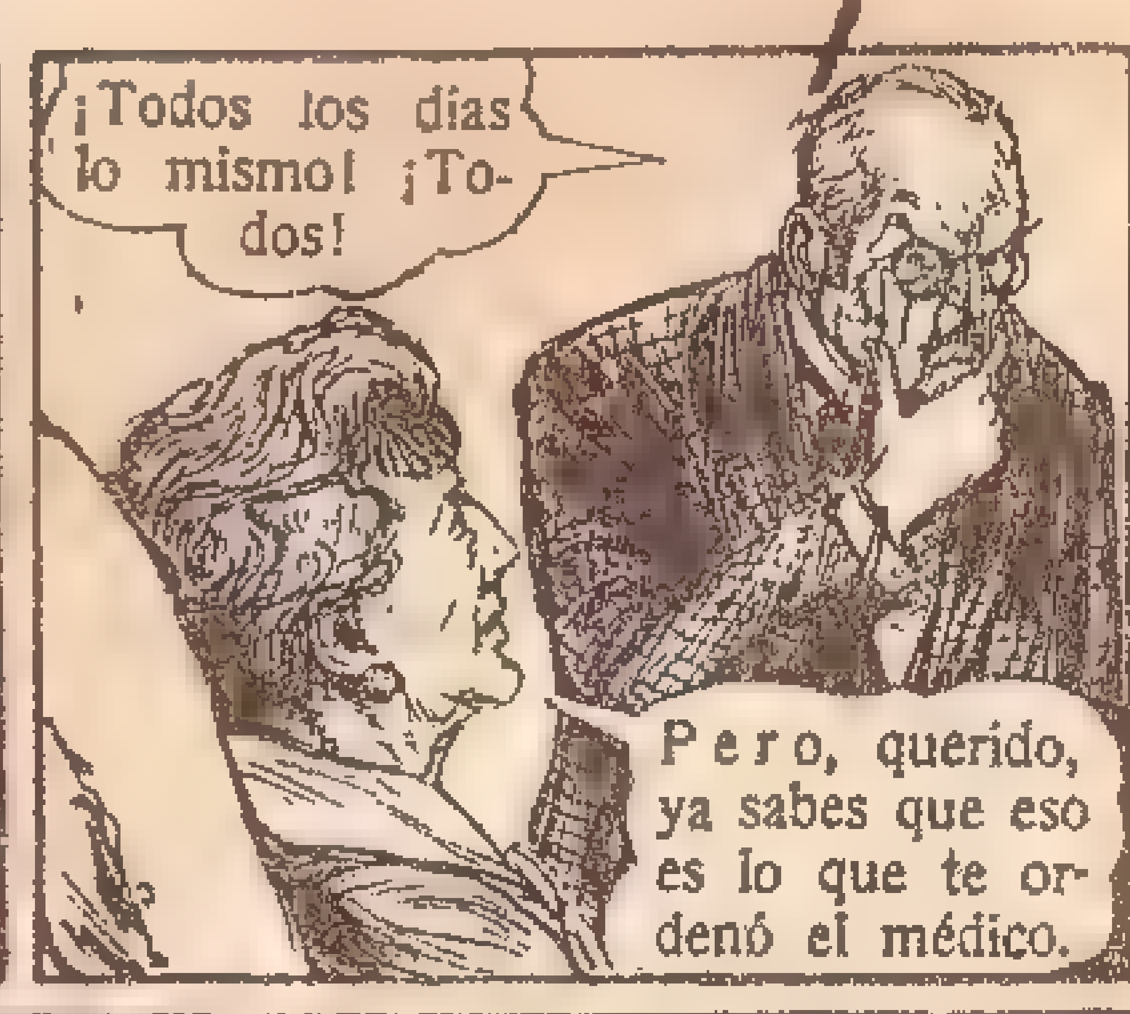


Ella no le contestó. Dejó de mirarlo, bajó la cabeza y se puso a reflexionar. Era una mujer buena, llena de rectitud, dulzura, raciocinio y sensibilidad. Midió en un segundo la inmensa abnegación de aquel pobre ser que había renunciado a todo por vivir junto a ella, sin abrir jamás la boca. Y sintió ganas de llorar. Después, adoptando una expresión algo seria, pero amable, dijo:



Alejandro se levantó; colocóse tras la silla y empezó a empujar. Cuando se acercaban a la casa distinguieron al capitán Maramballe, que se dirigía hacia ellos. Así que se puso a la par, preguntó a su mujer:





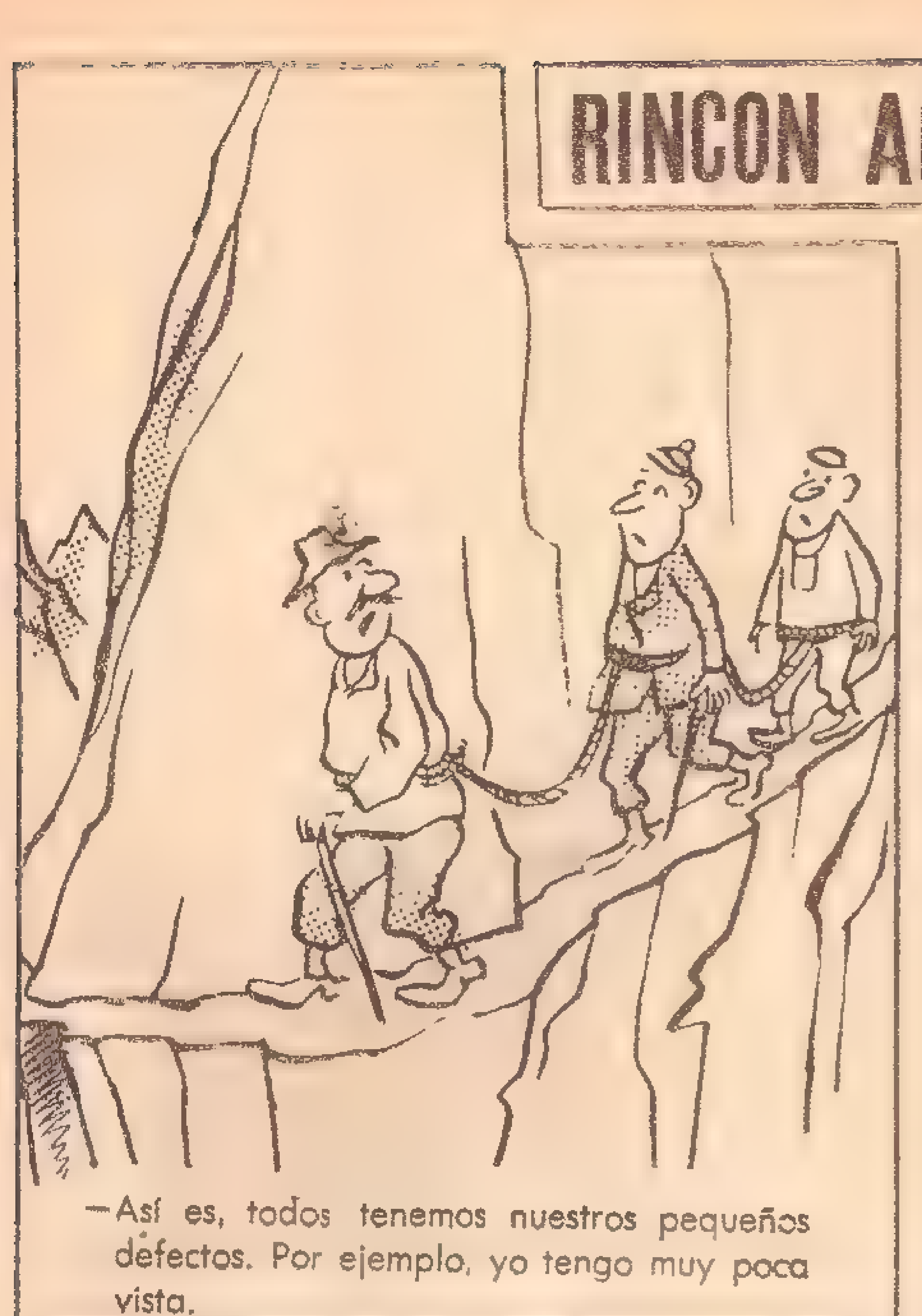
Entonces el capitán se plantó ante el criado, furioso. —¡La culpa de que me haya estropeado el estómago —vociferó— la tiene este animal!



Alejandro bajó la cabeza, y, mientras se colocaba a un costado del cochecillo, su tímida mirada buscó la de la señora, donde encontró la comprensión que necesitaba.



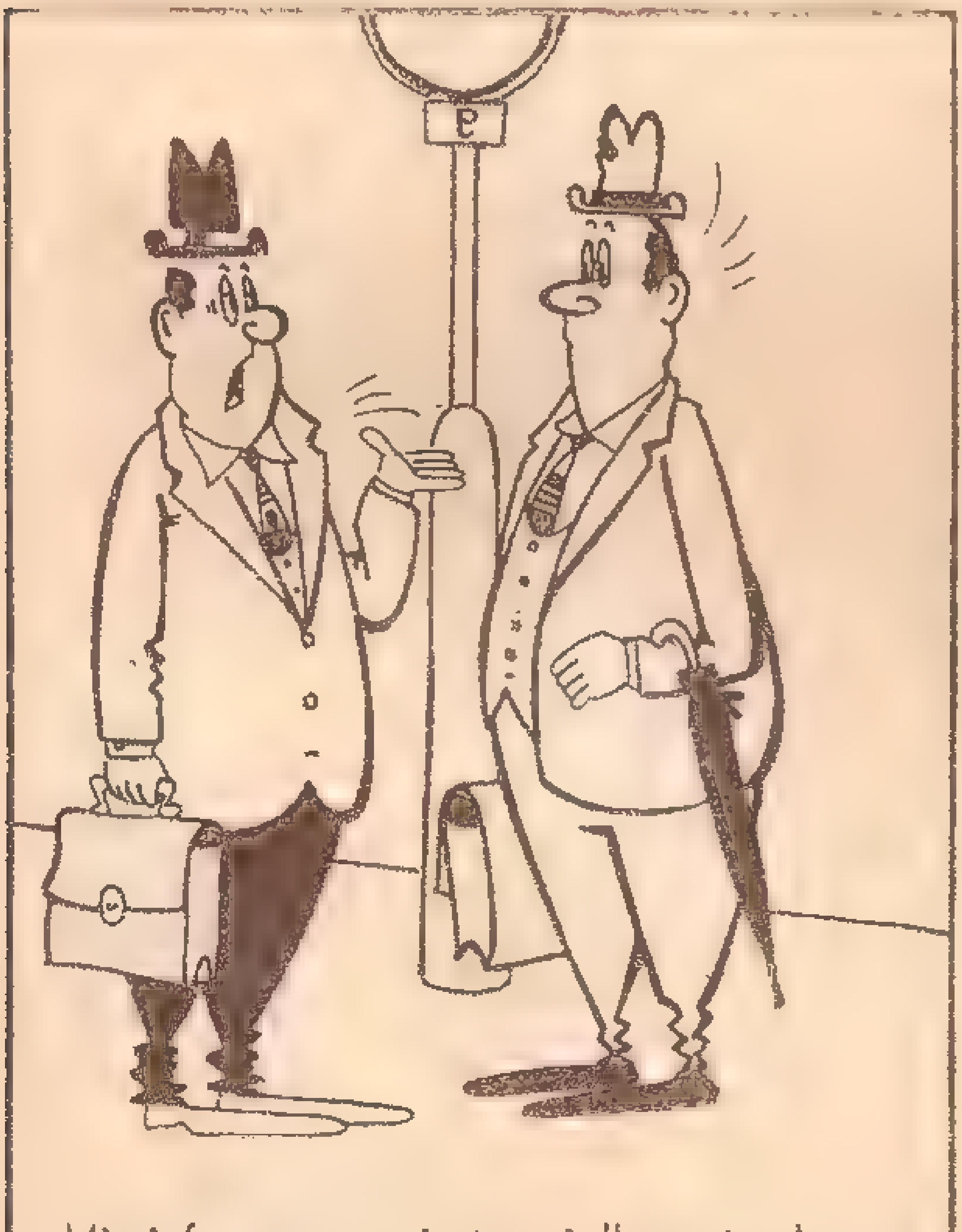
RINCON ALEGRE

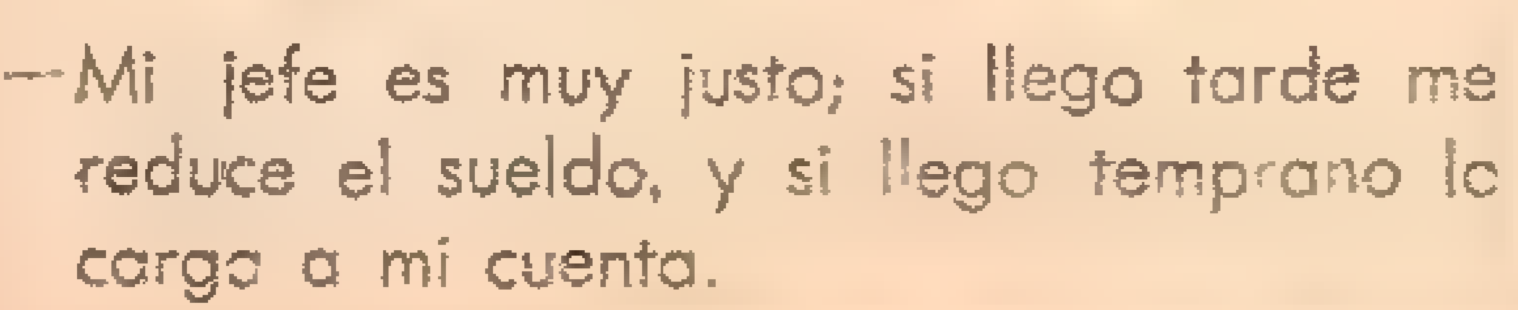


—Así es, todos tenemos nuestros pequeños defectos. Por ejemplo, yo tengo muy poca vista.



—Te ruego que dejes de gritar, Armando; estás llamando mucho la atención.





—Mi jefe es muy justo; si llego tarde me reduce el sueldo, y si llego temprano lo cargo a mi cuenta.



—Ya sé que le regalamos el disfraz de piel roja para Navidad, pero, ¿me puedes decir de donde sacó ese cuero cabelludo?

LA NIEVE TAMBIÉN FUE ROJA

por INA DHAL

DIBUJOS DE DAVID COOPER

Un pequeño punto en el mapa. Un gran conjunto de vidas enlazadas por una palabra, símbolo de tragedia: *REVOLUCION*. Eso era en 1922 Petrogrado, ciudad envuelta en bruma roja, sometida a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El hombre se había vuelto contra el hombre. Un día creyó descubrir que la burguesía era una enfermedad que encerraba todos los gérmenes malignos y quiso exterminarla. La hoz y el martillo fue su símbolo, el rojo su color, y así la sangre pudo derramarse sin medida.



El proletariado hizo nacer un nuevo Petrogado. Pero el material humano no se pudo renovar completamente y si bien se aniquilaron las últimas fuerzas del Ejército Blanco, en muchas miradas enfermas de dolor, seguía brillando una luz de esperanza, que les ayudaba a soportar su dura existencia.



Entre esa muchedumbre anónima estaban incluídos los Ivanovitch, que trataban de permanecer ignorados y subsistir. El triunfo de la Revolución había implantado el terror, el hambre, la miseria. Boris Ivanovitch, dueño antes de importantes fábricas, vendía jabón por por las calles o cualquier otra clase de mercancía.

Vendía poco. Cada día era más difícil conseguirlo. Sólo de tarde en tarde, alguien se apercibía de su presencia y se iniciaba un horrible regateo al que le era sumamente difícil acostumbrarse. Tenía, pues, muchas horas para pensar y ese era su mayor tormento.



Pensaba en Katia Petrovna su esposa. Pertenecía a una raza tenida por indigna: la nobleza. Había sido bella y admirada en los salones, una mujer encantadora y Boris sentía dolor por su presente, viendo su cuerpo enflaquecido, sus manos agrietadas por el agua fría, su cabello gris y sus ojos suplicantes.



Pensaba en Sergio, su hijo, arrancado del lugar al que pertenecía, desposeído de cuanto tuviera. Pero Sergio era inteligente y ambicioso. Cursaba estudios de ingeniero en el Instituto de Tecnología y a sus 23 años tenía toda una vida por delante. Estaba seguro de que sacaría provecho de ello.



Y pensaba mucho en Ana Petrovna, su hija, estudiante de química, que a los 20 años, no sabía sonreir. ¿Qué escondía en su mente? ¿Qué llevaba en su mente? ¿Qué llevaba en su corazón? Sus ojos serenos y su rostro impasible eran una infranqueable barrera. Le asustaba lo que pudiera reservarle el porvenir...



...por sus reacciones insospechadas, ya que él sabía cuanto fuego ardía en su interior. La recordaba en Crimea, lugar donde se habían refugiado durante los primeros años de lucha. Entonces Ana demostraba entusiasmo, vitalidad, fe...

Boris amaba a su familia y sufría por no poder hacer por ella otra cosa que permanecer en la calle, pasivo ante el frío y la indiferencia. Aquél día, regresó antes de lo habitual.

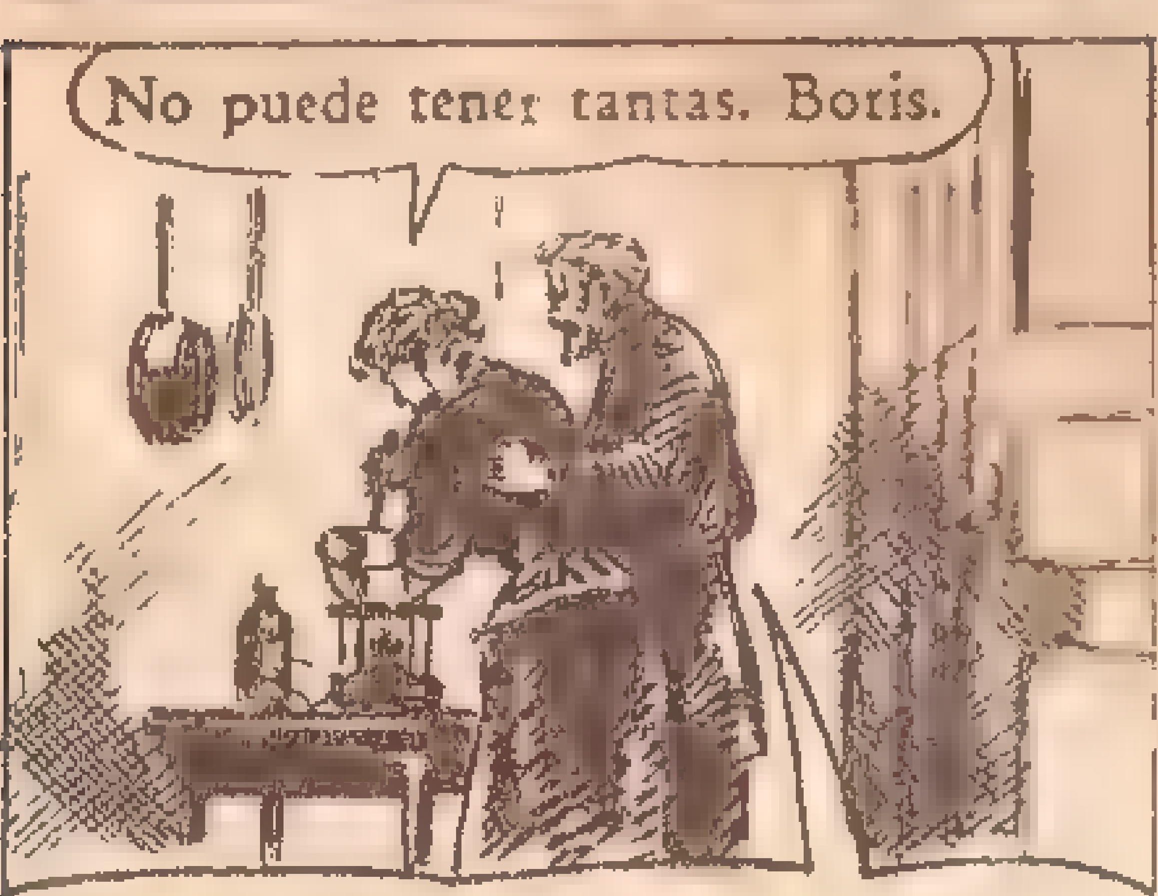


—Gracias, Boris. Ya tengo preparada la comida. Como de costumbre, tuve que hacer sopa de mijo y cebollas fritas con aceite de linaza.

No sufras por ello, querida. ¿Consiguió pan Sergio?

—Sólo el que le dan con su cartilla de estudiante. Pero Ana se olvidó. Come tan poco, que nunca piensa en las cosas que puede traer. Es muy distraída además.

Su indiferencia puede ser motivada por sus preocupaciones.



Lleva también el peso de las nuestras. Pero me inquieta que no cuide su salud. La vi pasar a pie al Instituto, sin usar el pasaje gratuito, y su rostro evidenciaba cansancio.

Un cansancio abrumador era en efecto lo que sentía Ana en aquel instante, al descender las escaleras del Instituto, mientras apretaba los libros contra su pecho, con ansias de calor.

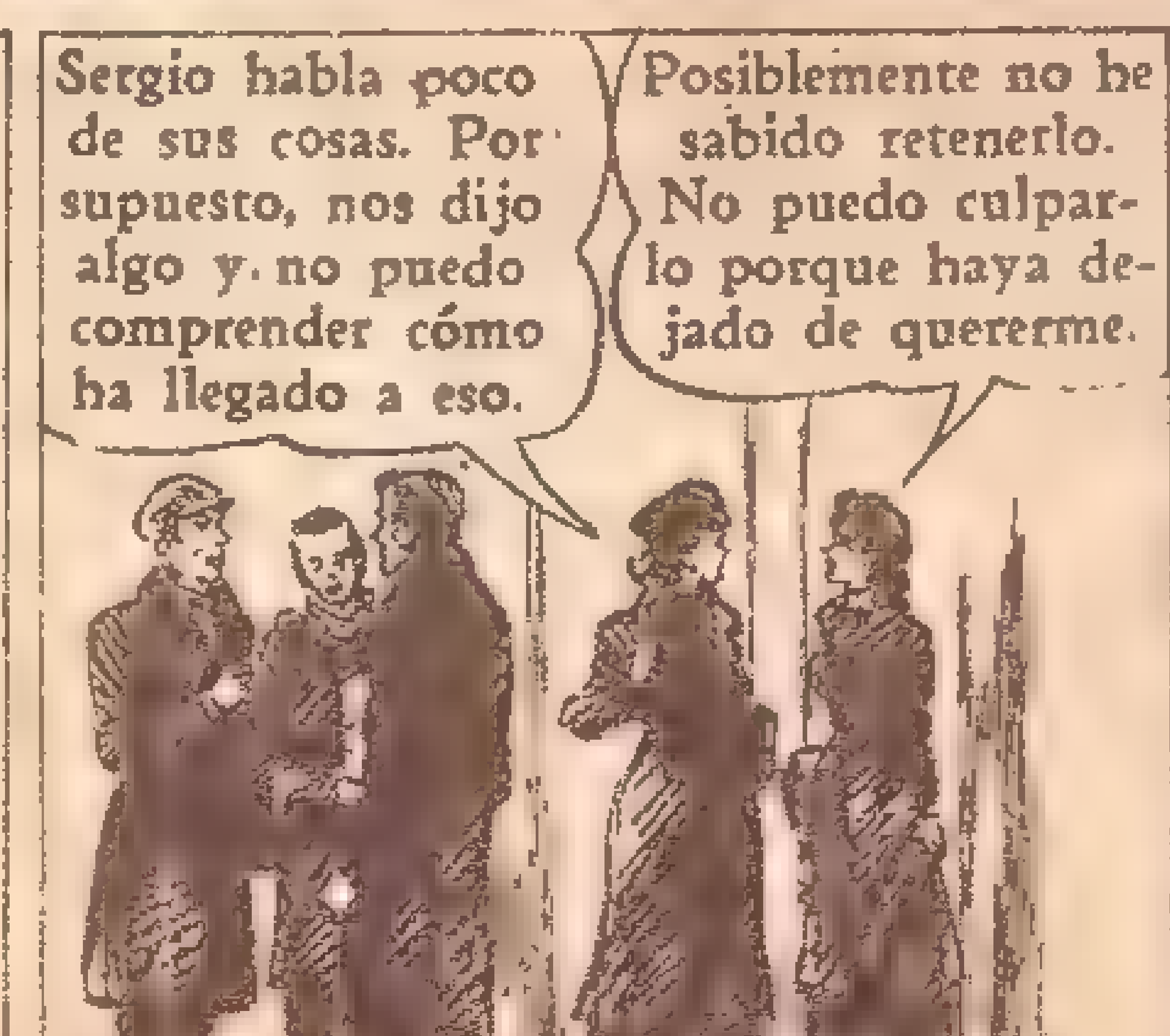


No escuchaba las interpelaciones de sus compañeros ni los comentarios que se hacían acerca de las conferencias a las que habían sido obligados a asistir y se estremeció al sentir la presión de una mano en su brazo.



Me asustaste, Irina.

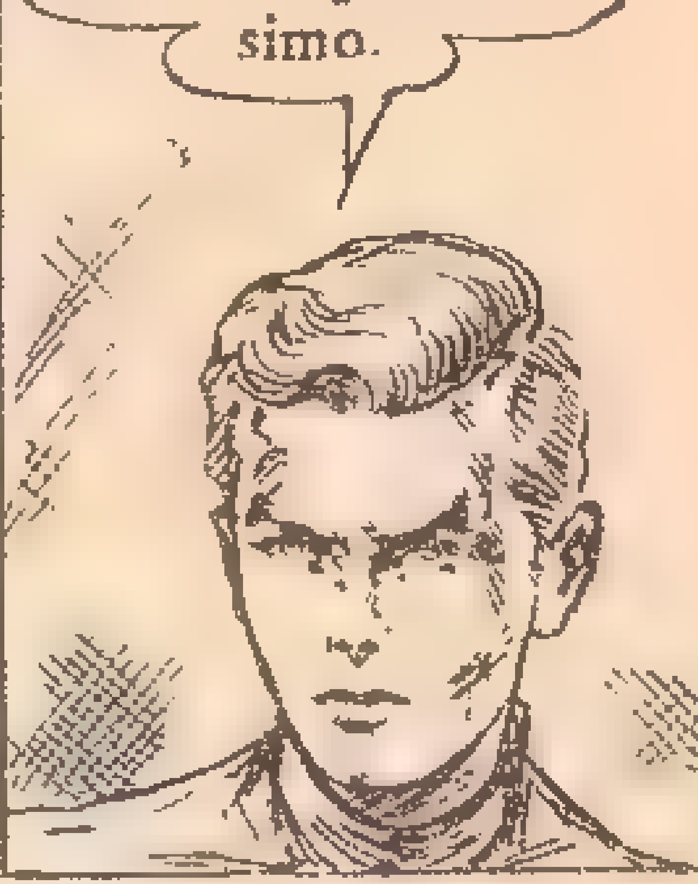
—Discúlpame, necesitaba hablarte. Debes saber por Sergio lo ocurrido..., pero quiero decirte que aunque él y yo no seamos novios, quiero conservar tu amistad. Te aprecio mucho.



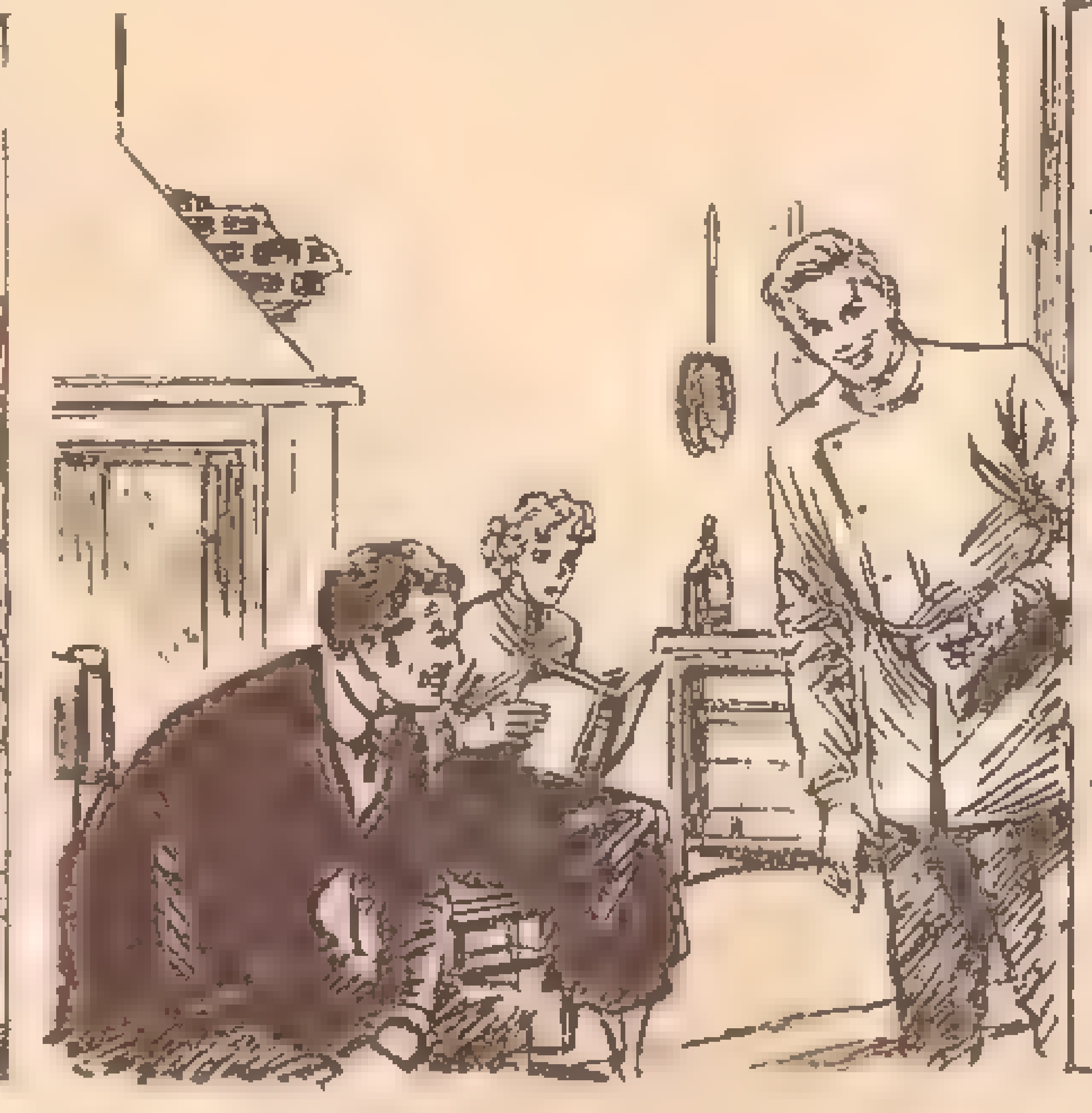



No, de nada serviría, porque Sergio era duro y firme... Ana se despidió de Irina con tristeza. Cuando llegó a la casa, comenzaban a cenar y participar de esa cena silenciosa. Más tarde, su hermano anunció que esperaba una visita.


¿Un compañero de estudios?
—No. Es ingeniero ya y profesor de una materia que estoy cursando. Le admiro mucho y estoy seguro de que su amistad puede favorecerme. Temía que no aceptara mi invitación, pero su respuesta fue espontánea.


—Si posee ese cargo debe de ser un miembro importante del partido.
Lo es. Importantísimo.


Nadie tuvo tiempo de hacer un comentario. Nicolai Tieff había entrado en la habitación, encontrando la puerta abierta, pero sintió sobre él la mirada helada de Boris, de Katia, de Ana.

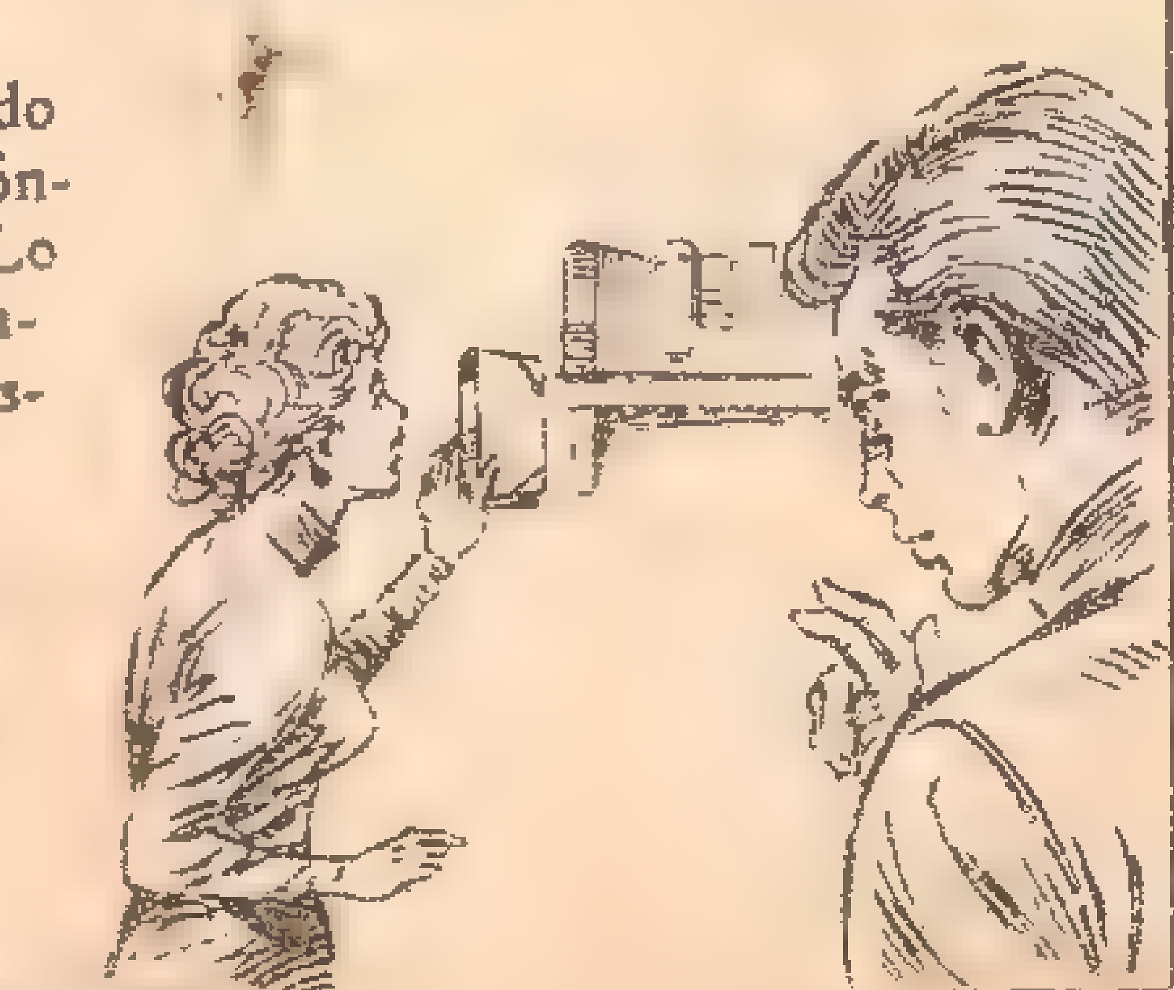

Era un ruso rojo. Un miembro de la Nueva Rusia. Boris sintió al verlo allí la sensación de que su hijo le había abofeteado. Correcto y severo, hizo una inclinación y se retiró al dormitorio, siguiéndole Katia asustada y llorosa. Ana, indiferente, tras un saludo glacial, tomó un libro de estudio.


Sergio, violento, trataba de destruir el mal efecto.
Voy a servirte algo caliente.
No te molestes, camarada. Quizá fui inoportuno...

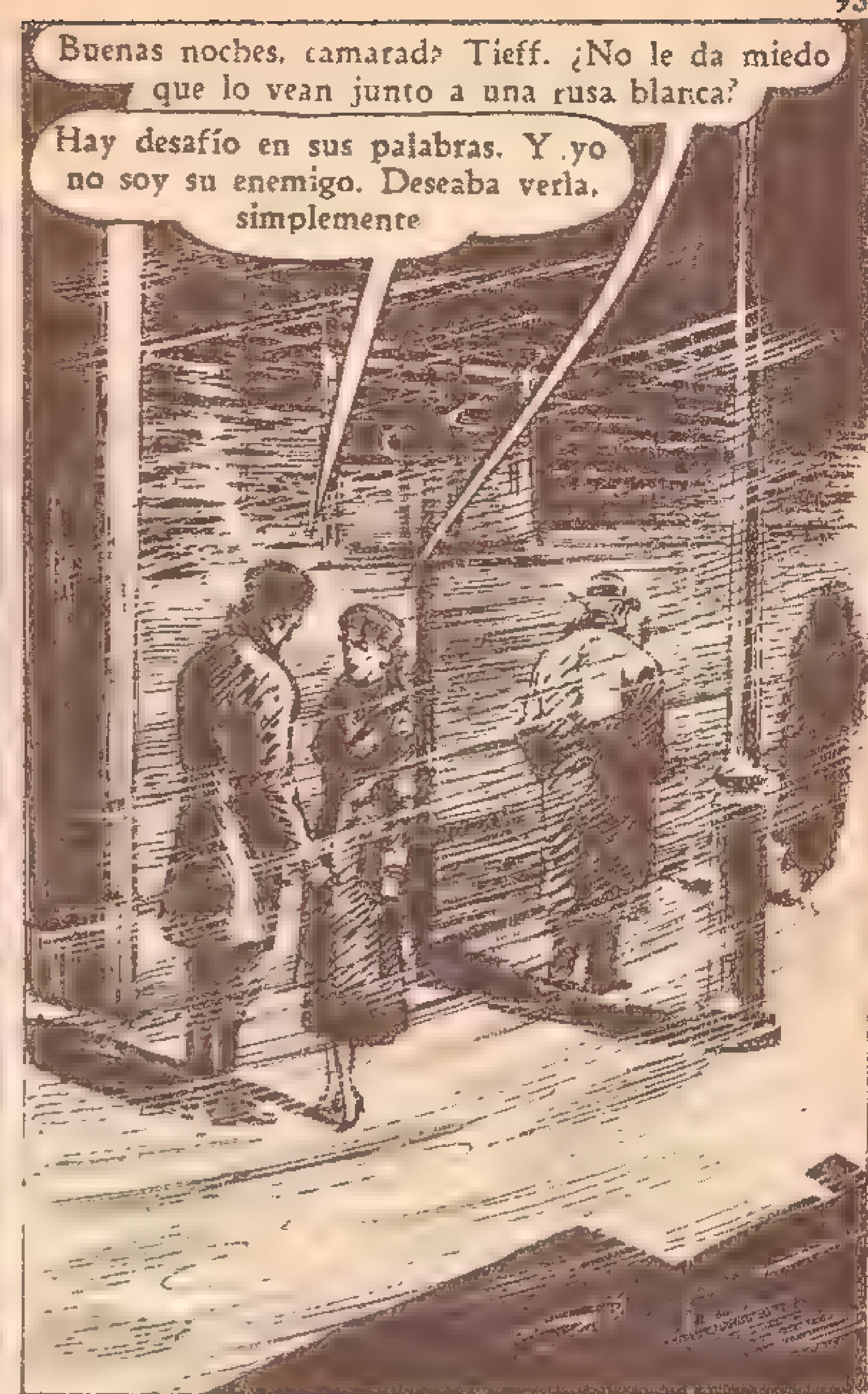

—¡De ninguna manera! Ocurre que mi padre es viejo y a estas horas está cansado. Espero puedas disculparlo.
Por supuesto. ¿Prepara un exámen tu hermana?


No, camarada Tieff. Pero en estos momentos no tengo nada más interesante que hacer, aparte de estudiar.
Admirable. El estudio contribuirá al engrandecimiento de la Nueva Rusia.


—Lamento defraudarle. Estudio para engrandecer mis propios conocimientos, y en nada tiene que ver mi individualidad con la Nueva Rusia.
—Demuestran su valentía y ésta, puesta al servicio de la "Causa" puede dar magníficos frutos.
¡Ana! Espero que el camarada Tieff no interprete mal tus palabras.


La velada resultó un fracaso, pese a los esfuerzos de Sergio. Una vez que se hubo retirado Nicolai, increpó a su hermana.
—Sigue hablando así y verás dónde terminas. Lo tuyo no es valentía, sino estupidez.





¿Pueden ser sus deseos antepuestos a su deber?

Nunca. Pero ahora no me veda verla ni me obliga a olvidar que soy hombre.





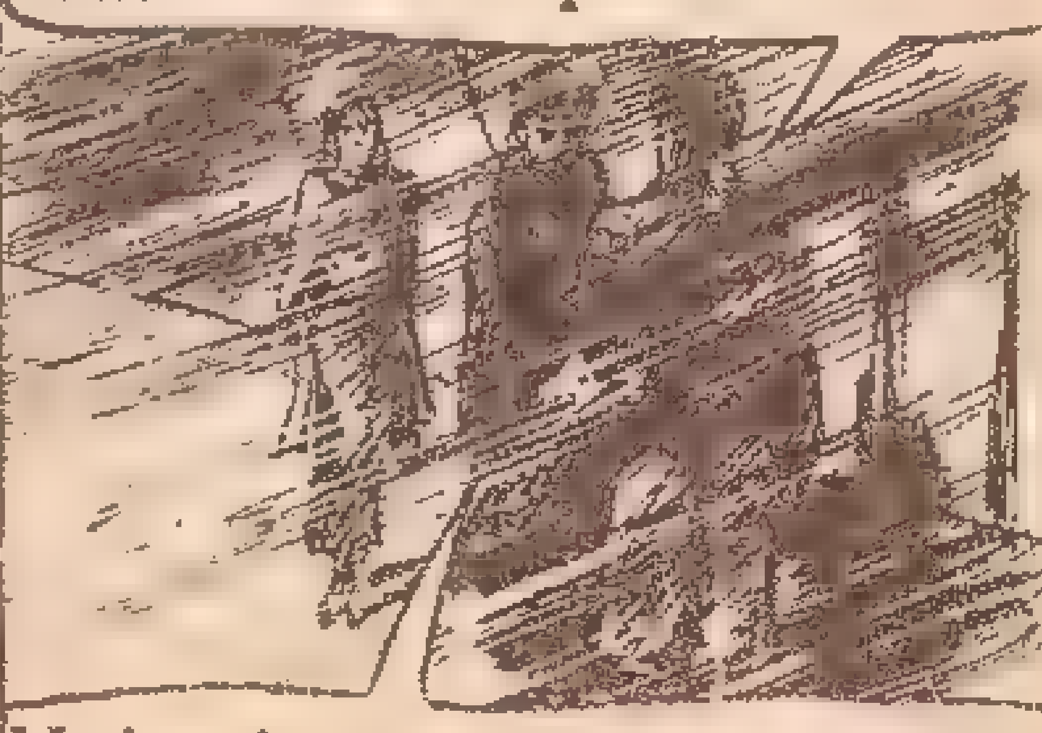


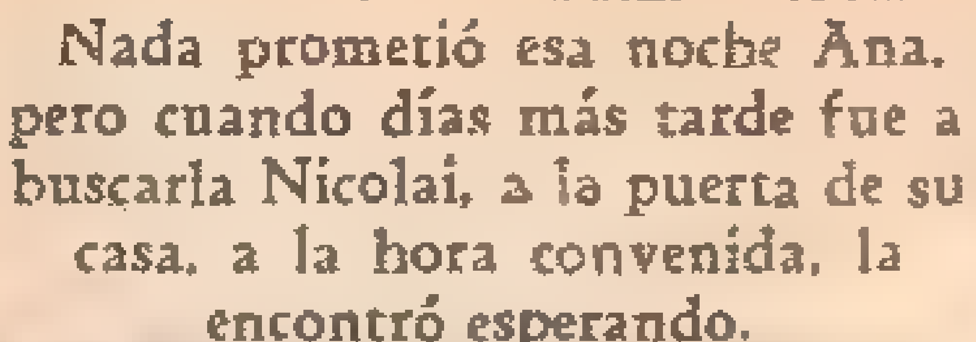
Siguieron caminando en silencio. La niebla era cada vez más espesa e intenso el frío. De pronto, Nicolai se detuvo.

Quisiera llevarla a una pequeña fiesta, Ana.

¿Pese a todo?

Pese a todo. Hay un abismo entre su mente y la mía, lo sé, pero un sentimiento de amistad puede tender un puente sobre ese abismo, para que uno de nosotros pueda cruzarlo.











Eso demuestra que aún lo quieres. Me extraña, Irina. Ahora el amor no existe. Es algo en lo cual no cree la Nueva Rusia.

Nosotros creemos en el amor, Iván. Y estamos involucrados en la Nueva Rusia.



Sí, ¿por cuánto tiempo? Era una pregunta inquietante. Y más teniendo en cuenta que Iván Galanov, descendiente de una de las mejores familias, era el único que había escapado hasta ese momento a la *depuración*.



Ana había dado vuelta un viejo vestido verde y tenía la sensación de llevar algo nuevo. No obstante, cuando vio ante ella a la camarada Sonia Biedney, en cuya casa se celebraba la fiesta, se sintió humillada. Sonia lucía un modelo extranjero y llevaba auténtico perfume francés...



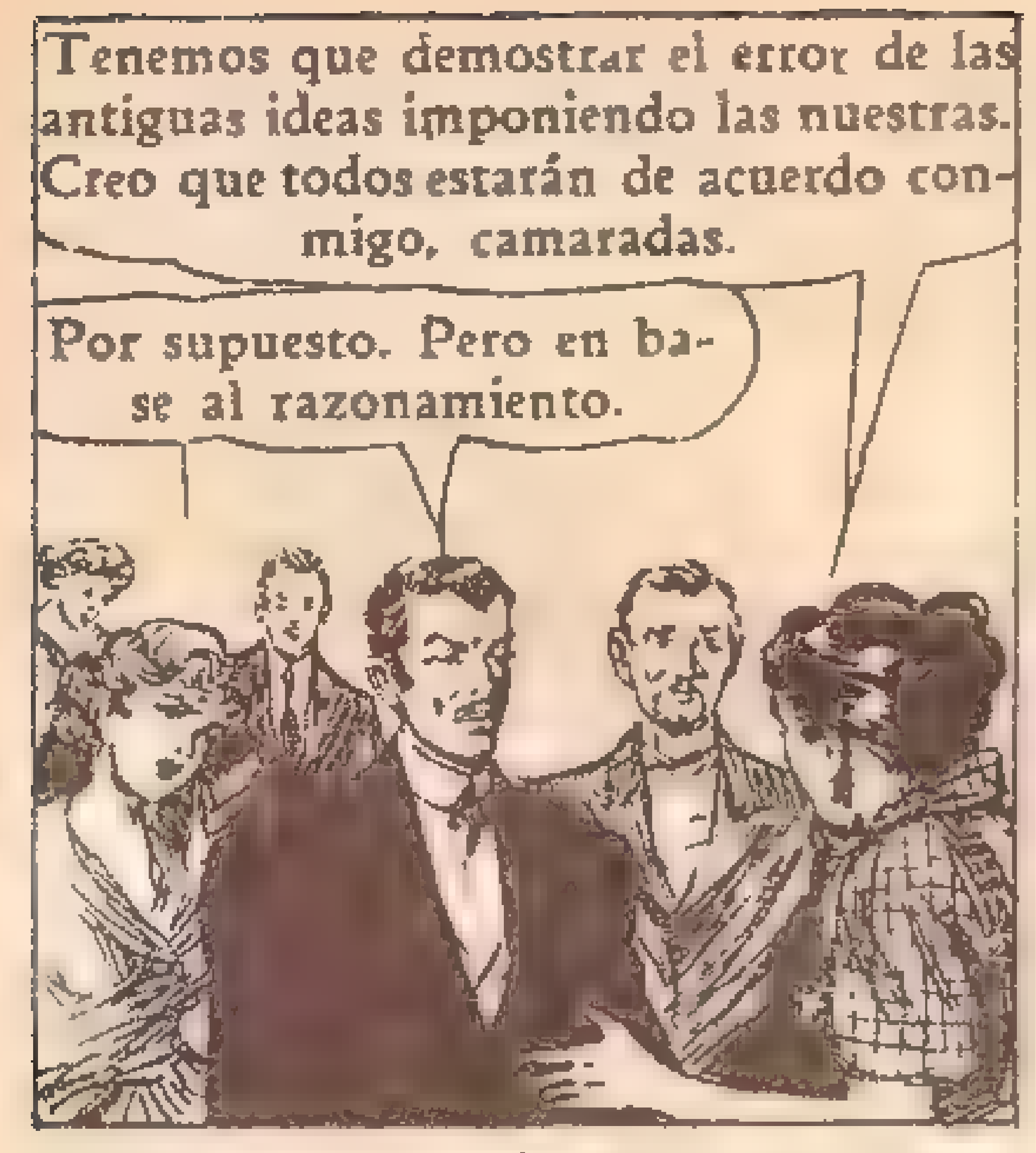




El salón al que Nicolai la introdujo, era grande y estaba lleno de chicas y muchachos. Los muebles eran variados, productos de distintas requisas, y en la chimenea ardían varios troncos. Ana pensó que es su casa debían contentarse con el calor del Primus muchas noches.



No hubo presentaciones. Cada uno seguía su impulso de bailar, distraerse, conversar amigablemente o discutir. Ana bailó un rato con Nicolai, observando complacida que sus pasos se ajustaban. Después, ambos se acercaron a Sonia, que hablaba animadamente a un grupo de muchachos.

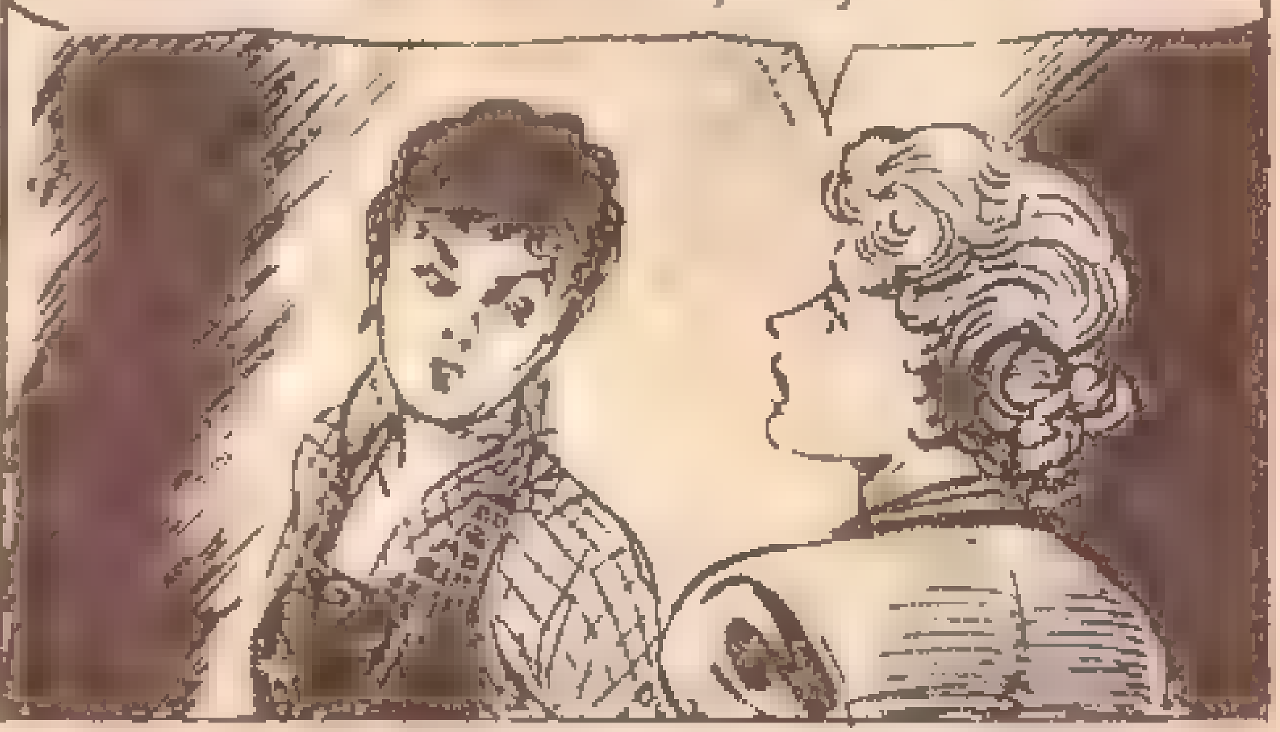

Tenemos que demostrar el error de las antiguas ideas imponiendo las nuestras. Creo que todos estarán de acuerdo conmigo, camaradas.
Por supuesto. Pero en base al razonamiento.


Prefiero la fuerza, camarada Nicolai. La fuerza domina muchedumbres. Los razonamientos son para una minoría. Y creo que repito palabras tuyas...
Tienes buena memoria. Pero no olvides que en esa minoría puede haber algo que nos impulse a atraerla.


Por supuesto. Y en tal caso, es mejor la persuasión que la imposición... He aquí la causa de que la camarada Ivanovitch te acompañe esta noche. Ya su hermano pertenece de lleno al partido, espero que tengas igual éxito con ella. Sergio no me resultó muy difícil...


Perdón, camarada Sonia. ¿Puedo saber qué método has empleado con mi hermano?
Por supuesto que no, querida. Llámale persuasión. Pero el camarada Nicolai puede instruirte.


Una risa general hizo enrojecer a Ana. Nicolai, muy pálido, puso una mano en su hombro, como protegiéndola.
Tus bromas son muy sutiles, camarada Sonia.
-Y evidentemente, escapan a mi percepción.


-Espero que mis hechos sean más comprensibles. Y uno de ellos te concierne, Ana Ivanovitch, porque pronto voy a casarme con tu hermano. Dentro de unos minutos podrá confirmártelo él mismo.
Lamento no esperarle, pero me siento oprimida en este ambiente y voy a retirarme.


Cuantos habían escuchado, siguieron con la mirada a Ana y Nicolai, mientras cruzaban el salón. Pero el dolor de ella era demasiado profundo para darse cuenta. Había perdido a su hermano. Pensó en sus padres y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.


El frío de la calle le hizo bien. Nicolai, dulcemente, se inclinó hacia ella.
Lamento lo ocurrido, Ana. Ignoraba que entre Sonia y Sergio hubiera un compromiso. De haberlo sabido...


Lo creo.
Permítame insistir, no obstante, en que cuide sus palabras. Es por su propio bien, Ana.


No se preocupe por mí, camarada Tieff. Y gracias por haberme acompañado, pese que al hacerlo, se ha comprometido. Creo conveniente que no nos veamos más.
Espero decidir yo sobre esta cuestión.


Esa noche Ana pasó muchas horas despierta. Pensaba en su hermano, del que tanto esperaba su padre; en Sonia, exponente femenino de la Rusia Roja; en su novio, el único hombre que había amado y amaba y del que se separara tres años atrás.







Trata de no hacer preguntas.

La pasividad nos va hundiendo, Iván. Cada vez somos menos.



¿Te das cuenta, Ana? *Nada.* Y es ahora cuando esta sola palabra adquiere un significado tan terrible.

Hacía frío en la plaza, único lugar donde podían hablar y se hacía tarde. Emprendieron silenciosos el camino hacia el Instituto. Iván, que había sido ya detenido un par de veces, asistía con irregularidad a las clases, sólo para justificar su vida y la posesión de su cartilla de racionamiento.



Cerca de la puerta, en la que había grupos de estudiantes...



No. Te esperaré. Creo que si no pudiera hablar contigo, no tendría el mínimo interés en continuar viviendo.



Antes de entrar en el Instituto, Ana se dio cuenta de que Sonia Biedney los había estado observando. Posiblemente sacaría de su amistad con Iván, algunas sabrosas conclusiones, pero le era indiferente.

A muchos centenares de kilómetros de Petrogado, hombres y mujeres se afanaban por conseguir un lugar en los escasos trenes que circulaban. A veces era preciso esperar semanas enteras en las estaciones, durmiendo sobre bancos o mantas, en las calles sucias, malolientes y repletas.



Entre esa heterogénea muchedumbre se encontraba Alexander Milenkaia, que pudo considerarse afortunado cuando tras pocos días de espera, consiguió subir a un vagón repleto. Se sentía mortalmente cansado pero lleno de esperanza...



El tren paraba en cada estación y siempre algunos pasajeros eran obligados a descender, porque su documentación despertaba sospechas o porque se les descubría como especuladores. La comida escaseaba en las ciudades y la gente llevaba allí comestibles para obtener un buen precio.



Alexander Milenkaia sentía que su corazón latía al compás de aquel tren que le acercaba a Petrogrado. El sueño estaba pronto a convertirse en realidad: ese sueño alimentado durante tantas noches interminables.



Mientras ese tren acortaba distancias, Ana vivía sus horas con la monotonía habitual. Pocas veces pueden preveerse los acontecimientos, los cambios, las sorpresas. Ese día, al encontrarse con Iván...



Encontraron a la muchacha en la cama, con fiebre y una tos impresionante.



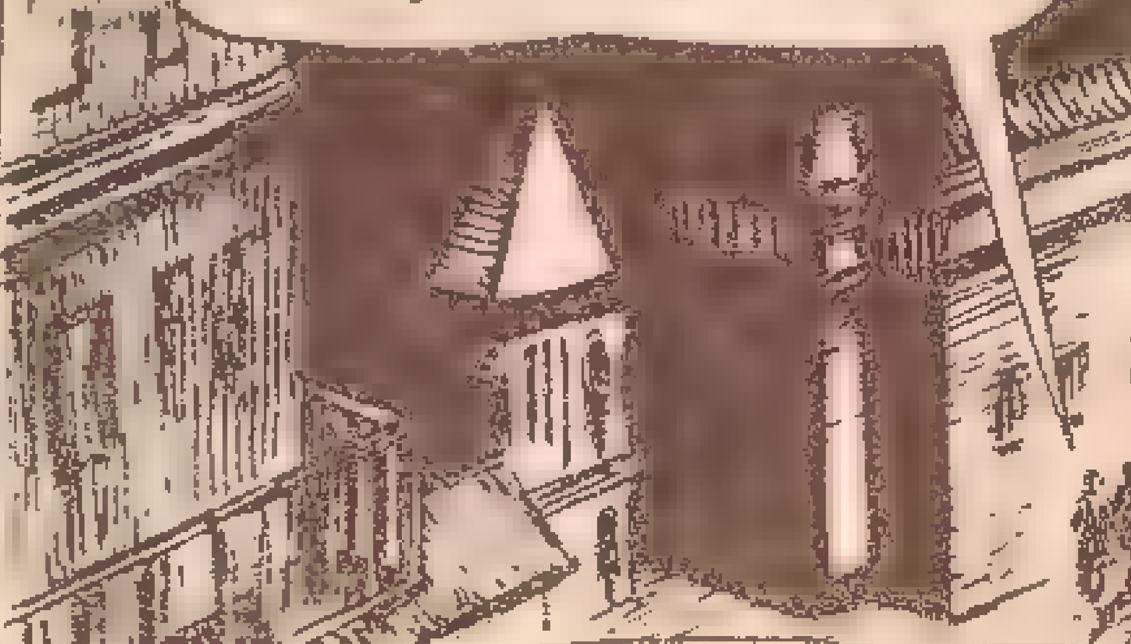


Gracias, Ana. Papá me atiende y limpia la casa. Han sido muy buenos al venir a verme. ¿Sabe Sergio que estoy enferma?



Cuando dejaron a Irina, Ana ardía de indignación.

Ha sido una maldad imperdonable, Iván. ¡Cómo odio a Sonia!



Procura no exteriorizar tu odio. Dicen que es implacable. Piensa sólo que es una cuenta más para saldar.

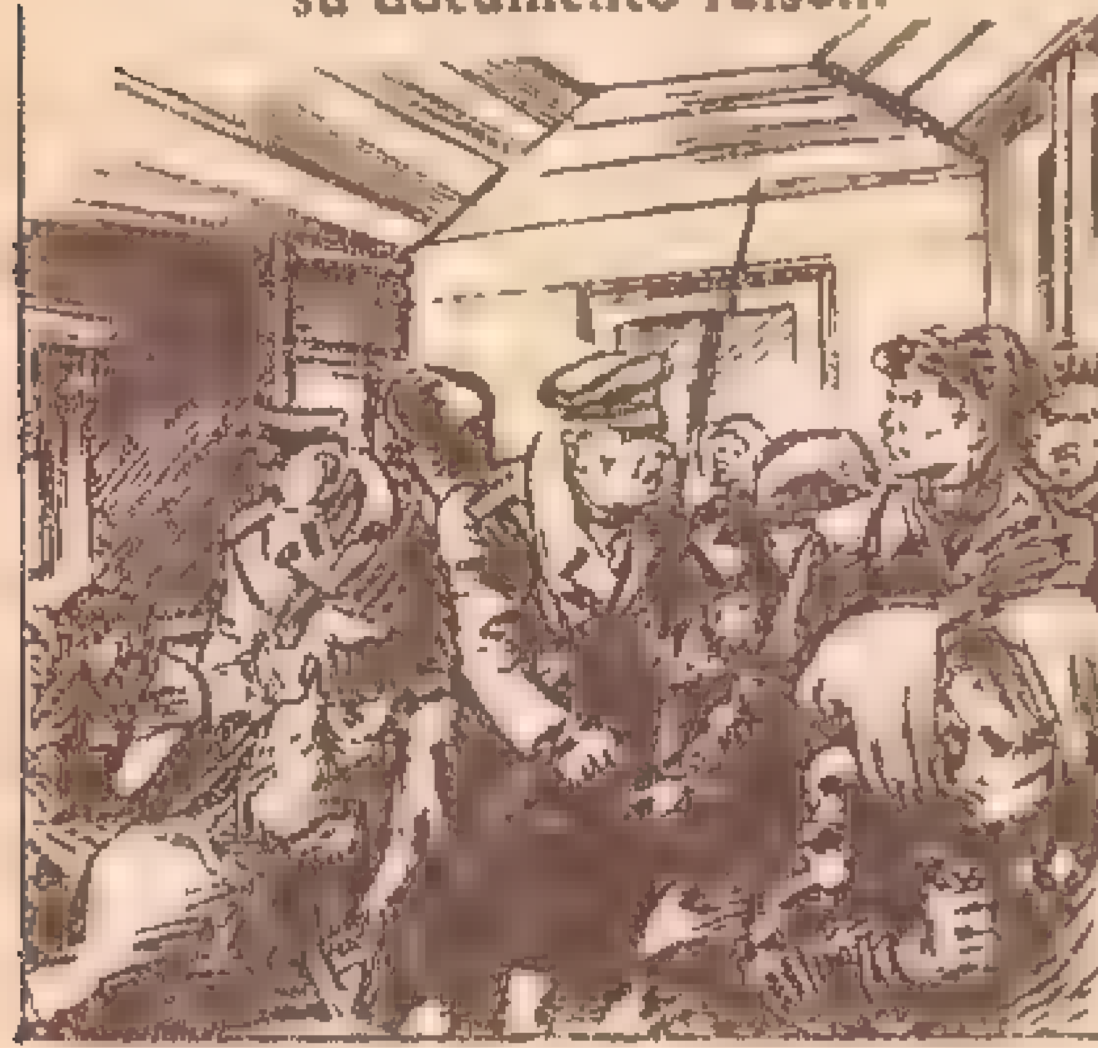


Mañana volveré a verla. Le traeré un poco de azúcar que mamá guarda.

Yo no necesito el pan que me den en la Cooperativa, así que se lo daré. Eso es todo lo que podemos hacer por ella.

Cruzaba el tren extensiones inmensas desnudas y yertas bajo la capa de nieve. Detenía su marcha fatigante en estaciones mal iluminadas, sucias, en las que se apretujaban seres de dantesca expresión. Los miembros de la G. P. U. pisoteaban con sus botas a todos.

Y cada vez que ascendían al vagón, Alexander oprimía contra el pecho su documento falso...



Había sido difícil conseguir esos papeles y la seguridad que ellos podían reportarle. Era tal vez de días, de horas... Alexander, fija la mirada y tensos los músculos, medía los kilómetros que iban quedando atrás.



El pesimismo de Iván llenaba de sombras el alma de Ana, pero su amistad era un consuelo, del que no hubiera podido prescindir. Terminaba de despedirse de él, cuando Nicolai la tomó de un brazo.



Se estremeció al verle, intuyendo algo.



La indignación hizo enrojecer a Ana.





Y Ana siguió su camino, muy erguida, dejando a Nicolai sin una frase de despedida. El permaneció mucho rato inmóvil, pálido el rostro, surcada la frente por profundas arrugas. Se había atrevido a soñar un imposible.



Petrogrado dormía. Sus calles silenciosas sólo despertaban de tarde en tarde por las pisadas de los milicianos efectuando sus rondas. Era peligroso aventurarse en ese silencio y oscuridad, propicio para quienes intentaban huir y quienes acechaban. Petrogrado dormía su sueño de angustia.

Una sombra apenas visible entre las sombras se destacó. Era un hombre. Furtivamente cruzó una calle, luego otra y de pronto buscó refugio en el hueco de un portal.





Tres milicianos habían aparecido por la esquina. El hombre que permanecía escondido, contuvo su aliento. Dentro de un minuto, quizá..





Encontró la casa. La escalera estaba completamente a oscuras pero distinguió en el primer piso tres puertas. Un error podía ser fatal. Suponiendo que la dirección fuera exacta y que todavía vivieran allí aquellos que buscaba, dos puertas significaban la cárcel, la otra...



No era prudente continuar allí mucho tiempo. Se dejó guiar por el instinto y llamó a una de las puertas. La tensión de la espera se hizo angustiosa. El destino, encarnado en una voz, contestaría su muda pregunta.



Ana oyó ese llamado inquietante en la noche que tanto podía significar. Su hermano, más lejos, dormía profundamente igual que sus padres que ocupaban la otra habitación.

La llamada se repitió débilmente. Ana, impulsiva se levantó, cubrió sus hombros con un chal y encendió una vela. Luego se acercó a la puerta. No era prudente abrir sin antes asegurarse. Quedamente, formuló una pregunta.



Del otro lado de la puerta, el hombre vaciló. La emoción enronqueció su voz e hizo que sus manos se crisparan, destacándose exangües los nudillos.





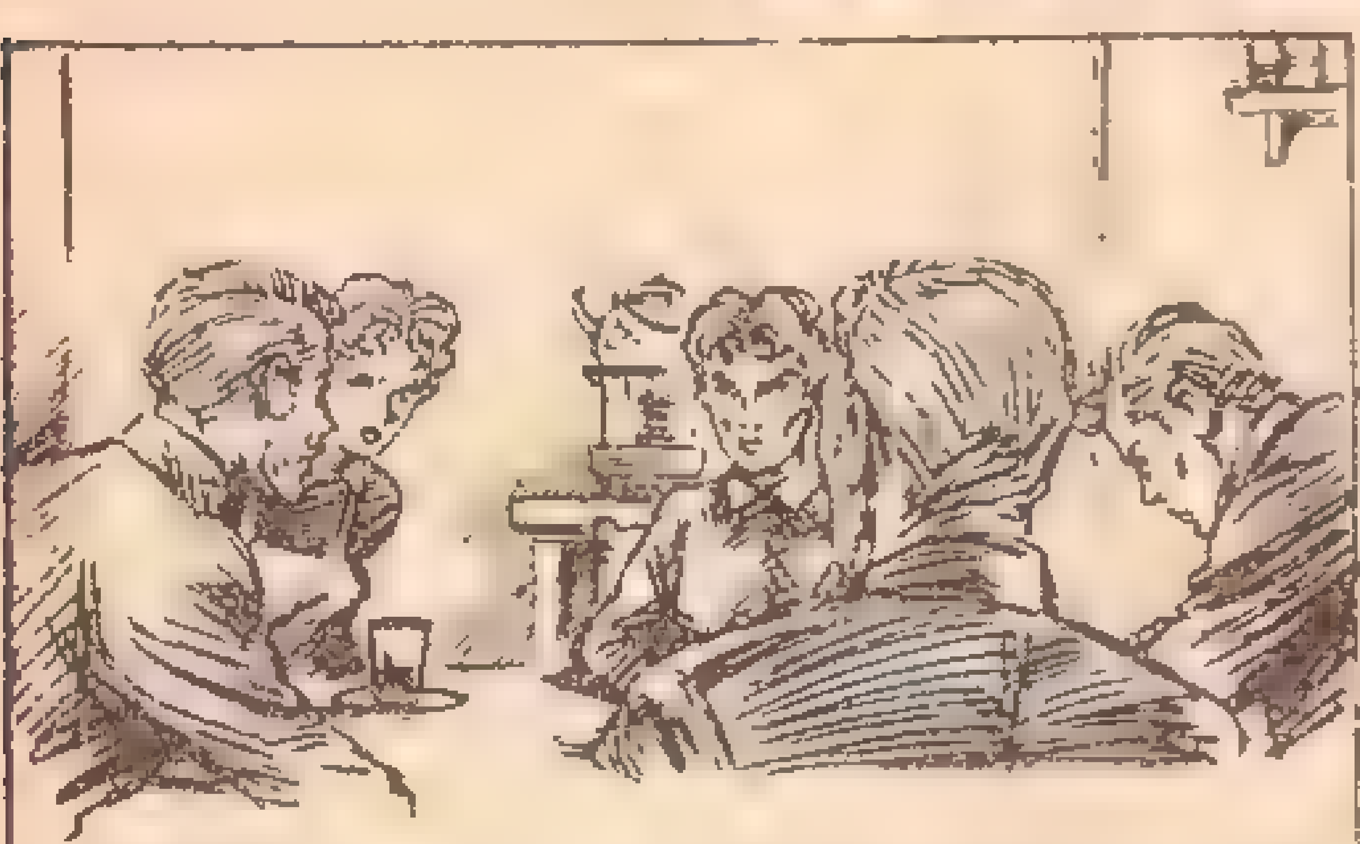
No dijo su nombre. ¿Para qué? Era suficiente entre ellos, decir ese simple "*SOY YO*", porque la breve frase resumía un mundo de recuerdos, un mundo de esperanzas. La puerta se abrió y durante segundos que parecieron eternos, se miraron.

La camarada Ana Ivanovitch, impasible, fría fue simplemnte una mujer. El ciudadano Alexander Milenkaia, cuya dureza le había permitido soportar tanto y subsistir, fue un hombre. Y nunca un beso simbolizó tantas cosas y entre ellas, su puro amor que tantas pruebas había resistido.





Más tarde, Boris y Katia fueron despertados por Ana. Sergio, con rostro impasible, tomaba un té caliente preparado por la muchacha. Y Alexander comenzó el relato de lo acaecido en aquellos tres largos años de separación.



El rosa de un nuevo amanecer iluminó la habitación, embelleciendo los semblantes demacrados y pálidos de frío. Alexander había dejado atrás todo el horror de esos años, y en sus palabras refulgían cual gemas las ilusiones para un futuro en el que los Ivanovitch ya ni creían.

De pronto, la voz de Sergio rompió el hechizo.

Resumamos. Estás aquí mediante documentos falsos. Piensas partir, pero mientras debes permanecer oculto. La situación es grave.



Así es. Comprendo que piensas en el peligro que representa ocultar a alguien. Pero sólo se trata de dos días...

Es imposible.



¡No podemos negar protección a Alexander!

Lo siento. No podemos poner en peligro nuestras vidas por él. Y por otra parte, no quiero ayudarle a huir.

Se hizo evidente que Sergio era un enemigo para ellos. El silencio se prolongó mientras las miradas trataban de penetrar en el fondo de las almas. Boris Ivanovitch apoyándose en la mesa, se levantó con lentitud. Había recibido un duro choque.



No puedo negarte Alexander el amparo de este techo. Eres un hijo para mí. Un hombre que comparte mis ideas y tiene el suficiente valor para rebelarse, para no sucumbir. Esta casa es mía y te autorizo a quedarte. Juntos correremos el riesgo.





Sergio tomó sus libros y salió dando un portazo. Ana besó la frente de su padre y Alexander inclinó su cabeza para ocultar su turbación. La escena penosa había pasado. Aquella tarde, la muchacha no pudo faltar al Instituto y a la salida. . .

¿Qué te ocurre, Ana? No eres la misma.



Y ella explicó al amigo las emociones vividas durante las últimas horas.



Hoy es el día más feliz y más triste de mi vida. La felicidad proviene de esa prueba de amistad que me has dado: La tristeza. Tú eres lo último que me queda, ¿comprendes? Deseo que se realicen tus deseos. Más allá de nuestras fronteras existe todavía un mundo en el que vale la pena vivir.



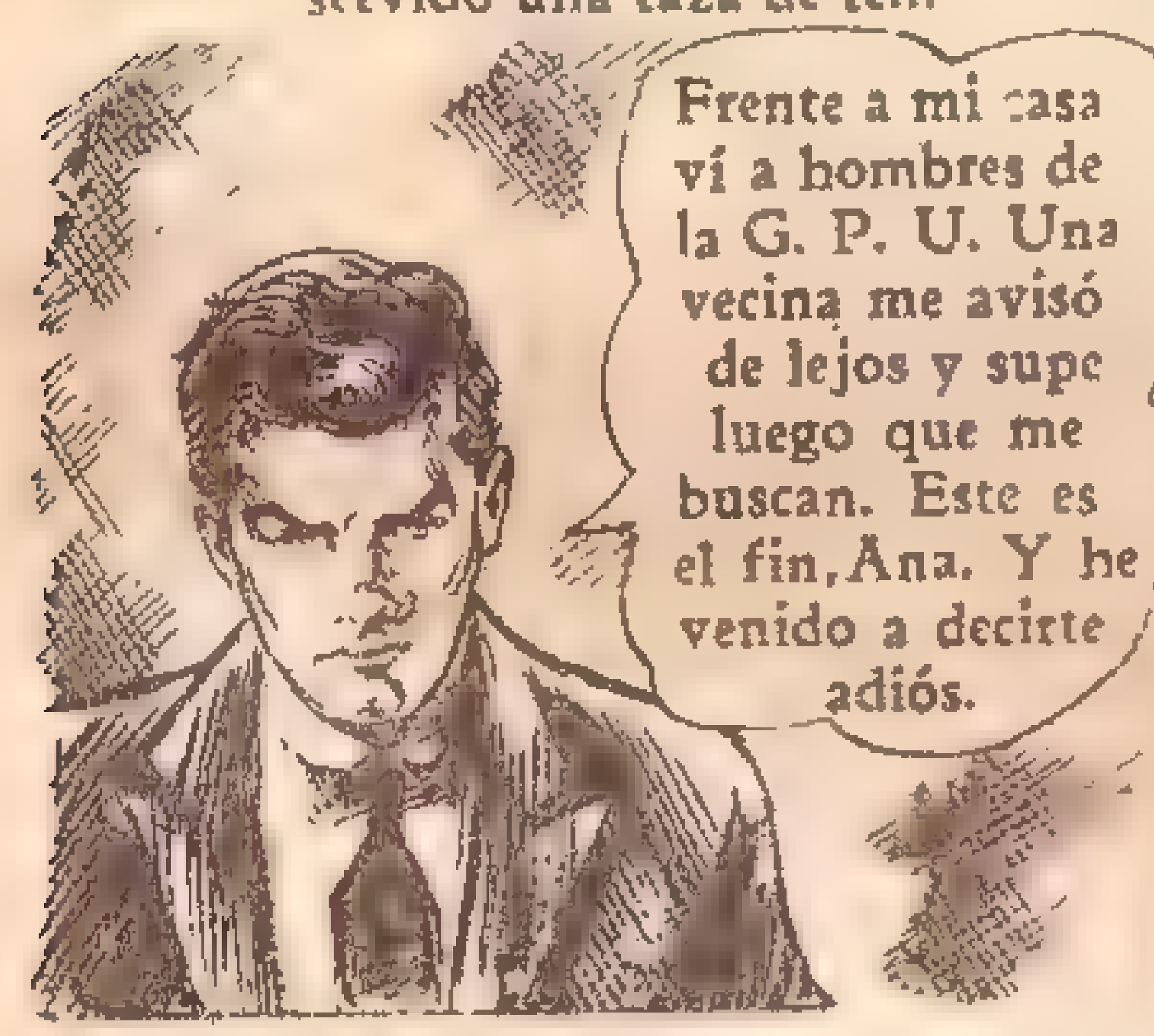














—Dios es bueno y condujo sus pasos aquí. En este momento tomábamos una decisión. Confiaba mi hija a Alexander, seguro de que una vez cruzada la frontera ha de hacerla su esposa. Pues bien, puedo pedirle que el lugar que destinaba a mi hijo, lo ocupes tú, Iván Galanov.





Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos



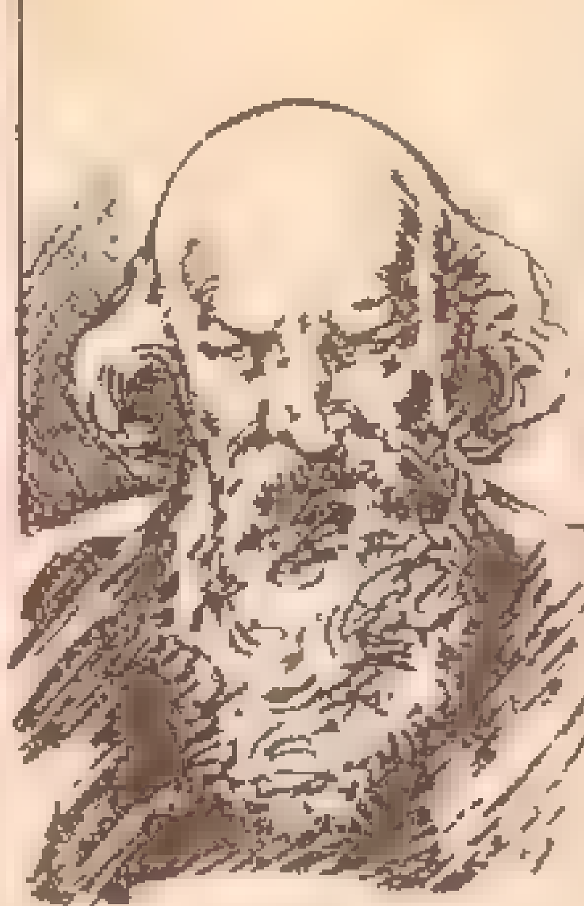
Febrilmente, se ultimaron los detalles. Iván dijo poder pasar la noche en casa de un amigo. Quedaron en reunirse la tarde siguiente, en la estación. No llevarían equipaje, sino algunos comestibles, para en caso de ser detenidos, pasar por traficantes.



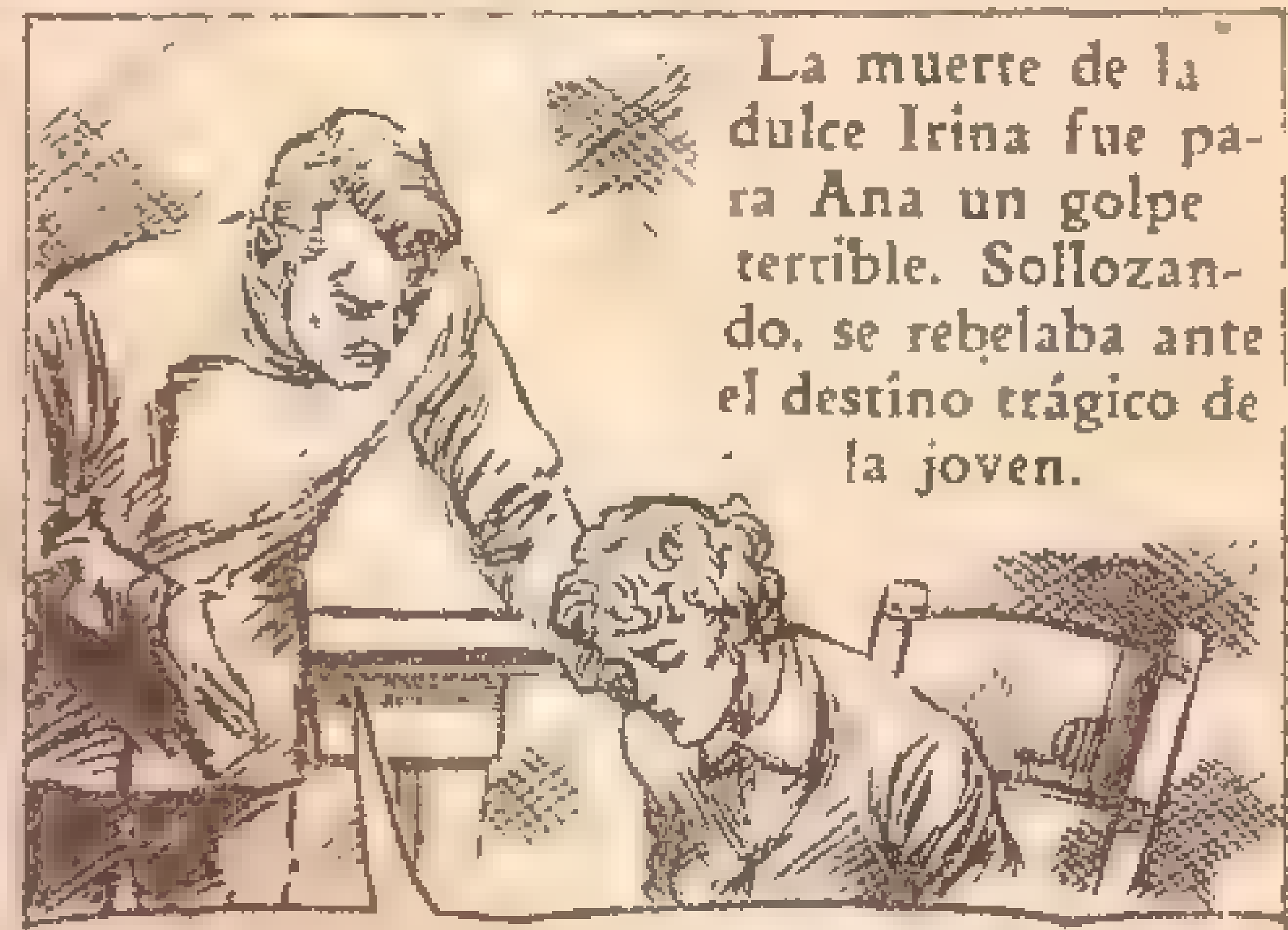
Esa noche fue larga y penosa. Nadie pudo dormir y la mañana trajo una dolorosa noticia para Ana, comunicada por el propio Sergio que apareció unos minutos antes de hacer una visita que había sido largamente esperada.



La calma de aquel padre desesperado era imponente.



—Usted no tuvo piedad para sus últimos días. No vino a verla ni una sola vez pero consintió que lo hiciera esa mujer con la cual va a unirse. ¡Es usted un miserable, Sergio Ivanovitch! ¡Váyase de mi casa!



Mucho más tarde, Ana trataba de recordar los pormenores de la partida, la dolorosa separación de sus padres; el pesar de irse sin poder dar un abrazo al hermano que ignoraba su marcha, el viaje en tren, el largo camino a pie y no lo conseguía. Todo estaba envuelto en bruma, excepto a partir de la llegada a la granja de los Vasili.

El frío había entumecido sus miembros. Sentados ante el fuego, escucharon las instrucciones de Vasili.

Antes de medianoche los conduciré a la hondonada. Después tendrán que seguir solos más de un kilómetro parte del cual será preciso hacer arrastrándose.





Escucharon en silencio las instrucciones. Más tarde les fue servido un potaje de legumbres, queso y vodka. El cansancio de las duras jornadas que dejaran atrás, pesaba sobre ellos. Era bueno estar allí, al abrigo del intenso frío, del peligro...



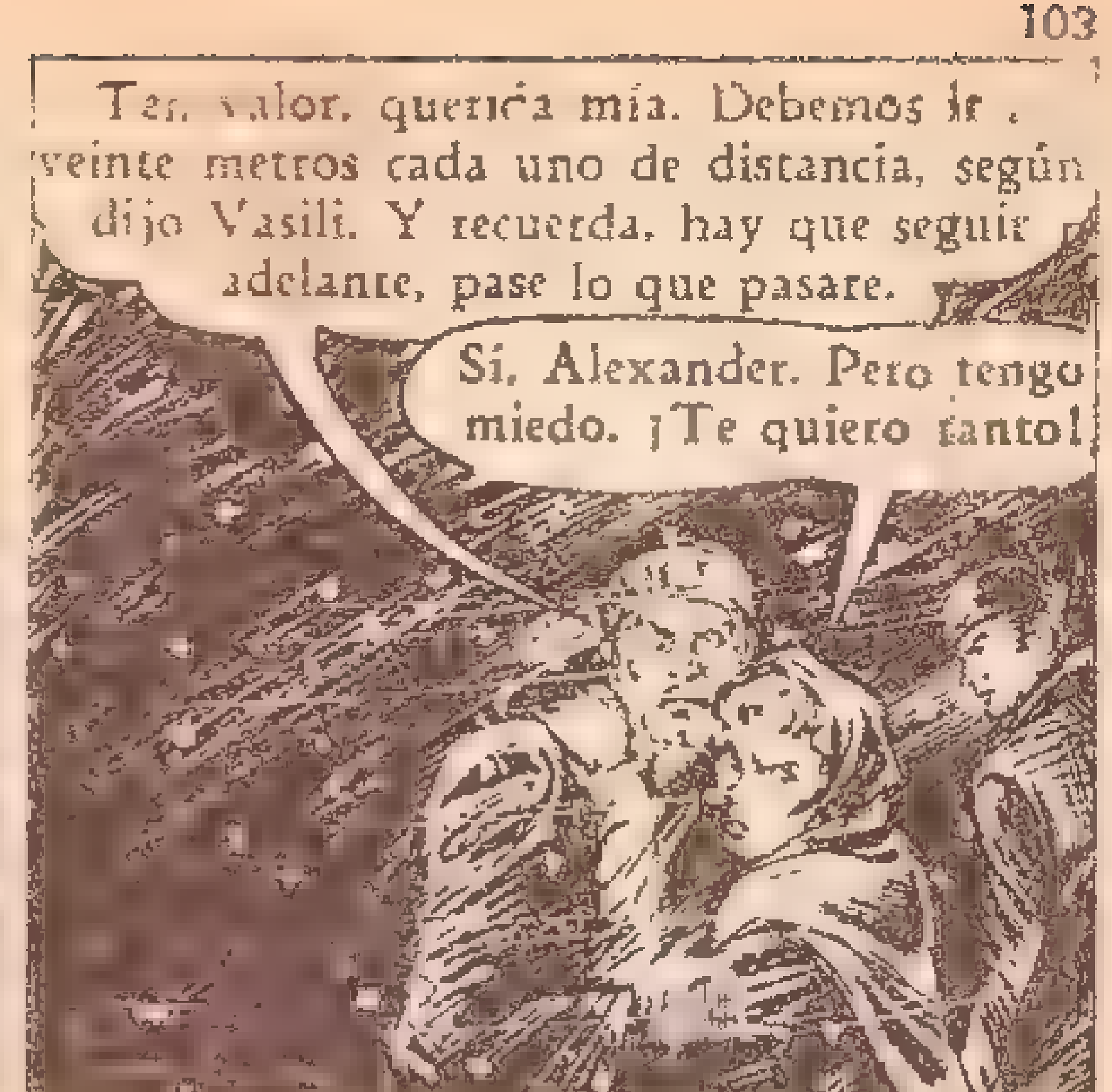
Como Vasili dijera, iniciaron la marcha a medianoche. No había luna, pero las estrellas iluminaban la blanca extensión y las colinas parecían fantasmas amenazadores. La mano de Alexander en su brazo, daba a Ana valor y fe.

Caminaron en silencio durante horas, jadeando por el esfuerzo. De pronto Vasili se detuvo. Señaló hacia adelante y sin una palabra, emprendió el camino de regreso. A partir de allí, debían seguir solos.

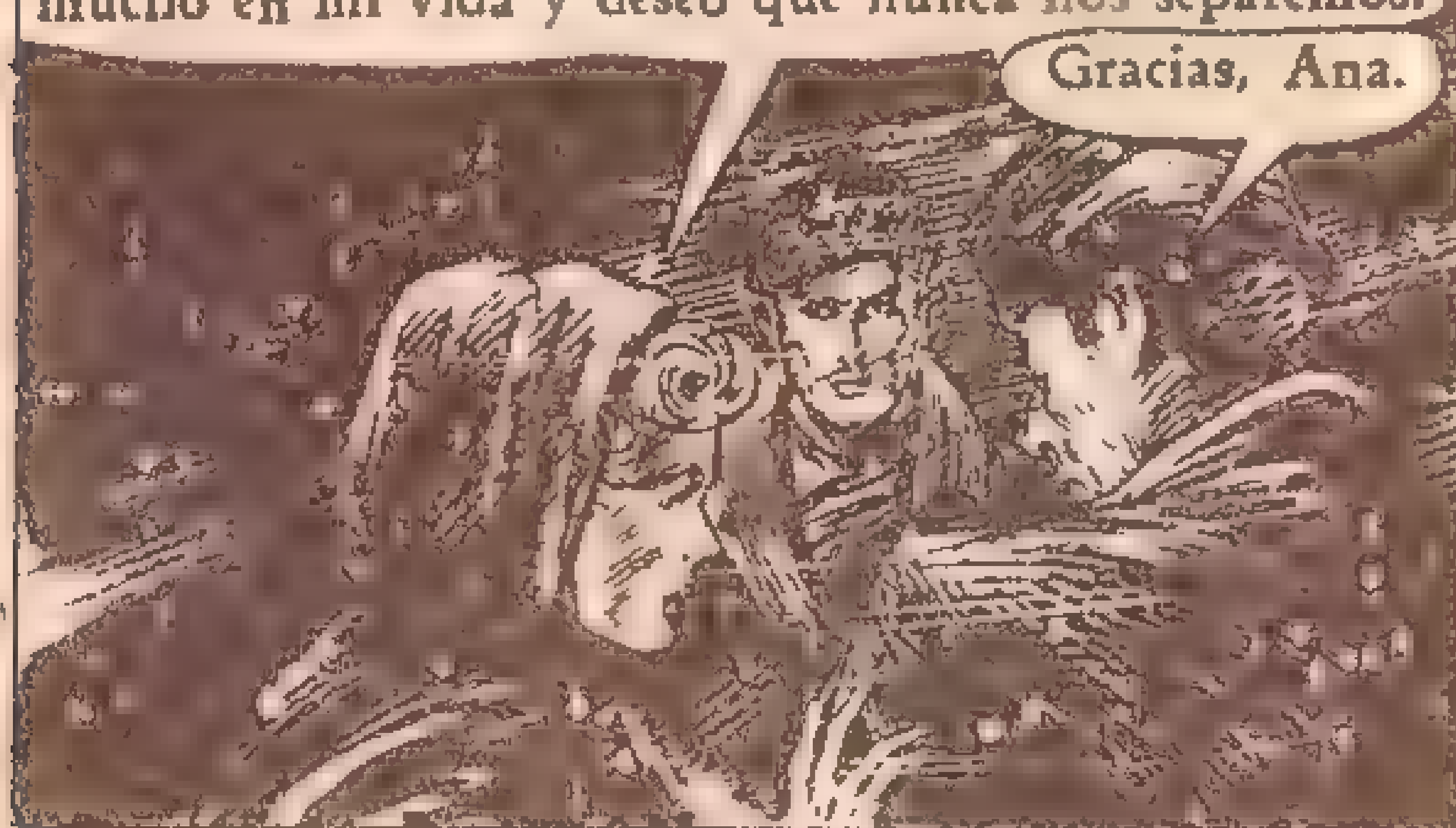


Iban a penetrar en la zona peligrosa. Alexander abrazó a Ana con una fuerza que dolía. Iván palideció apartando su mirada de ellos. Era demasiado doloroso, por cuanto desde el primer día amaba a la joven.





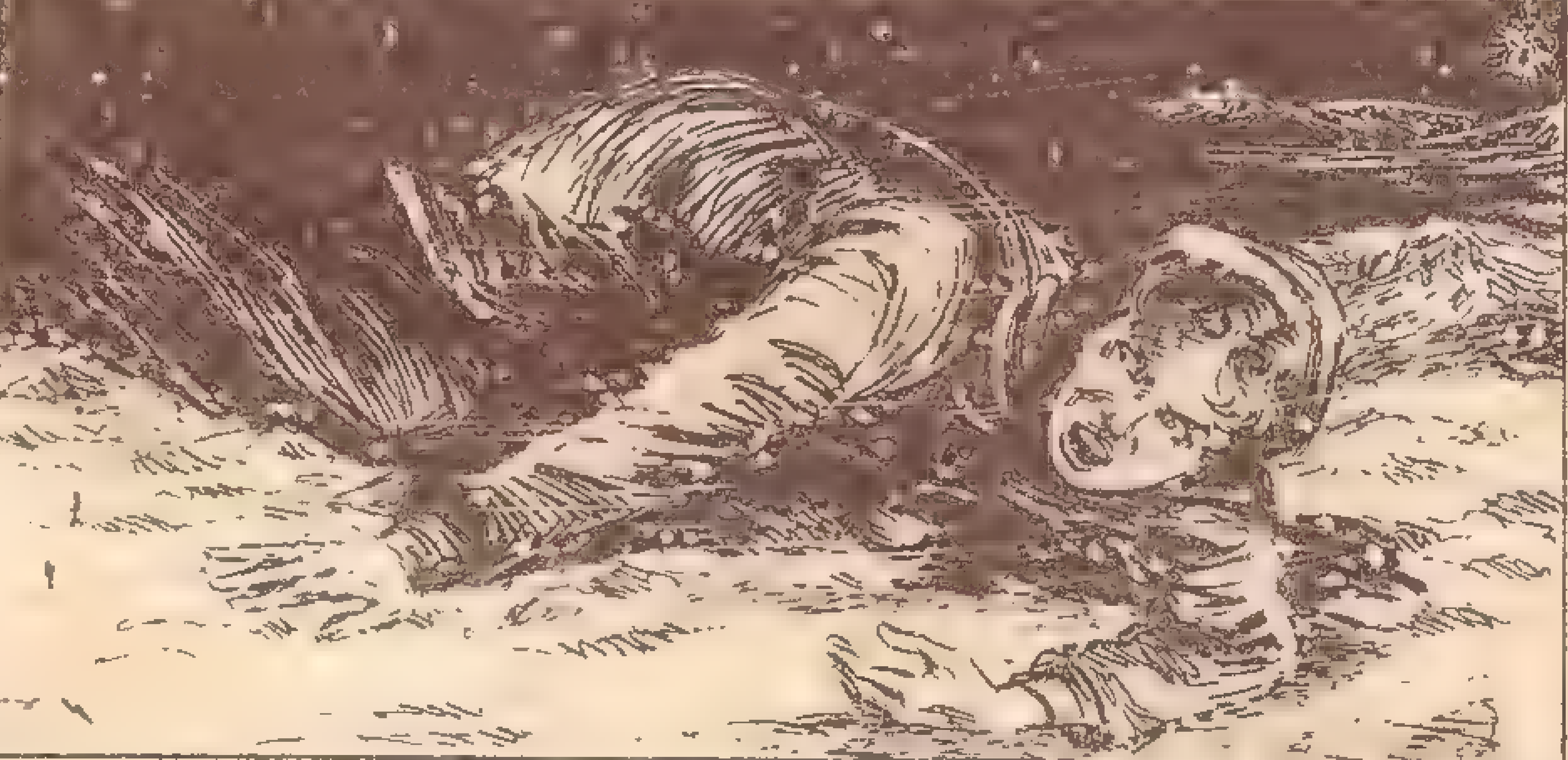
Acercándose a Iván, Ana puso una mano sobre su brazo.



La marcha era penosa. La nívea blancura de la extensión sin fin, hacía irreales las cosas. Ana se arrastraba siguiendo las huellas de Iván y volviendo la cabeza para ver a Alexander. Cada vez faltaba menos. Unos abetos marcaban el límite según Vasili, y los abetos estaban próximos.



El corazón de Ana latía con fuerza. Era lo único vivo en su cuerpo helado. Su mente repetía unas palabras. *"TENEMOS QUE LOGRARLO".* De pronto, muy cerca, sonaron los primeros disparos. Era un ruido metálico, claro, simple...



Y comenzó el principio del fin. Mientras, en Petrogrado, una dolorosa escena se desarrollaba. Sergio había estado tres días sin aparecer por su casa, pero aquella noche...

...cansado y abatido, penetró en la habitación, ansioso de dormir y olvidar.



La revelación de su madre lo sumió en la desesperación.



—Sergio, hijo... Ella amaba a Alexander, quiso seguirle y no pude impedirlo. También Iván se fue con ellos. Tú conoces sus ideas. Aquí no podían seguir.

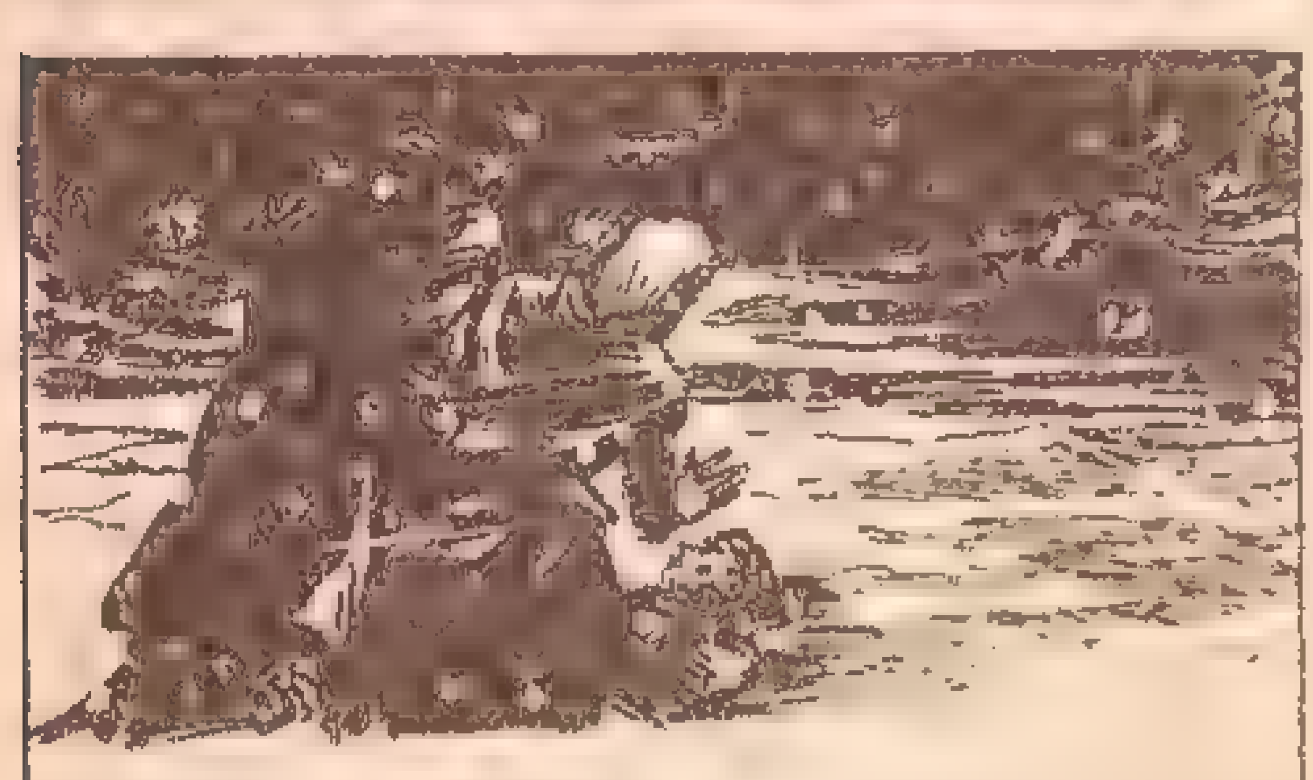
El padre se había levantado y apareció en la habitación. "Algo" le hacía temblar.




Los sollozos quebraron la voz de Sergio. Estaba arrepentido. Al escuchar en sus labios, después de años, el nombre de Dios, la madre, con el corazón destrozado, puso una mano sobre la cabeza del hijo. Tal vez un milagro...


Alexander estaba tendido cual un muñeco roto. Ana, despreciando el peligro corrió hacia él, y estrechó contra el suyo su cuerpo. Momentos después Iván estaba junto a ellos. Los disparos seguían sonando...

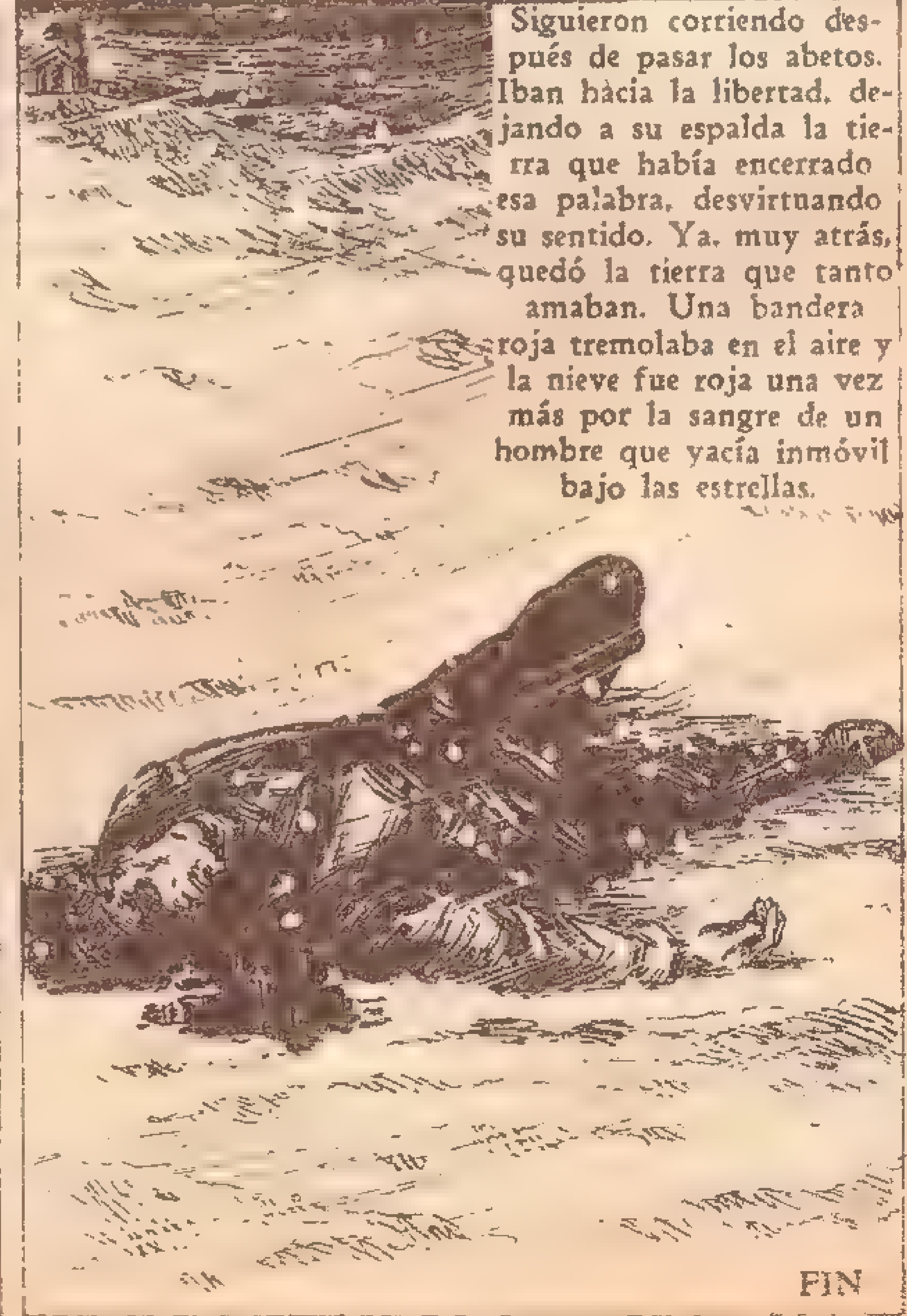

La sangre brotaba de la boca de Alexander.
Recordad... nuestro pacto .. Deben seguir .. Hay... que llegar... Ana, Ana... te quiero...


Luego, un estertor y una extraña fijeza en las pupilas. Iván comprendió que debía obrar con rapidez. Levantó a Ana y rogó ayuda a Dios. La joven, dócil, se dejó tomar de la mano, aunque seguía mirando la sangre que brotaba sin cesar de la boca de Alexander.


Ana, debemos intentarlo... Por él, por todos...
Sí, Iván. Por él y por todos.
Y Ana miró al hombre que estaba a sus pies y estrujó en sus manos un puñado de tierra y nieve. Nunca había estado más hermosa que en ese instante. Con una belleza irreal. Sin un gemido, siguió a Iván.


Por encima de su amor, por encima de su dolor, Ana tenía una misión que cumplir. Cruzar esa frontera para enseñar a los pueblos la *VERDAD* de la Nueva Rusia. El trabajo sería duro, pero tendría fuerzas para llenar su deber.


Quedaba atrás el clamor de los que sufrían. Quedaban los que como Nicolai Tieff vivían engañados y eran ideales a una causa que no merecía lealtad. Quedaban también los miles de muertos. Tomados de la mano, Ana e Iván corrieron ciegamente esos 100 metros que los separaba de la frontera, entre descargas de ametralladora y haces de luz..


Siguieron corriendo después de pasar los abetos. Iban hacia la libertad, dejando a su espalda la tierra que había encerrado esa palabra, desvirtuando su sentido. Ya, muy atrás, quedó la tierra que tanto amaban. Una bandera roja tremolaba en el aire y la nieve fue roja una vez más por la sangre de un hombre que yacía inmóvil bajo las estrellas.
FIN



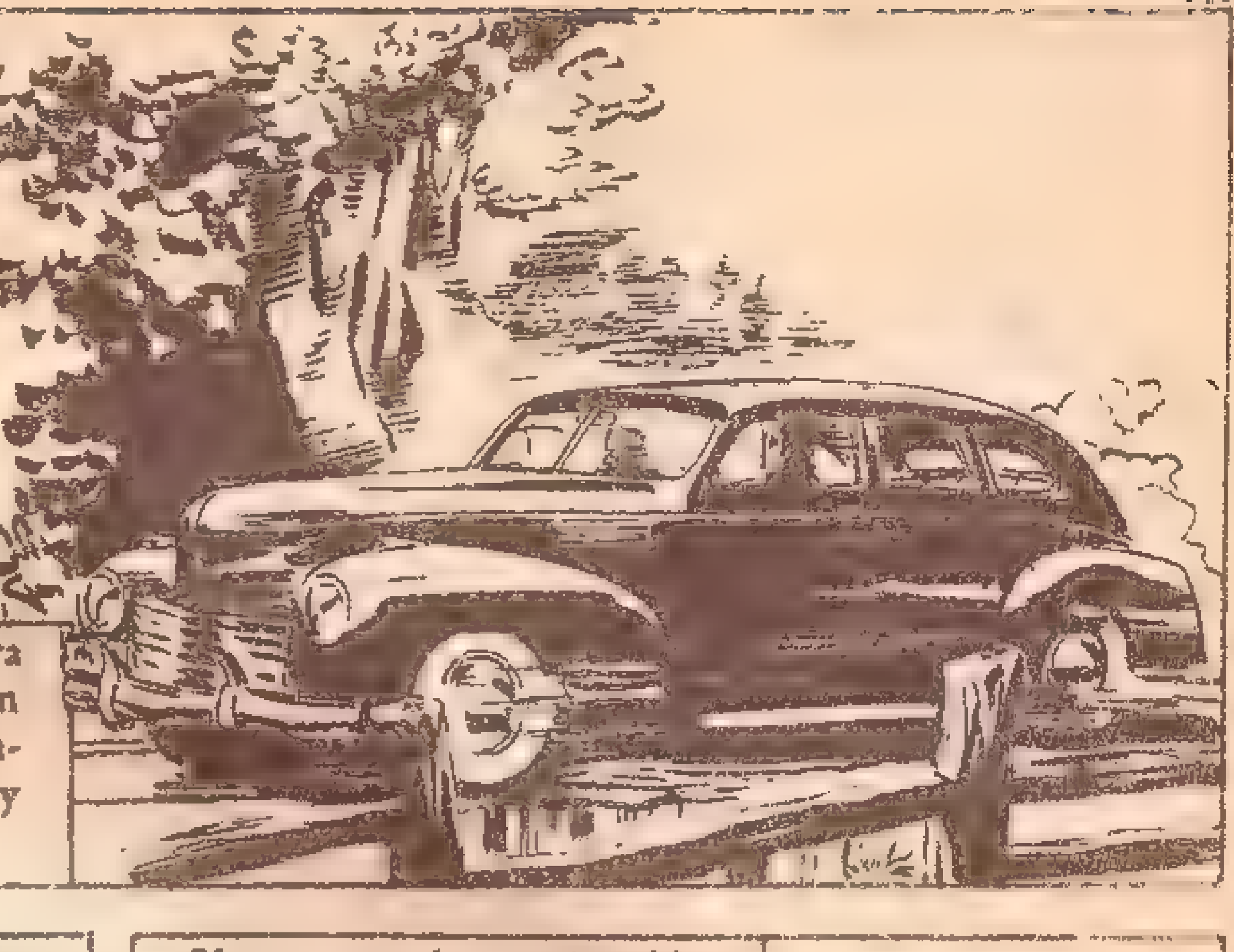
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos


UN POCO DE
BUEN HUMOR
—¿No es gracioso? Nuestra garantía de fábrica terminó ayer.
—Apagaré la luz no bien termine este libro, querida.
¡—Le diré su futuro por cinco dólares, y su pasado por el sólo placer de hacerlo.

MIRANDO AL HORIZONTE

por FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE MARTHA BARNES

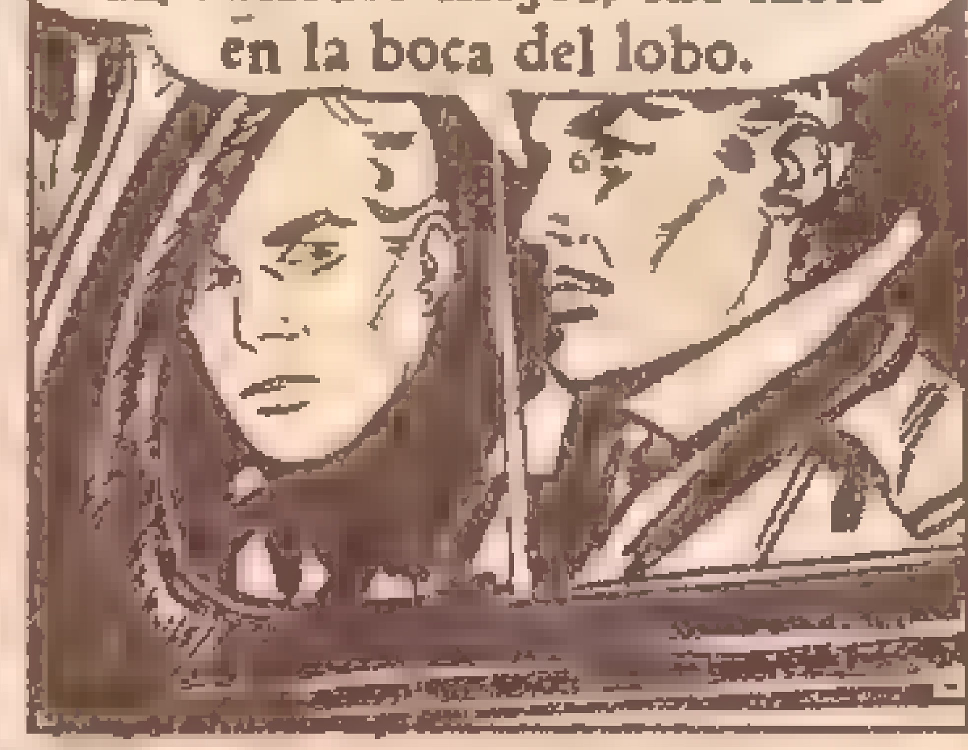


El auto se deslizaba por el camino que dividía la llanura verde, que allá en el horizonte se diluía en el azul de un cielo sin nubes. En los ojos de los dos hombres, el que conducía y el que estaba atento al paisaje había inquietud, y en sus rostros, tensión y casi dureza.

Pensé que al pasar la frontera comenzaríamos a ver algo...

Faltan aún unos 150 kilómetros. Más adelante comenzarán las dificultades. Hay que convencerlos que no somos espías...

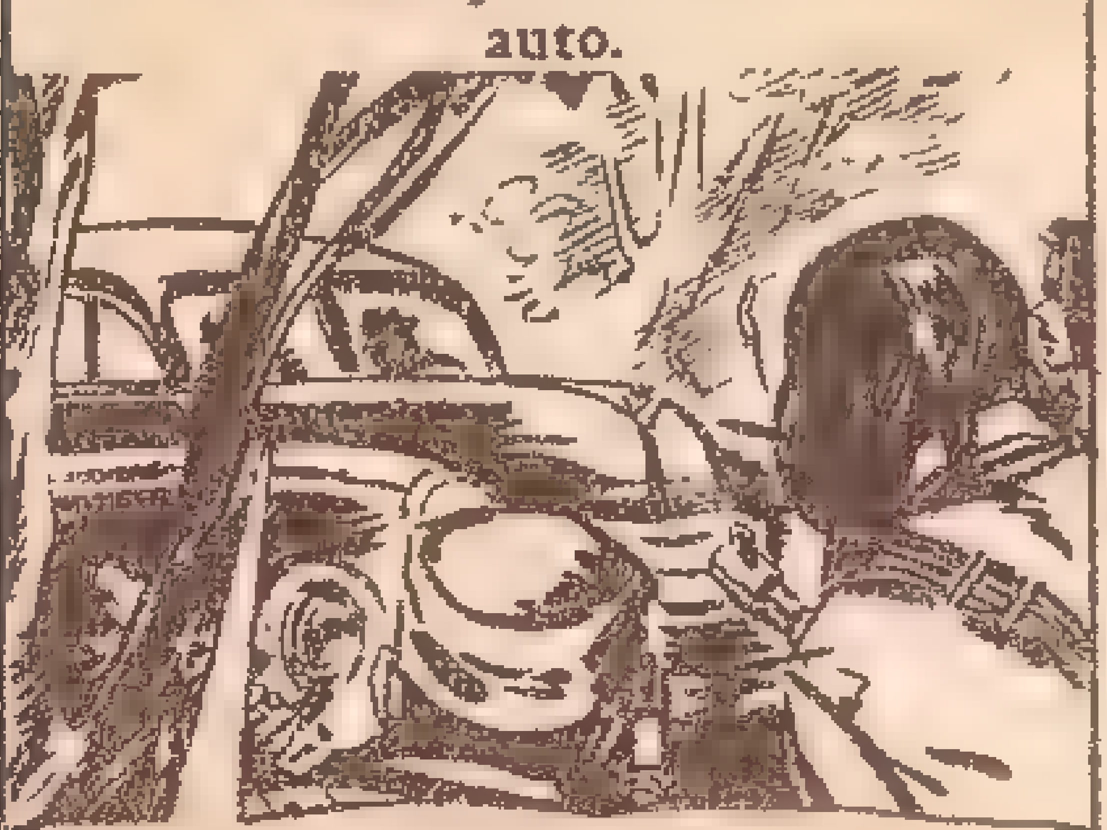
Sigo pensando que ha sido una locura venir. Arriesgamos nuestra libertad y nuestro pellejo. Siempre me agradó mi profesión de periodista, pero esta vez, para conseguir un artículo mejor, me meto en la boca del lobo.



Nunca podía saberse cuando Robert Dumont hablaba en serio o en broma. A veces, se complacía en fingir un miedo que estaba lejos de sentir, pero en aquella ocasión, sus palabras eran simples y sinceras. Iban a penetrar en la boca de un lobo hambriento...

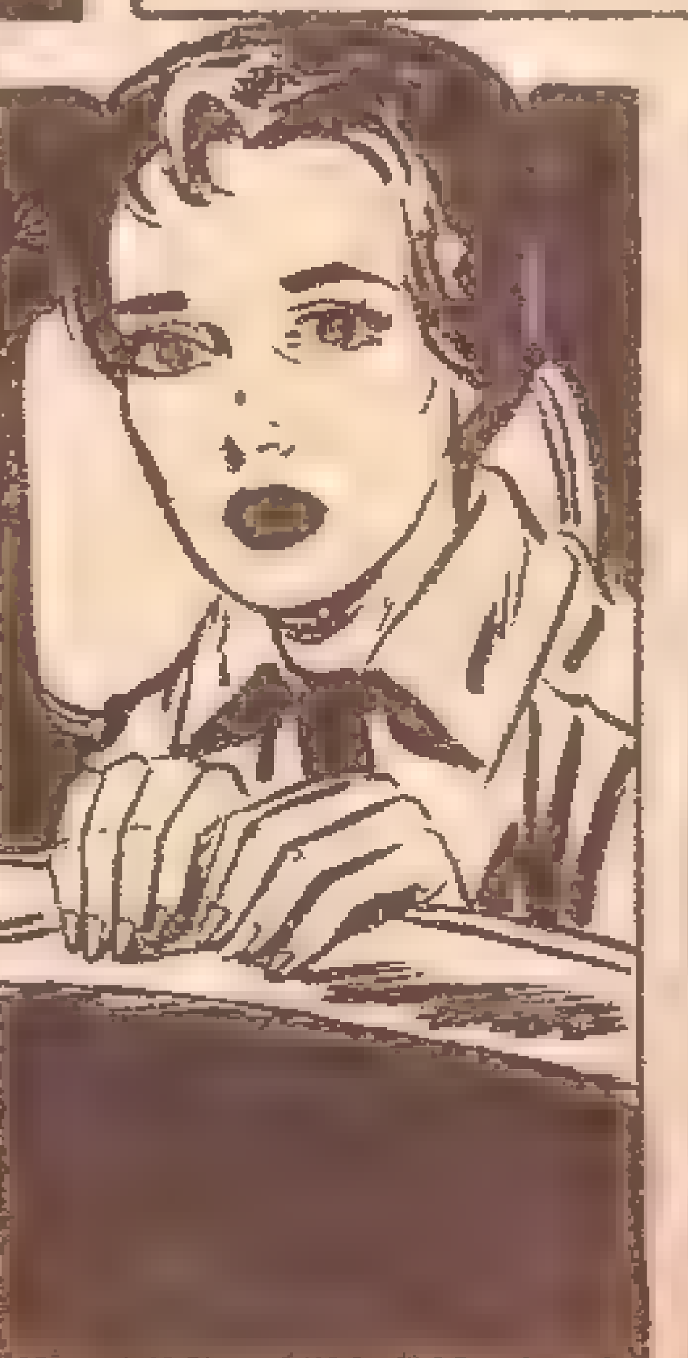
...que se alimentaba de sangre humana. Iban hacia un lugar del que todos huían y del que pocos querían hablar. Impulsados más que por un afán de noticias sensacionalistas, por un espíritu de solidaridad humana que difícilmente sería comprendido.

De pronto surgieron dos grupos de ambos lados del camino y con sus ametralladoras prontas detuvieron el auto.



Aquí los tenemos. Despierta a Dina. Trata de explicarte bien. Una equivocación o una duda, y...

Javier enseñaba los documentos al que parecía ser el jefe de los guerrilleros, salpicando su correcto francés con su deficiente alemán y algunas palabras en húngaro. Bruscamente despertada, Dina, desde el fondo del auto contemplaba obsesionada los rostros pálidos, casi famélicos. Los ojos que conservaban tantas visiones de horror...



Se les dio la orden de seguir. Y una voz de mujer se elevó con trémolos de emoción: "Si regresan, digan toda la verdad, sin miedo..." Durante largo trecho, las palabras seguían aún flotando en el interior del auto.

Trata de dominarte de nuevo, Dina. Nos espera un rudo trabajo.



—Lo sé. Vinimos para eso; para cumplir lo que esa mujer nos ha pedido. Decir al mundo toda la verdad sobre Budapest, sobre esta lucha desigual entre un pueblo y los tanques enemigos, entre gentes que defienden su libertad y su patria contra quienes pretenden imponer sus cadenas, sus ideas. No, ya no podré dormirme de nuevo, Javier.

Si regresamos... ¿No es *un poco* escalofriante la incógnita que abre esa simple frase?

El auto seguía vanzando, trepando, hundiéndose en los pozos de agua, llevando hacia su destino a Javier Aguirre, español radicado en Francia, a Robert Dumont y a Dina Aubert, tres periodistas.

Dina suspiró recostándose en el mullido respaldo. Había sido sincera en sus frases anteriores, pero había silenciado algo. Lo que le diera impulso para realizar ese viaje arriesgado y unirse a sus compañeros.

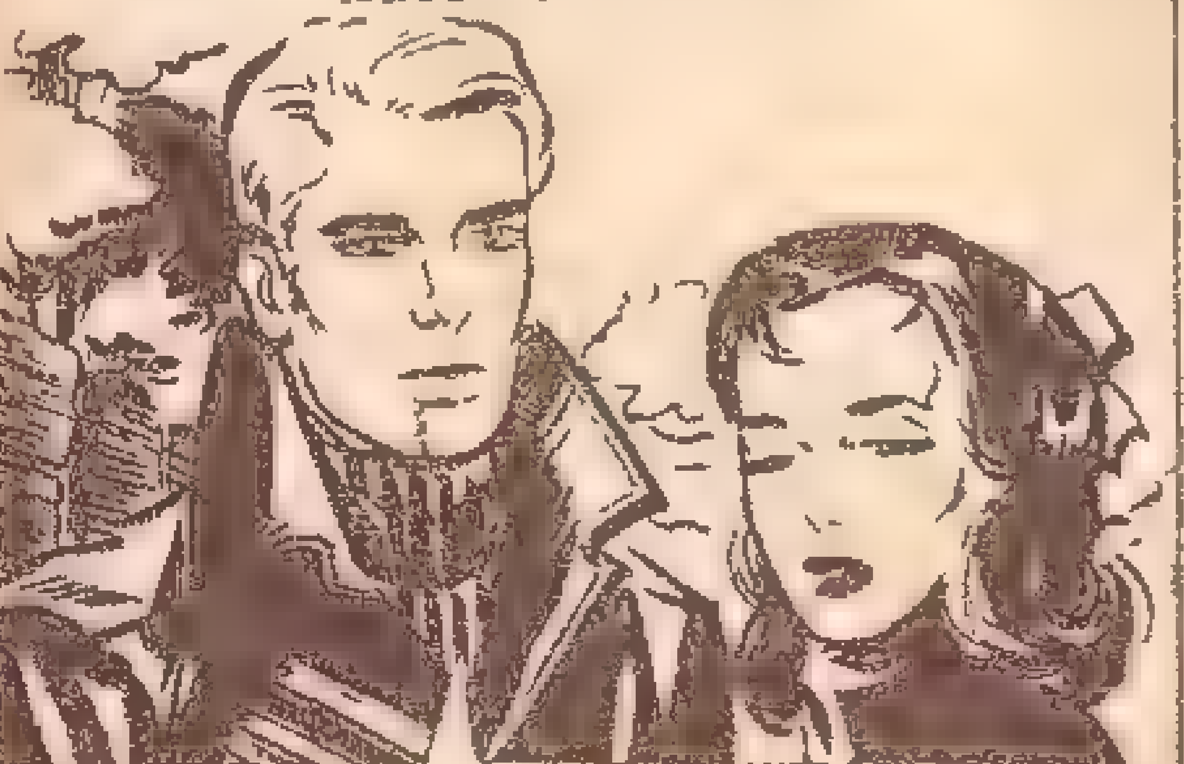


Dina no era hermosa. Podía pasar inadvertida, hasta que se aprendía a admirar la dulzura de su expresión algo lejana, la suavidad de sus movimientos. la armonía de su figura y el enorme atractivo de sus pupilas color violeta con chispitas de oro.



Sin duda, por ser una de las pocas muchachas que se dedicaban de lleno al estudio y por estar siempre sola. Sandor Sziner, que como ella, seguía en la Sorbona un curso de Filosofía y Letras, se decidió a buscar su compañía. Y pronto descubrieron ambos la similitud de sus caracteres.
Poseía un alma rica en matices. Era tan violento como suave, tan apasionado y vehemente, como frío y reflexivo. En suma, su personalidad era atrayente y su clara inteligencia le permitía asimilar hechos e ideas dispares. En ese instante, mientras el auto avanzaba hacia Budapest. Dina rememoró el día en que por vez primera le hablara Sandor de su patria.

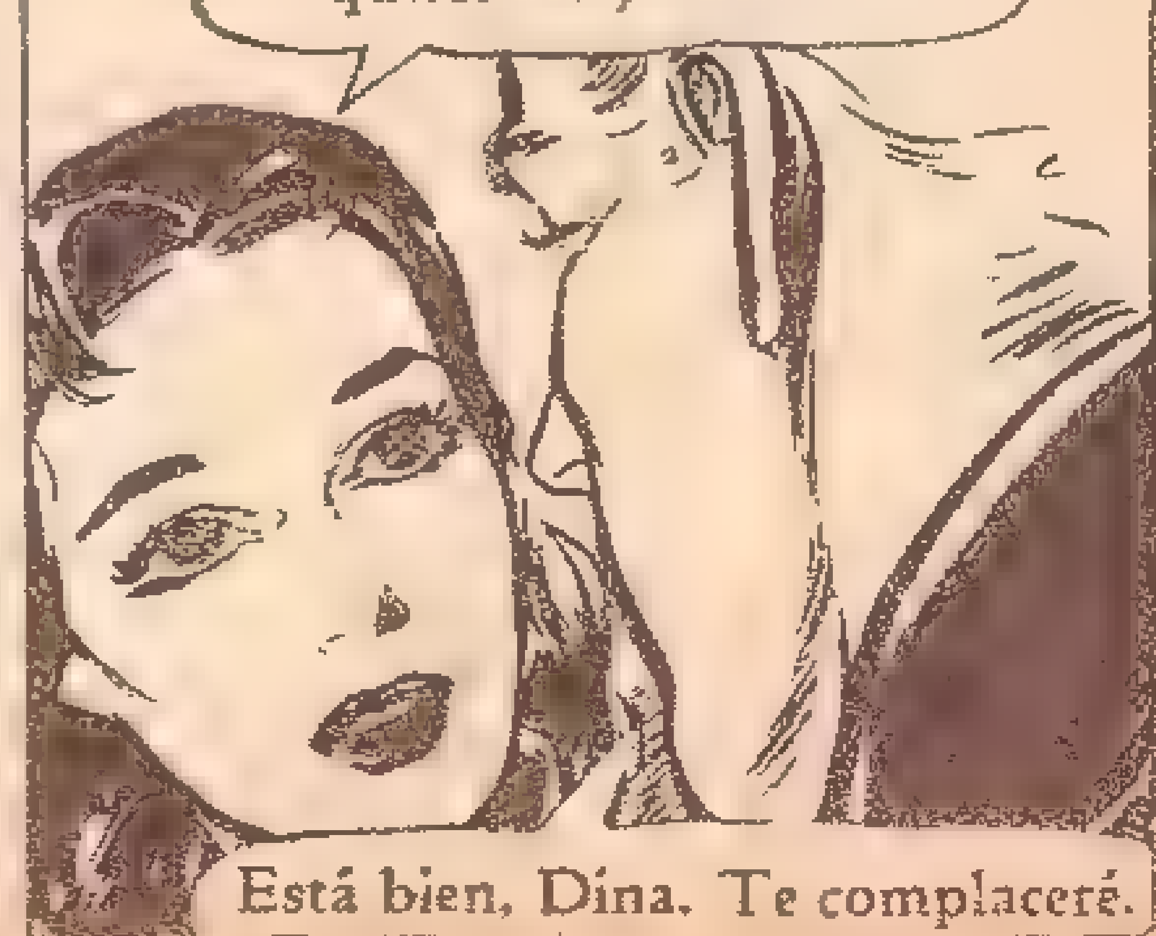
Habían estado contemplando en silencio las aguas rosadas del Sena, en un atardecer clásico de París, lleno de pálidos verdi-azules.



Muchas veces estuve mirando así el Danubio, sobre el puente que une Buda con Pest.

—Hungría es hermosa. Su belleza nos habla de una paz que nunca pudo durar mucho. Siglos atrás, tuvimos que contener las tribus bárbaras que amenazaban arrasar Europa. Un país tan pequeño, poseyó las fuerzas de un titán, porque nuestras almas no admiten cadenas. Hacemos un culto a la libertad humana.
¡Esa libertad que siempre nos es arrebatada! La República Popular está minada por los comunistas. El poder de Rusia. inmensa máquina devoradora de hombres, está pronta para triturarnos hasta los huesos.

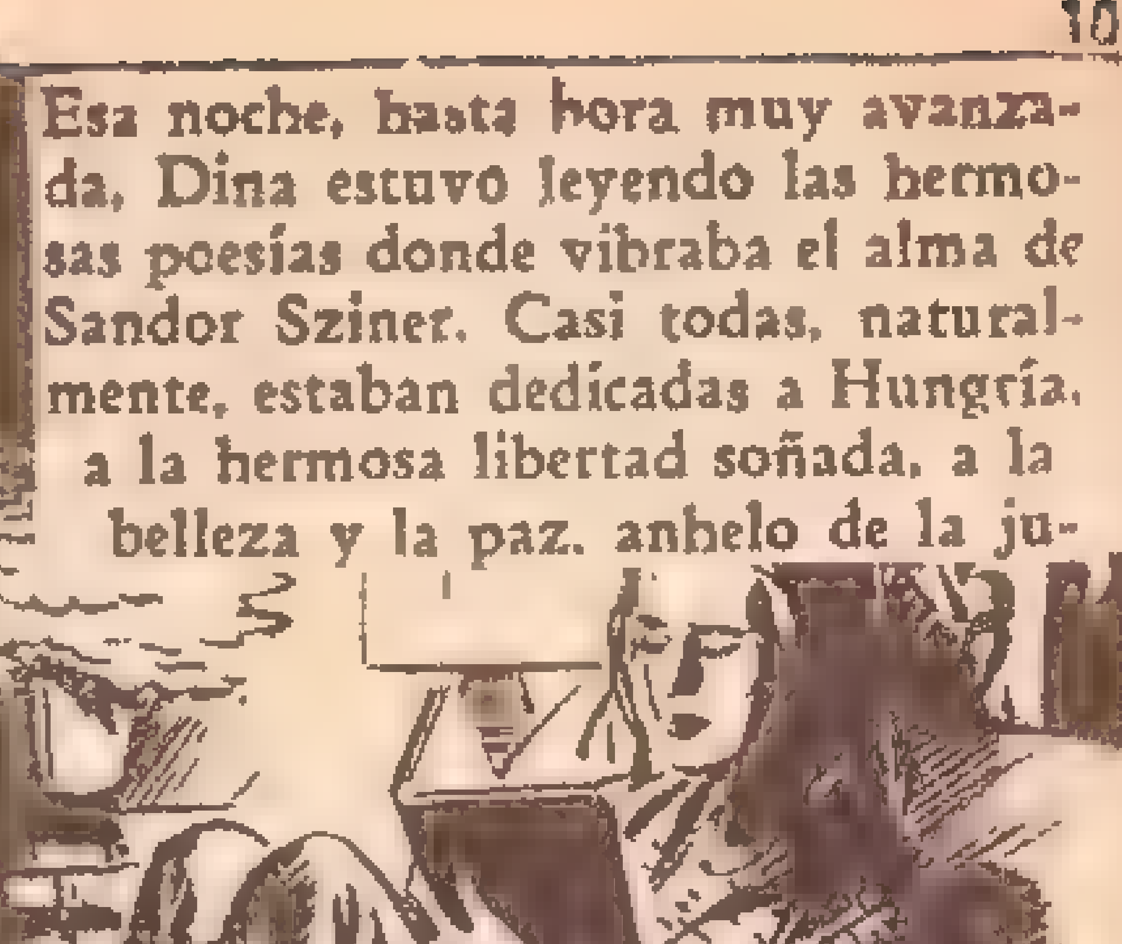
Háblame pues de Hungría, Sandor. Quiero aprender a amar a tu pueblo, conociéndolo a través de tus relatos. Quiero saber de todas vuestras inquietudes y anhelos.

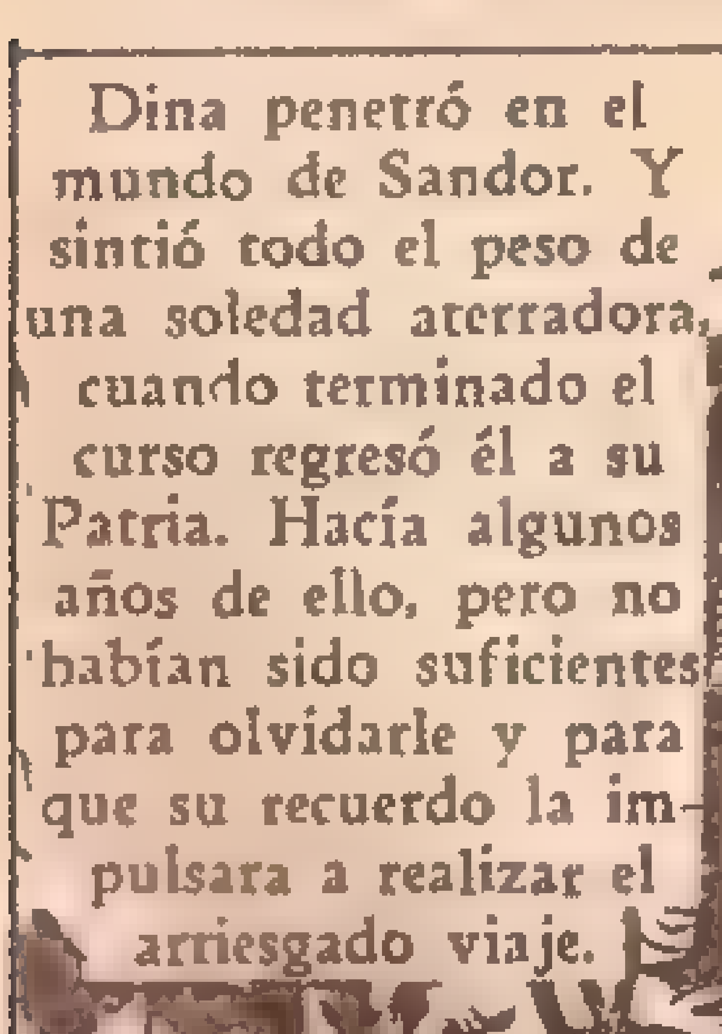


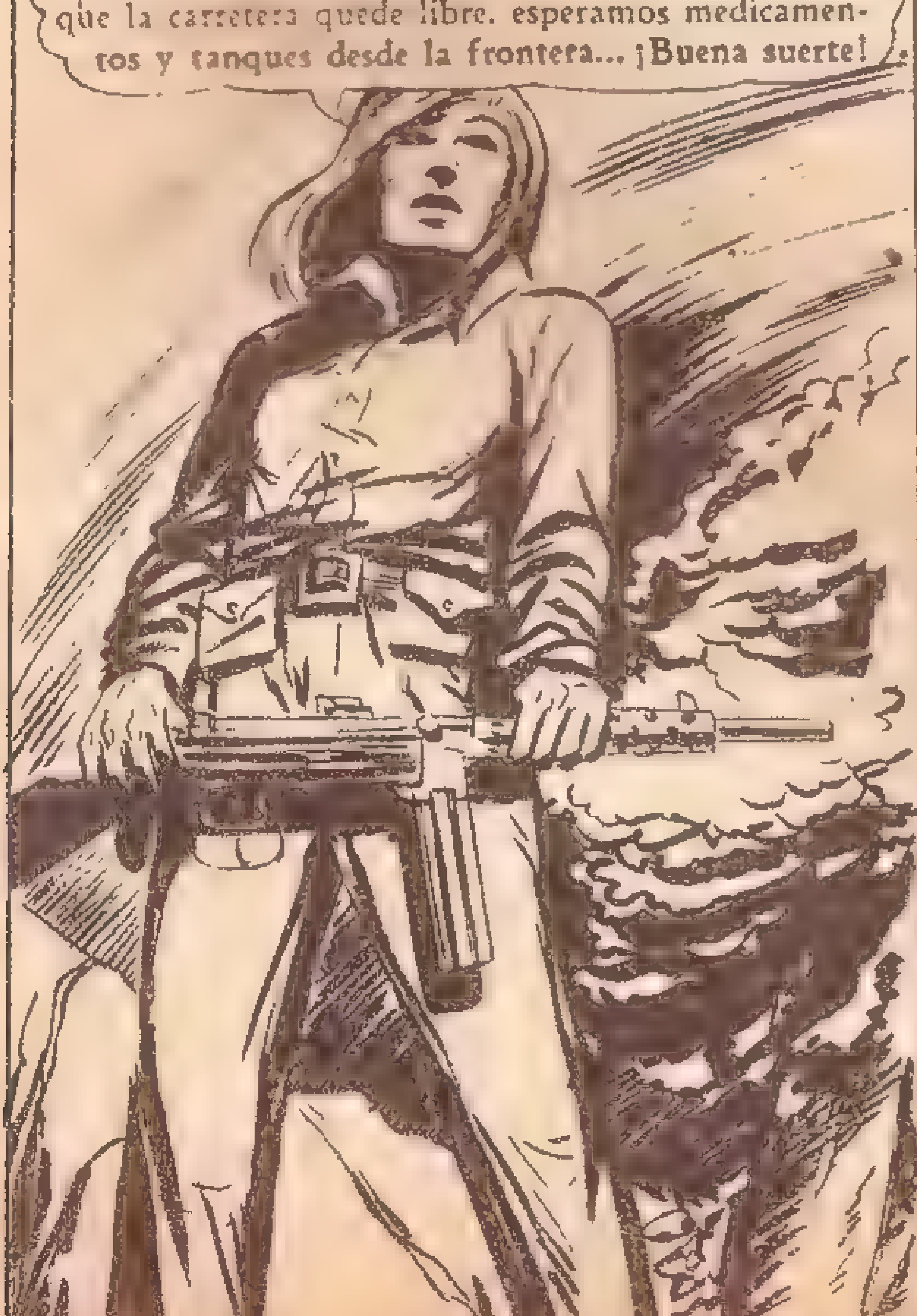


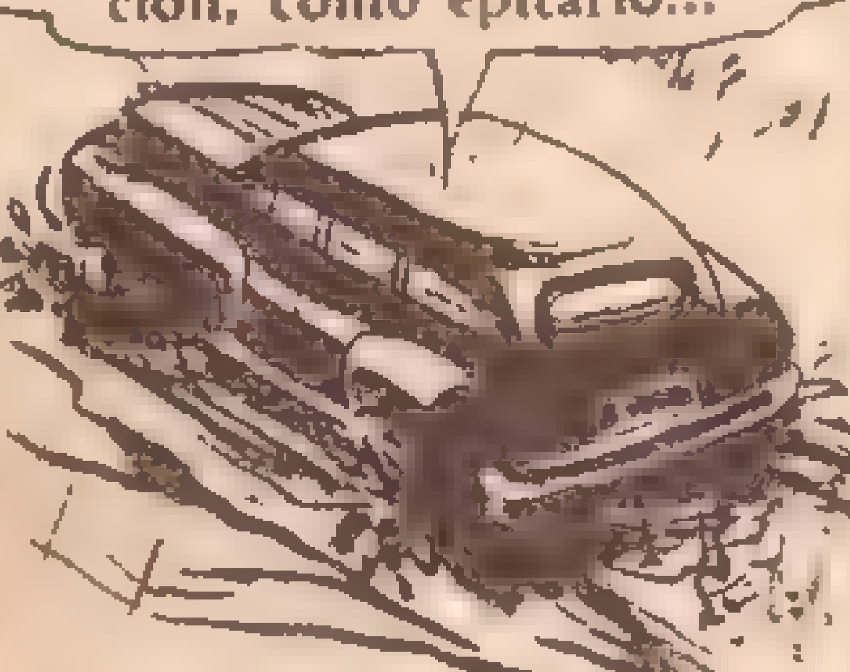
–No. Son algunos poemas míos en los que he tratado de expresar cuanto hay en mi alma. Por supuesto, no comprenderás los que están escritos en húngaro, pero hay muchos en francés.

Ella oprimió el cuaderno contra su pecho, y siguieron paseando. Sandor evocó una vez más la plaza Koter, donde en una antigua casona vivieran varias generaciones de Sziner. El puente Lancschi, que unía la ciudad antigua de Pest con la moderna y hermosa Buda. ¡Y tantos y tantos lugares unidos a su pasado!



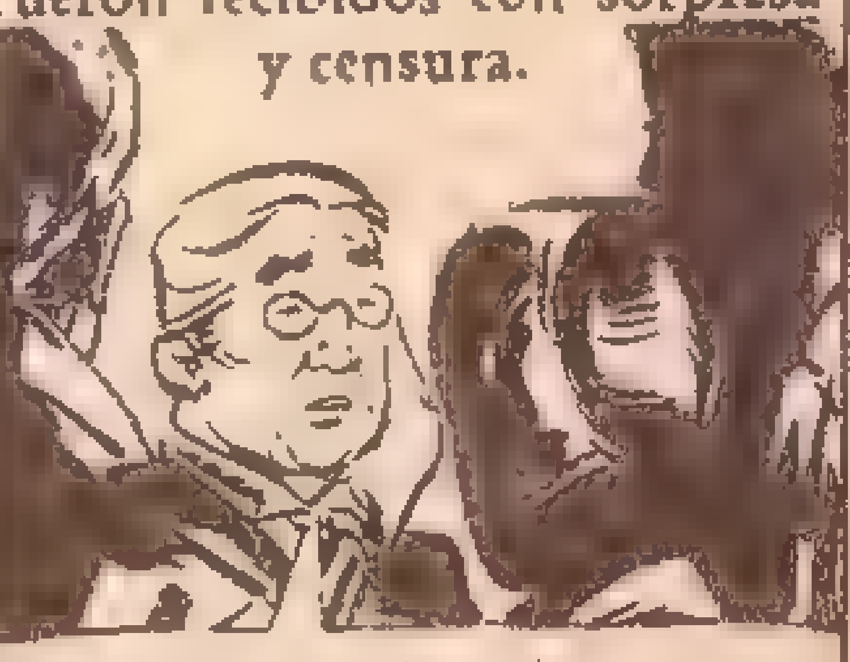


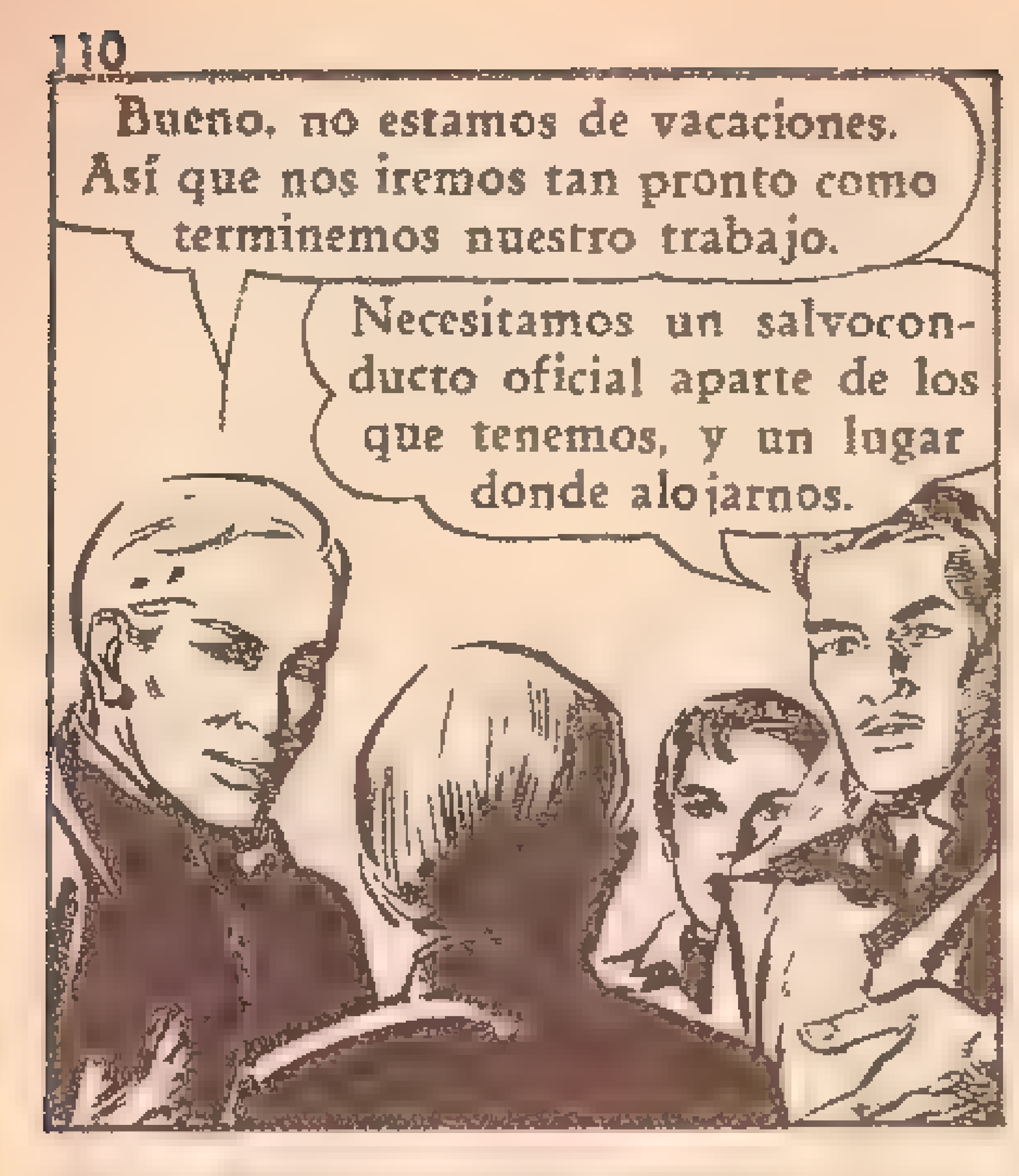
















La gente ha soportado tantas crueldades de esa organización que el odio se ha desbordado. Se matan los unos a los otros, con saña, con ferocidad. El pueblo húngaro ha sido brutalmente maltratado, y su sed de justicia lo ahoga. Sus vidas están en peligro, piensen en ello, especialmente usted, señorita.

La noche era oscura, sin estrellas y el silencio aplastante era agujereado por el seco estampido de los ti-



ros. En la dirección que el secretario les diera, fueron recibidos por una señora anciana, abrumada por la angustia que estaban viviendo.

Pese al cansancio, durmieron poco. En el lívido amanecer otoñal, se reunieron en la cocina para tomar un café caliente, y resultaba evidente que la señora de la casa no se había acostado. Hacía tres días que nada sabía de sus hijos.
—Le ruego, señora, que disculpe las molestias que le ocasionamos.

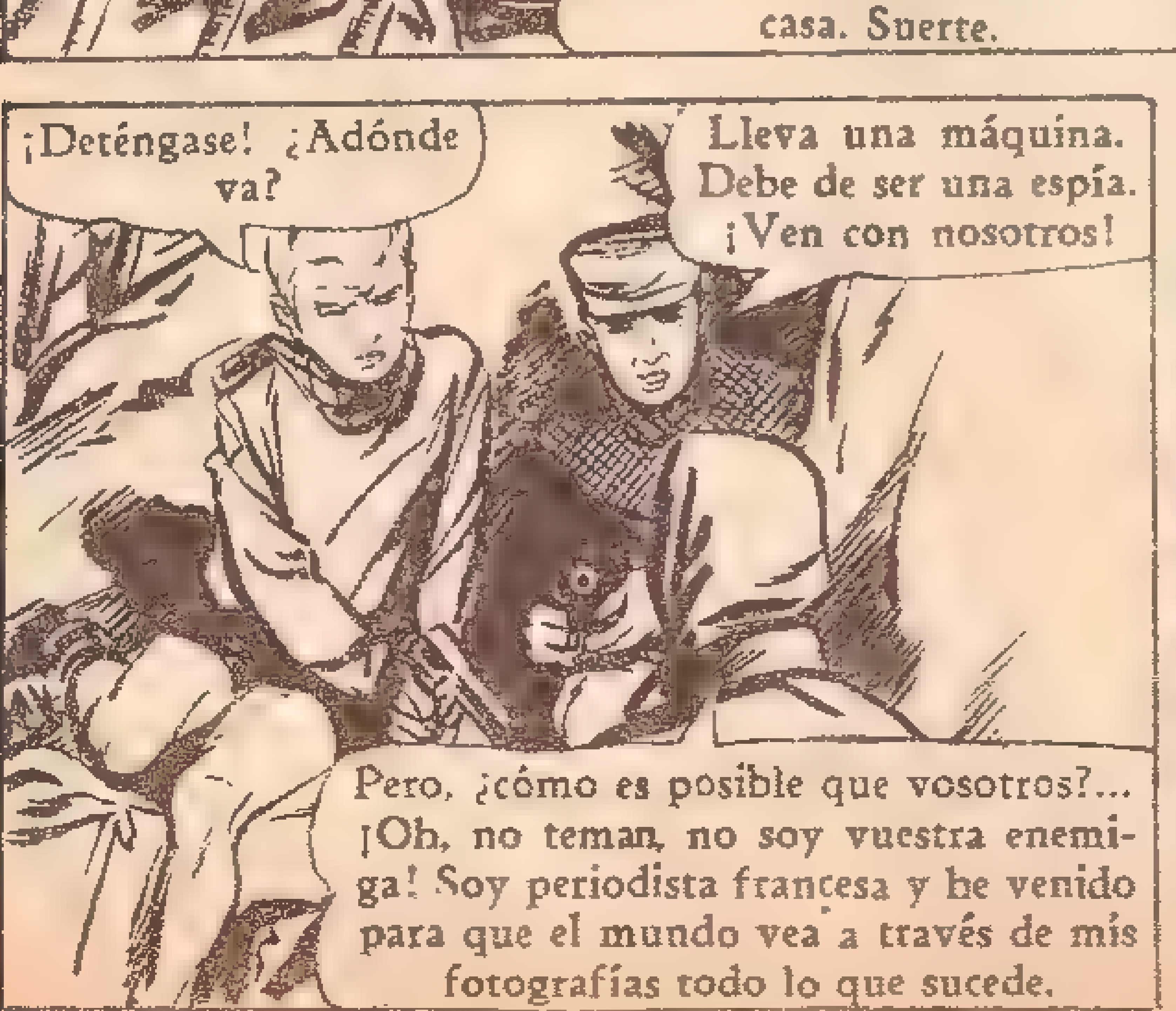
Provistos de sus máquinas fotográficas salieron a la calle. El aspecto de la ciudad era más desolado que en la noche anterior. En la calle Rakosi, Javier se paró.



Dina, con su tono de voz más firme, que en ocasiones parecía cortante, aprobó:

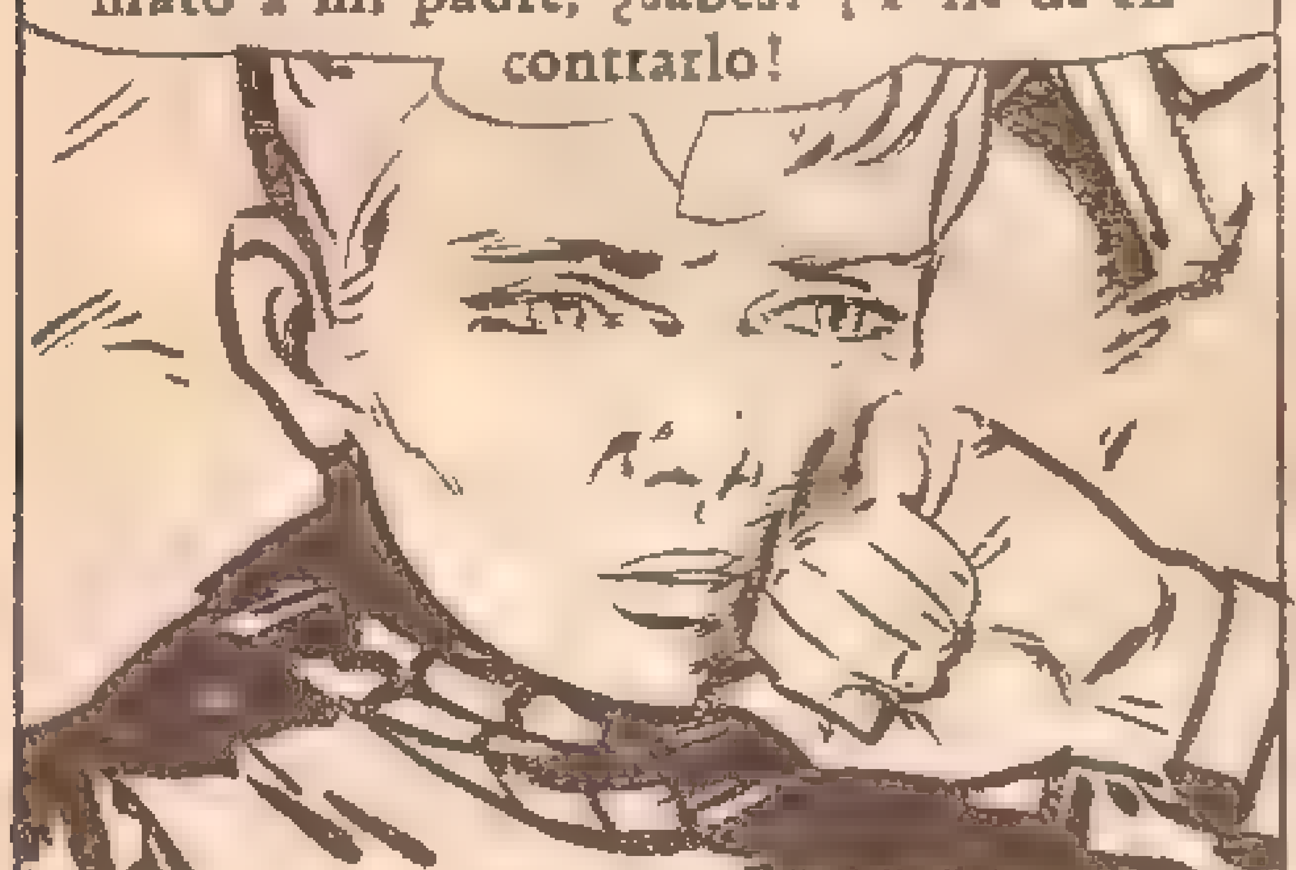


Comenzó a andar decidida. El cielo gris parecía en lontananza casi negro. El estampido seco de los disparos llegaba a hacerse obsesionante. Una vez más Dina repasó en su mente un nombre y una dirección, aún y sabiendo lo absurdo de su esperanza. De pronto, dos jovenzuelos la detuvieron.



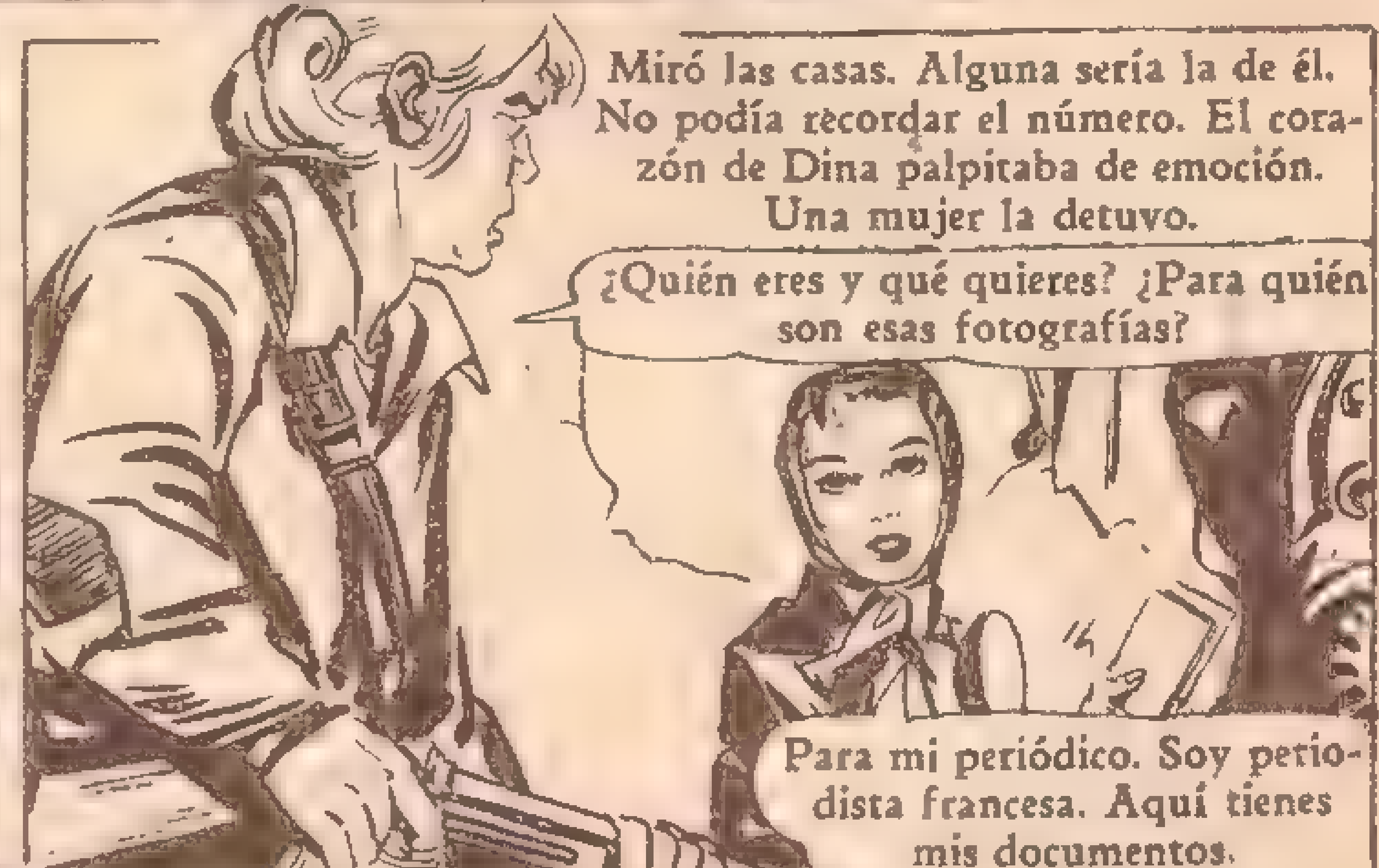
Uno de los niños continuaba mirándola con ferocidad. El otro, comprendió a medias su explicación. Sin duda sabía algo de francés y a trompicones, se excusó:

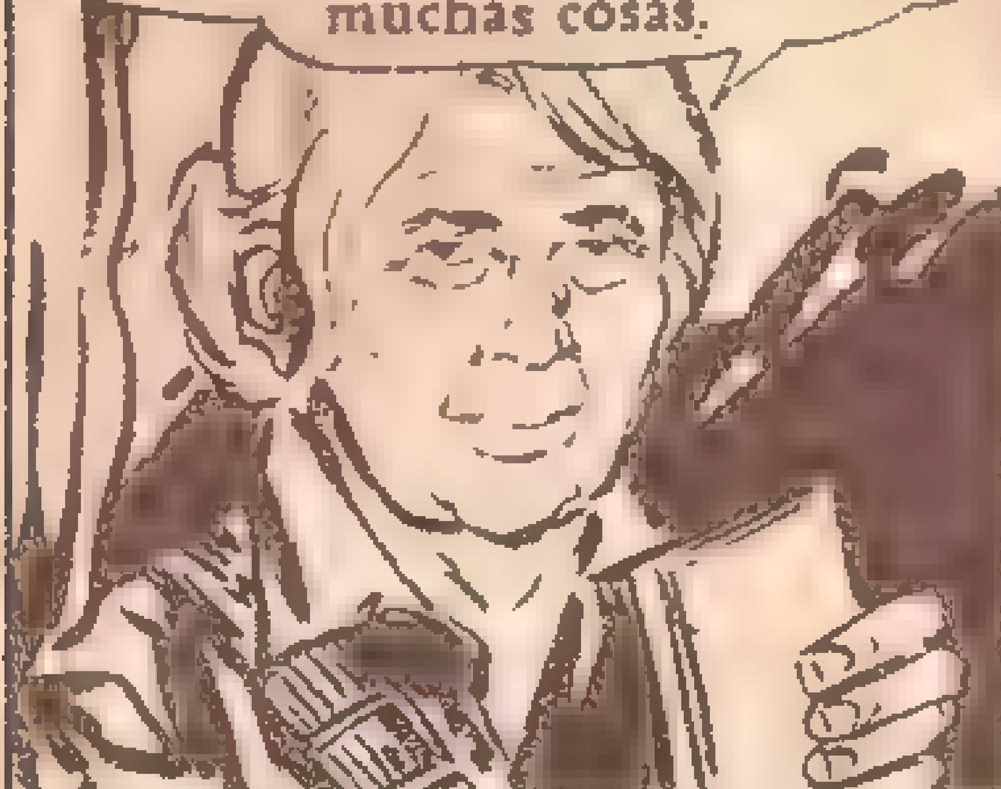


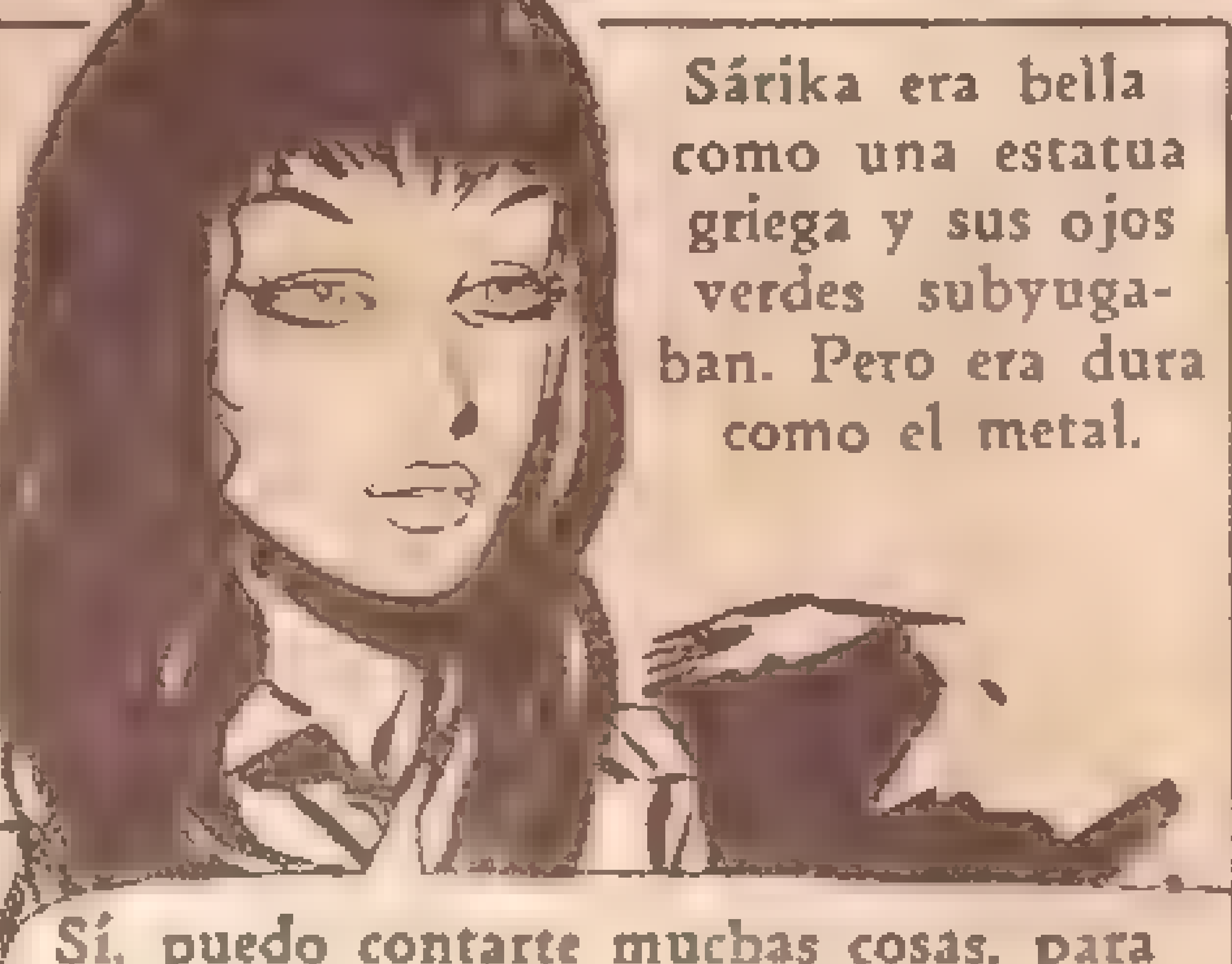

Era de mi padre... Lo mataron en la plaza, frente al Parlamento, cuando se disponía a hablar al pueblo. Unos espías lo denunciaron. Hay mucha gente emboscada en la AVH. Yo voy a buscar al que mató a mi padre, ¿sabes? ¡Y he de encontrarlo!


¡Cuán doloroso era aquello! Dina, acarició el cabello del muchachito.
—Tira esta pistola. Eres demasiado joven y puro para manchar tus manos y tu alma. Ve al lado de tu madre y tus hermanos, si los tienes, y reza con ellos para que tu padre descanse en paz, para que Hungría se salve. Yo daré a conocer al mundo tu dolor.


Tomó unas fotografías y siguió su camino. En la Plaza Koter, que un tiempo estuvo llena de niños jugando, de ancianos con sonrisas luminosas, de trinos de pájaros, encontró desolación, escombros, gentes armadas. En los rostros fatigados y pálidos estaba impresa la tragedia.

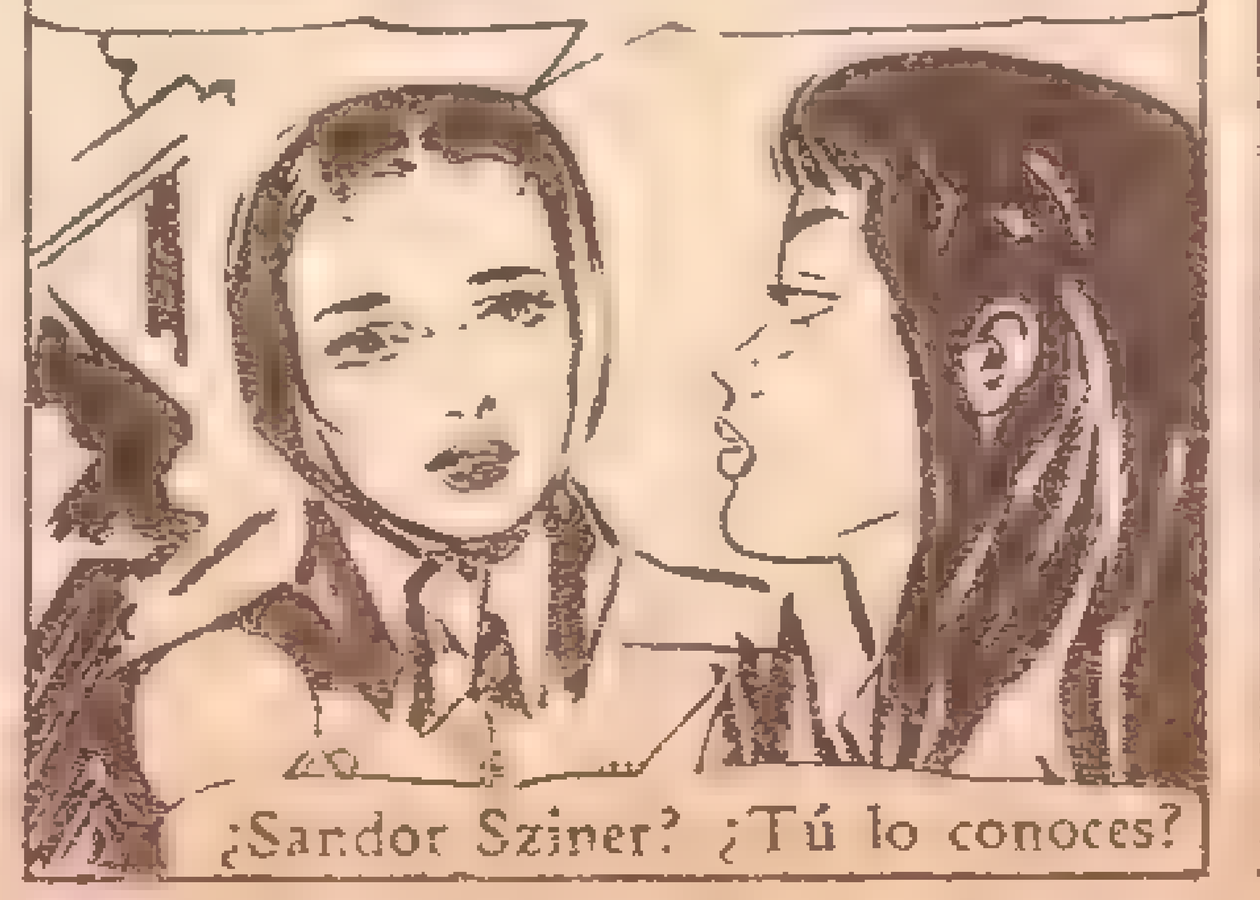

Miró las casas. Alguna sería la de él. No podía recordar el número. El corazón de Dina palpitaba de emoción. Una mujer la detuvo.
¿Quién eres y qué quieres? ¿Para quién son esas fotografías?
Para mi periódico. Soy periodista francesa. Aquí tienes mis documentos.


Todos esperamos que nos ayuden y por ello es bueno que sepan lo que pasamos aquí, antes que vuelvan los rusos. Voy a llamar a Sárika, ella te contará muchas cosas.


Sárika era bella como una estatua griega y sus ojos verdes subyugaban. Pero era dura como el metal.
Sí, puedo contarte muchas cosas, para que puedas revelar cosas escalofriantes sobre seres humanos torturados hasta el límite, convertidos en despojos.


Puedo decirte algo sobre ancianos que debieron presenciar la ejecución de sus hijos y de hijos que fueron obligados a matar a sus propios padres. Podrás escribir muchos artículos pero no creo que eso nos sirva.


Dina se sintió avergonzada. ¡Brindaban tan poco a ese pueblo que se desgarraba en sangrantes heridas!
Tienes razón, pero es lo único que yo puedo hacer por ustedes. Yo diré estas cosas y las generaciones futuras no podrán olvidarlo.

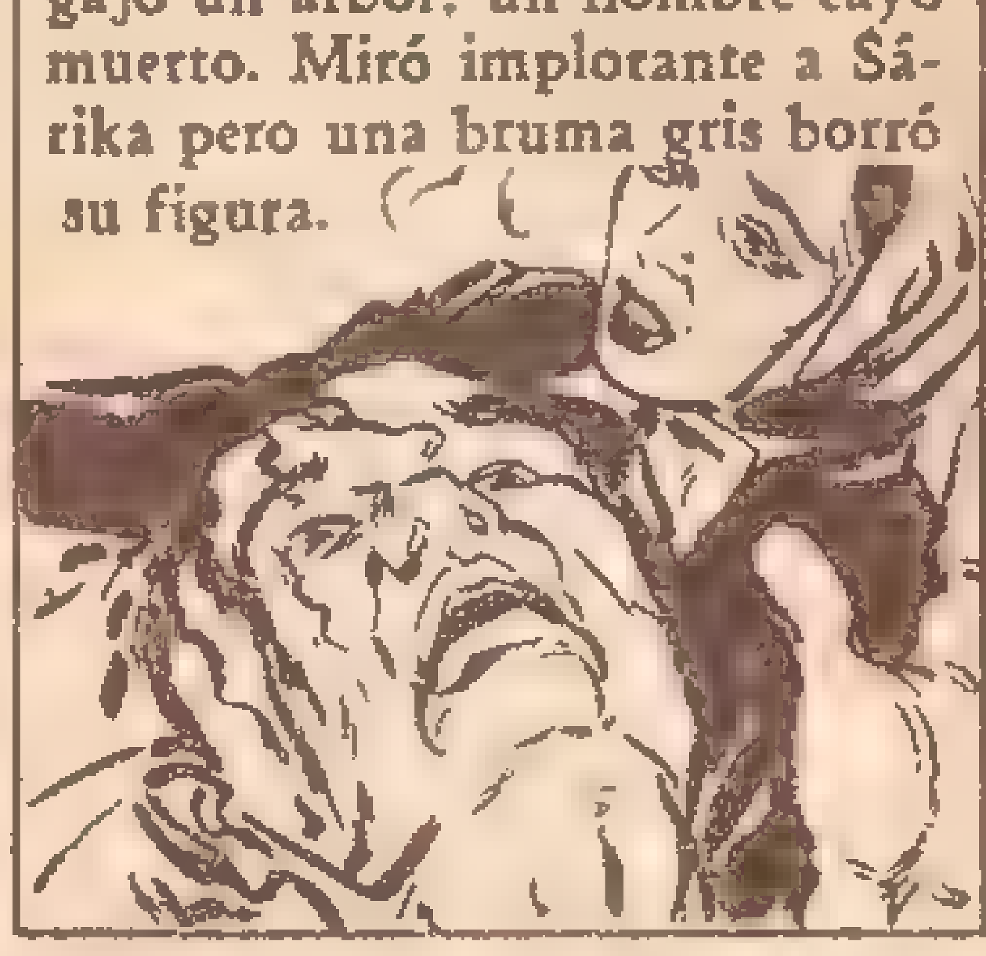

Había tanta emoción en la voz de Dina que Sárika volvió el rostro.
¡Nadie debía ver lágrimas en sus ojos!
Si fuera posible, yo quisiera encontrar a Sandor Sziner. Vivía en esta plaza.
¿Sandor Sziner? ¿Tú lo conoces?


Estudiamos juntos un curso en París, en la Sorbona. Eramos amigos.
—En ese caso eres mi amiga también. Sandor es el alma de nuestro grupo. El nos ayuda a ser fuertes, a luchar, a soportarlo todo. Yo te llevaré a él.









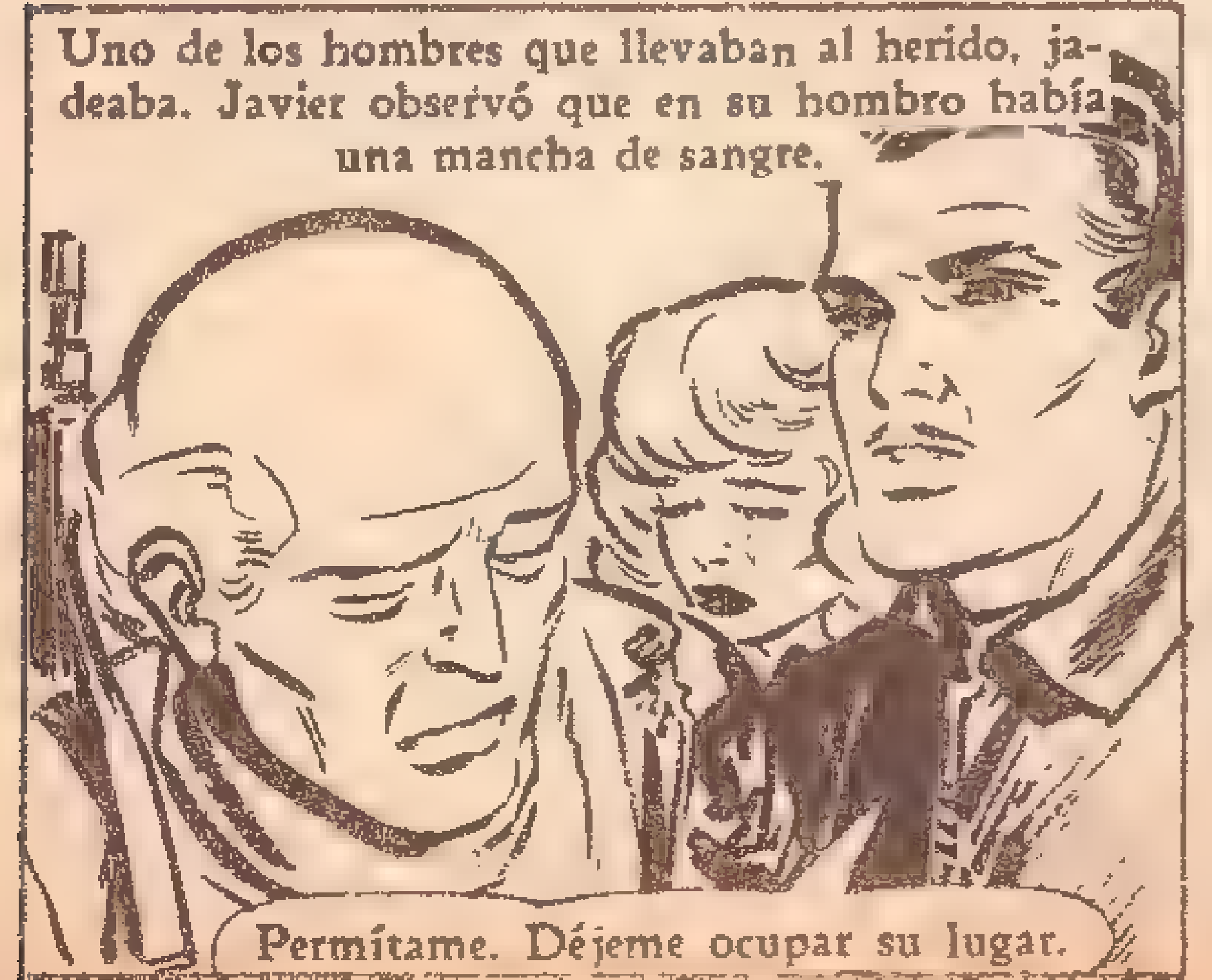






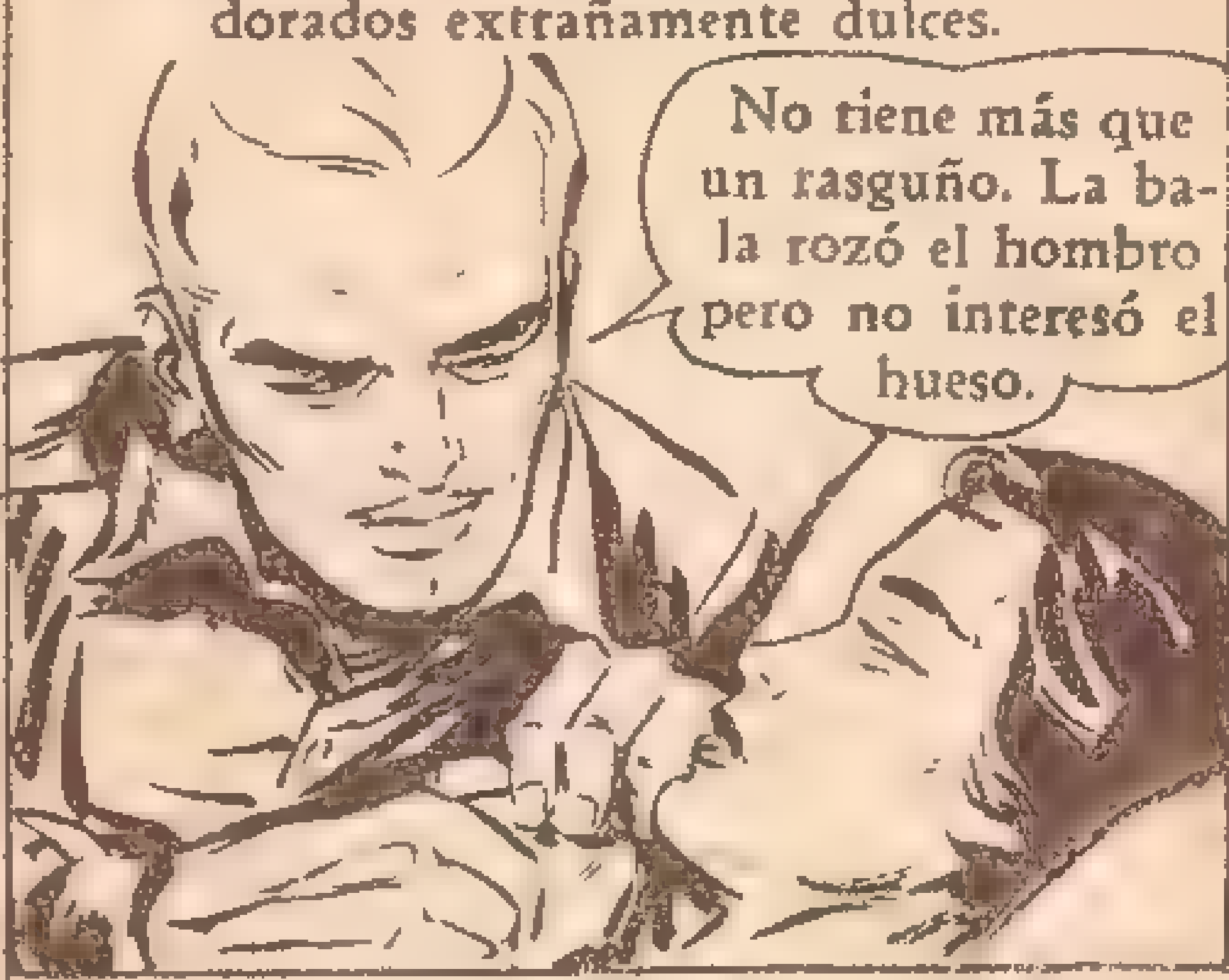
La muchacha inclinó la cabeza y dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo.
—Le ruego me disculpe. Mi hermano se muere. Mi padre murió ayer. ¿Le importará de verdad eso al mundo?

Ha de importarle, señorita...






La labor de los tanques había sido eficaz. El silencio se hizo bruscamente en la plaza, y del palacio comenzaron a salir los hombres de la AVH con los brazos en alto. Pero la dictadura había cavado odios profundos y los insurrectos pronunciaban su sentencia con rapidez y la ejecutaban inmediatamente allí mismo.


Al abrir los ojos, Dina vio un rostro de hombre inclinado sobre ella. Era un rostro interesante, viril, duro, pero con ojos dorados extrañamente dulces.
No tiene más que un rasguño. La bala rozó el hombro pero no interesó el hueso.


Pronto estará bien. Me alegro. Fue difícil sacarte de allí. Itsvan me ayudó yo corrí en busca de... Bueno, aquí está él.
¡Dina!


Los años de separación y los terribles momentos que vivían.-fundieron todo el hielo del silencio. Sandor abrazó a Dina y sus labios besaron su frente.


—¡Al fin vine a tu patria! ¡No me atrevía a creer en el milagro de verte pero el milagro se ha realizado...!
¡Yo también le pedí a Dios verte nuevamente!
—Nunca dejé de pensar en tí.


Para mí no ha habido otra mujer. No te escribí porque estaba oculto, organizando el movimiento de resistencia.
¿Y ahora, Sandor? ¿Qué será de nosotros?


No sé. Mis sueños de ver libre del yugo comunista a mi patria, están comenzando a realizarse, pero con enemigos así nunca se puede estar seguro. No sé el tiempo que podré tenerte a mi lado.


El destino quiso que inmediatamente los temores de Sandor se vieran cumplidos.
Itsvan, seguido de Sárika, penetró en la habitación.-Lo siento, Sandor. Del Cuartel General quieren hablarte. Parece que pese a lo que Imre Nagy prometió, las tropas no han sido retiradas y soldados rusos avanzan nuevamente hacia la ciudad...

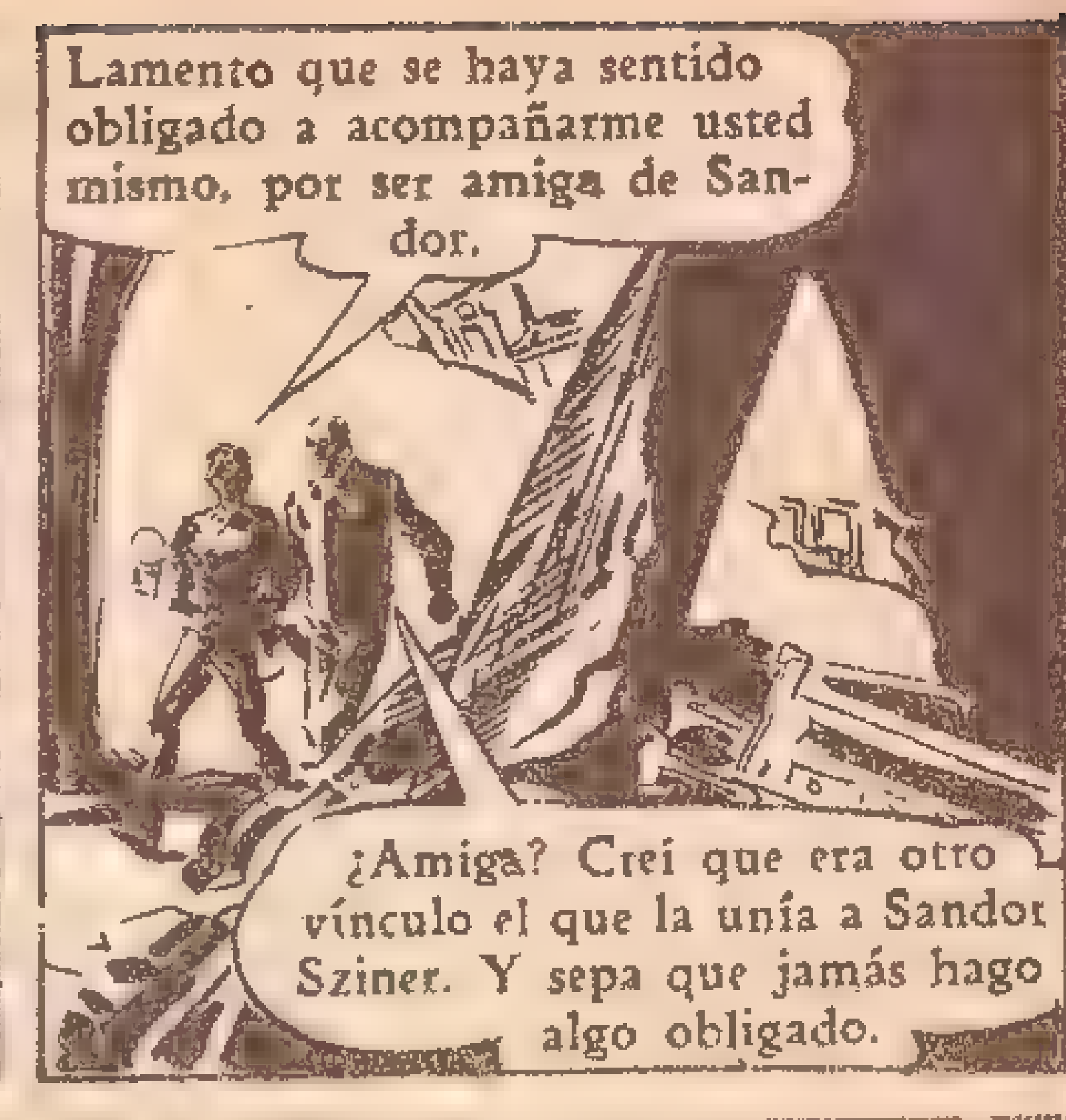

Los ojos de Sandor se oscurecieron y su boca se frunció con un rictus amargo.
Y bien, pequeña, debo dejarte en seguida. Iré a verte esta noche al lugar donde te alojas. ¡Qué la acompañe alguien, Itsvan!


Delante de todos, volvió a besarla, y Dina observó que Sárika enrojecía y desviaba su mirada en la que había podido leer turbación y dolor. Comprendió que Sandor se debía a muchos; que era el alma de centenares de personas y que por lo mismo, tenía que dejarle partir sin una queja, sin hacer un gesto de retención.



El hombre no contestó. Salieron a la calle; ya envuelta en las sombras del crepúsculo. Los disparos seguían resonando lúgubremente. Itsvan caminaba con rapidez, a grandes zancadas, y resultaba difícil seguirle. Dolida por su silencio. Dina se excusó.







—Me contó Sárika quién es usted. El objeto de encontrarse en Budapest, ustedes, los periodistas, pueden ayudarnos mucho. Pueden hacer llegar a los corazones de esas gentes que viven en países libres, nuestros gritos de angustia. Si no muero, espero leer sus artículos, Dina.

Los leerá, Itsvan. Y también verá estas fotografías donde han quedado aprisionados los trágicos momentos que vivimos.

Quiero creer que nuestra lucha desesperada servirá de mucho. Que las naciones se defenderán del comunismo, que sabrán detener a tiempo el monstruo de hierro que tiende sus garras cada vez un poco más allá.

En el amplio zaguán. Dina tendió su mano.

Estamos alojados aquí, en casa de los señores Scheachik. Y tendré mucho gusto en verle nuevamente. Esta noche, si quiere usted volver con Sandor...

Nos veremos, Dina. No lo dude.

Cuando Dina entró en el salón, en su rostro pálido se insinuaba una sonrisa dulce y una nueva luz brillaba en sus ojos. Robert saltó del sillón que ocupaba y se adelantó.

—He estado inquieto por ti. ¡No comprendo cómo podemos estar vivos después del día de hoy! ¡Jamás he pasado tanto miedo! ¿Buenas tomas, Dina?

—Teniendo encuenta que en nuestra jerga. *BUENAS*, significa HORRIPILANTES, te diré que sí...

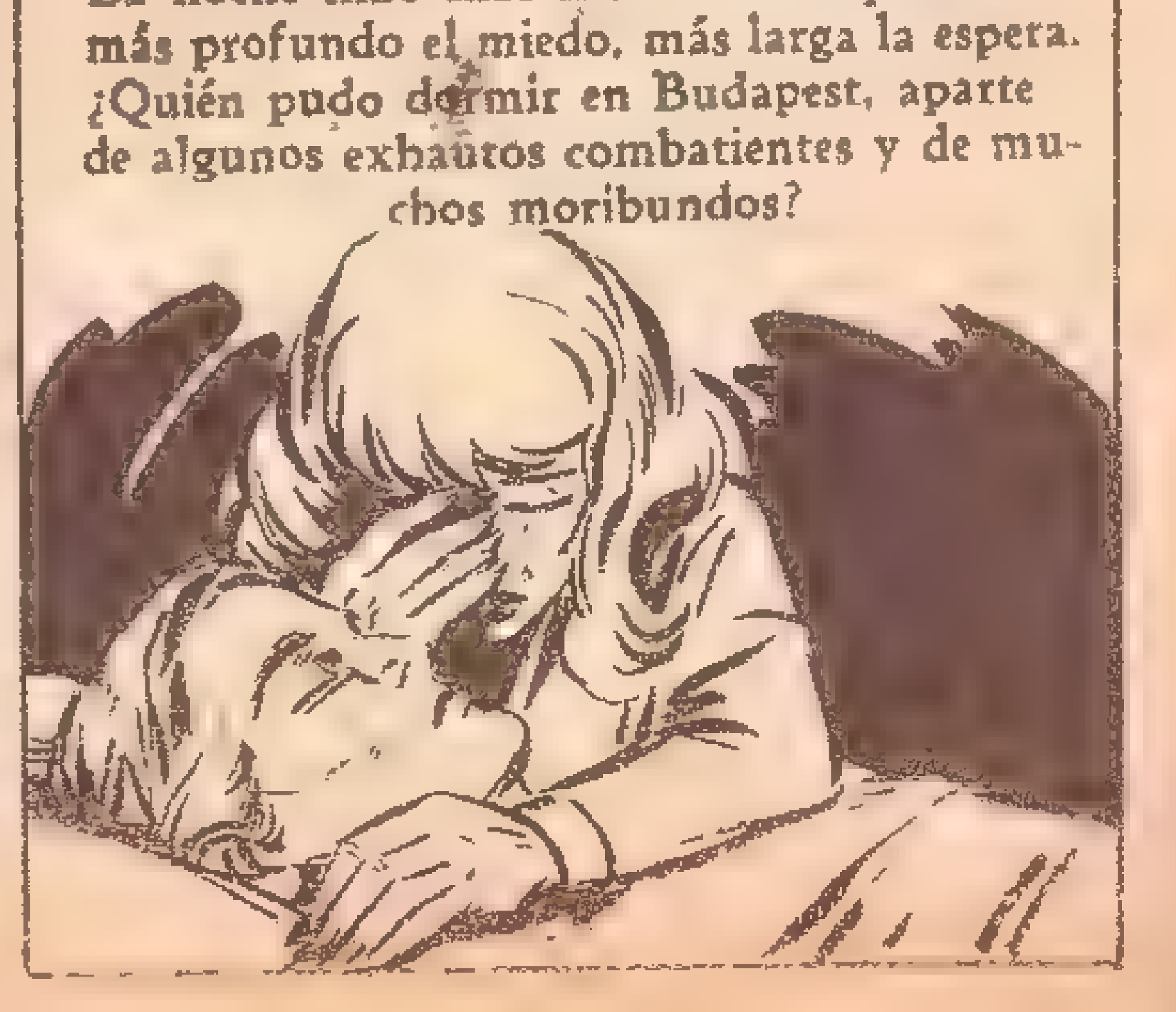


Hubo un silencio tenso. Las sombras cubrían ya la tierra y las aguas del río se tornaban tenebrosas.

¿Podré verla mañana, Karina?

¿Mañana? No sé. No puedo permitirme el lujo de cuidar a mi hermano. Debo cumplir órdenes.

—Quizá le vea. O puede que esté en la carretera, junto a mis compañeros, intentando evitar que los tanques enemigos avancen. Seremos muchos allí, pero me temo que no los suficientes



Karina permaneció hasta el alba junto al hermano que agonizaba y así pudo cerrar sus ojos. Sárika luchó junto a Itsvan y Sandor.



Dina había encontrado a Sandor y comprobado que era el mismo para ella, pero a esa dicha infinita se unía la inquietud de las horas trágicas y la visión de un rostro de mujer que había reflejado los sentimientos íntimos cuando Sandor la besara a ella.

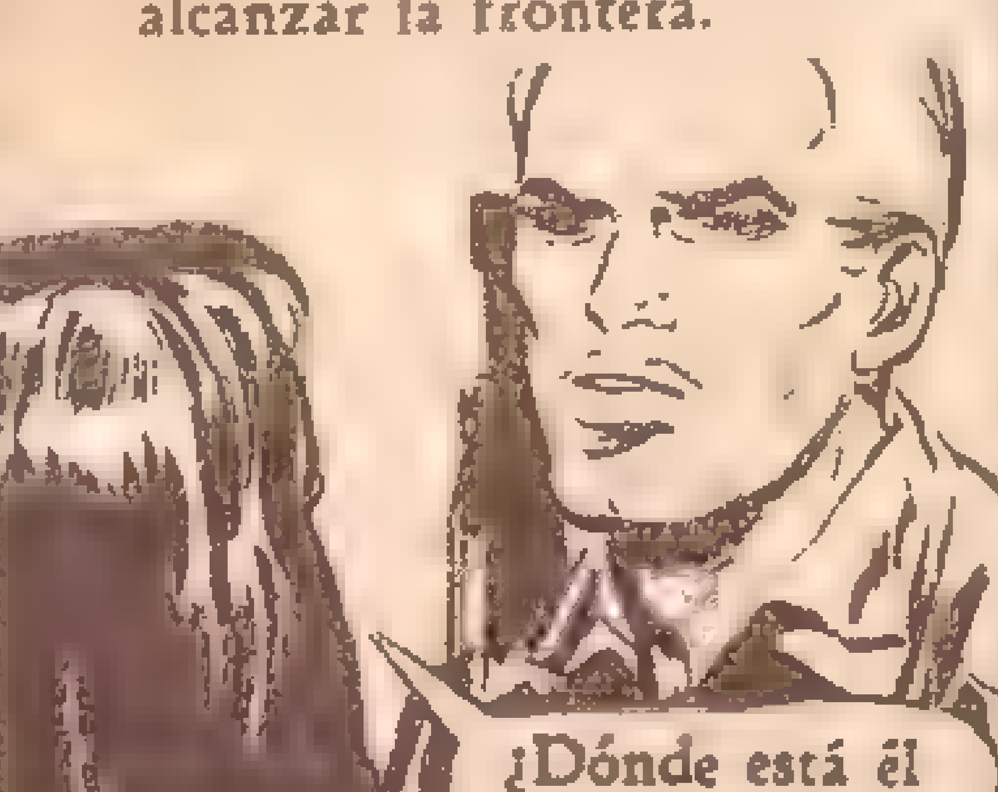


Sí, Dina había comprendido que Sárika amaba a Sandor Sziner y la torturaba pensar que estaba a su lado, que le ayudaba, que compartía sus inquietudes. Robert, obsesionado por todo lo visto, demasiado cansado para dormir, escribía febrilmente y en cuanto a Javier, pensaba en la valerosa muchacha de los ojos azules, a la que quizá no volvería a ver.

Al amanecer, se intensificó el tableteo de las ametralladoras. Un llamado perentorio en la puerta de la casa, inquietó a todos, que respiraron al ver a Dina saludar al hombre.



–Han ocurrido muchas cosas, por supuesto. Me envía Sandor y él le ordena partir inmediatamente junto con sus amigos, que imagino son estos señores. El peligro es real e inminente y teme que no puedan alcanzar la frontera.



–Acompañó al Carlenal Mindszenty al arzobispado de Buda, a donde se reintegra después de haber sido puesto en libertad. Luego debía entrevistarse con José Dudas, el jefe de las fuerzas revolucionarias...









Se vistió apresuradamente y corrió hacia el encuentro con Sandor, no queriendo fijarse en el gesto duro de Itsvan. En las calles, casi desiertas, tropezaban con las patrullas. Los disparos seguían escuchándose. Cerca de la redacción se entabló un intenso tiroteo contra unos tanques rusos...



Los cañones de los tanques disparaban sin interrupción. El suelo temblaba por la trepidación de las potentes máquinas. Los rusos no habían cumplido su palabra de retirarse de aquella ciudad que quería ser libre. Dina, de pronto, vio a Sandor.
–¡Sandor !



Por ello quiero que te vayas, que regreses a París, que desde allí trates de encontrar palabras para que el mundo sepa esto y nos ayude.



Era una confesión de su amor. Luego, lentamente la dejó libre de sus brazos.

Ahora, Itsvan, amigo... acompáñala de nuevo. Solventa cualquier dificultad que pueda tener, y luego, cuida de Sárika, oblígala a descansar. Yo debo conversar largamente con José Dudas. Adiós, Dina.

Dina inclinó la cabeza para ocultar sus lágrimas. Le dolía separarse de su lado y que él, en aquel momento, hubiera pensado en la mujer que quedaba a su lado, en la que le ayudaría hasta el fin. Indiferente al peligro, sin percibir el fragor de los cañonazos, se dejó conducir por Itsvan.



Impulsivamente, tomó sus manos.

—Debajo de estas maderas hay un foso lleno de materia explosiva. Si los tanques rusos llegan hasta aquí, cuando están pasando por encima, prenderé la mecha. En otros lugares harán lo mismo. Es nuestro último recurso. Pero es peligroso, así que le ruego se vaya...

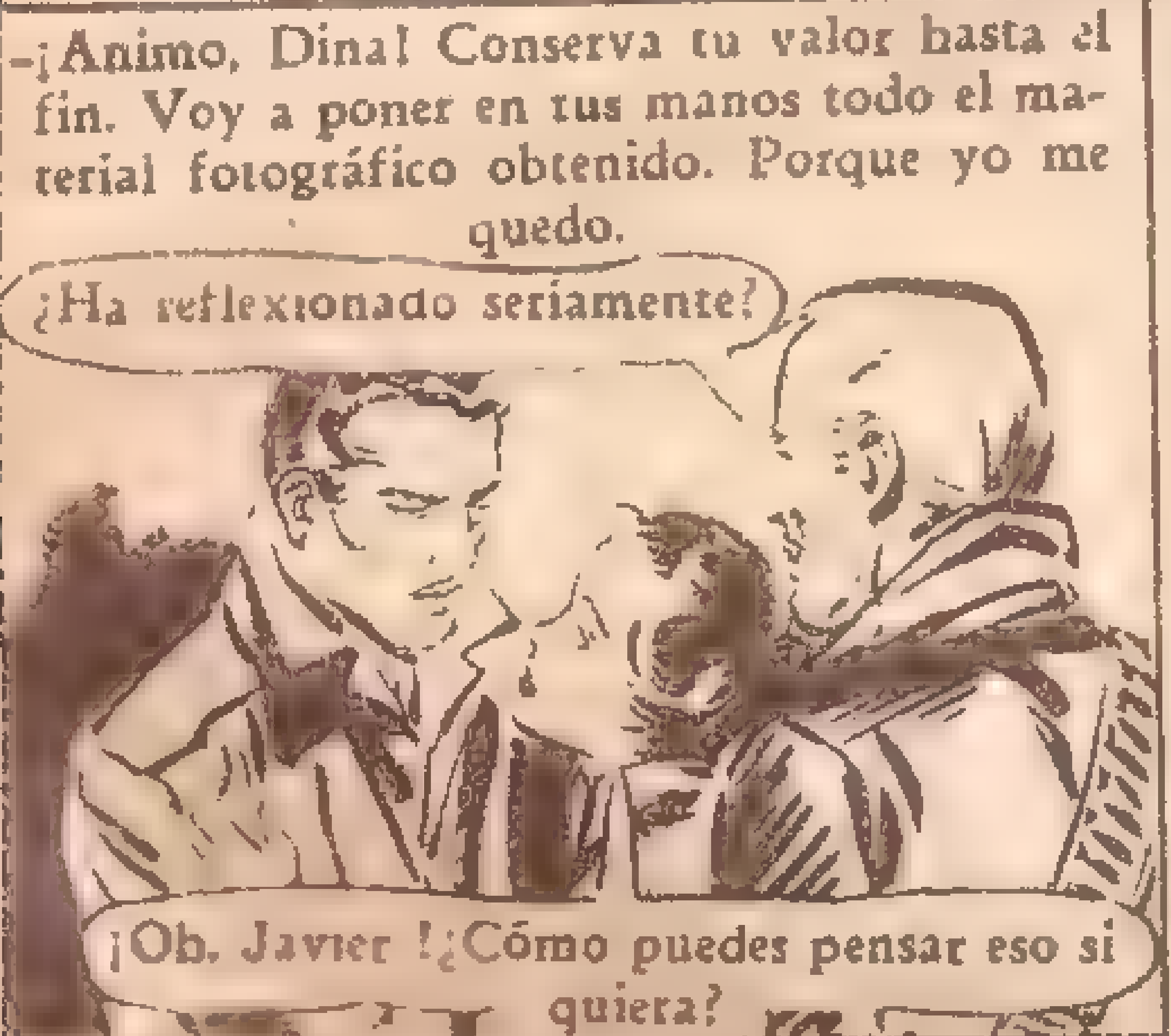






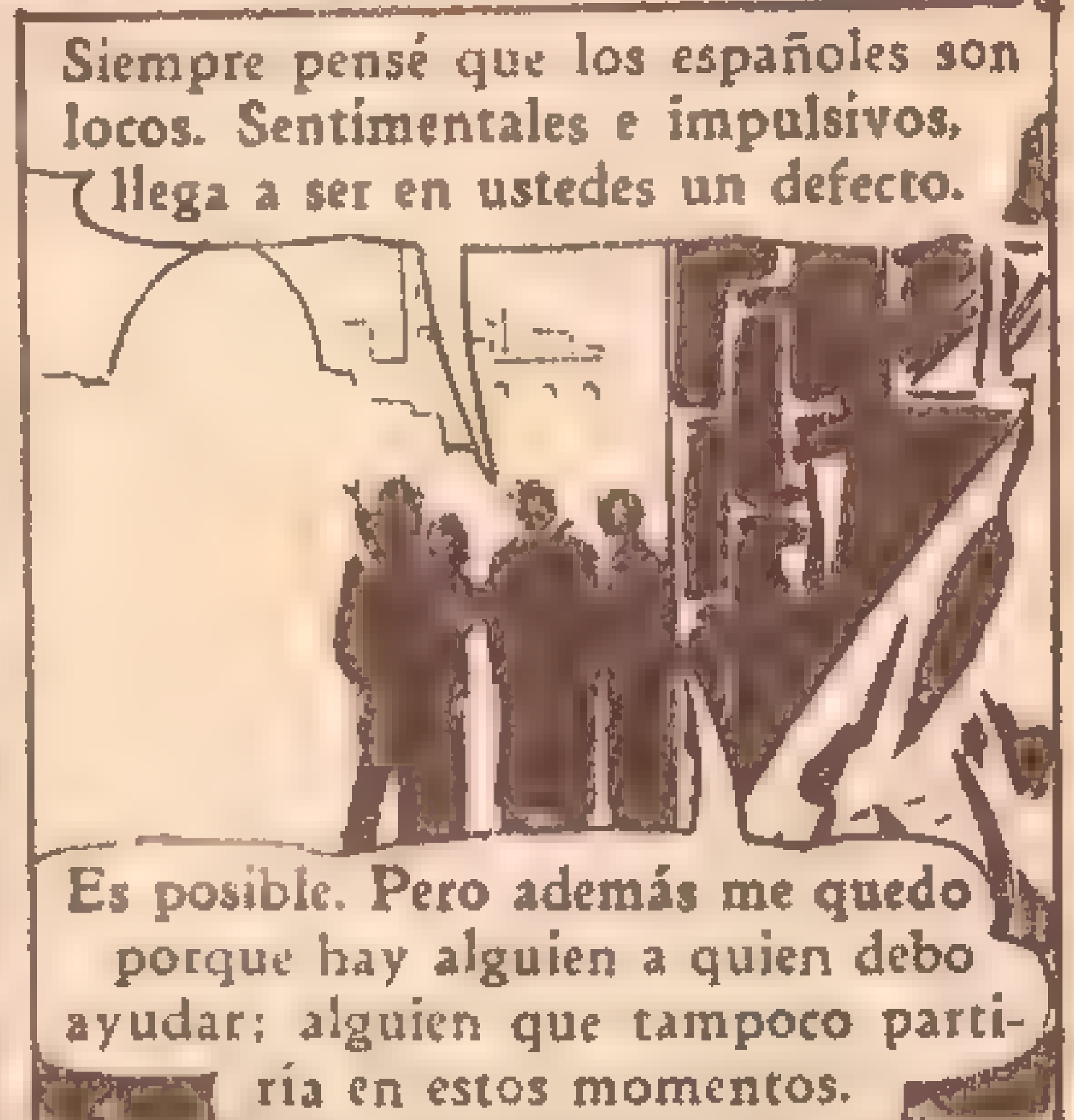
Consiso, dijo tan solo: "Regreso en seguida" y rápidamente corrió hacía la casa. En ese instante, llegaba Dina con Itsvan y le alarmó la palidez del rostro de la muchacha. Oprimiendo su brazo con afecto, trató de sonreir.





Robert, al escuchar sus voces, había salido de la habitación.

Está presente aún en mi memoria la guerra civil de mi patria. Por ello no puedo partir. Quiero estar junto a este pueblo valiente, quiero...



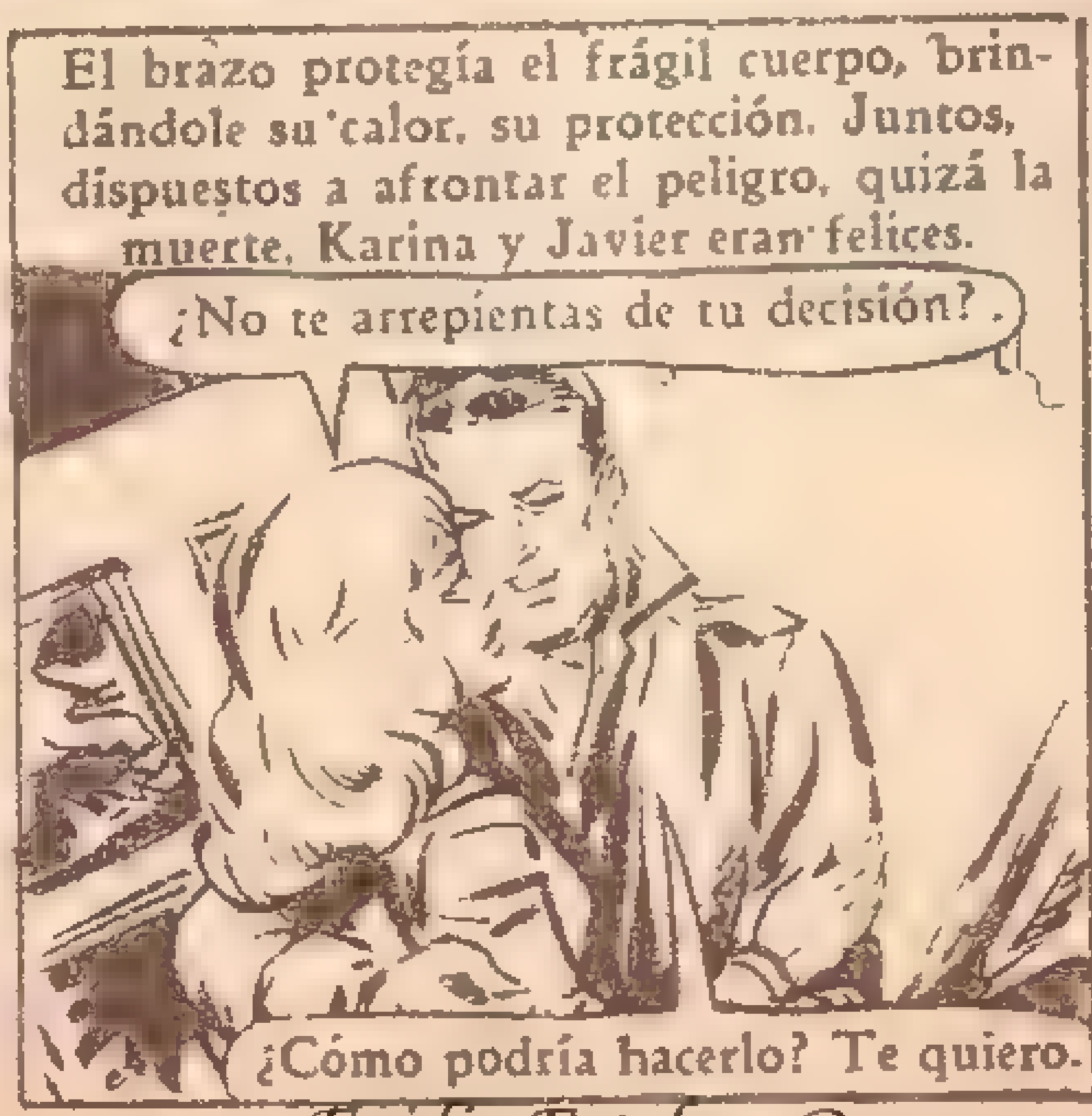
Hubo un breve silencio. Dina le envidiaba por su maravillosa decisión. Hubiera querido hacer igual, pero Sandor confiaba en ella, en la ayuda que pudiera brindar a su pueblo desde afuera. Podría decirle muchas cosas en nombre de mis hermanos. Sólo le diré una, que es usted uno de los nuestros...

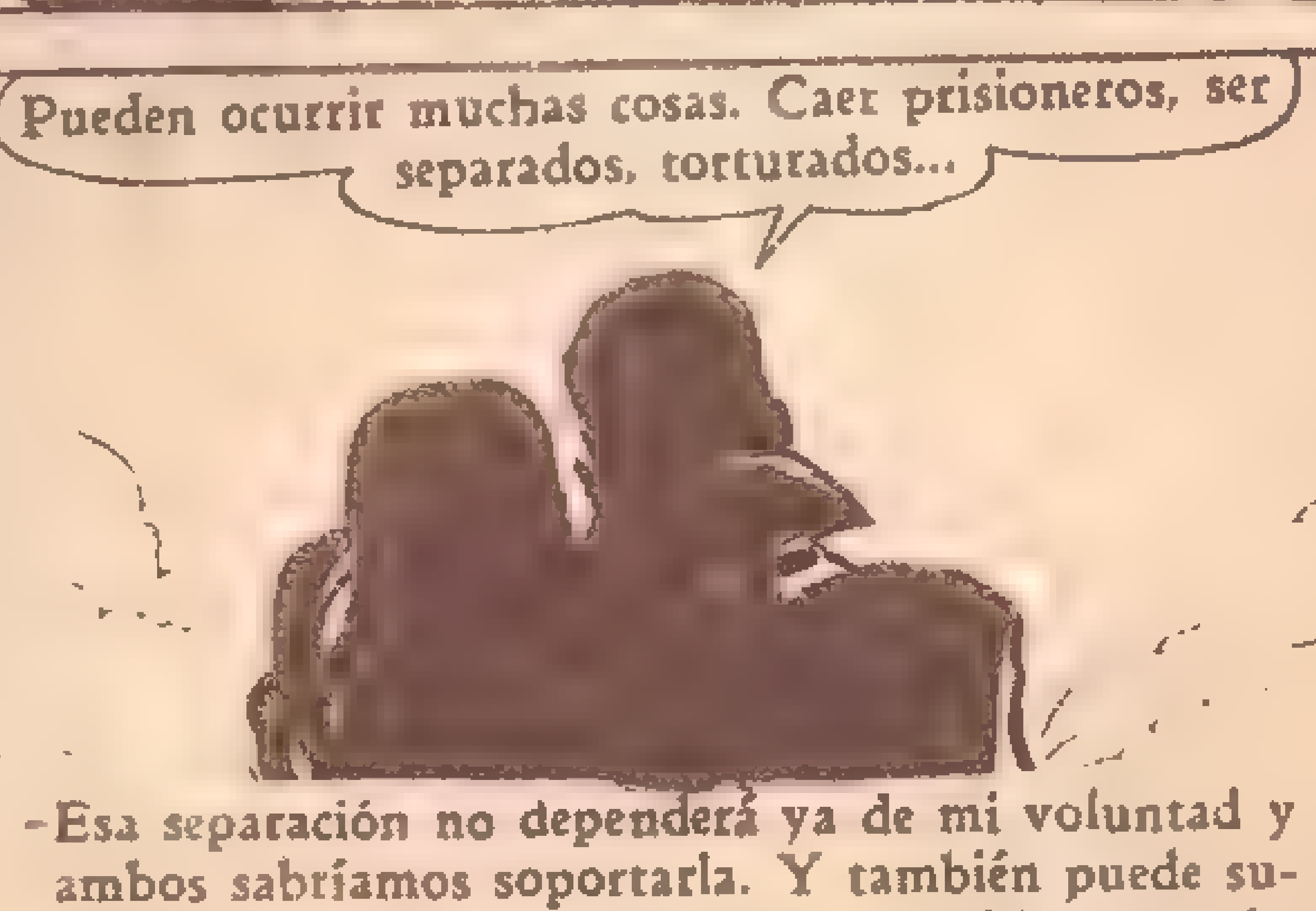
Robert comprendió que ya era inútil insistir. En muda aceptación del destino, miró a su amigo, sintiéndolo ya muy lejano Itsvan, práctico, reaccionó el primero.

Si usted se queda, su salvoconducto puede servir para otro. ¿Tiene inconveniente?

¡Por supuesto que nó! Y ahora, amigos, ¡adiós y buena suerte!

Mientras Dina recogía sus papeles y enfundaban la cámara, pensaba en las palabras de Itsvan al despedirse minutos antes. Debían aguardar un par de horas a partir y esperar luego, junto al primer puesto de guardia apostado a la salida de la ciudad, en la carretera que iba hacia la frontera... ¿Habría decidido partir él?

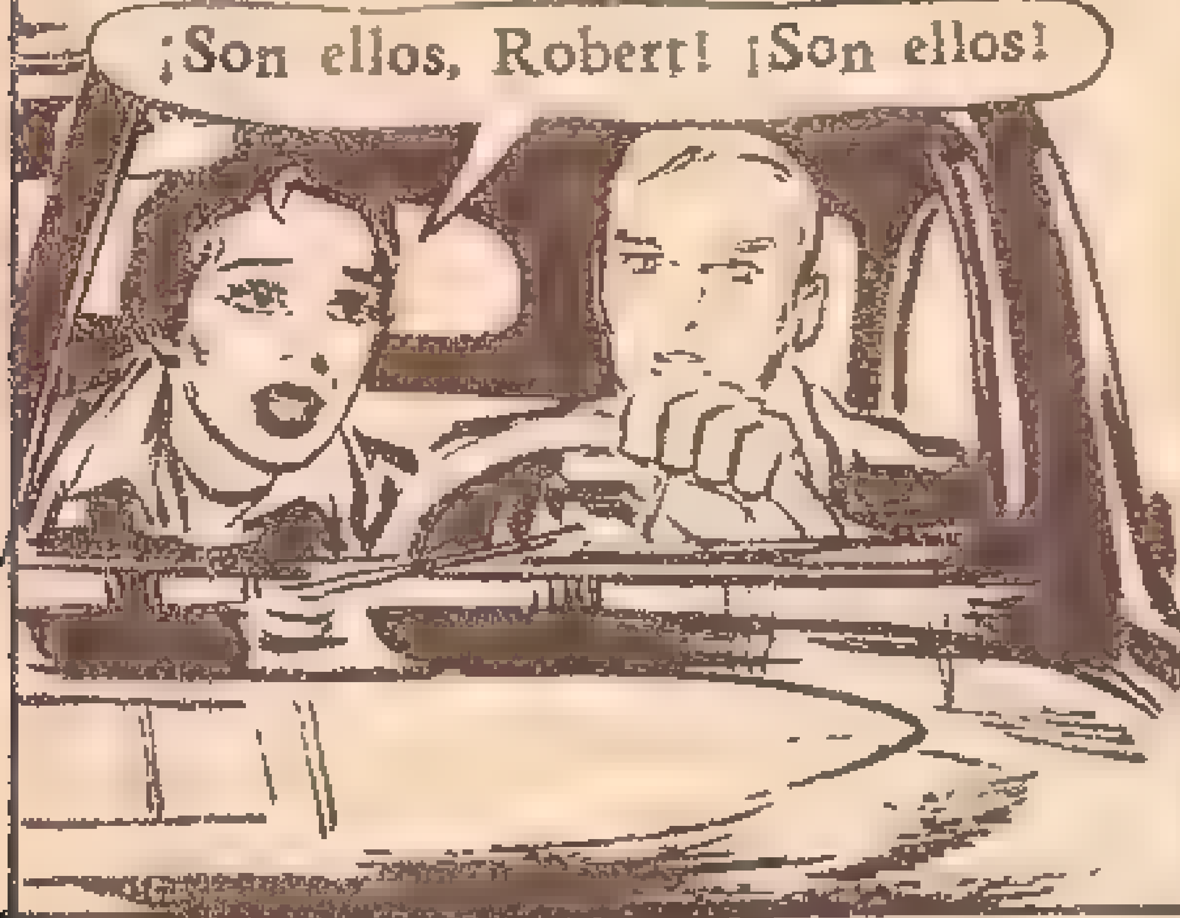




–Esa separación no dependerá ya de mi voluntad y ambos sabríamos soportarla. Y también puede suceder, que si somos aniquilados, te decidas a seguirme hacia un país libre, desde el cual ambos podamos luchar en favor de Hungría. No pensemos en el futuro, Karina. Este presente es nuestro.



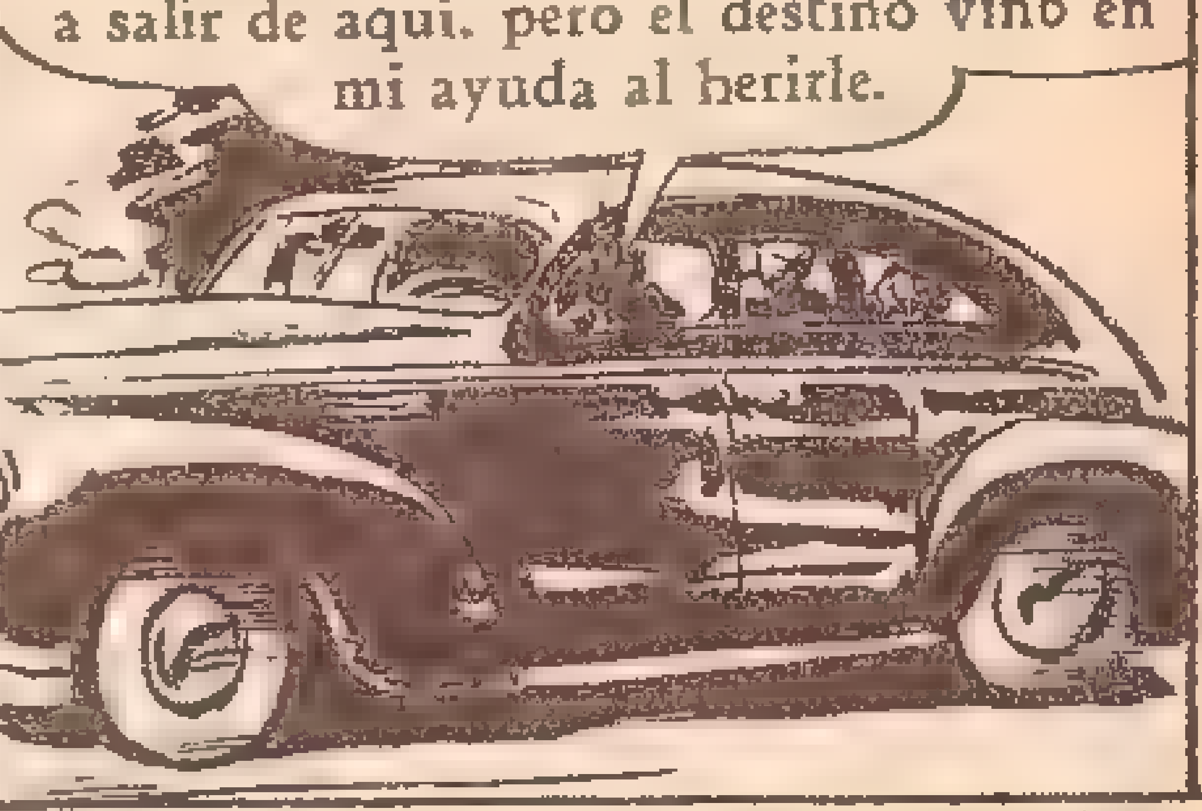
Oscurecía. El jeep se detuvo, de él descendió un hombre, luego una mujer y ambos ayudaron a otro hombre herido. Dina, al verlos desde el auto estacionado en la carretera, lanzó un grito:

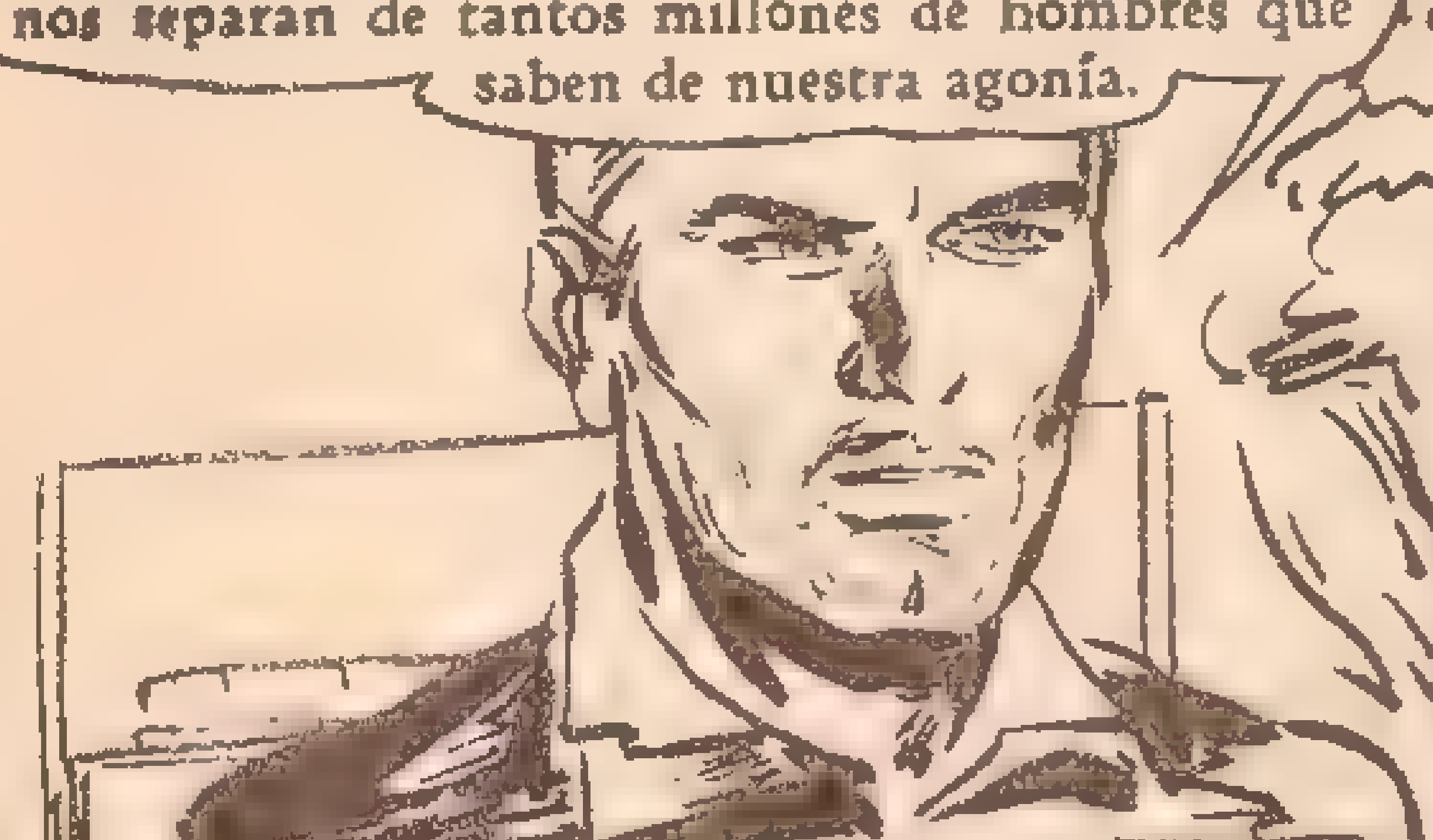


Sí, allí estaban. Itsvan y Sárika, sucias y destrozadas las ropas, trataban de mantener en pie a Sandor, pálido, evidentemente herido...

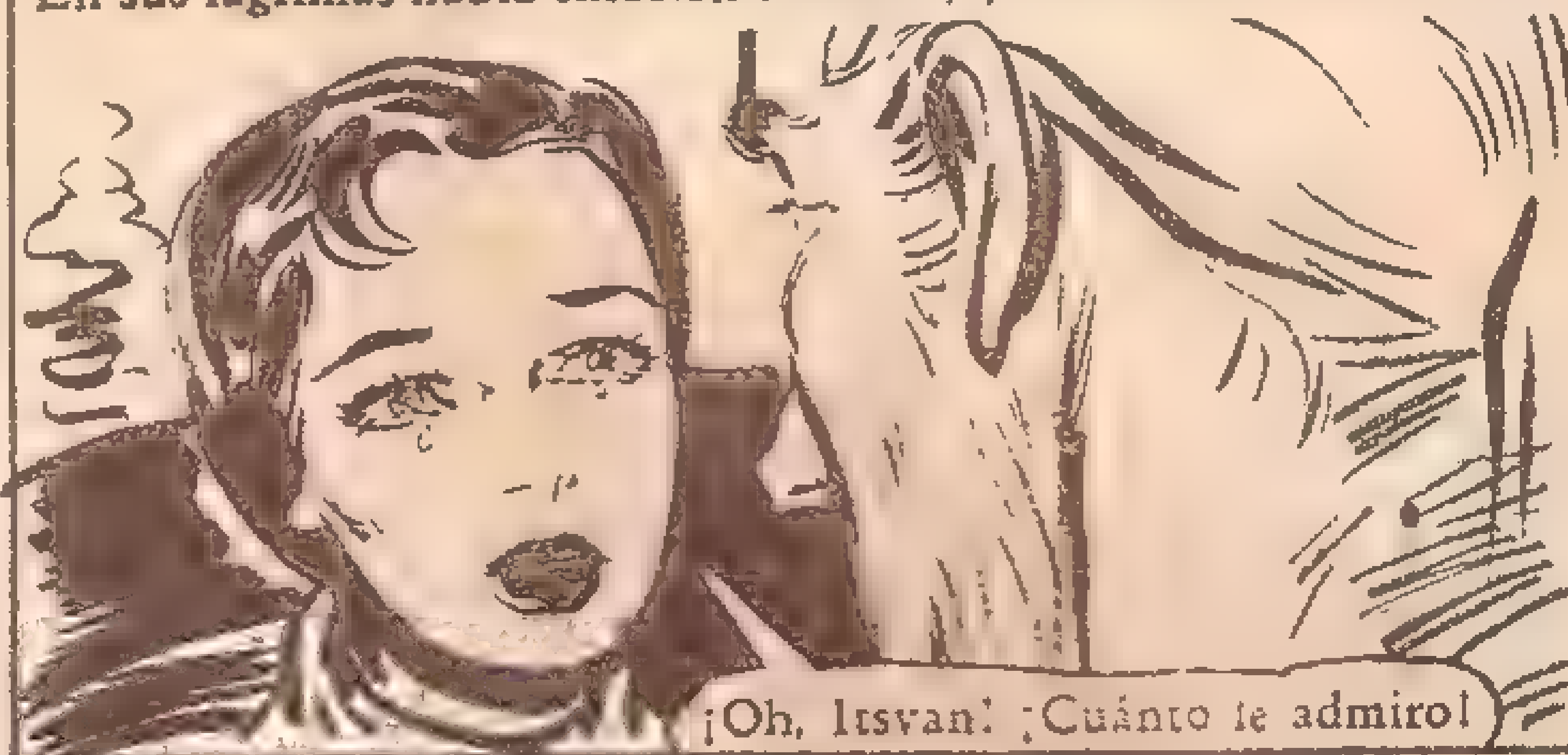


Inmutable como siempre, Itsvan, ayudado por Sárika, condujo a Sandor hacia el auto. Luego, mirando a Dina...

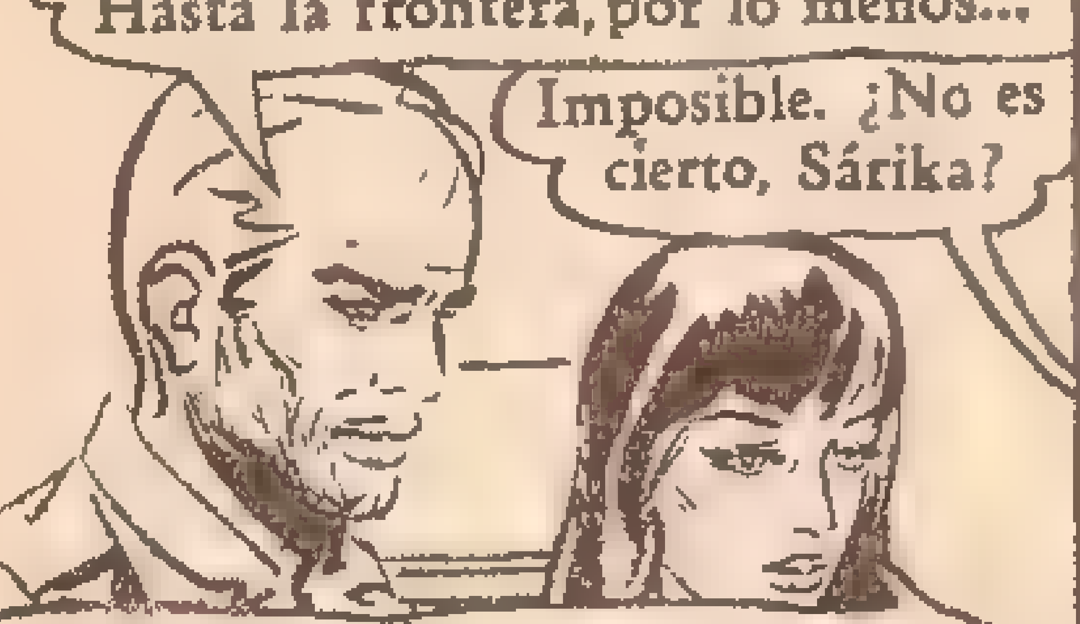




Durante años, Sandor fue para Dina el símbolo de la Hungría valiente, noble, apasionada y sensible. En ese instante, también veía en Itsvan la grandeza de un pueblo. Y supo que nunca le olvidaría. En sus lágrimas había emoción sincera, y por ello no se avergonzó.



Sandor, por la pérdida de sangre, se había desmayado. Sárika lo arropó con ternura.



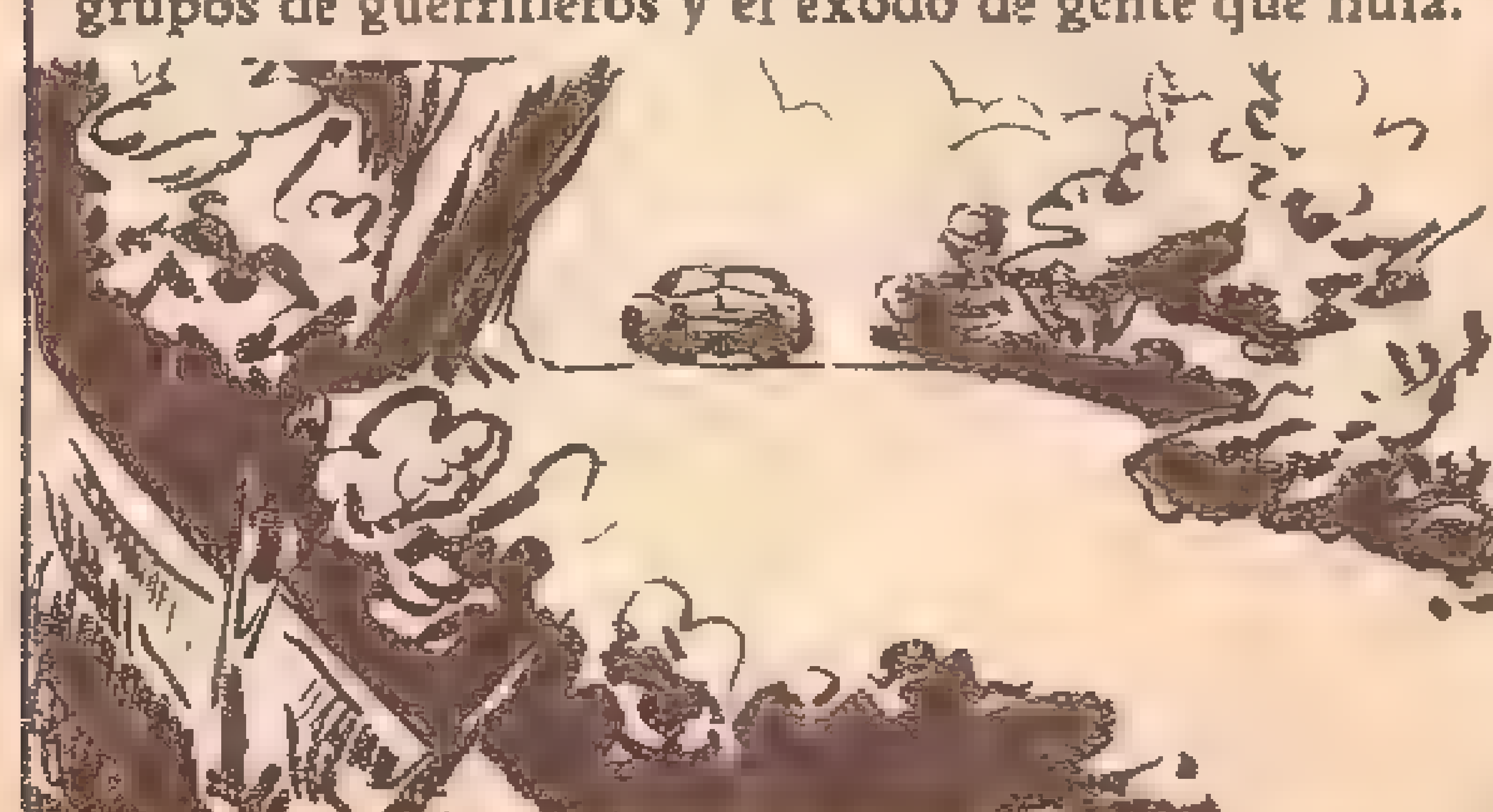
Dina admiró a la mujer, que amando al mismo hombre, se lo entregaba para salvarlo. Comprendió que nada de cuanto dijera las desuadiría de su decisión.



—Gracias por sus palabras, Dina. Son hermosas e infunden fe para el futuro.



El auto se deslizaba por la carretera. En sentido inverso, recorría el mismo camino de días atrás. Dina secaba el sudor de la frente de Sandor, que comenzaba a recuperar el sentido. Robert conducía con los músculos tensos. Nuevas patrullas. Otros grupos de guerrilleros y el éxodo de gente que huía.



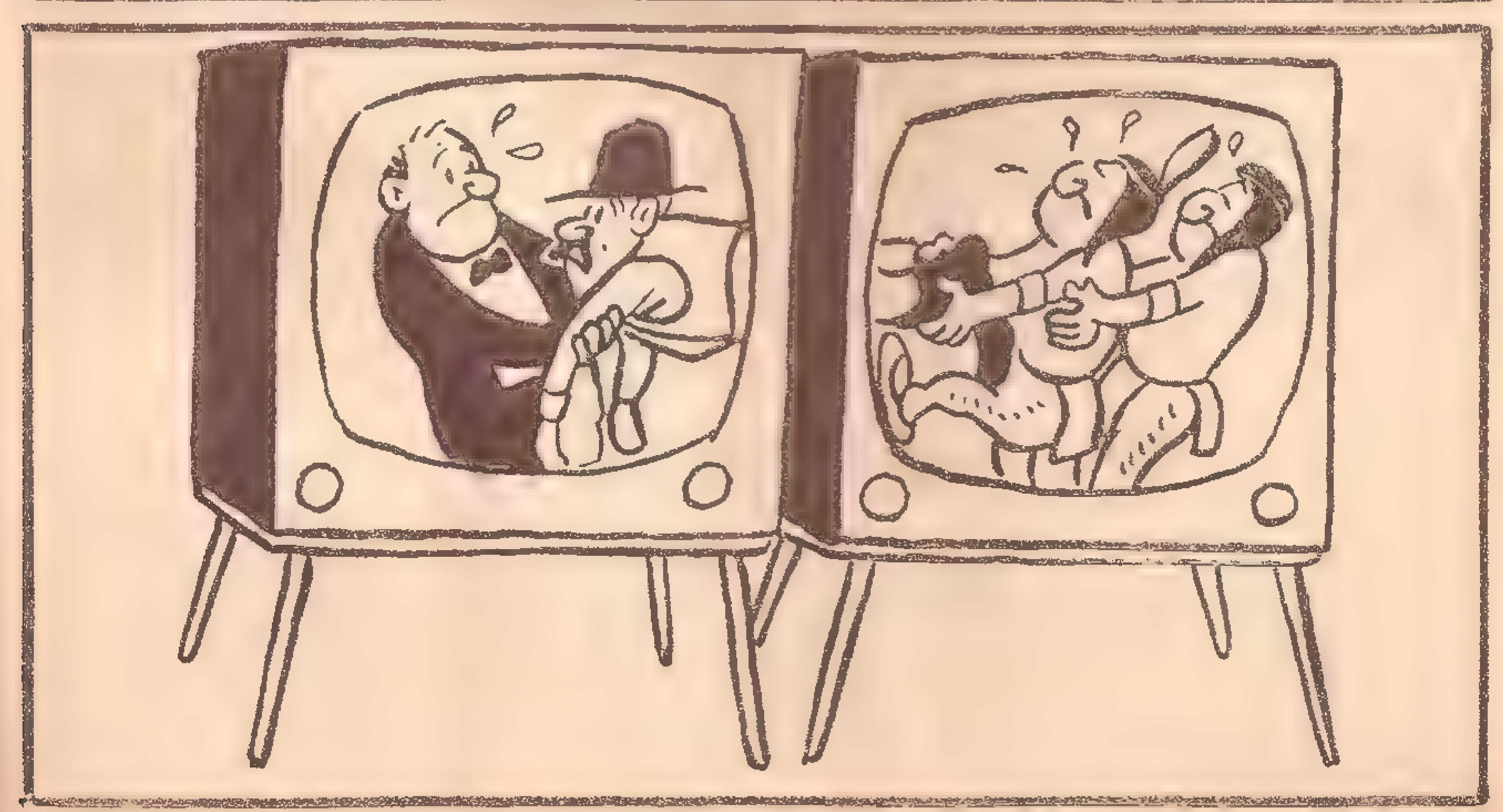


Sí, allá a lo lejos donde el cielo se confundía con la Tierra, había una franja luminosa, cuando ya, a su alrededor, todo era tiniebla. Era forzoso mirar al horizonte, que simbolizaba el futuro y la esperanza, para no caer vencido. Y Sandor llenó sus ojos de esa luz.

FIN

BUEN HUMOR

—Hoy le compré a los chicos una caja de herramientas para que no nos molestaran más.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

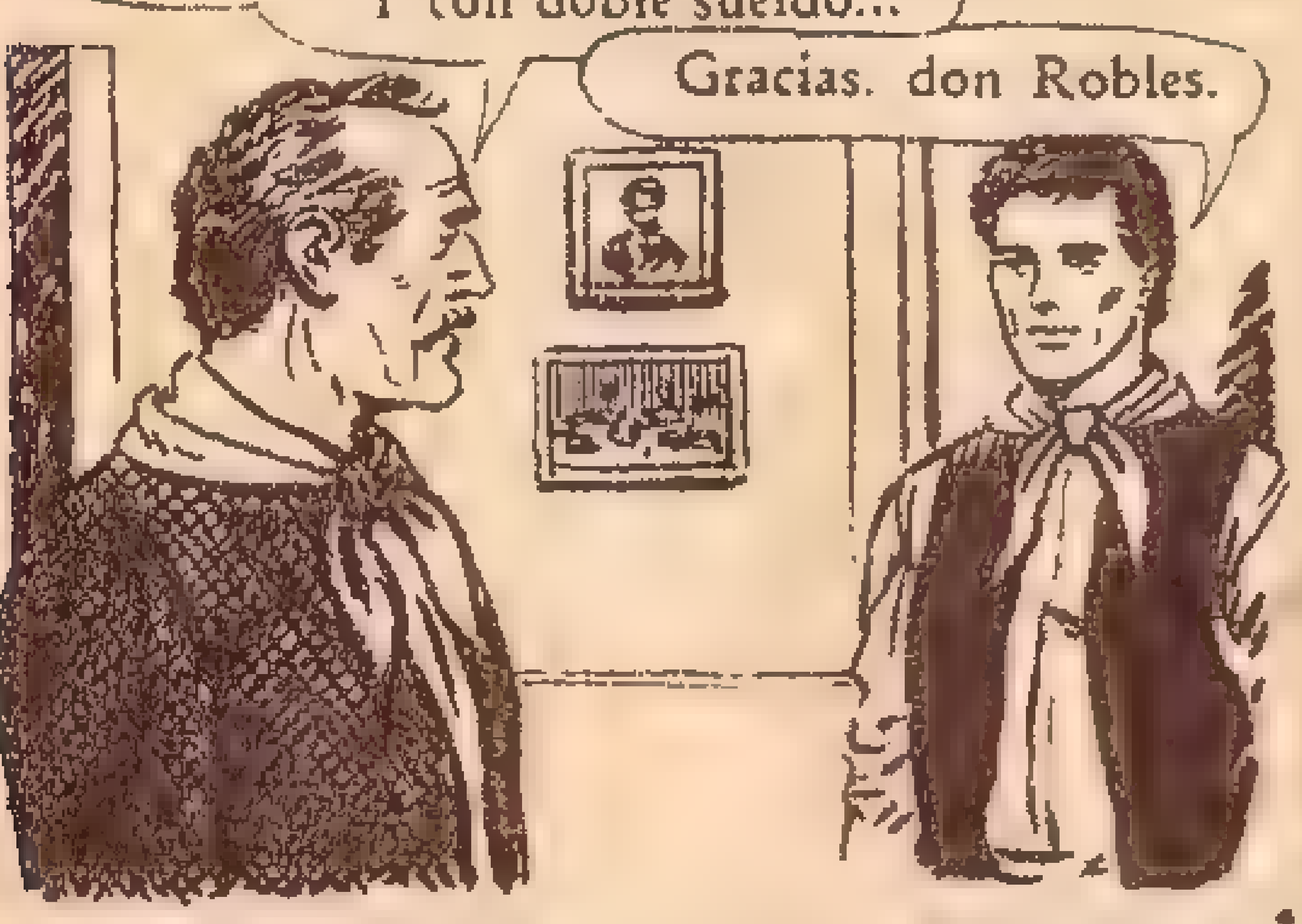

EL ROMANCE DE CIRIACO PONCE
por
ALBERTO VACAREZZA
ADAPTACION • DIBUJOS DE EYRÉ


En los papeles de aquel gurí decía: "Ciriaco Ponce, nacido en Dolores, e hijo de don Clemente Ponce y doña Máxima Ordoñez".
Pero soy huérfano, señor...


Ya de chiquito era un gusto verlo a Ciriaco.
¡Tenés el cuerpo formao como estatua e bronce, muchachito!


Ciriaco Ponce era tan buen mozo como trabajador y reservado. Y justo.
¡No levante su rebenque, Belisario, contra ese viejo! ¡No lo levante!


Generalmente allá iba el puño del serio mozo...
Si le pegó Ciriaco, sería por merecerlo este gran sotreta.

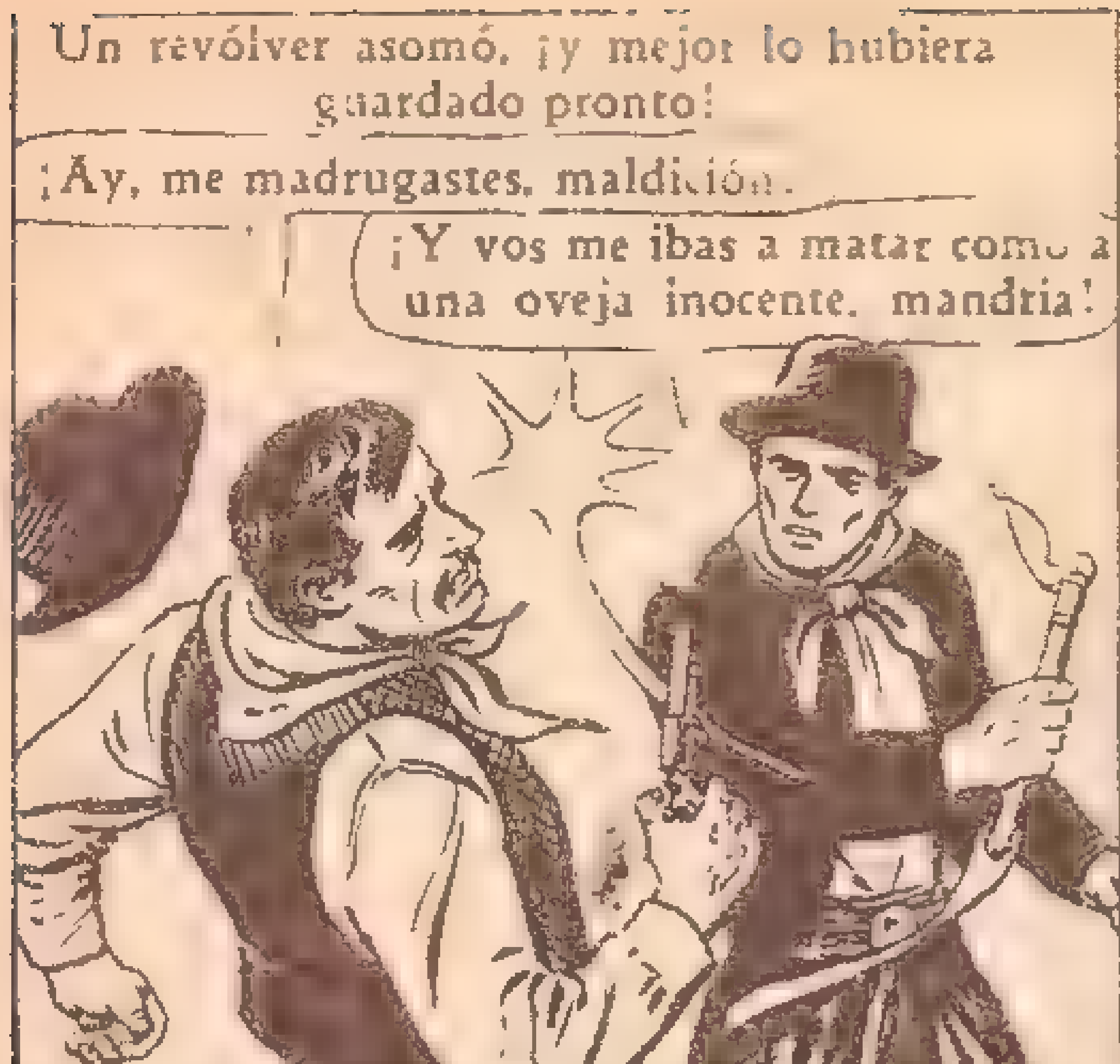

Era caudillo sin abrir la boca más de lo debido. Era un hombre de ley.
Serás capatáz de mis campos, Ciriaco Ponce. Y con doble sueldo...
Gracias, don Robles.


A los veintitres años tenía unos ojos mansos, dulces: y unas manos como para cortar adobes.


"Algunos, en cuanto a capataces, se olvidan que fueron peones".
Pero de esos no es Ciriaco Ponce. ¡Es un Ponce de fierro, como su tata!


Desde el día en que mejoró en sus funciones fue más condolido y servicial con los pobres.
¡Nadie iba a verlo al apestao Purita! ¡Y Ciriaco Ponce jue, ahijuna! ¡Y sin que lo llamase el pobre!


Una vez, en la pulpería del Zorro...
¡Náides se alborote, pero van a devolverles a estos hombres los dineros mal perdidos! ¡Y sin que les falte un cobre!
¡Ja, ja, ja! ¡Con Ciriaco no habrá ni ganadores ni perdedores!



Alguno dijo después: "Fue Ciriaco Ponce". Y le llegó la citación al gaucho.

(Me manda llamar el comisario López.)

Aquel tallador fullero "era de la mejor amistad del comisario". Y ocurrió lo imaginado...

¡Sáquenle rebenque, facón y plata! ¡Y al calabozo!

Ponce, el Quijote de las pampas, "tuito favor que hacía se lo premiaban a golpes". Pero él se dio por conforme.

¡Te voy a tener un tiempo a la sombra de los ladrillos!

¡Qué triste quedaste, estancia, desde que lo viste irse a Ponce en su moro patas blancas!

¡No le hace! ¡La vida es una, y en la vida todo pasa!



En la celda lo pusieron junto a un hombre de mal aspecto llamado Juan Toribio Corrales.



¡El salvador de mis patacones! ¡Dios bendito! ¡Quisiera abrazarlo!

Corrales había sido otra de las víctimas del tramposo. Y otro de los beneficiados por la viril conducta de Ponce. Juan Toribio Corrales abrazó al gaucho, y ahí nomás contó su historia. Un asunto largo y algo añejo, con una madre anciana allá en Maipú, y un triste recuerdo de amor, por los mismos pagos. Se llamaba Feliciana.



"¡Era coqueta, mi Dios, y tuve que peliar por ella, sin querer hacerlo! ¡Por ella conocí la cárcel!"

Toribio agregó con palabras de payada: "De preso uno no se puede dir, hasta que el juez no lo larga. ¡Y siempre lo larga el juez, cuando a él le da la gana!"

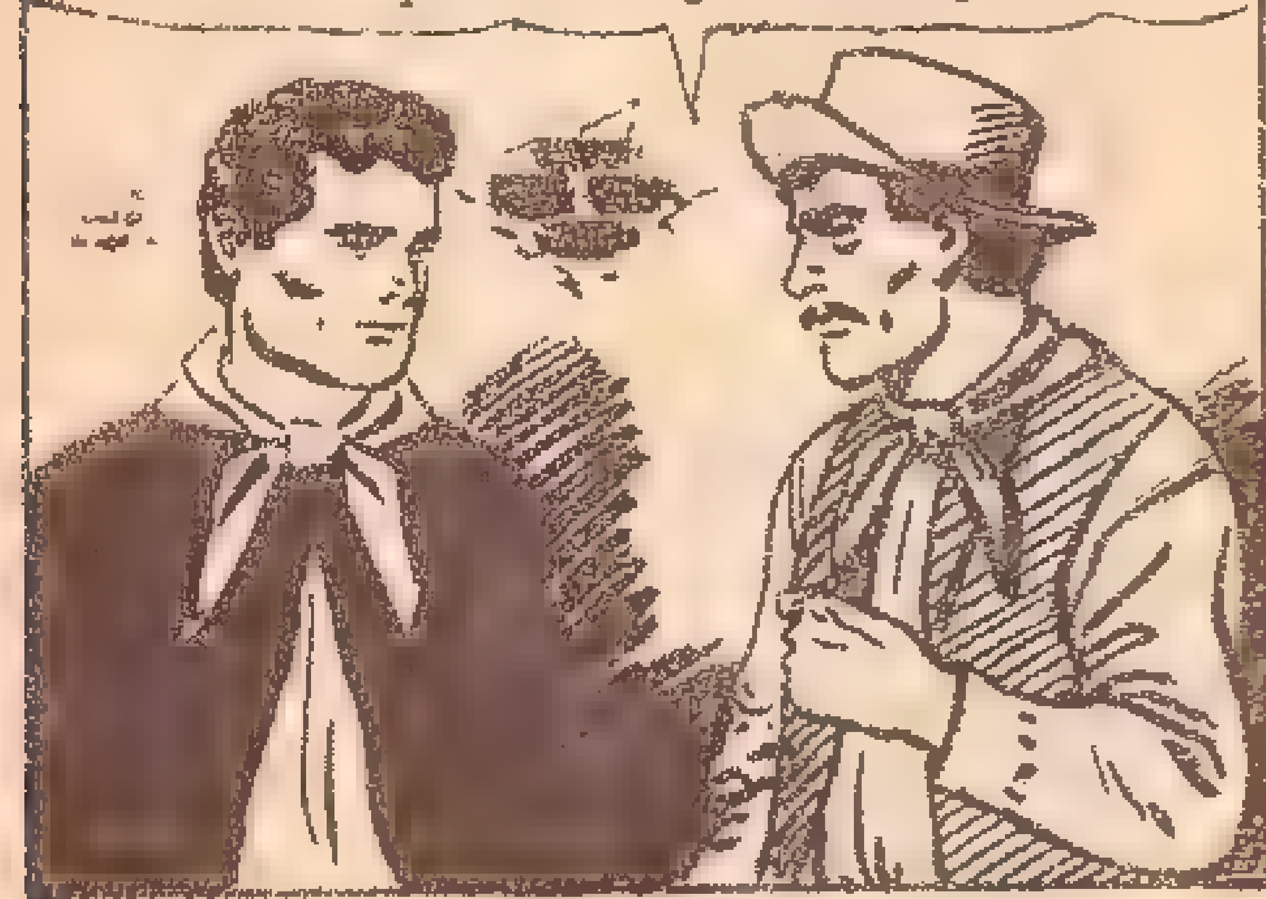


¡Dos años me costó aquella puñalada! ¡Y puñaladas mejores las he visto más baratas!

"Cuando salí, corrí a buscarla, pero de su rancho solamente quedaban pajas desparramadas. Sentí el frío del viento, dentrándome por las carnes."

¡Feliciana, Feliciana!

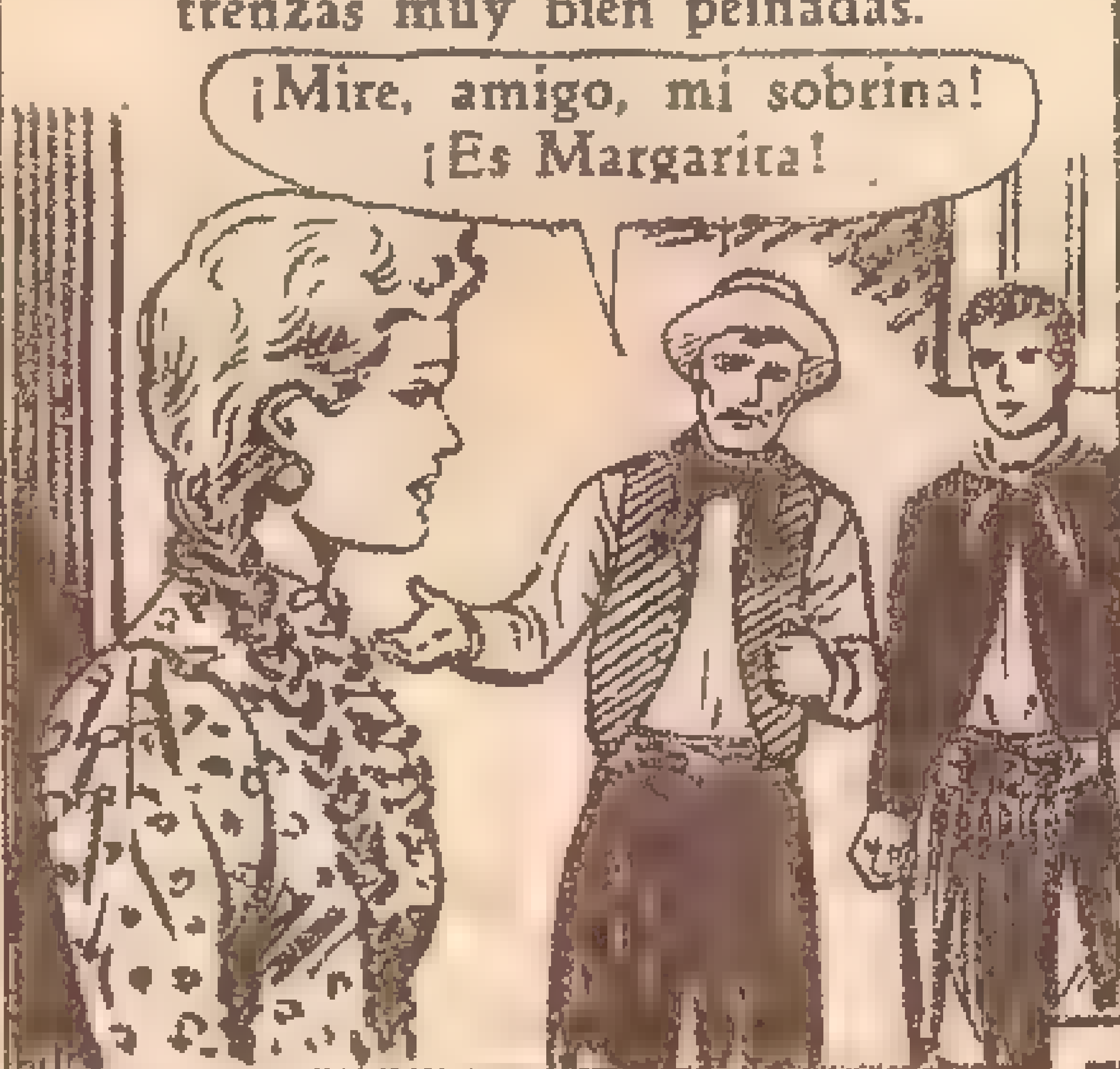



Toribio Corrales enjugó una lágrima traidora.
¡Maldito aquel año del 90! Perdí mi amor, y también una hermana, la pobrecita Ana Inés, que nos dejó una hijita.


¡Todos con la maina vieja allá en la tapera de Maipú! ¡Qué vida! ¿Y de la suya, amigazo, qué me cuenta?


"Mi vida yo no la cuento. Mi vida no vale nada. Lo que yo quiero es vivirla, conforme a lo que Dios manda. Después, que la cuenten a su modo, los que hallen gusto en contarla".


En ese momento apareció un sargento
Pa' usted, Corrales. Visita...

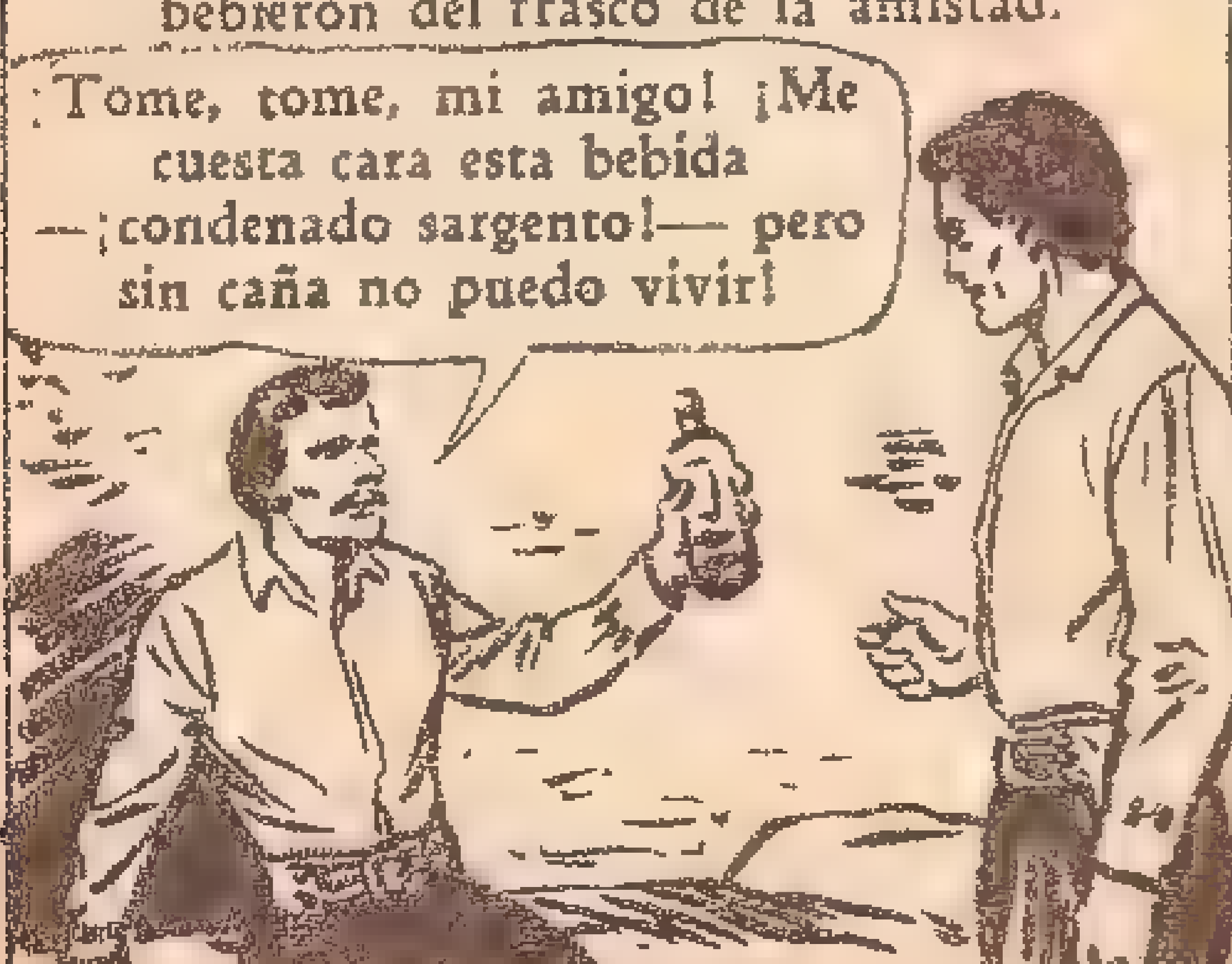

Era una moza de ojazos tristones; rubia oro y con unas abundantes trenzas muy bien peinadas.
¡Mire, amigo, mi sobrina! ¡Es Margarita!


La visita fue muy corta, pero suficiente.
¡Basta, moza; tiene que irse! ¡Están incomunicaos!


Cuando Margarita tomó el sendero del regreso...
¿Le ha gustao, amigazo? Pues a saludarla por entre los fierros.

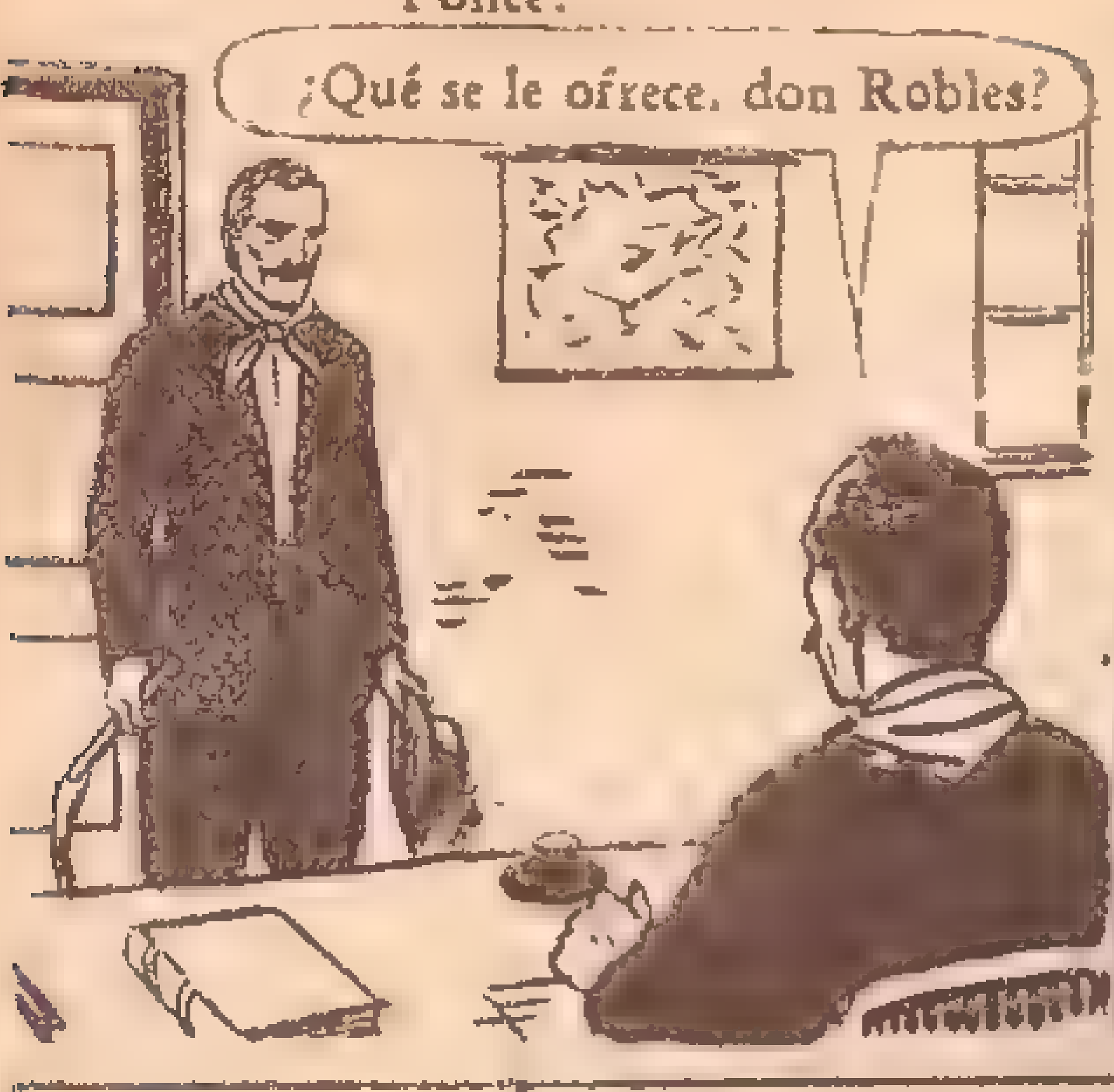

Ponce aplastó su cara contra las rejas, sacó una mano. Ya lejos, se dio vuelta la muchacha. Y otra vez se entreveraron los flecos de sus miradas.

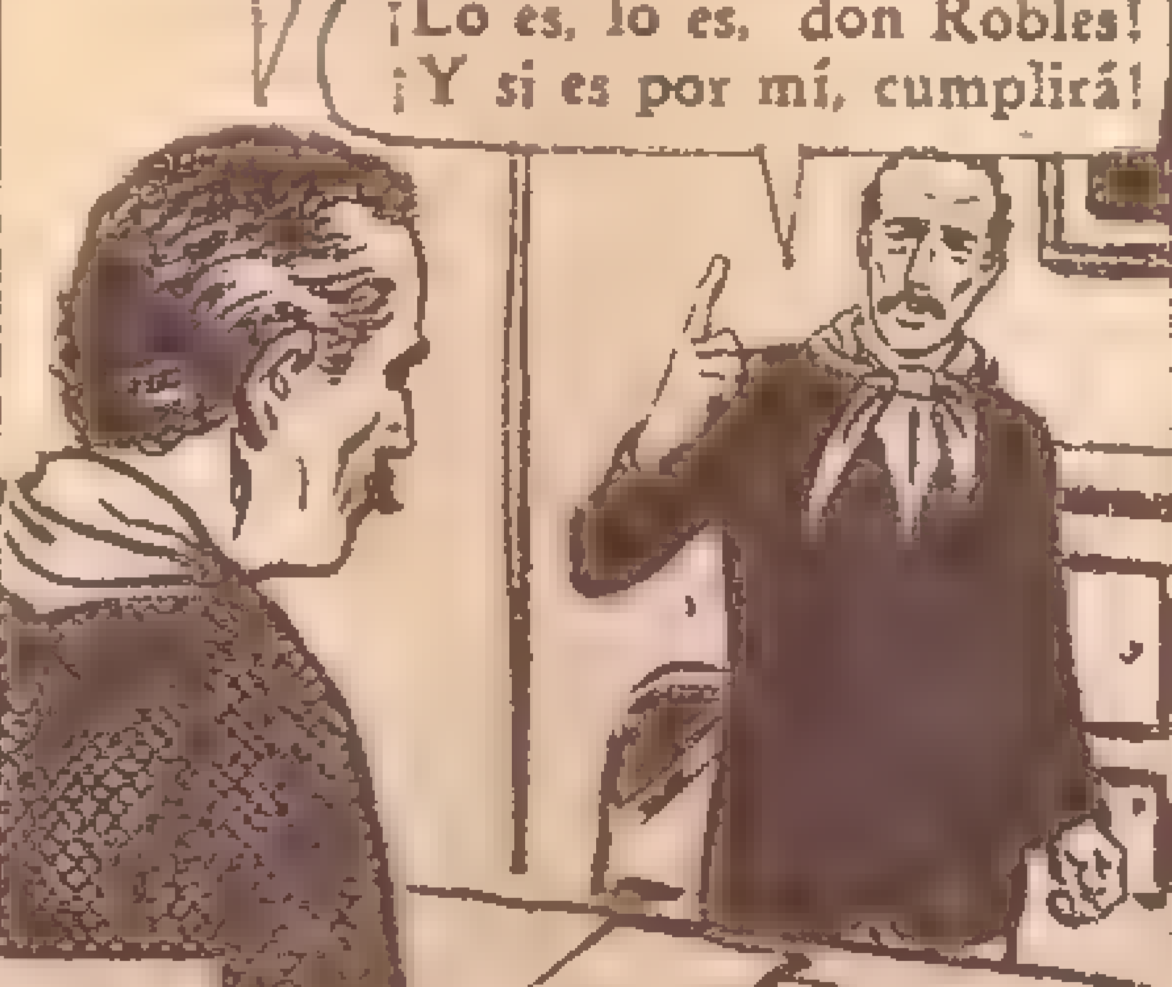

Aquella noche...
¿Quién anda ahí? ¡Hable!

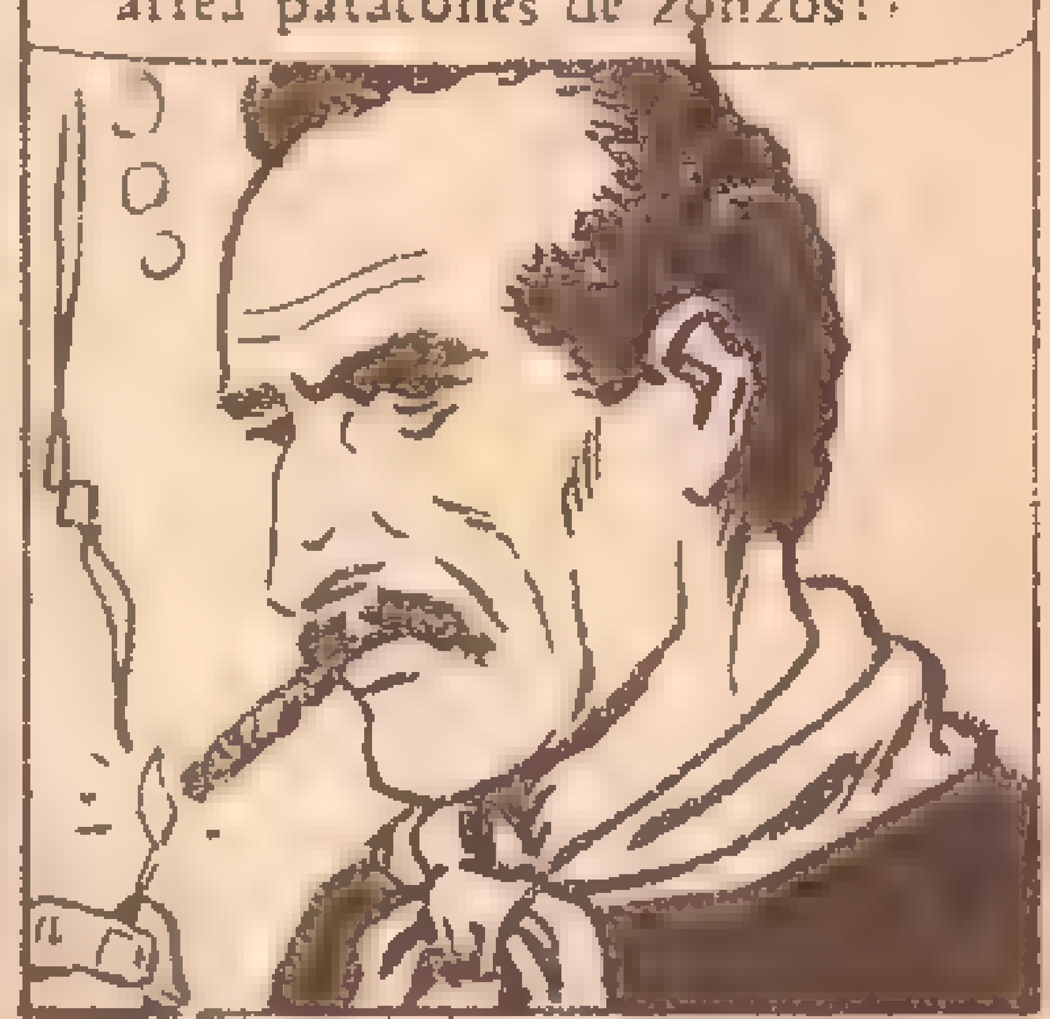

Se despertó en el momento que el sargento daba a Corrales una botella de caña. Ambos bebieron del frasco de la amistad.
¡Tome, tome, mi amigo! ¡Me cuesta cara esta bebida —¡condenado sargento!— pero sin caña no puedo vivir!


Apenas tenía treinta años Corrales, pero su aspecto era de cuarenta largos.
¡Me mató el alma aquella mujer! ¡Juan Toribio Corrales murió por 1890!
No lo puede permitir. ¿Es así tan flojo el hombre?


Se hicieron grandes amigos. Pasaron los días. Una ponchada más...
¡Me ha olvidao don Robles! ¡Es raro! ¡Un patrón tan güenazo!



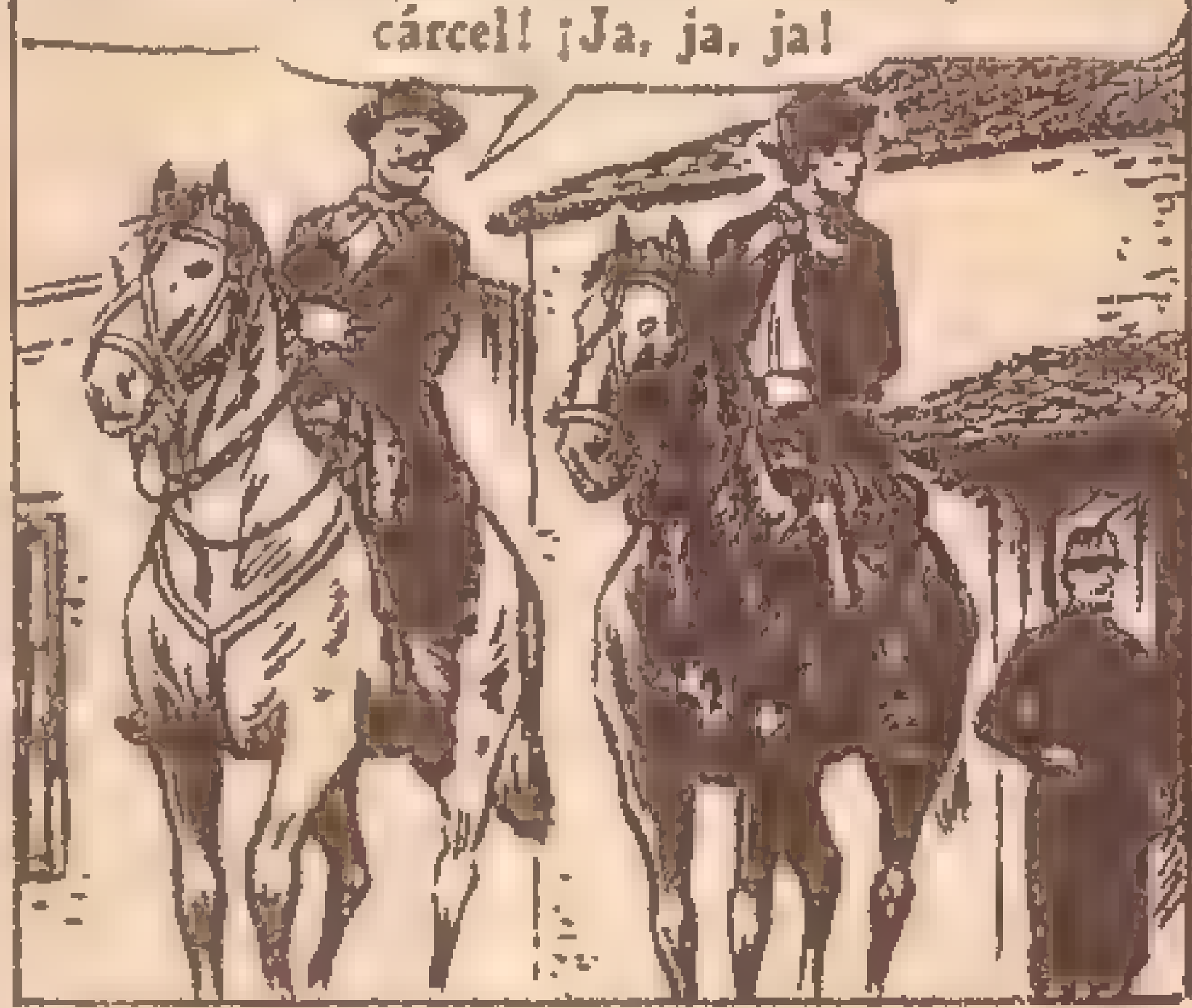


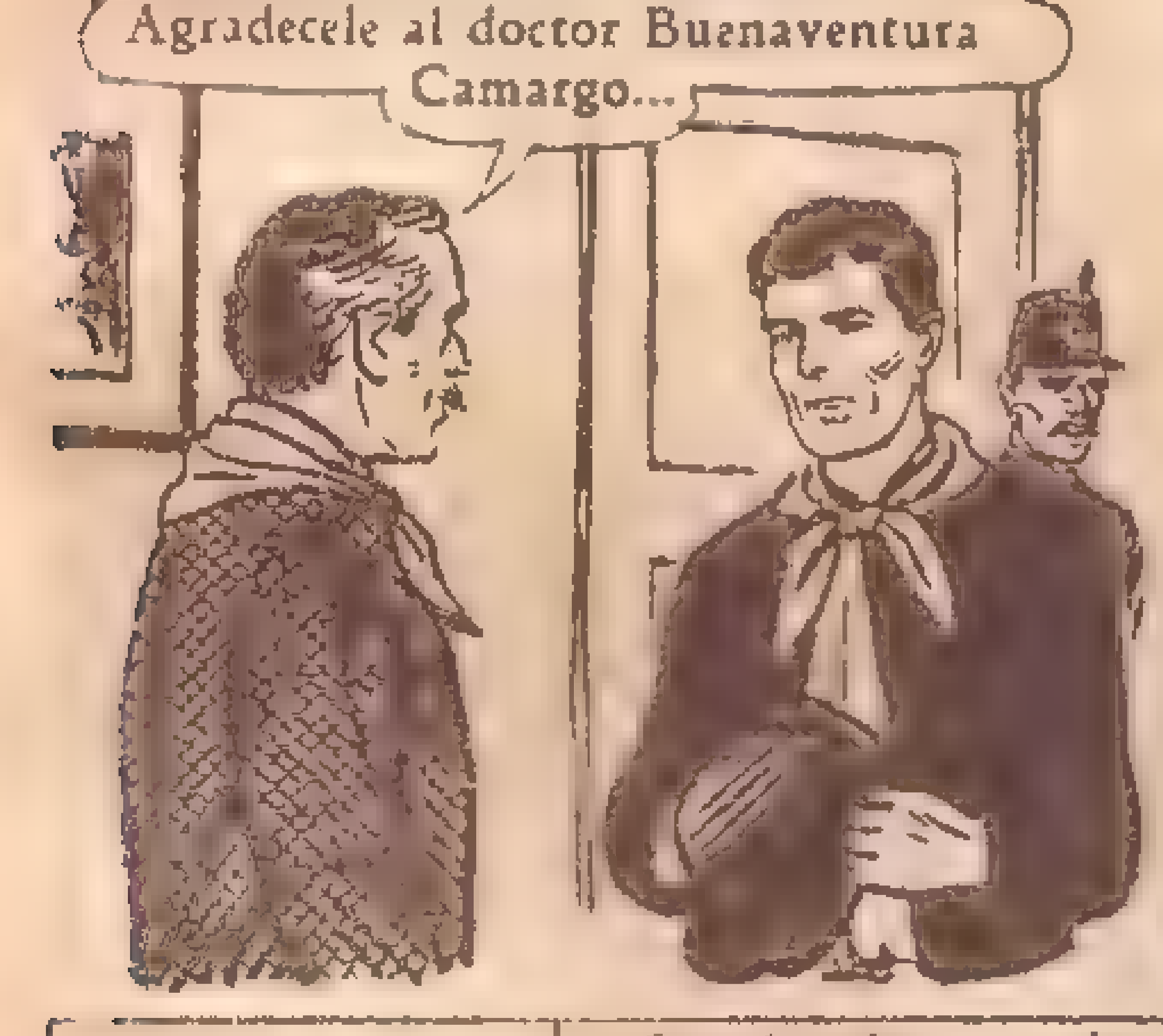


Don Robles vio a un doctor Camargo —que era caudillo muy fuerte— y trajo de la visita una carta para el comisario López. ¡Cómo se ablandó el "mala Ley"! ¡Y menudearon los agasajos!



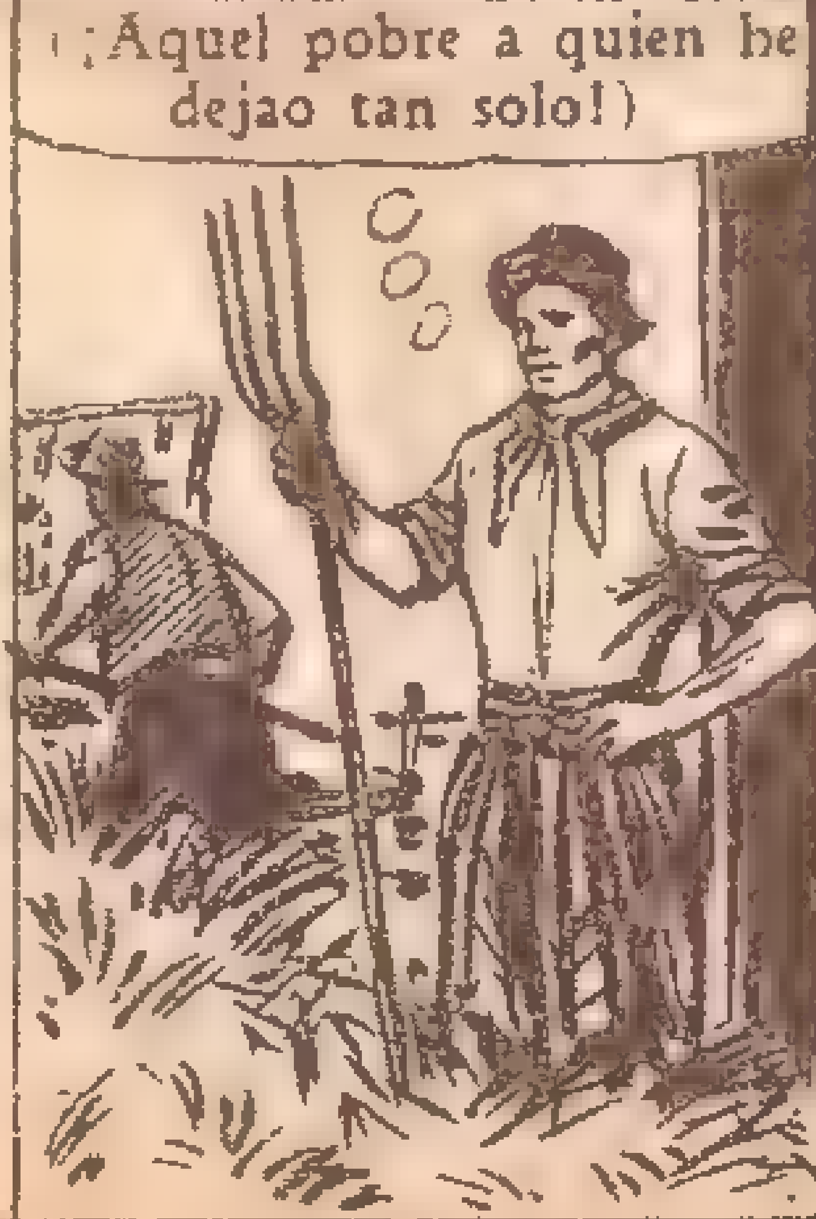
Y así fue que al poco rato, en aquel calabozo, se quedó solo Toribio.

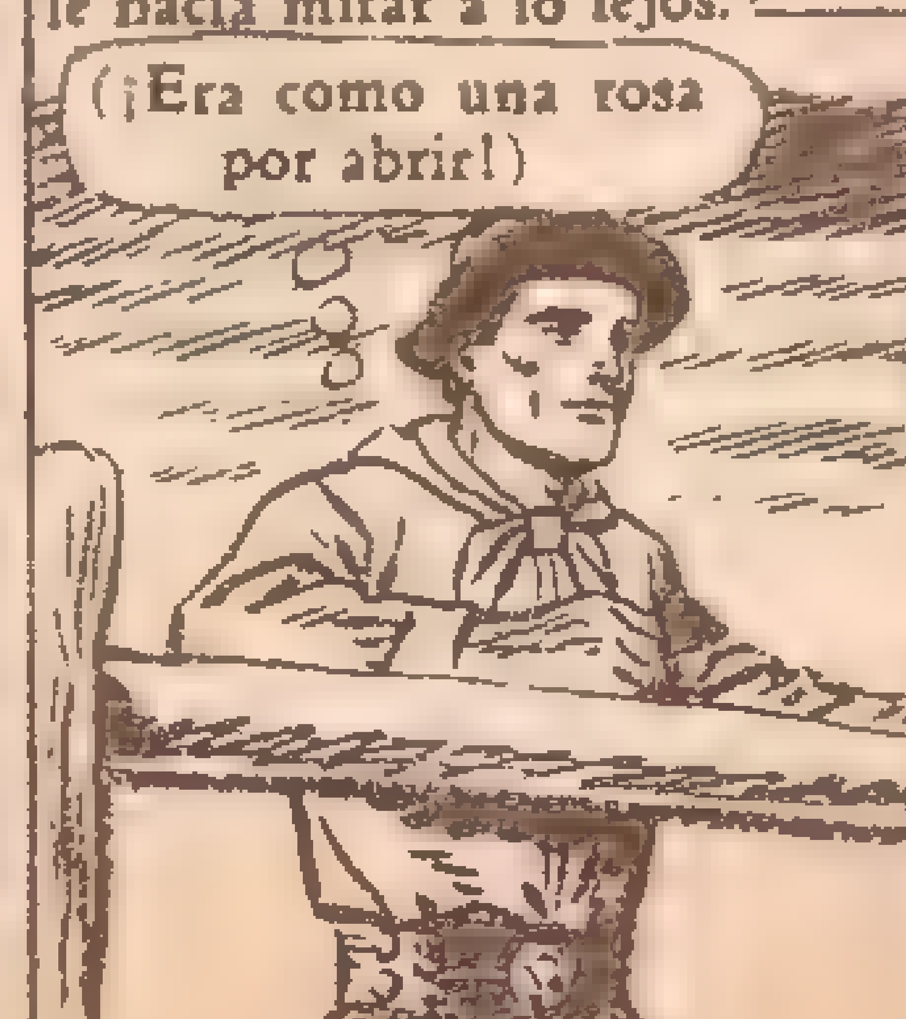






No lejos de allí esperaba el trabajo. Y para el trabajo era Ciriaco más seguidor que los bueyes. ¡Para hallar un hombre igual habría que hacerlo de encargo! Sin embargo, Ciriaco Ponce no era un gaucho alegre.

















Cosas de antaño. Una mano armada y traidora, y un hombre jugándose "por su dotor". ¡Cosa del ayer nacional, lejano, hermoso, florido y bravío!

¡En qué puedo servirte, hijito? ¡Mi casa es tuya!







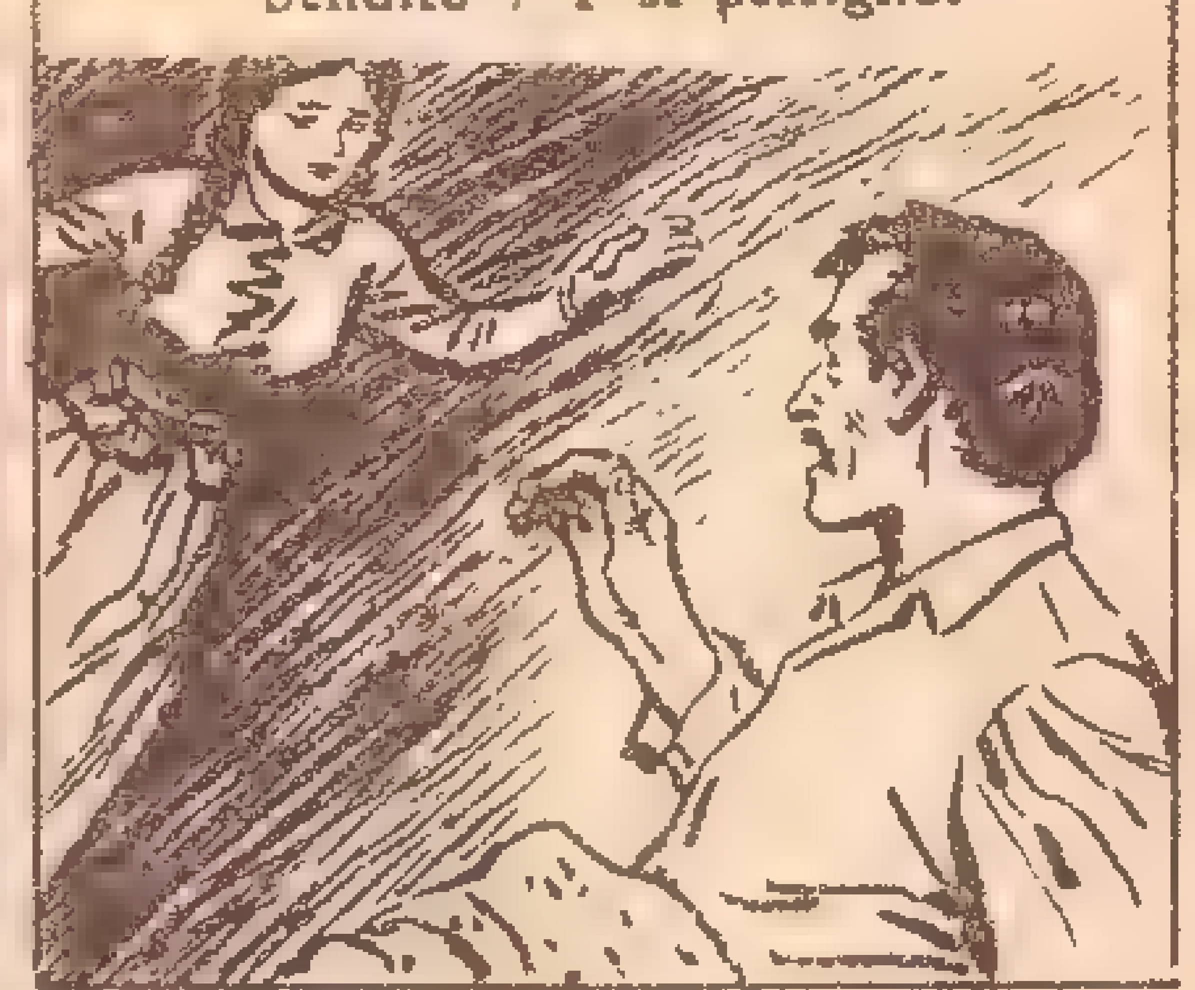







Allá, Ciriaco Ponce ordenó: "Como es aún amigo mío, y anda medio enfermo, ordeno que naides lo invite al trago". Cenaron, y no hubo vino. Toribio pensó.
(¡Muy cumplidos, sí, pero agasajos con agua, pa mí no són agasajos!)


En el silencio de la noche, Juan Toribio se sintió muy solo...
(¡En la soledá vuelven los caranchos de la muerte! ¡Y vienen vestidos de blanco!)


"Hasta que de pronto vide, tuita vestida de blanco, venir volando una moza." "¡Feliciana!", gimió. "¡Cristo bendito". Y se persignó.

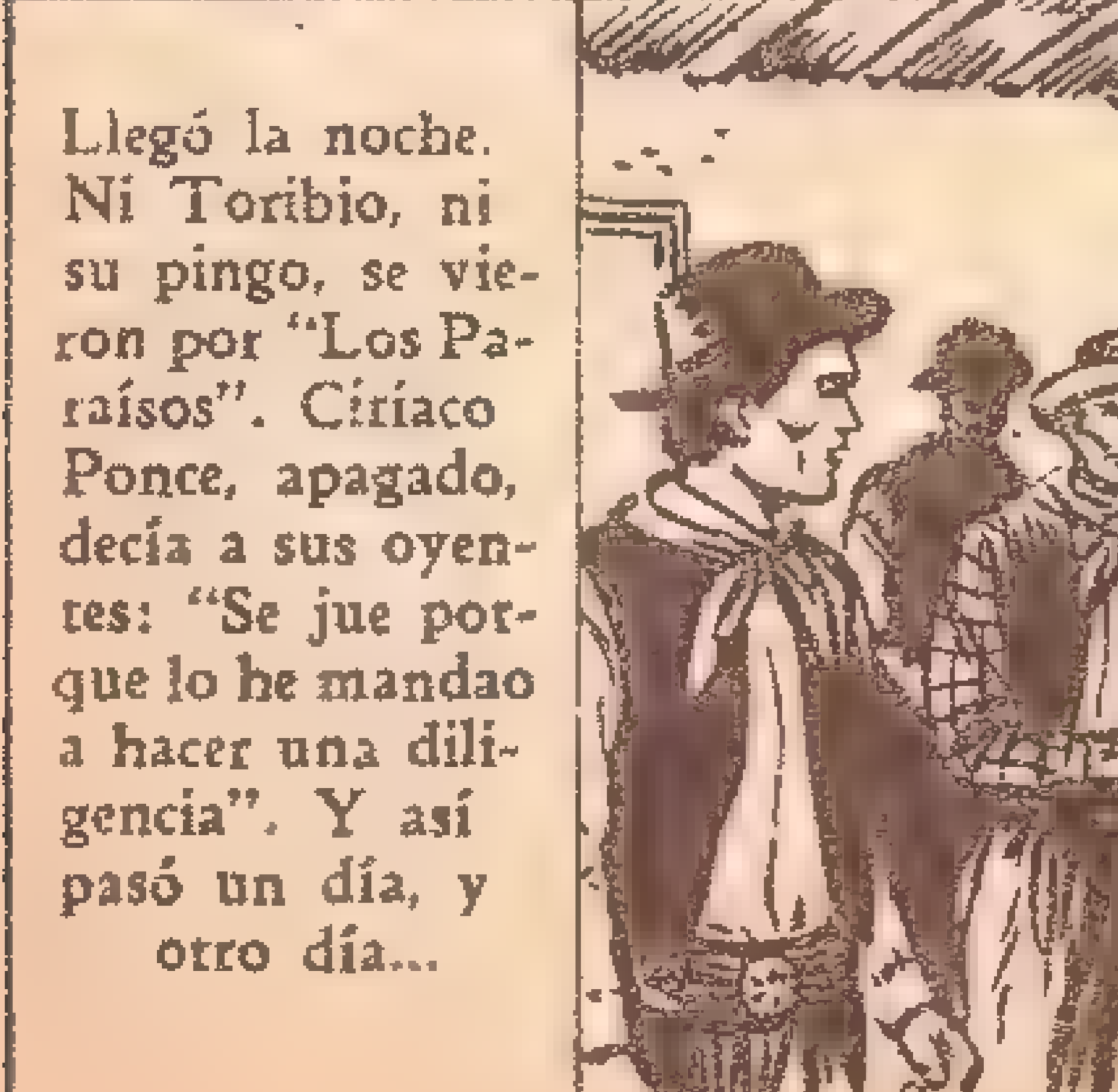

"Cuando al varón se le priende *ese abrojo*, ni los años pueden curarlo del todo. ¡Siempre le queda un resabio!"
(¡Mala noche! ¡Noche negra! ¡Y el alba viene rayando!)


Ciriaco Ponce llegó a buscar a su amigo Corrales.
¡Está durmiendo! ¡Y qué cara de tristeza tiene el pobre!

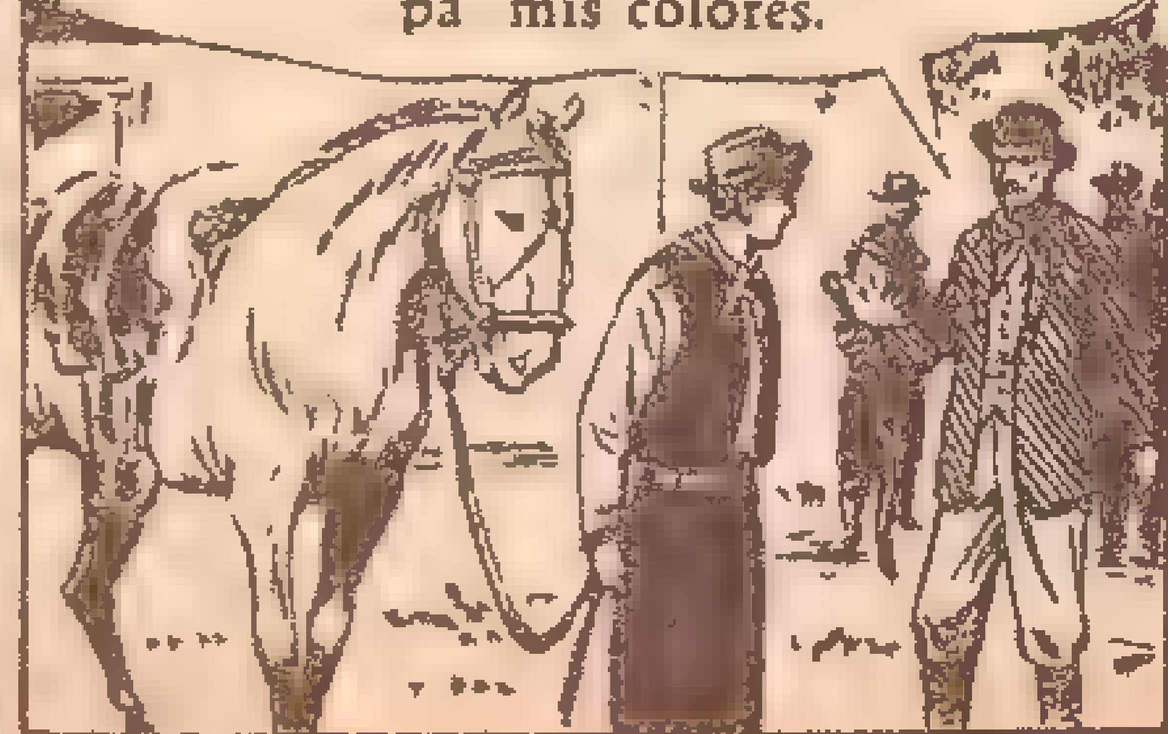

¡Roncaba tan juerte aquel bendito cristiano, que Ponce le echó otra manta encima y salió pa sus trabajos!
(¡Pobrecito Juan Toribio! ¡Y yo que te he negao un trago!)

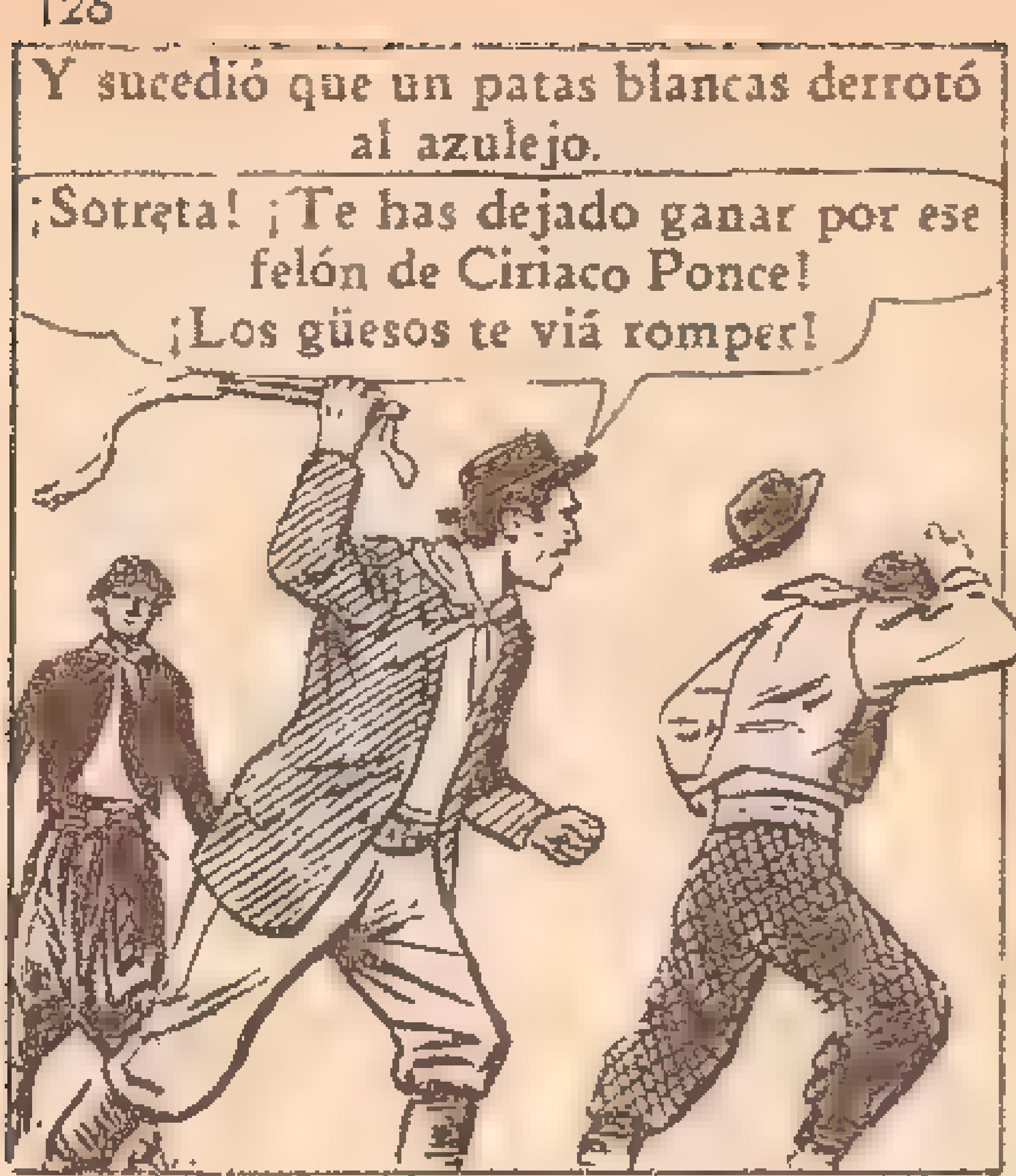

No se sabe como, pero Toribio se agenció una botella, y a eso de la media tarde andaba borracho, cayéndose, y buscando pelea...
¡Mamao e'porra! ¡El protegido del capatáz!
¡Pardo e' porra, que me disafió a peliar!


Ciriaco Ponce le dio un grito a su amigo. Era como un grito de fiera. Y Toribio lo miró a los ojos. Y comprendió las bondadez del gaucho que así lo consideraba. Y se vido tan achicao, y le dentró tal vergüenza, que jue al corral, y allí ensilló su caballo.
(¡Tengo la vergüenza de conocerme borracho! ¡Perdoname, Diocito lindo!)


Llegó la noche. Ni Toribio, ni su pingo, se vieron por "Los Paraísos". Ciriaco Ponce, apagado, decía a sus oyentes: "Se jue porque lo he mandao hacer una diligencia". Y así pasó un día, y otro día...


En la estancia hubo una fiesta.
Al azulejo de Ramayón voy a oponerle el flete de Ciriaco Ponce.


Ramayón era uno de los "fuertes" del lugar. Hombre acostumbrado "a que le escucharan sus gritos con la cola entre las patas", llegaba a la fiesta del pago con un azulejo brioso, ligero como el pampero, y que correría un peón.
Vos, Luciano, conseguirás el premio pa' mis colores.







Tampoco iba matar. Apenas un tajo, una mejilla averiada, y el paisanaje cordial gritándole al capataz: "¡Juya, Ciriaco! ¡Juya, juya, viene la autoridá". En esas ocasiones, no acierta —en su aturdimiento— el hombre a reflexionar...



La multitud se abrió en abanico para que el gaucho escapara. Detrás de Ponce, el sargento. Y más atrás, un par de boleadoras volando.

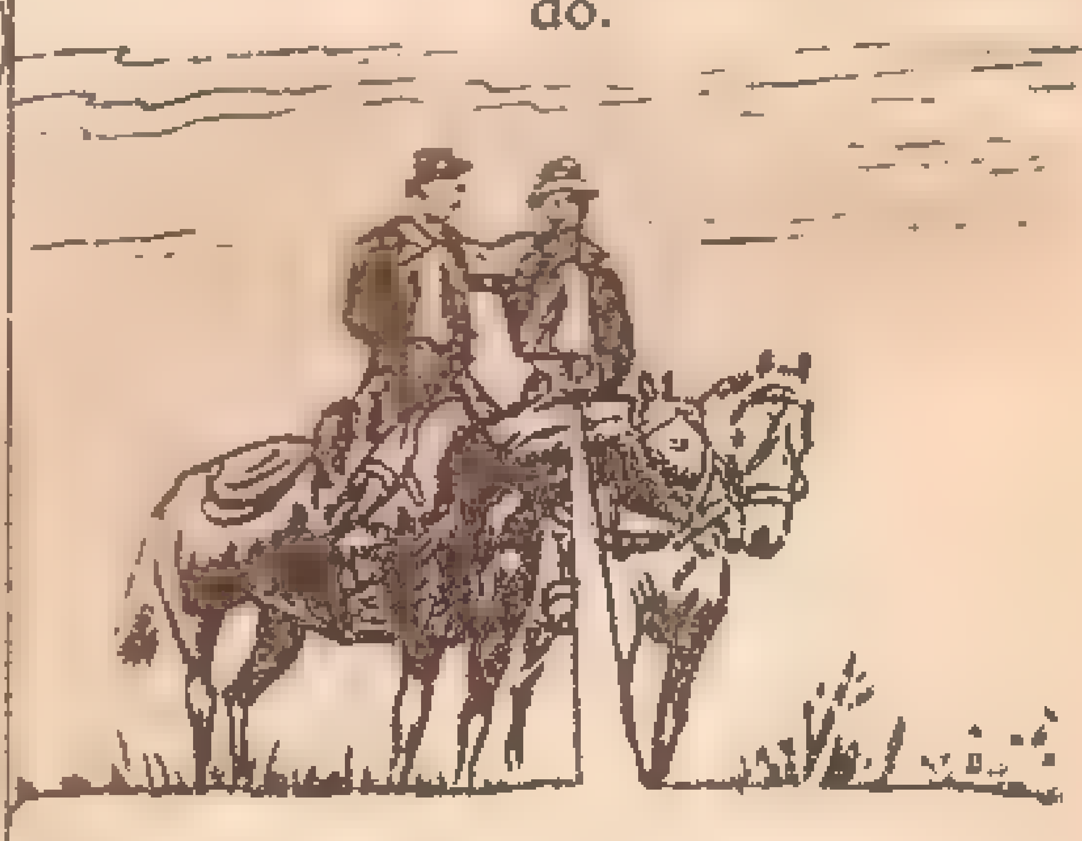

El pampa overo del sargento, maneadas las patas, rodó...



...pero la bala no llegó hasta el criollo. Y un patas blancas, y un colorado, se perdieron en el horizonte.

¡Juan Toribio!

¡Asujete, amigo Ponce! ¡Soy el mesmo! ¿Me riconoce?



¡Sabe Dios si agradecido, el pingo de Ciriaco Ponce no quería darle un beso al flete, de Toribio Corrales!

¿Y ahora, Toribio Corrales?

¿Usté no tenía un dotor muy amigo pa'arreglar los entuertos?





"¿Tiene mama?", preguntó la anciana, y Ciriaco Ponce dijo: "No".

¡La ha perdío! ¡Qué gran disgracia! ¡Entonces hará de cuenta que aquí la ha güelto a encontrar!



El gaucho sintió que le picaban los ojos y no le había entrado tierra. Entonces del lado del rancho —más que rancho era tapera— se vio celestear una cuidada pollera. "¡Margarita!", dijo Ponce. Sí, era ella...



...y otra vez se rilumbraron, de sus miradas las flechas...

Venimos a... a comprar una hacienda de parte del patrón de él.

Y así pasó el otro día, y otro más de igual manera. Ella, más suave que el pelo de las nutrias, y más tierna que el pan que nos da el Señor, solamente le sonreíba cuando lo encontraba a tiro.

(En el momento en que nace el querer, hay una juerza que nos añuda el resuello.)

¿Pa qué? ¿Pa qué? ¡Si en los ojos había mayor comprendencia!

(La quiero. . la quiero... la quiero...)



Y ni siquiera se besaron, pero eran novios, sin duda. Y el momento de la partida llegó.

¡Ciriaco! ¡A su honradez y a su juerza le pido que ayude a mi hijo!



El gaucho besó a la mama vieja de Juan Toribio Corrales. El beso era su respuesta, su palabra, su sello. Y así se marcharon. Y cuando se iban distanciando, se dieron vuelta, y vieron que muy juntas estaban abuela y nieta, saludándolos. Y Toribio revoleó su manta; y Ponce levantó el poncho. Lo mismo que una bandera.



Ciriaco Ponce era joven. Pero siempre había sido hombre. El mismo se lo decía. Y así se lo dijo a Corrales cuando el hijo de la mama vieja se retobó.

¿Usté será como mi padre? ¡Padre de la edá del hijo que no vide nunca!



Por los años, solamente, se apartan los animales...

¿Y de áhi...?

¡Yo nunca he sido ternero! ¡Ni en las ubres de mi madre!



Hubo un corto tiempo de paz... ¡felicidad de los pobres! Y una mañana, en los umbrales del frío, llegó un tape a la estancia.

¡Juan Toribio Corrales, su mama se está muriendo!



Ponce tuvo que apurar a su veloz patas blancas para alcanzar al flete jineteado por Corrales. ¡Parecía empujado por el viento!



Lágrimas, lágrimas a balde había en la curtida cara de aquel hombre envejecido. "Y no llegaré ni pal beso del adiós!", gemía. Una majada grande de nubes color ceniza, pastoriaba por los aires. Quitaban el brillo del sol, pa que su luz no estorbase, la otra que se apagaba, en los ojos de una madre.



"¡Dame juerzas, corazón, pa guapiarle a esta desdicha!", decía el pobre Juan Toribio, ante su yerta mama vieja, más blanca que los vellones, y como la escarcha helada. ¡Pocas veces los valientes saben romper las vasijas de su llanto! ¡Hay que rispetar sus cuitas, dejarlos rugir a solas, como el puma en su guarida!



Ponce se persignó lentamente. Pensó en la vida, pensó en la muerte. Dijo de cada rezo, el pedazo que sabía.



Después, Ciriaco Ponce no abandonó a Margarita. Y Juan Toribo comprendió.





Y cuando se apa-rearon los dos fletes en la huella sobre las ancas del flete de Ponce, las anchas polleras negras de Margarita, colgaban como un cortinado de penas. Y en silencio galoparon leguas, leguas, y más leguas...



Margarita tuvo un sitio en la estancia de los Robles. Y Ciriaco Ponce le entregó su poncho de días patrios. ¡El invierno se venía! Ella levantó hasta su cara aquel poncho como seda, y besándole los flecos se los anudó en las trenzas.

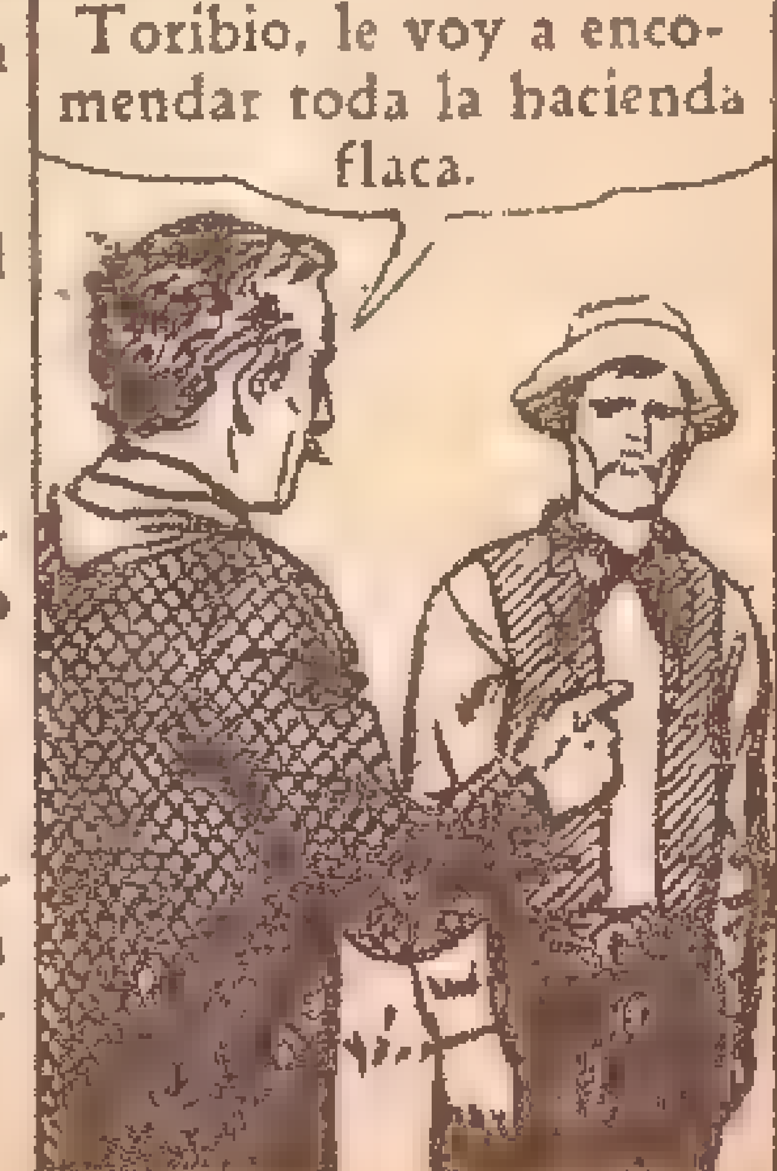
¡Ah, mozo lindo y pintor! ¿Quién dueño de aquella estampa no tendría como trabajo rejuntar los corazones de las mozas de su pago? Pero Ciriaco Ponce no era de esos. A la vista de Margarita, su vida ya estaba hecha. Y su corazón saltaba cuando la mano de ella sintió palpitar como paloma torcaza.



¿Y Toribio? Reseriando, metido en sus penas negras...



En su risa había otro acento, y otra luz en su mirada. De aquel mozo alegrador, sólo el ricuerdo quedaba. Juan Toribio era bueno. El a nadie lo envidiaba. Pero Toribio ya no era el hombre que con sus gracia hacía reyir a los piones, y andaba robando caña...



¡Trabajador y de los buenos! Y ansí suele acontecerle al que padece de holganza, que, en dándose a trabajar, no hay quien lo siga en la cancha.

¡Vámos! ¡Abra, abra, abra! ¡No se me quede, pionada!

Con guitarras y con versos, Ciriaco Ponce dijo a su amor, lo que las frías palabras no le querían prestar. Y fijó fecha para su enlace. Y en la estancia todos se prepararon para una semana de ruido.



Una tarde, al lugar, llegó un hombre. No era más que un comprador de vacas. ¡Era el destino del hombre! ¡La huella hacia Feliciana!





Ponce trabajó a las tanteadas; más fino que policía. Arregló con el hombre, para preparar la cosa. Y juntos se largaron. Doce leguas de jineteada.



El corazón de Ponce, grande como la tierra gaucha, habló a la pobre mujer. Ella explicó sus errores, le contó sus desgracias. Ella agachó la cabeza, como escondiendo la cara, y Ponce le vido cáir, un lagrimón en la bata. Y el gaucho dijo con calma: "¡Juan Toribio, mi amigazo! ¡Lo que ha padecido su alma! ¡Más yo daré el rimedio...



Cuando buscaron a Feliciana, la mujer ya no estaba. Corría sobre un pingo al encuentro de sus sueños. Y la hermana mayor se hizo cruces.



Los vieron en la escapada a Feliciana y al gaucho. ¡Y pensaron lo peor! Y como alguaciles nunca faltan, uno visitó a Ramayón.



Y con la mano crispada, se tocaba el surco que en la cara le hiciera el filoso cuchillo de Ciriaco Ponce, aquella tarde.



"¡Juan Toribio, vida mía!" "¡Válgame Dios, Feliciana!" Y ya los brazos macizos, como si fueran dos grampas, se llevaron contra el pecho a aquella mujer amada.



Al aflojar Juan Toribio el cuerpo de Feliciana, se dio vuelta y miró a Ciriaco Ponce, el amigo. Y lo vio como a una estampa sagrada.

¡Siempre vos, Ciriaco Ponce! ¡El alma de mí felicidá!

Lejos de ahí, pero no muy lejos, y mudo como una piedra, un hombre cavilaba. Su apellido, Ramayón. ¡Y el telar de la venganza dentró a manejar sus hilos! Ramayón dejó su estancia. Dos armas se puso encima...



Colocaron las sortijas en un platito de plata, y dispués que el padre cura les hizo la cruz cristiana, se las pusieron a los novios, pa que así quedasen maniadas dende ese justo momento a un mesmo deber sus almas.



¿Pa'ande vas, Ciríaco Ponce en tu flete patas blancas? ¡Y qué alegre estaba el pingo de sentir aquella carga! Allá estaba el rancho. Recortándose en la luna, la silueta a dos aguas. Al dirse arrimando al nido paró en seco patas blancas.

Ciríaco Ponce le clavó las rodajas al fiel animal que se negó a seguir. Margarita no hablaba. También ella sentía una extraña sacudida. La noche, de boca de lobo, toda ella era un misterio...



Junto al alero se apiaron y Ponce descolgó el candil, y dentraron, abrazados, sin decir una palabra.
De pronto, por detrás del rancho, sonó un tiro. "¡Dios me valga!" Y sintió un vientito frío, dentrarle por las espaldas.









AÑO XIII Nº 49

una publicación de
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables
Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración
Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 679.577 de la Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar Concesión Nº 372

Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

262

intervalo ALBUM

AÑO XIII

Nº 49

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 879.577 de la
Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

262

ROSSO S.A.I.C.I.
Dobias 955